R. SCOTT BAKKER



EL OJO QUE JUZGA

El Emperador-Aspecto - 1

SINOPSIS

Una veintena de años después de entrar por primera vez en las historias de los hombres, Anasûrimbor Kellhus gobierna los Tres Mares, el primer verdadero Emperador-Aspecto en mil años.

Con más poder que el más grande de los hechiceros, Kellhus lidera ahora una guerra santa en las profundidades de los páramos del Norte Antiguo, con la intención de destruir la fortaleza de Golgotterath y evitar el Segundo Apocalipsis.

Mientras tanto, su esposa y consorte, Esmenet, lucha por gobernar no sólo su vasto imperio, sino también a sus sanguinarios hijos. Y Achamian, que vive como Mago en un exilio amargo, emprende una carrera demencial para descubrir los orígenes de los Dûnyainos.

Pero Achamian, más que nadie, debería saber que hay que tener mucho cuidado con lo que se busca…

R. Scott Bakker

El ojo que juzga

El Emperador-Aspecto - 1

Titulo original: *The Judging Eye*
R. Scott Bakker, 2010

r1.1

A Ricky, amigo y hermano

Más antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con dios? Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?

ROMANOS 9:20–21

Exalto-Ministro, muy glorioso, muchos sean tus días.

Por el pecado de apostasía, fueron enterrados hasta el cuello en la forma antigua, y se les arrojaron piedras en la cara hasta que dejaron de respirar. Tres hombres y dos mujeres. El niño se retractó, incluso maldijo a sus padres en nombre de nuestro glorioso Emperador-Aspecto. El Mundo ha perdido cinco almas, pero los Cielos han ganado una, alabado sea el Dios de los Dioses.

En cuanto al texto, me temo que su prohibición ha llegado demasiado tarde. Se trata, como usted sospecha, de un relato de la Primera Guerra Santa según el testimonio del escolástico exiliado Drusas Achamian. Ciertamente, me tiembla la mano ante la perspectiva de reproducir sus viles y aborrecibles afirmaciones, pero como el texto original ya ha sido enviado a las llamas, no veo otra forma de satisfacer su petición. Tiene usted mucha razón: la herejía rara vez es singular en su esencia o en sus efectos. Al igual que con las enfermedades, hay que estudiar las desviaciones y preparar los remedios, para que no estallen en forma más virulenta.

En aras de la brevedad, limitaré mi reseña a los detalles que contradicen directa o indirectamente la Doctrina y las Escrituras. En este texto, Drusas Achamian afirma:

I) Haber tenido un congreso sexual con nuestra Santa Emperatriz en la víspera del triunfo de la Primera Guerra Santa sobre los paganos Fanim en Shimeh.

II) Haber aprendido ciertos secretos sobre nuestro Santo Emperador-Aspecto, a saber: Que Él no es la encarnación del Dios de los Dioses, sino un hijo de los Dûnyainos, una secta secreta dedicada al dominio de todas las cosas, cuerpo y espíritu. Que Él nos trasciende no como los dioses trascienden a los hombres, sino como los adultos trascienden a los niños. Que su interpretación

Zaudunyani del Inrithismo no es más que una herramienta, un medio para la manipulación de las naciones. Que la ignorancia nos ha convertido en sus esclavos.

(Admito que esto me resulta muy desconcertante, pues aunque siempre he sabido que las palabras y los acontecimientos, por muy santos que sean, siempre admiten interpretaciones perversas, nunca antes había considerado la forma en que las creencias ordenan nuestras acciones. Porque, como pregunta este Achamian, si todos los hombres reclaman la justicia, y lo hacen, ¿quién puede decir qué hombre reclama la verdad? La convicción, la creencia hasta la muerte, de los que envío de este mundo me inquieta ahora, tal es la traición del intelecto ocioso).

III) Que la guerra de nuestro Santo Emperador-Aspecto para impedir la resurrección del No-Dios es falsa. Es cierto que esto es meramente implícito, ya que el texto fue escrito claramente antes de la Gran Ordalía. Pero el hecho de que Drusus Achamian fuera en su día un Escolástico del Mandato, y que por ello estuviera maldito con los sueños del Primer Apocalipsis, hace que sus sospechas sean extraordinarias. ¿No debería un hombre así aclamar la llegada de Anasûrimbor Kellhus y su guerra para evitar el Segundo Apocalipsis?

Esta es la suma de lo que recuerdo.

Habiendo sufrido esta blasfemia, entiendo la profundidad de su preocupación. Oír que todo lo que hemos soportado y apreciado en estos últimos veinte años de guerra y revelación ha sido una mentira es suficientemente indignante. ¿Pero escuchar eso de un hombre que no sólo caminó con nuestro Maestro al principio, sino que también le enseñó? Ya he ordenado la ejecución de mi esclavo corporal, aunque lo lloro, pues sólo leyó el texto a petición mía. En cuanto a mí, espero su juicio sumario. No ruego ni espero su perdón: es nuestro destino sufrir las consecuencias de nuestros actos, independientemente de la piedad de nuestras intenciones.

Algunas contaminaciones no piden el paño, sino el cuchillo; esto lo acepto y lo entiendo.

El pecado es pecado.

Prólogo

Cuando un hombre posee la inocencia de un niño, lo llamamos tonto. Cuando un niño posee la astucia de un hombre, lo llamamos abominación. Como con el amor, el conocimiento tiene su temporada.

—AJENCIS, *LA TERCERA ANALÍTICA DE LOS HOMBRES*

Otoño, Año Nuevo Imperial 19 (Año del Colmillo 4131), el «Lado Largo»

Un cuerno repicó largo y solitario bajo las copas del bosque. Un cuerno humano.

Por un momento todo quedó en silencio. Las extremidades se arqueaban en las alturas imperiosas y los grandes troncos intimidaban en los huecos de abajo. Los arbolitos esquilmados cubrían los espacios intermedios. Una ardilla chilló de advertencia desde la penumbra de las ramas entrelazadas. Los estorninos irrumpieron en el cielo entrecerrado.

Llegaron, parpadeando a través de bandas de luz y sombra.

Corriendo con furia de celo, aullando con furia de celo, a través de la maleza azotada, hacia la profundidad del tabernáculo. Se arremolinaron en las laderas inclinadas, levantando hojas y humus. Se separaron de los troncos, cortando la corteza con cuchillas oxidadas. Olfateaban el cielo con sus delgadas narices. Cuando

hacían muecas, sus rostros inexpresivos y hermosos se apretaban como seda arrugada, convirtiéndose en expresiones de hombres antiguos y endogámicos.

Sranc. Llevan escudos de cuero humano lacado. Llevan corsés escamados con uñas humanas y collares de dientes humanos.

El lejano cuerno volvió a sonar y se detuvieron, como una viciosa chusma. Se ladraron palabras entre ellos. Algunos se fundieron en la maleza, corriendo con la rapidez de los lobos. Los demás se sacudieron las ingles con anticipación. Sangre. Podían oler la sangre de los hombres.

Su semilla caía a chorros por el suelo del bosque. La estamparon en el fango. Se regocijaron en su hedor.

Los exploradores regresaron, y ante su parloteo los demás se estremecieron y convulsionaron. Hacía tanto tiempo que no saciaban su hambre voraz. Hacía tanto tiempo que no se arrodillaban ante el altar de los miembros que se sacuden y la carne que maúlla. Podían ver las caras de pánico. Podían ver la sangre que brotaba, los orificios hechos con cuchillos.

Corrieron, llorando de alegría.

Al llegar a una cresta baja, encontraron a su presa apresurándose a lo largo de la base de un acantilado roto por la espalda, tratando de llegar al otro lado de un desfiladero que se abría como por milagro a varios cientos de pasos de distancia. Los Sranc aullaron y castañetearon los dientes, corrieron en hileras salvajes por la ladera, patinando sobre las hojas, con sus piernas dando largos saltos. Golpearon el suelo donde se aplanaba, revolviéndose, corriendo, ardiendo con fuerza en sus podridos calzones, observando a los suaves Hombres que giraban a meros pasos ante ellos, sus rostros tan tentadores como los muslos, acercándose cada vez más, casi dentro del círculo de espadas que se agitaban salvajemente…

¡Pero el suelo! ¡El suelo! ¡Se derrumba bajo ellos, como hojas arrojadas al cielo!

Decenas de ellos fueron absorbidos chillando en la oscuridad. Los demás se aferraron y empujaron, trataron de detenerse, sólo para ser golpeados chillando por sus parientes enloquecidos. Sus gritos se fueron desvaneciendo a medida que caían en picado en el desfiladero oculto, y fueron cayendo en silencio uno a uno. De

repente, todo era incierto, todo era una amenaza. La partida de guerra gritaba con miedo y frustración. Ninguno se atrevió a moverse. Con los ojos en blanco, miraban con lujuria y aprensión…

Hombres.

Un puñado de veteranos, corriendo como por arte de magia por el falso suelo del bosque. Se abalanzaron sobre los Sranc, con sus pesadas espadas en alto arremetiendo. Los escudos se rompieron. El hierro moldeado se dobló y se rompió. Los miembros y las cabezas salieron despedidos en arcos de sangre brillante.

Los hombres rugieron y bramaron, los golpearon contra la tierra, los redujeron a la ruina.



"¡Escalpador!", gritó el viajero solitario. Su voz poseía la gravilla de la berrea de un viejo oficial. Retumbó en el desfiladero, fácilmente audible por encima del blanco rugido del agua. Todos los hombres del río se pusieron de pie y miraron en su dirección.

Como los animales, pensó.

Indiferente a sus miradas, siguió avanzando por las traicioneras piedras, chapoteando en el agua cada varios pasos. Pasó junto a un Sranc, blanco como un pez ahogado, flotando boca abajo en un charco de color rojo translúcido.

El viajero miró hacia arriba, donde las paredes del desfiladero apretaban el cielo en una ranura errante. Los árboles habían sido talados a lo largo de la abertura, formando las vigas de un techo improvisado de árboles jóvenes y palos, cubierto con hojas. El cielo brillaba a través de numerosos agujeros. Las hojas seguían cayendo en una cascada constante. Si el número de formas inertes esparcidas y amontonadas sobre las rocas era un indicio, había sido una trampa muy eficaz. En algunos lugares, la espuma del río chorreaba rosa y violeta.

La mayoría de los hombres habían vuelto a su trabajo, pero tres seguían observándole con recelo. No le cabía duda de que el que buscaba estaba entre ellos.

El viajero entró en medio de ellos. El olor de las vísceras reventadas agriaba el del agua y la piedra desbastada. La mayor parte del grupo se dedicó a buscar entre los muertos Sranc. Los

cuerpos fueron arrancados a patadas. Las cabezas rotas fueron sacadas del agua. Los cuchillos brillaron. Cada vez era lo mismo: pellizcar, serrar, golpear, y luego pasar al siguiente. Pellizco, sierra, golpe, una y otra vez. Un trozo de piel se cortó en la coronilla de cada uno.

Cerca de allí, un joven espadachín Galeoth lavaba un pequeño montón de cabelleras. Las enjuagó y luego las colocó, brillantes y blancas como la grasa, sobre la piedra seca. Manipulaba cada trozo con un cuidado ridículo, del mismo modo que un imbécil podría manejar el oro, en el que se habían convertido las cabelleras en el Alto Norte Medio. Aunque el Emperador-Aspecto había rebajado la Recompensa Santa, un cuero cabelludo seguía valiendo un kellic de plata completo a los corredores honestos.

El viajero sabía que todos eran muy conscientes de su llegada. Simplemente se hacían los indiferentes. Por lo general, sólo se encontraban con forasteros cuando caminaban hacia el sur, hacia los corredores, cargados con cientos de cueros cabelludos curtidos, atados y colgados de cuerdas de cuero. Este trabajo, el de recoger y contar, era la parte menos varonil de su oficio. Era su secreto de servicio.

También era el punto.

Habían pasado casi once años desde que el Emperador-Aspecto declaró su recompensa por las cabelleras de los Sranc, antes de que terminara la última de las Guerras de Unificación. Puso la recompensa en los Sranc debido a su gran número. Puso la recompensa en las cabelleras porque su falta de pelo las hacía distintivas de los Sranc. Hombres como estos, supuso el viajero, serían mucho más felices cazando furtivamente algo menos inclinado a matar, como mujeres y niños.

Así comenzaron los años de los escalpadores. Durante ese tiempo, innumerables miles de personas se adentraron en las tierras salvajes del norte, expedición tras expedición, para hacer fortuna como Escalpoi. La mayoría murió en cuestión de semanas. Pero aquellos que aprendieron, que fueron astutos y tan despiadados como su enemigo, prosperaron.

Y algunos -unos pocos- se hicieron legendarios.

El hombre que el viajero buscaba estaba de pie sobre una piedra redondeada, observando el trabajo de los demás. Lo conoció por su

tenaz devoción al traje tradicional de su casta y raza: la falda de guerra plisada, manchada de gris y negro y agujereada; el corselete con escamas oxidadas cosidas al cuero podrido; el yelmo cónico, doblado hacia atrás como un solo cuerno de carnero. Parecía un espectro de otra época. Un segundo hombre, con el rostro oculto por una capucha negra, estaba sentado a tres pasos detrás de él, inclinado hacia delante, como si se esforzara por oír algo en el ruido ambiental del agua. El viajero lo miró por un momento, como si tratara de juzgar alguna peculiaridad, y luego volvió a mirar al primer hombre.

"Estoy buscando a un Ainonio", dijo. "Al que llaman Alma de Hierro".

"Ese soy yo", respondió el hombre de pie. Su rostro estaba tatuado con los cosméticos que prefieren sus compatriotas. Líneas negras alrededor de los ojos. Labios amoratados. Su mirada no acusaba ni cuestionaba, sino que se mantenía suave a la manera de los asesinos aburridos. Incurioso.

"Veterano", dijo el viajero, inclinando la cabeza en señal de respeto. No reconocer y venerar debidamente a un superviviente de la Primera Guerra Santa no era una ofensa menor.

"¿Cómo nos has encontrado?", preguntó el hombre en su lengua materna. Por la cadencia de su voz, era evidente que despreciaba hablar, que era tan celoso de su voz como de sus mujeres o de su sangre.

Al viajero no le importaba. Los hombres apreciaban lo que querían.

"Encontramos a todos".

Un asentimiento apenas perceptible. "¿Qué quieres?"

"A ti, Escalpador. Te queremos a ti".

El Ainonio miró hacia su compañero encapuchado. No hubo intercambio de palabras, sólo una mirada inescrutable.



Finales de otoño, Año Nuevo Imperial 19 (Año del Colmillo 4131), Momemn

Los hombres siempre tratan de ocultar lo que es bajo y mezquino en su naturaleza. Por eso hablan de lobos, leones o incluso dragones cuando se comparan con los animales. Pero fue el humilde escarabajo, decidió el joven, a quien más se parecían. Con el vientre en el suelo. La espalda encorvada contra el mundo. Ojos ciegos a todo, excepto al pequeño círculo que tenían delante.

Una vez completado su Arrodillamiento, Anasûrimbor Kelmomas se agazapó en las sombras de granito, apoyándose entre las rodillas para observar mejor al insecto escabullirse por el antiguo suelo. Una de las grandes ruedas de vela de hierro colgaba sin sonido entre los pilares de arriba, pero su luz era poco más que un brillo apagado sobre el lomo meneado del escarabajo. Sujetándose las rodillas, Kelmomas avanzó arrastrando los pies, absorto en las diminutas luchas terrestres del insecto. A pesar del tenebroso bosque de columnas que tenía a sus espaldas, las voces del coro sonaban tan cerca como sus numerosas sombras, entonando himnos para enmarcar las reverberaciones más fulgurantes de la Oración del Templo.

Dulce Dios de Dioses
Que caminas entre nosotros
Innumerables son tus nombres sagrados…

"Muéstrame", susurró Kelmomas al escarabajo. "Guíame…"

Juntos se adentraron en los recovecos más profundos del Allosium, hasta donde sólo los puntitos flotantes de los votivos de la casa de los dioses iluminaban la penumbra. El escarabajo trepó por la base de una columna y dejó huellas que parecían suturas en una franja de polvo, huellas que Kelmomas borró con su pequeño pie de arena. Pronto llegaron al pasillo más externo del Foro, donde los ídolos de los Cien Dioses residían en sus recovecos adornados.

"¿Adónde vas?", murmuró, sonriendo. Vislumbró la gasa de su exhalación en el aire helado, resopló dos veces sólo para considerar su respiración-prueba espectral de la vida material. Apoyó la mejilla en la fría baldosa y contempló la vasta llanura del pasillo. El cristal le alivió la piel. Ajeno a su escrutinio, el escarabajo continuó su camino, entrando y saliendo de las juntas entre las baldosas cerúleas. Kelmomas lo observó dirigirse a la montaña que era el

ídolo de Ajokli, el Hermano de los Cuatro Cuernos.

¿El *Ladrón*?

Comparada con la de sus hermanos, la casa de dios de Ajokli era tan pobre como un fullero tullido. Las baldosas del suelo se detenían en el umbral. La mampostería que rodeaba el hueco estaba desnuda, salvo por una serie de muescas arañadas en el poste derecho. El ídolo -un gordito con cuernos agachado como si estuviera sobre un orinal- no era más que un juego de sombras y destellos que emergía de la oscuridad aterciopelada. Estaba tallado en diorita negra, pero sin los ojos enjoyados ni las uñas de plata que incluso Yatwer ostentaba. Rígido con la sensibilidad de algún artesano muerto hace tiempo, su expresión le pareció a Kelmomas improbable, si no directamente inhumana. Sonriendo como un mono. Gruñendo como un perro. Mirando fijamente como una virgen con ojos de rocío.

También observó al escarabajo mientras se escabullía hacia su sombrío emparrado.

El joven Príncipe Imperial entró en el estrecho hueco, agachándose a pesar de que las bóvedas decorativas llegaban muy por encima de su cabeza. El aire olía a sebo, a piedra polvorienta y a algo cobrizo. Sonrió al dios esculpido, asintió más que se inclinó, y luego adoptó casi la misma postura, agachado sobre su ingenuo súbdito. Movido por un capricho inexplicable, clavó el escarabajo en el suelo arenoso con el dedo índice. El escarabajo se retorció como un autómata bajo la punta del dedo. Lo sostuvo un momento, saboreando su impotencia, sabiendo que en cualquier momento podría aplastarlo como una semilla podrida. Luego, con la otra mano, le arrancó dos patas.

"Mira", le susurró al ídolo que reía. Los ojos del ídolo miraban hacia abajo, inexpresivos y bulbosos.

Levantó la mano, con los dedos extendidos en una dramática floritura. El escarabajo se revolvió en un brillante pánico, pero la flecha de su curso se había doblado, de modo que astilló alrededor y alrededor, dibujando pequeños óvalos en los pies del ídolo con dedos de muñón. Alrededor y alrededor.

“*¿Ves?*” exclamó a Ajokli. Se rieron juntos, el niño y el ídolo, lo bastante alto como para tapar el coro de voces que cantaban.

"Todos *son* así", explicó. "Todo lo que tienes que hacer es

pellizcar".

"¿Pellizcar qué, Kelmomas?", preguntó una voz rica y femenina desde detrás de él. Madre.

Otro chico se habría asustado, incluso avergonzado, al ser sorprendido por su madre después de hacer algo así, pero Kelmomas no. A pesar de los pilares y las voces que la oscurecían, él había sabido dónde estaba ella todo el tiempo, siguiendo sus primitivos pasos (aunque no sabía cómo) en un rincón de su alma.

"¿Has *terminado*?", exclamó, girando. Sus esclavos la habían pintado de blanco, de modo que parecía una estatua bajo los pliegues de su vestido carmesí. Una faja grabada con motivos Kyraneanos ceñía su cintura. Un tocado de serpientes de jade enmarcaba sus mejillas y presionaba su lujoso cabello negro. Pero incluso disfrazada así parecía la cosa más bella del mundo.

"Bastante bien", respondió la emperatriz. Sonrió y puso los ojos en blanco, haciéndole saber que prefería mimar a su precoz hijo que languidecer en compañía de sacerdotes y ministros. Kelmomas sabía que gran parte de lo que hacía era para guardar las apariencias.

Igual que él, pero no tan bien.

"Prefieres *mi compañía*, ¿verdad, mamita?"

Lo dijo como una pregunta aunque sabía la respuesta; le preocupaba cuando leía en voz alta los movimientos de su alma.

Sonriendo, se inclinó y le tendió los brazos. Él cayó en su abrazo perfumado de mirra y respiró profundamente su calor envolvente. Los dedos de ella le peinaron el cabello desordenado y él levantó la vista hacia su mirada sonriente. Incluso tan lejos de los candelabros, ella parecía brillar. Apretó su mejilla contra las placas doradas de su faja, la abrazó tan fuerte que las lágrimas se le escaparon de los ojos. Parecía que nunca había habido un faro así. Nunca hubo tal santuario.

Mamita…

"Ven", dijo ella, atrayéndole de la mano a través de la galería de pilares. Él la siguió, más por devoción que por obediencia. Miró hacia atrás para echar un último vistazo a Ajokli, y vio con satisfacción que seguía riéndose del pequeño escarabajo que correteaba en círculos a sus pies.

Cogidos de la mano, se dirigieron hacia las ranuras de luz blanca. El canto se había transformado en un corrillo de voces

silenciosas, y una resonancia más profunda y prohibitiva había ocupado su lugar, una que hacía temblar el suelo. Kelmomas se detuvo, repentinamente reacio a abandonar el silencio del polvo y la piedra del Allosium. El brazo de su madre se extendió como una cuerda detrás de ella; sus dedos entrelazados se separaron.

Ella se volvió. "¿Kel? ¿Qué pasa, cariño?"

Desde donde estaba, una barra de cielo blanco la enmarcaba, llegando tan alto como cualquier árbol. Ella parecía poco más que humo debajo de ella, algo que cualquier corriente de aire podría disolver y llevarse. "Nada", mintió.

¡Mamita! ¡Mamita!

Arrodillada ante él, se lamió las yemas de los dedos, que eran de color rosa palma contra el blanco pintado en el dorso de las manos, y empezó a juguetear con su pelo. La luz titilaba en la filigrana de sus anillos, parpadeando como una especie de código. *¡Menudo lío!* dijo su sonrisa.

"Es apropiado que estés ansioso", dijo ella, distraída por sus ministraciones. Lo miró fijamente a los ojos, y él se quedó mirando la médula de ella, más allá de la pintura y la piel, más allá de la envoltura de músculos entrelazados, hasta la radiante verdad de su amor.

Ella moriría por ti, susurró la voz secreta, la voz que siempre había estado dentro de él.

"Tu padre", continuó ella, "dice que sólo necesitamos temer cuando perdemos el miedo". Le pasó la mano desde la sien hasta la barbilla. "Cuando nos acostumbramos demasiado al poder y al lujo".

Padre no paraba de decir cosas.

Sonrió, bajó la mirada avergonzado, de esa manera que nunca dejó de ralentizar su pulso y acelerar sus ojos. Un hijo pequeño y adorable en la superficie, incluso cuando se burlaba por debajo. Padre.

Padre.

Ódialo, decía la voz secreta, *pero témelo más*.

Sí, la Fuerza. Nunca debe olvidar que la Fuerza arde con más fuerza en Padre.

"¿Hubo alguna vez una madre tan bendecida?" La Emperatriz sonrió, agarrando sus hombros. Lo abrazó una vez más y se puso de pie con las manos de él entre las suyas. Permitió que ella, de mala

gana, lo arrastrara hasta el imponente alero del Allosium, y luego más allá, hacia la brillantez sin sol.

Flanqueados por formaciones escarlatas de guardias Eöthicos, se encontraban parpadeando en la cresta de los monumentales escalones que descendían en abanico hacia la extensión del Campus Scuari. Los templos y las viviendas de Momemn, ya desgastados, se agolpaban en el horizonte, haciéndose indistintos cuanto más se adentraban en la húmeda distancia. Las grandes cúpulas del Templo Xothei se alzaban frías y oscuras, una presencia nebulosa y corpulenta en el corazón de las madrigueras de barro. El adyacente Ágora Kamposea era poco más que un hueco entre los dientes podridos de las calles que se interponían.

El panorama de la ciudad natal, la gran capital de los Tres Mares, seguía siendo inmenso y abigarrado. Durante toda su vida le había rodeado, le había rodeado con sus complejidades. Y durante toda su vida le había asustado, hasta el punto de que a menudo se negaba a mirar cuando Samarmas, su gemelo idiota, le señalaba algo inadvertido en su nebuloso tejido.

Pero hoy parecía lo único seguro.

"¡Mira!", gritó su madre a través del rugido. "¡Mira, Kel!"

Había miles de ellos apiñados en los Recintos Imperiales: mujeres, niños, esclavos, sanos y enfermos, momemnitas y peregrinos de lejos; miles incontables. Se agitaban como las aguas de la inundación en la base del Arco de Xatantia. Aplastados contra los recintos inferiores de las Cumbres Andiamine. Posados como cuervos a lo largo de los bajos muros de la Guarnición. Todos ellos gritando, con dos dedos levantados para tocar su imagen.

"¡Piensa en lo lejos que han llegado!", gritó su madre entre el tumulto. "¡De todo el Nuevo Imperio, Kelmomas, vienen a presenciar tu divinidad!"

Aunque asintió con la desconcertada gratitud que sabía que ella esperaba de él, el joven Príncipe Imperial no sintió más que una frágil repulsión. Sólo los tontos, decidió, viajaban en círculos. Una parte de él deseaba poder arrastrar al Dios Sonriente fuera de su santuario para mostrarle…

Las personas eran bichos.

Aguantaron la adulación durante lo que parecieron siglos, de pie uno al lado del otro en sus lugares proscritos, Esmenet, Emperatriz

de los Tres Mares, y el más joven de sus exaltados hijos. Kelmomas levantó la vista mientras se le enseñaba, siguió ociosamente el curso de las palomas pinadas contra el humo que se elevaba de la ciudad. Observó cómo la luz del sol recogía los tejados lejanos en la estela de una nube que se retiraba. Decidió que pediría una maqueta de la ciudad cuando su madre estuviera débil y deseosa de complacerle. Algo hecho de madera.

Algo que ardiera.

Thopsis, su Maestro de Protocolo Shigeki, levantó sus enormes brazos de eunuco, y los Apparati Imperiales dispuestos en los escalones de abajo se volvieron como uno solo hacia ellos. Los Cuernos de Oración dorados sonaron, resonando a través del rugiente coro. Habían sido fijados a intervalos en la sombra de la fachada del Allosium, fabricados en azabache y marfil y tan largos que casi llegaban al segundo rellano.

Kelmomas miró hacia abajo, a través de los Ministros de la Exaltación de su padre, y vio en sus rostros inexpresivos desde la lujuria y la ternura hasta el odio y la avaricia. Allí estaba el torpe Ngarau, el Gran Senescal de los días de Ikurei. Phinersa, el Sagrado Maestro de Espías, un hombre sencillo pero taimado de estirpe kianene. El tatuado azul Imhailas, el escultural Capitán de la Guardia Eöthica, cuya belleza a veces atraía la atención de su madre. El siempre inquieto Werjau, el Primer Nascenti y gobernante del poderoso Ministrado, cuyos agentes lejanos se aseguraban de que nadie se extraviara. El escuálido Vem-Mithriti, Gran Maestro del Saik Imperial y Visir-en-Proyecto, que lo convirtió en el maestro temporal de todas las cosas arcanas en los Tres Mares…

Los sesenta y siete, dispuestos en orden de precedencia a lo largo de la escalera monumental, se reunieron para presenciar el Arrodillamiento de Anasûrimbor Kelmomas, el hijo menor de su Santísimo Emperador-Aspecto. Sólo el rostro de su tío Maithanet, el Shriah de los Mil Templos, derrotó su momentáneo escrutinio. Por un instante, la brillante mirada de su tío captó la suya, y aunque Kelmomas sonrió con un candor bobo propio de su edad, no le gustó nada la consistencia plana de la mirada del Shriah.

Sospecha, susurró la voz secreta.

¿Sospecha qué?

Que eres un impostor.

Lo último de la cacofonía se desvaneció, hasta que sólo quedó la llamada oceánica de los Cuernos, que retumbaba tan profundamente que la túnica de Kelmomas parecía estremecerse contra su piel. Luego también se desvanecieron en la nada.

Un silencio que resonaba en los oídos. Con un grito de Thopsis, el mundo entero pareció arrodillarse, incluidos los Ministros de la Exaltación. Los pueblos del Nuevo Imperio cayeron al suelo, los campos de ellos, y luego bajaron lentamente sus frentes al mármol caliente; todas las almas se agolparon en los Recintos Imperiales. Sólo el Shriah, que no se arrodilló ante ningún hombre salvo el Emperador-Aspecto, permaneció en pie. Sólo el tío Maithanet. Cuando el sol irrumpió en la escalera, sus vestiduras ardieron de luz: Un centenar de pequeños Colmillos se encendieron como dedos de fuego. Kelmomas parpadeó ante su brillo y apartó los ojos.

Su madre le llevó de la mano por los escalones. Él aplaudió tras ella con sus pies calzados con arena, rió al ver su ceño fruncido. Pasaron por el pasillo abierto entre los Ministros de la Exaltación, y él se rió un poco más, impresionado por lo absurdo de ellos, de todas las formas y edades y tamaños, arrastrándose en los trajes de los reyes.

"Te honran, Kel", dijo su madre. "¿Por qué te ríes de ellos?"

¿Había querido reírse? A veces era difícil llevar la cuenta.

"Lo siento", dijo con un suspiro desanimado. Lo siento. Era una de las muchas palabras que le confundían, pero nunca dejaba de despertar compasión en la mirada de su madre.

En la base de la escalera monumental les esperaba una compañía de soldados vestidos de verde y oro: unos veinte hombres de la sagrada guardia de su padre, los Cien Pilares. Se pusieron en formación alrededor de la Emperatriz y su hijo, y luego, con sus escudos brillantes y sus miradas feroces por la concentración, empezaron a guiarlos a través de las masas y del Campus Scuari hacia las Cumbres Andiamine.

Como príncipe imperial, Kelmomas a menudo se veía eclipsado por los hombres armados, pero el paseo lo inquietaba por alguna razón. El olor era reconfortante al principio: la muselina perfumada de sus abrigos, los aceites que utilizaban para acelerar sus espadas y suavizar las correas de cuero de sus arneses. Pero a cada paso, el agridulce betún de los cuerpos sin lavar salía a relucir más y más,

salpicado por el hedor de los verdaderos miserables. Los murmullos se elevaron como una bruma a su alrededor. *"Bendito sea, bendito sea*", una y otra vez, en un tono que oscilaba entre pedir y dar. Kelmomas se encontró mirando más allá de los imponentes guardias, a través del paisaje de los arrodillados. Vio a un viejo mendigo, más descascarillado que vestido, llorando, golpeando su cara contra los adoquines como si tratara de borrarse. Vio a una muchacha sólo un poco más joven que él, con la cabeza vuelta en señal de sacrilegio, para poder contemplar su monstruoso paso. Las figuras postradas seguían adelante, hasta los cimientos lejanos.

Caminó por un suelo vivo.

Y luego estaba entre ellos, *en ellos*, vigilando sus propios pasos, poco más que una sombra enjoyada detrás de una pantalla de hombres despiadados y encadenados. Un nombre. Un rumor y una esperanza. Un niño-dios, amamantado en el pecho del Imperio, ungido por la palma del Destino. Un hijo del Emperador-Aspecto.

Se dio cuenta de que no lo conocían. Vieron, adoraron, *confiaron* en lo que no podían comprender.

Nadie te conoce, dijo la voz secreta.

Nadie conoce a nadie.

Miró a su madre, vio la mirada perdida que siempre acompañaba a sus ensueños más dolorosos.

"¿Estás pensando en ella, mamita?", preguntó. Entre los dos, "ella" siempre significaba Mimara, su primera hija, la que amaba con más desesperación… y odiaba.

La que la voz secreta le había dicho que alejara.

La emperatriz sonrió con una especie de triste alivio. "También me preocupan tu padre y tus hermanos".

Esto, Kelmomas podía ver claramente, era una mentira. Se preocupó por Mimara, incluso después de todo lo que él había hecho.

Tal vez, dijo la voz, *debiste haber matado a la puta*.

"¿Cuándo volverá Padre?"

Él sabía la respuesta al menos tan bien como ella, pero en algún nivel comprendía que, por mucho que las madres quisieran a sus hijos, también *amaban ser madres*, y ser madre significaba responder a preguntas infantiles. Recorrieron varios metros antes de que ella respondiera, atravesando una niebla de ruegos y susurros.

Kelmomas se encontró comparándola con los innumerables cameos que había visto que la representaban en su juventud, en los días de la Primera Guerra Santa. Sus caderas eran más anchas, tal vez, y su piel no era tan suave bajo el barniz blanco, pero su belleza seguía siendo legendaria. El niño de siete años no podía imaginar a nadie más hermoso.

"No por un tiempo, Kel", dijo. "No hasta que se complete la Gran Ordalía".

Casi se apretó el pecho, tal era el dolor, la alegría.

Si él fracasa, dijo la voz secreta, *morirá.*

Anasûrimbor Kelmomas sonrió lo que parecía su primera sonrisa verdadera del día.

Había personas arrodilladas por todas partes, con las espaldas rotas por el asombro. Una llanura de humanidad abyecta. *"Bendito sea, bendito sea*", que se elevaba como un susurro en una casa de enfermos. Luego un grito único y salvaje: "¡Maldito sea! *¡Maldito sea!*"

De algún modo, un loco consiguió atravesar los escudos y las espadas, para alcanzar, pincharlo y fallar, con un cuchillo que reflejaba el cielo brillante. Los Guardias del Pilar intercambiaron gritos. La multitud se agitó y gritó. El joven vislumbró sombras que luchaban.

Asesinos.

CAPÍTULO UNO

Sakarpus

> sobre el alto muro los maridos dormían, mientras alrededor del hogar sus mujeres lloraban, y los fugitivos murmuraban historias de aflicción, de grandes ciudades perdidas por Mog-Pharau…
>
> - "LA CANCIÓN DEL REFUGIADO", LAS SAGAS

Principios de primavera, Año Nuevo Imperial 19 (Año del Colmillo 4132), el Paso de Kathol

Los caminos entre el capricho y la brutalidad son muchos e inescrutables en los hombres, y aunque a menudo parecen atravesar el terreno infranqueable de la razón, en realidad, es la razón la que les allana el camino. Los hombres siempre argumentan de la necesidad a la necesidad y de la necesidad a la garantía fortuita. Siempre creen que su causa es la causa justa. Como los gatos que persiguen la luz del sol lanzada desde un espejo, nunca se cansan de sus propias ilusiones.

A instancias de su Santo Emperador-Aspecto, los sacerdotes de los Mil Templos arengaron a sus congregaciones, y los Jueces del Ministrado recorrieron la tierra, buscando y destruyendo a todos aquellos que discutían la Verdad o elegían la avaricia por encima de

las exigencias mortales de la oscuridad venidera. A todos, tanto a los esclavos como a los nobles, se les enseñó la Gran Cadena de Misiones, cómo las palabras y las obras de cada uno hacían posible las palabras y las obras del otro. Aprendieron cómo los Hombres, todos los Hombres, guerreaban todo el tiempo, ya fuera labrando los campos o amando a sus parientes. Todas las vidas, por humildes que fuesen, eran eslabones que fortificaban la Gran Cadena o la deterioraban, conduciendo al Primer Anillo, el eslabón del que pendía el propio mundo: la Guerra Santa contra los designios apocalípticos del Consulto…

O, como llegó a llamarse, la Gran Ordalía.

Nunca, ni siquiera en los días de la lejana Antigüedad, el mundo había visto la reunión de una hueste semejante. Se dedicaron *diez años* a su preparación. Para evitar la resurrección del No-Dios, tenían que destruir a sus asquerosos esclavos, el Consulto, y para destruirlos, tenían que marchar a lo largo de Eärwa, desde las fronteras del norte del Nuevo Imperio, a través de las Tierras Salvajes infestadas de Sranc del Antiguo Norte, hasta su fortaleza, Golgotterath, que los No-Hombres habían llamado Min-Uroikas en días pasados, el Pozo de las Obscenidades.

Era una tarea de locos. Sólo los niños y los tontos, que confundían las historias de la guerra con la guerra misma, podían pensar que la tarea era sencilla. Para ellos, la guerra era la batalla, y siempre entornaban los ojos con sorpresa cuando los veteranos hablaban de letrinas y canibalismo y pies gangrenados, etc. Incluso los caballeros más ilustres necesitaban comida, al igual que los caballos que montaban, las mulas de carga que transportaban la comida y los esclavos que la servían. Se necesitaba comida para transportar la comida: el problema era así de simple. Sin un sistema intensivo de abastecimiento -relevos, depósitos y similares- la cantidad consumida superaría rápidamente la cantidad transportada. Por eso, la batalla más ardua que libraría la Gran Ordalía no sería contra las legiones del Consulto, sino contra el propio corazón salvaje de Eärwa. La hueste tendría que sobrevivir a la *distancia* hasta Golgotterath antes de poder ser probada en el campo.

Durante años, el Nuevo Imperio gimió bajo las exigencias de la profecía de su santo soberano. Se exigieron diezmos de alimentos a

todas las provincias. Se construyeron enormes graneros sobre la tercera catarata del río Vindauga. Se condujeron rebaños de ovejas y ganado hacia el norte, a lo largo de senderos costeros que pronto se convirtieron en temas favoritos de los juglares de la corte. En la ciudad natal, los matemáticos garabateaban los indentures, las convocatorias y las requisiciones, y los reyes y jueces se apoderaban de lo que se necesitaba en tierras lejanas. Los expedientes se guardaban en grandes almacenes de ladrillos de barro y se cuidaban con la fastidiosidad del ritual religioso. Todo estaba numerado.

La llamada a las armas no llegó hasta el final.

Al otro lado de los Tres Mares, los zaudunyanos adoptaron el Circunfijo, el símbolo sagrado de su Emperador-Aspecto: los caballeros de Conriya, enmascarados y con faldas largas, los disciplinados columnistas de Nansur, los hacheros de Thunyerus, de pelo salvaje y feroz, los incomparables jinetes de Kian, y así sucesivamente. Los hijos de una docena de naciones convergieron en Oswenta, la vieja y vetusta capital de Galeoth, portando representaciones del Colmillo y el Circunfijo pintadas con rudeza o finamente forjadas. Las Escuelas de Hechicería también enviaron sus contingentes: los altivos magos de los Chapiteles Escarlatas, llevados en sus literas con paneles de seda, los adustos brujos del Pacto de Swayal, las procesiones de túnicas de los Saik Imperiales y, por supuesto, los hechiceros gnósticos del Mandato, que habían sido elevados de tontos a sacerdotes por la llegada del Profeta-Guerrero.

Los niños de Oswenta estaban maravillados. En las calles atestadas de recién llegados, vieron a los príncipes nilnameshi en sus palanquines, a los condes-palatinos Ainonios con sus comitivas pintadas de blanco, a locos religiosos de todo tipo y, en una ocasión, incluso a un imponente mastodonte que hacía correr a los caballos como perros. Vieron todo el ornamento, toda la pompa y la demostración de antiguas y lejanas costumbres, lanzadas juntas y convertidas en un carnaval. El cuenco de cada nación se había derramado, y ahora sus distintos y embriagadores sabores se arremolinaban juntos, sorprendiendo continuamente el paladar con alguna combinación inaudita. Tydonnios de barba larga lanzando los palos de los números con Khirgwi de extremidades de alambre. Monos Kutnarmi trepando por los vestidos de las brujas Shigeki.

Un verano y un otoño pasaron organizando la hueste. Aunque

había pasado una generación, el Emperador-Aspecto y sus consejeros recordaban bien las lecciones de la Primera Guerra Santa. Las Guerras de Unificación, con sus reveses y victorias y ciudades masacradas, habían producido un cuerpo de oficiales zaudunyanos astutos y despiadados, todos ellos nombrados Jueces y con poder de vida y muerte sobre los fieles. Las ofensas no se perdonaban: había demasiado en juego como para no tomar el camino más corto. La misericordia requería un futuro cierto, y para los Hombres no lo había. Gracias a la divina perspicacia del Emperador-Aspecto y sus hijos, se descubrió a dos espías-piel del Consulto. Fueron desollados ante las masas alborotadas.

La Gran Ordalía invernó en la cabecera del río Vindauga, en la ciudad de Harwash, que había sido un entrepôt de la Ruta de los Doce Cueros, la famosa ruta de caravanas que conectaba Galeoth con las antiguas y aisladas ciudades de Sakarpus y Atrithau, pero que ahora era poco más que un vasto cuartel y depósito de suministros. La temporada era dura. A pesar de todas las precauciones, el temible Akkeägni, la Enfermedad, acarició a la hueste con sus Muchas Manos, y unas veinte mil almas se perdieron a causa de una versión de la peste pulmonar común a las húmedas llanuras de arroz de Nilnamesh.

Era, según explicó el Emperador-Aspecto, la primera de muchas pruebas.

Los días comenzaron a descongelar lo que las noches aún congelaban. Los preparativos se intensificaron. La orden de marcha fue una ocasión ferviente de lágrimas y gritos de alegría. Estas cosas tienen su sabor. Las voluntades de los hombres se unen, se hacen una, y el *aire lo sabe*. El Dios no sólo creó lo creado, creó también el *acto* de creación, las almas que habitan en los hombres. ¿Debería sorprender que el mundo de las cosas respondiera al mundo de los intentos? La Gran Ordalía marchó, y la misma tierra, levantándose del lúgubre sueño invernal, dobló la rodilla y se alegró. Los Hombres de la Ordalía pudieron sentirlo: un mundo que aprueba, un mundo que juzga.

La hueste avanzó en dos etapas. El Rey Saubon de Caraskand, uno de los dos Exalto-Generales de la Guerra Santa, marchó primero, llevando a los elementos más rápidos de la hueste -los Kianene, los Girgashi, los Khirgwi y los Caballeros Shrial- y a

ninguno de los más lentos, entre los que se encontraban las Escuelas de Hechicería. El segundo hijo mayor del Emperador-Aspecto, Anasûrimbor Kayûtas, cabalgaba con él al frente de los famosos Kidruhil, la cohorte de calvarios pesados más célebre de los Tres Mares. La hueste Sakarpica se desvaneció ante ellos, dejando sólo varias compañías de Jinetes Largos, su flota y escaramuzadores astutos, para hostigar su avance. El enfrentamiento decisivo que esperaba el Exalto-General no llegó a producirse.

El rey Proyas de Conriya, el otro Exalto-General de la Ordalía, le siguió con el grueso de la hueste. Jubilosos, los Hombres del Nuevo Imperio marcharon hacia los pasos de Kathol, que formaban la armadura de dos grandes cordilleras, la de Hethantas al oeste y la de Osthwai al este. La columna era demasiado larga para que hubiera una verdadera comunicación entre sus elementos de vanguardia y retaguardia: ningún jinete podía atravesar las masas con suficiente rapidez. Las escarpas ascendían a ambos lados, apiladas hasta la línea de demarcación.

Nevó la cuarta noche, cuando los sacerdotes y los jueces dirigieron las ceremonias que conmemoraban la Batalla del Paso, en la que una antigua alianza de Hombres refugiados y los No-Hombres de Cil-Aujas había derrotado al No-Dios en el Primer Apocalipsis, comprando así al Mundo un año de precioso respiro. Nada se dijo de la posterior traición y exterminio de los No-Hombres a manos de aquellos a los que habían salvado.

Cantaron su devoción, los Hombres de la Ordalía, himnos desgarradores compuestos por el propio Emperador-Aspecto. Cantaban sobre su propio poderío, sobre la condena que llevarían a las lejanas puertas de su enemigo. Cantaban a sus esposas, a sus hijos, a las pequeñas parcelas del amplio mundo que marchaban a salvar. Por la noche, la gran campana que llamaban el Intervalo tocaba, y los Cantores gritaban las llamadas a la oración, sus dulces voces se elevaban a través de los lejanos campos de tiendas y pabellones. Los hombres duros se despojaban de sus pertrechos y se reunían bajo los estandartes del Circunfijo. Los nobles se arrodillaban junto a los esclavos o los sirvientes. Los Sacerdotes Shrial dieron sus sermones y bendiciones, y los Jueces observaron.

Pasaron varios días limando las últimas etapas del Paso, y luego descendieron el umbral de las montañas. Atravesaron los campos de

Sagland que se estaban descongelando, donde los sakarpi en retirada habían quemado todo lo que podía serles útil. Superado, el rey de Sakarpus no tenía más recurso que la antigua y venerable arma del hambre.

Pocos hombres de los Tres Mares habían visto alguna vez las estepas, y mucho menos los vastos y amplios Istyuli. Bajo cielos grises, con extensiones aún cubiertas de nieve, parecía un lugar sin huellas y desolado, un precursor de Agongorea, del que tanto habían oído hablar en interminables recitaciones de *Las Sagas*. A los que se habían criado en las costas les recordaba el mar, los horizontes tan planos como una regla, sin más límites que los que el ojo podía fijar. Los que se criaron en los márgenes del desierto recordaban su hogar.

Estaba lloviendo cuando las multitudes subieron a los amplios surcos de tierra que elevaban la Ciudad Solitaria por encima de la llanura. Por fin, los dos Exalto-Generales se abrazaron y se dispusieron a planificar el asalto. Fruncieron el ceño, bromearon y compartieron recuerdos, desde la legendaria Primera Guerra Santa hasta los últimos días de la Unificación. Tantas ciudades. Tantas campañas.

Muchos pueblos orgullosos rotos.



El Emisario llegó en el frío previo al amanecer, exigiendo ver a Varalt Harweel II, el Rey de Sakarpus.

Incapaz de dormir por miedo al día siguiente, Sorweel ya estaba despierto cuando su criado vino a despertarlo. Asistía regularmente a todas las audiencias importantes; su padre insistía en ello como parte de su educación principesca. Pero hasta hace poco, "importante" había significado algo muy diferente. Escaramuzas con los Sranc. Insultos y disculpas de Atrithau. Amenazas de nobles descontentos. Sorweel no podía contar las veces que se había sentado en el banco de piedra a la sombra del trono de su padre balanceando sus pies descalzos en lo que parecía un aburrimiento mortal.

Ahora, a sólo un año de su primer Elking, se plantó con sus botas y miró fijamente al hombre que los destruiría a todos: El Rey

Nersei Proyas de Conriya, Exalto-General de la Gran Ordalía. Desaparecieron los cortesanos, los funcionarios, los partidarios de tal o cual interés mezquino. La Sala Vogga permanecía vacía y en penumbra, aunque, por alguna razón, los cavernosos pasillos y galerías no hacían parecer pequeño al forastero. Desde el otro lado de los relieves de terracota que recubrían las paredes y las columnas, los antepasados de Sorweel parecían observar con graciosa aprensión. El aire olía a sebo frío.

"*Thremu dus kapkurum*", comenzó el forastero, "*hedi mere'otas cha…*" El traductor, un sarnoso pastor de las Tierras Sagradas por su aspecto, tradujo rápidamente sus palabras al Sakarpico.

"Nuestros cautivos nos han contado lo que decís de él".

A él. El Emperador-Aspecto. Sorweel maldijo silenciosamente su piel por los granos.

"Ah, sí", respondió el rey Harweel, "nuestra blasfemia…". Aunque los adornados brazos del Trono de Cuerno y Ámbar ocultaban el rostro de su padre, Sorweel conocía bien la expresión irónica que acompañaba a este tono.

"Blasfemia…" dijo el Exalto-General. "*Él* no diría eso".

"¿Y qué diría *él*?"

"Que temes, como todos los hombres, perder tu poder y privilegio".

El padre de Sorweel se rió de una manera despreocupada que hizo que el chico se sintiera orgulloso. Si tan sólo pudiera reunir un valor tan despreocupado.

"Así que", dijo Harweel alegremente, "he colocado a mi gente entre tu Emperador-Aspecto y mi trono, ¿es eso? No es que haya colocado mi trono entre tu Emperador-Aspecto y mi pueblo…"

El Exalto-General asintió con la misma gracia deliberada que acompañaba a su discurso no traducido, pero si en señal de afirmación o de agradecimiento, Sorweel no podía saberlo. Su pelo era plateado, al igual que su barba trenzada. Sus ojos eran oscuros y rápidos. Sus galas y adornos hacían que incluso las vestimentas reales de su padre parecieran burdas prendas de vestir. Pero era su porte y su mirada imperturbable lo que lo hacía tan impresionante. Había en él una melancolía, una tristeza que le confería una gravedad inquietante.

"Ningún hombre", dijo Proyas, "puede interponerse entre un Dios

y el pueblo".

Sorweel reprimió un escalofrío. Era desconcertante la forma en que *todos se referían a* él como tal, los Hombres de los Tres Mares. Y con una convicción tan irreflexiva.

"Mis sacerdotes lo llaman demonio".

"*Hada mem porota*-"

"Dicen lo que necesitan para mantener su poder a salvo", dijo el traductor con evidente malestar. "Ellos son, verdaderamente, los únicos que pueden perder con la disputa entre nosotros".

Durante toda la vida de Sorweel, parecía que el Emperador-Aspecto había sido un rumor incómodo del Sur. Algunos de sus primeros recuerdos eran los de su padre, que lo ponía sobre sus rodillas mientras interrogaba a los comerciantes de Nansur y Galeoth del Mundo de Más Allá de los Llanos. Con miradas a la vez congraciadas y reservadas, siempre se mostraban reticentes, protestando que sólo tenían oídos para el comercio y ojos para el beneficio, cuando lo que realmente querían decir era que sólo tenían lengua para el oro. En muchos sentidos, Sorweel debía su comprensión del mundo a los caravaneros de los Doce Pelos y a su lucha por convertir el Sur en Sakarpic. Las Guerras de Unificación. Los Mil Templos. Las innumerables naciones de los Tres Mares. Y la llegada del Falso Profeta que predicaba el fin de todas las cosas.

"Vendrá por nosotros", le decía su padre.

"¿Pero cómo puedes saberlo, papá?"

"Es un Ciphrang, un Hambre del Exterior, venido a este mundo con apariencia de hombre".

"Entonces, ¿cómo podemos esperar resistirnos a él?"

"Con nuestras espadas y nuestros escudos", se había jactado su padre, usando la voz burlona que siempre utilizaba para quitarle importancia a las cosas aterradoras. "Y cuando esos nos fallan, con escupitajos y maldiciones".

Pero los escupitajos y las maldiciones, aprendería Sorweel, siempre iban primero, acompañados de gestos audaces y grandes demostraciones. La guerra era una prolongación de la discusión, y las espadas eran simplemente palabras afiladas hasta alcanzar un filo sangriento. Sólo los Sranc empezaban con sangre. Para los hombres, siempre era la conclusión.

Tal vez esto explique la melancolía del Emisario y la frustración

de su padre. Tal vez ya *conocían* el resultado de esta embajada. Todo destino requiere ciertas posturas, la pronunciación de ciertas palabras, según decían los sacerdotes.

Sorweel se agarró al borde de su banco y se quedó tan quieto como se lo permitió su cuerpo tembloroso. El Emperador-Aspecto *había llegado*, y aún así apenas podía creerlo. Una picazón, un nombre, un principio, un presentimiento, algo tan lejano en el horizonte que debía parecer a la vez infantil y amenazante, como los brujos que la nodriza de Sorweel invocaba cada vez que él la había vejado. Algo que podía ser desechado hasta ser rodeado por las sombras.

Ahora, en algún lugar de la oscuridad que rodeaba sus corazones y sus muros, en algún lugar ahí fuera, esperaba, un Hambre revestido de gloriosa hombría, apoyado en los brazos de naciones arrastradas. Un Demonio, venido a cortar sus gargantas, a profanar a sus mujeres, a esclavizar a sus hijos. Un Ciphrang, venido a arrasar con todo lo que conocían y amaban.

"¿No has leído *Las Sagas*?" le preguntaba su padre al Emisario, con voz incrédula. "¡Los huesos de nuestros padres sobrevivieron al poder del Gran Arruinador-Mog-Pharau! Te aseguro que no se han vuelto demasiado frágiles para sobrevivir a ti".

El Exalto-General sonrió, o al menos lo intentó. "Ah, sí… La virtud no arde".

"¿Qué quieres decir?"

"Un dicho en mi país. Cuando un hombre muere, la pira se lleva todo, excepto lo que sus hijos pueden usar para adornar sus pergaminos de antepasados. Todos los hombres se halagan a través de sus antepasados".

Harweel resopló no tanto por la sabiduría, al parecer, como por la relevancia. "¡Y sin embargo, el Norte es un desperdicio y Sakarpus sigue en pie!"

La sonrisa de Proyas era dolorosa, su mirada era de una pena apagada. "Olvidas -dijo con el aire de revelar una verdad espinosa- que *mi Señor ha estado aquí antes*. Compartió el pan con los hombres que levantaron estas mismas salas, cuando esto no era más que una provincia de un imperio mayor, una frontera atrasada. La fortuna salvó estos muros, no la fortaleza. Y la fortuna, como bien sabes, es una *puta*".

Aunque su padre solía hacer una pausa para ordenar sus pensamientos, había algo en el silencio que se producía que helaba a Sorweel hasta las entrañas. Conocía a su padre, sabía que las últimas semanas le habían pasado factura. Sus palabras de ánimo eran las mismas, y su estruendosa risa no era sino más frecuente. Pero, sin embargo, algo había cambiado. Una inclinación en sus hombros. Una sombra en su mirada.

"La Gran Ordalía se encuentra en su puerta", presionó el Exalto-General. "Las Escuelas están reunidas. Las huestes de cien tribus y naciones golpean espada contra escudo. La perdición te rodea, hermano. *Sabes* que no puedes prevalecer, ni siquiera con el tesoro de Chorae. Lo sé porque tus nudillos están tan marcados como los míos, porque tus ojos están tan magullados por el horror de la guerra".

Otro silencio ceniciento. Sorweel se encontró inclinado hacia adelante, tratando de mirar alrededor del Trono de Cuerno y Ámbar. ¿Qué estaba haciendo su padre?

"Ven…", dijo el Exalto-General, con una voz de auténtica súplica. "Harweel, te lo ruego, toma mi mano. Los hombres ya no pueden permitirse derramar la sangre de los hombres".

Sorweel se puso de pie y contempló atónito el rostro inexpresivo de su padre. El rey Harweel no era un anciano, pero su rostro parecía flojo y surcado por sus colgantes bigotes rubios, su cuello doblado por el peso de su corona de oro y hierro. Sorweel pudo sentir el impulso, errante e imprevisto, la abrumadora necesidad de cubrir la vergonzosa indecisión de su padre, de arremeter, de… de…

Pero Harweel había recuperado tanto su ingenio como su voz.

"Entonces, desplázate", dijo en tono muerto. "Marchen a su muerte en Golgotterath o regresen con sus esposas de sangre caliente. Sakarpus no cederá".

Como si se atuviera a alguna regla desconocida del discurso, Proyas bajó el rostro. Miró al desconcertado Príncipe antes de volver a mirar al Rey de Sakarpus. "Existe la rendición que conduce a la esclavitud", dijo. "Y está la rendición que libera. Pronto, muy pronto, tu pueblo conocerá esa diferencia".

"¡Eso dice el esclavo!" gritó Harweel.

El Emisario no necesitó la interpretación balbuceante del

traductor; el tono trascendía los idiomas. Algo en su mirada consternó a Sorweel incluso más que la fanfarronada forzada de la respuesta de su padre. *Estoy cansado de la sangre*, parecían decir sus ojos. *Llevo demasiado tiempo regateando con los condenados*.

Se puso en pie, asintiendo a su séquito para indicar que había gastado más que suficiente aliento.



Sorweel esperaba que su padre lo llevara aparte después, para explicarle no sólo la situación, sino las peculiaridades de su comportamiento. Aunque sabía muy bien lo que había sucedido -el Rey y el Exalto-General habían intercambiado una última ronda de palabras fatuas para santificar la inevitable conclusión-, su sentido de la vergüenza le impuso una especie de confusión. No sólo su padre se había asustado, sino que lo había hecho *abiertamente*, y ante el enemigo más terrible al que se había enfrentado su pueblo. Tenía que haber algún tipo de explicación. Harweel II no era simplemente el Rey, también era su *padre*, el hombre más sabio y valiente que Sorweel había conocido. Había una razón por la que sus hombres de honor lo miraban con tanta reverencia, por la que los Señores de los Caballos eran tan reacios a provocar su disgusto. ¿Cómo podía *él*, entre todos los hombres, tener miedo? Su padre… ¡Su padre! ¿Había algo que no le estaba diciendo?

Pero no hubo respuesta. Amarrado al banco, Sorweel sólo pudo mirarlo, con su consternación apenas disimulada, mientras Harweel ladraba órdenes para que fueran transmitidas a sus diversos oficiales, con un tono brusco, como el de los hombres que intentan hablar para superar las lágrimas. Poco después, justo cuando amanecía tras impenetrables nubes de lana, Sorweel se encontró caminando por el barro y el empedrado, empujado por los compañeros de su padre, sus Altos Hombres Beatos. Las estrechas calles estaban abarrotadas de provisiones recogidas del país circundante, así como de refugiados de las Tierras Sagradas y de otros lugares. Vio a hombres descuartizando ganado, raspando las vísceras con sus afilados omóplatos. Vio a madres caminando aturdidas, con los brazos demasiado cortos para arrear a sus hijos atados con trapos. Sintiéndose inútil y deprimido, Sorweel se

preguntó por sus propios Hombres Beatos, aunque no se les llamaría así hasta su primer Elking la próxima primavera. La semana anterior había suplicado a su padre que les permitiera luchar juntos, pero fue en vano.

Los relojes se sucedieron uno tras otro. La lluvia, que había caído lo suficientemente ligera y esporádica como para ser tomada por el agua soplada de los árboles, comenzó en serio, tragándose las distancias en láminas de un gris implacable. La lluvia se deslizó a través de la cota de malla, empapando primero el cuero y luego el fieltro. Empezó a temblar de forma incontrolada, hasta que la rabia que le producía la idea de que los demás le vieran temblar le hizo arder. Aunque el yelmo de hierro le mantenía seco el cuero cabelludo, la cara se le entumecía cada vez más. Los dedos parecían dolerle y picarle a partes iguales. Cuando creía que no podía ser más desgraciado, su padre le llamó por fin y le condujo a un barracón vacío para que se calentaran las manos uno al lado del otro ante los últimos restos de un fuego de hogar.

El cuartel era uno de los antiguos, con los pesados dinteles y los techos bajos y agrietados, y los establos construidos para que los hombres pudieran dormir con sus caballos, una reliquia de los días en que los guerreros sakarpi adoraban a sus corceles. Las velas se habían apagado, de modo que sólo el hogar moribundo proporcionaba iluminación, el tipo de luz anaranjada que parecía distinguir los detalles a su antojo. La curva maltrecha de una olla de hierro. El respaldo agrietado de una silla. El rostro de un rey atribulado. Sorweel no sabía qué decir, así que se limitó a permanecer de pie, contemplando el detalle luminoso de las brasas que se convertían en ceniza nevada.

"Los momentos de debilidad llegan a todos los hombres", dijo Harweel sin mirar a su hijo.

El joven Príncipe miró con más atención las grietas brillantes.

"Debes ver esto", continuó su padre, "para que cuando llegue tu hora no desesperes".

Sorweel estaba hablando antes de darse cuenta de que había abierto la boca. "¡Pero yo *sí*, padre! Yo desp…"

La ternura en los ojos de su padre fue suficiente para que se ahogara. Le derribó la mirada con la misma seguridad que una bofetada.

"Hay muchos tontos, Sorwa, hombres que conciben los corazones en términos simples, absolutos. Son insensibles a la guerra interior, por lo que se burlan de ella, hinchan el pecho y fingen. Cuando el miedo y la desesperación los vencen, como deben vencernos a todos, no tienen viento para *pensar*… y así se rompen."

El calor envolvía al joven Príncipe, diluyendo la humedad que cubría su piel. Ya tenía las palmas de las manos y los nudillos secos. Se atrevió a mirar a su padre, cuya valentía, se dio cuenta, no ardía como una hoguera, sino como un hogar, calentando a todos los que estaban cerca de su sabiduría.

"¿Eres tan tonto, Sorwa?"

El hecho de que la pregunta fuera inquisitiva, genuina, y no estuviera pensada como una reprimenda, le cortó el rollo a Sorweel.

"No, padre".

Había tanto que quería decir, confesar. Tanto miedo, tanta duda y, sobre todo, remordimiento. ¿Cómo pudo dudar de su padre? En lugar de prestar su hombro, se había convertido en una carga más, ¡y en este día de los días! Había retrocedido, golpeado por pensamientos de amarga condena, cuando debería haber tendido la mano, cuando debería haber dicho: "*El Emperador-Aspecto. Él viene. Sostén mi mano, padre*. "

"Por favor…", dijo, mirando fijamente ese rostro amado, pero antes de que pudiera pronunciar otra palabra la puerta se abrió de golpe, y tres de los Grandes Señores de los Caballos llamaron.

Perdóname…



Incluso sobre los muros, los famosos y sagrados muros de Sakarpus, el calor de los cuarteles se quedó con él, como si de alguna manera se hubiera llevado un carbón en el corazón.

De pie, junto a los Altos Boonsmen de su padre, sobre la torre norte de la Puerta del Heredero, Sorweel contemplaba las miserables distancias. La lluvia seguía cayendo en espiral desde los cielos de niebla. Aunque las llanuras rodeaban el horizonte con líneas tan planas como cualquier mar, la tierra alrededor de la ciudad estaba inclinada y plegada, como un manto arrojado sobre un vasto suelo, formando un gran pedestal de piedra para Sakarpus

y sus muros errantes. Varias veces, Sorweel se inclinó hacia adelante para mirar entre las aspilleras, sólo para retroceder, mareado por la enorme caída: un plano de ladrillos picados que descendía hasta los cimientos inclinados que colgaban sobre acantilados de hierba y cardos. Parecía imposible que alguien pudiera asaltarlos. ¿Quién podría superar tales torres? ¿tales murallas?

Cuando contempló su longitud, con las almenas de cuernos de hierro y las líneas de cráneos bovinos incrustados en la mampostería, una mezcla de orgullo y asombro lo invadió. Los Señores de las Llanuras, ataviados con las antiguas armaduras de sus padres, apiñados junto a los escudos largos de sus clanes. Las baterías de arqueros encorvados sobre sus arcos, luchando por mantener las cuerdas secas. Dondequiera que mirara, veía a la gente de su padre -su gente- vigilando las alturas, con rostros sombríos de determinación y furia expectante.

Y ahí fuera, a través de las laderas de hierba, sólo el vacío, el gris de las distancias perdidas a través de una hoja tras otra de lluvia de gasa. El Emperador-Aspecto y su Gran Ordalía.

Sorweel ensayó las oraciones que su padre le había enseñado, la Demanda, destinada a aflojar la espada del favor de Gilgaöl, la Súplica al Destino, destinada a suavizar la dura mirada de la Puta. Parecía que podía oír a otros entre los Altos Baluartes susurrando sus propias oraciones, invocando el favor que necesitarían para arrancar su perdición de la mano del Emperador-Aspecto.

Es un demonio, pensó Sorweel, sacando fuerzas del recordado tenor de la voz de su padre. *Un hambre del exterior. No prevalecerá…*

No puede.

En ese momento, un solo cuerno surgió del horizonte cubierto por la lluvia, largo y bajo, con un tono similar al de los mastodontes. Durante varios latidos, pareció suspendido sobre la ciudad, solitario y premonitorio. Se fue arrastrando hacia el silencio, un latido, dos, hasta que pareció que su significado había terminado. Entonces se le unió un coro de otros, algunos estridentes y penetrantes, otros tan profundos como el trueno de la noche anterior. De repente, el mundo entero pareció estremecerse, sus entrañas despertadas por la fría cacofonía. Sorweel pudo ver cómo

los hombres intercambiaban miradas aprensivas. Las maldiciones y oraciones murmuradas formaban una especie de contrapunto, como los helechos alrededor de un monumento. Ráfagas y estruendos, un sonido que hacía de techo del cielo, que hacía que el agua se agudizara. Luego, los cuernos desaparecieron, dejando sólo los roncos gritos de los señores y oficiales a lo largo de la muralla, que animaban a sus hombres.

"Anímate", oyó Sorweel que murmuraba una vieja voz a alguien invisible.

"¿Estás seguro?", susurró en respuesta una voz de niño asustado. "¿Cómo puedes estar seguro?"

Una risa tan obviamente forzada que Sorweel no pudo evitar una mueca de dolor. "Hace quince días, los sacerdotes del Cazador encontraron un nido de currucas en el alero del templo. Currucas *carmesí*, ¿entiendes? Los dioses están con nosotros, hijo mío. Nos vigilan".

Mirando tras las voces, Sorweel reconoció a los Ostaroot, una familia a la que siempre había considerado unos parásitos en la Compañía Real de su padre. Sorweel siempre había rechazado al hijo, Tasweer, no por arrogancia o rencor, sino de acuerdo con lo que parecía la actitud general de la corte. Nunca había pensado en ello, no realmente, salvo para burlarse amablemente del muchacho de vez en cuando con sus amigos. Por alguna razón, a Sorweel le avergonzaba oírle confesar sus temores a su padre. Parecía criminal que él, un príncipe nacido con los mayores privilegios, hubiera juzgado tan fácilmente a la familia de Tasweer, que con la facilidad de una exhalación había evaluado vidas tan profundas y confusas como la suya. Y las encontró insuficientes.

Pero su remordimiento duró poco. Los gritos de advertencia hicieron que sus ojos volvieran en dirección a la lluvia torrencial, hacia las primeras sombras de movimiento en la llanura. Las torres de asedio fueron las primeras en aparecer, cada una de ellas a poca distancia de las otras, poco más que columnas azules en los brumosos límites de su visión, como los fantasmas de antiguos monolitos. No le sorprendió el número de ellas, catorce, ya que Sorweel e innumerables otros habían observado su lejana reunión durante los días anteriores. La sorpresa, más bien, estaba reservada a su escala, y al hecho de que los sureños los hubieran llevado

desmontados a través de tantas leguas sin caminos.

Se movían en fila, arrastrándose como si estuvieran encaramados en tortugas. Poco a poco, los detalles más sutiles de su apariencia se desprendieron de la niebla, al igual que los gritos rítmicos de los miles de personas que les presionaban. Estaban enfundados en lo que parecían ser escamas de estaño, y eran casi absurdamente altos, hasta el punto de tambalearse, elevándose hasta un esbelto pico desde bases tan anchas como cualquier bastión Sakarpico, a diferencia de cualquiera de los motores que Sorweel había visto esbozados en los *Tomos de la Guerra*. Cada una de ellas llevaba el Circunfijo, la marca del Emperador-Aspecto y su falsa divinidad, pintada en blanco y rojo en sus centros: un círculo que contenía la figura extendida de un hombre al revés: el propio Anasûrimbor Kellhus, decían los rumores. El signo tatuado en la carne de los misioneros que el padre de Sorweel había ordenado quemar.

Había una sensación de falta de aliento en su aproximación, que Sorweel atribuyó al hecho de que por fin estaba *comenzando, de* que toda la preocupación y las disputas, los preparativos y las escaramuzas de los meses anteriores estaban llegando a su fin. Al paso de las torres, las inmaculadas filas de la Gran Ordalía se resolvieron en una solidez resplandeciente, fila tras fila de marcha, extendiéndose por el campo y los pastos, sus flancos lejanos se perdían en la bruma lluviosa.

Una vez más, los cuernos enervaron el cielo.

Sorweel permaneció entumecido, uno de los diez mil rostros concentrados con rencor, temor, incredulidad, incluso ardor, observando cómo diez veces ese número -¡más! - marchaban a través del lúgubre aguacero, portando las exóticas armas de pueblos lejanos, siguiendo los designios de una docena de naciones diferentes. Extraños venidos de costas sudorosas, de tierras inéditas, que no conocían su lengua, no se preocupaban por sus costumbres ni por sus riquezas…

Los Reyes del Sur, vienen a salvar el mundo.

¿Cuántas veces había soñado Sorweel con ellos? ¿Cuántas veces los había imaginado reclinados semidesnudos en sus grandes galerías de mármol, escuchando aburridos a los peticionarios políglotas? ¿O cabalgando en divanes por las calles llenas de

especias, con los ojos pesados escudriñando el bullicio mercantil, en busca de muchachas que añadir a sus harenes de piel oscura? ¿Cuántas veces, con el corazón hecho una bola de rabia infantil, le había dicho a su padre que iba a huir a los Tres Mares?

A la tierra donde los hombres aún guerreaban contra los hombres.

Sin embargo, había aprendido rápidamente a ocultar su fascinación. Entre los funcionarios de la corte de su padre, el Sur era objeto de desprecio y burla, normalmente. Era un lugar caído, donde el vigor había sucumbido a la complejidad, a la agitación de mil vyings. Era un lugar donde la sutileza se había convertido en una enfermedad y donde el lujo había borrado la frontera entre lo femenino y lo masculino.

Pero estaban equivocados, tan desgarradoramente equivocados. Si las derrotas de las semanas anteriores no les habían enseñado eso, seguro que ahora lo entendían.

El Sur había venido a enseñarles.

Sorweel se lanzó a buscar a su padre. Pero, como un milagro, el rey Harweel ya estaba a su lado, erguido en sus largas faldas de malla. Agarró el hombro de su hijo y se inclinó para tranquilizarlo. Cuando sonrió, cayeron joyas de agua de sus bigotes.

El zumbido de la lluvia. El tañido de los cuernos del exterior.

"No temas", dijo. "Ni él ni sus Escolásticos desafiarán nuestros Chorae. Lucharemos como los hombres". Miró a sus Altos Hombres Beatos, que se habían girado todos para ver a su Rey dar el corazón a su hijo.

"¿Me oís?", les gritó. "Durante dos mil años, nuestros muros han permanecido intactos. Durante dos mil años, la línea de nuestros padres ha llegado intacta. Nosotros somos su culminación. Somos los Hombres de Sakarpus, la Ciudad Solitaria. Somos los supervivientes de la Caída del Mundo, los guardianes del Tesoro Chorae, una luz solitaria contra el campo de Sranc y el fin…"

El sonido de las alas en picado le interrumpió. Los ojos se dirigieron al cielo. Varios hombres llegaron a gritar. Sorweel levantó instintivamente una mano hacia su estómago blindado con cota de malla, y apretó el Chorae que mata la brujería alrededor de su cintura para que se le clavara el frío en el ombligo.

Era una cigüeña, blanca y larga como un colmillo, que volaba

cuando debería haberse resguardado de la lluvia. Los hombres se apartaron horrorizados de la almena sobre la que se posó, apiñándose unos contra otros. Giró el cuchillo de su cabeza hacia ellos, con su largo pico pegado al cuello.

La mano del Rey cayó del hombro de su hijo.

La cigüeña los miraba con paciencia de porcelana. Sus ojos negros eran sensibles e insondables.

Las gotas de lluvia tintineaban sobre el hierro, golpeaban el cuero.

"¿Qué quiere?", gritó una voz.

El rey Harweel se puso al frente de sus hombres. Sorweel se quedó paralizado, parpadeó ante la lluvia que le daba en los ojos, saboreó el frío que se derramaba sobre sus labios. Su padre estaba solo, con el manto de lana empapado, las manos flojas bajo las brillantes líneas de sus vambrazas. La cigüeña estaba casi encima de él, con las patas como palos, las alas plegadas en el jarrón pulido de su cuerpo, su rostro sabio inclinado para mirar al Rey a sus pies…

Entonces, colgando en la distancia de las nubes a la derecha del pájaro, apareció una estrella, un punto de luz centelleante. Sorweel no pudo evitar mirar en su dirección, al igual que todos los que se agolpaban a su alrededor. Cuando volvió la vista hacia su padre, la cigüeña había desaparecido.

De repente, se encontró empujado hacia delante por los Altos Baluartes, presionado con fuerza contra las troneras. Todos parecían gritar, a su padre, a los demás, al cielo lleno de cuernos. Las torres de asedio habían continuado su inexorable aproximación, al igual que los sureños, cuyas formaciones formaban ahora un temible tapiz en las llanuras circundantes. El punto de luz, que resplandecía desde distancias más profundas, se apagó de repente…

Sólo para reaparecer por encima de las filas delanteras de la Ordalía, colgando a la mitad de la altura de las pesadas torres. Sorweel jadeó y trató de retroceder. Parecía algo temible mirar hacia arriba cuando ya estaba tan alto. La punta ya no era una punta, sino una figura del más puro blanco que avanzaba a grandes zancadas entre un nimbo de incandescencia azul. Un hombre o un dios.

Sorweel se encontró agarrando la piedra picada de las almenas.

El Emperador-Aspecto.

El rumor. El picor de toda la vida…

"¡Padre!" gritó Sorweel, incapaz de ver más allá de los hombros y los escudos que le rodeaban. Las ráfagas caían desde el oeste, convirtiendo la lluvia en velos de niebla, que flotaban como apariciones montañosas sobre las murallas y sus empapados defensores. El frío era como un cuchillo. "¡Padre!"

Oyó el chasquido de los disparos de las balistas, pero con la humedad, los cuadrillos con Chorae se hundieron muy lejos del espectro colgante. Gritos y maldiciones estallaron a lo largo de la muralla. Entonces oyó las *palabras*, palabras recordadas pero no comprendidas, que hacían niebla en los charcos y en los charcos, que escocían la piel y hacían doler los dientes.

Hechicería.

Aparecieron líneas plateadas alrededor de las manos extendidas de la figura, comenzaron a desplazarse hacia el vacío…

Geometrías incandescentes, una filigrana brillante como el sol, escalando la lluvia hasta las nubes de vientre oscuro. Y un silbido como ningún otro, como el golpeteo milenario del oleaje condensado en el lapso de los latidos del corazón. Las líneas se extendían hacia fuera, haciendo del cielo una gloria, un dosel brillante que se extendía por encima de las murallas y a través de la ciudad. Reflejos macabros rodaron y brillaron sobre cada espada y escudo.

"Hace niebla", murmuró Sorweel a nadie. "¡Nos ciega!"

Voces sureñas, miles de ellas rugientes, unitarias y extáticas. Himnos: ¡estaban cantando himnos! Las torres continuaron su implacable aproximación, conducidas por convoyes de miles de personas encorvadas. ¡Alguien tenía que hacer algo! ¿Por qué nadie hacía nada?

Entonces su padre estaba ante él, agarrándolo por los brazos. "Ve a la Ciudadela", dijo, con una expresión extraña. La luz del Emperador-Aspecto brillaba en sus ojos, y las líneas de su nariz y sus mejillas se veían azules. "Fue un error traerte a las murallas".

"¿Qué quieres decir? Padre, ¿cómo puede…?"

"¡Vete!"

Sorweel pudo sentir que las comisuras de su cara se tambaleaban y se arrugaban.

"¡Padre-Padre! ¡Mis huesos son tus huesos!"

Harweel levantó la mano hacia la mejilla de Sorweel. "Por eso debes irte. *Por favor*, Sorwa. Sakarpus está en el fin del mundo. ¡Somos el último puesto de avanzada de los Hombres! ¡Necesita esta ciudad! ¡Necesita a *nuestra gente*! ¡Eso significa que te necesita, Sorwa! ¡A ti!"

El Príncipe bajó la mirada, acobardado por la furia y la desesperación de su padre. "No, padre", murmuró, sintiéndose de repente más joven que sus dieciséis años. "No te dejaré…" Cuando levantó la vista, la lluvia fría inundó el calor de sus lágrimas. "¡No te dejaré!"

Su voz colgaba cruda y chillona, el desafío arrancado al nervio. Entonces el canto de los invasores se hinchó, las gargantas de los alegres miles vinieron a quemar, a matar.

El golpe de su padre le dio en la mandíbula, le hizo derrapar contra los hombres que estaban detrás de él, y luego cayó de manos y rodillas sobre la piedra mojada. "¡No me avergüences con tu impertinencia, muchacho!" Se dirigió a uno de sus Altos Baluartes. "¡Narsheidel! ¡Llévalo a la Ciudadela! Asegúrate de que no le pase nada. ¡Él será nuestro último golpe de espada! Nuestra venganza".

Sin mediar palabra, Narsheidel lo levantó por el arnés de la cota de malla y comenzó a arrastrarlo entre los guerreros reunidos. Tirado hacia atrás, Sorweel vio cómo cerraban filas a su paso, vio sus miradas de compasión. "¡Nooo!", aulló, saboreando el agua fría y limpia en su lengua. A través de los hombros empapados y los bordes brillantes de los escudos, vislumbró a su padre que le devolvía la mirada, con los ojos tan azules y nítidos como el cielo de verano. Durante un inescrutable latido, la mirada de su padre le atravesó. Sorweel lo vio volverse justo cuando el muro de niebla rodeaba los parapetos.

"¡Nooooooo!"

El clamor de las armas descendió sobre el mundo.



Intentó luchar, pero Narsheidel era indomable, una sombra de hierro que apenas se doblegaba ante sus golpes. A través de la oscura espiral de la escalera de la torre, parecía que todo lo que podía ver eran los ojos de su padre, ojos amorosos, ojos que

juzgaban, que lamentaban una mano pesada, que celebraban una risa cosquillosa, y que vigilaban, siempre vigilaban, para asegurarse de que su segundo corazón latiera cálido y seguro. Y si miraba de cerca, si se atrevía a asomarse a esos ojos de la forma en que podría mirar gemas, sabía que se vería a *sí mismo*, no como era, sino reflejado en la curva brillante del orgullo de un padre, la esperanza de un padre de que podría vivir con mayor gracia por el hecho de tener un hijo.

Los truenos temblaban a su alrededor, haciendo crujir la antigua argamasa, soltando lluvias de gravilla desde los techos de bóveda baja. Narsheidel gritaba, algo, algo tenso con algo más que miedo. Un guerrero que ya está de luto.

Luego pasaron la puerta de hierro, patinando sobre las piedras a la sombra monumental de la Puerta. Caballos encabritados. Guerreros corriendo entre la niebla, con sus escudos blancos a la espalda. Los cimientos de los edificios que se desvanecen en el gris. El vacío de las antiguas calles que se abría entre ellos.

Y una figura solitaria en medio de la confusión, agazapada como un mendigo, sólo vestida con demasiada sombra…

Y con ojos que parpadean luz.

Gritando, Narsheidel lo arrastró hasta la dura y húmeda piedra.

Diagramas de blanco ardiente, haciendo humo de la lluvia. Las grandes placas de bronce de la Puerta del Heredero relampaguearon con el brillo del sol, y luego se desprendieron, dobladas como astillas de madera, girando como restos en una corriente.

Gritando, siempre gritando, Narsheidel lo puso en pie y lo empujó a correr.

Vio cómo el mendigo se convertía en alguien sacerdotal y luminoso, y luego se desvanecía en un abrir y cerrar de ojos. Vio a sus compatriotas reunirse para frenar la brecha. Vio al alto Droettal y a su compañía de Sacerdotes Gilgallic rugiendo mientras la marea de forasteros de rostro oscuro los engullía. Vio a los Hombres-Nada, azotando a sus corceles con caparazón a través de las calles llenas de pánico. Vio las cunetas corriendo con aguas rosas y carmesí. Vio una de las torres de asedio tambaleándose sobre la cresta de las murallas, los fantasmas de las cabezas de dragón surgiendo de las ranuras de su piel metálica. Vio cuerdas de hombres, tanto de los Escudo Largo como de los Señores del Caballo, que se desvanecían

gritando en medio de una luz turbulenta.

Una y otra vez, se lanzó contra la fuerza de Narsheidel, sollozando, desvariando, pero el Alto Jinete era inconquistable, impulsándolo siempre hacia adelante, bramando a la locura para que se abriera paso. Y a través de todo ello, vio los ojos azules como el verano de su padre, suplicando…

Por favor, Sorwa…

Corrieron por callejones laberínticos, a través de interminables cortinas de lluvia. Detrás de ellos, los gritos y los alaridos se multiplicaban en un estruendo blanco y sin sentido, puntuado únicamente por el rebuzno de los cuernos y el murmullo interior de la brujería.

Las sinuosas calles eran tan profundas que no pudieron ver la Ciudadela de paredes negras hasta que estuvieron casi encima de ella, encorvada contra el cielo, con sus torres redondeadas no más altas que los altos muros. Las hierbas colgaban de las juntas de su base inclinada y estriada. Sus cuarteles del norte, donde habían residido los antiguos reyes sakarpi, estaban en ruinas, con ventanas como cuencas oculares que revelaban los huecos destruidos de su interior. Se dirigieron hacia ella. Las murallas subían hasta abarcar una gran parte del cielo. Sorweel vislumbró una estrella que brillaba en lo alto del borde de piedra negra, tan brillante como el Clavo del Cielo, sólo *por debajo de* las nubes. La luz convirtió en diamantes la lluvia que caía.

Incluso Narsheidel tropezó aterrorizado, con la cara levantada, presionando a Sorweel ante él. "¡Rápido, muchacho, *rápido*! " Luego atravesaron las puertas de la bóveda, resguardadas en profundos zócalos de piedra negra. Los guardias y los asistentes de rostro ceniciento se acercaron a ellos. Sorweel se encontró tambaleándose en círculos, esquivando las manos que se agitaban. "¿El Rey?", gritó un viejo criado. "¿Qué ha sido del Rey?"

"¡Debe haber una manera!" Narsheidel le gritaba a un mayordomo con armadura de correo. "¡Este lugar debe tener secretos! Todo lo *viejo* tiene secretos".

Luego, Sorweel fue empujado por escaleras estrechas y sinuosas, a través de pasillos calurosos con paneles de madera, a través de habitaciones de techos bajos, algunas demasiado luminosas, otras demasiado oscuras. Girando, cruzando, trepando. Todo, tapices,

baterías de velas, paredes agrietadas, parecía nadar en su periferia.

¿Qué estaba *pasando*?

"¡No!" gritó Sorweel, sacudiéndose las manos marcadas como un perro lunático. "¡Para esto! *Deténganse*".

Estaban en una especie de antecámara, con una pared semiesférica que tenía su vértice en un pasillo tapiado. Narsheidel y otros dos -un envejecido Escudo Largo y el Barón Denthuel, el Señor de los Caballos con una sola pierna asignado al mando de la Ciudadela- estaban de espaldas, con las manos extendidas, sus rostros cautelosos o apaciguadores o preocupados o suplicantes o…

"¿Dónde está mi padre?", gritó.

Sólo Narsheidel, con su armadura empapada brillando en plata y negro en la incierta luz, se atrevió a hablar.

"El rey Harweel está muerto, muchacho".

Las palabras lo dejaron sin aliento. Aun así, Sorweel oyó su propia voz: "Eso significa que *soy el Rey*. Que soy tu amo".

El Alto Boonsman miró hacia abajo, hacia las palmas de las manos, y luego hacia afuera y hacia arriba, como si tratara de adivinar la dirección del rugido exterior, pues no había cesado.

"No mientras las palabras de tu padre sigan resonando en mis oídos".

Sorweel miró el rostro del anciano, con sus proporciones de mandíbula fuerte y su cabello enmarañado. Sólo entonces, al parecer, se dio cuenta de que Narshiedel también tenía seres queridos, esposas e hijos, secuestrados en algún lugar de la ciudad. Que era un verdadero Boonsman, leal hasta la muerte.

"*El rey Harweel es…*"

Explosión. Sólo después, chisporroteando, revolviéndose por el suelo, el joven Príncipe comprendió lo que había sucedido. Los ladrillos estallaron hacia afuera, como si un martillo del tamaño de un árbol hubiera golpeado el lado más alejado de la pared redonda, tomando a Lord Denthuel en la cabeza y el cuello, tirándolo al suelo.

Polvo transportado a lomos del aire helado. La luz pálida del exterior. Con los oídos en ristre, Sorweel se volvió hacia el agujero abierto…

Podría haber llamado, pero no lo recordaría.

Miró a través de la brecha hacia la cáscara de las galerías en

ruinas de la Ciudadela. Algo dorado colgaba en los huecos sin suelo, algo que hervía con una luz imposible. Con un telón de fondo de ventanas vacías y paredes de gran tamaño, caminaba por el aire libre. Caminaba. La lluvia caía en hileras a su alrededor, como si bajara de un pozo.

Pero la humedad no lo tocó.

El Emperador-Aspecto.

El brillante demonio cruzó el umbral, enmarcado por la penumbra y el diluvio.

El innominado Escudo Largo simplemente se dio la vuelta y corrió, desapareciendo en los pasillos. Levantando su gran espada en alto, Narsheidel gritó, cargó contra la figura luminiscente…

Que simplemente se hizo a un lado, imposiblemente, como un bailarín que evita a un borracho. Agitando los brazos como si fueran una cuerda, la figura llevó su hoja curva hacia arriba sobre el cuero cabelludo, y luego la hizo retroceder en un arco perfecto. El cuerpo y la cabeza de Narsheidel siguieron avanzando, unidos únicamente por un hilo de sangre que volaba.

Los ojos del demonio habían permanecido fijos en Sorweel todo el tiempo. Sólo que… no parecían los ojos de un demonio.

Demasiado humano.

De rodillas, Sorweel no pudo hacer otra cosa que mirar.

El hombre parecía sacado de un lugar diferente, uno con un sol más brillante, como si estuviera aquí, en medio de la ruina que era Sakarpus, y en la cima de una montaña al borde del amanecer. Era alto, una mano más que el padre de Sorweel, ataviado con las vestimentas doradas de un sacerdote, con una armadura tan fina que parecía de seda y nimel, una parte ausente de Sorweel se dio cuenta, acero de No-Hombre. Su pelo caía en rizos empapados sobre su rostro largo y de labios gruesos. Su barba de lino estaba trenzada y cuadriculada a la manera de los reyes sureños representados en los relieves más antiguos de la Sala Larga. Las cabezas cortadas de dos demonios, con la piel manchada y brillante, colgaban de su faja, formando bocas de pez sobre dientes de uñas negras.

Las costras de sal cubrían su mano desnuda.

"Soy", dijo la visión, "Anasûrimbor Kellhus".

Comenzó con el temblor, el sofoco de la orina. Luego sus huesos se convirtieron en serpientes y Sorweel se desplomó en el suelo.

Sobre su vientre… ¡Sobre su vientre! Escupió la sangre que engrasaba su barbilla.

¡Fuh-Fuh-Padre!

"Ven", dijo el hombre, agachándose para poner una mano en su hombro. "Ven. Levántate. Acuérdate de ti mismo…"

¿Recuerdas?

"Usted es un *Rey*, ¿no es así?"

Sorweel sólo pudo mirar con horror y asombro.

"No entiendo…"

Un ceño amigable, seguido de una suave risa. "Rara vez soy lo que mis enemigos esperan, lo sé". De alguna manera, ya le estaba ayudando a ponerse en pie.

"Buh-buh-pero…"

"Todo esto, Sorweel, es un trágico error. Debes creerlo".

"¿Error?"

"No soy un conquistador". Hizo una pausa como si frunciera el ceño ante la sola idea. "Aunque parezca una locura, *realmente he* venido a salvar a la Humanidad".

"Mentira", murmuró el Príncipe entre su confusión. "¡Mentira! "

El Emperador-Aspecto asintió y cerró los ojos a la manera de un padre sufrido. Su suspiro fue honesto y sencillo. "Llorad", dijo. "Llora como todos los hombres deben hacerlo. Pero aliéntate en el hecho de tu perdón".

Sorweel miró los ojos azules del verano. *¿Qué estaba ocurriendo?*

"¿Perdonado? ¿Quién eres *tú* para perdonar?"

El ceño de un inocente dos veces agraviado.

"No lo entiendes."

"¿Entender qué?" Escupió Sorweel. "¡Que crees que tu…!"

"¡Tu padre te amaba!", interrumpió el hombre, con una voz espesa de una reprimenda paternal casi irresistible. "Y ese *amor*, Sorwa, es perdón… *Su* perdón, no el mío".

El joven rey de Sakarpus se quedó boquiabierto, mirando con un rostro tan flojo como el agua de la lluvia. Entonces le rodearon mangas perfumadas y lloró en los brazos ardientes de su enemigo, por su ciudad, por su padre, por un mundo que podía arrancar la redención de la traición.

Años. Meses. Días. Durante mucho tiempo el Emperador-Aspecto

había sido un rumor incómodo para el Sur, un nombre tan lleno de atrocidades como de milagros…

No más.

CAPÍTULO DOS

Hûnoreal

Ardemos como velas demasiado gordas, con el centro agujereado, los bordes curvados, la mecha siempre superando a la cera. Nos parecemos a lo que somos: Hombres que nunca duermen.

-MANDATO ANÓNIMO
ESCOLÁSTICO, LA CARTILLA
HEIROMÁNTICA

Principios de primavera, Año Nuevo Imperial 19 (Año del Colmillo 4132), suroeste de Galeoth

Habría habido pesadillas en abundancia si Drusas Achamian hubiera podido soñar una vida propia. Pesadillas de una larga y dura guerra a través de desiertos y grandes deltas fluviales. Pesadillas de sublimidad y salvajismo en perfecto equilibrio, aunque la cacofonía de este último haría que todo pareciera miseria. Pesadillas de hombres muertos, que se alimentan como caníbales de sus almas antaño fuertes, levantando lo imposible a lomos de la atrocidad.

Pesadillas de una ciudad tan sagrada que se había vuelto malvada.

Y de un hombre que podía mirar dentro de las almas.

Pero él no podía soñar con estas cosas. No. Aunque había

renunciado a su Escuela, maldiciendo a sus propios hermanos, seguía llevando el gran yugo que rompía las espaldas de todos ellos. Todavía llevaba en su interior una segunda alma más antigua, Seswatha, el héroe y superviviente del Primer Apocalipsis. Todavía soñaba, como ellos, con el fin del mundo. Y todavía se despertaba jadeando el aliento de otro hombre…

El festín era un asunto grasiento y estridente, otra celebración de la Caza-Gloriosa. El Alto Rey, Anasûrimbor Celmomas, estaba recostado de la forma en que siempre lo hacía cuando estaba muy metido en sus copas: las piernas torcidas, los hombros hundidos en la esquina izquierda del Ur-trono, la frente apoyada en un puño flojo. Sus Caballeros-Jefes se peleaban y retozaban en la larga mesa de caballete colocada ante él, levantando trozos de carne chamuscada con sus dedos brillantes, bebiendo profundamente de las tazas doradas estampadas a semejanza de los tótems animales. La luz danzaba desde los trípodes de bronce colocados en el suelo a su alrededor, convirtiendo la mesa en un lugar de sombras y siluetas, e iluminando la cortina de ciervos recién matados que se alzaba tras los juerguistas a ambos lados. Más allá, los poderosos pilares del Yodain, el Templo del Rey levantado por los antiguos gobernantes de Trysë, se elevaban aún más alto, en la obstinada negrura.

Sonaron más brindis. Por el Clan Anasûrimbor, por las Grandes Líneas de Parentesco representadas en la mesa, por el Sacerdote Bardo y por su escandaloso relato de la escapada del día. El hidromiel se derramó en las copas y en los labios. Pero Achamian, solo en el extremo de la estruendosa mesa, levantó su vasija sólo hacia el aguador. Asintió a las exclamaciones bélicas, se rió de los chistes soeces, esbozó la sonrisa socarrona de los sabios en compañía de los tontos, pero no participó. En su lugar, con ojos que parecían más aburridos que astutos, observó al Alto Rey -el hombre al que aún llamaba su mejor amigo- beber hasta quedar inconsciente.

Luego se escabulló, sin cuidado ni aviso. ¿Quién podría comprender los caminos de un hechicero?

Seswatha atravesó la sombría y laboriosa red de sirvientes que mantenían el festín de buen humor, y luego salió del Templo del Rey hacia el laberinto cerrado de los apartamentos del palacio.

La puerta estaba entreabierta, como había prometido.

Se habían colocado velas en el suelo a lo largo del pasillo, extendiendo abanicos de iluminación sobre los mosaicos decorativos. Las figuras entraban y salían de la penumbra, las sombras de los hombres luchando contra los animales. Respirando hondo, Achamian cerró la puerta y escuchó el chirrido del hierro. La pesada piedra de los Anexos se había tragado todo el sonido, salvo el escupitajo de las llamas de las velas que giraban a su paso. Los perfumes resinosos impregnaban el aire.

Cuando la encontró -Suriala, la gloriosa y lasciva Suriala- se arrodilló de acuerdo con las propias leyes que iba a romper. Se arrodilló ante su belleza, ante su hambre y su pasión. Ella lo levantó para abrazarlo, y él vislumbró su reflejo entrelazado en los contornos de un escudo decorativo. Se veían tan encorvados y desesperados como deberían, pensó él. Entonces la apretó contra la cama…

Hizo el amor con la esposa de su Alto Rey.

Un jadeo convulsivo.

Achamian salió disparado de sus mantas. La oscuridad zumbaba con el esfuerzo, gemía y jadeaba con la lujuria femenina, pero sólo por un momento. A los pocos latidos del corazón, el canto coral de los pájaros de la mañana dominó sus oídos. Tirando las mantas a un lado, se apoyó en las rodillas y se frotó el dolor de la mandíbula y la mejilla. Se había acostumbrado a dormir sobre madera como parte de la disciplina que había adoptado desde que dejó la Escuela del Mandato, y para acelerar la transición entre sus pesadillas y la vigilia. Había descubierto que los colchones convertían el despertar en una forma de asfixia.

Se sentó un rato, tratando de alejar su excitación, de desterrar el recuerdo de su desnudez rozando la suya. Si todavía fuera un alumno del Mandato, habría corrido gritando a sus hermanos. Pero no lo era, y había vivido demasiadas revelaciones durante demasiado tiempo. Las percepciones que en otro tiempo le habrían hecho vibrar el cuerpo de horror o de exultación, ahora simplemente palpitaban. El descubrimiento, al parecer, se había convertido en otro dolor.

Resoplando y tosiendo, caminó por el suelo de tablas hasta la corona cuadrada de blanco que delimitaba las persianas. "Que le dé

el sol a esto", murmuró para sí mismo. "Sí, sí… La luz nunca es mala".

Cerró los ojos contra el brillo explosivo, respiró profundamente las muchas capas de la mañana: el amargo de las hojas en ciernes, la humedad de la marga del bosque. Los gritos de los niños sonaban desde abajo, reclamando, atreviéndose, el canto de las almas descuidadas. "¡No *te creo*! "Desterrados de los pisos inferiores por sus padres -esclavos de Achamian-, siempre correteaban por la sombra de la torre por la mañana, corriendo y trinando como estorninos combativos. Por alguna razón, oírlos hoy le parecía un profundo milagro, tanto que casi deseaba poder aguantar así -aquí, ahora, con los ojos cerrados y todo lo demás abierto- durante el resto de su vida.

Sería un buen final, pensó.

Entrecerrando los ojos contra la claridad, se volvió hacia su habitación, hacia sus estantes y mesas toscas, hacia las interminables gavillas de garabatos apiladas en precarias pilas sobre superficies altas y bajas al azar. La amplia curva de las paredes de piedra abrazaba la penumbra de la mañana, y sus mortajas daban la apariencia de una molienda de Galeoth. Una amplia chimenea se encontraba en barbecho frente a su cama de tablas. Los inmensos maderos del techo se extendían por encima, negros de brea, y los espacios entre ellos estaban aislados con capas de pieles de animales: lobos, ciervos, incluso liebres y martas.

Esbozó una triste sonrisa al revés. Una pequeña memoria se estremeció ante la barbarie del lugar, ya que había pasado una buena parte de su vida viajando por los antros del Sur. Pero había sido su hogar durante demasiado tiempo como para que le pareciera algo más que seguro. Durante casi veinte años había dormido, estudiado y cenado en esta habitación.

Ahora recorría caminos diferentes. Caminos más profundos.

¿Cuánto tiempo había viajado?

Toda su vida, parecía, aunque sólo había sido mago durante veinte años.

Respirando hondo, llevando los dedos desde su calvo cuero cabelludo hasta su desgreñada barba blanca, se dirigió a su mesa de trabajo principal, se preparó para el concentrado recital que se avecinaba…

El meticuloso trabajo de cartografiar la laberíntica vida de Seswatha.



Esperaba escribir un relato detallado de todo lo que pudiera recordar. Había desarrollado un talento, a lo largo de los años, para recordar lo que soñaba. Había acumulado literalmente miles de recitales, cada uno de ellos objeto de innumerables críticas y especulaciones. Escribir de memoria era bastante traicionero: A veces parecía que sólo se recordaban los huesos de las cosas y que había que inventar la carne de nuevo con cada resurrección. Pero cuando se trataba de los Sueños, todo llevaba la mancha de la invención, incluso cuando lo arrojaban entero al corazón y las entrañas de la vida de Seswatha. La clave, había aprendido, era empezar a escribir inmediatamente, antes de que la imagen posterior se viera arrastrada a la oscuridad por la brutal insistencia del mundo de la vigilia.

Pero en lugar de eso, todo lo que pudo escribir fue,

¿NAU-CAYÛTI?

Durante toda la mañana se quedó mirando este garabato de tinta, el nombre del famoso hijo de Celmomas, cuyo robo de la Lanza de la Garza conduciría a la destrucción definitiva del No-Dios. En las bibliotecas del Mandato, decenas, si no centenares, de tomos estaban dedicados a sus hazañas, la mayoría de ellas predecibles: la Matanza de Tanhafut el Rojo, su serie de victorias tras el desastre de Shiarau, su muerte a manos de su esposa, Iëva, y, por supuesto, las interminables interpretaciones del Robo. Pero algunos estudiosos -al menos dos que Achamian recordara- habían centrado su atención en la enorme frecuencia de los Sueños que involucraban a Nau-Cayûti, que parecían muy desproporcionados en relación con su efímero papel en el Apocalipsis.

Pero si Seswatha se hubiera acostado con su madre…

La revelación del adulterio era significativa por sí misma, y escocía al viejo Mago por razones que no se atrevía a ponderar. ¿Pero la posibilidad de que Seswatha fuera el padre de Nau-Cayûti? No todos los hechos son iguales. Algunos cuelgan como hojas de las

ramas de verdades más sustanciales. Otros se erigen como troncos, soportando las creencias de naciones enteras. Y unos pocos -unos pocos desesperados- son semillas.

Estaba repasando todos los detalles que podrían permitirle datar el sueño -qué Caballeros-Jefe seguían teniendo el favor de la mesa del Alto Rey, qué anillos llevaba Seswatha, los tatuajes de fertilidad en la cara interna de los muslos de la Reina- cuando una de las voces de los niños se abrió paso entre el zumbido de su fallida concentración. "*Sí, pero ¿desde cuánto?* " El gorjeo de una niña, encogido en una caña por la distancia. La pequeña Silhanna, se dio cuenta.

Una mujer respondió, algo tierna e inaudible.

Fue el acento, más que la voz, lo que le hizo tropezar con la ventana abierta. Se encontró parpadeando, agarrando el alféizar agrietado y picado contra el repentino vértigo. Era sheyico, la lengua común del Nuevo Imperio, pero con matices sureños. ¿Nansur? ¿Ainoni?

Miró hacia el horizonte, a través de lo que había sido la provincia de Galeoth en Hûnoreal. Los cielos eran de un gris férreo con la promesa primaveral del azul del verano. Las copas de los árboles se agitaban en la distancia, un mosaico de verdes tiernos tan nuevos que se podían ver las hileras de tierra a través de ellos. La luz del sol de la mañana seguía impidiendo el paso por los barrancos, por lo que el paisaje poseía una cualidad oceánica; las cumbres bañadas por el sol y las líneas de las crestas parecían islas amarillas en un mar sombrío. Aunque no podía distinguir los afluentes de espalda blanca del Rohil, podía ver su sinuosa impronta en la disposición de las colinas distantes, como cables tendidos sobre sábanas tintadas de amor.

Es extraña la forma en que las distancias crecen con el frío.

El terreno inmediatamente inferior caía en una serie de terrazas empotradas, de modo que mirar directamente hacia abajo le hacía sentir como si lo sacaran por la ventana. Estaban los edificios anexos, poco más que casas adosadas en realidad, que delimitaban su humilde círculo de habitación, y los árboles más cercanos, olmos y robles, que alcanzaban alturas que habrían estado a la altura de los ojos si el suelo hubiera sido uniforme. Y estaban los tramos desnudos, cuya piedra calva hacía presagiar melones aplastados y

cráneos rotos. No pudo ver nada de los niños, aunque sí espió a una mula que miraba con una concentración absurda a nada en particular.

Las voces seguían gorjeando en algún lugar a la izquierda, en una hoja de tierra plana que formaba los cimientos de varios viejos arces.

"*¡Mamá! ¡Mamá*! ", oyó gritar al joven Yorsi. Entonces lo vio a través de la trama de ramas, subiendo la pendiente. Su madre, Tisthanna, bajó hacia él, limpiándose las manos en el delantal y bastante -Achamian se sintió aliviado al comprobarlo- despreocupada. "*¡Mira!*" gritó Yorsi, agitando algo pequeño y dorado.

Entonces vio a una mujer menuda que trepaba tras la estela de Yorsi, riéndose de los cuatro niños rubios que bailaban a su alrededor, con sus preguntas en contrapunto. *"¿Cómo se llama tu mula?" "¿Puedo cortar tu espada?" "¿Puedo? ¿Puedo? ¿Puedo?*" Su pelo era negro y medio cortado de Ketyai, y llevaba una capa de cuero cuya confección de muchos paneles gritaba casta-noble incluso desde esa distancia. Pero dada su elevada posición y la forma en que ella miraba a sus pequeños interlocutores, Achamian no podía ver nada de su rostro.

Sintió un cosquilleo en la garganta. ¿Cuánto tiempo había pasado desde su última visita?

Al principio, cuando sólo estaban él y Geraus, sólo habían venido los Sranc. Había perdido la cuenta de cuántas veces había iluminado la ladera con la Gnosis, enviando a las viles criaturas aullando de vuelta a las profundidades del bosque. Cada árbol a tiro de arco tenía alguna cicatriz de esas locas batallas: Un hechicero situado en el borde de una torre semiderruida, haciendo llover una brillante destrucción sobre campos de lo que parecían simios delirantes de piel blanca. Geraus aún sufría pesadillas. Después, con el fin de las Guerras de Unificación, habían sido los Escalpoi, los innumerables Hombres -Galeoth, Conriyanos, Tydonnios, Ainonios, incluso Kianene- los que habían venido a cobrar la recompensa del Emperador-Aspecto por las cabelleras de los Sranc. Durante años, parecía que algún campamento sangriento de ellos se encontraba a un día de distancia de ellos. Y en más de una ocasión, Achamian tuvo que recurrir a la Gnosis para cortar sus borracheras. Pero

incluso ellos siguieron adelante después de un tiempo, cazando sus despiadados premios en las profundidades verdaderamente primitivas del desierto. Periódicamente, una tropa de ellos se topaba con la torre, y si estaban hambrientos o destrozados por los horrores de su oficio, seguramente se producía algún tipo de desgracia. Pero luego dejaban de venir.

Entonces, ¿qué había pasado? ¿Cinco, quizás seis años desde que el último visitante había subido al pie de su torre?

Tenía que serlo. Tanto tiempo al menos. Habían estado esos dos Escalpoi hambrientos que habían llegado poco después de que Geraus tomara a Tisthanna como esposa, pero ¿después? Desde luego, no desde que había nacido el último de los niños.

No importaba, la regla había sido simple a lo largo de los años: Los visitantes significaban dolor, los Dioses y sus leyes de hospitalidad estaban condenados.

Cogida de la mano de una de las muchachas, la mujer sin nombre se detuvo amistosamente ante Tisthanna e inclinó la cabeza en señal de saludo; Achamian no podía saber exactamente hasta dónde debido a la rama de un árbol que la tapaba, aunque parecía la inclinación propia de los hombres de casta. Pudo ver sus botas a través de un par de ramitas incipientes, la punta de la izquierda rozando distraídamente las hojas planas de invierno; eran tan finas como su capa adornada con armiño.

Tal vez sólo estaba equipada como una casta-noble.

Inclinando la cabeza, se asomó peligrosamente, hasta el punto de romper a sudar frío, pero sin efecto. Oyó la risa relinchante de Tisthanna y eso le alivió un poco. Tisthanna era muy sensata.

Entonces las dos mujeres caminaban una al lado de la otra hacia el claro que rodeaba los cimientos de la torre, hablando en voz suficientemente alta como para ser escuchadas, pero en ese tono cercano y femenino que parecía desconcertar a los oídos masculinos. Asintiendo a algo, Tisthanna, con su pelo rubio amontonado sobre su cara redonda como una manzana, levantó la vista y le señaló en la ventana. Achamian, que se inclinaba encorvado como si se tratara de una yarda y un aparejo, trató de adoptar una postura más digna. Su pie izquierdo resbaló. La piedra de sillería bajo la palma de su mano izquierda hizo crujir el mortero podrido.

Casi lo siguió con el clacking hacia abajo.

Tisthanna soltó un involuntario "¡*Ooop*! "y luego se rió cuando Achamian, con su larga barba blanca arrastrando las piedras, se abrió paso con cuidado hacia la seguridad.

"¡*Máster Akka*! ", gritaron los niños en un coro roto.

La desconocida levantó la vista, su delicado rostro desconcertado y abierto y curioso…

Y algo en Achamian sufrió una caída mayor.



Hay una progresión en todas las cosas. La locura, los milagros, incluso los sueños rotos en sus extremos más febriles siguen algún hilo de asociación. Lo inesperado, lo sorprendente, son siempre efecto de la ignorancia, por muy absoluta que parezca. En este mundo, todo tiene sus razones.

"Así que", dijo, su tono equilibrado entre muchas cosas, esperanza y sarcasmo entre ellas, "el Gran Mago".

Había una extrañeza en ella, algo así como la mirada de los niños con sonrisas maleducadas.

"¿Qué estás haciendo aquí?" Achamian se quejó.

Había enviado a Tisthanna y a los niños lejos y ahora estaba con la mujer a la luz del sol a sotavento de la torre, sobre la amplia piedra blanca que los niños llamaban el Caparazón de Tortuga. Durante años habían estado dibujando en ella con las puntas de los palos quemados: rostros grotescos, dibujos extrañamente afectivos de árboles y animales y, últimamente, las letras que Achamian les había enseñado a escribir. Había un orden en los dibujos, con las líneas más firmes de los símbolos y la verosimilitud, que se reflejaban en los pálidos restos de la fantasía, como el registro de la larga escalada del alma.

Ella había buscado instintivamente el punto más alto, algo que le irritaba inexplicablemente. Era bajita, evidentemente ágil bajo el cuero y la lana. Su rostro era oscuro, hermoso, con el color y los contornos de una bellota. Salvo por los iris verdes y un ligero alargamiento de la mandíbula, era exactamente como él la recordaba…

Excepto que nunca la había visto en su vida.

¿Era *ella* la razón por la que Esmenet le había traicionado? ¿Era ella la razón por la que su esposa -¡su esposa! - había elegido a Kellhus antes que a un hechicero, un tonto con el corazón roto, hace tantos años?

No por el hijo que llevaba, sino por el que había perdido.

Las preguntas eran tan inevitables como el dolor, las preguntas que le habían perseguido más allá del borde perfumado de la civilización. Podría haber seguido haciéndolas, podría haber cedido a la locura y haberlas convertido en el estribillo de su vida. En lugar de ello, había creado una nueva vida en torno a ellas, como la arcilla alrededor de una figura de cera, y luego las había quemado, volviéndose cada vez más decrépito, cada vez más *viejo*, por su ausencia: más moho que hombre. Había vivido como un trampero loco, acumulando pieles con tinta en lugar de pelo, las líneas de sus trampas ancladas a este hueco silencioso dentro de él, a estas preguntas que no se atrevía a hacer.

Y ahora aquí estaba ella… Mimara.

¿La respuesta?

"Me preguntaba si me reconocerías", dijo. "*Recé para* que lo hicieras, de hecho".

La brisa de la mañana se movía entre los bordes oscuros de su cabello. Después de pasar tanto tiempo en compañía de mujeres norsirai, Achamian se encontró con recuerdos de su madre y sus hermanas: la calidez de sus mejillas aceitunadas, la maraña de su lujoso cabello negro.

Se frotó los ojos, arrastró los dedos por su barba desaliñada. Sacudiendo la cabeza, dijo: "Te pareces mucho a tu madre…".

"Eso me han dicho", dijo con frialdad.

Extendió una mano como si quisiera interrumpirla y luego la bajó con la misma rapidez, consciente de repente de su edad. "Pero no me has contestado. ¿Qué estás haciendo aquí?"

"Buscándote".

"Eso es evidente. La pregunta es *por qué*".

Esta vez la ira brilló, lo suficiente como para hacerla parpadear. Achamian nunca había dejado de esperar a los asesinos, ya fueran enviados por el Consulto o el Emperador-Aspecto. Pero aun así, el mundo más allá del borde del horizonte se había vuelto cada vez menos sustancial con los años. Más abstracto. Tratar de olvidar,

tratar de no oír cuando sus oídos más profundos se pinchaban continuamente era casi tan difícil como tratar de odiar el amor. Al principio nada, ni siquiera sujetarse la cabeza y gritar podía acallar la bacanal asesina. Pero de alguna manera, con el tiempo, el rugido se había desvanecido en un estruendo, y el estruendo se había convertido en un murmullo, y los Tres Mares habían adquirido el carácter de las hazañas legendarias de un padre: lo suficientemente cerca como para ser creído, lo suficientemente distante como para ser descartado.

Había encontrado la paz -la verdadera paz- librando su extraña guerra nocturna. Ahora esta mujer amenazaba con derribarlo todo.

Casi gritó cuando ella no respondió. "*¿Por qué?*"

Se estremeció y miró el garabato infantil que tenía a sus pies: una boca abierta garabateada en negro sobre blanco mineral, con ojos, nariz y orejas espaciadas en su perímetro sin labios.

"P-porque quería..." Algo se le atascó en la garganta. Sus ojos se dispararon, como si requirieran un antagonista para mantenerse enfocados. "Porque quería saber si..." La lengua le recorrió la costura de los labios.

"... Si eras mi padre".

Su risa se sentía cruel, pero si era tal, ella no mostraba ningún signo de lesión, ningún signo externo.

"¿Estás seguro?", preguntó ella, con la voz y la expresión vacías.

"Conocí a tu madre en algún momento después de..."

En un abrir y cerrar de ojos, Achamian lo había visto todo, escrito en un lenguaje no muy diferente de los garabatos de carbón que había bajo sus pies. Era inevitable que Esmenet lo hiciera, que utilizara todo su poder como emperatriz para recuperar a la niña que le había prohibido mencionar todos esos años... Para encontrar a la niña cuyo nombre nunca pronunciaría.

"Quieres decir después de que me vendiera", dijo la chica.

"Hubo una hambruna", se oyó responder. "Hizo lo que hizo para salvar tu vida, y se arruinó para siempre como resultado".

Supo que eran las palabras equivocadas antes de terminar de hablar. Sus ojos se volvieron de repente viejos por el cansancio, por la parálisis que produce escuchar las mismas justificaciones huecas una y otra vez.

El hecho de que se negara a responderles lo decía todo.

Esmenet la había recuperado hacía tiempo, eso era evidente. Sus modales y su inflexión eran demasiado estudiados, demasiado elegantes, para no haber sido perfeccionados durante años en la corte. Pero era igualmente obvio que Esmenet la había encontrado demasiado tarde. La mirada dañada. El borde de la desesperación.

La esperanza fue siempre el gran enemigo de los esclavistas. Te la arrancan de los labios, y luego la persiguen a través de tu piel. Mimara, Achamian lo sabía, había sido perseguida hasta el fondo, muchas, muchas veces.

"¿Pero por qué me acuerdo de ti?"

"Mira..."

"Recuerdo que me compraste manzanas..."

"Niña. No fue..."

"La calle estaba llena de gente, ruidosa. Te reías porque seguía oliendo la mía en lugar de morderla. Dijiste que las niñas no debían comer por la nariz, que no era..."

"¡No fui yo!", exclamó. "Mira. Las hijas de las putas..."

Se estremeció una vez más, como un niño asustado por un perro que chasquea. ¿Qué edad tendría? ¿Treinta veranos? ¿Más? Sin embargo, se parecía a la niña que decía recordar, bromeando sobre las manzanas en una calle llena de gente.

"Las hijas de las putas...", repitió.

Achamian la miró, lleno hasta las puntas de los dedos, sufriendo una punzada de ansiedad.

"No tienen padres".

Había intentado decirlo con la mayor suavidad posible, pero en sus oídos su voz se había vuelto demasiado áspera con la edad. El sol la iluminó de oro, y por un momento pareció una nativa de la mañana. Bajó el rostro, estudió las líneas raspadas a su alrededor, grabadas en negro quemado. "Dijiste que era inteligente".

Se pasó una mano lentamente por la cara, exhaló, sintiéndose de repente antiguo por la culpa y la frustración. ¿Por qué todo tiene que ser demasiado grande para luchar, demasiado fangoso para agarrarlo?

"Lo siento por ti, niña, de verdad. Tengo una idea de lo que debes haber soportado..." Una respiración profunda, cálida contra el frío brillante. "Vuelve a casa, Mimara. Vuelve con tu madre. No tenemos ninguna relación".

Se volvió hacia la torre. El sol le calentó al instante los hombros.

"Pero lo hacemos", dijo la voz de ella detrás de él, tan parecida a la de su madre que un escalofrío le recorrió la piel.

Se detuvo, bajó la cabeza para maldecir sus pies resbaladizos. Sin volverse, dijo: "No es *a mí a* quien recuerdas. Lo que crees es tu asunto".

"Pero no me refiero a eso".

Algo en su tono, la sugerencia ventosa de una risa o una carcajada, le obligó a mirar hacia atrás. Ahora el sol trazaba una línea en su centro, violada sólo por los pliegues de su ropa, cuyos contornos contrabandeaban luz y oscuridad hacia un lado y otro. El desierto se alzaba detrás de ella, mucho más pálido pero igualmente dividido.

"Puedo distinguir entre lo creado y lo no creado", dijo con algo entre vergüenza y orgullo. "Soy una de los Pocos".

Achamian se giró, frunciendo el ceño tanto a ella como a la luminosidad.

"¿Qué? ¿Eres una *bruja*?"

Un asentimiento deliberado, estrechado por una sonrisa.

"No he venido aquí para encontrar a mi padre", dijo ella, como si todo hasta ahora no hubiera sido más que un cruel teatro. "Bueno… pensé que usted podría ser mi padre, pero realmente no… me importaba… tanto, creo". Sus ojos se abrieron de par en par, como si giraran de lo interno a lo externo en algún giro invisible.

"He venido a encontrar a mi *maestro*. He venido a aprender la Gnosis".

Ahí estaba, su razón.

Hay una progresión en todas las cosas. Vidas, encuentros, historias, cada una de las cuales arrastra su propio residuo sin nombre, cada una de las cuales se adentra en un futuro negro, negro, buscando a tientas los hechos que conjuran un propósito a partir de las crueldades de la mera coincidencia.

Y Achamian ya se había hartado.



Ve su rostro aflojado, a pesar del alambre enmarañado de su barba. Ve cómo palidece su tez, a pesar del resplandor matutino del

sol. Y sabe que lo que su madre le dijo una vez es cierto: Drusas Achamian posee el alma de un maestro.

Así que la vieja puta no mintió.

Han pasado casi tres meses desde su huida de las Cumbres Andiamine. Tres meses de búsqueda. Tres meses de duro viaje invernal. Tres meses de lucha contra los hombres. Viajó hacia el interior lo más posible, sabiendo que los Jueces estarían vigilando los puertos, que sus agentes estarían recorriendo los caminos de la costa, hambrientos de complacer a su madre, su Santa Emperatriz. Parece un milagro cada vez que lo recuerda. Aquella vez en el alto Cepalor, cuando los lobos la recorrían paso a paso, poco más que fantasmas feroces en la nevada sin sonido. El barquero loco en el cruce de Wutmouth. Y los bandidos, que la seguían sólo para apartarse cuando veían el corte de casta de sus ropas. Había miedo en la tierra, miedo dondequiera que ella mirara, y eso le convenía a ella y a sus necesidades.

Pasó innumerables relojes perdidos en el repliegue durante este tiempo, el ojo de su alma conjurando visiones del hombre al que secretamente llamaba su padre. Cuando llegó, parecía que todo era como lo había imaginado. Exactamente. Una ladera solitaria que se extendía hacia el cielo, con árboles marcados por el terrible murmullo de la brujería. Una torre de piedra aún más solitaria, con un tejado improvisado levantado sobre sus suelos derrumbados, hierbas creciendo en las costuras de mortero podrido. Dependencias de piedra apilada, con su madera amontonada, su pescado seco y sus pieles estiradas. Esclavos que sonreían y hablaban como miembros de una casta. Incluso los niños que saltaban bajo los arces de grandes arbustos.

Sólo el hechicero la sorprende, probablemente porque tiene muchas expectativas puestas en él. Drusas Achamian, el Apóstata, el hombre que dio la espalda a la historia, que se atrevió a maldecir al Emperador-Aspecto por amor a su madre. Es cierto que parecía totalmente diferente en cada uno de los relatos que se cantaban sobre él, incluso en las diversas historias que le contaba su madre, por turnos robusto y lleno de dudas, erudito y desventurado, apasionado y frío. Pero era esta naturaleza contradictoria la que había grabado con tanta fuerza su imagen en su alma. En el ciclo de personajes históricos y bíblicos que poblaban su educación, sólo él

parecía *real.*

Sólo que no lo es. El hombre que tiene ante sí parece burlarse de sus imaginaciones de vientre blando: un ermitaño de pelo salvaje con extremidades como ramas descortezadas y ojos que ordenan perpetuamente los agravios. Amargo. Severo. Lleva la Marca, tan profunda como cualquiera de los hechiceros que ella ha visto deslizarse por los pasillos de las Cumbres Andiamine, pero donde ellos envuelven su mancha con sedas y perfumes, él lleva lana remendada con pieles rancias.

¿Cómo puede alguien cantar canciones sobre un hombre así?

Sus ojos se apagan ante la mención de la Gnosis: una mirada interior de compasión oculta, o eso parece. Pero cuando habla, su tono es casi colegial, salvo que es hueco.

"¿Es cierto lo que dicen, que las brujas ya no se queman?"

"Sí. Incluso hay una nueva Escuela".

No le gusta la forma en que ella dice esa palabra, "Escuela". Ella puede verlo en sus ojos.

"¿Una escuela? ¿Una Escuela de *brujas*?"

"Se llaman a sí mismos el Pacto Swayal".

"Entonces, ¿qué necesidad tienes de mí?"

"Mi madre no lo permitirá. Y la Swayali no se arriesgará a su disgusto imperial. La brujería, dice ella, sólo deja cicatrices".

"Ella tiene razón".

"¿Pero qué pasa si las cicatrices son todo lo que tienes?"

Esto, al menos, le hace reflexionar. Ella espera que le haga la pregunta obvia, pero su curiosidad parece ir en otra dirección.

"Poder", dice, mirándola con una intensidad que no le gusta.

"¿Es eso? Quieres sentir que el mundo se desmorona bajo el peso de tu voz".

Ella conoce este juego. "¿Fue así para ti al principio?"

Su mirada parece vacilar sobre algún hecho interno. Pero significa menos que nada, ganar argumentos. Lo mismo que con su madre.

"Vete a casa", dice. "Prefiero ser tu padre que tu maestro".

La forma en que le da la espalda esta vez es una manera de decir que no hay palabras que puedan recuperarlo. El sol arrastra su sombra larga y profunda. Camina con una inclinación que dice que ha superado la edad de la negociación. Pero ella lo oye igualmente,

la peculiar pausa de la leyenda que se convierte en realidad, el sonido de las costuras enloquecidas y desarticuladas del mundo cayendo al ras.

Es el Gran Maestro, el que elevó al Emperador-Aspecto a las alturas de la divinidad. A pesar de sus palabras en contra.

Es Drusas Achamian.



Esa noche enciende una hoguera no porque quiera, sino porque no puede superar el impulso de quemar la torre del Mago. Como esto es imposible, comienza -sin pensarlo- a quemarla en efigie. Después de arrojar cada rama tallada, se pone de pie para que las paredes parezcan elevarse en miniatura desde la crepitante incandescencia, agachándose lo suficiente para que las llamas adornen la pequeña ventana donde ella cree que él duerme.

Cuando termina, se queda en su presencia ardiente, se reconforta con el olor de sus esfuerzos y se dice a sí misma que el fuego es en realidad un ser vivo. Lo hace a menudo: finge que las cosas mundanas son mágicas, aunque sabe que no es así. Le recuerda que la brujería es algo que puede ver.

Que es una bruja.

Apenas nota las primeras gotas de lluvia. El fuego parece convertirlas en vapor, y las desprende de su ropa y de su piel con lenguas invisibles. Los relámpagos son tan brillantes que las llamas se vuelven momentáneamente invisibles. Entonces, los cielos negros se abren. El bosque circundante suelta un inmenso rugido blanco.

Durante un tiempo se agacha contra el aguacero, con la capucha de cuero enganchada sobre la cabeza, el fuego escupiendo y humeando inmediatamente ante ella. El agua envía largos zarcillos por el pliegue y la costura de su capa, raíces frías que se hunden poco a poco en la profundidad de la tela y la piel. Cuanto más se oscurece la hoguera, más la oprime la miseria de su circunstancia. Sufrir tanto, viajar tan lejos…

No recuerda haberse puesto de pie, ni mucho menos haberse quitado la capa. Parece que en un momento está sentada ante su fuego, con los dientes apretados para evitar su parloteo, y luego está de pie a varios pasos de distancia, empapada hasta ahogarse,

casi flotando en sus ropas, mirando los contornos lisiados de la torre del Mago.

"¡Enséñame!", grita. "¡Enséñame! "

Como todos los gritos involuntarios, parece englobarla, recogerla como si fueran hojas y arrojarla al viento cortante.

"¡Enséñame!"

Simplemente *tiene* que escuchar, ¿no? Su voz se quiebra de la forma en que todas las voces se quiebran sobre las esencias turbulentas del alma. Sólo necesita mirar hacia abajo para verla apoyada en la ladera, húmeda y patética y desafiante, la imagen de la mujer que una vez amó, enmarcada por el vapor y el fuego. Suplicando. Suplicando.

"¡*Enséña…*!"

"¡*…meeeeee*!"

Pero sólo los lobos invisibles responden desde algún lugar de las colinas más altas, marcando la colada con sus propios gritos. Burlándose de ella. *¡Owoooooo!* ¡Pobrecita! *¡Owoooooooo!* Sus risas escuecen, pero ella está acostumbrada a ellas, a la hilaridad de quienes celebran su dolor. Hace tiempo que aprendió a convertirla en leña, a arrojarla sobre las hogueras que hay detrás de sus ojos.

"¡Enséñame!"

El trueno cruje: el martillo de Dios golpea el escudo del mundo. Resuena a través del silbido de la lluvia por las laderas de granito. Hiss-hiss-hiss, como mil serpientes advirtiendo. La niebla se eleva como el humo.

"¡Maldito seas!", grita. "¡*Me vas a enseñar*! "

Se detiene con la actitud de los que están acostumbrados a provocar, buscando cualquier signo de reacción. Entonces, a través de los velos, la ve. La gran puerta se abre, bordeada por una L invertida de luz interior. Una sombra la observa durante varios latidos, como si sopesara su locura con el frío. Luego se desliza hacia la lluvia.

Sabe inmediatamente que es él, por su andar renqueante, por su forma encorvada, por el ardor en la boca de su garganta. Por el profundo y hechicero hematoma, como una oscuridad desligada de cualquier luz mundana. Se apoya en un bastón, colocándolo en los recovecos entre las rocas para no resbalar. La lluvia se desprende de él como una cuerda, y ella puede verlo, la sensación de ojos

desviados, de algo que no está del todo completo, que estropea toda la brujería, desde la épica hasta la más pequeña.

Desciende por la pendiente como si fuera una escalera, deteniéndose sólo cuando se sitúa inmediatamente delante y por encima de ella. Se miran por un momento, la joven, de pie como si hubiera surgido del mar, y el viejo Mago, esperando entre las líneas de agua que caen. Ella traga saliva ante la imposibilidad de él, su barba deshilachada y plumosa, el polvo de su capa seco a la luz de su fuego. Los bosques rugen a su alrededor, un mundo de lluvia interminable.

Sus ojos son duros e incuriosos. Por un momento, se debate con una extraña vergüenza, como quien es sorprendido maldiciendo a un animal en tonos reservados para las personas. Escupió agua de sus labios.

"Enséñame", dice.

Sin mediar palabra, levanta su bastón, que ahora puede ver que no es de madera, sino de hueso. Sin estar preparada, ella le observa blandirlo como una maza…

Una explosión contra el costado de su cráneo. Luego, palmas deslizantes, nudillos raspados y despellejados, brazos y piernas enredados rodando. Se detiene de golpe contra una roca con forma de muela. Jadea en busca de aire.

Aturdida, le observa volver a subir por la brillante pendiente. Sabe a sangre, inclina la cara hacia atrás para dejar que la interminable lluvia la limpie. Las gotas parecen caer de la nada.

Comienza a reírse.

"¡*Enséñameeeee*! "

CAPÍTULO TRES

Momemn

De rodillas, te ofrezco lo que vuela en mí. Con mi rostro en la tierra, grito tu gloria a los cielos. Al rendirme, conquisto. Al rendirme así, me apodero.

-NEL-SARIPAL, DEDICATORIA A MONIUS

Comienzo de primavera, Año Nuevo Imperial 19 (Año del Colmillo 4132), Momemn

Cuando Nel-Saripal, el afamado poeta ainonio, terminó de copiar los últimos versos revisados de su relato épico de las Guerras de Unificación, *Monius*, hizo que su esclavo corporal llevara el manuscrito a una galera especialmente encargada que esperaba en el puerto. Setenta y tres días después fue entregado a su divina patrona, Anasûrimbor Esmenet, la Bendita Emperatriz de los Tres Mares, que lo agarró como una mujer estéril agarraría a un bebé recién nacido.

El ciclo épico de Nel-Saripal sería leído en voz alta a la mañana siguiente con la asistencia de toda la Corte Imperial. "'Momemn'", comenzó el orador, "'es el puño en nuestro pecho, el corazón que late'".

Estas palabras golpearon a Esmenet con tanta seguridad como la

bofetada de un marido. Incluso el lector, el célebre mummer Sarpella, vaciló al pronunciarlas, ya que parecían tan obviamente sediciosas. Los asistentes intercambiaron susurros y miradas serpenteantes, y la Bendita Emperatriz echó humo detrás de su sonrisa pintada. Decir que Momemn era el corazón era decir que Momemn era el centro, la capital, algo a la vez fáctico y loable. Pero la palabra "puño", ¿no era una violencia íntima? Y decir después que Momemn era el corazón "que late", ¿no dividía el significado de forma preocupante? Esmenet no era una erudita, pero tras veinte años de rabiosa lectura, creía saber algo de las palabras y su lógica sobrenatural. Nel-Saripal decía que Momemn mantenía su poder a través de la brutalidad.

Que era un matón.

El poeta estaba jugando a algún tipo de juego, eso era evidente. Sin embargo, la elegancia y el esplendor imaginario de la historia que siguió la arrastraron rápidamente, y decidió pasar por alto lo que a lo sumo era un gesto de impertinencia. ¿Qué gran artista no ha castigado a su mecenas? Después decidiría que el insulto era más bien torpe, no más sutil que los vestidos con aberturas que llevaban las Sacerdotisas-Puertas de Gierra. Si Nel-Saripal hubiera sido un poeta más grande, un rival de Protathis, por ejemplo, el ataque habría sido más artero, más cortante, y casi imposible de castigar. *Monius* habría sido una de esas obras deliciosamente punzantes, que cortan a los que tienen dedos para tocar, y desconciertan las palmas de todos los demás.

Pero sus recelos seguían atormentándola. Una y otra vez, durante cualquier pausa pensativa que le permitiera su agenda, se encontró recitando la línea: Momemn *es el puño en nuestro pecho, el corazón que late… Momemn… Momemn…* Al principio se tomó su referencia a Momemn al pie de la letra, quizá por la forma en que la ciudad y sus circunvalaciones rodeaban sus apartamentos en las Cumbres Andiamine. Nel-Saripal, supuso, había restringido su travesura simbólica a la segunda mitad de la fórmula: El Momemn literal era el corazón metafórico. Pero las sustituciones, se dio cuenta, eran más profundas, como siempre ocurría cuando se trataba de poetas y sus oscuras maquinaciones. Momemn no era el corazón, era *la ubicación del corazón*. También era una cifra…

Momemn era *ella*, decidió finalmente. Ahora que su divino

esposo había salido al campo de batalla contra el Consulto, *ella era* el puño en el pecho de su pueblo. Ella era el corazón que les latía. Nel-Saripal, el ingrato, la llamaba matona. Una tirana.

"Tú…" Así fue como *Monius* empezó de verdad.

"Tú eres el puño que nos vence".



Aquella noche, dando vueltas sola en los planos de muselina de su cama, se encontró corriendo a la manera de los sueños, en los que la distancia, la sacudida de la tierra y el movimiento apresurado eran poco más que un revoltijo inconsistente. Podía oír a Mimara llamándola en el viento. Cada vez más cerca, hasta que los gritos parecían caer de las estrellas. Pero en lugar de su hija, se encontró con un manzano, cuyas ramas se doblaban en forma de falda por el peso de la fruta de color carmesí.

Se quedó muy quieta. Un aura de sensibilidad susurrante la envolvía. El imperceptible vaivén de las ramas. El lánguido aleteo de las hojas negro-verdosas. La luz del sol caía, presionando las puntas de los dedos brillantes en las arboledas sombreadas. No podía moverse. Las manzanas caídas parecían mirarla, cabezas encogidas, cabezas marchitas, mejillas al suelo, observando desde las sombras con ojos de gusano.

Gritó cuando los primeros dedos y nudillos rompieron la tierra. Al principio eran tan cautelosos como las orugas, escabrosos, podridos en puntas de lanza, la carne hecha jirones se enrollaba como un saco sobre los huesos. Luego, los brazos ennegrecidos se elevaron, llevando las manos como cangrejos. La carne de la fruta se resquebrajó. Las ramas fueron tiradas hacia abajo como cañas de pescar, y luego se levantaron con fuerza.

Los muertos y su cosecha.

Se quedó sin aliento, inmóvil, con los miembros acristalados por el horror. Y sólo podía pensar, *Mimara… Mimara…* Un pensamiento murmurante, nebuloso con la confusión que zumba en todos los sueños. *Mimara…*

Luego parpadeó ante el gris de la lenta retirada de la noche. El árbol había desaparecido, al igual que los brazos que salían de las fosas de tierra. Pero el terrible pensamiento permanecía, no más

claro por el hecho de despertar.

Mimara.

Esmenet lloró como si fuera su único hijo. Encontrada, luego perdida.



La luz del sol de la tarde siguiente atravesaba las paredes caladas detrás de ella, repujando la mesa y sus hojas de pergamino con brillantes cuadrados blancos. Los secretarios, delegados de diferentes oficinas, entornaban los ojos de manera uniforme cuando se acercaban con los documentos que requerían su sello. Colmillos y Circunfijos brocados brillaban en sus mangas. Unas retículas de luz rodaban por sus espaldas cuando se inclinaban para besar la madera pulida del suelo de rodillas.

Aunque estaba aburrida, Esmenet escuchaba atentamente sus peticiones, normalmente una u otra declaración legislativa menor: una aclaración de los Protocolos de Esclavitud, un orden de precedencia revisado para la Cámara de Impuestos, y así sucesivamente. El Nuevo Imperio, había aprendido hace tiempo, era una especie de enorme mecanismo que utilizaba a los hombres como engranajes, miles y miles de ellos, cuyas funciones estaban determinadas por el lenguaje de la ley. El inevitable mantenimiento requería cada vez más lenguaje, todo ello respaldado por la autoridad de su voz.

Como siempre, se apoyó en Ngarau, que había sido Gran Senescal desde los días de la extinta dinastía Ikurei, para interpretar el significado de las peticiones. A lo largo de los años, eunuco y emperatriz habían desarrollado una cómoda relación. Ella hacía preguntas breves y él respondía, bien respondiendo lo mejor posible, bien interrogando a su vez al funcionario solicitante. Si la petición era aceptada -y el proceso de selección requerido para llegar a su penúltimo nivel aseguraba que la mayoría de ellas lo fueran-, él sumergía su cazo en el cuenco de plomo fundido que calentaba continuamente su lado izquierdo y vertía el metal reluciente para que ella estampara su Sello. Si, como ocurría a veces, se sospechaba de algún tipo de tráfico de influencias o de luchas burocráticas internas, los peticionarios se dirigían a los Jueces al final del pasillo. El Nuevo Imperio no toleraba la

corrupción, por pequeña que fuera.

La humanidad estaba en guerra.

Varias solicitudes de financiación de emergencia de Shigek, "muestras de la generosidad de la emperatriz", resultaron difíciles de analizar. Por alguna razón, los rumores de que Fanayal ab Kascamandri y sus renegados coyauri merodeaban por los desiertos del río Sempis se negaban a morir. Aparte de esto, la sesión había resultado sin incidentes, afortunadamente. El aire frío prometía renovación, y la naturaleza repetitiva de los trajes hacía que sus decisiones parecieran triviales. Aunque sabía muy bien que las vidas dependían de cada una de sus respiraciones, agradecía la oportunidad de fingir lo contrario.

Durante veinte años había sido emperatriz. Casi tanto tiempo como el que sabía leer.

A veces, la inmensidad no cartografiada de todo ello se estrellaría contra el tedio. El circuito mundano se abría, la materia del curso se evaporaba en el hueco de un millón de obligaciones mortales. Mujeres. Niños. Hombres voluntariosos. Una ansiedad enloquecida se apoderaría de ella. Si caminara, se tambalearía como una borracha, se agarraría al vértigo con las manos extendidas. Si hablara, se quedaría en silencio, apartaría la cara y se limitaría a respirar, como si eso fuera el hilo en peligro. *Soy emperatriz*, pensaría, *emperatriz*, y el título no hablaría de la gloria, sino del horror y sólo del horror.

Pero normalmente la combinación de rutina y abstracciones la mantenía a flote. Condensar todos los detalles administrativos en el "Ministerio" o toda la confusión eclesiástica en los "Mil Templos" era algo poderoso y reconfortante. Ella consultaba a los funcionarios correspondientes y ya está. *Sí, lo entiendo. Haz lo que puedas*. A veces incluso parecía *sencillo*, como una biblioteca con todos los libros inventariados y titulados; lo único que tenía que hacer era hacer las anotaciones pertinentes. Por supuesto, alguna crisis le recordaba rápidamente lo contrario, que simplemente estaba confundiendo el asa con la olla, como dirían los de la casta. Los detalles siempre se filtraban, en su multitud.

Una parte de ella incluso se reía, convencida de que era demasiado absurdo para ser real. Ella, Esmenet, un melocotón maltrecho de los barrios bajos de Sumna, ejerciendo una autoridad

que sólo Triamis, el más grande de los emperadores Ceneianos, había conocido. Almas de *millones de personas* intercambiaban monedas con su perfil. *¿Qué fue eso, dices? Miles se mueren de hambre en Eumarna. Sí, sí, pero tengo que lidiar con una insurrección. Los ejércitos, verás, simplemente deben ser alimentados. ¿Y la gente? Bueno, tienden a sufrir en silencio, a vender a sus hijos y demás. Siempre y cuando las mentiras sean bien contadas*.

A tal distancia, tan lejos de los canales de la verdad viva, ¿cómo no iba a ser una tirana? Por muy equilibrados, reflexivos o sinceramente considerados que fueran sus juicios, ¿cómo no iban a resquebrajarse como palos o atravesarse como lanzas?

Exactamente como Nel-Saripal había insinuado, el desgraciado.

Sin previo aviso, una vocecita se abrió paso entre el murmullo oficioso. "¡Thelli! ¡Thelli! Theliopa ha encontrado otro". Esmenet vio a su hijo menor, Kelmomas, atravesando a las secretarias y luego rodeando la gran mesa. Corrió a través de su reflejo para lanzar sus brazos alrededor de su cintura. Ella lo abrazó, riendo.

"Cariño… ¿Qué quieres decir?"

A veces su belleza la dejaba sin aliento, sus rasgos ávidos bajo una mata de rizos rubios. Pero cuando la sorprendía de esta manera, la perfección de su cuerpo la hacía vibrar, y le hacía sentir orgullo en la garganta. Con Kelmomas casi podía creer que los dioses habían cedido.

"Un *espía-piel*, mamá. Entre los nuevos esclavos para los establos, ¡Theliopa encontró otro!"

Esmenet se puso involuntariamente rígida. El capitán Imhailas apareció al hilo de estas palabras, balanceándose bastante en la entrada para caer de rodillas. "¡Su Gloria!"

"Déjanos", ordenó Esmenet a Ngarau. El viejo senescal imperial dio una palmada en señal de despedida, y una conmoción en retirada descendió sobre las cámaras.

"¿Cómo es que mi *hijo* me da esta noticia?", preguntó, haciendo un gesto para que el Exalto-Capitán se pusiera de pie.

"Pido clemencia, su Gloria". Imhailas era extraordinariamente atractivo de una manera que sólo los hombres Norsirai podían ser. Parecía hacer que su vergüenza fuera aún más ridícula. "¡Me propuse informarle inmediatamente! No tengo ni idea de cómo…"

"¿Puedo *ver*, mamá? Por favor"

"No, Kel. Desde luego que no".

"Pero *necesito* ver estas cosas, mamá. Necesito saberlo. Algún día necesitaré saberlo".

Con el ceño fruncido, miró del niño al capitán, que permanecía con la armadura resplandeciente en la luz rota. A través de las puertas apuntaladas, pudo ver a los últimos funcionarios huyendo hacia las pulidas profundidades del palacio. Uno de los rezagados tropezó con el dobladillo de su túnica y, por un instante, vislumbró los fondos negros como el alquitrán de sus zapatillas de seda.

Parpadeó, concentrándose en el Exalto-Capitán. "¿Qué piensas?"

Imhailas dudó un momento, y luego, con aire de cita, dijo: "Las manos callosas no sufren los ojos tiernos, vuestra Gloria".

Esmenet frunció el ceño ante la manida cita. *Sólo un idiota*, se encontró pensando, *pide consejo a un idiota*. Pero su desestimación se atascó en la garganta cuando miró a Kelmomas. Cuadros de luz graficaban su ropa y su piel, brillantes y oblongos donde no se deshacían del todo las curvas compactas de su cuerpo. Por un instante, le pareció tan *suave*, la cosa más vulnerable del mundo, y su corazón se agitó con la confusión empequeñecedora que las madres llaman amor. Habían pasado apenas unos meses desde su Arrodillamiento, desde el intento de asesinato en el Campus Scuari. Todo lo que quería era protegerlo. Se convertiría en un capullo si pudiera, un escudo eterno e impermeable…

Pero ella sabía que no podía. Y era lo suficientemente sabia como para no confundir su deseo con su mundo.

"Por favor, mamá", dijo, con sus ojos azules brillando con ansia de lágrimas. El sol parecía brillar a través de sus rizos de lino. "*Por favor*".

Compuso su rostro y volvió a mirar a Imhailas. "Creo que…", dijo con un fuerte suspiro. "Creo que tiene razón, capitán. Ha llegado el momento. Mis dos dulces cerezas deben ver el último descubrimiento de Thelli".

Otro espía-piel en la corte. ¿Por qué ahora, después de tantos años?

"¿Los *dos* chicos, su Gloria?"

Ignoró esto, del mismo modo que ignoró todas las diferencias tonales que parecían colorear las referencias al gemelo de

Kelmomas, Samarmas. En esta cosa, ella rechazaría las incursiones del mundo.



Con Kelmomas a cuestas -se había vuelto mucho más reticente al mencionar a su hermano-, Esmenet partió en busca de su otro querido, Samarmas. Las galerías de la cima de las Cumbres Andiamine no eran muy grandes, pero tenían la costumbre de volverse laberínticas cada vez que ella necesitaba encontrar a alguien o algo. Por supuesto, podría haber enviado esclavos a buscarlo -incluso ahora su séquito de asistentes la seguía a una discreta distancia-, pero se guardaba de delegar demasiado en tareas triviales: Ya le parecía una locura que la vistieran manos extrañas por la mañana, por no hablar de no tener que buscar nunca a sus propios hijos. El poder, se había dado cuenta, tenía la insidiosa costumbre de interponer a otros entre tú y tus tareas, haciendo que tus miembros fueran poco más que recuerdos decorativos de un pasado más humano. A veces parecía que los únicos órganos que le quedaban eran los propios del arte de gobernar: una lengua unida a un alma retorcida.

Se detenía en la confluencia de cada pasillo, del modo instintivo en que los padres no buscan a sus hijos sino que se hacen visibles. Cada vez las figuras caían de bruces a lo largo de los pozos de mármol, los esclavos como perros sin pelo, los funcionarios como montones de telas lujosas. Las ménsulas doradas brillaban. Las columnas decorativas brillaban con líneas curvadas hacia la colocación de faroles o aberturas en el techo.

No había cambiado mucho desde los días en que la Dinastía Ikurei había presidido las Cumbres Andiamine. Ciertamente, el palacio había crecido a la par que el Imperio -o sus caderas, como a veces parecía-. Momemn había sido una de las pocas ciudades de los Tres Mares con la suficiente sabiduría como para arrojarse a la merced de su marido. No había habido humo en el viento, ni sangre en las losas, cuando ella había caminado por primera vez por estos pasillos. Y qué maravilla había parecido entonces, que la gente pudiera revestirse de tan glorioso lujo. Mármoles saqueados de las ruinas de Shigeki. El oro batido en láminas, moldeado en figuras

tanto humanas como divinas. Los afamados frescos, como el *Hubris azul* junto al suicida, Anchilas, o el anónimo *Coro de los mares* en el vestíbulo Mirulliano. Los incensarios de jade blanco. Los tapices de Zeumi. Las alfombras tan largas, tan ornamentadas, que se han pasado vidas tejiéndolas…

Lo único que le faltaba era la potencia.

Una especie de falta de atención muda la perseguía mientras caminaba. Se encontró girando por *el* pasillo casi sin darse cuenta, aunque hacía tiempo que oía los gritos. *Sus gritos*, Inrilatas. Uno de sus hijos medianos, el más joven salvo los gemelos.

Se detuvo ante la gran puerta de bronce de su habitación y miró con desagrado los Leones Kyraneanos estampados en sus paneles. Aunque pasaba por delante de ella varias veces al día, siempre le parecía más grande de lo que recordaba. Pasó las yemas de los dedos por los bordes verdes. No pudo sentir nada de sus gritos en el frío metal. Ningún calor. Ningún zumbido. El sonido frenético parecía surgir más bien del frío suelo a sus pies.

Kelmomas se apoyó en su muslo, reclamando su atención. "El tío Maithanet cree que deberías mandarlo a paseo", dijo.

"¿Tu tío dijo eso?" Una picazón siempre acompañaba las referencias a Maithanet, una premonición demasiado indistinta para llamarla preocupación. Porque era muy parecido a Kellhus, supuso ella.

"Nos tienen miedo, ¿verdad, mamá?"

"¿Ellos?"

"Todos. Todos tienen miedo de nuestra familia…"

"¿Por qué será?"

"Porque piensan que estamos locos. Creen que la semilla de padre es demasiado fuerte".

Demasiado fuerte para la vasija. Demasiado fuerte para mí.

"¿Los has oído… hablar?"

"¿Es eso lo que le pasó a Inrilatas?"

"Es el Dios, Kel. El Dios arde con fuerza en todos vosotros. Con Inrilatas arde más fuerte de todos".

"¿Por eso está enfadado?"

"Sí".

"¿Por eso lo tienes aquí?"

"Él es mi hijo, Kel, tanto como tú. Nunca abandonaré a mis

hijos".

"¿Como Mimara?"

Un sonido sobrenatural brotó de la piedra pulida, un chillido destinado a pasar por cosas afiladas y cortantes. Esmenet se estremeció, segura de que estaba *allí*, Inrilatas, justo al otro lado de la puerta, con los labios pegados al marco marmóreo del portal. Le pareció oír los dientes royendo la piedra. Miró desde la puerta al esbelto querubín que era su otro hijo. Kelmomas. Un Kelmomas divino. Sano, cariñoso, devoto hasta la comedia…

Tan diferente a los demás.

Por favor, déjalo estar.

Su sonrisa parecía propia de las lágrimas en sus ojos. "Como Mimara", dijo.

Ni siquiera podía pensar en el nombre sin una serie de crujidos internos, como si se tratara de un peso que sólo podía extraerse con músculos mal utilizados. Incluso ahora tenía a sus hombres recorriendo los Tres Mares, buscando… buscando en todas partes excepto en el único lugar donde sabía que estaría Mimara.

Mantenla a salvo, Akka. Por favor, mantenla a salvo.

El grito de Inrilatas se convirtió en una serie de gruñidos de masturbación. Siguieron y siguieron, cada uno chupando al anterior, todos poseyendo una animalidad sin pelos en la lengua que la hizo aferrarse al hombro de Kelmomas. Sabía que era algo que ningún niño debería escuchar, especialmente uno tan impresionable como Kelmomas, pero su horror la inmovilizó. Había algo… *personal* en los sonidos espasmódicos, o eso parecía. Algo destinado a ella y sólo a ella.

El grito de "¡Mamá!" la sacó de su trance.

Era Samarmas. Se desprendió de las garras de su niñera, idéntico a Kelmomas en todos los aspectos, salvo por la postura floja de su rostro y la protuberancia de sus ojos, tan parecidos a los de la antigua estatuaria Kyraneana.

"¡Mi niño!" gritó Esmenet, recogiendo al niño en sus brazos. Con un "¡*Uf*! "lo hizo girar sobre su cadera -¡estaba creciendo demasiado!

Mi niño roto.

La niñera, Porsi, había seguido su estela, con los ojos en el suelo. La joven esclava nansur se arrodilló, con la cara en el suelo.

Esmenet debería haber dado las gracias a la muchacha, lo sabía, pero había querido encontrar a Sammi por sí misma, tal vez incluso para espiar un poco, a la manera de los padres más sencillos que vigilan a través de ventanas más simples.

Inrilatas siguió gritando a través de la piedra pulida olvidada.



Escaleras. Escaleras y pasillos interminables, desde el reservado esplendor de la cima, hasta el monumental espectáculo de los tramos inferiores del palacio, más públicos, y de ahí a la piedra bruta de las mazmorras, con abrevaderos desgastados en las piedras del suelo para el paso de innumerables prisioneros. En uno de los patios que cruzaron, Samarmas se abrazó a las espaldas de todos los que cayeron de bruces. Siempre fue indiscriminado con sus gestos cariñosos, sobre todo cuando se trataba de esclavos. Incluso besó a una anciana en su mejilla morena como una nuez -la piel de Esmenet se erizó al oír su alegre sollozo-. Kelmomas balbuceó durante todo el camino, recordando a Samarmas, con su severa forma de hermano mayor, que debían ser *guerreros*, que debían ser fuertes, que sólo el honor y el coraje les harían ganar el amor y los elogios de su padre. Al escucharlo, Esmenet se preguntó en qué Príncipes Imperiales se convertirían. Se encontró temiendo por ellos, como siempre temía cuando sus pensamientos se dirigían al futuro.

Mientras bajaban la última escalera, Kelmomas empezó a describir a los espías-piel. "Sus huesos son blandos como los de un *tiburón*", dijo, con una voz que se asombraba. "Y tienen garras por cara, garras que pueden apretar en cualquier cara. Podrían ser tú. Podrían ser yo. En cualquier momento podrían golpearte".

"¿Monstruos, mamá?" preguntó Samarmas, con los ojos brillantes por las lágrimas. "¿Tiburones?" Por supuesto que ya sabía lo que eran los espías-piel: Ella misma le había obsequiado con innumerables historias sobre su siniestro papel en la Primera Guerra Santa. Pero formaba parte de su inocencia responder a todo como si lo encontrara por primera vez. La repetición, como había descubierto en muchas ocasiones bizcas, era una especie de droga para Samarmas.

"Kel, es suficiente".

"¡Pero él también tiene que saberlo!"

Tenía que recordarse a sí misma que su inteligencia era la de un niño *normal*, y no la de sus hermanos. Inrilatas, en particular, había poseído los… dones de su padre.

Deseaba poder dejar de lado estas preocupaciones. A pesar de todo su amor, nunca podría perderse en Kelmomas como lo hacía en Samarmas, cuya idiotez se había convertido en una especie de santuario perverso para ella. A pesar de todo su amor, no podía confiar en el modo en que una madre debería hacerlo.

No después de tantas… experiencias.

Tal y como se temía, un carnaval de personajes grandes y pequeños abarrotaba los pasillos que conducían al Salón de la Verdad. Todo el palacio, al parecer, había encontrado alguna excusa para ver a su último cautivo. Incluso vio a su *cocinero*, un viejo y diminuto nilnameshi llamado Bompothur, presionando hacia la puerta con los demás. La voz de Biaxi Sankas, uno de los miembros más poderosos del Congregado, reverberó en los espacios de piedra encapuchados. "¡*Déjame pasar, tonto de casta*! "

La escena la preocupó quizás más de lo que debería. Ser Emperatriz de los Tres Mares era una cosa, y ser la esposa del *Emperador-Aspecto* era otra muy distinta. En su ausencia, la autoridad absoluta recaía en ella, pero ¿cómo no se iba a resentir y romper cuando la caída era tan grande? Incluso donde uno esperaría que su gobierno fuera absoluto -como su propio palacio- era todo menos eso. En ausencia de Kellhus, las Cumbres Andiamine no parecían más que una montaña de ladrones que se inclinaban, raspaban e insinuaban. Los Exalto-Ministros. Los nobles de la casta del Alto Congrego. Los Apparati Imperiales. Los dignatarios visitantes. Incluso los esclavos. Le daba asco ver cómo todos se alineaban con los ojos húmedos de asombro y devoción cada vez que Kellhus caminaba por los pasillos, sólo para reanudar sus rivalidades caníbales en el instante en que él se marchaba… cuando *ella* caminaba por los pasillos dorados. Se *dice, bendita emperatriz, que fulano de tal está cuestionando las reformas de los esclavos, y de la manera más preocupante*… Continuaba, de un lado a otro, la larga danza de lenguas como cuchillos. Ella había aprendido a ignorar la mayor parte, el palacio estaría al borde de la revuelta si

incluso una fracción de lo que se decía era cierto. Pero eso significaba que nunca sabría si el palacio estaba a punto de rebelarse, y había leído suficiente historia para saber que esa era la preocupación más mortal de todo soberano.

Ella gritó: "¡Imhailas!"

Ya sea por ella o por algún perverso truco de la piedra, el timbre de su voz tenía el carácter de un chillido. Un rebaño de rostros aprensivos se volvió hacia ella y los gemelos. Hubo un cómico forcejeo mientras todos luchaban por arrodillarse ante la falta de espacio en el suelo. No pudo evitar preguntarse qué diría Kellhus sobre esta falta de disciplina. ¿Quién sería castigado y cómo? Siempre había castigos cuando el Emperador-Aspecto estaba involucrado…

O como pretendía llamarlo, educación.

"¡Imhailas!", volvió a gritar. Apretó la mano de Samarmas para tranquilizarlo y le sonrió. Él tenía tendencia a llorar cada vez que ella levantaba la voz.

"Sí, su Gloria", llamó el Exalto-Capitán desde el umbral bloqueado.

"¿Qué hace toda esta gente aquí?"

"Ha pasado algún tiempo, su Gloria. Casi dos años desde la última…"

"¡Esto es una tontería! Despejen a todos, excepto a sus guardias y a los ministros pertinentes".

"De inmediato, su Gloria".

Por supuesto, Imhailas apenas necesitó pronunciar una palabra: todos habían oído su enfado y su reprimenda.

"Le tienen más miedo a papá", susurró el joven Kelmomas a su lado.

"Sí", respondió Esmenet, sin saber cómo responder de otro modo. Las percepciones de los niños eran demasiado inmediatas, demasiado poco filtradas como para no ser bienvenidas. "Sí, lo son".

Hasta un niño puede verlo.

Atrajo a los chicos hacia la pared para dejar paso a la fila de hombres, un desfile de almas sediciosas vestidas con pieles congraciadas, o eso parecía. Reconoció sus ansiosas y superficiales reverencias mientras pasaban a toda prisa, preguntándose cómo podía gobernar cuando sus instrumentos le daban tanto asco. Pero

había sido demasiado política durante demasiado tiempo como para no reconocer una oportunidad cuando la veía. Detuvo a Lord Sankas cuando pasaba y le preguntó si la ayudaría con los gemelos. "Nunca han visto a un espía-piel", explicó. Se preguntó cómo podía haber olvidado lo alto que era, incluso para una casta noble. Su propia altura siempre había sido una fuente de vergüenza para ella, dada la forma en que gritaba sus orígenes de casta-menial.

"Efectivamente", dijo con una sonrisa de regodeo. La mayoría de los hombres estaban demasiado ansiosos por abrazar la evidencia de su importancia, pero cuando eran tan viejos como Sankas, parecía más indecoroso por alguna razón. Bajó la mirada y guiñó un ojo a sus hijos. "Los horrores del mundo son los que nos hacen hombres".

Esmenet sonrió al Señor, sabiendo que este pequeño consejo a sus hijos les haría ganar su simpatía. Kellhus no dejaba de recordarle que debía buscar el consejo de aquellos cuya amistad pudiera ser ventajosa. A los hombres, decía siempre, les gustaba que sus palabras tuvieran razón.

"¿Vamos a ver al monstruo ahora, mamá?" preguntó Samarmas con una voz tan pequeña como sus ojos eran grandes. Ella miró al niño, agradecida por la excusa para ignorar a la multitud. En el último año, desde que decidió que los mellizos no eran como los demás, se había encontrado a sí misma retirándose de la loca política que la rodeaba hacia el reino de los cuidados maternales. Era más instintivo, y ciertamente más gratificante.

"No hay que temer", dijo ella, sonriendo. "Venid. El Señor Sankas te protegerá".



Aunque el nombre era el mismo, la Sala de la Verdad era una de las cámaras de palacio, subterráneas o no, que se habían ampliado drásticamente en los años transcurridos desde la incontestable marcha de Kellhus hacia Momemn. La Sala de la Verdad original había sido poco más que la cámara de tortura personal de los antiguos emperadores Ikurei, y tan oscura y cerrada como sus malhumoradas almas. La enorme cámara en la que ahora entraba con sus hijos era nada menos que un órgano de estado, un pozo con paredes escalonadas por pasarelas, algunas con jaulas para los prisioneros, otras alineadas con diversos instrumentos de

interrogatorio, y una, la más alta, adornada con columnas y chapas de mármol: una galería para los observadores del país de la luz. Era, según le había dicho el arquitecto, una réplica invertida del Gran Zigurat de Xijoser, tallada de tal manera que el poderoso monumento del Delta de Sempis cabría si se volcara en su hueco. Esmenet recordaba que Proyas había dicho algo así como que "a veces los hombres deben bajar la mano" cuando buscan la Verdad.

Llevó a los niños a la ornamentada balaustrada de la grada más alta, donde los demás la esperaban. Su Maestro de Espías, Phinersa, y su Visir, Vem-Mithriti, se arrodillaron con la cara en el suelo, mientras que Maithanet y Theliopa permanecían con la cara baja en señal de saludo. Imhailas estaba expulsando a los últimos rezagados, con un humor a la vez oficioso y curiosamente apologético, el aire de alguien que ejecuta las exigencias irracionales de otro.

Theliopa, su hija mayor de Kellhus, hizo una rígida reverencia cuando se acercaron. Quizá fuera la más extraña de sus hijos, incluso más que Inrilatas, pero curiosamente más segura por ello. Theliopa era una mujer con una oquedad sobrenatural donde debería estar el sentimiento humano. Ni siquiera de niña había llorado, ni había gorjeado de risa, ni había estirado la mano para tocar la imagen del rostro de su madre. Esmenet había oído una vez a sus niñeras susurrar que prefería morir de hambre antes que pedir comida, e incluso ahora era extremadamente delgada, alta y angulosa como el Dios-su-padre, pero escuálida, hasta el punto de que su piel parecía tensa sobre la madera de sus huesos. La ropa que llevaba era ridículamente elaborada -a pesar de su intelecto divino, las sutilezas del estilo y la moda la eludían por completo-, un vestido con brocado de oro bastante blindado con perlas negras.

"Madre", dijo la muchacha rubia y cetrina en un tono que Esmenet ahora podía reconocer como apego, o una aproximación a él. Como siempre, la niña se estremeció al tocarla, como un gato o un corcel asustado, pero como siempre, Esmenet se negó a retroceder y sostuvo la mejilla de Theliopa hasta que sintió que los temblores se calmaban.

"Lo has hecho bien", dijo, mirando sus pálidos ojos. "Muy bien". Era extraño, los niños amorosos que podían ver los movimientos de su alma a través de su rostro. La obligaba a una especie de

honestidad amarga, la resignación de los que saben que no pueden esconderse -nunca- de las personas de las que más necesitaban esconderse.

"Vivo para complacerte, madre".

Eran lo que eran, sus hijos. Pedazos de su padre. La *verdad* de él, tal vez. Sólo Samarmas era la excepción. Ella podía verlo en cada una de sus puntadas, en el ardiente afecto con el que se aferraba a la mano del Señor Sankas, en la forma redonda en que sus ojos escudriñaban las sombras más allá de la barandilla, en la ansiedad que se agitaba en sus miembros. Sólo Samarmas podía ser…

De confianza.

Recobrándose de estos pensamientos, se volvió hacia los demás y pronunció el saludo habitual: "Recoge el mañana". Sintió que los pequeños dedos de Kelmomas apretaban su palma.

"Recoge el mañana", entonaron en respuesta. Phinersa se puso en pie de un salto con una presteza de piernas. Era un hombre brillante pero nervioso, que podía florecer y marchitarse en el transcurso de una sola frase. Era uno de esos hombres que son demasiado conscientes de sus propios ojos. Tenían el hábito de mirar alrededor de la punta de los suyos, pero más ritual que aleatoriamente, como si siguieran alguna regla formal de evitación, más que una antipatía instintiva al pinchazo del contacto. Las raras veces que lograba mantener la mirada fija, lo hacía con una penetración e intensidad que se desvanecía en cuestión de latidos y te hacía sentir a la vez superior y extrañamente expuesto.

Se encontró agachada para ayudar al viejo Vem-Mithriti, el Gran Maestro del Saik Imperial, a ponerse en pie. Sonrió y murmuró un agradecimiento avergonzado, más parecido a un adolescente de voz encogida que a uno de los más poderosos Exalto-Ministrados del Nuevo Imperio. A veces Kellhus elegía a la gente por su ingenio y su fuerza, como era el caso de Phinersa, y a veces por su debilidad. A menudo se preguntaba si el viejo Vem era su Don para ella, ya que el propio Kellhus no tenía dificultades para manejar a los voluntariosos y ambiciosos.

Maithanet, su cuñado y el Shriah de los Mil Templos, se alzaba junto a los dos Exalto-Ministrados, vestido con una sencilla túnica blanca. Las trenzas aceitadas de su barba brillaban como el azabache a la luz de la linterna. Su altura y fuerza de presencia no

dejaban de recordar a Esmenet a su marido: la misma luz, sólo que ardiendo a través de la arpillera de una madre humana.

"Thelli lo encontró durante una inspección sorpresa de los nuevos esclavos", dijo, con una voz tan profunda y resonante que de alguna manera borró el recuerdo de los demás. Con un amplio gesto, atrajo sus ojos por encima de la balaustrada hacia el aparato de hierro situado varios tramos por debajo…

Donde colgaba desnudo en una pose que recordaba al Circunfijo: el espía-piel.

Sus miembros negros, bañados en sudor, se flexionaban contra las abrazaderas de hierro que sujetaban cada una de sus articulaciones: muñecas, codos, hombros, cintura. Incluso tan inmovilizado, parecía *bullir* de alguna manera, como si probara reflexivamente varios puntos de apalancamiento. El chirrido oxidado y el crujido del aparato hablaban de su ominosa fuerza. Los músculos se enroscaban como serpientes trenzadas.

Le habían clavado un único alfiler de oro en el cráneo que, según los principios arcanos de la neuropuntura, le había obligado a desencajar la cara. Los miembros masticadores se agitaban donde debían estar los rasgos. Enganchaban el aire como un cangrejo moribundo, algunos con labios desconectados, otros con un párpado flácido, una fosa nasal colgante, un mechón de cejas peludas. Los ojos, siempre sorprendidos, brillaban desde las sombras pulposas que se encontraban entre ellos. Los dientes brillaban en las encías desnudas.

Esmenet apretó los dientes contra la bilis que le subía a la garganta. Incluso después de tantos años, había algo en esas criaturas, alguna violación de los fundamentos, que la golpeaba hasta lo visceral. Como recuerdo de la amenaza que se cernía sobre ella y su familia, guardaba uno de sus cráneos en sus apartamentos personales. Tenía un gran agujero donde los ojos de un humano colgarían sobre el puente de la nariz. El borde del agujero tenía cuencas para cada dedo antinatural. Y los dedos, que algún artesano había conectado para que parecieran naturales, se plegaban en un elaborado contrapeso, algunos curvados y entrelazados sobre la frente, otros doblados en complejos signos sobre los ojos, la boca y la nariz. Todas las mañanas le echaba un vistazo, y no se sentía tan asustada como *convencida*.

Hacía tiempo que se había convertido en un argumento para sufrimiento de su marido.

Y ahora, aquí había otro, envuelto en carne brillante. Una de las armas más letales del Consulto. Un espía-piel. Una justificación viva. La amenaza que perdonaba su tiranía.

"¿Piel negra?", dijo, volviéndose hacia Maithanet. "¿Hemos capturado alguna vez un Satyothi antes?"

"Este es el primero", respondió el Santo Shriah, señalando con la cabeza a Theliopa mientras hablaba. "Creemos que puede ser una prueba de algún tipo".

"Una suposición plausible", dijo Theliopa, con voz alta y fría. "Si el umbral de detección fuera algo cercano, podría haber tenido éxito. Por lo que sabe el Consulto, las sutiles diferencias entre las complexiones y la estructura ósea podrían haber hecho que ésta fuera indetectable. Eso explicaría los setecientos treinta y tres días que han transcurrido desde su último intento de infiltrarse en la corte".

Esmenet asintió con la cabeza, demasiado desconcertada por la mirada vacía y omnisciente de su hija como para entender las implicaciones.

Comprobó cómo estaban los chicos. De puntillas, Kelmomas miraba con algo parecido a la indecisión extasiada, como si tratara de decidir si lo que había debajo de ellos estaba a la altura de sus imaginaciones más descabelladas. Samarmas había abandonado a Lord Sankas para unirse a su gemelo en la balaustrada. Miraba entre sus dedos, con el rostro parcialmente desviado. Parecían versiones sabias e imbéciles del mismo niño, una moderna, la otra antigua, casi como si la historia se hubiera replegado sobre sí misma. Sin previo aviso, Kelmomas se volvió para mirarle a la cara: En muchos aspectos, seguía siendo el hijo de su padre, y eso la preocupaba.

"¿Qué te parece?", preguntó con una sonrisa forzada.

"Aterrador".

"Sí. Da miedo".

Como si sintiera algún tipo de permiso en esto, Samarmas le rodeó la cintura con los brazos y empezó a lloriquear. Ella le apoyó la mejilla en el vientre y le arrulló con una voz suave y silenciosa. Cuando levantó la vista, Phinersa e Imhailas la observaban atentamente. Suponía que con la presencia de Theliopa no tenía por

qué temer sus intenciones, pero aun así, siempre parecía haber un atisbo de malicia en sus miradas.

O una lujuria que equivalía a lo mismo.

"¿Qué desea, su Gloria?" preguntó Phinersa.

Sin Kellhus, no había nada que pudieran aprender de esta criatura. Los espías-piel no poseían almas, nada que los cánticos hechiceros de Vem-Mithriti pudieran obligar. Y los tormentos simplemente… los excitaban.

"Que suene la placa", dijo con cansada decisión. "Que se le recuerde al Pueblo".

Maithanet asintió con sabiduría. "Una decisión muy sabia".

Todo el mundo se quedó mirando a la monstruosidad durante un momento sin palabras, como si memorizara su forma. No importaba cuántos espías-piel viera, nunca dejaban de inquietarla con su artera imposibilidad.

Imhailas se aclaró la garganta. "¿Debo hacer los preparativos para *su* asistencia, su Gloria?"

"Sí", respondió ella distraídamente. "Por supuesto". El Pueblo necesitaba que se le recordara algo más que lo que le amenazaba, necesitaba que se le recordara también la disciplina que le mantenía a salvo. Necesitaban recordar al *disciplinador*.

El tirano.

Abrazó a Samarmas con fuerza, le pasó los dedos por el pelo, sintió su cuero cabelludo tan suave y cálido como un gato bajo su palma. Un alma tan pequeña. Tan indefensa. Sus ojos se desviaron hacia Kelmomas, que ahora estaba agachado, con la cara pegada a los husos de piedra, para estudiar mejor la monstruosidad jadeante que había debajo.

Aunque le dolía, conocía su deber. Sabía lo que diría *Kellhus*… Por el mero hecho de su sangre, vivirían vidas de peligro mortal. Por su propio bien, tendrían que ser despiadados… tan despiadados como ella no lo había sido.

"Y también para mis hijos".



"Estás pensando en el recital de ayer", dijo el Santo Shriah de los Mil Templos.

Después de devolver a los gemelos a Porsi, Esmenet se había unido a su cuñado en el largo paseo hasta la entrada de la poterna del palacio, donde le esperaban su guardaespaldas y su carruaje. Esto se había convertido en una especie de tradición desde que Kellhus había partido para dirigir la Gran Ordalía contra Sakarpus. La posición de Maithanet no sólo lo convertía en su igual social y político, sino que su consejo se había convertido en una fuente de confort, incluso de bienestar. Era sabio de una manera que, aunque nunca fue tan penetrante como Kellhus, siempre le pareció más… humana.

Y, por supuesto, su sangre lo convirtió en su mejor aliado.

"La forma en que comienza Nel-Saripal", respondió Esmenet, mirando distraídamente las figuras grabadas en paneles de mármol a lo largo de las paredes. "Esas primeras palabras… 'Momemn es el puño en nuestro pecho, el corazón que late…'". Se volvió para mirar su perfil severo. "¿Qué te parece?"

"Significativo", concedió Maithanet, "pero sólo como una señal, del modo en que los pájaros avisan a los marineros de la tierra que no ven".

"Hmm. Otra orilla poco amistosa". Ella estudió su expresión, observó los restos de humo de una lámpara de aceite romperse sobre su cabello y cuero cabelludo. Lo había dicho como una broma, pero su escrutinio hizo que pareciera más una prueba.

Maithanet sonrió y asintió. "Con la desaparición de mi hermano y sus incondicionales, todos los rescoldos que no pudimos apagar durante la Unificación volverán a saltar en llamas".

"Lo que Nel-Saripal se atreve, ¿lo harán también otros?"

"No puede haber ninguna duda".

Se encontró frunciendo el ceño. "¿Así que el Consulto ya no debe ser nuestra primera prioridad? ¿Es eso lo que estás diciendo?"

"No. Sólo que necesitamos lanzar nuestras redes más ampliamente. Piensa en la hueste que mi hermano ha reunido. Los primeros hijos de una docena de naciones. Los más grandes magos de todas las Escuelas. A falta de la resurrección del No-Dios, nada puede salvar a Golgotterath. La única esperanza del Consulto es avivar las ascuas, para hacer que el Nuevo Imperio se convierta en un caos, si es que no lo derriba por completo. Los Ainoni tienen un dicho: "Cuando las manos son fuertes, ataca los pies".

"¿Pero quién, Maitha? Después de tanta sangre y fuego, ¿quién podría ser tan tonto como para levantarse en armas contra Kellhus?"

"El pozo de los tontos no tiene fondo, Esmi. Tú lo sabes. Puedes suponer que por cada Fanayal que se nos opone abiertamente, hay diez que se esconden en las sombras".

"Siempre y cuando no sean tan astutos", respondió ella. "No estoy segura de que podamos sobrevivir a diez de *ellos*".

Veinte años atrás, Fanayal había figurado entre los enemigos más astutos y comprometidos de la Primera Guerra Santa. Aunque el Imperio pagano de Kian había sido el primero en caer a los pies del Emperador-Aspecto, Fanayal se las había arreglado para evitar el destino de su nación. Según los informes de Phinersa, las canciones de sus hazañas habían llegado hasta Galeoth. Los Jueces ya habían quemado en la hoguera a una docena de juglares ambulantes, pero las trovas parecían extenderse y reproducirse con la obstinación de una enfermedad. El "Bandido Padirajah", lo llamaban. Con sólo respirar, el hombre había frenado inconmensurablemente la conversión de las antiguas gobernaturas Fanim.

El Shriah y la Emperatriz caminaron en silencio durante unos instantes. Su viaje les había llevado al Aparatorio, donde se encontraban las residencias de los altos funcionarios del palacio. La anchura de los pasillos se había estrechado, y el brillo del espejo del mármol había sido sustituido por planos de piedra de menor calidad. Muchas de las puertas por las que pasaron estaban entreabiertas, filtrando los sonidos de existencias más sencillas y tranquilas. Una enfermera cantando a un bebé. Madres cotilleando. Las pocas personas que encontraron en el vestíbulo se quedaron literalmente boquiabiertas antes de tirar la cara al suelo. Una madre tiró con saña a su hijo, un niño de piel aceitunada quizá dos o tres años menor que los gemelos, al suelo a su lado. Esmenet oía su llanto más en su vientre que en sus oídos, o eso parecía.

Se agarró al brazo de Maithanet y le hizo detenerse.

"¿Esmi?"

"Dime, Maitha", dijo ella vacilante. "Cuando" -hizo una pausa para morderse el labio- "cuando… me miras… a la cara, ¿qué ves?".

Una suave sonrisa arrugó su barba trenzada. "No tan lejos ni tan profundo como mi hermano".

Dûnyaino. Todo volvía a este lingote de hierro de significado. Maithanet, sus hijos, todos los que estaban cerca de ella poseían alguna medida de sangre Dûnyaina. Todos miraban con una porción de los ojos que todo lo ven de su marido. Por un instante, ella vislumbró a Achamian tal y como había permanecido veinte años antes, con mil columnas de humo marcando el cielo más allá de él. "*¡Pero no estás pensando! Sólo ves tu amor por él. No piensas en lo que él ve cuando te mira...*"

Y con un parpadeo tanto él como sus heréticas palabras desaparecieron.

"Esa no era mi pregunta", dijo ella, recuperándose.

"Dolor..." dijo Maithanet, sondeando su rostro con ojos cálidos e indulgentes. Levantó las pequeñas y flojas manos de ella en la gruesa jaula de las suyas. "Veo pena y confusión. Preocupación por tu primera, por Mimara. Vergüenza... vergüenza de que hayas llegado a temer a tus hijos más de lo que temes *por* ellos. Suceden tantas cosas, Esmi, tanto aquí como en lugares remotos... Temes no estar a la altura de la tarea que mi hermano te ha encomendado".

"¿Y los demás?", se oyó preguntar. "¿Pueden los otros ver esto también?"

Dûnyaino, pensó. *Sangre Dûnyaina*.

El Shriah le apretó las manos para tranquilizarla. "Algunos lo perciben, tal vez, pero sólo de manera tenue. Tienen sus prejuicios, por supuesto, pero su soberano y salvador ha hecho de *ti* su camino hacia la redención. Mi hermano ha construido una casa fuerte para que la mantengas. Dudo en decirlo, pero realmente no tienes motivos para temer, Esmi".

"¿Por qué?"

"Por la misma razón no tengo miedo. El *Emperador-Aspecto* te ha elegido".

Un Dûnyaino. Un Dûnyaino te ha elegido.

"No. ¿Por qué dudas en decírmelo?"

Sus ojos se desenfocaron en forma de cálculo, y luego volvieron a ella. "Porque si veo tu miedo, entonces *él* también lo ha visto. Y si lo ha visto, entonces lo cuenta como una fortaleza".

Intentó en vano apartar las lágrimas. Su imagen se difuminaba y desdibujaba, Maithanet parecía una presencia esquiva y depredadora. Una concatenación de sombras líquidas. "¿Quieres

decir que me ha elegido *porque soy* débil?"

El Shriah de los Mil Templos sacudió la cabeza en señal de tranquila contradicción. "¿Es débil el hombre que huye para luchar de nuevo? El miedo no es fuerte ni débil hasta que los acontecimientos lo hacen".

"Entonces por *qué* no me lo dijo".

"Porque, Esmi", dijo, atrayéndola de nuevo al pasillo, "a veces la ignorancia es la mayor fuerza de todas".



Para que una cosa parezca un milagro, no se puede creer del todo.

A la mañana siguiente, Esmenet se despertó pensando en sus hijos, no como los instrumentos de poder en los que se habían convertido, sino como bebés. A menudo se encontraba rehuyendo los pensamientos de los primeros años de su maternidad, tan implacable había sido Kellhus en su búsqueda de progenie. Había concebido siete hijos con su marido, de los cuales seis habían sobrevivido. Si a eso le añadimos a Mimara, la hija de su vida anterior, y a Moënghus, el hijo que había heredado de la primera esposa de Kellhus, Serwë, era madre de ocho…

¡Ocho!

La idea no dejaba de sorprenderla y marearla, tan segura de que viviría y moriría estéril.

Kayûtas había sido el primero, nacido lo suficientemente cerca de Moënghus como para que ambos fueran criados como gemelos. Ella lo había traído al mundo en Shimeh, en el Sagrado Juterum, donde el Último Profeta, Inri Sejenus, había ascendido a los Cielos dos mil años antes. Kayûtas había sido tan perfecto, tanto en forma como en temperamento, que los Señores de la Guerra Santa habían llorado al verlo. Tan perfecto, como una perla, pensó a veces, tomando el amasijo de sombras del mundo y reflejando sólo una luz genérica y plateada. Tan suave que ningún dedo podría agarrarlo, no de verdad.

Había sido Kayûtas quien le había enseñado que el amor era una especie de imperfección. ¿Cómo podría ser de otra manera, si él era perfecto y no podía sentir amor? El simple hecho de abrazarlo había

sido una angustia.

Theliopa había sido la segunda, nacida en Nenciphon mientras Kellhus libraba la primera de muchas guerras contra los príncipes drogados de Nilnamesh. Después de Kayûtas, ¿cómo podía Esmenet no esperar contra la esperanza? ¿Cómo no iba a abrazar a este nuevo bebé y rezar a los dioses, por favor, *por favor*, dadme un solo hijo de corazón humano? Pero incluso entonces, con los miembros de su hija aún resbaladizos por las aguas del *pasaje*, había sabido que había nacido otro… Otro niño que no podía amar. Con Kellhus en guerra, tropezó con una especie de melancolía sin fondo, que la hacía envidiar a los suicidas. Si no hubiera sido por su hijo adoptivo, el pequeño Moënghus, podría haber terminado entonces, este extraño sueño febril en que se había convertido su vida. Al menos él la había necesitado, aunque no fuera suyo.

Fue entonces cuando empezó a exigir recursos, recursos reales, para su búsqueda de Mimara, a quien había vendido a los esclavistas a la sombra de la inanición hacía tanto tiempo. Podía recordar haber mirado a Theliopa en su cuna, una aproximación pálida y menguada de un bebé, pensando que si Kellhus se la negaba, no tendría más remedio que…

El destino era realmente una puta, al entregarla a tales pensamientos.

Por supuesto, se encontró embarazada casi inmediatamente, como si su vientre hubiera sido una concesión oculta en el trato que había hecho con su marido. Su tercer hijo de Kellhus, Serwa, nació en Carythusal con el olor de la conquista Zaudunyani todavía en el viento: hollín y muerte. Al igual que Kayûtas, había parecido perfecta, impecable, y sin embargo, a diferencia de él, había parecido capaz de amar. ¡Qué alegría había sido! Pero cuando apenas tenía tres años, sus tutores se dieron cuenta de que poseía el Don de los Pocos. A pesar de las amenazas de Esmenet, a pesar de sus ruegos, Kellhus envió a la niña -todavía un bebé- a Iothiah para que se criara entre las brujas de Swayal.

Había habido amargura en esa decisión, y no pocos pensamientos de herejía y sedición. Al perder a Serwa, Esmenet aprendió que el culto no sólo podía sobrevivir a la pérdida del amor, sino que también tenía cabida el odio.

Luego vino el innominado con ocho brazos y sin ojos, el primero

en nacer en las Cumbres Andiamine. El parto había sido duro, incluso con peligro de muerte. Más tarde se enteraría de que los sacerdotes-médicos lo habían ahogado, según la costumbre Nansur, en vino sin agua.

Luego vino otro hijo, Inrilatas, y no había duda de que podía amar. Pero Esmenet había desarrollado instintos para estas cosas, como hacen a veces las madres que tienen muchos hijos. Desde el principio, supo que algo iba mal, aunque nunca pudo precisar el contenido de sus sospechas. Pero a sus enfermeras se les hizo evidente en su segundo año. Inrilatas tenía tres años cuando empezó a decir las pequeñas traiciones que habitaban en los corazones de sus allegados. Toda la corte le temía. A los cinco años ya podía invocar palabras tan honestas e injuriosas que Esmenet había visto a guerreros de corazón duro palidecer y echar mano de sus espadas. Nunca olvidaría la vez que, después de cantarle en su cama, él había levantado la vista con su rostro demasiado ágil y le dijo: "No te odies por odiarme, mamá. Ódiate por lo que eres". *Ódiate por lo que eres*, dicho en los tonos dulces de la adoración infantil. A los seis años, sólo Kellhus podía comprenderlo, y menos aún manejarlo, y no tenía tiempo para nada más que una relación superficial. Todavía se estremecía cada vez que recordaba las escasas conversaciones que compartían padre e hijo. Después, fue como si Inrilatas, que siempre había caminado por el perímetro de la cordura, simplemente tropezara y diera tumbos en la dirección equivocada. El velo de la locura absoluta se descorrió.

Había rezado para que su fertilidad desapareciera durante este tiempo, por lo que los nansur llamaban *meseremta*, la "estación seca". Pero el Agua de Yatwer seguía fluyendo, y temía tanto el acoplamiento con Kellhus que buscaba activamente sustitutas para él, mujeres de intelecto nativo como ella. Pero si su semilla divina era una carga que ella apenas podía soportar, entonces rompía a todas las demás. De las diecisiete concubinas que fecundó, diez murieron en el parto, y las demás dieron a luz a más… innominados. Trece en total, todos ahogadas en vino.

Esmenet se preguntaba a veces cuántas almas desventuradas habían sido asesinadas para mantener este secreto. ¿Cien? ¿Mil?

La noticia del descubrimiento de Mimara llegó poco después del colapso final de Inrilatas. Durante casi diez años, los hombres de

Esmenet, soldados de la Guardia Eöthica que habían jurado morir antes de regresar a su señora con las manos vacías, habían recorrido los Tres Mares. Al final encontraron a Mimara en un burdel, vestida con pasta y papel de aluminio para parecerse nada menos que a la propia Esmenet, para que los hombres bajos pudieran emparejarse con su temida emperatriz. Todo lo que Esmenet pudo recordar de la noticia fue la crueldad del piso.

Habían encontrado a su hija, su única hija engendrada por un hombre en lugar de un dios. Y si la forma de su descubrimiento no había roto el corazón de Esmenet, el odio que vio en los ojos de Mimara cuando se reunió con ella sí lo hizo… Mimara, la dulce Mimara, que de niña sólo se sujetaba al pulgar de su madre cuando caminaban de la mano, que lloraba inexplicablemente al ver pájaros solitarios, o chillaba al ver ratas revoloteando de una grieta a otra. Había vuelto a su madre rota, otro melocotón magullado y maltrecho, y tan loca como cualquiera de las otras hijas e hijos más divinos de Esmenet.

Resultó que Mimara también poseía el Don de los Pocos. Pero mientras Kellhus había hecho oídos sordos a Esmenet con Serwa, esta vez dejó el asunto en sus egoístas manos. No perdería a otra hija a manos de las brujas, incluso si eso destruía cualquier posibilidad de arreglar la historia rota entre ellas. No vendería a Mimara por segunda vez, por muy despiadados que fueran los desplantes de la joven. Incluso los escolásticos consultados por Esmenet le habían dicho que Mimara era demasiado mayor para dominar los minuciosos significados que requería la hechicería. Pero, como ocurre a menudo en las peleas familiares, los motivos eran totalmente accesorios al *conflicto*. Mimara simplemente necesitaba castigarla, y ella, a su vez, había necesitado ser castigada, o eso había supuesto Esmenet.

Los gemelos llegaron durante este tiempo, y con ellos una última lanza al Destino.

Al principio había habido muchos motivos de desesperación. A pesar de ser tan perfectos en su forma como su hermano mayor, Kayûtas, no podían separarse sin que se produjesen lunáticos estallidos de angustia. Y cuando los dejaban juntos, lo único que hacían era mirarse a los ojos, guardia tras guardia, día tras día, mes tras mes. Los médicos-sacerdotes le habían advertido de los riesgos

de tener hijos a su edad, así que se había preparado para… rarezas, supuso, peculiaridades más allá de lo que ya había experimentado. Pero esto era tan extraño que resultaba casi poético: dos hijos con lo que parecía una sola alma.

Fue Kellhus quien compró al esclavo que los salvaría -y a ella-. Su nombre era Hagitatas, famoso entre la casta noble de Conriya como sanador de almas perturbadas. De alguna manera, mediante la ternura, la sabiduría y la incalculable paciencia, consiguió separar a sus dos pequeños, darles el intervalo que necesitaban para respirar por sí mismos, y así elevar el marco de las identidades individuales. Fue tal su alivio que incluso el posterior descubrimiento de la idiotez de Samarmas le pareció motivo de celebración.

Estos hijos *amaban*, no hay duda de que amaban.

Por fin la Puta del Destino, la traicionera Anagkë, que había sacado a Esmenet de la ignorancia y la brutalidad de los barrios bajos de Sumni para llevarla al terreno de los tormentos más profundos, había cedido. Por fin Esmenet había encontrado su corazón. Ahora era una madre anciana, y las madres ancianas conocían bien las formas de actuar del mundo. Sabían cómo encontrar la generosidad en sus escasas capitulaciones.

Cómo ser codicioso con las cosas pequeñas.



Había esperanza en su aprehensión mientras sus esclavos del cuerpo la vestían y pintaban. Cuando Porsi llevó a Kelmomas y a Samarmas a su antesala engalanados como pequeños generales, se rió de placer. Con los dos a remolque, descendió las escaleras y los rellanos hasta el palacio inferior, y luego se apresuró a atravesar el pasillo subterráneo que discurría bajo el Campus Scuari. De vez en cuando oía el profundo ruido de la placa que resonaba en los barrios de la ciudad, llamando a todos los que iban a presenciar esta última abominación. Y a veces percibía indicios de un sonido más profundo, más humano en su registro, legión en sus tonos.

Para cuando salieron a la superficie en la penumbra calcárea del Foro Allosium, el rugido se había convertido en un ensordecedor lavado que zumbaba a través de los pilares y los dinteles.

Permanecieron inmóviles mientras los vestidores se ocupaban de las arrugas y otros defectos antiestéticos de sus ropas. Entonces, siguiendo un pasillo entre columnas oscuras, Esmenet condujo a sus hijos hacia la luz y la furia.

La cresta de la monumental escalera parecía la cima de una montaña, un lugar tan alto que hacía brumoso el mundo de abajo. El sol era seco y fresco. La amplia extensión del Campus Scuari bullía bajo él, un mar oscuro marcado por los contornos brumosos de la ciudad. Como uno solo, miles de personas gritaron de júbilo, con abandono, como si ella fuera el lanzamiento de los palos-numerados que habían salvado todas sus vidas.

Esmenet siempre fue consciente de su irrealidad en momentos como éste. Todo, incluso los cosméticos embadurnados en su piel, tenía el peso del fraude. Ella no era Esmenet, ni sus hijos Kelmomas y Samarmas. Eran imágenes, semblanzas dibujadas para responder a la multitud y a sus ansiosas fantasías. Eran Poder. Eran la Justicia. Eran carne mortal envuelta en la temible intención de Dios.

La autoridad en todas sus innumerables encarnaciones.

Se puso de pie con un gemelo a cada lado, fingiendo disfrutar del estruendo de su adulación. Por todas partes veía bocas abiertas, agujeros negros no más anchos que el puño de una mujer, no más profundos que el brazo de un niño. Y aunque el aire temblaba con el sonido, cada uno de ellos parecía tan insonoro como un pez abierto, chupando un aire demasiado fino para no asfixiarse.

El silencio, cuando por fin llegó, le hizo cosquillas por su brusquedad. Dudó, escuchó el extraño zumbido de las expectativas no expresadas, de los interminables ojos que observaban. Finalmente, una tos solitaria rompió el hechizo, y ella bajó la escalera monumental, condujo a los gemelos más allá de los escudos de espejo de los guardias Eöthicos reunidos, y luego alrededor de los pliegues de la gran cortina carmesí que se había levantado alrededor del andamio.

El movimiento de sus vestidos parecía ocultar todos los demás ruidos. Ahora podía olerlos, a su gente, crudos y agrios. La uniformidad de sus rostros parecía disolverse en detalles insultantes. La alta alcurnia pintada de la casta-nobleza reunida inmediatamente abajo. Las miradas de lana de los miembros de la casta que se agolpaban a innumerables distancias.

¿Cuántos de ellos, se preguntó, albergaban almas que la verían muerta a ella y a sus hijos?

Miró a los gemelos, intentando sonreír por ellos. Kelmomas tenía la mirada perdida en… Nada. Las lágrimas argentaron las mejillas de Samarmas.

Ocho de ellos, pensó.

Theliopa se escondió en sus aposentos sin alma, demasiado frágiles para carnavales ceremoniales como éste. Moënghus, Kayûtas y Serwa marchaban con su padre en la Gran Ordalía, a una distancia apropiada para los niños que eran extraños. Inrilatas gritaba desde la prisión de su habitación. Y Mimara… vagaba.

Ocho. Y sólo estos dos chicos amaban.

Susurrando: "Venid", los condujo a sus asientos dorados y acolchados. Una llamada sonó mientras se sentaban, y en toda la profundidad de la vista que tenían ante ellos, las masas cayeron de rodillas. Incapaz de alcanzar los brazos de su trono, cedió las manos de sus hijos. Las garras doradas de los leones gemelos Kyraneanos se arqueaban sobre ella, representando la continuidad de los imperios desde el presente hasta las tinieblas de la lejana antigüedad. En su hombro izquierdo llevaba un gran broche de rubí, que simbolizaba la sangre divina de su marido, que había pasado a través de su semilla a ella, y de ahí a sus hijos. Sobre su hombro derecho llevaba un fajín de fieltro, azul con ribetes de oro, signo de su mando de la Guardia Eöthica, los protectores de los Recintos Imperiales, y en ausencia del Emperador-Aspecto, su propio ejército privado, ligado a ella por juramentos de vida y muerte.

Oyó, más que vio, la apertura de las cortinas que ocultaban el andamio detrás de ella. Gritos como un trueno. La muchedumbre se lanzó, no tanto hacia delante como *hacia fuera*. Las manos se alzaron en señal de exultación. Los labios se curvaron. Los dientes brillaron con saliva iluminada por el sol.

De alguna manera, a través del rugido, pudo oír a Samarmas berreando a su derecha. Cuando miró, lo vio acurrucado, con los hombros metidos y la barbilla hacia abajo, como si tratara de escurrirse por algún pasaje oculto dentro de sí mismo. Una especie de odio maternal le apretó la mandíbula con fuerza, un impulso salvaje de ordenar a los Guardias que se metieran en la masa, de

cortarlos y golpearlos para que desaparecieran de su vista. ¿Cómo se atreven a asustar a su hijo?

Pero ser una soberana es estar para siempre, irremediablemente, cortada en muchos. Ser una matrona, sencilla e inflexible. Ser un espía, que sondea y se esconde. Y ser un general, siempre calculando la debilidad y la ventaja.

Luchó contra el clamor materno interior, ignoró su angustia. Incluso Samarmas -que estaba segura de que no sería más que un querido tonto- tenía que aprender la locura que era su herencia imperial.

Por él, se dijo a sí misma. *¡Hago esto por él!*

Las turbas seguían aullando, no a ella ni a sus hijos, sino a la vista del espía-piel del Consulto, que sabía que sería ensartado como un cerdo escupido en el centro del cadalso por encima y por detrás de ella. Según la tradición, sus ojos eran demasiado sagrados para un espectáculo tan horrible, por lo que se celebró un sorteo entre la casta de la nobleza para ver a quién se le concedía el honor de traerle el espejo de mano que utilizaría para presenciar realmente la purificación de la criatura. Con cierta sorpresa, vio a Lord Sankas acercarse, con los codos apretados ante su coraza, de modo que el espejo pudiera apoyarse en la parte interior de sus antebrazos.

Samarmas voló de su asiento y le abrazó por la cintura. Por un momento, el viejo noble de la casta se tambaleó. Los gritos de risa recorrieron la multitud. Esmenet se apresuró a separarlo, le limpió las mejillas y le besó la frente, y luego lo dirigió de vuelta a su pequeño trono.

Sonriendo avergonzado, Biaxi Sankas se arrodilló para poder ofrecerle el espejo. Asintiendo para mostrar el favor imperial, lo tomó de sus brazos, lo levantó para que viera el cielo parpadeante, y luego su propio rostro. Su belleza la sorprendió: grandes ojos oscuros en un rostro ovalado. No recordaba cuándo ocurrió, cuándo empezó a sentirse más vieja y más fea de lo que en realidad era. Siempre había sido popular como puta, incluso en una ciudad famosa por sus gustos de piel blanca. Siempre había sido hermosa, y de esa manera tan profunda que, de alguna manera, seguía a ciertas mujeres incluso en su decrepitud.

Nunca había estado a la altura de su cara.

Una punzada le hizo apartar el espejo, y vislumbró los maderos superiores del andamio colgando en un charco de cielo pelado. Inclinando la empuñadura, siguió las vigas hasta donde estaban ancladas las cadenas, y luego siguió las cadenas hasta que el espía-piel ocupó el centro del espejo. Con la respiración entrecortada, contempló lo que ya había visto en la multitud de rostros que tenía delante: monedas por la cuota que su Emperador-Aspecto les había exigido.

La cosa se agitó y se sacudió, rebotando como una piedra atada a la cuerda de un arco. Encaramados en plataformas separadas, dos de los suplentes de Phinersa atendían a la cosa, uno de ellos ya estaba haciendo las incisiones necesarias para pelar la piel, el otro movía las agujas de neuropuntura que controlaban la reacción de la abominación; de lo contrario, la cosa simplemente reiría y llegaría al clímax. Como un coro de toros en llamas, gritó, su columna vertebral se arqueó, los miembros radiales de su cara se retiraron como los pétalos de una flor moribunda.

Los dos gemelos se habían subido a sus asientos para mirar por encima del respaldo, Kelmomas pálido e inexpresivo, Samarmas con las mejillas brillantes apretadas contra el cojín. Quiso gritarles que se alejaran, que volvieran a mirar a la multitud que chillaba, pero le falló la voz. Aunque el espejo estaba destinado a protegerla, el hecho de sostenerlo de la forma en que lo hacía parecía convertirlo en algo más real, en algo que rozaba la suave piel de su terror.

La marca fue extraída de un recipiente de hierro con carbón que había sido levantado en el andamio. Le sacaron los ojos.

Con una especie de horror extasiado se encontró preguntándose por sus circunstancias. ¿Qué clase de puta era el Destino, para arrojarla a este lugar, a este tiempo, para convertirla en el recipiente de crueles dioses y en la barra de los acontecimientos que rompen el mundo? Ella creía en su marido. Ella creía en la Gran Ordalía. Creía en el Segundo Apocalipsis. Ella creía en todo ello.

No podía creer que nada de eso sucediera.

Se susurró a sí misma con esa voz paradójica que todos llevamos dentro, la que dice las verdades más miserables y las mentiras más seductoras, la que es más nosotros, y por lo tanto no somos del todo nosotros. Susurró: "*Esto es un sueño*".

Sarmarmas lloró y Kelmomas, que por lo demás parecía tan

fuerte para un niño de su edad, tembló como las palabras de un anciano moribundo. Por fin cedió. Dejando el espejo, se acercó a los brazos de su trono para apretar las manos de ambos. La sensación de los pequeños dedos apretando las suyas le hizo llorar. Era una sensación tan primitiva, tan *correcta*, que casi siempre borraba la agitación de su alma.

Pero esta vez se sintió más como una… admisión.

Las masas rugieron exultantes, convirtiéndose, de alguna curiosa manera, en el hierro que arde, en la hoja que pela. Y Esmenet se sentó pintada y rígida, contemplando sus furiosas regiones.

Matona. Tirana. Emperatriz de los Tres Mares.

Un milagro no del todo creíble.

CAPÍTULO CUATRO

Hûnoreal

> Porque Él ve oro en el miserable y excremento en el exaltado. No, el mundo no es igual a los ojos de Dios.
>
> -ESCUELAS, 7:16, EL TRATADO

Principios de primavera, Año Nuevo Imperial 19 (Año del Colmillo 4132), suroeste de Galeoth

No hay otro lugar. Es tan sencillo como eso.

No puede volver, ni al burdel que es el palacio de su madre, ni al burdel que es un burdel. Fue vendida hace mucho tiempo, y nada -nadie- puede comprarla de nuevo.

Ella roba leña del cobertizo -poco más que un muro empedrado con los escombros caídos de la torre superior- y observa cómo su esclavo maldice y se rasca la cabeza lanuda, para luego salir a reemplazarla. Hace fuego, aunque no tenga nada que cocinar ni que quemar, y se sienta ante él, pinchándolo como un hormiguero o mirándolo fijamente, como si fuera un pequeño bebé que patalea y araña un cielo imposible. Deja que su mula, a la que llama Temeraria, ande suelta, pensando o tal vez esperando que se escape. Cada noche, se abraza a sí misma con vergüenza y culpabilidad, segura de que Temeraria será abatido por los lobos o, al menos, espantado para que huya por sus interminables aullidos. Pero cada

mañana, el bruto sigue ahí, lo suficientemente cerca como para ser golpeado por una piedra, agitando sus orejas contra las moscas, mirando en cualquier dirección menos en la suya.

Ella llora.

Sigue observando su fuego, lo mira con la fascinación de una madre primeriza, lo mira hasta que se le secan los ojos. Hay algo *propio* de las llamas, piensa. Poseen una singularidad de propósito que sólo puede llamarse divina…

Bengala. Cera. Consumir.

Como un humano. Sólo que con gracia.

Uno de los niños, el más pequeño, se acerca sigilosamente a ella para explicarle que les han prohibido hablar o jugar con ella porque es una bruja. ¿Es cierto que es una bruja?

Como broma, Mimara hace una mueca y grazna: "¡*Yeaasss*! "

Después de que la niña huye, los ve de vez en cuando, escondidos detrás de una valla de maleza o del borde estriado de algún inmenso tronco de árbol, arrastrándose y espiando y corriendo con falsos gritos cada vez que se dan cuenta de que los ve observando.

Puede ver los guardianes colocados alrededor de la torre, aunque sólo puede adivinar sus propósitos. Y observa los signos dispersos de hechicerías más violentas y efímeras -un corte en un olmo monstruoso, quemaduras en placas de piedra, tierra cocida hasta el cristal-, prueba de que el Mago ha recurrido a sus prodigiosas habilidades. Siempre y en todas partes ve la *plenitud* óntica de las cosas -la aridez de los árboles, la esencia del agua y de la piedra y de las montañas-, en su mayoría prístina, pero a veces destrozada gracias a los Escolásticos y a su croar salvaje. Los ojos de los Pocos estaban siempre con ella, empujándola a este camino que ha elegido, fortaleciendo su determinación.

Pero cada vez más parece abrirse un *ojo diferente*, uno que la ha dejado perpleja durante muchos años, que la asusta como un ansia de perversión no deseada. Su tapa es somnolienta, y de hecho duerme tan profundamente que a menudo se olvida de su presencia. Pero cuando se agita, el mundo se transforma.

Por momentos, ella *puede verlos*… El bien y el mal.

No enterrado, no escondido, sino escrito como otro color o textura a través de la piel de todo. La forma en que los hombres

buenos brillan más que las mujeres buenas. O cómo las serpientes brillan con santidad, mientras que los cerdos parecen revolcarse en la sombra contaminante. El mundo es desigual a los ojos del Dios, ella lo comprende con íntima profundidad. Los amos sobre los esclavos, los hombres sobre las mujeres, los leones sobre los cuervos: A cada paso, las escrituras enumeran el rango de las cosas. Pero por momentos aterradores, los más mínimos latidos del corazón, también son desiguales *a sus ojos*.

Es una especie de locura, lo sabe. Ha visto sucumbir a demasiados en los burdeles como para pensar que es inmune. Sus manejadores eran reacios a marcar la piel, por lo que castigaban el alma. Ella no fue una excepción.

Tiene que ser una locura. Aun así, no puede dejar de preguntarse cómo aparecerá Achamian a la luz de este ojo más perspicaz.

El sol de la mañana se eleva desde el grueso de la colina y atraviesa los árboles con sus miembros como cuerdas congeladas, derramando charcos de luz a través de la penumbra de paja. Y ella observa y observa, hasta que los colores palidecen en el atardecer coralino.

Y cree que la torre no era tan alta. Sólo parece tal porque ocupa un terreno más alto.



El mundo te odia…

El pensamiento le llega, no con sigilo o clamor, sino con la presunción de un propietario de esclavos, de alguien que no ve más límites que los suyos propios.

El sufrimiento sigue rápidamente a su vigilia -había agotado sus últimas provisiones antes de llegar a la torre- y algo dentro de ella se alegra. El mundo la odia, no necesita la confesión llorosa de un hermano pequeño para saberlo. "¡A *mamá le duele incluso mirarte! Ella desearía haberte ahogado en lugar de venderte…*" Aquí está sentada, hambrienta y temblorosa, mirando y graznando a la inescrutable ventana bajo la demolida corona de la torre. Esto es lo que quiere: convertirse en bruja, exigir lo que ha pagado…

Así que, por supuesto, hay que rechazarla.

No hay otro lugar. Entonces, ¿por qué no arrojar su vida sobre la mesa de la Puta? ¿Por qué no presionar al destino hasta el mismo borde? Al menos morirá sabiendo.

Llora dos veces, aunque no siente nada de la pena que la conmueve: una vez vislumbrando a una de las niñas agachadas orinando bajo los arcos del sol, y otra vez viendo la silueta del Mago paseándose de un lado a otro de su ventana abierta. Literalmente, no puede recordar la última vez que ha sido uno de sus lloros. En su infancia, supone. Antes de los esclavistas.

Al final del agotamiento del corazón se encuentra una especie de resignación, un punto en el que la resolución y la rendición se vuelven indistinguibles. La vacilación requiere alternativas, y ella no tiene ninguna. El mundo está en la ruina. Partir sería emprender una huida sin refugio, llevar una existencia itinerante, sin rumbo, sin nada que acredite un camino lejano sobre otro, ya que la desesperación se ha convertido en todas las direcciones. No tiene elección porque todas sus opciones se han convertido en lo mismo.

Un árbol roto, como le dijo una vez su amo del burdel, nunca puede ceder.

Dos días se convierten en tres. Tres se convierten en cuatro. El hambre la marea, mientras la lluvia la enfría. *El mundo te odia*, piensa, mirando la torre rota. *Incluso aquí*.

El último lugar.



Y entonces, una noche, simplemente sale. Parece demacrado, no sólo como un viejo que nunca duerme, sino como uno que nunca perdona -a sí mismo o a otros, no importa-. Lleva vino rancio y comida humeante, sobre la que ella cae como un animal ingrato. Luego se sienta frente a su fuego y comienza a hablar. "Los *sueños*", dice con la intensidad de quien ha librado una larga guerra contra ciertas palabras.

Lo mira fijamente, sin poder dejar de meterse comida en la boca, que traga contra el sollozo en el fondo de su garganta. La luz del fuego parece haber desarrollado brillantes púas de puercoespín. Por un momento, teme desmayarse de alivio.

Habla de los Sueños del Primer Apocalipsis, las pesadillas que

todos los escolásticos del Mandato comparten gracias a los recuerdos abandonados de su antiguo fundador, Seswatha, y el largo y oscuro horror de su guerra contra el Consulto. "Una y otra vez", murmura, "como si una vida pudiera escribirse como un poema, los tormentos plasmados en versos..."

"¿Tan mal están?", pregunta ella en el cojo silencio. Apenas puede verle más allá de la combinación de sus lágrimas y el resplandor del fuego: un rostro viejo y ajado, que ha visto mucho -demasiado- y que, sin embargo, no ha olvidado cómo ser tierno u honesto.

Le guiña un ojo antes de bajar la mirada para juguetear con su bolsa y su pipa. Rellena la cazoleta, con una mirada pensativa y sellada a la vez. Recoge una ramita del borde del fuego; una pequeña llama gira en su extremo.

"Solían serlo", dice, encendiendo la pipa. Se queda bizco, mirando el toque del fuego y la cazoleta.

"No lo entiendo".

Aprieta profundamente el tallo; el cuenco brilla como una moneda fundida.

"¿Sabéis", pregunta, exhalando una nube de humo dulzón, "por qué Seswatha nos dejó sus sueños?".

Ella conoce la respuesta. Su madre siempre recurría a hablar de Achamian para curar las abrasiones entre ella y su amargada hija. Porque él era su verdadero padre, siempre había pensado Mimara. "Para que la Escuela del Mandato nunca olvide, nunca pierda de vista su misión".

"Eso es lo que dicen", responde Achamian, saboreando su humo. "Que los Sueños son un acicate para la acción, una llamada a las armas. Que al sufrir el Primer Apocalipsis una y otra vez, no tuvimos más remedio que guerrear contra la posibilidad del Segundo".

"¿Piensas lo contrario?"

Una sombra se dibuja en su rostro. "Creo que tu padre adoptivo, nuestro glorioso y conquistador Emperador-Aspecto, tiene razón". El odio es evidente en su voz.

"¿Kellhus?", pregunta.

El anciano se encoge de hombros, un gesto antiguo colgado de los huesos que fallan. "Él mismo lo dice: Toda vida *es una cifra...*"

Otra inhalación profunda. "Un acertijo".

"Y tú crees que la vida de Seswatha es así".

"Sé que lo es".

Y entonces el Mago le cuenta. Sobre la Primera Guerra Santa. Sobre su amor prohibido por su madre. De cómo estaba dispuesto a jugarse el mundo por el santuario de sus brazos. Hay una franqueza en su relato, una vulnerabilidad que lo hace aún más convincente. Habla de forma quejumbrosa, adoptando una y otra vez el tono herido de alguien que está convencido de que los demás no le creen agraviado. Y habla con astucia, como un borracho que cree que confía terribles secretos…

Aunque Mimara ha escuchado esta historia muchas veces, se encuentra escuchando con una atención casi infantil, una disposición a conmoverse, incluso a herirse, por las palabras de otro. Él no tiene ni idea, se da cuenta, de que esta historia se ha convertido en canción y escritura en el mundo más allá de su solitaria torre. *Todo el mundo* sabe que amaba a su madre. Todo *el mundo sabe que* ella eligió al Emperador-Aspecto y que Achamian huyó posteriormente al desierto…

El único secreto es que aún vive.

Con estos pensamientos su asombro se evapora rápidamente en vergüenza. Parece superado, trágicamente, luchando con palabras mucho más grandes que él. Se vuelve cruel escuchar como lo hace, fingiendo no saber lo que sabe tan bien.

"Ella fue tu mañana", se aventura.

Se detiene. Por un instante sus ojos parecen perder algo de su enfoque, y luego la mira con una especie de furia comprimida. Se vuelve para golpear su pipa contra una piedra que sobresale de las hojas enmarañadas.

"¿Mi qué?"

"Tu mañana", repite Mimara titubeante. "Mi madre. Ella solía decirme que… que ella era tu mañana".

Sostiene el cuenco a la luz del fuego para inspeccionarlo. "Ya no temo a la noche", dice con una intensidad ausente. "Ya no sueño como sueñan los escolásticos del Mandato". Cuando levanta la vista, hay algo a la vez plano y decisivo en sus ojos. El recuerdo de una resolución antigua y segura.

"Ya no rezo por la mañana".

Se echa hacia atrás para coger otro tronco para el fuego. Aterriza con un golpe seco y lanza un tren de chispas a través del humo. Observando su ascenso guiñando el ojo para evitar su mirada, se abraza los hombros contra el frío. En algún lugar ni cercano ni lejano, los lobos aúllan en el cuenco de la noche. Como si estuviera alarmado, mira hacia el bosque, hacia los pozos de negrura entre los variados troncos y miembros. Mira con una intensidad que le hace pensar que *escucha tanto* como oye, a los lobos y a cualquier otra cosa, que conoce los innumerables idiomas de la noche profunda.

Es entonces cuando cuenta su historia en serio…

Como si hubiera conseguido el permiso.



Su madre le había esperado así, hace tanto tiempo.

A lo largo de los días y las noches desde la llegada de Mimara, Achamian se había dicho muchas cosas. Que estaba enfadado: ¿cómo podía recompensar semejante descaro? Que era prudente: ¿qué podía ser más peligroso que albergar a una princesa imperial fugitiva? Que era compasivo: ella era demasiado mayor para dominar la semántica de la hechicería, y cuanto antes lo entendiera, mejor. Se dijo muchas cosas, reconoció muchas pasiones, salvo la confusión que era la verdad de su alma.

Su madre, Esmenet, le había esperado a orillas del río Sempis más de veinte años antes. Ni siquiera la noticia de su muerte pudo apartarla de su vigilia, tan obstinada, tan mestiza era su amor. Ni siquiera la sensatez podía hacerla cambiar de opinión.

Sólo Kellhus y la apariencia de honestidad.

Incluso antes de que Mimara comenzara su vigilancia -o asedio, como a veces parecía-, Achamian sabía que compartía la terquedad de su madre. No era poca cosa viajar sola desde Momemn de la forma en que lo había hecho; se le erizaba la piel al pensarlo, esta pequeña mujer desafiando a los Salvajes para encontrarlo, pasando noche tras noche sola en la intrigante oscuridad. Por eso, incluso antes de cerrar sus puertas contra ella, de ordenar a sus esclavos que la evitaran, sabía que no sería tan fácil ahuyentarla. Incluso aquella noche en la que la había golpeado bajo la lluvia.

Se necesitaba algo más. Algo más profundo que el sentido común.

Se dijo a sí mismo que ella estaba lo suficientemente loca como para hacerlo, que se consumiría literalmente en la espera de que él bajara de su torre. Se dijo a sí mismo que sólo tenía que ser *honesto*, confesar la verdad en todos sus destrozados detalles, y que ella vería, se daría cuenta de que su vigilia sólo podía ganar la destrucción de dos almas. Se decía a sí mismo estas cosas porque aún amaba a su madre, y porque sabía que uno nunca se quedaba quieto, ni siquiera mientras esperaba. Que a veces el cuchillo enfundado podía cortar la mayor cantidad de gargantas de todas.

Así que llegó con amabilidad, con la comida que ella necesitaba tan obviamente, y con una apertura que picaba por su premeditación. Ciertamente no había previsto *perderse* en la historia y la conversación. Hacía tanto tiempo que no hablaba de verdad. Durante casi veinte años, sus palabras siempre habían saltado sin hundirse.

"Ni siquiera estoy seguro de cuándo empezó a ocurrir, y mucho menos de por qué", dijo, haciendo una pausa para respirar con dificultad. "Los Sueños empezaron a cambiar… de formas extrañas y pequeñas al principio. Los Escolásticos del Mandato afirman revivir la vida de Seswatha, pero esto es sólo parcialmente cierto. De hecho, sólo soñamos partes, el largo trauma del Primer Apocalipsis. Todo lo que soñamos es el espectáculo. 'Seswatha', dice el viejo chiste del Mandato, 'no caga'. Faltan las banalidades -la sustancia de su vida-… Falta la *verdad* de su vida".

Todas las cosas que se olvidaron, se dio cuenta.

"Al principio, noté un cambio en el *carácter*, quizás, pero nada más. Una ligera diferencia de énfasis. Cuando el soñador se rehace, ¿no cambian también los sueños? Además, el espantoso espectáculo era simplemente demasiado abrumador como para preocuparse tanto. Cuando miles de personas gritan, ¿quién se detiene a contar los moretones de una manzana?

"Entonces sucedió: Soñé que él -Seswatha- se golpeaba el dedo del pie… Me quedé dormido, este mundo se replegó sobre sí mismo como siempre lo hace, y *su* mundo se levantó en su lugar. Yo era él, cruzando una lúgubre sala atestada de lo que parecían miles de pergaminos, murmurando, perdido en mis pensamientos, y me

golpeé el dedo del pie con el pie de bronce de un brasero… Fue como un sueño febril, de esos que viajan como un carro en círculo, sucediendo una y otra vez. Seswatha se golpea el dedo del pie".

Sin pensarlo, se había inclinado hacia delante y se había agarrado a la punta de su pie resbaladizo de fieltro. El cuero estaba caliente como el fuego. Mimara se limitó a mirarle, con los ojos plácidos sobre unas mejillas de huesos finos, con un aspecto que parecía el pasado, como *si estuviera* mirando por encima del humo de un fuego más duro. Otra oyente abyecta. O bien guardaba silencio por irritación -quizá él había hablado demasiado tiempo o con demasiada dureza- o bien se mantenía en sus trece, comprendiendo que su historia era algo vivo y que, como tal, sólo podía juzgarse en su conjunto.

"Cuando me desperté por la mañana", continuó, "no tenía ni idea de qué hacer. No me pareció una revelación de ningún tipo, sólo una curiosidad. Siempre hay anomalías, ya ves. Si se tratara de Atyersus, podría mostrarte tomos enteros catalogando las diversas formas en que los Sueños fallan: las inversiones, sustituciones, alteraciones, corrupciones, y así sucesivamente. Más de un estudioso del Mandato se ha pasado la vida intentando interpretar su significado. Códigos numerológicos. Comunicaciones proféticas. Interferencias etéreas. Es una obsesión fácil, teniendo en cuenta el sufrimiento que conlleva. Al final no convencen a nadie, salvo a ellos mismos. Tan malos como los filósofos.

"Así que decidí que el sueño de golpearse el dedo del pie era *mío*. Seswatha nunca se golpeó el dedo del pie, me dije a mí mismo. Me golpeé el dedo del pie de mi sueño mientras soñaba que era Seswatha. Después de todo, ¡era *mi* dedo el que me dolía toda la mañana! Nunca ocurrió, me dije. En realidad no…

"Y, por supuesto, a la noche siguiente volvimos a los Sueños tal y como los conocíamos. De vuelta a la sangre, el fuego y el horror. Pasó un año, tal vez más, antes de que soñara otra banalidad: Seswatha regañando a un estudiante en una veranda con vistas a la Biblioteca de Sauglish. Descarté este sueño igual que el primero.

"Luego, dos meses después, soñé otra cosa trivial: Seswatha acurrucado en un scriptorium, leyendo un pergamino a la luz de las brasas…"

Se detuvo, aunque no sabía si para dejar que el significado se

asentara o para saborear el recuerdo. A veces las palabras se interrumpían solas. Pellizcó el dobladillo de su capa y enrolló la costura entre el pulgar y el índice.

Mimara pasó la hoja de su mano por la curva interior del cuenco para sacar lo último de sus gachas, como cualquier esclavo o casta. Era extraño, observó Achamian, la forma en que recordaba y olvidaba alternativamente sus modales *jnánicos*. "¿Qué era el pergamino?", preguntó, tragando.

"Una obra perdida", respondió, ausente de recuerdos. Parpadeó. "*La Parápolis* de Gotagga… El título no significa nada para ti, lo sé, pero para un erudito es nada menos que… bueno, un milagro. *La Parápolis* es una obra perdida, famosa, el primer gran tratado de política, referenciado por casi todos los escritores de la lejana Antigüedad. Fue uno de los mayores tesoros perdidos en el Primer Apocalipsis y *soñé con leerlo*, como Seswatha, sentado en los sótanos de la Biblioteca…"

Mimara se detuvo para dar una última pasada de su lengua por el borde del cuenco. "¿Y no crees que has inventado esto?"

La irritación matizó su risa. "Supongo que mi lengua es lo suficientemente afilada como para considerarme inteligente, pero no soy Gotagga, se lo aseguro. No. No. No había ninguna pregunta. Me desperté con una prisa loca, buscando pluma, piel y cuerno para poder rayar todo lo que pudiera recordar…"

Olvidada su comida, Mimara le observó con la misma astucia que había perfeccionado la belleza de su madre. "Así que los sueños eran *reales*…"

Asintió, entrecerrando los ojos al recordar el milagro que había sido aquella mañana. ¡Qué maravilla, qué revuelta sin aliento! Era como si la respuesta ya estuviera allí, totalmente formada, tan clara como el vapor que salía de su té matutino: Había empezado a soñar *fuera* del estrecho círculo de sus antiguos hermanos del Mandato. Había empezado a soñar la *vida mundana* de Seswatha.

"¿Y nadie", preguntó, "ningún escolásticos del Mandato, ha soñado estas cosas antes?"

"Pedazos tal vez, fragmentos, pero nada como esto".

Qué extraño había sido encontrar la revelación de su vida en las cosas pequeñas; él que había luchado con mundos moribundos. Pero entonces lo grande siempre se volvía sobre lo pequeño. A

menudo pensaba en los hombres que había conocido -los guerreros, o simplemente los obstinados-, en su envidiable capacidad para pasar por alto e ignorar. Era como una especie de analfabetismo deliberado, como si todos los momentos de pasión y duda poco viriles, todos los frágiles detalles que daban sustancia a sus vidas, estuvieran simplemente escritos en una lengua que no podían entender y que, por tanto, *necesitaban* condenar y menospreciar. Nunca se les ocurrió que despreciar las cosas pequeñas era despreciarse *a sí mismos, por no* hablar de la verdad.

Pero eso era la tragedia de todas las posturas.

"Pero, ¿por qué el cambio?", preguntó ella, con su rostro, un delicado óvalo que colgaba cálido e inmóvil contra las negras profundidades del bosque. "¿Por qué tú? ¿Por qué *ahora*?"

Había marcado estas preguntas en el pergamino muchas veces.

"No tengo ni idea. Tal vez sea el puto destino. Tal vez sea una feliz consecuencia de mi locura, pues uno no puede soportar lo que yo he soportado día y noche sin volverse un poco loco, te lo aseguro". La hizo reír parpadeando y moviendo la cabeza en forma caricaturesca. "Tal vez, al dejar de vivir mi propia vida, había empezado a vivir la suya. Tal vez algún tenue recuerdo, alguna chispa del alma de Seswatha, esté llegando a mí… Tal vez…"

Achamian parpadeó ante el quiebre de su voz y se aclaró la garganta. Las palabras podían elevarse, sumergirse y deslumbrar, y a veces incluso cruzarse con el sol. Cegar e iluminar. Pero la voz era diferente. Permanecía atada a la tierra de la expresión. No importaba cómo bailara, las tumbas siempre yacían bajo sus pies.

Con una fuerte respiración, dijo: "Pero hay una cuestión mucho más importante".

Se abrazó a las rodillas ante el estallido y el remolino del fuego, parpadeando lentamente, con una expresión más cuidadosa que impasible. Sabía cómo debía parecer, el desafío en su mirada, la actitud defensiva, la amenaza de castigar a los sustitutos. Parecía un viejo venenoso, cerrando sus razones en puños inciertos; lo sabía.

Pero si había juicio en sus ojos, él no pudo detectar nada de eso.

"Mi padrastro", dijo ella. "Kellhus es la pregunta".

Imaginó que debía de estar mirándola boquiabierto, embobado como un estúpido.

Le había hablado como si fuera una extraña, una inocente, cuando en realidad estaba unida a él desde la raíz. Esmenet era su madre, lo que significaba que Kellhus era su padrastro. Aunque lo había sabido, la importancia de ese conocimiento se le había escapado por completo. Por supuesto que sabía de su odio. Por supuesto que ella conocía los detalles de su vergüenza.

¿Cómo podía ser tan inconsciente? ¡El Dûnyaino era su padre! El *Dûnyaino*.

¿No la convertía instantáneamente en un instrumento de algún tipo? ¿Un espía consciente o involuntario? Achamian había visto a todo un ejército -una guerra santa- sucumbir a su temible influencia. Esclavos, príncipes, hechiceros, fanáticos, no importaba. El propio Achamian había entregado su amor, su esposa. ¿Qué oportunidad podía tener esta simple chica?

¿Qué parte de su alma era suya y qué parte había sido sustituida?

La miró y trató de alejar la flojera de su expresión.

"Él te envió, ¿verdad?"

Parecía realmente confundida, incluso consternada. "¿Qué? ¿Kellhus?" Lo miró fijamente, con la boca abierta y sin palabras. "¡Si su gente me encuentra, me arrastrarán a casa encadenada! Me arrojarían a los pies de mi puta madre, ¡*tienes* que creerlo!"

"Él te *envió*".

Algo, alguna nota de locura en su voz quizás, la hizo retroceder. "No estoy mintiendo..." Las lágrimas se agolparon en sus ojos. Una extraña media curva inclinó su cara hacia un lado, como si la apartara de golpes invisibles. "No estoy *mintiendo*", repitió con una intensidad de gruñido. Un tic estropeó sus rasgos. "No. Mira. Todo iba tan bien... ¡Todo iba tan bien!"

"Así es como funciona", se oyó decir a Achamian con una voz totalmente despiadada. "Esta es la forma en que te envía. Así es como *gobierna, desde* la oscuridad de nuestras propias almas. Si lo *sintieras*, lo supieras, eso significaría simplemente que hay un engaño más profundo".

"¡No sé de qué estás hablando! Él... él siempre ha sido amable..."

"¿Alguna vez te dijo que perdonaras a tu madre?"

"¿Qué? ¿Qué quieres decir?"

"¿Alguna vez te dijo la forma de tu propio corazón? ¿Dijo alguna vez palabras de alivio, palabras de curación, palabras que te ayudaron a verte a ti misma más claramente de lo que nunca te habías visto antes?"

"Sí… quiero decir, ¡no! Y sí… Por favor… ¡Las cosas iban tan…!"

Había una molienda en su aspecto, una ira que se había vuelto reptiliana con la edad. "¿Alguna vez te sentiste intimidada por él? ¿Te susurró algo: "Este hombre es más que un hombre"? ¿Y te sentiste gratificada, gratificada sin medida, por su mera ternura, por el mero hecho de su atención?"

Ahora temblaba mientras hablaba, temblaba ante los recuerdos, temblaba ante la desnudez de veinte años despojados. Parecía colgar en los bordes de su visión, las mentiras y las esperanzas y las traiciones, la sucesión de soles deslumbrantes y batallas bulliciosas.

"Akka…", decía. Tan parecido a su puta madre. "¿De qué estás hablando?"

"¡Cuando estuviste ante él!", rugió. "Cuando te *arrodillaste en su presencia*, ¿lo sentiste? ¿Hueco e inamovible, como si fueras a la vez humo y poseyeras los huesos del mundo? ¿La verdad? ¿Sentiste la *Verdad*?"

"¡Sí!", gritó ella. "¡Todo el mundo lo hace! *¡Todo el mundo!* ¡Es el Emperador-Aspecto! Es el Salvador. ¡Ha venido a salvarnos! ¡Viene a salvar a los Hijos de los Hombres!"

Achamian la miró atónito, con su propia vehemencia resonando en sus oídos. Por *supuesto que* era una creyente.

"Él te envió".



Era demasiado tarde, se dio cuenta, mirando la imagen de Mimara al otro lado del fuego. Ya había ocurrido. A pesar de todos los años transcurridos, a pesar de la violencia menguante de los Sueños, ella le había devuelto a los dientes de ayer. Contemplarla simplemente era saborear el polvo, la sangre y el humo de la Primera Guerra Santa.

Comprendió su mirada, ¿cómo no iba a hacerlo si la reconocía

tan fácilmente como la suya propia? Demasiadas pérdidas. Demasiadas pequeñas esperanzas negadas. Demasiadas traiciones a uno mismo. La mirada de alguien que entiende que el mundo es un juez malhumorado, que sólo perdona para que sus castigos sean aún más severos. Ella había sufrido un momento de debilidad cuando lo había visto bajar las laderas con comida; él podía verlo ahora. Se había dejado llevar por la esperanza. Su alma había tomado la gratitud de su cuerpo y la había hecho suya.

Él la creyó. No era una esclava voluntaria. En todo caso, le recordaba a los Scylvendi, a un alma a la vez fuerte y maltratada hasta ser irreconocible. Y se parecía tanto a su madre…

Era precisamente el tipo de esclava que Kellhus le enviaría. En parte, una cifra. Parte opiácea.

Alguien a quien Drusas Achamian podría llegar a amar.

"¿Sabías que yo estaba allí cuando él llegó por primera vez a los Tres Mares?", dijo, abordando el silencio de los bosques oscuros y las llamas crujientes. "No era más que un mendigo que reclamaba sangre principesca, ¡y con un Scylvendio como compañero nada menos! Yo estaba allí desde el principio. Fue *mi espalda la que* rompió escalando hacia el poder absoluto".

Se frotó la nariz, respiró hondo como si se preparara para la zambullida. No dejaba de parecerle extraño, los arrebatos del cuerpo y sus ansiedades.

"Kellhus", dijo, pronunciando el nombre a la antigua usanza, con las entonaciones de la familiaridad y la confianza irónica. "Mi alumno… Mi amigo… Mi profeta… Fue mi esposa la que robó…

"Mi mañana".

La miró fijamente, desafiándola a hablar de nuevo. Ella se limitó a parpadear y a retorcerse como si quisiera ajustar su posición. Él pudo ver cómo tragaba saliva tras la línea de sus labios.

"Lo único", continuó, con la voz desgarrada por las pasiones encontradas. "Lo único que me llevé de mi vida anterior fue una simple pregunta: ¿Quién es Anasûrimbor Kellhus? ¿*Quién*? "

Achamian se quedó mirando el lecho de brasas que latía bajo la madera ennegrecida, hizo una pausa para dar a Mimara la oportunidad de responder, o eso se dijo a sí mismo. La verdad era que pensar en su voz le hacía estremecerse. La verdad era que su historia se había convertido en una confesión.

"Todo el mundo sabe la respuesta a esa pregunta", aventuró ella, hablando con una delicadeza que confirmó sus temores. "Es el Emperador-Aspecto".

Por supuesto que lo diría. Incluso si no hubiera sido la hija adoptiva de Kellhus, habría dicho precisamente lo mismo. Querían que fuera simple, creyentes. "¡*Es lo que hay*! ", gritaban, despreciando la posibilidad de otros ojos, otras verdades, pasando por alto su propia y escandalosa presunción. "*Dice lo que dice*", dicho con una convicción que era en sí misma insinceridad. Ridiculizaban las preguntas, por temor a que pusieran de manifiesto su ignorancia. Luego se atrevieron a llamarse "abiertos".

Este era el hábito de hierro de los Hombres. Esto era lo que los encadenaba al Emperador-Aspecto.

Sacudió la cabeza con una lenta deliberación. "La pregunta más importante que puedes hacer a cualquier hombre, niña, es la de *su origen*. Sólo sabiendo lo que un hombre ha sido puedes esperar decir lo que será". Hizo una pausa, acortada por un viejo hábito de vacilación. Qué fácil era esconderse en sus viejas y pedantes rutinas, recitar en lugar de hablar. Pero no importaba cuán lanosas fueran sus abstracciones, siempre se enredaban en las mismas particularidades que tan involuntariamente trataba de evitar. Siempre había sido un hombre que quería divagar, sólo para encontrarse sangrando en el nudo.

"Pero todo el mundo sabe la respuesta a esa pregunta", dijo con el mismo cuidado que antes, "Kellhus es el Hijo del Cielo". ¿*Qué otra cosa podría ser*? preguntaron sus ojos demasiado brillantes.

"Sin embargo, es de carne y hueso, nacido de la semilla de un padre y del vientre de una madre. Fue criado. Fue enseñado. Fue enviado al mundo..." Levantó las cejas como si dijera algo crucial pero universalmente pasado por alto. "Así que dime, ¿dónde ocurrió todo esto? ¿*Dónde*? "

Por primera vez, parecía, vislumbró una duda real royendo su mirada. "Dicen que era un príncipe", comenzó ella, "que viene de Atrith..."

"No viene de Atrithau", espetó Achamian. "Lo sé por la autoridad de un hombre muerto".

El Scylvendi. Cnaiür urs Skiötha. Como siempre, las palabras del hombre volvieron a él: «*¡Con cada latido luchan contra la*

circunstancia, con cada aliento conquistan! Caminan entre nosotros como nosotros caminamos entre los perros. Aullamos cuando arrojan las sobras, y gimoteamos cuando levantan las manos… ¡Nos hacen amar!».

Ellos. Los Dûnyainos. La tribu del Emperador-Aspecto.

"¿Pero qué hay de su línea de sangre?" preguntó Mimara. "¿Estás diciendo que su nombre es falso también?"

"No… *Es* un Anasûrimbor, lo reconozco, las coincidencias se apilarían demasiado si no fuera así. Esa es nuestra única pista".

"¿Cómo es eso?"

"Porque significa que la cuestión de su lugar de nacimiento es la cuestión de dónde podría haber sobrevivido la Línea Anasûrimbor".

Parece que lo ha considerado. "Pero si no es Atrithau, ¿dónde? El Norte está más que arruinado, más que salvaje, o eso dicen siempre mis tutores. ¿Cómo podría alguien sobrevivir con… *ellos*?"

A ellos. Los Sranc. Achamian pensó en las multitudes, arañando la tierra con frustración, vomitando borbotones de tierra en ausencia de miembros protectores, estampando y aullando, estampando y aullando a través de las interminables extensiones.

"Exactamente", dijo. "Si la Línea iba a sobrevivir, tenía que ser dentro de un refugio de algún tipo. Algo secreto, oculto. Algo levantado por los Altos Reyes Kûniüricos, antes del Primer Apocalipsis…"

«*¡Entonces escucha!*», gritó el Scylvendi. «*Durante miles de años se han ocultado en las montañas, aislados del mundo. Durante miles de años se han reproducido y sólo han dejado vivir a los más inteligentes de sus hijos. Dicen que conoces el paso de las eras mejor que nadie, hechicero, así que ¡piensa en ello!* Miles de años… *hasta que nosotros, hijos naturales de verdaderos padres, nos hemos convertido en poco más que niños para ellos*».

"Un santuario".

Achamian sabía que estaba hablando con demasiada desesperación, aunque medía sus palabras como las madres hambrientas que se reparten la mantequilla. Esas palabras no podían llegar con la suficiente lentitud. *¿El Emperador-Aspecto es un mentiroso?* Su rostro estaba inexpresivo a la manera de los ofendidos, cuya réplica permanecía embotellada por el miedo a

desatar demasiadas pasiones. El ojo y el oído de su alma clamaban por ella: *¡Viejo loco celoso! ¡La ha robado*, Esmenet! *Ese es el resumen de tu patético caso contra él. ¡Te robó la única mujer que has amado! Y ahora sólo anhelas su destrucción, verle arder, aunque todo el mundo sea yesca…*

Respiró profundamente, se apartó del fuego, que de repente pareció picarle con su calor. Decidió rellenar su pipa, pero sólo pudo apretar los puños contra los temblores.

Me tiemblan las manos.



Su voz se vuelve más aguda. Sus gesticulaciones se vuelven más salvajes. Su discurso desarrolla un salvajismo inmovilista que lo hace difícil de observar e imposible de contradecir.

Su corazón se alegra al principio, seguro de que él ha cedido. Pero el *tono* de su voz le dice rápidamente lo contrario. El entusiasmo. La ironía de sus observaciones, como si dijera: "*¿Cuántas veces?* La forma de hablar de la gente es algo atado, tan lejos de ser libre como un esclavo o un caballo. El lugar lo ata. La ocasión la ata. Pero sobre todo, la dominan otras personas; la sombra de los nombres se esconde en cada palabra pronunciada. Y cuanto más habla, más se da cuenta Mimara de que está hablando con alguien que no es ella…

A Esmenet.

La ironía escuece por alguna razón. Ella lo había tomado por su padre, y ahora él la toma por su madre. *Está loco… loco igual que yo*.

El Mago no es tanto su padre, se da cuenta, como su *hermano*. Otro hijo de Esmenet, casi tan roto y tan traicionado.

Se ha equivocado con él en todos los sentidos, no sólo en lo que se refiere al comportamiento y la apariencia. Su madre lo calificó de erudito y místico, alguien que pasó su exilio perdido en investigaciones arcanas. Mimara ha leído lo suficiente sobre brujería como para saber la importancia de los significados, que la pureza semántica es la perenne obsesión de un Escolástico. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Como él le explica, *no le importa* la Gnosis, ni siquiera como herramienta. Se ha retirado de

los Tres Mares por desamor, eso es cierto. Pero la *razón*, la regla que hace que su vida sea racional a sus propios ojos, es la simple venganza.

La verdad de Anasûrimbor Kellhus, insiste, se encontraba en el secreto de sus orígenes, en el secreto de algo llamado los Dûnyainos. "¡Los Scylvendios fueron su error!" grita Achamian, con los ojos desorbitados por las pasiones desordenadas. "El Scylvendio sabía lo que era. *¡Dûnyaino!*" Y el secreto del Dûnyaino, afirma, aunque Mimara comprende al instante que esto es poco más que una esperanza, se encontraba en el detalle de la vida de Seswatha.

Sus sueños. Sus sueños se han convertido en el vehículo de su venganza. Aquí, en el límite de la naturaleza, ha dedicado todos sus esfuerzos a descifrar sus humeantes secuelas. Durante veinte años ha trabajado, cartografiando, elaborando inventarios meticulosos, rebuscando entre los escombros, el detritus de la antigua vida de un hechicero muerto, en busca de la aguja de plata que vería vengadas sus injusticias.

Es algo más que una tontería; es la obsesión de un loco, a la altura de esos ascetas que se golpean con cuerdas y pedernales, o que no comen más que pieles de buey cubiertas de escritos religiosos. ¡Veinte años! Cualquier cosa que pueda consumir tanta vida simplemente tiene que estar trastornada. Sólo la arrogancia…

Su odio hacia Kellhus le parece comprensible, aunque ella misma no guarda ningún rencor a su padrastro. Apenas conoce al Emperador-Aspecto, y las escasas veces que se encontró a solas con él en las Cumbres Andiamine -dos veces- le pareció radiante y trágico a la vez, tal vez el alma más inmediata y evidente que había encontrado.

"*Crees que la odias*", le dijo una vez, refiriéndose a su madre, por supuesto.

"*Sé que lo hago*".

"*No hay conocimiento*", había respondido, "*a la sombra del odio*".

Ahora, observando y escuchando a este anciano, cree entender esas palabras. Encerrado en su torre desolada, atrapado entre las orillas de su alma, ¿cómo podría Achamian no reunir las dos grandes corrientes de su vida? Sus sueños y su odio. Contenidas demasiado tiempo en demasiado poco espacio, ¿cómo no iban a

enredarse en una sola corriente turbulenta? El resentimiento es la inacción, pasar por la vida actuando de manera indistinta a los que no guardan rencor. Pero el odio proviene de una tribu más salvaje, mucho más violenta. Incluso cuando no puede golpear, golpea de todos modos. Hacia adentro, si no hacia afuera, como si esas cosas tuvieran dirección. Odiar, sobre todo sin recurrir a la venganza, es asediarse a sí mismo, matarse de hambre hasta comerse a los suyos, y luego poner coronas de culpa a los pies del acusado.

Sí, ella lo decide. Drusas Achamian es su hermano.

"Así que todo este tiempo", dice ella, atreviéndose a hablar en uno de los pocos silencios que él le concede, "has estado soñando su vida, catalogándola, buscando pistas sobre el origen de mi padrastro…

"Sí".

"¿Qué has encontrado?"

La pregunta le choca; eso es evidente. Se pasa los dedos con garras por su gran y canosa barba. "Un nombre", dice finalmente con el hosco resentimiento de quien se ve obligado a admitir la desproporción entre sus alardes y su bolsillo.

"¿Un nombre?" Casi se ríe.

Una larga mirada agria.

Se recuerda a sí misma que debe tener cuidado. Su instinto, teniendo en cuenta todo lo que ha soportado, es impacientarse con los engreimientos de los demás. Pero necesita a este hombre.

Una mirada interior de concentración, luego dice: "Ishuäl".

Casi lo susurra, como si se tratara de un frasco que contiene furias, algo que podría ser abierto por una lengua descuidada.

"Ishuäl", repite ella, simplemente porque su tono parece exigirlo.

"Proviene de un dialecto no-hombre", continúa. "Significa 'Gruta exaltada' o 'Alto lugar oculto', según la traducción literal".

"¿Ishuäl? ¿Kellhus es de Ishuäl?"

Le molesta, se nota, oírla referirse a su padrastro como tal, como alguien conocido.

"Estoy seguro de ello".

"Pero si es un lugar oculto…"

Otra mirada agria. "No tardará mucho", murmura con displicencia de anciano. "Ahora no. Ya no. Seswatha… Su vida se está abriendo… No sólo las cosas pequeñas, sino *también los*

secretos".

Una vida pasada minando la vida de otro, ponderando destellos de tedio a través del lente del santo y apocalíptico presagio. ¡Veinte años! ¿Cómo puede esperar equilibrar las proporciones? Si se hurga en la suciedad el tiempo suficiente, *se* premian las piedras.

"Como si cediera", se obliga a decir.

"¡Exactamente! Sé que parezco una loca por decirlo, pero es casi como si *lo supiera*". Le resulta difícil asentir, como si la lástima se hubiera apoderado de la bisagra de su cuello y su cráneo. ¿Qué reservas de determinación se necesitan? Pasar tanto tiempo inmerso en una tarea no sólo carente de cualquier beneficio tangible, sino sin ninguna medida apreciable de progreso, ¿cuánto requeriría? Año tras año, luchando con lo imperceptible, exprimiendo la esperanza del humo y la media memoria. ¿Qué profundidad de convicción? ¿Qué tipo de perseverancia?

Ciertamente, ninguno de los cuerdos posee.

Rostros. Toda conducta es cuestión de llevar las caras adecuadas. El burdel se lo enseñó, y las Cumbres Andiamine no hicieron más que confirmar la lección. Es como si las expresiones ocuparan varias posiciones, una advertencia aquí, un saludo allá, con la distancia entre ellas medida por la dificultad de forzar una cara de la otra. En este momento nada parece tan difícil como exprimir la piedad en la apariencia de un ávido interés.

"¿Ningún otro Escolástico del Mandato ha experimentado algo así?" Ya lo ha preguntado, pero vale la pena repetirlo.

"Nada", responde, con el rostro y la postura fieles a su fragilidad. Se ha encogido en la cáscara de pieles que lo viste. Parece tan solo como él, e incluso más aislado. "¿Qué puede significar?"

Ella parpadea, extrañamente ofendida por esta muestra abierta de debilidad. Entonces sucede.

La Marca ya lo golpea, lo vuelve feo a la manera de las cosas desgarradas y desgastadas, como si sus bordes interiores hubieran sido pellizcados y retorcidos, pellizcados y retorcidos, su misma sustancia preocupada del tejido de las cosas mundanas. Pero, de repente, ve más, el matiz del juicio, como si la bendición y la condena se hubieran convertido en un lavado visible sólo con ciertos tipos de luz. Cuelga sobre él, *sangra* de él, algo palpable… el mal.

No. No es maldad. Maldición.

Está condenado. De alguna manera lo sabe con la certeza con la que los niños conocen sus manos. Sin pensar. Completo.

Está condenado.

Otro parpadeo, el ojo diferente se cierra, y vuelve a ser un viejo Mago. Las superficies iluminadas son tan impermeables como antes.

La pena la invade, abstracta y a la vez mareante, la resignación que se siente cuando las pérdidas superan a los números. Agarrando su manta, se pone en pie y se sienta en el frío suelo junto a él. Le mira con los ojos que conoce tan bien, la mirada que promete vagar por todas partes. Sabe que no tiene remedio, que es la ruina de lo que fue un hombre poderoso.

Pero también sabe lo que tiene que hacer: dar. Otra lección del burdel. Es tan simple, porque es lo que todos los locos anhelan, lo que anhelan por encima de todas las cosas…

Para ser creído.

"Te has convertido en un profeta", dice, inclinándose para el beso. Toda su vida se ha castigado con los hombres. "Un profeta del pasado".

El recuerdo de su poder es como un perfume.



Las recriminaciones vienen después, en la oscuridad. ¿Por qué no hay lugar tan solitario como la ranura sudada al lado de un hombre dormido?

¿Y al mismo tiempo, ningún lugar tan seguro?

Envolviendo su desnudez con una manta, se arrastra hasta el tenue lecho de carbón, donde se sienta, meciéndose entre los brazos apretados y los ásperos pliegues, tratando de alejar el recuerdo de la piel que patina, el jadeo de los esfuerzos del viejo. La oscuridad es total, tanto que el bosque y la torre horneada parecen pintados de brea. El calor del fuego destripado sólo agudiza el frío.

Las lágrimas no aparecen hasta que él la toca: una mano suave sobre su espalda, que cae como una hoja. La bondad. Esto es lo único que no puede soportar. La bondad.

"Hemos cometido nuestro primer error juntos", dice, como si fuera algo importante. "No lo volveremos a cometer".

Ningún bosque duerme en silencio, ni siquiera en una noche sin

viento. El tacto de las ramitas y las hojas, la presión de las ramas que se bifurcan, el barrido de las extremidades que se entrelazan sin cesar, incorporando más y más troncos bordeados, creando un laberinto de huecos, con sólo escarpes repentinos para interrumpirlos. De alguna manera, todo conspiraba para crear una oscuridad susurrante.

Las brasas tintinean como cristales lejanos.

"¿Estoy rota?", solloza. "¿Es por eso que huyo?"

"Todos llevamos cargas invisibles", responde él, sentado más detrás de ella que al lado. "Todos estamos encorvados de alguna manera".

"Te refieres a ti", dice ella, odiándose a sí misma por la acusación. "¡La forma en que estás doblado!"

Pero la mano no se retira de su espalda.

"El camino que debo seguir… debo descubrir la verdad, Mimara. Más que mi rencor depende de lo que hago".

Su bufido es convulsivo, flemático. "¿Qué diferencia habrá? Golgotterath será destruido en un año. Tu Segundo Apocalipsis habrá terminado antes de que empiece".

Las yemas de sus dedos se alejan.

"¿Qué quieres decir?", dice, con un tono ligero y quebradizo a la vez.

"Quiero decir que Sakarpus ya habrá caído". ¿Por qué lo odia de repente? ¿Fue porque ella lo sedujo, o porque él no se resistió? ¿O fue porque acostarse con él no supuso ninguna diferencia? Ella lo mira, sin poder o querer ocultar el triunfo de sus ojos. "Los planes estaban en marcha antes de que huyera de las malditas Cumbres. La Gran Ordalía marcha, anciano".

El silencio. El remordimiento se impone.

¿No lo ves? Algo grita dentro de ella. *¿No ves el veneno que traigo? ¡Golpéame! ¡Estrangúlame! ¡Paradme hasta la médula con vuestras preguntas!*

Pero, en cambio, se ríe. "Te has encerrado demasiado tiempo. Has encontrado tu revelación demasiado tarde".

CAPÍTULO CINCO

Momemn

> Mientras que la suerte es el giro de los acontecimientos en relación con la esperanza mortal, la Blanca Suerte es el giro de los acontecimientos en relación con el deseo divino. Adorarla es simplemente querer que lo que ocurra, ocurra.
>
> -ARS SIBBUL, SEIS ONTONOMÍAS

Principios de primavera, Año Nuevo Imperial 19 (Año del Colmillo 4132), Iothiah

Psatma Nannaferi estaba sentada en el polvo, meciéndose con sus oraciones susurradas, con su mano torcida extendida hacia el convoy de transeúntes. Aunque contaba sus sombras, se cuidaba de no sondear sus ojos, sabiendo que lo que les movía a dar, ya fuera compasión, la mordedura de la culpa o simplemente el miedo a una moneda desafortunada, debía ser suyo. Las benditas palabras de la Sinyatwa eran claras al respecto: "De la semilla al vientre, de la semilla al surco. La mano derecha no puede dar a la izquierda…"

Dar era perder. Era una aritmética con una sola dirección.

Este fue el milagro de la madre Ur, Yatwer, la diosa de la fertilidad y la servidumbre, que se movió por el mundo en forma de más y más y más. Una generosidad no pedida. Plenitud inmerecida.

Ella era el puro Don, la ruptura del ojo por ojo, el principio mismo del mundo naciente. Fue Ella quien hizo del tiempo carne.

Por eso Nannaferi se dio cuenta de que tenía que moverse. Cada vez más los talentos de cobre llegaban a la palma de su mano, en lugar de a los otros mendigos levantados a su lado. Cada vez más aterrizaban con un tintineo cómplice, una vacilación momentánea. Una joven, una esclava de Galeoth, incluso le dio una cebolla, susurrando: "Sacerdotisa-Madre".

Siempre ocurrió así, incluso en ciudades tan grandes como Iothiah. El corazón humano siempre se inclinaba por el intercambio. Aunque la gente conociera el propósito del Sermón del Mendigo, se sentía atraída por ella una vez que se extendía el rumor de su presencia. Sentían el pellizco de su ofrenda y suponían que eso la convertía en un regalo suficiente. Si se les preguntaba si intentaban comprar el favor de la Diosa, insistían en que sólo querían dar. Pero sus ojos y expresiones siempre gritaban lo contrario.

Una cosa tan extraña, dar, como si los brazos de los mendigos pudieran ser el equilibrio del mundo.

Así que Nannaferi se vería obligada a trasladarse, a encontrar algún lugar donde el anonimato pudiera garantizar la pureza de las ofrendas que recibía. Tomar de aquellos que buscaban dispensas era una especie de contaminación. Y lo que es más importante, no salvaba almas. Para los seguidores del Culto de Yatwer, la ignorancia era el camino real hacia la redención.

Se quitó el velo de su rostro viejo y deteriorado y guardó las monedas en su túnica de tela de saco. Como para verificar su conclusión, tres monedas más cayeron en el polvo ante ella, una de ellas de plata. El exceso de generosidad era siempre el signo de la codicia. Las dejó en sus pequeños cráteres oblongos. Sabía que otras sacerdotisas yatwerianas las habrían cogido, diciendo que no hay que malgastar ni desear, o alguna otra blasfemia trillada. Pero ella no era una de las otras: era Psatma Nannaferi.

Agarró su bastón y con los codos extendidos comenzó a levantarse…

Sólo para ser golpeada hasta las rodillas.

Comenzó como siempre, con un curioso zumbido en los oídos, como si las libélulas pulularan alrededor de su cabeza. Luego, el

suelo se agitó y se agitó como una tela arrojada sobre un pez, y aureolas de acuarela se agitaron alrededor de todas las formas vivas. Y *la vio*, aunque no pudo volverse para mirar, una mujer de sombra, espiralada en plata de sol, caminando donde todo y todos explotaban como urnas de arcilla, una silueta tan nítida que cortaba los ojos de lado. Una mano se extendió y presionó el lado de su cabeza encapuchada, irresistiblemente suave, forzando su mejilla hacia la tierra acre.

"*Madre*", jadeó.

La sombra la sujetó, como si la inmovilizara bajo aguas invisibles. "**Quédate quieta, niña**", dijo con una voz que se arrastraba como escarabajos desde el corazón de las cosas. Parecía que iba a abrirse, que su médula treparía y la envolvería en una piel más nueva.

"Tu hermano finalmente ha llegado. El Guerrero de la Blanca Suerte ha llegado".

La mano se inclinó sobre ella, una montaña que traga el sol.

"*¿Tan pronto*? "

"No, mi amor. En el día ungido".

Su cuerpo no era más que un cordel atado a un clavo de hierro infinito, un rabo de lana que temblaba en un viento de otro mundo.

"*¿Y el D-Demonio*? "

"Será conducido a su perdición".

Entonces el rugido se desvaneció, aspirado como el humo del tazón de opio. Las calles se convirtieron en un muro de curiosos, poblado por vendedores, carreteros, rameras y soldados. Y la sombra se convirtió en un hombre, un noble de la casta Nansur por su aspecto, con ojos preocupados pero amables. Y la mano era la suya, que le frotaba la mejilla con viruela como se masajea un miembro dormido.

No teme tocar…

"Está bien", decía. "Estabas agarrotada, pero se te está pasando. ¿Cuánto tiempo has sufrido la enfermedad de las caídas?"

Pero ella lo ignoró, y a todos los demás. Apartó las manos que se cernían sobre ella. Cuando se puso en pie, se golpeó con el bastón.

¿Qué sabían de *dar*?

La ciudad de Iothiah era antigua. Quizá no tan antigua como Sumna, pero sí mucho más que los Mil Templos. Al igual que el Culto de Yatwer.

El recientemente construido Templo de Chatafet, en el noreste de la ciudad, era el lugar donde la mayoría de los fieles de Iothiah se congregaban para adorar, llorar y celebrar. Según todos los indicios, era uno de los templos yatwerianos más exitosos de los Tres Mares, reforzado por el creciente número de conversos entre lo que había sido, hasta la Primera Guerra Santa, una población mayoritariamente pagana. Pero para los iniciados en los grandes misterios del Culto, era poco más que un punto de orgullo administrativo. La verdadera importancia de Iothiah residía en el laberinto funerario de las Catacumbas de Ilchara, la gran Tumba de los Muertos.

El antaño afamado Templo de Ilchara había sido destruido por los paganos Fanim, y su mármol y piedra arenisca habían sido saqueados durante siglos. Ahora era poco más que un hueco en la red de viviendas que lo rodeaban. Todo lo que quedaba eran montones de grava cubiertos por el hielo del desierto. Aquí y allá, los bloques desgarrados se alzaban pálidos como el hielo entre los mechones de hierba. Las huellas de arena marcaban los caminos recorridos por generaciones de niños que jugaban. Si no fuera por los estandartes negros cosidos con el signo sagrado de Yatwer -una hoz de la cosecha que era a la vez un vientre embarazado- nada inmediato lo habría identificado como tierra sagrada.

Psatma Nannaferi condujo a sus hermanas a través de un montículo cubierto de flores hacia la entrada de la catacumba. Sus pies calzados con sandalias se movían entre las hierbas, añadiendo una extraña melancolía a su esporádica conversación. Nannaferi no dijo nada, concentrada en mantener la cabeza alta a pesar de su espalda encorvada. Parecía que llevaba su revelación en lugar de los vestidos de seda negra de su estación sagrada, tan palpable se había vuelto. Podía sentirlo ondear a su alrededor en vientos que sólo las almas podían navegar. Un atuendo inmortal. Estaba segura de que los demás lo vislumbraron, aunque sus ojos permanecieran ignorantes. Miraron más de lo que debían, más rápido de lo que debían, las valoraciones de reojo de los envidiosos y los sobrecogidos.

Incluso con sus cicatrices y su diminuto tamaño, Nannaferi era y siempre había sido imponente, una voluntad de roble entre corazones de balsa. En su juventud, las sacerdotisas mayores nunca dejaban de pasarla por alto cuando repartían las reprimendas que utilizaban para confirmar su posición de superioridad. A otras las regañaban y azotaban, pero siempre pasaban por alto a la "chica de la viruela de Shigeki", como la llamaban, en silencio. Por pequeña que fuera, parecía un peso demasiado grande para sus endebles redes. Algo en sus ojos, quizás, que siempre parecían fijos en su punto de inflexión. O en su voz, cuyo filo impecable llamaba la atención sobre las grietas y los giros de la suya.

Gravitas, lo habrían llamado los antiguos Ceneianos.

Nadie se atrevía a odiarla, porque eso habría conllevado demasiada admisión. Y todos la respetaban, porque era la única entrada que permitía, la única forma de evitar asfixiarse con su mirada implacable. Así que ascendió por las jerarquías del Culto de Yatwer como una piedra que se deja caer entre los restos. En veinte cortos años, se convirtió en la Matriarca, la líder titular del Culto, respondiendo sólo al Shriah de Sumna. Catorce años después, fue declarada Madre-Suprema, un cargo prohibido cuando los Mil Templos pusieron en jaque a los Cultos hace mucho tiempo, pero mantenido en secreto durante casi dieciséis siglos.

Una amplia zanja se abría ante las sacerdotisas. Obligadas a bajar la rampa de tierra en fila india, se agolparon momentáneamente en el borde, desconcertadas por la delicada cuestión de la precedencia. Nannaferi los ignoró y llegó al fondo antes de que el primero de ellos se atreviera a seguirlas. Un grupo de hombres armados, miembros de la casta local elegidos por su celo fanático, se arrodillaron cuando ella se introdujo entre ellos. Miró a través de sus espaldas brillantes como el sol, asintió en señal de aprobación mientras cada uno murmuraba la invocación ritual, "*Hek'neropontah…*"

Regalista.

Regalista, en efecto, reflexionó en silencio. Un regalo que apenas podían comprender, y mucho menos creer.

Se detuvo ante la entrada y se arrodilló para probar la tierra de la diosa.

Aparte de excavar la antigua puerta, el Culto no había hecho

nada para deshacer el sacrilegio cometido por los paganos. Los saqueadores habían arrancado los paneles de mármol negro con los frisos que representaban a la diosa en sus distintas formas, la siembra, la labranza y la cosecha, y habían arrancado las serpientes de bronce que se enroscaban en las columnas laterales. Por lo demás, no se llevaron mucho más. Según la tradición local, los Fanim se habían resistido a entrar en las catacumbas, sobre todo después de que el Grandee encargado de cartografiar sus profundidades no regresara. Al parecer, el propio Padirajah había ordenado sellar el lugar, llamándolo en su lengua maldita *Gecca'lam*, o Foso de la Demonia.

Eran tan desgraciados como los locos, los paganos, y tan merecedores de piedad, sus delirios eran tan profundos. Pero una cosa, al menos, vieron con admirable claridad.

Había que temer a la Diosa.

Incluso las Escrituras Mayores, la *Higarata* y *la Crónica del Colmillo*, daban poca importancia a la Diosa, tan borrachos estaban los poetas de virtudes masculinas. La razón era bastante obvia: Yatwer, más que ninguno de los Cien, celebraba a los pobres y a los débiles, ya que eran los cultivadores y los hacedores, las multitudes trabajadoras que llevaban a la casta-nobleza como una baba asquerosa sobre sus espaldas. Sólo ella los celebraba. Sólo ella levantó sus manos para concederles una segunda vida más sombría. Celebrada y vengada.

Se decía que hasta su hermano Guerra la temía. Incluso Gilgaöl se encogió ante la mirada sangrienta de Yatwer.

Y bien que debería.

Plantando su bastón ante ella, Psatma Nannaferi se adentró en la sombra de los antiguos dinteles de arenisca. Entró en el vientre mundano de la Madre Ur, descendió a la compañía de sus hermanas muertas hace tiempo.



El cementerio subterráneo se extendía por debajo de los cimientos en ruinas de su templo homónimo, con un nivel que giraba por debajo del nivel, formando un vasto tambor de tierra. La luz de la linterna revelaba una serie interminable de nichos con

bóvedas de ladrillo, cada uno de ellos repleto de urnas, algunas tan antiguas que la escritura que llevaban no podía leerse. Durante miles de años, desde los días de la Antigua Dinastía, las cenizas de las sacerdotisas de Yatwer habían sido traídas aquí para dormir en comunidad sagrada.

El vientre de los muertos.

Psatma Nannaferi pudo percibir el asombro de sus hermanas sacerdotisas. Se arrastraban tras ella en pequeños y solemnes grupos, las jóvenes ayudando a las mayores, las asombradas caminando en una especie de estupor, como si acabaran de darse cuenta de la verdad de su vocación y vieran su falsa piedad como la vanidad que era. Sólo la perra que se hizo pasar por el Oráculo de Chalfantic, Vethenestra, se atrevió a mostrar su aburrimiento. Que el cielo no permita que un oráculo no lo haya visto todo.

Toma, toma, toma. Era una maldad, una *contaminación*, que no tenía límites.

Era la esencia misma del demonio.

Nannaferi se aferró a esta pasión mientras los guiaba hacia el vacío que era la Sala Charnal. Su ira media, como la llamaba a veces, donde su juicio ardía lo suficiente como para chamuscar los corazones de los débiles. Todo era pecaminoso, todo era responsable; ésta era simplemente la verdad de un mundo revuelto y desordenado. La Diosa era el exceso, la Diosa era el desierto, sólo golpeado con la azada y el arado en la alimentación del mundo. Nannaferi era la azada. Nannaferi era el arado. Y antes de que estos procedimientos enterrados se completaran, sus hermanas se encontrarían desbrozadas y labradas… tierra fértil para el Guerrero de la Blanca Suerte.

No había vanidad en su tarea. La Diosa la había convertido en la regla con la que se mediría el mundo, ni más ni menos. ¿Quién era Nannaferi para animarse o enorgullecerse de ello, y mucho menos para cuestionar el por qué y el para qué? El cuchillo, como decía el refrán de Galeoth, no era más grande para el desollado.

Sólo que más bañado en sangre.

Les dijo que distribuyeran sus linternas por todo el hueco abovedado, y luego les indicó que tomaran asiento alrededor de la inmensa mesa de piedra en el corazón de la cámara: la legendaria Mesa Golpeada, donde la propia Ur-Madre había castigado una vez

a sus hijas descarriadas. Nannaferi ocupó el lugar de la diosa, de modo que las grietas que surcaban sus antiguos planos irradiaban desde su pecho marchito. Una fisura parecía bifurcarse y surcar su camino hacia cada una de sus hermanas, lo cual era bueno, pensó, pues ella sería la luz que revelaría las fracturas de todas ellas.

Sentada perfectamente inmóvil, esperó pacientemente a que se desvanecieran las últimas conversaciones. Varios de los presentes acababan de llegar del otro lado de los Tres Mares; había más que unas cuantas viejas enemistades y amistades aquí, interrumpidas por citas en el extranjero. Como la amistad era uno de los dones más bendecidos de la Diosa, toleró sus bromas. Sabía que era raro encontrarse en compañía de compañeras cuando se llegaba a las más altas esferas del Culto. La soledad era siempre el frío precio de la autoridad, y eso se notaba en esas mujeres. Eleva, en particular, parecía desesperada por hablar.

Pero el manto de enormidad no tardó en silenciarla. Pronto los doce se sentaron con la misma rígida austeridad que su Madre-Suprema: el Oráculo y las once Sumas Sacerdotisas del Culto. Todos, excepto la Matriarca, Sharacinth, un hecho que nadie podría haber pasado por alto.

"Sólo una vez desde la época de los paganos", dijo Nannaferi, con la voz ahumada por la edad, "se ha convocado la Mesa de los Golpes. Muchos de vosotros estuvisteis aquí ese día. Fue un momento de alegría, de celebración, pues por fin el Culto había recuperado este lugar, el vientre terrenal de nuestra Gran Diosa, donde habita la larga fila de nuestras hermanas, que esperan su Segundo Nacimiento en el Exterior. En ese momento celebramos al Shriah y su Guerra Santa, pensando sólo en lo que podríamos recuperar. No vimos el Demonio que dormitaba en su vientre, que la poseería, la transformaría en un instrumento de opresión y *tiranía* blasfema".

Permitió que su indignación torciera esta última palabra.

"No hemos visto al Emperador-Aspecto".

Golpeó su bastón de acacia sagrada contra la mesa. Sus hermanas saltaron al oír el chasquido. Luego metió la mano en su vestido, cuyos pliegues de seda parecían casi húmedos donde se amontonaban contra las articulaciones dobladas de su cuerpo, y sacó una pequeña esfera de hierro, no más grande que un huevo de

paloma, rodeada de una escritura indescifrable. La levantó entre el pulgar y el índice, y la puso con cuidado sobre la mesa…

Un Chorae. Una Sagrada Lágrima de Dios.

Como si siguieran una lógica irresistible, las miradas de las mujeres se movieron en perfecto tándem desde el Chorae hasta su rostro. Que se dirigieran a ella de una forma tan escueta ya era un shock: Los Inaugurales, los ritos ceremoniales y las oraciones de iniciación, eran obligatorios en tales ocasiones. Ahora la miraban con total asombro. Estaban empezando a entender, observó Nannaferi con sombría satisfacción.

Su diosa se ciñe a la guerra.

"Pero primero", dijo, apoyando su mano derecha en el mango de su bastón, "debemos tratar el asunto de la bruja".

Con el Chorae ante ella, la implicación era clara: Se refería a *uno de ellos*.

Varios jadean. Maharta, la más joven (y una concesión política a Nilnamesh), gritó. Sharhild, con sus ojos de cerda y sus mejillas de rábano, lo observó con la expresión de insulsa estupidez que siempre utilizaba para ocultar su astucia. Vethenestra, por supuesto, asintió como si lo hubiera sabido siempre. ¿Qué clase de Oráculo sería si no?

Un silencio cayó sobre ellos, tan completo que parecía que podían oír respirar a las cenizas muertas.

"Pero Santa Madre", susurró Maharta. "¿Cómo puedes saberlo?"

Psatma Nannaferi cerró los ojos, sabiendo que serían globos de color carmesí cuando se abrieran.

"Porque la Diosa", murmuró, "me deja ver".

El clamor de los gritos. El tintineo de un taburete de piedra al caer. Eleva se puso en pie de un salto, con los brazos extendidos, los ojos y la boca blancos como el sol, el pelo y la túnica hirviendo en una tempestad intangible. Un extraño murmullo surgió de los arcos, de las paredes, de la circunferencia de todas las cosas vistas: una voz que arrugaba el pensamiento como si fuera papel. Sharhild se abalanzó sobre ella, sacando el cuchillo y apuñalándola, sólo para ser rechazada, arrojada como ropa sucia a un rincón. Paredes espectrales recorrieron la Sala Charnal, fantasmas de ladrillos ciclópeos. Los gritos resonaron en las profundidades del armario. Las sacerdotisas se revolvieron, se dispersaron. Las sombras se

retorcían sobre los goznes de las cosas.

El golpe del hierro sobre la madera. Una incandescencia cegadora. Un rugido de succión.

Los gemidos y los pequeños gritos de incredulidad se elevaron a través del hedor sulfuroso. Maharta sollozaba, agazapada bajo el alero de la Mesa Golpeada. "¡Eleva!", gritó alguien. "¡Eleva! "

"Lleva días muerta", escupió Nannaferi. Sólo ella no se había movido. "Tal vez más tiempo".

El bastón le hormigueaba en las manos, como si aún temblara por el impacto. Con él, se acercó a la bruja caída y miró la estatua de sal agrietada en el suelo. Una chica anónima, siempre congelada en un blanco ansioso y arrogante. Pechugona. Improbablemente joven.

Con un gemido involuntario, Nannaferi se arrodilló para recuperar su Chorae del suelo empolvado. Su bendita Lágrima de Dios.

"Nos cazan con brujas", dijo ella, con su odio caldeando su voz. "¿Qué mayor prueba podríamos tener de su depravación?"

Brujas… La Escuela de Swayal. Otra de las muchas blasfemias del Emperador-Aspecto.

Pasaron varios latidos aturdidos antes de que sus hermanas se recompusieran. Dos de ellas ayudaron a Sharhild a volver a su asiento, elogiando la ferocidad y el valor de la vieja doncella Thunyeri. Otras se acercaron sigilosamente para ver a la bruja muerta que momentos antes había sido Eleva, nada menos que una de sus favoritas. Maharta seguía llorando, aunque había sido avergonzada por los bufidos. Vethenestra volvió a sentarse y lanzó miradas vacías de aprensión sobre la Mesa.

Entonces, como si volvieran a responder a una lógica colectiva, estallaron en preguntas y observaciones. El techo bajo y adintelado de la Sala Charnal resonó con exclamaciones de matrona. Al parecer, Vethenestra había soñado que esto sucedería hace quince días. ¿Significaba esto que el Shriah y los Mil Templos las escudriñaban? ¿O era obra de la emperatriz? Phoracia afirmó haber visto a Eleva tocar un Chorae no más de tres meses antes en Carythusal, durante las celebraciones del solsticio. Eso significaba que la bruja la había sustituido recientemente, ¿no es así? En algún momento cercano a la convocatoria secreta que todos recibieron…

Pero, ¿cómo puede ser eso? A menos que…

"Sí", dijo Nannaferi, con un tono de reconocimiento de la amenaza que despejó la sala de voces rivales. "El Shriah sabe de mí. Sabe de mí desde hace tiempo".

El Shriah. El Santo Padre de los Mil Templos.

El hermano del demonio, Maithanet.

"Me han tolerado porque creen que el conocimiento secreto es algo valioso. Acumulan conspiraciones como los mercaderes de casta hacen los libros de contabilidad, pensando que pueden controlar lo que pueden numerar."

Un momento de cara dura.

"¡Entonces estamos condenadas!" gritó bruscamente Aethiola. "Piensa en lo que les pasó a los Anagkianos…"

Cinco asesinos, convencidos de estar actuando el Destino, habían intentado asesinar a la Emperatriz el día del Arrodillamiento de su hijo menor. Había sido un fracaso y, sobre todo, un error garrafal, que había amenazado a todos los ortodoxos, independientemente de su culto. Los rumores sobre la venganza de la Emperatriz eran previsiblemente incoherentes: La matriarca anagkiana había sido desollada viva, o cosida en un saco con perros hambrientos, o estirada en una cuerda humana en el potro. Lo único cierto era que ella y todos sus subordinados inmediatos habían sido arrestados por los Caballeros Shrial, para no ser vistos nunca más.

Nannaferi negó con la cabeza. "Somos un Culto diferente".

No se trataba de una presunción vana. Con la posible excepción de Gilgaöl, ninguno de los Cien Dioses contaba con la simpatía masiva de la que gozaba Yatwer. Donde otros Cultos no se diferenciaban tanto de sus templos, estructuras de superficie que podían ser derribadas, los Yatwerianos eran como estas mismas salas, la Tumba de los Muertos, algo que no podía ser derribado porque era la tierra. Y al igual que las catacumbas tenían túneles, alcantarillas abandonadas de la Antigua Dinastía, que llegaban hasta las ruinas de la Biblioteca Sareótica, también poseían medios de gran alcance, innumerables puntos de entrada, ocultos y estratégicos.

Dondequiera que hubiera casta-menores o esclavos.

"Pero Madre-Suprema", dijo Phoracia. "Hablamos del *Emperador-Aspecto*".

Sólo el nombre era el argumento.

Nannaferi asintió. "El Demonio no es tan fuerte como crees, Phori. Él y sus seguidores más ardientes y fanáticos marchan en la Gran Ordalía, a medio mundo de distancia. Mientras tanto, todos los viejos agravios arden a través de los Tres Mares, esperando el viento que los haga arder". Hizo una pausa para tocar a cada una de sus hermanas con el hierro de su mirada. "Los ortodoxos están en todas partes, hermanas, no sólo en esta sala".

"Incluso los paganos se vuelven más audaces", dijo Maharta en apoyo. "Fanayal sigue eludiéndolos en el sur. Apenas pasa una semana sin que se produzcan disturbios en Nenciph-"

"Pero aun así", insistió Phoracia, "no *lo has visto* como yo. No tienes ni idea de su poder. *Ninguno* de vosotros lo sabe. *Nadie* sabe..." La anciana sacerdotisa se sorprendió a sí misma con una especie de sacudida sentada. Phoracia era la única de ellas mayor que Nannaferi, en ese punto en el que los achaques del cuerpo no podían sino filtrarse al alma. Cada vez más se olvidaba de su lugar, se excedía en sus palabras. La impertinencia intermitente de los adictos y agotados.

"Perdóname", murmuró. "Santa Madre. No quise insinuar..."

"Pero tienes razón", dijo Nannaferi con suavidad. "En efecto, no tenemos ni idea de su poder. Por eso os he convocado *aquí,* donde las almas de nuestras hermanas pueden ocultarnos de sus ojos de guadaña. No tenemos ni idea, pero no estamos solas. No como él está solo".

Dejó que estas palabras flotaran en el aire teñido de azufre.

"¡La Diosa!" siseó la vieja Sharhild. Una gota de sangre cayó de su cuero cabelludo a su frente, golpeando la piedra picada de la mesa. "Todos sabemos que Ella te ha tocado, Madre. Pero Ella también ha *venido a ti,* ¿no es así?" El temor en su voz acentuada superaba el asombro, parecía afinar la sensación de peso montañoso que emanaba del techo.

"Sí".

Una vez más, la Sala Charnal estalló en voces encontradas. ¿Fue posible? ¡Bendito acontecimiento! ¿Cómo? ¿Cuándo? ¡Bendito, bendito evento! ¿Qué dijo ella?

"¿Pero qué pasa con el Demonio?" llamó Phoracia por encima de las demás. Las hermanas se callaron, aplazando tanto su vergüenza

como su rango. "El *Emperador-Aspecto*", insistió la arrugada mujer. "¿Qué dice *ella* de él?"

Y ahí estaba, el hecho de su blasfemia, expuesto en la honestidad del alma embrollada de una anciana. Su miedo al Emperador-Aspecto había llegado a eclipsar todos los demás terrores, incluso los reservados a la Diosa.

Sólo se podía adorar en los ángulos sin miedo.

"Los dioses…" Nannaferi comenzó, luchando por expresar lo que era imposible en palabras. "Ellos no son como nosotros. No ocurren… de una vez…"

Con los ojos entrecerrados en una concentración fatua, Aethiola dijo: "Vethenestra afirma-"

"Vethenestra no sabe nada", espetó Nannaferi. "La Diosa no se mete con los tontos ni con los farsantes".

La Mesa Golpeada se quedó muy quieta. Todas las miradas siguieron la grieta errante que conducía al Oráculo de Chalfantic, Vethenestra, que se sentó en la postura tensa de alguien en guerra con su propio temblor. Que la Madre-Suprema se refiriera a cualquiera de ellos por *su nombre* ya era un desastre…

La mujer palideció. "S-Santa Madre… Si tuviera motivos para disgustarla…"

Nannaferi la miró como si fuera una urna rota. "Es la Diosa la que está disgustada", dijo. "Simplemente te encuentro ridícula".

"¿Pero qué he…?"

"Ya no eres el Oráculo de Chalfantas", dijo, con la voz reseca de pesar y resignación. "Lo que significa que no tienes lugar en esta mesa. Vete, Vethenestra. Tus hermanas muertas te esperan".

A Nannaferi le vino la imagen de su propia hermana, su gemela de la infancia, la que no sobrevivió a la viruela. En un instante, todo pareció pasar a través de ella, la risa chillona, la risa en los hombros, el silencio con los ojos llorosos. Y le dolía, de algún modo, saber que su alma había sonado alguna vez con esas notas de alegría. Le recordaba lo que le habían dado…

Y las pocas cosas que quedaban.

"¿Espe… esperan?" tartamudeó Vethenestra.

"*Vete*", repitió Nannaferi. Había algo en la forma en que sostenía su mano, una inflexión gestual desconcertante que implicaba un destino más que una dirección.

Vethenestra se puso de pie, con las manos apretando nudos de tela contra sus muslos. Sus primeros pasos fueron hacia atrás, como si esperara que la llamaran, o que la despertaran, ya que los miró con un regocijo picado y estupefacto, un rostro que había olvidado lo que era real. Se volvió hacia las negras fauces de la entrada. Cada una de ellas lo sintió, un apretón etéreo, un estrujamiento del aire vacío. Parpadearon con incredulidad, miraron con horror el asunto. Costillas de carmesí menstrual se enrollaban como humo en la oscuridad. Curvas brillantes que se retorcían en la nada.

Ajena, Vethenestra cruzó el umbral. Pero no se adentró en las sombras, sino que *salió de ellas*, como si no fuera más que su imagen, retorciéndose en direcciones indescriptibles para la vista, como un charco que se desvanece. En un momento dado era ella, y al siguiente ya no lo era.

Algo parecido a un discurso parecía traquetear en los rincones más allá de su oído, o tal vez era un chillido.

El silencio. El propio aire parecía animado. Los huecos excavados que las rodeaban, sala tras sala alveolada, zumbaban con el vacío, la muerte del espacio. Observando a sus hermanas, Nannaferi pudo ver cómo se aflojaba el último de sus ojos, la comprensión, el estar *debajo de* lo que habían vivido la totalidad de sus superficiales vidas. La *Diosa*, no el nombre con el que se azucaraban los labios, no la vaga presencia que hacía cosquillas a su vanidad o picaba el vientre de sus pecados, sino la *Diosa*, la Sangre de la Fertilidad, la monstruosa y eterna Madre del Nacimiento.

Aquí, prestando su furia a la oscuridad de la sangre.

Sin previo aviso, Maharta cayó de rodillas, presionando las mejillas llenas de lágrimas contra el suelo sucio. Luego todas se arrodillaron, todos silbaron o murmuraron oraciones.

Y Nannaferi habló al techo, con las manos torcidas extendidas. "Tus hijas están limpias, madre…

"Tus hijas *están limpias*".

Ahora estaban abatidas, mirándola con ojos maullantes, adoradores y horrorizados, pues ahora veían que su Diosa era *real*, y que Psatma Nannaferi era su hija elegida. Maharta la abrazó por los muslos y se inclinó para besar sus rodillas. Los demás se agolparon cerca, temblando de asombro y celo, y la Madre-Suprema apretó sus párpados sin pintar, saboreó la lluvia de sus suaves

toques, se sintió corpórea e incorpórea, como alguien invisible finalmente visto.

"Díganlo", dijo a sus hermanas, con la voz ronca por la pasión de dominar. "En susurros, hacedlo saber a vuestras congregaciones. Díganles que la Blanca Suerte se vuelve contra su glorioso Emperador-Aspecto".

Tuvieron que aceptar los regalos que se les dieron. Incluso aquellos que estaban más allá de su comprensión…

"Diles que la Madre envía a su Hijo".

O que los vería muertos.



Momemn…

A Kelmomas le gustaba fingir que el Recinto Sagrado, el jardín octogonal situado en el corazón de los Apartamentos Imperiales, era nada menos que el techo del mundo. Era bastante fácil, dada la forma en que las estructuras circundantes ocultaban la extensión de Momemn al oeste o la gran placa del Meneanor al este. Desde casi cualquier posición a lo largo de las columnatas o verandas que daban al Recinto, todo lo que se podía ver era el largo tumbo azul del cielo. Daba una sensación de altitud y aislamiento.

Contempló los sicomoros que reverdecían, cuyas copas cabeceaban bajo un viento helado que apenas le alcanzaba donde estaba sentado en el balcón. Los grandes y viejos árboles le fascinaban. Las líneas serpenteantes de los troncos se dividían en grandes ramas colgantes. Las hojas trinando como pececillos al sol. El vaivén arrítmico contra las nubes de vientre de hierro. Había una fuerza en ellos, una fuerza y una quietud, que parecían empequeñecer el fondo de columnas y paredes de mármol y espacios interiores sombríos apilados a tres pisos de altura.

Le gustaría mucho ser un árbol, decidió Kelmomas.

La voz secreta murmuró, como si propusiera soluciones poco convincentes a un aburrimiento que todo lo puede. Pero Kelmomas la ignoró y se concentró en el sonido del diálogo de su madre. Tumbado sobre el vientre y apretando la cara contra el frío pulido de las balaustradas, casi podía verla sentada en el borde de la Piscina Este, el único lugar donde el Recinto se abría a la extensión del Mar.

"*Entonces, ¿qué debo hacer?* ", decía. "*¿Moverme contra todo el Culto*?"

"*Me temo que Yatwer es demasiado popular*", respondió su tío, el Santo Shriah. "*Demasiado querido*".

"Los yatwerianos, *sí-sí*", dijo su hermana, Theliopa, a su manera cargada de saliva y palabras. "Las *cifras del censo de papá indican que unos seis de cada diez miembros de la casta asisten regularmente a algún tipo de rito yatweriano. Seis de cada diez. De lejos, el más popular de los Cien. Lejos. Lejos*. "

La pausa en la respuesta de mamá lo decía todo. No era tanto que vilipendiara a su propia hija -madre nunca podría odiar a la suya-, sino que no podía encontrar ningún reflejo de sí misma, nada obviamente humano. No había calidez alguna en Theliopa, sólo hechos apilados sobre hechos y una intensa aversión a todas las complejidades que sellan los intervalos entre las personas. La joven de dieciséis años apenas podía mirar a la cara de otra persona, tan profundo era su horror a toparse con una mirada.

"*Gracias, Thel*".

Su hermana mayor era como un miembro muerto, decidió Kelmomas, una extensión en el espacio insensible. Mamá se apoyaba en su intelecto sólo porque papá se lo había ordenado.

"*Recuerdo cómo era*", continuó la madre. "*Me estremece pensar cuántas monedas de cobre arrojé a los mendigos, pensando que podían ser sacerdotisas disfrazadas. La diosa del don…*" Una carcajada, a la vez dolorosa y lamentable. "*No tienes ni idea, Maitha, del bálsamo para el corazón que puede ser Yatwer…*"

Intrigado por los matices de ansiedad y melancolía en su voz, Kelmomas levantó la cabeza, apretada contra los postes de mármol hasta que le dolieron las mejillas. La vio, recostada en su diván favorito, poco más que una silueta de ojos llorosos contra la extensión vidriosa de la piscina. Parecía tan pequeña, tan frágil, que le costaba respirar…

Nos necesita, dijo la voz.

En ese momento llegó su niñera, Porsi, con su hermano gemelo, Samarmas. Poniéndose en pie con la facilidad de un niño pequeño, Kelmomas saltó de la veranda a la penumbra de la sala de juegos. La sonrisa de Samarmas devoraba su rostro angelical como siempre

lo hacía, convirtiéndolo en una lasciva versión infantil de un ídolo ajokliano. Porsi, con sus cicatrices de acné como manchas de vino moteadas, con sus dedos apoyados posesivamente en la maza dorada de su hermano, empezó a hablar inmediatamente con su voz de ahora-los-gemelos-están-juntos. "¿Te gustaría jugar *a la parasta*? ¿Te gustaría hacer eso? ¿O algo diferente? Oh, sí, ¿cómo podría olvidarlo? Estos chicos tan *fuertes* se están haciendo demasiado mayores para la parasta, ¿no? Algo bélico, entonces. ¿Sería mejor? ¡Ya sé! Kel, tú podrías ser la espada mientras Sammi hace de escudo..."

Ella seguía y seguía, mientras Kelmomas sonreía o se enfurruñaba o se encogía de hombros y la miraba a la cara y reflexionaba sobre todos los pequeños terrores que veía allí. Por lo general, él le seguía el juego, haciendo juegos de los que ella organizaba para los dos. Mientras jugaba a la parasta, modulaba sus rabietas a lo largo de días sucesivos, calibrando las variables que informaban la respuesta de ella. Descubrió que las mismas palabras podían hacerla reír o apretar los dientes de frustración, dependiendo de su tono y expresión. Descubrió que si se acercaba bruscamente a ella y le ponía la cabeza en el regazo, podía provocar niebla, incluso lágrimas en sus ojos. A veces, mientras Samarmas babeaba y murmuraba sobre algún juguete de marfil, él apartaba la mejilla del muslo de ella y le miraba fijamente a la cara de forma perezosa, oliendo los pliegues de su entrepierna a través de la bata. Ella siempre sonreía con adoración nerviosa, pensando -y él lo sabía porque de alguna manera podía verlo- que un pequeño dios la miraba desde su regazo. Y él decía cosas curiosas e infantiles que llenaban su corazón de asombro y maravilla.

"Eres igual que él", respondía de vez en cuando. Y Kelmomas se regocijaba, sabiendo que se refería a su padre.

Incluso los esclavos pueden verlo, decía la voz. Era cierto. Era capaz de sostener mucho más en la luz del ojo de su alma que la gente que le rodeaba. Nombres. Matices. La velocidad con la que baten sus alas varias aves.

Así, por ejemplo, lo sabía todo sobre la enfermedad que los médicos-sacerdotes llamaban Moklot, o los escalofríos. Sabía cómo simular los síntomas, hasta el punto de que podía engañar incluso al viejo Hagitatas, el médico de la corte de su madre. Sólo tenía que

pensar en ponerse febril, y se ponía febril. El temblor-temblor-temblor, bueno, hasta su hermano medio tonto podía hacerlo. Sabía que cuando le dijera a su Porsi que tenía calambres en las pantorrillas, ella iría corriendo a buscar su medicina, una oscura y nociva hoja del lejano Cingulat. Y sabía que no la encontraría en la enfermería, porque ¿cómo iba a hacerlo si estaba escondida bajo su propia cama? Así que él sabía que ella empezaría a buscar…

Dejándolo solo con su hermano gemelo, Samarmas.

"*¿Pero por qué, Maitha*? ", decía mamá. "*¿Están locos? ¿No pueden ver que somos su salvación*? "

"*Pero tú sabes la respuesta a esto, Esmi. Los propios cultistas no son ni más ni menos tontos que otros hombres. Sólo ven lo que saben, y sólo discuten para defender lo que aprecian. Piensa en los cambios que mi hermano ha provocado…*"

Porsi se iría durante mucho tiempo. Nunca se le ocurriría mirar debajo de su jergón porque nunca lo había colocado allí. Buscaría y buscaría, cada vez con ojos más la-la-grimosos, sabiendo que le pedirían cuentas.

Sonriendo, Kelmomas se sentó con las piernas cruzadas y contempló a su hermano, que tenía la cabeza hacia las alfombras granates, mirando a un dragón desde una perspectiva en miniatura. Aunque sus manos empequeñecían la cabeza desgastada por las palmas del dragón, parecía diminuto, como una estatuilla de piedra de jabón jugando con granos de arena elaboradamente tallados. Un príncipe imperial de juguete que se dedica a jugar con juguetes aún más pequeños.

Sólo la perezosa batalla entre el aburrimiento y el asombro en su expresión le hacía parecer real.

"*¿Así que este asunto de la Blanca Suerte*? ", preguntó la voz distante de su madre.

"*Suerte-Blanca-Suerte*", dijo Theliopa. Kelmomas casi podía verla meciéndose en su taburete, con las articulaciones crispadas, con las manos subiendo desde los codos hasta los hombros y luego de vuelta. "*Una creencia popular de origen culto-antiguo-antiguo-antiguo. Según Pirmees, la Blanca Suerte es una forma extrema de providencia, un Don de los Dioses contra la tih-tih-tiranía mundana*".

"Suerte-Blanca-Suerte", repitió Samarmas al unísono, y luego gorgoteó a su manera, de barbilla a barbilla. Kelmomas lo fulminó con la mirada, sabiendo que su tío, al menos, era totalmente capaz de escucharlo.

Como cualquiera que compartiera la sangre incendiaria de su padre.

"¿*Crees que no es más que un fraude interesado*? ", le preguntó su madre a su tío.

¿"*La blanca suerte"? Quizás*".

"¿*Qué quieres decir con 'quizás'*? "

Samarmas había entrado y salido del baúl de los juguetes, llevando varias figuras más, algunas de plata, otras de caoba. "Mamá", murmuró con una voz que no existe en el mundo, extrayendo la figura de una mujer fundida en plata aguileña. La acercó al vetusto dragón para que pudieran besarse. "¡Besos!", exclamó, con los ojos encendidos de asombro.

Kelmomas había nacido mirando el diluvio que era el rostro de su gemelo. Durante un tiempo, sabía, los médicos de su madre habían temido por él porque parecía que no podía hacer más que mirar a su hermano. Todo lo que recordaba eran las ráfagas de dolor y gratificación sibilante, y un hambre tan elemental que se tragaba el espacio entre ellos, soldando sus rostros en una sola alma. El mundo fue arrinconado a la periferia. Los tutores y los médicos habían zumbado desde los bordes, no tanto ignorados como pasados por alto por una criatura de dos cuerpos que miraba sin cesar a sus propios ojos inescrutables.

Sólo en su tercer verano, cuando Hagitatas, con una paciencia temblorosa pero implacable, hizo una letanía de la diferencia entre bestia, hombre y dios, Kelmomas pudo superar el tumulto que era su hermano. "Las bestias se mueven", decía el viejo médico. "Los hombres reflexionan. Los dioses hacen realidad". Una y otra vez. "Las bestias se mueven. Los hombres reflexionan. Los dioses hacen realidad. Las bestias se mueven..." Tal vez fue simplemente la repetición. Tal vez fue el tono paralizado, la forma en que su respiración deshizo la sustancia de sus palabras, permitiendo que se empaparan en los lugares intermedios, las líneas de corte de gemas. "Las bestias se mueven..." Una y otra vez, hasta que finalmente Kelmomas simplemente se volvió hacia él y dijo: "Los hombres

reflexionan".

Un parpadeo, y lo que era uno se había convertido en dos.

Simplemente… comprendió. En un momento no era nada, y en otro estaba mirando, no a sí mismo, sino *a una bestia*. Samarmas, se daría cuenta más tarde, era totalmente lo que más tarde vería al acecho en todas las caras: un animal, aullando, jadeando, lamiendo…

Un animal que, a causa de su sensibilidad no educada y de su pura inmediatez, lo había devorado, había hecho de su cráneo una guarida.

Un parpadeo, y lo que había absorbido se repelió de repente. Después, Kelmomas apenas podía soportar mirar el rostro carnavalesco de Samarmas. Había algo que le producía asco, no del tipo de muecas y miradas, sino del tipo de pellizcos en las paredes del estómago y lanzamiento de extremidades en una valla salvaje. Era como si su hermano llevara los intestinos por fuera. Durante un tiempo, Kelmomas quiso gritar en señal de advertencia cada vez que mamá colmaba a Samarmas de mimos y besos. ¿Cómo podía no verlo, el desenfundado de las cosas húmedas y brillantes? Sólo un instinto de secreto lo había mantenido en silencio, una voluntad, bruta y espontánea, de mostrar sólo lo que debía ser mostrado.

Ahora estaba acostumbrado, por supuesto. La bestia que era su hermano.

El perro.

"Hola, Sammi", dijo, luciendo la sonrisa de su madre. "Mira…"

Agachándose, colocó una sola palma en el suelo y levantó los pies en el aire. Sonriendo de arriba abajo, rebotó con una sola mano hacia él, desde la indiferente alfombra hasta el frío mármol.

Samarmas gorjeó de placer, se tapó la boca y señaló. "¡Bum-bum!", gritó. "¡Veo tu bum-bum!"

"¿No puedes hacer esto, Sammi?"

Samarmas apoyó la mejilla en su hombro y sonrió tímidamente. "Nada", concedió.

"*Los Dioses no vieron el Primer Apocalipsis*", decía el tío Maithanet, "*así que ¿por qué iban a ver el Segundo? Están ciegos ante el No-Dios. Son ciegos a cualquier inteligencia sin alma*".

De nuevo la imperceptible pausa antes de la respuesta de Madre. "*Pero Kellhus es un* Profeta… ¿*Cómo*…? "

"*¿Cómo puede ser cazado por los dioses*? "

Kelmomas se quedó boca abajo junto a su hermano, con los talones balanceándose por encima.

"¿No hay *nada que* puedas hacer, Sammi?"

Samarmas negó con la cabeza, todavía haciendo su gorgorito-risa-gorgorito ante la ridícula pose de su hermano.

"*Lord Sejenus*", decía Maithanet, "*nos enseñó a ver a los Dioses no como entidades en sí mismas, sino como fragmentos* del Dios. *Esto es lo que escucha mi hermano, la Voz-Absoluta. Esto es lo que ha renovado la Alianza de Dioses y Hombres. Tú lo sabes, Esmi*".

"*¿Así que estás diciendo que los Cien bien podrían estar en guerra con los designios del Dios-con su propia suma*? "

"*Sí, sí*", intervino Theliopa. "*Hay ciento ochenta y nueve referencias que se refieren a los extremos dispares de los Dioses y del Dios de los Dioses, dos del propio Tractado Sagrado. Porque son como los Hombres, acorralados por las tinieblas, haciendo la guerra a las sombras de no saben qué". Escolá-Escolásticos, treinta y cuatro, veinte. 'Porque yo soy el Dios, la regla de todas las cosas…*'"

Kelmomas bajó los pies para sentarse con las piernas cruzadas ante Samarmas, se acercó lo suficiente como para tocar las rodillas. "*Lo sé*", susurró. "Sé algo que puedes hacer…"

Samarmas se estremeció y sacudió la cabeza, como si hubiera escuchado algo demasiado extraordinario para creerlo.

"¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?"

"Piensa *en tu propia alma*", decía el tío Maithanet. "Piensa *en la guerra interior, en la forma en que las partes traicionan continuamente al todo. No somos tan diferentes del mundo en el que vivimos, Esmi…*"

"*Lo sé, ¡sé todo esto!* "

"¿Qué tal el equilibrio?" Dijo Kelmomas. "Sabes cómo *equilibrar*, ¿no?"

Momentos después, Samarmas se tambaleaba sobre la amplia barandilla de piedra del balcón, con espacios profundos que se balanceaban más allá y debajo de él. Kelmomas lo observaba desde

la sala de juegos, de pie justo detrás de la línea de luz solar que cruzaba el suelo, sonriendo como si estuviera asombrado por su habilidad y su atrevimiento. Las voces filtradas a distancia de su tío y su madre parecían caer del cielo.

"*El Guerrero de la Blanca Suerte*", decía su tío, "*no tiene por qué ser real. Los rumores por sí solos constituyen una terrible amenaza.* "

"*Sí, estoy de acuerdo. ¿Pero cómo se combaten los rumores?* "

Kelmomas casi podía ver el ceño simulado de su tío.

"*¿Cómo si no? Con más rumores*".

Los Samarmas gritaron en un susurro de triunfo. Brazos blancos como el algodón extendidos y agitados. Los dedos de los pies se flexionaban sobre una línea marmórea. Los sicomoros que se alzaban detrás, oscuros bajo los sombreros iluminados por el sol, se alzaban como si quisieran atrapar una caída más alta.

"*¿Y los yatwerianos*? ", preguntó la madre.

"*Convoca un consejo. Invita a la Matriarca en persona a las Cumbres Andiamine*. "

La caída y la inclinación repentinas. Las sacudidas estabilizadoras. Las pequeñas miradas de pánico corporal.

"*Sí, pero tú y yo sabemos que no es la verdadera líder del Culto*. "

"*Lo que podría funcionar a nuestro favor. Sharacinth es una mujer orgullosa y ambiciosa, a la que le molesta ser una figura decorativa*".

Pasos rápidos de recuperación. Los pies se deslizan sobre la piedra pulida. Una risa gorjeante atrapada en un trago ansioso y reflexivo.

"*¿Qué? ¿Sugieres que la sobornemos? ¿Ofrecerle hacerla Madre-Suprema*? "

"*Esa es una posibilidad*".

El esbelto cuerpo se doblaba en torno a un punto invisible, que parecía rodar de un lado a otro.

El aire circundante es profundo con la promesa de la gravedad.

"*Como Shriah tienes el poder de la vida y la muerte sobre ella*".

"*Por eso sospecho que sabe poco o nada de estos rumores, o de lo que planean sus hermanas*".

Ojos ávidos y exultantes. Manos que ciclan el aire. Una sonrisa sin aliento.

"*Eso es algo que podemos usar*".

"*En efecto, Esmi. Como dije, es una mujer orgullosa. Si pudiéramos inducir un cisma en el Culto…*"

Samarmas tambaleándose. Un pie descalzo, de color marfil brillante en el resplandor, saliendo de detrás del talón del otro, alrededor y hacia delante, con la suela descendiendo, presionando como un paño húmedo sobre la piedra. Un sonido como un sorbo.

"*Un cisma…*"

La sombra de un niño escorzada por el alto ángulo del sol. Manos extendidas que se agarran al aire libre. Pies y piernas que parpadean. Una silueta, suelta y tensa, cayendo a través de la sombra enrejada de la balaustrada. Un jadeo salpicado de saliva.

Pues nada.

Kelmomas se quedó parpadeando en el balcón vacío, ajeno al alboroto que se alzaba desde abajo.

Al igual que su padre, era capaz de contener mucho más en la luz de su ojo del alma que la gente que le rodeaba. Había sido así desde que Hagitatas le había enseñado la diferencia entre bestia, hombre y dios, desde que *apartó por* primera vez la mirada del rostro de su hermano. Las bestias se mueven, había dicho el viejo.

Los hombres reflexionan.

Así que conocía el amor y la adoración que le profesaban a Samarmas, sabía que haría cualquier cosa para cerrar el abismo de perspicacia y habilidad entre ellos. Y sabía con precisión dónde fijaban los guardias Pilarianos sus pies calzados con arena, dónde plantaban la culata de sus largas lanzas…

Los alarmas resonaron en el Recinto, con las garras puestas en el cielo. Soldados, sus voces marciales roncas de dolor y terror. El balbuceo vigilado de los esclavos.

Como si estuviera aturdido, Kelmomas se acercó a la barandilla de mármol y se inclinó sobre el punto donde había caído su hermano. Miró hacia abajo y vio a su hermano en un círculo de guardias acorazados, con los ojos en blanco, el brazo derecho enrollado como una cuerda y el torso crispado por el asta de la lanza que le atravesaba el costado.

El joven Príncipe Imperial tuvo cuidado de limpiar el aceite de

oliva de la barandilla. Luego aulló como debe hacerlo un niño pequeño.

¿Por qué? preguntó la voz. La voz secreta.

¿Por qué no me mataste antes?

Vio a su madre abrirse paso entre los guardias Pilarianos, escuchó su grito inconsolable. Vio cómo su tío, el Santo Shriah, la agarraba por los hombros mientras caía sobre su amado hijo. Vio a su hermana Theliopa, absurda en sus vestidos negros, acercarse con mística curiosidad. Vislumbró una de sus propias lágrimas cayendo, una gota líquida, cayendo, rompiendo sobre la mejilla floja de su gemelo.

Una cosa tan trágica. Se necesitaría tanto amor para curar.

"¡Mamá!", gritó. "*¡Mamáeeeeeee*!"

Los dioses hacen realidad.



Había tanto amor en el toque de un hijo.

La sala funeraria era estrecha y alta, revestida con líneas de azulejos Ainoni con dibujos azules, pero sin ningún otro adorno. La luz se filtraba en el aire como si fuera vapor. Los ídolos brillaban desde pequeños nichos, casi, pero nunca del todo olvidados. Incensarios dorados resollaban en los rincones, expulsando tenues cintas de humo. La Emperatriz se apoyó en el pedestal de mármol del centro de la sala, mirando hacia abajo, contemplando las líneas inertes de su pequeño.

Comenzó con sus dedos, tarareando una vieja canción que hacía llorar a sus esclavos por el reconocimiento. A veces olvidaban que ella compartía sus humildes orígenes. Sonriendo, les miraba como si dijera: "*Sí, siempre he sido vosotros…*".

Un esclavo más.

Levantó un antebrazo, lo limpió con largas y suaves caricias, de codo a muñeca, de codo a muñeca.

Era frío como la arcilla. Era gris como la arcilla. Sin embargo, por mucho que presionara, no podía quitarle su forma. Insistió en seguir siendo su hijo.

Hizo una pausa para llorar. Al cabo de un rato, se tragó el dolor y se aclaró la garganta con una suave tos. Reanudó su trabajo y su

tarareo. Casi parecía que lo tallaba más que lo limpiaba, que con cada trazo se volvía más real. Las líneas impecables y los divanes húmedos. El brillo de porcelana de la piel. El pequeño lunar bajo su pezón izquierdo. La constelación de pecas que llegaba como un chal desde el hombro hasta el esbelto hombro.

Lo absorbió todo, lo trazó, lo embadurnó y lo enjuagó, con movimientos que parecían indistinguibles de la devoción.

Había tanto amor en el toque de un hijo.

Su pecho. La curva baja de su abdomen. Y, por supuesto, su cara. A veces, algo la impulsaba a pinchar y sacudir, a castigarlo por este pequeño y cruel juego. Pero sus caricias permanecían imperturbables, lentas y seguras, como si el hecho del ritual fuera una especie de prueba contra las almas desordenadas.

Escurrió la esponja, escuchó el traqueteo del agua. Sonrió a su pequeño, se maravilló de su belleza.

Su pelo era dorado.

Olía, pensó ella, como si hubiera sido ahogado en vino.



Kelmomas fingió llorar.

Ella lo abrazó con fuerza contra su pecho y él se retorció para librarse de las mantas que se amontonaban entre ellos. Se apretó contra su cuerpo tembloroso. Cada sollozo de ella lo recorrió como olas de calor perezoso, lo bañó de felicidad y reivindicación.

"¡No lo sueltes! ", jadeó ella, apartando su mejilla del pelo húmedo de él. "¡Nunca, nunca, por favor!"

Su rostro era su escritura, escrita con telares de piel, músculos y tendones. Y las verdades que leía allí eran sagradas.

La conocía tan íntimamente que podía saber cada vez que un lunar se había oscurecido o una pestaña había caído de sus párpados. Había oído a los sacerdotes parlotear sobre sus cielos, pero la verdad era que el paraíso estaba mucho más cerca y sabía a sal.

Su rostro lo eclipsó, los ligamentos de la angustia, los labios temblorosos, los diamantes que brotaban de sus ojos.

"Kel", sollozó. "Pobre bebé…"

Se desgañitó, reprimiendo el impulso de patalear en señal de

risa. *Sí*, gritó con un regocijo silencioso, la exultación de un niño redimido. *¡Sí!*

Y había sido tan fácil.

Eres, dijo la voz secreta, *el único amor que le queda*.

CAPÍTULO SEIS

Tuétano

> Pregunte a los muertos y le dirán. No todos los caminos son iguales. En verdad, hasta los mapas pueden pecar.
>
> -EKYANNUS I, 44 EPÍSTOLAS

> Lo que el mundo simplemente mata, los hombres lo asesinan.
>
> -PROVERBIO SCYLVENDIO

Principios de primavera, Nuevo Año Imperial 19 (Año del Colmillo 4132), el río Rohil

El Mago se abrió paso a través de las frescas profundidades del bosque, con unos huesos tan viejos como jóvenes eran sus pensamientos. Resoplaba y hacía muecas, pero su cojeo tenía una cadencia conocida, prueba de los años que había pasado viajando. Llevaba cuatro días caminando a duras penas entre los árboles pilares, entrecerrando los ojos para ver el resplandor del sol a través de las finas copas de los árboles, y utilizando el lento arrastre de los puntos de referencia lejanos para guiarse hacia su destino…

Tuétano.

Todo lo que Achamian sabía de este lugar era lo que le había

contado su esclavo de Galeoth, Geraus. Se trataba de un entrepôt de Escalpoi situado en el extremo occidental del largo tramo navegable del río Rohil, un lugar donde las compañías de revendedores que trabajaban en el interior podían cobrar sus recompensas y comprar suministros. Al ser el centro más cercano a la torre, era donde Geraus acudía, tres o cuatro veces al año, para vender sus pieles y, con el oro que Achamian le daba, asegurarse los bienes que no podían improvisar por sí mismos. Geraus, un hombre ecuánime y de hablar pausado, siempre se había deleitado en contarles las historias de sus visitas. Tal vez porque el viaje era arduo y peligroso -Tisthanna rara vez perdonaba a Achamian las semanas de ausencia de Geraus- o tal vez porque simplemente marcaban una desviación de la rutina de su vida, Geraus era dado a los aires de pisada durante los días inmediatamente posteriores a su regreso. Sólo cuando terminaba sus cuentos se retiraba a los límites de su ser amable y confiable. Siempre había sido su momento para brillar, para que el esclavo del gran Mago se "pusiera el mundo por montera", como dicen los Galeoth.

En su mayor parte, las visitas parecían ser asuntos sigilosos y secretos, transacciones realizadas entre hombres de confianza y sólo hombres de confianza. Una bolsa de judías, al oír a Geraus hablar de ella, era tan valiosa y llena de complicaciones como una bolsa de oro o un fardo de cabelleras. No ocultaba su discreción; de hecho, parecía enorgullecerse de ella. Incluso cuando sus hijos eran niños, Geraus parecía empeñado en inculcarles el inestimable valor de la humildad para la supervivencia. La mayor virtud de cualquier esclavo, parecía decir siempre, era la capacidad de pasar desapercibido.

No es diferente a un espía, no pudo evitar reflexionar Achamian.

Pensar que había creído que esos días habían muerto y desaparecido, vagando por los Tres Mares, pasando de corte en corte, manteniendo la cabeza alta ante reyes y potentados burlones… un Escolástico todavía. Aunque se había despojado de la grasa, aunque vestía lana y pieles de animales en lugar de muselina y mirra, el simple hecho de partir hacia horizontes invisibles le había devuelto su pasado a la vida. A veces, cuando miraba hacia arriba a través de los miembros reverdecidos, veía los cielos turquesa de Kian, o cuando se arrodillaba para rellenar su odre de

agua, el negro agitado del norte de Meneanor. Los parpadeos se habían convertido en visiones, cada una con su propia historia, su peculiar sentido y belleza. Cortesanos de la casta noble riendo, con los rostros pintados de blanco. Manjares humeantes servidos por esclavos aceitados. Fortificaciones revestidas de azulejos esmaltados, que brillan bajo los áridos soles. Una prostituta de piel negra que levanta las rodillas.

Veinte años se habían escapado, y no había pasado ni un día.

Ya se encontró llorando a Geraus y a su familia, mucho más de lo que hubiera imaginado. Los esclavos eran así de curiosos. Era como si el hecho de la propiedad ocultara ciertas conexiones humanas obvias y esenciales. Suponía que serían las *comodidades las que* echaría de menos, no los esclavos que las proporcionaban. Ahora, a Achamian le importaban poco las comodidades: le parecían despreciables. Y algo en su interior se estremecía cada vez que pensaba en sus rostros -reír o llorar, no importaba-, algo que se aflojaba al saber que nunca volvería a sentarse con ellos.

Le hizo sentir como un abuelo llorón.

Tal vez era bueno, este giro suicida que había tomado su vida.

Se detuvo y saboreó la dorada grandeza de la naturaleza nocturna vista desde lejos. La escarpa se extendía a lo largo del horizonte, una larga franja de piedra vertical que se suavizaba en el crepúsculo, reforzada por rampas de rocas y piedras que descendían a los bosques de abajo. Pudo ver las Cataratas Trenza-Larga, llamadas así por la forma en que el río Rohil se dividía en torno a una gran cabeza de piedra en el borde de la escarpa, retorciéndose en dos estruendosas cataratas.

Tuétano se encontraba justo debajo, empapado por la bruma de polvo rosa de la cascada. La ciudad original, según Geraus, se había construido río abajo, pero se había arrastrado como una oruga hasta la base de la escarpa cuando un corredor de cabelleras tras otro competía por ser el primero en recibir a los Escalpoi que se dirigían al oeste. Ahora, arrancado del bosque circundante, parecía una llaga con costras de brea y madera, cabañas apiladas sobre cabañas, todas unidas con troncos y materiales huérfanos, apiñadas a lo largo de la orilla del río, incrustando las terrazas inferiores del acantilado.

Había oscurecido por completo antes de que Achamian llegara a las afueras de la ciudad en ruinas. Los postes de madera eran todo

lo que quedaba del Tuétano original. Podía verlos en la maleza circundante, tan silenciosos como la luz de la luna que los iluminaba, algunos podridos, otros inclinados, todos con una soledad fúnebre que le resultaba inquietante. Diversos personajes y marcas aleatorias marcaban los más cercanos a la pista, el residuo de incontables viajeros con sus innumerables vanidades y frustraciones. Brillando entre los huecos de las nubes oscuras, el Clavo del Cielo le permitió descifrar varios. "JODO SRANC", decía uno en Gallish recién cortado. "HORJON SE OLVIDÓ DE DORMIR CON EL CULO EN LA PARED", afirmaba otro en pictogramas ainonios, junto a una mancha que podría haber sido sangre cocida al sol.

El rugido de las cataratas se elevó en la noche, y las primeras nieblas le bañaron la piel. Una sensación de amenaza rodeaba las luces de la habitación ante él. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se enfrentó a un lugar como éste? El carnaval de los extraños.

Con su mula a cuestas, Achamian se adentró en lo que parecía ser la calle principal. Ya estaba medio sin aliento, y su cuerpo estaba impregnado del zumbido de la caída a través de las distancias de barro. Su capa parecía forrada de lingotes de plomo, de tan colgante que se había vuelto. Decidió que el nombre del pueblo era apropiado. Tuétano. Casi podía imaginar que caminaba por el fango de los huesos cortados por la mitad.

Hombres sombríos se tambaleaban por los surcos a su alrededor y a su lado, algunos solos, con los ojos huecos y alerta, otros en grupos cacareados, con los labios y las miradas relajadas por la conciencia del número. Todos estaban empapados. Todos gritaban por encima del estruendo de las cataratas. La mayoría estaban armados y acorazados. Muchos estaban empapados de sangre, ya sea porque estaban heridos o porque no se habían lavado.

Estos eran los Escalpoi, sancionados por la orden del Emperador-Aspecto, procedentes de los cuatro rincones del Nuevo Imperio: Galeothi de pelo salvaje, Nansur de mejillas suaves, Tydonniis de gran barba, incluso Nilnameshi de ojos perezosos… todos estaban aquí, intercambiando cabelleras por kellics imperiales y remisiones shriales.

Sintiéndose acosado por una sucesión de largas miradas,

Achamian se encorvó más dentro de la capucha de su capa. Sabía que era todo menos llamativo, que una parte de él simplemente había olvidado cómo confiar en el anonimato. Aun así, se encontró con que se encogía ante el contacto de otros ojos, beligerantes o curiosos, no importaba. Había un desenfreno en el aire, un tufillo de profunda anarquía, que inicialmente atribuyó a la liberación de urgencias reprimidas. Los Escalpoi pasaban meses lejos de cualquier hogar, guerreando y cazando a Sranc a través de las Tierras Salvajes sin huellas. Apenas podía imaginar una vocación más salvaje, o una mayor garantía de exceso.

Pero a medida que el loco desfile se hacía más denso, se dio cuenta de que el abandono era algo más que una simple cuestión de saciar lujurias frustradas. Había demasiados hombres de demasiadas castas, credos y naciones diferentes. Nobles de casta de Cingulat. Esclavos fugitivos de Ce Tydonn. Herejes fanim de Girgash. Era como si los orígenes comunes fueran lo único que garantizaba la civilización, un lenguaje de vida compartido, y que todo fuera furia y falta de comunicación en caso contrario. El hambre: eso era todo lo que tenían en común estos hombres. Instintos. Lo que había convertido a estos hombres en salvajes no era el desierto, ni siquiera el loco salvajismo de los Sranc, sino la incapacidad de confiar en algo más que en lo bestial de unos y otros.

Miedo, se dijo a sí mismo. *Miedo, lujuria y furia… Confía en ellos, viejo*. Parecía el único mandamiento que un lugar como Tuétano podía tolerar.

Siguió caminando, más cauteloso que nunca. Olía a whisky, a vómito y a letrinas poco profundas. Oyó canciones, risas y llantos, las notas fantasmales de un laúd arrancadas del cuenco de la noche. Vislumbró sonrisas: el brillo del oro de unos dientes amarillentos y podridos. Vio interiores iluminados por linternas, mundos estridentes e iluminados, llenos de palabras duras y miradas locas y asesinas. Vio el brillo del acero desnudo. Vio a un hombre de Galeoth rugiendo y martilleando a otro, una y otra vez, hasta que el hombre era poco más que un gusano empapado de sangre que se flexionaba y retorcía en el fango. Una ramera borracha, con los brazos flácidos y desnudos, le abordó. "¿Te apetece un melocotón?", le dijo a tientas entre los muslos.

Sintió el resplandor de la memoria menguada, la sacudida de los

viejos hábitos de conservación de la vida, no menos prudentes por haberse vuelto vestigiales. Agarró el pomo de su cuchillo bajo la capa.

Pasó por delante de la aduana sin luz, con su raído Circunfijo colgando en la oscuridad sin viento. Tuétano era un puesto de avanzada del Nuevo Imperio; no debía olvidarlo. Pasó por delante de un lazareto con su aura de astringente, heces e infección. Pasó por delante de un fumadero de opio de poca altura, así como de varias tabernas bulliciosas y dos burdeles con media carpa, que rezumaban gemidos y risas mercantiles en la noche general. Incluso se topó con un templo de madera con postes y dinteles dedicado a Yatwer, lleno de campanadas y cantos, alguna ceremonia nocturna, supuso Achamian. Todo el tiempo la catarata silbaba y retumbaba, la ráfaga inmóvil del agua contra la piedra. Unas cuentas claras goteaban del borde de su capucha.

Intentó no pensar en la chica. Mimara.

Cuando encontró la posada que Geraus había mencionado, la Pata de Gallo, ya estaba casi acostumbrado al alboroto. Tuétano, decidió mientras conducía su mula al patio trasero, no era tan diferente de las grandes ciudades políglotas de su juventud. Más viciosa, con madera en lugar de piedra monumental, y sin el tamaño que permitía que la indiferencia y el anonimato de las masas se convirtieran en tolerancia urbana, aquí no había un acuerdo tácito para pasar por alto las perversiones de los demás. Cualquiera podía ser juzgado en cualquier momento. Pero aún así, poseía la misma sensación de *posibilidad*, accidental y colectiva, zumbando a través de cada umbral público, como si la congregación de extraños fuera todo lo que se necesitaba para generar alternativas…

La libertad.

Una noche en un lugar así podría tener un millón de finales, se dio cuenta Achamian. Esa era su maravilla y su horror a la vez.

Una noche en Tuétano.

La habitación era pequeña. La ropa de cama de lana apestaba a moho y a mosto. Al posadero no le había gustado su aspecto, eso era seguro. Llevar al mendigo a la habitación del mendigo, esa era la antigua regla. Sin embargo, Achamian se encontró sonriendo mientras se despojaba de su capa empapada y cuadraba sus

provisiones y pertenencias. Parecía que había partido hacia Tuétano como un ermitaño dormido y había llegado como un espía despierto.

Esto era bueno, se dijo a sí mismo mientras seguía las escaleras y los pasillos hacia el estruendo de la sala común de la Pata de Gallo. Muy auspicioso. Ahora todo lo que necesitaba era algo de suerte.

Sonrió con anticipación, hizo lo posible por ignorar las huellas de manos ensangrentadas que decoraban la pared.



El ánimo aventurero de Achamian se evaporó en cuanto se abrió paso en la humeante habitación de madera baja. La sorpresa casi le dejó sin aliento, tanto tiempo había pasado desde la última vez que observó a otros hombres con sus ojos arcanos. Había otro *hechicero* aquí -uno viejo y consumado, dada la profundidad negra y maldita de su Marca- sentado en el rincón más alejado. Y también había alguien que llevaba un Chorae. Una Lágrima de Dios maldita, llamada así porque su mero toque destruía a los hechiceros y sus profanaciones.

Por supuesto, podía ver la Marca cada vez que miraba sus propias manos o vislumbraba su reflejo en el agua de la bañera, pero era como su piel, algo demasiado cercano para ser realmente visible. Ver su mancha en los ojos de otro -especialmente después de tantos años inmerso en la claridad de lo Increado, el Mundo como no ha sido tocado por los hechiceros y sus voces blasfemas- le hacía sentir… joven.

Joven con miedo.

Dando la espalda a la presencia, Achamian se dirigió al tabernero, al que reconoció fácilmente por la descripción de su esclavo. Según Geraus, se llamaba Haubrezer, uno de los tres hermanos Tydonnios propietarios del Pata de Gallo. Achamian inclinó la cabeza, aunque todavía no había visto a nadie observando *el jnan* desde que llegó aquí. "Me llamo Akka", dijo.

"Sí", contestó el hombre alto y flaco. Su voz no era tan profunda como oscura. "Tú eres el viejo pico. Esta no es tierra para los lentos y torcidos, ya sabes".

Achamian fingió el buen humor de un anciano. Parecía absurdo

que el venerable insulto norsirai para referirse a Ketyai, "pico", pudiera seguir picando después de tantos años.

"Mi esclavo, Geraus, dijo que podrías asistirme".

Venir a Tuétano siempre había sido el plan, al igual que contratar una compañía de Escalpoi. Mimara simplemente le había obligado a abreviar su calendario, a iniciar su viaje antes de conocer su destino. Su llegada lo había perturbado en más aspectos de los que le importaba admitir -las sospechas, el parecido con su madre, las preguntas puntuales, su triste acoplamiento-, pero las consecuencias de que ella *no hubiera* venido habrían sido desastrosas.

Al menos ahora sabía por qué el destino se la había enviado, como una bota en la rabadilla.

"Yaa", rebuznó Haubrezer. "Buen hombre, Geraus". Una mirada escrutadora, severa por la angulosidad de su rostro. Le pareció a Achamian uno de esos hombres cuyas almas se han adaptado a las peculiaridades de su cuerpo. Encorvado y de dedos largos, parecido a una mantis, tanto por su paciencia como por su carácter depredador. No cazaba, decidió Achamian, sino que esperaba.

"En efecto".

Haubrezer miraba con una implacabilidad casi bovina, aburrido hasta las lágrimas, pero preparado para morir masticando su bolo alimenticio. El hombre parecía haber compensado su torpeza ralentizando todo, incluso su intelecto. La lentitud tenía una forma de poner de manifiesto la gracia que habitaba en todas las cosas, incluso en las más desgarbadas. Era la razón por la que los borrachos orgullosos se cuidaban de caminar como si estuvieran bajo el agua.

Por fin, los grandes ojos parpadearon para concluir. "Ya. Los que buscas..." Bajó su frente venosa hacia la esquina del fondo, en el lado más alejado del humeante hogar central.

Hacia el hechicero y el Chorae que Achamian había percibido al entrar en la sala común.

Pero por supuesto...

"¿Estás seguro?"

Haubrezer mantenía la cabeza inclinada, aunque parecía que se miraba las cejas en lugar de las sombras que hablaban mal más allá del humo.

"Ho. No es un Escalpoi malo, esos. Son los Hombres Veteranos. Los Devoradores de Piel".

"¿Los Devoradores de Piel?"

Una sonrisa amarga, como si el hombre se hubiera quedado sin la musculatura facial necesaria para despegar los labios de los dientes. "Geraus tenía razón. Eres un ermitaño, sin duda. Pregunta a cualquiera de los presentes" -hizo un gesto amplio con la mano del escapulario- "te dirán, ya, que te apartes de los Devoradores de Piel. Famosos. Todo el río lo sabe. Traen más fardos que los *rutinarios* cualquiera. Ho. Hazte a un lado por los Devoradores de Piel, o te derribarán. *Hauza kup*. Abajo pero bien".

Achamian se inclinó hacia atrás para observar lo que de repente parecía más una tribu hostil que otro caballete de una cervecería. Aunque todas las demás mesas largas estaban abarrotadas, los tres hombres a los que se refería Haubrezer estaban sentados solos, ni rígidos ni a gusto, pero con una postura que sugería una intensa concentración interior, una violenta indiferencia por los asuntos que no eran suyos. La imagen de los tres hombres se agitaba en el aire chispeante de la chimenea: el primero, el portador del Chorae, con la barba cuadrada y plagada de un Ainonio o un Conriyano; el segundo, con el pelo largo y blanco, una perilla y la cara recortada por el tiempo; y el tercero, de hombros anchos, el hechicero, vestido con cuero negro.

Achamian volvió a mirar a Haubrezer. "¿Necesito una presentación?"

"No de los que son como yo".



Una aguda sensibilidad a su entorno acosaba a Achamian mientras cruzaba la sala común, lo que para él equivalía a una especie de conciencia corporal de alguna empresa inminente, de algún salto temerario. Se estremeció al sentir el olor del sudor que se acumulaba en el cuero. El trueno exterior de las cataratas Trenza-Larga temblaba a través del aire y la madera por igual, de modo que la habitación parecía una burbuja inmóvil en un torrente. Y el patois gutural que todos hablaban -una especie de matrimonio mestizo de Gallish y Sheyico- le produjo un sabor antiguo e

imposible: la Primera Guerra Santa, veinte largos años atrás.

Pensó en Kellhus y encontró su resolución reavivada.

El pulso de un tonto…

Achamian no se hacía ilusiones sobre los hombres que iba a conocer. El Nuevo Imperio había señalado el fin del otrora lucrativo comercio de mercenarios, pero no el de aquellos dispuestos a matar a cambio de una compensación. Había pasado la mayor parte de su vida cerca de esos hombres, en compañía de aquellos que lo consideraban débil. Hacía tiempo que había aprendido a imitar las posturas adecuadas, a corregir los defectos del corazón con las ventajas del intelecto. Sabía cómo tratar a esos hombres, o eso creía.

Su primer latido en su presencia le decía lo contrario.

El hombre encapuchado, el hechicero, se volvió hacia él, pero sólo lo suficiente para revelar una sien y una mandíbula tan blancas y suaves como el hueso hervido. Un negro obstinado cubría sus ojos. El hombre pequeño de pelo plateado lo agasajó con una mirada ágil y brillante y una sonrisa que parecía dar la bienvenida a la burla que se avecinaba. Pero el de barba cuadrada, el hombre que Haubrezer había identificado como el capitán, seguía con la mirada fija en su copa de vino como antes. Achamian comprendió al instante que era el tipo de hombre que lo envidiaba todo a los demás.

"¿Eres el Ainonio que llaman Kosoter?", preguntó. "Alma de hierro. ¿El capitán de los Devoradores de Piel?"

Un momento de silencio, demasiado denso para connotar conmoción o sorpresa.

El capitán bebió un trago deliberadamente y luego lo miró con sus estrechos ojos marrones. Era una mirada que Achamian reconocía de las masacres y privaciones de la Primera Guerra Santa. Una mirada que sólo veía cosas muertas.

"Te conozco", fue todo lo que dijo con una voz con un toque de raspa de papiro.

"Se dirigirá al capitán como 'Veterano'", exclamó el hombre de pelo plateado. Era diminuto pero con unas muñecas lo suficientemente gruesas como para prometer un agarre de hierro. Y era viejo, al menos tan viejo como Achamian, pero parecía que los años le habían quitado sólo la grasa de la debilidad, dejando el

fuego ágil en el cuero que quedaba. Era un hombre que se había marchitado con fuerza. "Después de todo", continuó con una risa de ojos rasgados, "es la *Ley*".

Achamian lo ignoró.

"¿Me conoces?", le dijo al capitán, que había reanudado el estudio de su inescrutable bebida. "De la Primer Guerra San…"

"Señor", interrumpió el pequeño hombre. "Por favor. Permítame presentarme. Soy Sarl…"

"Necesito contratar su compañía", continuó Achamian, mirando fijamente al capitán. Definitivamente, Ainonio. Parecía arcaico, como algo surgido de un túmulo.

"Señor", insistió Sarl, esta vez con un brillo cortante en los ojos. "*Por favor…* "

Achamian se volvió hacia él, con el ceño fruncido pero atento.

Su sonrisa enganchó los surcos de su cara en innumerables líneas. "Tengo, digamos, cierta facilidad para las sumas y las cifras, así como para los detalles más finos de la argumentación. Mi ilustre capitán, bueno, digamos que tiene poca paciencia para las perversidades del discurso".

"¿Así *que tú* tomas las decisiones?"

El hombre estalló en una carcajada con cara de remolacha, revelando el arco de sus encías. "No", jadeó, como si se asombrara de que alguien pudiera hacer una pregunta tan escandalosamente gruesa. "¡No-no-no! Yo hago el canto. Pero te aseguro que es el *capitán* quien entinta los versos". Sarl se inclinó ante el Ainonio con una deferencia adornada, que ahora observaba a Achamian con algo a caballo entre la curiosidad y la malicia. Cuando Sarl se volvió hacia Achamian, sus labios estaban fruncidos en una línea de «*te lo dije*».

Achamian resopló con desprecio. Esto era algo que no echaba de menos del mundo civilizado: la adicción a todo lo indirecto.

"Necesito contratar la compañía de su capitán".

"¡Qué petición tan extraña!" exclamó Sarl, como si hubiera estado esperando decir lo mismo todo el tiempo. "Y atrevida, muy atrevida. No hay más guerras, amigo mío, salvo las dos que son sagradas. La que nuestro Emperador-Aspecto libra contra el malvado Golgotterath, y la más chabacana que libramos contra los Sranc. *No hay más mercenarios*, amigo".

Achamian se encontró mirando de un lado a otro a los dos hombres. El efecto era desconcertante, como si la división de la atención equivaliera a una especie de ceguera parcial.

Por lo que él sabía, éste era el objetivo de este ridículo ejercicio.

"No son mercenarios lo que necesito, son escalpadores. Y no es la guerra lo que pretendo, es un viaje".

"Ahhh, *muy* interesante", dijo Sarl. Sus ojos se hundían en rendijas que revoloteaban cada vez que sonreía, como si parpadeara ante algún tipo de gravilla cómica. "Un viaje en el que se necesitan escalpadores es un viaje *a los desiertos*, ¿no?"

Achamian se detuvo, desconcertado por la facilidad de penetración del hombre. Este Sarl era tan ágil como parecía.

"Sí".

"¡Como yo pensaba! ¡Muy, *muy* interesante! Así que dime, ¿a *qué lugar* del Norte tienes que ir?"

Achamian había temido esta pregunta, por muy inevitable que fuera. ¿A quién estaba engañando?

"Lejos..." Tragó saliva. "A las ruinas de Sauglish".

Otro espasmo de risa salpicada de saliva, esta vez tallando cada vena, cada red de arrugas en sucintos tonos de púrpura y rojo. Incluso juntó las muñecas como si estuvieran atadas, se agitó hacia arriba y hacia abajo, moviendo los dedos. Miró al hombre encapuchado como si buscara confirmación. "¡Sauglish!", aulló, echando la cara hacia atrás. "¡Oh, amigo mío, mi pobre, pobre amigo lunático!" Se reclinó en su silla, aspirando aire. "Que los dioses" -sacudió la cabeza en una especie de asombro- "mantengan tus cuencas calientes y llenas y lo que sea".

Algo en su mirada y en su tono decía, *vete mientras puedas*...

Los puños de Achamian se cerraron por voluntad propia. Era todo lo que podía hacer para no quemar a ese imbécil. ¡Mono arrogante! Sólo el Chorae del Capitán y la Marca añil de su compañero encapuchado le detuvieron la lengua.

Un momento duro de sonrisas desvanecidas.

Sarl se rascó la yema del pulgar con la uña del dedo índice.

Entonces el capitán dijo: "¿Qué hay en Sauglish?"

Las palabras hicieron que la sangre saliera de la cara de Sarl. Quizás había consecuencias por interpretar mal el interés del Capitán. Tal vez el hombre simplemente se había desviado

demasiado de su camino de borracho. Por alguna razón, Achamian tenía la impresión de que la voz de Lord Kosoter siempre tenía ese efecto.

"¿Qué sabes de eso?" preguntó Achamian. Inmediatamente se dio cuenta de que era un grave error, responder a una pregunta con una pregunta cuando discurría con el capitán. Sin embargo, sintió la necesidad de igualar, pedernal por pedernal, la mirada sobrenatural del hombre, para comunicar su propia capacidad de ver la atrocidad en el corazón de todas las cosas.

Miró fijamente los ojos brillantes de Lord Kosoter. Podía oír la respiración de Sarl, un sonido poco profundo, como el de un perro soñando. Se preguntó si el hombre encapuchado se había movido. Un timbre entró en la habitación, agudo y nebuloso, y con él llegó una premonición de letalidad, una aprehensión sibilante. Una parte de él se dio cuenta de que lo que estaba en juego en esta competición era mucho más que el dominio o el respeto o incluso la identidad, sino la posibilidad de ser…

Soy tu fin, susurraron los ojos de sus ojos. Y parecían tener mil años.

Achamian podía sentir que se marchitaba. Las imaginaciones de las extremidades salvajes parpadeaban en su alma, calientes por los gritos y la sangre. Podía sentir que los temblores le golpeaban las rodillas.

"Tranquilo, amigo", murmuró Sarl en lo que parecía una auténtica conciliación. "El capitán puede orinar en medio del mundo, si es necesario. Sólo *responde a* su pregunta".

Achamian tragó, parpadeó. "Las arcas", dijo un traidor con su voz. Mirar a Sarl parecía como romper la superficie de un ahogado.

"Cofres", repitió Sarl con extrañeza. "Tal vez" -una rápida mirada a Lord Kosoter- "deberías decirle al Capitán lo que querías decir con los Cofres".

Achamian pudo ver los implacables ojos del hombre, como el Escrutinio encarnado, apoyados en su periferia. Se encontró mirando a la figura encapuchada, y luego apartando la vista, hacia el maldito suelo.

¡No se suponía que fuera así!

"No", dijo, respirando hondo, y mirando a los tres por turnos. Se dio cuenta de que la manera de tratar con el capitán era convertirlo

en uno más. "Probaré suerte en otra parte". Se dispuso a salir, sintiéndose débil y sudoroso y con más de una náusea.

"Tú eres el *Mago*", dijo Lord Kosoter con un gruñido.

La palabra enganchó a Achamian como un garrote de alambre.

"Me acuerdo de ti", continuó el rostro grave mientras se giraba. "Te recuerdo de la Guerra Santa". Deslizó su copa de vino a un lado y se inclinó hacia delante sobre la mesa. "Tú *le enseñaste*. Al Emperador-Aspecto".

"¿Qué importa?" dijo Achamian, sin importarle si sonaba amargado.

Los ojos, casi negros, parpadearon por lo que parecía ser la primera vez.

"Importa porque significa que fuiste un Escolástico del Mandato… una vez". Su sheyico era impecable, inclinado más por algún dialecto interno de ira que por las cadencias cadenciosas de su lengua nativa ainoni. "Lo que significa que *realmente sabes* dónde encontrar las arcas".

"Tanto peor para ti", dijo Achamian. Pero lo único que podía pensar era *cómo*… ¿Cómo podía un escalpador, cualquier escalpador, saber sobre las arcas de Sohonc? Se encontró mirando al hombre con el cuello de cuero a la izquierda del capitán… El hechicero. ¿Cuál era su escuela?

"Creo que no", dijo Lord Kosoter, inclinándose hacia atrás. "Hay muchos escalpadores en Tuétano, seguro. Cualquier cantidad de empresas". Enganchó su copa de vino con dos dedos callosos. "Pero ninguno que sepa *quién es usted*…" Su sonrisa era curiosa, aterradora. "Lo que significa que no hay ninguna que ni siquiera considere tu petición".

La lógica de su afirmación pendía como un hierro en el aire, indiferente al oleaje de las voces de fondo. La verdad era siempre el más allá de las palabras.

Achamian se quedó mudo.

"Tengo esta hoja", dijo Sarl, con los ojos brillantes por la picardía entre amigos. "La pones contra tu ano…"

El hombre encapuchado soltó una carcajada sin rostro. Achamian vio su ojo izquierdo cuando inclinó la cabeza hacia atrás, y vislumbró una pupila de color gris acuoso. Pero fue la arritmia gutural de su risa la que le dijo lo que era…

"Sólo *dosoo*", aulló Sarl, con sus cejas moradas casi pegadas a sus mejillas de manzana. "¡*Dos-dos-dos ensolariis*! "

Achamian se burló tanto como sonrió. La Hoja de Ano era un viejo chiste, una expresión que se refería a los charlatanes que vendían esperanzas en forma de falsos remedios.

El capitán lo observó con imperturbable atención.

Se dio cuenta de que tenían razón. Todo lo que podía esperar aquí en Tuétano era el escarnio, o incluso algo peor. Los Devoradores de Piel eran su única esperanza.

Y ya lo habían abatido.



Achamian tomó el cuenco ofrecido con ambas manos para asegurarse de que no temblaba. Lo escurrió y jadeó. Vino sin regar de alguna tierra amarga de Galeoth.

"¡Las arcas!" Sarl cacareó. "¡Capitán! ¡Quiere saquear los *Cofres*!"

Achamian se relamió los labios por el ardor de su gaznate, se pasó una manga rasposa por la barba y la boca. Era extraño, la forma en que un solo trago podía hacerte parte de la compañía de alguien. "Era *él", le* dijo Achamian al capitán mientras asentía en dirección a la figura encapuchada. "¿No es así? Te habló de los Cofres…"

Otro error. Evidentemente, el capitán se negaba a reconocer incluso las imposiciones conversacionales más inocentes. Insinuación, insinuación, insinuación; todo ello acusado con una mirada, y luego condenado con un oneroso silencio.

"Le llamamos Clérigo", dijo Sarl, inclinando la cabeza hacia el hombre, en un gesto de disimulo.

El óvalo negro con montura de cuero parecía mirar fijamente a Achamian.

"Clérigo", repitió Achamian.

La capucha permaneció inmóvil. El capitán volvió a mirar su vino.

"Deberías escucharlo en los bosques", exclamó Sarl. "¡Qué dulces sermones! Y pensar que una vez me creí elocuente".

"Y sin embargo", dijo Achamian con cuidado, "los no-hombres no tienen sacerdotes".

"No como los hombres los entienden", respondió el pozo negro.

Conmoción. Su voz había sido agradable, melodiosa, pero jaspeada con entonaciones ajenas al registro vocal humano. Era como si se hubieran entretejido en ella los tonos de un niño deforme.

Achamian se sentó rígido. "¿De dónde eres?", preguntó, con los pulmones apretados contra la columna vertebral. "¿Ishterebinth?"

El encapuchado se inclinó hacia la mesa. "Ya no me acuerdo. He conocido Ishterebinth, creo… Pero entonces no se llamaba así".

"Veo tu Marca. La llevas de forma feroz y profunda".

La capucha se levantó, como si levantara los oídos ocultos a algún sonido lejano. "Como tú".

"¿Quién era tu Maestro Quya? ¿De qué línea procedes?"

"Yo… No me acuerdo".

Achamian se lamió los labios en señal de vacilación, y luego formuló la pregunta que debía hacerse a todos los no-hombres. "¿Qué puedes recordar?"

Una extraña vacilación, como si se tratara de la síncopa de un corazón inhumano.

"Cosas". Amigos. Extraños y amantes. Todas ellas desgarradoras. Todas ellas horribles".

"¿Y los Cofres? ¿Te acuerdas de ellos?"

Un asentimiento casi imperceptible. "Yo estaba en la Biblioteca de Sauglish cuando cayó, creo. Recuerdo muy bien ese terror… Pero no sé por qué me causó tanto dolor".

Las palabras erizaron la piel de Achamian. Había soñado con los horrores de Sauglish demasiadas veces; sólo tenía que cerrar los ojos para ver las torres en llamas, las masas que huían, los Sohonc luchando contra los Wracu de escamas de hierro en cielos envueltos en humo y llamas. Había probado la ceniza en el viento, había escuchado los lamentos de las multitudes. Había llorado su propia cobardía…

Esto lo hacía único entre los Hombres, por haber vivido el lapso de dos vidas -dos parpadeos, Seswatha y Achamian, lanzados a través de los milenios. Pero este no-hombre que tenía delante, su vida se extendía a lo largo de cien generaciones humanas. Había vivido toda la amplitud de esas épocas devoradoras de naciones. Desde entonces hasta ahora, e incluso más. Desde el crepúsculo del

Primer Apocalipsis hasta el amanecer del Segundo.

Achamian se dio cuenta de que estaba en presencia de una *línea viva*, de ojos que habían sido testigos de todos los años transcurridos entre sus dos yos, entre Achamian, el Mago-Exiliado, y Seswatha, el Gran Maestro de la Sohonc. Este No-Hombre había vivido el sueño de dos mil años entre…

Casi hizo que Achamian se sintiera completo.

"¿Y tu nombre?"

Sarl susurró una especie de maldición.

"Incariol", dijo la figura encapuchada con un aire de agarre interior. Y luego otra vez, "Incariol…", como si estuviera probando su sonido en su lengua. "¿Le resulta familiar?"

Achamian nunca había oído hablar de ello, no que pudiera recordar. Aun así, estaba claro que estos Escalpoi no tenían ni idea de quién o qué iba con ellos. ¿Cómo podría un mortal comprender un alma tan cavernosa?

Tan antigua como el Colmillo…

"Así que eres un Errático".

"¿Soy yo? ¿Es eso lo que soy?"

¿Cómo responder a una pregunta así? La criatura que tenía ante sí había vivido tanto tiempo que su propia identidad se había derrumbado bajo él, cayendo en el pozo de su propia vida. La suya era un alma atropellada, en la que cada instancia de amor o esperanza o alegría se drenaba en el vacío del olvido, desplazada por las pasiones más viscosas del terror, la angustia y el odio.

Era un errático, adicto a la atrocidad por el recuerdo.

"Te está llamando loco", dijo Sarl, un poco demasiado rápido dada la gravedad de su silencio.

El encapuchado se volvió hacia él.

"Sí… *Estoy* loco".

Sarl agitó las manos en señal de afectuosa contradicción. "Vamos, Clérigo. No es necesario…"

"*Los recuerdos*…", interrumpió el pozo negro. Una palabra golpeada en tonos de dolor. "Los recuerdos nos hacen cuerdos".

"¡Mira!" exclamó Sarl, girando hacia Achamian. "¡Sermones!" Su rostro estaba enrojecido por una sonrisa maníaca, como si fuera el tipo de hombre que hace afirmaciones compulsivamente y se regodea con cada instancia de su confirmación.

"Una noche en las Tierras Salvajes, uno de los nuestros pregunta al Clérigo cuál es el mayor tesoro que ha oído contar. El oro, como puedes imaginar, es un tema bastante popular entre nosotros, los Escalpoi, especialmente cuando estamos cazando en la oscuridad, es decir, sin fogatas. Calienta los huesos tan seguro como cualquier llama, hablar de melocotones y oro".

Había algo -el giro de su rostro, tal vez, el aura de antagonismo en su forma de inclinarse hacia adelante, o el giro de insinceridad en su tono- que le decía a Achamian que los "sermones" eran la menor de las preocupaciones de ese hombre.

"Así que Clérigo aquí presente", raspa Sarl, "nos obliga con otro sermón. Menciona *varias* glorias, pues ha visto cosas que los mortales apenas podemos concebir. Pero, por alguna razón, fueron los *Cofres* los que se quedaron grabados. El tesoro escondido bajo la Biblioteca de Sauglish, antes de que fuera destruido en el Primer Apocalipsis. Los Cofres, decimos. Los Cofres… cada vez que nos resistimos a mencionar la más desafortunada de las palabras, "esperanza". Cofres. Cofres. Cofres. Salimos a correr por los pellejos, a darles un recorte, pero siempre decimos que buscamos los *Cofres*".

La amabilidad de su rostro se desvaneció de repente, revelando algo frío y odioso e inverosímilmente profundo.

"Y ahora, aquí estás, tan seguro como el destino".

Achamian decidió que había algo demasiado móvil en las expresiones del hombre.

"Eres un hombre culto", añadió Sarl, hablando entre hilos de flema. Una intensidad poco común había fijado sus rasgos de roedor, como si una oportunidad de vida o muerte estuviera a punto de escapársele de las manos. "Dime, ¿qué piensas del concepto de *coincidencia*? ¿Crees que las cosas suceden por razones?"

Una mirada perpleja. Una sonrisa agotada. Achamian no pudo hacer más.

Sarl se inclinó hacia atrás, asintiendo y riendo y acariciando su blanca perilla. ¡*Por supuesto que sí*! gritó su mirada entrecerrada, como si Achamian le hubiera dado la tan previsible respuesta aprendida en los libros.

Achamian hizo lo posible por no quedarse boquiabierto. Había olvidado cómo era la sucesión de sorpresas triviales que formaba

parte de la compañía de extraños. En compañía de extraños era tan fácil olvidar las pequeñas historias de cangrejo que unían a los demás y te diferenciaban.

Pero esta no fue una sorpresa trivial.

Desde Tuétano hasta los desiertos de Kûniüri fue un viaje de meses a través de los bosques infestados de Sranc. Si no fuera por la Gran Ordalía, la travesía sería sencillamente imposible: A lo largo de los siglos, la Escuela del Mandato había perdido más de una expedición tratando de llegar a Sauglish o a Golgotterath. Pero incluso con la Gran Ordalía atrayendo a los Sranc como una piedra de toque, Achamian sabía que no podría hacer su camino solo, no tan lejos, no a su edad. Esta era la razón por la que había venido a Tuetano: para reclutar la ayuda que necesitaría. Simplemente se había topado con las arcas de Sohonc como un incentivo, si no una artimaña… Y ahora esto.

¿Podría ser simplemente una coincidencia?

Lord Kosoter observó a Sarl con ojos de hierro vidrioso.

El pequeño hombre palideció. Su rostro entrecerró las líneas de la queja. "Si esto no es una coincidencia, Capitán, entonces es *la Puta*. Anagkë. El destino". Miró a su alrededor como si le animaran sus compañeros imaginarios. "Y la Puta, con perdón, Capitán, se folla a todo el mundo al final, a todos. Enemigo, amigo, pequeñas y peludas criaturas del bosque…"

Pero sus palabras fueron inútiles. El silencio del capitán lo confirmó.

Y Achamian se preguntó cuándo se había llegado al acuerdo y cómo los hombres que esperaba *contratar* se habían convertido en sus socios. ¿Era simplemente un Devorador de Piel más?

¿Debería estar agradecido? ¿Aliviado? ¿Horrorizado?

"Recuerdo…" dijo la negrura envuelta por la capucha. "Recuerdo la matanza de…"

Un sonido peculiar, como un sollozo en forma de cacareo.

"De los *niños*".

"Un hombre", apuntó el capitán con gravedad, "tiene que recordar".

Esa noche Achamian soñó a la vieja usanza. Soñó con Sauglish.

Los Wracu llegaron primero, como siempre lo hacían, cayendo de las nubes con las garras y las alas desviadas. Sus rugidos parecían caer desde todas las direcciones, curiosamente huecos, como niños chillando en las cavernas, sólo que infinitamente más salvajes.

Vértigo. Seswatha colgaba con sus hermanos de Sohonc por encima de su Biblioteca sagrada, cuyas torres y murallas se balanceaban por debajo de ellos, encaramados en las Troinim, las tres colinas que dominaban el oeste de la gran ciudad. Esperaban el frenético descenso, con sus figuras azuladas por sus guardas gnósticas. La luz salía de sus ojos y bocas, de modo que sus cabezas parecían calderas. Con los pies apoyados en el eco del suelo, entonaron su canción blasfema.

Salmos de destrucción.

Líneas de blanco brillante trazaron los espacios abiertos, geometrías llamativas, geometrías confinantes, luces que hacían humo de piel y furia. Al retroceder para desnudar las garras y escupir fuego, los dragones cayeron en picado en el brillo arcano, chillando, gritando. Luego pasaron, sangrando humo, algunos retorciéndose y convulsionando, uno o dos cayendo hacia la muerte. El canto se volvió más frenético. Hilos de incandescencia hervían contra escamas de hierro. Martillos invisibles golpeaban las alas y las extremidades.

Entonces los Wracu estaban sobre ellos.

Y por un instante, Seswatha *se convirtió en Achamian*, un anciano nacido de otra época, con los ojos en blanco como un caballo en pánico. Olvidado de algún modo, movió la mirada de un lado a otro, desde los hombres de túnica blanca que colgaban frágiles en sus esferas resplandecientes hasta las bestias de melena negra que los asaltaban, ardiendo y desgarrándose. Las alas se hinchaban como velas en la tempestad. Los ojos se estrecharon en forma de hoz. Las heridas humeaban. Los Wracu martilleaban y arañaban los planos curvos, y las cosas que no son de este mundo se cizallaban. Los antiguos Escolásticos gritaron, gritaron de horror y frustración. Un dragón cayó, destripado por las llamas azules. Un hechicero, el joven Hûnovis, fue despojado de sus huesos por las exhalaciones ardientes, y giró como un pergamino en llamas hacia

el panorama inferior. El resplandor de la hechicería y el vómito ardiente se intensificó, hasta que todo lo que Achamian podía ver eran siluetas desgarradas que se retorcían como serpientes sobre el vacío.

La ciudad se extendía a lo largo de las distancias, un mosaico de calles laberínticas y estructuras abarrotadas. Al este, vio la brillante cinta del río Aumris, la cuna de la gloria de Norsirai. Y al oeste, más allá de las fortificaciones, vio las llanuras aluviales ennegrecidas por las hordas de Sranc gritones. Y más allá de ellas, el *torbellino*, aullando a través del horizonte, monstruoso e inagotable, enmarcado por el oro rosado de cielos más distantes. Incluso cuando el humo lo oscurecía, Achamian podía sentirlo… Mog-Pharau, el fin de todas las cosas.

Los rugidos marcaron las alturas hasta el arco del cielo, la furia reptiliana envolvió el murmullo interior de la hechicería: la gloria de la Gnosis. Los dragones se enfurecieron. Los hechiceros de la Sohonc, la primera y más grande Escuela, lucharon y murieron.

No veía tanto a los de abajo como los recordaba. Refugiados que se agolpaban en los tejados, observando el lento avance de la fatalidad. Padres que arrojaban a sus hijos al duro adoquinado de las calles. Madres degollando a sus hijos, cualquier cosa para salvarlos de la furia del Sranc. Esclavos y jefes aullando, clamando a los cielos cerrados contra ellos. Los quebrantados mirando al temible oeste, insensibles a todo excepto a la aproximación del torbellino…

Su Alto Rey había muerto. Los vientres de sus esposas e hijas se habían convertido en tumbas. El más grande de sus thanes y jefes-caballeros, la flor de su poderío armado, había sido abatido. Columnas de humo marcaban la distancia a través de la misma curva de la tierra.

El mundo se estaba acabando.

Como la asfixia. Como ahogarse. Como un peso sin sustancia, hundiéndose en frío a través de él, un cuchillo sacado de la nieve, incluso mientras caía flojo en sus regiones sin fondo. Amigos, hermanos, sacudidos en mandíbulas sonrientes. Extraños agitándose en floraciones ardientes. Torres inclinándose como borrachos antes de estrellarse. Sranc incrustando paredes lejanas, como hormigas en rodajas de manzana, arrastrándose hacia el laberinto de calles. Los

gritos, chillidos, alaridos -miles de ellos- surgiendo como el vapor de las piedras ardientes. Los moribundos de Sauglish.

La desesperanza… La futilidad.

Nunca, al parecer, había soñado una *pasión* con tanta vehemencia.

Deshechos, los Sohonc supervivientes huyeron por los cielos, se refugiaron en la Biblioteca con su red de grandes torres cuadradas. Baterías de balistas cubrieron su retirada, y varios de los Wracu más jóvenes naufragaron, arponeados. Achamian se quedó abandonado en el cielo, mirando a la poderosa Skafra, con cicatrices como cuerdas de cabrestante, miembros como sinuosos maderos y alas leprosas batiendo, oscureciendo al distante No-Dios con cada laborioso *whump-whump*. El antiguo Wracu esbozó su sonrisa de dragón sin labios, escudriñó las distancias cercanas con ojos de perla sangrienta…

Y de alguna manera, milagrosamente, miró *a través de él*.

Skafra, lo suficientemente cerca como para que su volumen desencadene el terror corporal. Achamian miró impotente a la criatura, observó el brillante carmesí de su rabia escurrirse de sus escamas y los crecientes brotes de negro que significaban una oscura contemplación. La conflagración de abajo brillaba a través de sus líneas quitinosas, y los ojos de Achamian fueron atraídos hacia abajo, hacia la plomada bajo sus pies.

La visión de la Biblioteca Sagrada ardiendo le clavó alfileres en los ojos. ¡La amada piedra! Los grandes muros revestidos de obsidiana a lo largo de sus inclinados cimientos, elevándose altos y blancos por encima. Los tejados de cobre, apilados como enormes faldones. Y los profundos patios, de modo que desde el cielo la estructura parecía el corazón partido por la mitad de alguna bestia vasta e intrincada. El esputo brillante del sol bañaba la piedra ensortijada, atravesando costuras y grietas. El fuego de dragón llovió por todo el circuito, un rocío de estruendosas erupciones.

¿Pero dónde? ¿Dónde estaba Seswatha? ¿Cómo podía soñar sin…?

El viejo Mago se despertó gritando pensamientos del fin de un mundo diferente. *¡Sauglish! ¡Hemos perdido a Sauglish!*

Pero mientras sus ojos sorteaban la oscuridad de su habitación de las imágenes posteriores, y sus oídos escudriñaban el rugido de

las cataratas del trueno de la muerte, le parecía que podía oír a la loca… Mimara.

"Te *has convertido en un profeta…*" ¿No era eso lo que había dicho?

"*Un profeta del pasado*".



Al día siguiente, Sarl recogió a Achamian y lo llevó a la que debía ser una de las habitaciones más grandes de la Pata de Gallo. Aunque se movía con la misma impaciencia, el viejo degollador parecía sorprendentemente tranquilo. Achamian no podía saber si esto se debía a la bebida o a la discusión de la noche anterior.

Además de Kosoter y Clérigo, les esperaba otro hombre: un nansur de mediana edad llamado Kiampas. Si Sarl era la boca del capitán, entonces Kiampas, comprendió Achamian, era su mano. Bien afeitado y de rasgos elegantes, parecía algo más joven que los cincuenta años que Achamian acabó por atribuirle. Definitivamente era más soldado que guerrero. Tenía un aire irónico y metódico que sugería melancolía tanto como competencia. Por ello, Achamian se encontró con que confiaba casi instantáneamente tanto en sus instintos como en su perspicacia. Como antiguo oficial imperial, Kiampas era un devoto de los planes y de los recursos necesarios para llevarlos a cabo. Estos hombres solían dejar la cuestión de los objetivos generales a sus superiores, pero después de escuchar a Achamian explicar la misión que iba a llevar a cabo, sus modales delataban una duda evidente, si no una consternación total.

"Entonces, ¿cuándo esperabas llegar a estas ruinas?" Su discurso tenía una insistencia bien practicada -un aire de lo primero- que hablaba de muchas campañas largas.

"Los guardianes que protegen las arcas son peculiares", mintió Achamian, "orientados a las esferas celestiales. Debemos llegar a Sauglish *antes* del solsticio de otoño".

Todas las miradas se dirigieron a él, buscando, al parecer, el brillo revelador del engaño en las brasas vacías de su rostro.

"¡Dulce Sejenus!" gritó Kiampas con incredulidad. "¿El final del verano?"

"Es imprescindible".

"Imposible. No puede hacerse".

"Sí", ralló el capitán, "se *puede*".

Kiampas palideció y pareció bajar la mirada en señal de disculpa inconsciente. Aunque estaba hecho de otra pasta, a Achamian no le sorprendió ver que compartía la reacción de Sarl ante la rareza de la voz de su capitán, que le apretaba el pecho.

"Bien, entonces", continuó el nansur, aparentemente buscando su equilibrio en el asunto que tenía entre manos. "La elección de las rutas es sencilla entonces. Deberíamos viajar a través de Galeoth, subiendo por…"

"Eso no se puede hacer", interrumpió Achamian.

La estudiada falta de expresión en el rostro de Kiampas sería el primer vistazo de Achamian al creciente desdén del hombre.

"¿Y qué ruta sugieres?"

"A lo largo de la parte trasera del Osthwai".

"La parte de atrás de la…" El hombre poseía un lado burlón, pero entonces, también la mayoría de las almas irónicas. "¿Estás jodidamente loco? ¿Te das cuenta…?"

"No puedo viajar a ningún lugar del Nuevo Imperio", dijo Achamian, realmente arrepentido. De todos los Devoradores de Piel que había conocido hasta el momento, Kiampas era el único en el que estaba dispuesto a confiar, aunque sólo fuera a nivel de procedimiento. "Pregúntale a Lord Kosoter. Él sabe quién soy".

Al parecer, la falta de contradicción en la mirada del capitán fue confirmación suficiente.

"Así que deseas evitar al Emperador-Aspecto", continuó Kiampas. A Achamian no le gustó la forma en que sus ojos se desviaron hacia el capitán mientras decía esto.

"¿Qué hay de eso?"

Su sonrisa impertinente se hizo aún más injusta por la dignidad de sus rasgos. "Se rumorea que Sakarpus ha caído, que la Gran Ordalía incluso ahora marcha hacia el norte".

Decía que tendrían que cruzar el Nuevo Imperio pasara lo que pasara. Achamian inclinó su rostro en el grado jnánico que reconocía un punto tomado. Sabía lo absurdo que debía parecer, un viejo ermitaño de pelo salvaje vestido con una túnica de mendigo, imitando la etiqueta de una casta noble lejana. Aun así, era una cortesía que todavía no había tenido con ninguno de los demás;

quería que Kiampas supiera que lo respetaba a él y a sus recelos.

Algo le decía que necesitaría aliados en las próximas semanas y meses.

"Mira", respondió Achamian. "Si no fuera por la Gran Ordalía, una expedición como ésta sería una locura. Esta es quizás la *única* vez, la *única* vez, que se puede intentar algo así. Pero el hecho de que el Emperador-Aspecto nos despeje el camino no significa que debamos cruzarnos con él. Estará muy por delante de nosotros, fíjate".

Kiampas no se dio por aludido. "El capitán me dice que eres un compañero veterano, que perteneciste a la Primera Guerra Santa. Eso significa que conoces muy bien las formas lentas y caprichosas de los grandes ejércitos en marcha".

"Sauglish se encuentra fuera de su camino", dijo Achamian uniformemente. "Las posibilidades de encontrarse con algún hombre del Circunfijo son extremadamente escasas".

Kiampas asintió con un lento escepticismo, y luego se echó hacia atrás, como si se retirara de algún olor desagradable.

El olor de la inutilidad, tal vez.

Después de esa segunda reunión, los relojes del día y los días de la semana pasaron rápidamente. Lord Kosoter ordenó una reunión de toda la compañía a la mañana siguiente. Los Devoradores de Piel se reunieron entre los postes del viejo Tuétano, lo suficientemente lejos de la niebla como para que sus cotas se endurecieran al sol. Eran un grupo variopinto, de unos sesenta miembros, con todo tipo de armaduras y armas. Algunos eran exigentes, evidentemente con la intención de recuperar toda la civilización que pudieran durante su breve estancia en Tuétano. Uno de ellos incluso iba ataviado con las impecables batas blancas de una casta noble nilnameshi y parecía preocuparse de forma casi cómica por el barro que manchaba sus dobladillos de hilo carmesí. Otros eran salvajes y desaliñados, y llevaban el sello de su cantera inhumana, hasta el punto de parecerse a Sranc en el caso de algunos. Muchos parecían haber adoptado la costumbre thunyeria de llevar cabezas encogidas como adorno, ya sea sobre sus fajas o cosidas en las caras lacadas de sus escudos. Por lo demás, lo único que parecían tener en común era una especie de profunda fatiga espiritual y, por supuesto, un temor permanente y casi reverencial a su Capitán.

Cuando se acomodaron en las filas, Sarl describió, en términos lo suficientemente grandilocuentes como para coquetear con la burla, la naturaleza de la expedición que su capitán estaba planeando. Lord Kosoter se quedó a un lado, con los ojos escudriñando el horizonte. Clérigo le acompañaba, algo más alto e igual de ancho, con el rostro oculto en su capucha. Las cataratas retumbaban en la distancia, un gran silbido turbio que recordaba a Achamian la forma en que las huestes Inrithi habían rugido en respuesta a Kellhus unos veinte años antes. El canto de los pájaros trenzaba la linde del bosque cercano.

Sarl les explicó los extraordinarios peligros a los que se enfrentarían, cómo iban a recorrer una distancia diez veces superior a la de una "travesía" normal, como él la llamaba, y cómo podían esperar vivir en el "pozo" durante más de un año. Hizo una pausa después de mencionar esto último, como para dejar que su significado resonara. Achamian se recordó a sí mismo que el desierto no era tanto un *lugar* para estos hombres, como un arte con su propio pozo de costumbres y sabiduría. Imaginó que los escalpadores comerciaban con historias de compañías desaparecidas que regresaban después de tantos meses en el "pozo". Esas palabras, "más de un año", se dio cuenta de que probablemente tuvieran implicaciones consternadoras.

Pero una y otra vez, el viejo de extremidades de alambre volvía a los Cofres. "Cofres", dicho como el título de algún gran rey. "Cofres", murmurado como el nombre de alguna aspiración colectiva. "Cofres", escupió como si dijera: "¿Hasta cuándo se nos negará lo que nos corresponde?" "Cofres", gritó una y otra vez como el nombre de un niño perdido. "Cofres", invocado como si fuera algo perdido y sagrado, otro Shimeh que clama por la reconquista…

Pero más real que cualquiera de estas cosas en que podría ser dividido en partes iguales.

Una mentira tallada en las articulaciones.

Sarl lo explicó todo, con el rostro enrojecido, luego enrojecido de nuevo, con la cabeza inclinada hacia los giros más estridentes del discurso, con el cuerpo entregado a payasadas ilustrativas, en posición de firmes, trotando en su sitio, paseando mientras la voz reflexionaba. Y todo fue un silencio disciplinado en todo momento, algo que, dada la composición enloquecida de los Devoradores de

Piel, Achamian habría considerado un milagro si no hubiera compartido cuencas con su Capitán.

"Tienes hasta mañana por la mañana para decidir", anunció Sarl con los brazos abiertos. "¡Mañana para decidir si arriesgas todo *para convertirte en príncipe*! o acunar tu pulso y morir como esclavo. Después, las salidas se considerarán deserción -¡deserción! - y Clérigo, aquí, será puesto a la caza. Conocéis la regla de la caza, chicos. La rodilla que se dobla arrastra a diez hombres. La rodilla que se dobla arrastra a diez hombres".

Al verlos romper filas y ponerse a hablar entre ellos, Achamian se encontró comparándolos con los duros hombres de la Primera Guerra Santa, los guerreros cuyo celo y crueldad habían permitido a Kellhus conquistar los Tres Mares. Los Devoradores de Piel, decidió, eran una raza muy diferente a la de los Hombres del Colmillo. No eran tan despiadados como viciosos. No eran tan duros como insensibles. Y no eran tan impulsivos como hambrientos.

Al fin y al cabo, eran *mercenarios*... aunque tocados por la ferocidad farragosa de los Sranc.

Lord Kosoter pareció reconocerlo en el transcurso de las escasas miradas que Achamian intercambió con él. Achamian se dio cuenta de que había un vínculo entre ellos, sus experiencias compartidas en la Primera Guerra Santa. Sólo ellos poseían la vara de medir, sólo ellos conocían la regla. Y eso los había convertido en una especie de parientes, un pensamiento que a la vez asombraba y preocupaba a Achamian.

Durante el jolgorio obligatorio de esa noche, Sarl se acercó a él. "El Capitán me ha pedido", dijo, "que le recuerde que estos hombres son Escalpoi. Nada más. Nada más y nada menos. La leyenda de los Devoradores de Piel reside *en él*".

Achamian pensó que era extraño, un hombre que despreciaba hablar confiando en un hombre que no podía hacer otra cosa. "¿Y tú? ¿Te lo crees?"

La misma sonrisa de pellizco en los ojos. "He estado con el Capitán desde el principio", cacareó. "Desde antes de la recompensa imperial, en las guerras contra los Ortodoxos. Le he visto permanecer intacto en una lluvia de flechas, mientras yo me encogía detrás de mi escudo. Estuve a su lado en las murallas de Meigeiri, cuando los malditos Barbaslargas cayeron sobre sí mismos

tratando de huir de su mirada enloquecida por la sangre. Estuve *allí*, después de la batalla de Em'famir. Con estas dos orejas oí al *Emperador-Aspecto -¡el* Emperador-Aspecto! - nombrarlo Alma de Hierro". Sarl rió con manía purpúrea. "Oh, sí, es mortal, sin duda. Es un hombre como los demás, como muchos melocotones desafortunados han descubierto, créeme. Pero algo le vigila, y lo que es más importante, *algo vigila a través de él…*"

Sarl agarró el codo de Achamian y golpeó su copa de vino contra la de Achamian con la suficiente fuerza como para destrozarlas. "Harías bien…", dijo, con un rostro enloquecido. Retrocedió paso a paso, asintiendo como si se tratara de una melodía o una verdad que sólo las ratas podían oír, "para respetar al Capitán".

Achamian miró su mano empapada. El vino se había escurrido de sus dedos, tan espeso como la sangre.

Y pensar que se había preocupado por la locura del No-Hombre.

La presencia del Errático preocupaba a Achamian, sin duda, pero a tantos niveles que las ansiedades resultantes parecían anularse unas a otras. Y tuvo que admitir que, aparte del romanticismo bárdico de un compañero no-hombre, su presencia tenía una enorme ventaja práctica. Achamian se hacía pocas ilusiones sobre la odisea que les esperaba. Era una *guerra* larga y amarga la que estaban a punto de emprender, tanto como una expedición, una batalla prolongada a lo largo y ancho de Eärwa. Tenía mucho que aprender con respecto a este Incariol, es cierto, pero había pocos poderes en el mundo que pudieran igualar a un Mago no-hombre.

Lord Kosoter lo mantuvo cerca por una buena razón.

En la reunión de la mañana siguiente, sólo se presentaron una treintena de Devoradores de Piel, la mitad de los reunidos el día anterior. Lord Kosoter seguía siendo tan inescrutable como siempre, pero Sarl parecía muy contento, aunque no estaba claro si era porque tantos o tan pocos se habían "apegado al trabajo", como él decía. Puede que las deserciones hayan reducido a la mitad sus posibilidades de supervivencia, pero también han duplicado el valor de sus acciones.

Una vez decidida la composición de la compañía, los días siguientes se dedicaron a equipar y abastecer a la expedición. Achamian entregó de buena gana lo que le quedaba de oro, un gesto que pareció impresionar mucho a los Devoradores de Piel. La

fortuna gastada parecía hablar de la fortuna mucho mayor que se iba a conseguir; incluso Sarl se unió al entusiasmo general. Siempre era lo mismo: convence a un hombre de que dé un solo paso - después de todo, ¿qué diferencia terrenal podría suponer *un* paso?- y caminará la siguiente milla para demostrar que tiene razón.

¿Cómo podían saber que Achamian no tenía expectativas de regresar? En cierto sentido, dejar los Tres Mares era el verdadero regreso. Puede que ya no sea un Escolástico del Mandato, pero su corazón pertenecía igualmente al Antiguo Norte. A las insinuaciones de los Sueños…

A Seswatha.

"Siempre es así", le dijo Kiampas una noche en el Pata de Gallo. Los dos estaban sentados uno al lado del otro, comiendo sin decir nada, mientras el caballete que tenían delante retumbaba y cacareaba con los Devoradores de Piel que se regocijaban en la espesura de la celebración.

"¿Antes de ir a la carga?" preguntó Achamian.

Kiampas se detuvo para chupar la punta de un hueso de conejo. Se encogió de hombros.

"Antes que nada", dijo, levantando la vista de la carcasa esparcida por su plato. Parecía haber una pena genuina en su mirada, el pesar de los reyes que se ven obligados a condenar a inocentes en nombre de apaciguar a las masas. "Cualquier cosa que implique sangre".

El cansancio irrumpió en el Mago, como si la conciencia de los años fuera parte integrante de la comprensión del significado del hombre. Se volvió hacia el iluminado retablo de escalpadores que tenían ante ellos: asintiendo, inclinándose, temblando de risa y, con la excepción de Sarl y unos pocos más, impetuosos por su ruda juventud. Por primera vez, Achamian sintió el peso acumulado de todas las mentiras que había dicho, como si el pinchazo de cada una de ellas se hubiera contado en plomo. ¿Cuántos morirían? ¿A cuántos consumiría en su búsqueda de la verdad del hombre-dios cuyo perfil adornaba todas las monedas que tanto codiciaban?

¿Cuántos pulsos había sacrificado?

¿Estás haciendo esto por el bien de la venganza? ¿Es eso?

La culpa dirigió su mirada hacia el fondo incidental, hacia aquellos que no habían sido tocados por sus maquinaciones. Al otro

lado de la bruma de la chimenea central de la sala, vio que Haubrezer también observaba a los Devoradores de Piel. Cuando se dio cuenta de que Achamian lo había visto, el hombre delgado se puso en pie de un tirón, y luego atravesó la puerta, con las muñecas agitándose en el aire a cada paso que daba.

Achamian pensó en la advertencia del posadero. "*Apártense de los Devoradores de Piel*", había dicho.

Te golpean pero bien.



"He construido un lugar", dijo el Alto Rey.

Era extraña la forma en que Achamian sabía que soñaba, y la forma en que no lo sabía en absoluto, de modo que vivía este momento como un verdadero ahora, como algo no pensado, no adivinado, no respirado, como *Seswatha*, hablando con la misma espontaneidad de otro hombre, cada latido del corazón contando una existencia única, veteada y vestida y coagulada con pasión urgente e indolente. Era extraña la forma en que se detenía en las bifurcaciones del momento y tomaba *antiguas* decisiones…

¿Cómo puede ser? ¿Cómo pudo sentir todo el fermento de un alma libre? ¿Cómo pudo vivir una vida *por primera vez una* y otra vez?

Seswatha se inclinó sobre una pequeña mesa colocada entre trípodes que brillaban. Unos lobos entrelazados con serpientes danzaban en un borde de bronce alrededor del labio de cada uno, de modo que la luz proyectada por sus llamas se veía perturbada por unas sombras que se debatían. Esto dificultaba la contemplación del plato de *benjuka* y sus ocultos patrones de piezas de piedra. Achamian sospechaba que su viejo amigo lo había hecho deliberadamente. El benjuka, después de todo, con sus infinitas relaciones y reglas cambiantes, era un juego de concentración prolongada.

Y ningún hombre odiaba perder más que Anasûrimbor Celmomas.

"Un lugar", repitió Achamian.

"Un refugio".

Seswatha frunció el ceño y desvió la mirada del plato.

"¿Qué quieres decir?"

"En caso de que la guerra… salga mal".

Esto no era característico. No la preocupación, ya que la indecisión acribillaba a Celmomas hasta la médula, sino la expresión de la preocupación. Por aquel entonces, nadie, salvo los no-hombres de Ishterebinth, comprendía lo que estaba en juego en la guerra que los envolvía. En aquel entonces, "apocalipsis" era una palabra con un significado diferente.

Achamian asintió a la manera lenta y deliberada de Seswatha. "Te refieres al No-Dios", dijo con una pequeña risa, ¡una risa! Incluso para Seswatha, ese nombre no había sido más que un recelo, más abstracción que catástrofe.

¿Cómo se puede *revivir una* ignorancia tan antigua?

El largo y leonino rostro de Celmomas permanecía en blanco, indiferente a la geografía de piezas dispuestas entre ellos. El tótem trenzado en su barba -un rostro de lobo del tamaño de la palma de la mano, fundido en oro- parecía jadear y repantigarse en la incierta luz.

"¿Y si esta… esta *cosa*… es tan poderosa como dicen los Quya? ¿Y si llegamos demasiado tarde?"

"No es demasiado tarde".

El silencio cayó sobre ellos como en una tumba. Había algo subterráneo en todas las cámaras auxiliares de los Anexos, pero ninguna más, al parecer, que las Suites Reales. Por muy grueso que fuera el yeso decorativo, por muy brillante que fuera la pintura o por muy hermosos que fueran los tapices, los techos adintelados colgaban igual de bajos, zumbando con el peso de la piedra opresiva.

"Tú, Seswatha", dijo el Alto Rey, volviendo su mirada al plato. "Tú eres el único. El único en el que *confío*".

Achamian pensó en su Reina, sus nalgas contra sus caderas, sus pantorrillas enganchadas calientes y hambrientas alrededor de su cintura.

El Alto Rey movió una piedra, un movimiento que Seswatha no había previsto, y las reglas cambiaron de la forma más desastrosa posible. Lo que había sido una oportunidad se vio torcido al revés, estampado en algo tan cerrado y ocluido como el futuro.

Achamian estaba casi aliviado…

"He construido un lugar… un refugio…" Anasûrimbor Celmomas dijo. "Un lugar donde mi línea puede sobrevivirme".

Ishuäl…

Aspirando aire mohoso, Achamian se levantó de golpe en la cama. Agarró su maza blanca y apoyó la cabeza en las rodillas. Las cataratas Trenza-Larga tronaban más allá de los muros de madera, un rugido blanco de fondo que parecía dar masa e impulso a la negrura. "Ishuäl", murmuró. "Un lugar…" Miró hacia el cielo, como si mirara a través de la oscuridad del bajo techo de su habitación. "¿Pero dónde está?"

Oídos quejumbrosos, clasificando entre las fibras del sonido: risas del suelo, rompiendo como una burbuja en ebullición; gritos llamando a las calles, atreviéndose y proclamando.

"¿Dónde?"

La verdad de los hombres reside en sus orígenes. Lo sabía como sólo un Escolástico del Mandato podía saberlo. Anasûrimbor Kellhus no había llegado a los Tres Mares por accidente. No había encontrado a su hermanastro esperándole como Shriah de los Mil Templos por accidente. No había conquistado el mundo conocido por accidente.

Achamian sacó los pies de las mantas y se sentó en el borde de su cama acolchada de paja. Las palabras de alguna canción obscena flotaban a través de las vigas del suelo.

Su piel era áspera como el ladrillo,
Sus piernas eran de cuerda.
Su barriga era muy gruesa
y sus dientes eran suaves como el jabón.

Pero su melocotón estaba fundido en oro.
¡Sí! ¡No! ¡Sí!
¡Fue su melocotón el que me vendió!

Oleadas de risas atragantadas. Una voz apagada que se eleva a las arcas. Un grito de júbilo, que empapa la madera.

Los Devoradores de Piel, cantando antes de derramar sangre.

Durante mucho tiempo, Achamian estuvo sentado sin moverse, salvo por el lento serrucho de su respiración. Parecía que podía ver los espacios de abajo, que colgaba de un cristal sobre un aire

estrechamente ligado a las extremidades. El capitán estaba ausente, por supuesto, tan alejado como su autoridad divina requería. Pero podía ver a Sarl, sus ojos con líneas de tinta, su piel marcada por la edad y su sonrisa que brillaba como la goma de mascar, verle utilizar su rango para imponer la pretensión de que era uno de ellos. Ese era su problema, Sarl, su negativa a reconocer a sus viejos sinvergüenzas, las flácidas reservas de arrepentimiento y amargura que albergaban todos los corazones ancianos.

Y luego estaban los hombres, los Devoradores de Piel propiamente dichos en contraposición a sus locos manipuladores, ahorrados de las convulsiones de la larga vida, perdidos en la irreflexiva camaradería de la lujuria y el deseo bruto que hacía a los jóvenes, haciendo alarde de la voluntad de follar o matar bajo la apariencia de capricho, cuando en realidad todo se reducía a los ojos de los demás. Reconocimiento.

Podía ver todo a través de la noche y los suelos.

Y el Mago se dio cuenta, con la curiosa euforia de los que se descubren sin culpa. Quemaría cien. Quemaría mil.

Por muchos tontos que hayan sido para encontrar a Ishuäl.



La compañía llegó a los pies de las escarpaduras, en el frío de la mañana siguiente, un largo convoy de ojos sombríos agachados bajo las mochilas y las mulas que conducían, y comenzó a subir fuera de los escuálidos recintos de Tuétano. El sendero sinuoso era nada menos que traicionero, embadurnado como estaba de mierda de burro. Pero parecía apropiado, de alguna manera, que se requiriera escupir y trabajar para dejar el miserable pueblo. Hacía palpables los límites que estaban escalando, el hecho de que habían dado la espalda a la estación más alejada del Nuevo Imperio, la franja misma de la civilización, tan malvada como iluminada.

Salir de Tuétano era salir de la historia, de la memoria… entrar en un mundo tan desordenado como el alma de Incariol. Sí, pensó Achamian, haciendo que sus viejos y anquilosados miembros dieran un paso tras otro. Era apropiado que subiera.

Todos los pasos hacia el espanto deben exigir algún peaje castigador.

Mimara ha aprendido mucho sobre la naturaleza de la paciencia y la observación.

Y aún más sobre la naturaleza de los Hombres.

Se da cuenta rápidamente de que Tuétano no es un lugar para ella. Comprende su belleza de huesos finos, conoce en detalle íntimo la forma en que engancha, como una rebaba, la mirada de lana de los hombres. Sabe que la acosarían sin cesar, hasta que algún proxeneta astuto se diera cuenta de que no tenía protección.

Sería drogada, o atacada por un número superior al que podría soportar. Sería violada y golpeada. Alguien comentaría su asombroso parecido con la Santa Emperatriz en un kellic de plata sin cortar, y la atarían con sábanas teñidas de barato, papel de aluminio y joyas de caramelo. En varios kilómetros a la redonda, todos los revendedores con un cobre se llevaban algún trozo de ella.

Ella sabe que esto sucedería... En su tuétano, se podría decir.

Su esclavitud se desplaza a través de ella, no tanto como una multitud de años que se estremecen como una superposición de sombras interiores. Siempre está ahí, siempre *está aquí*. Los látigos y los puños y la violación, un clamor atravesado por los recuerdos del amor por sus hermanas, algunas más débiles, otras más fuertes, la compasión por el tormento en los ojos de algunas, las que lloraban, "*Sólo una niña...*" La utilizaron, todos la utilizaron, pero de alguna manera el fondo del frasco nunca se secó. De algún modo, quedaba un último sorbo, suficiente para humedecer sus labios, para secar sus ojos.

Así fue como los agentes de su madre la encontraron años atrás, vestida como su Santa Emperatriz, vaciada salvo por un solo sorbo. Al parecer, miles de personas habían muerto, tal era la indignación de Anasûrimbor Esmenet. Toda una franja del Gusano en Carythusal había sido arrasada, la población masculina masacrada indiscriminadamente.

Pero nunca quedó claro a quién estaba vengando Madre.

Mimara sabe lo que va a pasar. Por eso, en lugar de seguir a Achamian hacia la ciudad, da un rodeo y sube a las escarpaduras. Esta vez, realmente deja su mula, Temeraria, a los lobos. Se coloca en una posición bien alejada de las huellas del este -no pasa un día,

parece, sin que llegue alguna compañía desde el horizonte- y observa la ciudad como un niño ocioso estudiaría un tocón infestado de termitas. Parece un juguete tejido con hierba podrida. Los árboles y la maleza se abren en torno a una gran lesión de barro abierto. Las hileras de estructuras de madera hinchada que acanalan el interior. Los grandes velos blancos que flotan como una imagen fantasmagórica de las cataratas, rodeando las cuerdas de humo difuso…

Desde lo alto, observa la ciudad y espera. A veces, cuando el viento sopla justo, puede incluso oler el halo fétido del lugar. Observa el ir y venir, el flujo y el reflujo de hombres en miniatura y sus asuntos en miniatura, y comprende que la infinita variedad de hombres y sus transacciones es simplemente un truco de una ventaja terrestre, que desde lejos, simplemente *son* los ácaros que parecen ser, haciendo las mismas cosas una y otra vez. Los mismos dolores, los mismos agravios, las mismas alegrías, noveladas por la memoria lisiada y la perspectiva atrofiada.

La finitud y el olvido, estos son los que agracian a los hombres con la ilusión de lo nuevo. Parece algo que siempre ha sabido, pero que nunca pudo ver; una verdad oscurecida por la sucesión de rostros inclinados.

No se atreve con el fuego. Se abraza a sí misma con calor. Desde los labios de la piedra que cuelga en lo alto, *lo* observa y lo espera. No tiene otro lugar al que ir. Decide que está tan desarraigada como él. Tan loca como él.

Igual de motivada.

CAPÍTULO SIETE

Sakarpus

... los pueblos conquistados viven y mueren sabiendo que la supervivencia no sufre el honor. Han elegido la vergüenza en lugar de la pira, la llama lenta en lugar de la rápida.

-TRIAMIS I, DIARIOS Y DIÁLOGOS

Principios de primavera, Año Nuevo Imperial 19 (Año del Colmillo 4132), Sakarpus

Era una cosa maravillosa.

Mientras las ciudadelas y los lugares fuertes de Sakarpus seguían humeando, innumerables cigüeñas comenzaron a coagular el horizonte del sur, no las bandadas del tamaño de un campo a las que los Hombres de la Ordalía estaban acostumbrados, sino montañas de ellas que volaban alto, oscureciendo el cielo, asentándose como la sal en el agua sobre las colinas circundantes. Incluso para los hombres familiarizados con las vistas trascendentales, era notable contemplarlas: el descenso silbante, la elegancia hambrienta, la sacudida y el giro del escrutinio aviar, multiplicados una y otra vez por todo el cielo. Dado que las

cigüeñas significaban muchas cosas diferentes para las distintas naciones de la Gran Ordalía, pocos podían ponerse de acuerdo sobre lo que auguraba la llegada del ave. El Emperador-Aspecto no dijo nada, salvo que emitió un edicto para proteger a las aves de convertirse en alimento u ornamento. Al parecer, los sakarpi las consideraban sagradas: los hombres las protegían de zorros y lobos, mientras que las mujeres recogían su guano para un brebaje llamado hollín de carbón, un combustible de larga combustión que utilizaban en lugar de la madera.

Los jueces se mantuvieron ocupados. Hubo que colgarlos varias veces, e incluso se desolló públicamente a un sargento ainonio que había estado matando pájaros para fabricar y vender almohadas. Pero, con el tiempo, los Hombres de la Ordalía se acostumbraron a los graznidos de las colinas de lomo blanco y dejaron de abroncar a los hombres y mujeres conquistados que los atendían. En la jerga del campamento, "comer cigüeña" se convirtió en sinónimo de cualquier acto imprudente y autoindulgente. Pronto pareció obvio -incluso para aquellos que, como los kianene, pensaban que las cigüeñas eran alimañas- que estas aves de cuello fino eran en realidad sagradas, y que las colinas eran una especie de templo natural.

Mientras tanto, continuaban los preparativos para la siguiente marcha. En el Consejo de los Nombres, los reyes y generales de la Gran Ordalía debatían puntos de abastecimiento y estrategia bajo la mirada omnisciente de su Emperador-Aspecto. Aunque enrojecidos por la piadosa emoción -un gran número de ellos había pasado años esperando este mismo día-, albergaban pocas ilusiones sobre las pruebas y los peligros que les esperaban. Sakarpus se encontraba en el límite del mundo de los hombres, el punto en el que, como diría el rey Saubon de Enathpaneah, "los hombres son más corderos que leones". Sranc gobernaban la tierra más allá del horizonte del norte, arañando una existencia viciosa de las ciudades en ruinas del Alto Norsirai, muerto hace tiempo. Y esa tierra, sabían los Señores de la Ordalía, se extendía por más de dos mil millas. Desde las guerras de la Lejana Antigüedad no habían intentado tantos un viaje tan arduo. "Entre esta marcha y el Consulto", les dijo su Emperador-Aspecto, "la marcha resultará mucho más mortífera".

Durante más de una década, la mayor parte de los recursos del

Nuevo Imperio se habían destinado al arduo camino hacia Golgotterath. Incluso antes de que cayera Sakarpus, los ingenieros imperiales habían comenzado a construir una segunda ciudad bajo la antigua primera: barracones, herrerías, lazaretos y docenas de almacenes con paredes de barro. Otros, por su parte, trazaron el recorrido de la amplia carretera de piedra que, en cuestión de semanas, conectaría la antigua ciudad con la lejana Oswenta. Incluso ahora, un interminable convoy de suministros llegaba desde el horizonte del sur, con armas, mercancías, raciones y más raciones. Los soldados de infantería, sin importar su rango, se limitaban a estrictas raciones de *amicut*, la comida de campaña de los pueblos salvajes Scylvendios al suroeste. La casta de la nobleza podía contar con provisiones algo más abundantes, pero se veía reducida a montar en ponis de pelaje que no necesitaban grano para conservar sus fuerzas. Vastos rebaños de ovejas y ganado, criados únicamente para acompañar la marcha, también fueron golpeados a través del horizonte, tantos que algunos Hombres de la Ordalía comenzaron a llamarse a sí mismos ka Koumiroi, o los Pastores -un nombre que más tarde se convertiría en sagrado.

Pero incluso con todos estos preparativos, no había forma de que la Gran Ordalía pudiera soportar la comida necesaria para llegar a Golgotterath. Los pesados rebaños, las grandes mochilas que llevaban los soldados de infantería y las kilométricas caravanas de mulas sólo los llevarían hasta cierto punto. En algún momento, las columnas tendrían que separarse y valerse por sí mismas. Los Señores de la Ordalía sabían que podían depender de la caza para sus hombres y del forraje salvaje para sus caballos: miles de los ahora legendarios Rastreadores Imperiales habían dado su vida cartografiando las tierras que les esperaban. Pero los ejércitos forrajeros se movían mucho más lentamente que los abastecidos, y si el invierno llegaba antes de que la Ordalía pudiera superar Golgotterath, el resultado sería catastrófico. Un segundo problema, y el punto que se discutía sin cesar en los Consejos, era que nadie sabía cuántos de los innumerables clanes Sranc podría reunir el Enemigo. A pesar de la recompensa imperial, a pesar de haber recogido suficientes cabelleras para vestir a naciones enteras, el número de Sranc seguía siendo incontable. Pero sin la temible voluntad del No-Dios, las criaturas sólo se regían por su terror, odio

y hambre. Ni siquiera el Emperador-Aspecto podía decir cuántos podrían reclutar o esclavizar el Consulto para oponerse a ellos. Si la respuesta era que eran muchos, entonces el día en que la Ordalía se dividiera para empezar a buscar comida podría muy bien ser el día de su perdición.

Esto era lo que hacía que Sakarpus fuera tan crucial, y no, como muchos suponían, su famoso tesoro de Chorae. Esta era la razón por la que los Hombres de la Ordalía eran asesinados para que los pájaros pudieran vivir. Mientras que la dura vara de la autoridad imperial se había utilizado para someter a otras naciones, aquí sólo se podía utilizar la suave mano del favor imperial, donde el pueblo se llamaba a sí mismo los Hoosverûl, o los Inconquistados. Los Señores de la Ordalía no podían permitirse ni una sola semana de disturbios y rebeliones, y mucho menos meses de molienda. Sakarpus era el clavo del que pendería su futuro. Después de los Consejos públicos, cuando el Emperador-Aspecto se retiraba a conferenciar en privado con sus dos Exalto-Generales, el Rey Saubon de Enathpaneah y el Rey Proyas de Conriya, se hablaba a menudo de Sakarpus y del temperamento de su pueblo.

Así fue como se tomó la fatídica decisión de poner al joven rey de Sakarpus, Sorweel, al cuidado de los dos hijos mayores del Emperador-Aspecto, Moënghus y Kayûtas.

"Cuando se convierta en un hermano para ellos", explicó su Santidad Arcana a sus viejos amigos, "será como un hijo para mí".



El golpe llegó apenas unos instantes después de que los asistentes de Sorweel terminaran de vestirlo, un solo golpe, lo suficientemente fuerte como para hacer sonar las bisagras. El joven rey se giró para ver cómo la puerta se abría de par en par. Dos hombres entraron sin siquiera una mirada suplicante, uno de ellos rubio y de "huesos reales", como decían los sakarpi de los hombres altos y gráciles, y el otro moreno y de poderosa constitución. Ambos iban vestidos con las galas marciales del Nuevo Imperio, con largos chalecos blancos que colgaban de los *cascos* de cadena nimil. Los colmillos de oro brillaban en la luz apagada de la mañana.

"Mañana", dijo el bello en impecable Sakarpico, "te presentarás

ante mí…". Se dirigió al único panel abierto en el balcón de la suite y echó un vistazo a la ciudad conquistada antes de girar sobre sus talones. La luz del amanecer captó su cabello y lo transformó en un halo luminoso. "Viajas con nosotros… aparentemente".

El otro arrancó un hilo de grasa de la bandeja que contenía los restos del desayuno de Sorweel, y lo dejó caer en su boca. Mientras masticaba, observó a Sorweel con unos ojos azules asesinos y se limpió distraídamente las yemas de los dedos a lo largo de la falda.

Sorweel sabía quiénes eran: no había duda de la fuerza letal de uno ni de la calma imperturbable del otro. Probablemente podría haber adivinado sus nombres incluso antes de que su padre hubiera saqueado su ciudad. Pero le molestaban sus maneras y su tono, por lo que respondió con la fría indignación de un señor insultado por sus inferiores. "No parecen caballos".

Moënghus gruñó con lo que pudo ser una risa, y luego murmuró algo en sheyico a su hermano mayor. Kayûtas resopló y sonrió. Ambos observaban a Sorweel como si fuera una mascota exótica, una novedad de algún rincón absurdo del mundo.

Tal vez lo era.

Siguió un silencio incómodo, que parecía aumentar con cada latido del corazón.

"Mi hermano mayor", dijo finalmente Kayûtas, como si se recuperara de un momentáneo fallo de etiqueta, "dice que es porque llevamos los calzones puestos".

"¿Qué?" preguntó Sorweel, sonrojado por la confusión y la vergüenza.

"Por qué no parecemos caballos".

A pesar de sí mismo, Sorweel sonrió, y así perdió esta primera batalla. Podía sentirlo, zumbando a través de las risas de los dos hermanos, una satisfacción que apenas tenía que ver con el humor.

Son cazadores, se dijo a sí mismo, *enviados a correr por mi corazón.*



Lo sentía más por la noche, cuando las variadas preocupaciones del día se reducían al agarre de los miembros bajo las frías mantas y el luto podía apoderarse de su rostro sin temor a ser descubierto.

Pequeño. Solo. Un extraño en la casa de su padre. *Soy un rey de las viudas y los huérfanos,* pensaba, mientras los rostros de los Hombres Beatos muertos de su padre flotaban ante los ojos de su alma. Todo volvía a la memoria, las imágenes y los sonidos, el horror, las sacudidas y las caídas de la violenta inutilidad. Niños llorando en las puertas, edificios queridos envueltos en llamas brillantes, los cuerpos de los Señores del Caballo retorcidos en las calles.

Soy un cautivo en mi propia tierra.

Pero a pesar de lo desoladoras que eran estas vigilancias sin dormir, Sorweel encontraba una especie de alivio en ellas. Aquí, acurrucado bajo el pesado tejido, había certeza, una seguridad de que su pena y su odio no eran una especie de fatalidad fuera de lugar. Aquí podía ver claramente a su padre, podía oír su larga y grave voz, con la misma seguridad que aquellas noches en las que fingía dormir y su padre había venido a sentarse a los pies de su cama para hablar de su esposa muerta.

"*La extraño, Sorwa. Más de lo que me atrevo a decir*".

Pero sus días eran… más confusos.

Sorweel hizo lo que se le dijo. Presidió la farsa que era su corte. Asistió a las ceremonias, pronunció las palabras sagradas que verían a su pueblo "a salvo", soportó la acusación sin sentido en los ojos del sacerdote y del peticionario por igual. Caminaba y gesticulaba con la gracia lánguida de quien se mueve entre la niebla de la traición.

Aprendió que carecía de la capacidad de hacer y creer cosas contradictorias. Donde un alma más noble habría encontrado coherencia en sus actos, él parecía encontrarla en sus *creencias*. Simplemente creía lo que necesitaba creer para actuar como sus conquistadores querían que actuara. Mientras cumplía con la agenda que sus secretarios extranjeros le organizaban, mientras se sentaba en su perfumada presencia, parecía realmente que las cosas *eran* como el Emperador-Aspecto afirmaba, que el mundo giraba bajo la sombra del Segundo Apocalipsis, y que todos los Hombres debían actuar de común acuerdo para preservar el futuro, por mucho que pudiera ofender su orgullo.

"*Todos los Reyes responden a la escritura sagrada*", le había dicho el hombre divino. "*Y mientras esa escritura sea de otro*

mundo, lo reconocen de buen grado. Pero cuando les llega como a mí, vistiendo la carne de sus semejantes, confunden la santidad de obedecer la Ley con la vergüenza de someterse a un rival." Una risa cálida, como la de un tío querido que admite una locura inofensiva. "*Todos los hombres se creen más cercanos al Dios que los demás. Y por eso se rebelan, se levantan en armas contra aquello a lo que dicen servir…*

"*Contra* mí".

El joven rey aún carecía de palabras para describir lo que sentía al arrodillarse en presencia del Emperador-Aspecto. Sólo podía pensar que las rodillas, de alguna manera, no eran suficientes, que debía caer sobre su vientre como los antiguos suplicantes grabados en las paredes de la Sala Vogga. ¡Y su voz! Melodiosa. Por momentos suave, desconcertante, penetrante y profunda. Anasûrimbor sólo tenía que hablar, y parecía evidente que el padre de Sorweel simplemente había sucumbido a su engreimiento, que Harweel, como tantos hombres antes que él, había confundido su orgullo con su deber.

"*Todo esto es un trágico error…*"

Sólo después, mientras sus cuidadores lo conducían a través del clamor general del campamento, las palabras de su padre volvieron a él. "*Es un Ciphrang, un Hambre del Exterior, venido con apariencia de hombre…*" Y de repente creyó lo contrario de lo que había creído un simple espectador antes. Se maldecía a sí mismo por ser un tonto con cabeza de gatito, por romper la única fe que le quedaba. A pesar del dolor, a pesar de la forma en que limaba su rostro con la amenaza de los sollozos, recitaría el último arrebato de su padre: "*¡Necesita esta ciudad! ¡Necesita a nuestra gente! ¡Eso significa que te necesita a ti, Sorwa*! "

A ti.

Y todo sería confusión. Porque Sorweel comprendió que si su padre había dicho la verdad, entonces *todos* a su alrededor -los Ainonios con sus cosméticos blancos y sus barbas trenzadas, los Escolástico con sus abrigos estampados de seda y sus aires de omnisciencia, los Galeoth con su larga cabellera de lino anudada por encima de la oreja derecha, todos los miles que buscaban la redención a través de la Gran Ordalía- se habían reunido para nada,

habían conquistado para nada, y ahora se preparaban para guerrear contra los sucesores del Gran Arruinador, todo para nada. Parecía que el engaño, como la envergadura de los arcos, sólo podía llegar hasta cierto punto antes de derrumbarse en la verdad. Parecía imposible que *tantos* pudieran ser engañados tan profundamente.

El rey Proyas le había contado las historias sobre el Emperador-Aspecto, sobre los milagros que había presenciado con sus propios ojos, sobre el valor y el sacrificio que habían "limpiado" los Tres Mares. ¿Cómo podía la pretensión de Harweel refutar una devoción tan desenfrenada? ¿Cómo no iba a temer su hijo, ante la presencia intimidatoria de tales conquistadores, que el asunto sólo parecía indeciso porque mantenía secretamente su dedo en la balanza?

Durante el día, cada palabra, cada mirada parecían argumentar la temeraria presunción de su padre. Sólo por la noche, tumbado en la solitaria oscuridad, podía Sorweel refugiarse en los movimientos más sencillos del corazón. Podía dejar que sus labios temblaran, que sus ojos se llenaran de lágrimas como el té caliente salado. Podía incluso sentarse al final de su cama, como se había sentado su padre, y fingir que hablaba con alguien que dormía.

"*Soñé con ella de nuevo, Sorwa…*"

Por la noche, el joven Rey podía simplemente cerrar los ojos y negarse. Este era el consuelo secreto de los huérfanos: la capacidad de creer según el deseo y no el mundo, lo que fuera necesario para adormecer el dolor de las cosas perdidas.

Yo también la echo de menos, Padr…

Casi tanto como te extraño a ti.



A la mañana siguiente le enviaron un esclavo, un hombre viejo y de piel oscura, casi cómicamente abrigado contra el frío primaveral. Sorweel vio las miradas de consternación que se intercambiaron los dueños de la casa -los esclavos eran un anatema en Sakarpus-, pero no se enfadó ni se indignó. A pesar de que no se encontró ningún porteador, el forastero insistió, con la exasperada forma de agitar las manos de las demandas hechas a través de las divisiones lingüísticas, en que viniera inmediatamente. Sorweel accedió sin rechistar, secretamente aliviado de no tener que encabezar una

procesión fuera de la ciudad, de poder fingir que se trataba de una simple salida y no de la abdicación que parecía.

Con la llegada del Emperador-Aspecto se han derribado más que muros.

El esclavo no dijo nada mientras atravesaban la ciudad. Sorweel lo siguió con los ojos fijos hacia adelante, más para evitar las miradas interrogantes de sus compatriotas que para estudiar algo en particular, salvo tal vez las malditas alturas de la Puerta del Heredero cuando se elevaban y caían fuera de la vista. Pensó en la ingenua fe que su pueblo había puesto en sus antiguas fortificaciones; después de todo, ¿quién era el Emperador-Aspecto comparado con Mog-Pharau?

Pensó en la sangre de su padre cocida en la piedra.

El campamento de los Inrithi se encontraba a poca distancia más allá de los muros agujereados y ennegrecidos, y sus recintos de tiendas se extendían a lo largo de kilómetros de campos y pastos. Parecía a la vez mundano y legendario: una ciudad migratoria de madera, cordel y tela, donde el hedor de las letrinas acechaba cada respiración, así como una vasta asamblea, un vehículo lo suficientemente grande como para llevar el temible peso de la historia. Los Hombres de la Ordalía iban de un lado a otro, cenaban en las hogueras, enrollaban las armaduras en barriles de grava, se ocupaban de los aparejos y los caballos, o simplemente se sentaban en las entradas de sus tiendas, sumidos en una conversación con los ojos en el horizonte. Apenas prestaban atención a Sorweel y a su guía mientras recorrían las avenidas y caminos del campamento.

El viejo esclavo guiaba sin vacilar. Atravesó uno u otro alboroto -una pelea, un carro enterrado hasta los ejes en el lodo, dos convoyes de mulas atascados- con la serena asertividad de una casta noble, desviándose por caminos de barro de menor importancia sólo cuando las compañías en marcha bloqueaban su paso por completo. Sin mediar palabra, condujo a Sorweel cada vez más adentro del campamento. Las sombrías miradas de Thunyerus se convirtieron en las exóticas copas de los árboles de Nilnamesh y en el bullicio de Cironj. Cada giro, al parecer, les llevaba a otro de los rincones del mundo.

Antes de conocer al Emperador-Aspecto, Sorweel habría creído imposible que un solo hombre pudiera hacer un instrumento de

tantas almas dispares. Los sakarpi eran un pueblo escaso. Pero incluso con su escaso número, por no hablar de la lengua y las tradiciones comunes, al rey Harweel le había resultado difícil superar sus enemistades y rencores. Cuanto más reflexionaba Sorweel, más milagroso le parecía que todos los Hombres de los Tres Mares, con sus lenguas contradictorias y sus antiguas enemistades, pudieran encontrar un propósito común.

Dondequiera que mirara, podía verlo, colgando flojo en la mañana sin viento: el Circunfijo.

¿No había pruebas en los milagros? ¿No es eso lo que decían los sacerdotes?

Balanceándose al galope de su caballo, Sorweel se encontró mirando un rostro tras otro, un extraño por cada latido del corazón, y encontrando un sombrío consuelo en la forma descuidada en que sus miradas pasaban junto a él. Se dio cuenta de que había una especie de seguridad en el clamor de la Gran Ordalía. En la presión de tantos, ¿cómo no ser olvidado? Y parecía que ése era el único deseo verdadero que le quedaba: ser olvidado.

Entonces, de la extraña manera en que los rostros familiares surgen del anonimato de los extraños, vio a Tasweer, el hijo de Lord Ostaroot, uno de los Altos Hombres Beatos de su padre. Dos caballeros Conriyanos lo llevaban tambaleándose, cada uno de ellos sosteniendo cadenas soldadas a un collar sobre su desollado cuello. Sus muñecas estaban cruelmente atadas. Sus codos habían sido arrancados hacia atrás con una vara de madera. Su pelo era tan salvaje como sus ojos, y su *parm*, la tradicional túnica acolchada de los nobles sakarpi, colgaba manchada, harapienta y sin cinturón por encima de las rodillas desnudas.

La mera visión de él arrancó el aliento de la garganta de Sorweel y le devolvió a las almenas barridas por la lluvia, donde había visto por última vez a Tasweer y a su padre. Casi podía oír el cacareo de los cuernos…

El joven no lo reconoció, sino que lo miró con la intensidad no fijada de los que son golpeados en las profundidades de sí mismos. Para su vergüenza, Sorweel apartó la mirada para juzgar el tiempo en el horizonte, se dijo a sí mismo. Sí, el tiempo. Su caballo se sentía como un junco debajo de él, como algo que se tambalea en el calor del verano. El mundo olía a barro cocinado al sol de la

mañana.

"¿Tú?", graznó una voz desde abajo.

El joven rey no pudo soportar la mirada.

"¿Sorweel?"

Obligado a bajar la vista, vio a Tasweer mirándole, con su rostro antes abierto, casi desconcertado, casi horrorizado, incluso casi alegre de corazón, pero en realidad ninguna de estas cosas. El cautivo se detuvo de golpe, parpadeando.

"Sorweel", repitió.

Sus escoltas conriyanos maldijeron y le dieron un golpe con las cadenas en señal de advertencia.

"¡No!", gritó el prisionero, apoyándose en los eslabones. Un ruido obstinado e impotente. "¡Nooo!", mientras lo arrojaban de rodillas al fango. "¡Sorweel! ¡S-sorweel! ¡Lucha contra ellos! ¡Tienes que hacerlo! ¡Córtales el cuello mientras duermen! ¡Sorweel! ¡Sorweel!"

Uno de los caballeros de barba cuadrada le golpeó de lleno en la boca, haciéndole perder la conciencia.

Como había sucedido tantas veces desde la caída de la ciudad, Sorweel se encontró dividido, dividido en dos almas distintas, una real y otra etérea. En el ojo de su alma, se deslizó de la silla de montar, con sus botas golpeando el barro resollante, y se abrió paso a hombros entre los conriyanos. Tiró de Tasweer para que se arrodillara y le sujetó la cabeza detrás de la oreja. La sangre salía de los orificios nasales del cautivo y coagulaba el grueso crecimiento que salía de su mandíbula. "¿Has visto?" gritó Sorweel a la cara rota. "¡Tasweer! ¿Has visto lo que le ha pasado a mi padre?"

Pero el corpulento Sorweel se limitó a seguir a su guía, con la piel de porcelana por el frío.

"¡Nooo!", gritó roncamente en el aire detrás de él, seguido de una risa estridente.

El joven rey de Sakarpus reanudó su estudio del tiempo inexistente. El verdadero horror de la derrota, se dio cuenta un núcleo de él, no estaba en el hecho de la capitulación, sino en la forma en que se enquistó en el corazón, la forma en que merodeó y se reprodujo y se enquistó.

La forma en que hizo destino de la caída.

Finalmente, llegaron al perímetro norte del campamento, a un amplio campo cuya extensión verde estaba marcada por amplias franjas de césped manchado de cascos y ornamentado por extensiones de berros amarillos en flor. Pequeños grupos de jinetes cabalgaban a distintos intervalos, respondiendo a los estruendosos gritos de sus comandantes. Sorweel se dio cuenta de que estaban haciendo ejercicios de escuadrón, montando una raza vigorosa que no era muy diferente de las utilizadas por los señores de la caballería sakarpi.

El esclavo le condujo a lo largo de una hilera de tiendas de lona blanca, la mayoría de ellas repletas de diversos tipos de tiendas. Mientras que antes habían pasado prácticamente desapercibidos, ahora atraían las miradas, sobre todo de los grupos de jinetes que merodeaban. Algunos incluso les llamaron, pero Sorweel no se dio cuenta. Incluso los buenos deseos se convertían en insultos cuando se gritaban en una lengua desconocida.

Finalmente, el esclavo se detuvo y desmontó ante un amplio pabellón blanco. Un estandarte carmesí había sido clavado en el suelo junto a la entrada. Llevaba un Circunfijo negro sobre un caballo dorado: el signo de los Kidruhil, la caballería pesada que tantos disgustos había causado a Harweel y a sus Altos Hombres Beatos en las escaramuzas que precedieron a la llegada de la Gran Ordalía. Un guardia con coraza dorada permanecía inmóvil junto a él; se limitó a asentir al esclavo mientras guiaba a Sorweel a través del umbral.

Un extraño aroma impregnaba el aire interior, agradable a pesar de los matices amargos. Como cáscaras de naranja quemándose. Se quedó rígido, mientras sus ojos se adaptaban a la luz del recinto. Los recovecos del pabellón carecían en gran medida de mobiliario y adornos: simples esteras de caña para el suelo, diversos accesorios colgados de los postes, un catre de mimbre y madera cubierto con cajas de pergaminos vacías. Los Circunfijos bordados en el lienzo del techo proyectaban vagas sombras sobre el suelo.

Anasûrimbor Kayûtas estaba sentado en la esquina de una mesa de campamento colocada contra el poste central, solo, salvo por un secretario calvo que entintaba mecánicamente líneas de escritura,

aparentemente añadiendo a los montones de papiros extendidos a su alrededor. El Príncipe Imperial se recostó en su silla, con los pies en forma de sandalia cruzados sobre las alfombras. En lugar de saludar a Sorweel, miraba de una hoja de papiro a otra, como si siguiera el hilo de alguna preocupación logística.

El enjuto guía de Sorweel se arrodilló, presionando su frente contra las esteras manchadas, y luego se retiró por donde había venido. Sorweel se quedó solo y sin aliento.

"Te preguntas", dijo Kayûtas, con los ojos fijos en las barras verticales de la escritura, "si fue un insulto deliberado..." Dejó una última hoja en el suelo, siguiéndola con los ojos que aún leían. Miró a Sorweel, haciendo una pausa en la evaluación. "Que un esclavo te traiga así".

"Un insulto", se oyó responder a Sorweel, "es un insulto".

Una bonita sonrisa. "Me temo que ningún tribunal es tan sencillo".

El Príncipe Imperial se inclinó hacia atrás y se llevó un cuenco de madera a los labios: agua, observó Sorweel después de dejarlo.

No era poca cosa, estar ante el hijo de un dios vivo. Incluso con el pelo recortado tan cerca y tan curiosamente de los contornos de su cráneo, Kayûtas se parecía mucho a su padre. Tenía el mismo rostro largo y fuerte, los mismos ojos brillantes como perlas. Incluso tenía los mismos modales desconcertantes. Todos sus movimientos parecían seguir líneas preestablecidas, como si su alma hubiera trazado de antemano todas las distancias más cortas. Y cuando se quedaba quieto, se quedaba totalmente quieto. Pero a pesar de todo, Anasûrimbor Kayûtas seguía poseyendo un aura *mortal*. No cabía duda de que vacilaba como otros hombres, de que su piel, si se le apretaba, era fina y cálida...

Que podría sangrar.

"Dime", continuó el Príncipe Imperial, "¿cómo llaman tus compatriotas a los hombres que intercambian palabras inútiles?"

Sorweel trató de disipar sus nervios. "Medir las lenguas".

El Príncipe Imperial se rió de la astucia de esto. "Excelente. ¡Un nombre para el jnan, si es que alguna vez lo hubo! Prescindamos entonces de la 'medición de la lengua'. ¿De acuerdo?"

El secretario continuó rascando caracteres en el papiro.

"De acuerdo", respondió Sorweel con cautela.

Kayûtas sonrió con lo que parecía un auténtico alivio. "Dejadme hablar del asunto entonces: Mi padre necesita algo más que tu ciudad, necesita también la obediencia de su pueblo. Supongo que sabes muy bien lo que esto significa..."

Sorweel lo sabía, aunque cada vez era más difícil de contemplar. "Me necesita".

"Precisamente. Por eso estás aquí, para darle a tu gente una participación en nuestra gloriosa empresa. Para que Sakarpus sea parte de la Gran Ordalía".

Sorweel no dijo nada.

"Pero, por supuesto", continuó el Príncipe Imperial, "seguimos siendo el enemigo, ¿no? Lo que supongo que hace que todo esto sea poco más que una astuta estratagema para ganar tu lealtad... una forma de engañarte para que traiciones a tu pueblo".

Era demasiado tarde para eso, no pudo evitar pensar Sorweel. "Tal vez".

"Tal vez", repitió Kayûtas con un bufido. "¡Tanto como para no medir las lenguas!"

Una mirada apagada y resentida.

"Bueno, no importa", continuó el Príncipe Imperial. "Al menos cumpliré *mi* parte del trato". Guiñó un ojo como si fuera una broma. "Puede que no tenga el Don de los Pocos, pero soy hijo de mi padre y poseo muchos de sus puntos fuertes. Los idiomas me resultan fáciles, como supongo que demuestra esta conversación. Y no necesito más que mirarte a la cara para ver tu alma, no tan claramente como la de mi padre, ciertamente, pero lo suficiente como para sondear la medida de ti o de cualquier otra persona ante mí. Puedo ver la profundidad de tu dolor, Sorweel, y aunque creo que tu gente simplemente ha cosechado las consecuencias de su propia insensatez, *lo comprendo*... Si no me compadezco, es porque te mantengo en los mismos estándares de conducta masculina que lo haría *tu* padre. Los hombres lloran a las esposas y a las almohadas...

"¿Me entiendes?"

Sorweel parpadeó avergonzado de repente. ¿También tenían espías vigilando su sueño?

"Excelente", dijo Kayûtas, como un capitán de campo complacido por el vigor de la respuesta de su compañía. "También

debo decirte que *me molesta* este cargo de mi padre. Incluso me molesta esta entrevista, no sólo por falta de tiempo, sino porque la considero indigna. Detesto la política, y esta relación que mi padre nos ha impuesto no es sino política. Aun así, reconozco que estas pasiones son producto de mi propia debilidad. No voy a responsabilizarte de ellas, como podrían hacer otros hombres. Mi padre quiere que sea como un hermano para ti… Y como mi padre es más Dios que Hombre, haré exactamente lo que él desea".

Hizo una pausa como si quisiera dejar espacio para que Sorweel respondiera, pero el joven rey apenas pudo ordenar sus pensamientos, y mucho menos hablar. Kayûtas había sido tan directo como había prometido, y sin embargo, al mismo tiempo, su discurso parecía doblado hasta la deformidad, cargado de una inteligencia demasiado penetrante, plagado de una autoconciencia casi obscena…

¿Quiénes eran esas personas?

"Puedo ver el rescoldo de la sedición en tus ojos", reanudó Kayûtas, "un hambre salvaje de destruirte en el acto de vengar a tu padre". Su voz había escalado de algún modo los paneles de lona circundantes, de modo que parecía caer desde todas las direcciones. "En todo momento luchas, porque no sabes si mi padre es un demonio, como afirman tus sacerdotes, o el Salvador que los Hombres de los Tres Mares *saben* que es. No te lo niego, Sorweel. Todo lo que pido es que investigues con un corazón abierto. Me temo que la prueba de la Santa Misión de mi padre llegará pronto…"

Hizo una pausa, como si le distrajera algún pensamiento inesperado. "Quizás", continuó, "si tenemos la suerte de sobrevivir a esa prueba, tú y yo podremos tener una conversación diferente".

Sorweel se quedó rígido, resistiendo la sensación de inutilidad que le invadía. ¿*Cómo*? era todo lo que podía pensar. *¿Cómo se puede luchar contra enemigos como estos?*

"Mientras tanto -dijo el Príncipe Imperial con aire de pasar a asuntos más prácticos-, tienes que aprender sheyico, por supuesto. Haré que te asignen un instructor. Y tienes que demostrar a mis Maestros de Caballería que eres un verdadero hijo de Sakarpus. Ahora eres un capitán Kidruhil Imperial, Sorweel, un miembro de la ilustre Compañía de Vástagos…" Bajó la barbilla con una curiosa

sonrisa. "Y yo soy tu general".

Otra larga pausa de apreciación. El viejo secretario se había detenido para cortar una nueva punta de su pluma, que sostenía con los dedos empapados de tinta. Sorweel lo sorprendió echando una rápida mirada en su dirección.

"¿Te parece bien?" Preguntó Kayûtas.

"¿Qué opción tengo?"

Por primera vez, algo parecido a la compasión cruzó el rostro del Príncipe Imperial. Respiró como si estuviera tomando aire para las palabras cruciales. "Eres el hijo guerrero de un pueblo guerrero, Sorweel. Quédate en Sakarpus, y serás poco más que un cautivo cuidadosamente manejado. Peor aún, nunca resolverás la confusión que incluso ahora ahoga tu corazón. Cabalga conmigo y con mi hermano, y verás, de un modo u otro, qué clase de rey debes ser".

Apenas entendía lo que estaba pasando, así que ¿cómo podía saber lo que debía o no debía hacer? Pero el sonido de la resolución tenía corazón. Y además, estaba desarrollando un talento para los comentarios petulantes. "Como he dicho", respondió Sorweel, "qué elección".

Anasûrimbor Kayûtas asintió, más bien como un cirujano de campo que mira su obra, pensó Sorweel.

Basta con que obedezca…

"El esclavo que te ha traído aquí -continuó el Príncipe Imperial en un tono de broma- se llama Porsparian. Es de Shigek, una antigua tierra al sur de…"

"Sé dónde está".

¿Había llegado a esto? ¿Había llegado al punto en que interrumpir a sus opresores podía contar como venganza?

"Por supuesto que sí", respondió Kayûtas con una sonrisa parcialmente reprimida. "Porsparian tiene facilidad con las lenguas. Hasta que te encuentre un instructor, practicarás tu sheyico con él…" Con una sonrisa, el hombre se inclinó sobre la mesa para levantar una hoja de papiro entre sus dedos índice y delantero.

Se lo tendió a Sorweel, diciendo: "Toma".

"¿Qué es?"

"Una orden de servidumbre. Porsparian es ahora tuyo".

El joven rey parpadeó. Llevaba tanto tiempo mirando la espalda del esclavo que apenas recordaba su aspecto. Tomó la hoja en sus

manos y se quedó mirando los incomprensibles caracteres.

"Sé", continuó Kayûtas, "que lo tratarás bien".

En ese momento, el Príncipe Imperial volvió a su lectura, actuando por todo el mundo como si su conversación nunca hubiera ocurrido. Adormecido, salvo en el lugar donde la sábana le quemaba las yemas de los dedos, Sorweel se retiró. Justo cuando se dio la vuelta para cruzar el umbral, la voz de Kayûtas lo hizo detenerse.

"Ah, sí, y una última cosa", dijo al papiro. "Mi hermano mayor, Moënghus… Ten cuidado con él".

El joven rey intentó responder, pero se detuvo tartamudeando. Hizo una mueca, respiró entre el martilleo de su corazón y volvió a intentarlo. "¿Por qué?"

"Porque", dijo Kayûtas, con los ojos todavía recorriendo los caracteres entintados, "está bastante loco".



Al salir del pabellón del Príncipe Imperial, Sorweel se dijo que parpadeaba por la nitidez del sol. Pero sus mejillas ardientes y su garganta dolorida sabían que no era así, al igual que sus manos ligeras como gorriones.

¿Qué debo hacer?

Los gritos de los soldados de caballería se propagaron por el viento, seguidos por el graznido de un cuerno, alto y estridente, por encima del estruendo profundo que era la Gran Ordalía. El sonido parecía cortar, pelar, exponerlo más allá de la piel.

¿Cuántos reyes? ¿Cuántos hombres con alma de lúgubre?

¿Qué era Sakarpus comparado con cualquier nación de los Tres Mares, por no hablar del poder y la majestuosidad que era el Nuevo Imperio? Un dios por emperador. Los hijos de un dios por generales. Un mundo entero por un bastión. Sorweel había escuchado los informes de los espías de su padre en las semanas anteriores al asalto de la Ordalía a la ciudad. Los guardianes de la mierda. Así lo llamaban los Hombres de los Tres Mares a él y a sus parientes…

Los guardianes de la mierda.

Una sensación de vacío le invadió, como la de olvidarse de respirar, sólo que más profunda. Qué diría su padre, viéndole una y otra vez sin poder hacer nada, no por las artimañas o la crueldad de

su enemigo, sino por… por…

¿Soledad?

El esclavo, Porsparian, le observaba desde la sombra de sus caballos. Sin saber qué hacer, Sorweel se limitó a acercarse y a pasarle la cédula de esclavitud.

"Yo…" empezó, sólo para atragantarse con las lágrimas que brotaban. "YO…"

El anciano se quedó boquiabierto, alarmado y sin voz. Agarró los antebrazos de Sorweel y presionó suavemente la escritura contra la tela acolchada de su túnica de parma. Y Sorweel sólo pudo pensar: Lana, aquí está el Rey vestido con trapos de lana.

"¡*Le he fallado*!", sollozó a la esclava incomprensiva. "¿No *lo ves? ¡Le he fallado!*"

El viejo Shigeki le agarró por los hombros y le miró fijamente a los ojos, angustiados. El rostro del hombre, al parecer, no era tan diferente del escrito que Sorweel sostenía contra su pecho: liso, salvo en los puntos en los que había líneas de escritura desconocida, a lo largo de la frente, alrededor de los ojos y el hocico, tan oscuros como cualquier tinta, como si el dios que lo había esculpido hubiera golpeado demasiado profundo con el cuchillo.

"¿Qué hago?" Sorweel murmuró y jadeó. "¿Qué hago ahora?"

El hombre pareció asentir, aunque los ojos amarillos permanecieron fijos, inmóviles. Poco a poco, por razones que Sorweel no podía comprender, su respiración se hizo más lenta y el rugido de sus oídos desapareció.

Porsparian le condujo a sus aposentos, dando demasiadas vueltas para que Sorweel pudiera recordarlas. La tienda era lo suficientemente grande como para poder estar de pie, y estaba amueblada con nada más que un catre para él y una estera para su esclavo. Durante la mayor parte de la tarde, se quedó tumbado en un ensueño sombrío, mirando la tela blanca, observando cómo subía y bajaba como la camisa de un hermano pequeño dormido. No prestó atención a los porteadores cuando llegaron con su escasa colección de cosas. Sostuvo por un tiempo el torque de su padre, una reliquia milenaria de la dinastía Varalt, estampada con el sello de su familia: la torre y el lobo bicéfalo. Se lo acercó al pecho, lo aferró con tanta fuerza que estaba seguro de que los zafiros lo habían cortado. Pero cuando miró no había sangre, sólo una

impresión que se desvanecía rápidamente.

El rey Proyas llegó cuando los paneles de la tienda se volvieron céreos con la luz mortecina. Pronunció unas palabras jocosas en sheyico, quizás esperando animar con su tono. Cuando Sorweel no respondió, el Exalto-General miró al joven rey con una especie de remordimiento magistral, como si viera en él alguna imagen de su propio pasado no tan amable.

Porsparian se arrodilló con la frente en el suelo durante toda la visita.

Después de que Proyas se marchara, los dos se sentaron en absoluto silencio, rey y esclavo, reflexionando sobre la forma en que la creciente oscuridad hacía que todo fuera transparente para el coro vespertino del campamento. Guerreros que cantan. Caballos malhumorados. Entonces, cuando la oscuridad era casi completa, oyeron a alguien, un soldado Kidruhil, relevándose detrás de la esquina más alejada de la tienda. Sorweel se encontró sonriendo al viejo Shigeki, que era poco más que una silueta sentada en el suelo a una distancia considerable. Cuando el soldado se tiró un pedo, Porsparian cacareó bruscamente, balanceándose de un lado a otro con sus enjutas piernas atrapadas en los brazos. Se rió como lo haría un niño, gorjeando contra el fondo de su garganta. El efecto era tan absurdo que Sorweel se encontró aullando con el viejo loco.

Después, Sorweel se sentó en el extremo de su catre mientras Porsparian se ocupaba de encender un farol. Todo parecía desnudo a la luz, expuesto. Sin dar explicaciones, el viejo Shigeki desapareció a través de la solapa, en el temible mundo que murmuraba y retumbaba más allá de la lona engrasada. Sorweel se quedó mirando el farol, que era poco más que una mecha en un cuenco de bronce, hasta que le pareció que su vista quedaría estropeada para siempre. El punto de luz parecía tan claro, tan susurrantemente puro, que casi podía convencerse de que arder era la muerte más dichosa de todas.

Sólo apartó la vista cuando Porsparian regresó trayendo pan sin levadura y un cuenco humeante: algún tipo de guiso. El aroma de la pimienta y otras especias exóticas se extendió por la tienda, pero Sorweel, tan demacrado como estaba, no tenía apetito. Después de insistir, finalmente convenció al esclavo de que se comiera toda la comida en lugar de, como Sorweel supuso, esperar a las sobras que

pudiera dejar.

Le pareció extraño que los hombres no necesitaran compartir un idioma para hablar de la comida.

Se sentó en el extremo de su catre como antes, observando al diminuto Shigeki. Sin un suspiro de timidez, el hombre apartó una de las ásperas esteras de caña, dejando al descubierto un trozo de césped magullado. Separó las hierbas, arrullando con una voz extraña mientras las peinaba con los dedos, y luego comenzó a rezar sobre la línea de tierra desnuda que había descubierto. En un momento de intensidad casi vergonzosa, Porsparian apretó la mejilla contra el suelo, con fuerza, de la misma manera que un adolescente podría apretar contra un amante dispuesto. Murmuró algo -una oración, supuso Sorweel- en un idioma mucho más gutural que el sheyico. Sosteniendo la mano como una espátula, presionó una ranura en la tierra negra: una boca ritual, se dio cuenta Sorweel momentos después, cuando Porsparian colocó una pequeña porción de pan en ella.

Por algún truco de la luz, parecía que la boca de tierra *se cerraba.*

Haciendo una mueca de satisfacción, el enigmático hombrecillo rodó sobre su grupa y comenzó a introducir la comida en su propia boca de dientes grises y amarillos.

Aunque Porsparian comía con la cruda honestidad de un Saglander, Sorweel no pudo evitar ver una especie de triste poesía en su festín. El placer interior de sus ojos, la curvatura de sus muñecas al levantar cada bocado de pan empapado de guiso, la ligera inclinación de su cabeza hacia atrás al abrir sus labios de color marrón oscuro. El joven rey se preguntó cómo era posible que dos hombres tan distintos, un mundo aparte en edad, posición y origen, pudieran *compartir* un momento así. Ninguno de los dos hablaba; ¿qué podían decir, con sus lenguas envueltas en sonidos diferentes para significados similares? Pero incluso si hubieran podido hablar entre ellos, Sorweel estaba seguro de que no habrían dicho nada. Todo, al parecer, era manifiesto.

No era necesario hablar nada porque todo se podía ver.

Sentado como estaba, observando como observaba, se apoderó de él una especie de generosidad salvaje, esa locura alegre que vaciaba arcas y bolsillos. Sin pensarlo, metió la mano bajo el catre y

recuperó la cédula de servidumbre que Kayûtas le había entregado esa misma mañana. ¿Qué importaba, pensó, si ya estaba muerto? Por primera vez creyó comprender la libertad que se escondía en el frío seno de la pérdida.

Porsparian, repentinamente receloso, había dejado su cuenco para observarlo. Sorweel pasó por delante de él para ponerse en cuclillas sobre el farol, extrañamente consciente de la forma en que su sombra se tragaba los cuartos traseros de la tienda. Extendió el papiro para que la luz brillara a través de las líneas pulidas de los juncos utilizados para hacer las hojas. Luego lo acercó a la llama de la lágrima...

Sólo para que el escrito fuera arrebatado por un Porsparian que pataleaba y maldecía. Sorweel se levantó de un salto, incluso levantó las manos, pues por un momento pensó que el viejo esclavo iba a golpearle. Pero el hombre se limitó a agitar la hoja hasta que la llama se apagó. Sus bordes superiores estaban rizados y ennegrecidos, pero por lo demás estaba intacta. Respirando agitadamente, los dos se miraron durante un momento de locura, el rey flojo y desconcertado, el esclavo braceando con el desafío del viejo.

"Somos un pueblo libre", dijo Sorweel, luchando contra una renovada sensación de temor e inutilidad. "No comerciamos con los hombres como si fueran ganado".

El Shigeki de ojos amarillos sacudió la cabeza de forma lenta y deliberada. Como si renunciara a un cuchillo, dejó el escrito sobre las mantas despeinadas del catre de Sorweel.

Entonces hizo algo inexplicable.

Inclinándose por la cintura sobre el farol, pasó el dedo por los bordes de la llama, sin darse cuenta del calor. Se enderezó y se quitó la túnica, revelando el pecho hundido de un anciano, con pelos grises salvajes sobre la piel marrón nuez. Con el negro de la lámpara en la punta del dedo, trazó lo que Sorweel reconoció inmediatamente como una hoz sobre su corazón.

"Yatwer", respiró el hombre, con los ojos encendidos con una especie de intensidad amargada. Extendió la mano y agarró al joven rey por el brazo. "¡Yatwer! "

"No entiendo", balbuceó Sorweel. "¿La Diosa?"

Porsparian dejó que su mano se deslizara por el brazo de

Sorweel, un gesto extrañamente posesivo. Agarró la muñeca del joven Rey, pasó un pulgar por su brazalete de caballo antes de girar la mano con la palma hacia afuera. "Yatwer", susurró, con los ojos llenos de lágrimas. Atrayendo la palma de Sorweel entre ellas, se inclinó hacia delante y besó la cuenca de piel suave.

El fuego trepó por la piel del joven Rey. Intentó tirar de su mano hacia atrás, pero el anciano lo sujetó con la fuerza de los cepos recién fundidos. Hizo rodar su rostro enrarecido por la edad por encima de la palma de Sorweel, como si se adormilara al son de una melodía inaudita. Una sola lágrima golpeó el lugar donde sus labios habían tocado…

Parecía arder y cortar a la vez, como algo fundido que cae sobre la nieve.

Entonces el esclavo pronunció una sola palabra en Sakarpico, tan repentina y tan clara que Sorweel estuvo a punto de saltar.

"*Guerra…*"



Estaba asombrado por esta gente. Su tortuoso refinamiento. Sus caminos laberínticos. Su fe y su hechicería. Incluso sus esclavos, al parecer, poseían un poder enigmático.

Durante una guardia tras otra, Sorweel permaneció rígido en su catre, sosteniendo su propia mano, presionando la imposible ampolla en su palma. Porsparian dormía en el suelo en la casi oscuridad, con su respiración entrecortada por una tos y un resoplido periódicos. Cuando por fin aprendiera su idioma, Sorweel decidió que se burlaría del hombre por roncar como una anciana.

Los sonidos de la Gran Ordalía disminuyeron, se apagaron y se alejaron hasta que el joven Rey casi pudo creer que sólo quedaba su tienda, solitaria en una llanura pisoteada. Hubo, al parecer, un momento de *absoluto* silencio, un momento en el que cada latido del corazón vaciló, cada respiración se detuvo, y la adormecida inmovilidad de la muerte cayó sobre todas las cosas.

Le pidió que lo llevara. Era lo más cerca que había estado de la oración desde el día en que murió su padre.

Entonces oyó algo. Al principio era casi demasiado amplio para distinguirlo de la quietud, como si las alas, extendidas en exceso, se

convirtieran simplemente en el cielo. Pero poco a poco, los contornos se resolvieron desde el fondo, una especie de rugido poroso, algo sin un origen singular, sino nacido de muchos. Durante mucho tiempo, no pudo situarlo, y por un momento de pánico llegó a imaginar que procedía de la ciudad, los gritos y llantos combinados de su pueblo, agonizando bajo las espadas de sus conquistadores de piel oscura.

Entonces, en un arrebato, se dio cuenta…

Las cigüeñas.

Las cigüeñas llamaban desde el otro lado de las colinas nocturnas. Siempre lo hacían, cada primavera. La leyenda decía que cada una de ellas cantaba a una estrella diferente, nombrando a sus hijos e hijas, suplicando, engatusando, guiando el descenso de los polluelos de innumerables almas de palo…

Sorweel finalmente se adormiló, abrigado por los pensamientos de su madre y su primera visita de la infancia al Nido Viturno. Podía recordar su belleza, menguada y pálida. Podía recordar la frialdad de su mano en torno a la suya, como si el destino hubiera empezado a desprenderse de su vida ya entonces. Podía recordar que contemplaba con asombro las cigüeñas, miles de ellas, que formaban terrazas blancas en las laderas.

"*¿Sabes por qué vienen aquí, Sorwa*? "

"*No, mamá…*"

"*Porque nuestra ciudad es el Refugio, la bisagra de la Rueda del Mundo. Vienen aquí como una vez vinieron nuestros antepasados, querido…*"

Su sonrisa. Siempre había parecido lo más obvio del mundo.

"*Vienen para que sus hijos estén a salvo*".



Más tarde, esa noche, se despertó horrorizado, como un guardia sorprendido durmiendo la noche de una gran batalla. Todo se revolvió en alarma y desorden. Se incorporó con una respiración que era un grito, y a los pies de su catre vio a su *padre* sentado, de espaldas a él, llorando por su esposa muerta.

La madre de Sorweel.

"Está bien, papá", dijo, tragando contra sus propias lágrimas.

"Ella nos vigila… Ella nos vigila todavía".

En ese momento, la aparición se puso rígida, a la manera de los hombres orgullosos gravemente insultados, o de los hombres rotos y burlados por la pérdida que los había abrumado. La garganta de Sorweel se apretó, se volvió caliente y delgada como un junco ardiente, hasta el punto de no poder respirar…

El fantasma de Harweel giró su cabeza quemada, revelando un rostro sin esperanza ni ojos. Los escarabajos se desprendieron de las juntas de su maldita armadura, chasquearon y se escabulleron en la oscuridad.

Los muertos, ralló sin sonido, *no pueden ver*.



El amanecer no era más que una franja gris en el este. Sin embargo, los innumerables campamentos habían sido levantados, las tiendas y los pabellones derribados, las cuerdas de sujeción enrolladas y apiladas, los grandes trenes de equipaje cargados. Los hombres se tomaban el aliento humeante en las manos y miraban a través de las distancias heladas. Las bestias de carga pataleaban y se quejaban en la oscuridad.

Con una yunta de veinte bueyes, los sacerdotes llevaron el gran carro hasta el punto más alto de los alrededores, una loma con antiguos cimientos. El lecho del vehículo se había construido con maderas típicas de la construcción de barcos, pues su tamaño era tal. Cada una de las ocho ruedas de hierro era tan alta como un olivo. Los esclavos trepaban por el armazón, deshaciendo los nudos que fijaban la lona con bordes redondeados. Enrollaron la cubierta carmesí y dorada hacia atrás, dejando al descubierto un cilindro de hierro suspendido horizontalmente y tan largo como un esquife. Todas las superficies estaban adornadas con inscripciones -versos del Colmillo en las distintas lenguas de los Tres Mares- que le daban un aspecto antiguo y arrugado.

A la orden del Sumo Sacerdote, un imponente eunuco levantó el Martillo de Oración… y golpeó. Sonó el Intervalo, un toque sonoro de gran alcance que, de alguna manera, se elevó del silencio sin romperlo, se colgó en los oídos antes de desvanecerse en grados imperceptibles.

Los Hombres del Circunfijo reunidos miraban hacia el horizonte, esperando. Para los que estaban al otro lado de las laderas más altas, su número apenas parecía posible, tan lejos llegaban las formaciones en la distancia. Las falanges Nilnameshi, con una hilera de mastodontes acorazados corriendo como una columna vertebral en medio de ellas. Los Thunyerios con sus hachas de largo filo. Los Tydonnios con sus barbas de lino atadas a sus fajas. Y así sucesivamente. Alto Ainon, Conriya, Nansur, Shigek, Eumarna, Galeoth, Girgash; las huestes de una docena de naciones, dispuestas alrededor de los relucientes estandartes de sus reyes, esperando…

Algunos ya estaban de rodillas.

Sin previo aviso, los Thunyerios comenzaron a maldecir y agitar los brazos, escupiendo odio hacia el Norte. Sus gritos entrecortados se extendieron y se convirtieron en un coro atronador que pronto resonó en toda la Ordalía, aunque muchos no conocían las palabras que recitaban.

¡Hur rutwas matal skee!
¡Hur rutwas matal skee!

Los hombres extendieron sus brazos como si pudieran, con sus almas, alcanzar los miles de kilómetros hasta Golgotterath y luchar contra él con ira y ardor solamente. Cada uno vio la tribulación venidera en el ojo de su alma, y en su corazón, su triunfo estaba más que asegurado, estaba decretado…

¡Hur rutwas matal skee!
¡Hur rutwas matal skee!

El Intervalo volvió a sonar, resonando a través del clamor de las mil gargantas, y el rugido se desvaneció en un silencio expectante. Los *ghus*, los cuernos de la oración oceánica, sonaron justo cuando la luz del este grabó el horizonte en oro brillante, como una copa inclinada hasta el desbordamiento.

La pintura dorada brillaba. Los estandartes del Circunfijo colgaban lánguidos en el aire frío. Un presentimiento recorrió la asamblea, y los gritos de desafío y adulación se elevaron una vez más, de la misma manera que el viento podría arrancar una segunda lluvia de los árboles empapados. Su Emperador-Aspecto,

podían sentirlo.

Caminaba por la bóveda celeste, resplandeciente bajo un sol que aún no había llegado a las masas de abajo. El naranja y el rosa pintaban las bridas orientales de su túnica de seda blanca. Sus cabellos dorados y su barba trenzada brillaban. La luz de las estrellas brillaba en sus ojos, que colgaban en lo alto. Los Hombres de los Tres Mares aullaron y rugieron en adoración, una cacofonía de lenguas. Extendieron la mano, levantaron las puntas de los dedos para tocar su remota imagen.

"SOSTENGA MI LUZ", llamó la figura colgante en forma de trueno.

El borde del sol hervía sobre el horizonte, y la mañana amaneció sobre la Gran Ordalía. El calor besó las mejillas de los que miraban.

"PORQUE HOY RECORREMOS LOS CAMINOS DE LA SOMBRA…"

Y cayeron de rodillas: guerreros y escribas, reyes y esclavos, sacerdotes y hechiceros, más de doscientas ochenta mil almas, la mayor reunión de brazos humanos y gloria que el mundo había visto jamás. Eran tantos que parecía que el suelo del mundo había caído con su arrodillamiento. Levantaron sus rostros y gritaron, pues la luz había llegado a ellos…

Y el sol había seguido.

"ENTRE TODOS LOS PUEBLOS, SÓLO TÚ HAS ASUMIDO EL YUGO DEL APOCALIPSIS. ENTRE TODOS LOS PUEBLOS, SÓLO TÚ…"

Para los sakarpi que observaban desde sus almenas rotas, era una cosa de asombro y horror. Muchos sintieron una especie de consternación colgante, similar a la que aflige a los hombres que hacen declaraciones prepotentes. Todos habían supuesto que el Segundo Apocalipsis y la marcha a Golgotterath eran simplemente un pretexto, que la Gran Ordalía era un ejército de conquista, y el asalto a Sakarpus otro capítulo de las Guerras de Unificación, sobre las que habían oído tantos rumores y cuentos atroces. Pero ahora…

¿No fueron testigos de la palabra del Emperador-Aspecto?

Nadie se atrevió a burlarse. Ni una sola burla se alzó contra el extático rugido. Escucharon la voz celestial de su conquistador, y aunque el idioma les venció, creyeron entender lo que se decía. Sabían que la escena que tenían ante sí se celebraría durante mil

años, que los relatos de la misma se recitarían a la manera de *Las Sagas* o incluso de *La Crónica del Colmillo*.

El día en que la Gran Ordalía marchó más allá de las fronteras de los Hombres.

Los orgullosos y los amargados lo celebraron, pensando que los Reyes del Sur marchaban a su perdición. Pero aquella tarde, mucho después de que la última de las columnas que se arrastraban se desvaneciera por las crestas del norte, miles de sakarpi bajaron a las calles para escuchar los sermones de los Jueces vestidos de blanco y verde. Tomaron los trozos de alambre de cobre que se les ofrecían, para retorcerlos en forma de Circunfijos.

Después, se aferraron a sus burdas fichas de la misma manera que los niños a veces se aferran a las chucherías que han capturado su imaginación. El Circunfijo. Un símbolo *vivo* de un dios *vivo*. Parecía una maravilla, todas las historias, todas las posibilidades brillantes, el clamor dorado de una realidad más profunda e indulgente. Caminaban juntos en grupos susurrantes, miraban a los que los increpaban con tanta piedad como hostilidad defensiva. El orgullo, les habían dicho los Jueces, era siempre el pecado de los tontos.

Aquella noche se arrodillaron por lo que parecía ser la primera vez, y dieron voz al gran dolor sin respuesta de sus corazones. Sostuvieron sus Circunfijos calientes entre las palmas húmedas, *y rezaron*. Y el escalofrío que les salpicaba la piel parecía sagrado.

Sabían lo que habían visto, lo que habían sentido.

Porque ¿quién podría ser tan tonto como para confundir la Verdad?

CAPÍTULO OCHO

El río Rohil

La voluntad de ocultar y la voluntad de engañar son una misma cosa. En verdad, un secreto no es más que un engaño que no se dice. Una mentira que sólo los dioses pueden escuchar.

-MEREMPOMPAS, EPISTEMATA

Principios de primavera, Año Nuevo Imperial 19 (Año del Colmillo 4132), la cabecera del río Rohil

El plan consistía en seguir los afluentes del río Rohil hasta las montañas de Osthwai, para luego cruzar los pasos de Ochain y adentrarse en el desierto de Meörn, donde casi todas las compañías de Escalpoi que frecuentaban Tuétano cazaban su inhumana presa. Era, aseguró Kiampas a Achamian, una ruta antigua y muy transitada. "Tan fiable como cualquier otra en este malvado comercio", había dicho. Las cosas no se pondrían interesantes, supuso, hasta que hubiesen "pasado la Franja", siendo la Franja la frontera fluida y siempre en retroceso de lo que Sarl llamaba "país flaco", tierra poblada por los Sranc.

Las dos primeras noches Achamian hizo y levantó su propio campamento y preparó sus propias comidas. La tercera noche, Sarl le invitó a cenar en la hoguera del capitán, que además de Lord

Kosoter y Sarl, incluía a Kiampas e Incariol. Al principio, Achamian no sabía qué esperar, pero luego, tras cenar un banquete de carne de venado y brotes de zumaque hervidos, se dio cuenta de que había sabido cómo sería todo el tiempo: Sarl hablando sin parar de todo y de nada, con Kiampas contribuyendo con sus prudentes comentarios, el No-Hombre añadiendo observaciones crípticas y a veces sin sentido, y el Capitán mirando fijamente la noche sin decir nada.

La invitación no se extendió a la noche siguiente, y Achamian echó humo, no por haber sido excluido, sino por la soledad ahogada que acompañaba a la exclusión. De todos los posibles peligros que habían asolado el ojo de su alma, la enfermedad del corazón había sido la menor de sus preocupaciones. Y sin embargo, aquí estaba, cuatro noches fuera, deprimido como el enano marginado del templo. Hizo todo lo posible por mantener la mirada fija en su humilde fuego. Pero por muy vehementes que fueran sus maldiciones, su mirada se desviaba hacia la charla y las risas que emanaban de los otros campamentos. Evidentemente frecuentados por otras compañías, toda la zona había sido limpiada de maleza, por lo que podía ver claramente al resto de los Devoradores de Piel entre los antiguos olmos, con sus hogueras enclavadas en las depresiones entre las jorobas de tierra compactada, con anillos de iluminación entrelazados, anémicos y anaranjados, que trazaban los troncos y las extremidades contra el negro del bosque mayor.

Achamian casi había olvidado lo que era ver a los hombres alrededor de sus fuegos. Los brazos cruzados contra el frío. Las bocas sonriendo, riendo, con la lengua y los dientes asomando a la luz del fuego. Las miradas saltando de un rostro a otro dentro de la jaula de la camaradería, para volver a las brasas del horno durante las inevitables pausas. Al principio le pareció algo temible, una exposición de lo que hacen los humanos cuando dan la espalda al mundo, su interioridad expuesta a las bóvedas de la oscura infinidad, abiertas como ostras, sin más muros que una naturaleza guerrera. Pero a medida que pasaban los momentos, el espectáculo le resultaba cada vez más conmovedor, hasta el punto de sentirse viejo y sensiblero. Que en un lugar tan vasto y tan oscuro criaturas tan frágiles se atrevieran a reunirse en torno a chispas llamadas luz. Parecían a la vez preciosas y amenazadas, como joyas extraviadas

en un terreno abierto, algo que seguramente sería recogido por envidiosas enormidades.

Su escrutinio no pasó desapercibido. La primera vez que se dio cuenta de que el hombre le observaba, Achamian simplemente apartó la mirada. Pero cuando volvió a mirar momentos después, el hombre seguía mirándolo fijamente. Achamian lo reconoció como el Ketyai que había llegado a la reunión inicial de la compañía en Tuétano, revolviendo los dobladillos de sus batas blancas de Nilnameshi. Lo que podría haber sido un momento difícil pasó entre ellos, luego el hombre estaba de pie, hablando y asintiendo en su dirección. La mayoría de los miembros de su ecléctico grupo le siguieron con la mirada, algunos torciendo el cuello, otros inclinándose para ver más allá de sus compañeros, una serie de miradas encapuchadas y superficiales. Achamian los había visto a todos innumerables veces en el camino, se había preguntado por sus historias, pero no había compartido palabras con ninguno de ellos. Imaginó que no importaría mucho aunque lo hubiera hecho. Al igual que las mesas de hidromiel, las hogueras parecían convertir a todos en extranjeros.

El nilnameshi se apartó de los demás para venir a agacharse junto a la humilde llamita de Achamian. Sonrió, se encogió de hombros y se presentó como Somandutta. Era relativamente joven, bien afeitado, como era costumbre en los nobles de la casta nilnameshi, con ojos amables y una boca de labios carnosos, el tipo de hombre que inspiraba a los maridos a ser más amables con sus esposas. Parecía parpadear continuamente, pero era un hábito que sólo parecía ridículo la primera vez que lo notabas, y que luego se volvía muy natural.

"Tú no eres uno de ellos", dijo, asintiendo con las cejas alzadas hacia el fuego del Capitán. "Y ciertamente no eres uno de la Manada". Inclinó la cabeza hacia su derecha, en dirección a tres hogueras vecinas, cada una de ellas repleta de rostros más jóvenes de color amarillo fuego, la mayoría con largos bigotes Galeothi. "Eso significa que debes ser uno de los Mordidos".

"¿Los Mordidos?"

"Sí", dijo, sonriendo ampliamente. "Uno de nosotros".

"Uno de ustedes".

El rostro generoso lo miró por un momento, como si tratara de

decidir cómo interpretar su tono. Luego se encogió de hombros, sonrió como quien recuerda una sensata promesa en el lecho de muerte. "Ven", dijo simplemente. "Tu barba tiene la pegada del humo".

Aunque no tenía ni idea de lo que quería decir el nilnameshi, Achamian se encontró siguiendo al hombre. El "golpe de humo", como resultó, se refería al hachís. Le entregaron una pipa en el momento en que se acercó al fuego, y lo siguiente que supo Achamian fue que estaba sentado con las piernas cruzadas en el centro de atención de los fumadores. Tal vez por nerviosismo, aspiró profundamente.

El humo ardía como plomo fundido. Rugieron de risa mientras él se ponía morado.

"¡Mira!" Oyó gritar a Somandutta. "¡No fui sólo yo!"

"¡Mago!", gruñó alguien y se animó. Otros lo secundaron: "¡Mago-Mag-Mago!". -y Achamian se encontró sonriendo, ahogándose y asintiendo en señal de reconocimiento. Incluso saludó con la mano.

"Te acostumbras. Te acostumbras", le aseguró alguien mientras le frotaba la parte baja de la espalda. "Sólo el barro bueno para la travesía, mi viejo amigo. Tiene que llevarnos lejos".

"¡Ves!" Somandutta repitió como si fuera el último hombre cuerdo del mundo. "¡*No* soy yo!"

El hachís ya empapaba los sentidos de Achamian cuando Somandutta, o Soma como le llamaban los demás, recorrió el círculo con las presentaciones. Achamian ya se había encontrado con grupos de este tipo, extraños convertidos en familias por las privaciones del camino. Sabía que una vez que bajaran los humos, encontrarían en él un motivo para celebrar su fraternidad. Todas las familias estaban ansiosas por demostrar que eran excepcionales de alguna manera.

Allí estaba Galian, quizás el miembro más anciano de los Mordidos. En su juventud había sido soldado del antiguo ejército de Nansur; incluso había luchado en la famosa batalla de Kiyuth, donde Ikurei Conphas, el último de los emperadores de Nansur, había vencido a los nómadas Scylvendios. El gigante al que Soma había llamado antes Buey era Oxwora, un hijo renegado del famoso Yalgrota, uno de los héroes de la Primera Guerra Santa. Allí estaba

Xonghis, un montañés jekki que había sido rastreador imperial. Él, explicó Soma, era el "melocotón" del Capitán, con lo que se refería a su posesión más preciada. "Si le da un escalofrío", dijo el noble de la casta Nilnameshi, "¡debes entregar tu capa y frotarle los pies!". El otro gigante del grupo era Pokwas, o Pox, como le llamaban. Según Somandutta, era un bailarín-espada de Zeümi caído en desgracia, que había venido a ganarse la vida entre los bárbaros de los Tres Mares. "Siempre es Zeüm esto o Zeüm lo otro con él", explicó el nilnameshi con fingida repugnancia. "Zeüm inventó los niños. Zeüm inventó el viento…" Estaba Sutadra, o Hollín, a quien Achamian ya había identificado como Kianene por su perilla y sus largos bigotes. Al parecer, Hollín se negaba a hablar de su pasado, lo que significaba, dijo Soma con exagerada amenaza, que era un fugitivo de algún tipo. "Probablemente un hereje Fanim". Y por último, estaba Moraubon, un espigado Galeoth que había sido una vez un Sacerdote Shrial, "hasta que descubrió que los melocotones no crecen en las oraciones". Al parecer, la cuestión de si era "medio flaco" era un tema de debate permanente.

"Caza", explicó Pox, con una sonrisa tan amplia como su cara negra, "con los dos arcos engarzados".

En conjunto, los siete eran los únicos miembros que quedaban de la compañía original reunida por Lord Kosoter unos diez años antes. Se llamaban a sí mismos los Mordidos porque habían sido "roídos" durante muchos años. Resulta que todos y cada uno de ellos habían sido literalmente mordidos por Sranc y tenían cicatrices que lo demostraban. Pox incluso se puso de pie y dejó caer sus polainas para mostrar una media luna fruncida en su mejilla izquierda, entre otras cosas.

"Dulce Sejenus", exclamó Galian. "¡Eso resuelve el misterio de la barba perdida de Soma!"

Risas estridentes.

"¿Era ahí donde se escondía?" preguntó Achamian con toda la inocencia que un viejo astuto podía lograr.

Los Mordidos se quedaron en silencio. Por un momento, lo único que pudo oír fue la charla y las risas de las otras hogueras que resonaban en el tamiz del bosque circundante. Había dado ese paso, tan fatídico en compañía de extraños unidos, entre observar y participar.

"¿Dónde se escondía *qué*?" preguntó Xonghis.

"El flaco que lo mordió".

Somandutta fue el primero en aullar. Luego todos los Mordidos se unieron, meciéndose en sus esteras, intercambiando miradas como sorbos de vino impagable, o simplemente girando los ojos hacia el cielo, brillando bajo los arcos eternos de la noche.

Y Drusas Achamian se encontró con la amistad de los hombres que probablemente había matado.



Desde que salió de su torre, Achamian había temido que su viejo cuerpo le fallara, que desarrollara alguna de las innumerables dolencias que niegan el largo camino de los ancianos. Por alguna razón, había asumido que su estructura mucho más delgada sería también mucho más débil. Pero se sorprendió gratamente al ver que sus piernas estaban cada vez más llenas de músculos, y que su viento era cada vez más profundo, hasta el punto de que no le costaba manejar ni siquiera el ritmo más duro.

Caminando en fila, al frente de sus pequeñas recuas de mulas, siguieron un amplio sendero que generalmente corría paralelo al río. Durante largos tramos era un camino traicionero, ya que el sendero había sido raspado lo suficientemente profundo como para dejar al descubierto raíces nudosas y rocas enterradas. Las montañas Osthwai se alzaban vastas y magníficas sobre ellos, con sus picos perdidos en un oscuro banco de nubes tan ancho como el horizonte. Parecían comerse el cielo del este en incrementos imperceptibles.

Pasaron por delante de varias compañías que se acercaban, filas de hombres delgados y flacos, encorvados bajo las provisiones que les quedaban y las cabelleras ensartadas, sin que se viera una sola bestia de carga. Habrían tenido un aspecto macabro, como esqueletos marchando con pieles robadas, si no estuvieran tan jubilosos ante la perspectiva de arribar a Tuétano.

"Se vieron obligados a invernar en los bosques", explicó Soma a Achamian. "Nosotros mismos estuvimos a punto de ser atrapados. Los pasos de Ochain han sido especialmente traicioneros estos dos últimos años". Inclinó la cabeza hacia sus pies, como si

inspeccionara sus botas en busca de rozaduras. "Es como si el mundo se enfriara", añadió tras varios pasos.

Los comentarios y las burlas se intercambiaban a medida que pasaban las compañías. Las putas más nuevas. El empeoramiento de las condiciones en el Osthwai. Los corredores que siguen "olvidando sus pulgares" al contar. Los rumores sobre los Brujos de Piedra, una compañía de piratas y un ejército de bandidos que, al parecer, cazaban a los escalpadores como los escalpadores cazaban Sranc. Qué taberneros aguaban su vino. Y, como siempre, la inexplicable astucia de los desolladores.

"¡Los árboles!", dijo un norsirai especialmente canoso. "¡Salieron de los árboles hacia nosotros! Como monos con putos cuchillos…"

Achamian escuchó sin hacer comentarios, fascinado y consternado a la vez. Como todos los miembros de la Escuela del Mandato, miraba el mundo con la arrogancia de alguien que había sobrevivido -aunque fuera por poderes- a las mayores depravaciones que las circunstancias podían ofrecer. Pero lo que ocurría en las Tierras Salvajes, fuera lo que fuera lo que rizaba sus voces cuando los Devoradores de Piel hablaban de ello, era diferente de alguna manera. Ellos también tenían el aspecto y la postura de los supervivientes, pero de algo más mezquino, más venenoso, que la muerte de las naciones. Estaba la maldad que cortaba gargantas, y estaba la maldad que pasaba a cuchillo a pueblos enteros. Los escalpadores, se dio cuenta Achamian, habitaban en algún lugar en el lunático intermedio.

Y por primera vez comprendió: no tenía ninguna comprensión real de lo que iba a suceder.

El hombre medio hambriento que vio desplomado, con la cara entre las rodillas, bajo los velos colgantes de un sauce, le hizo comprender el punto. Antes de que supiera lo que estaba haciendo, Achamian se arrodilló al lado del hombre y lo puso en pie. El hombre era tan ligero como un pino encendido. Tenía la cara hundida como Achamian había visto en Caraskand durante la Primera Guerra Santa, de modo que los bordes y las irregularidades del cráneo que tenía debajo atravesaban la piel, acortando las mejillas y picando las cuencas. Sus ojos eran tan planos y encerados como los de cualquier vela destruida.

El hombre no dijo nada, parecía mirar fijamente a lo mismo.

Pokwas dejó caer una gran mano sobre el hombro de Achamian, sobresaltándolo. "Donde caes es donde yaces", dijo el Bailarín de la Espada. "Es una regla. No hay que tener piedad con el esfuerzo, amigo".

"¿Qué clase de soldados dejan morir a sus compañeros?"

"Soldados que no son soldados", respondió Pokwas con un encogimiento de hombros sin compromiso. "Escalpadores".

Aunque el tono del Danzante de la Espada lo decía todo -las Tierras Salvajes eran simplemente un lugar demasiado duro para la observancia de rituales o la compasión fútil-, Achamian quiso preguntarle qué quería decir. La vieja e indignada necesidad de desafiar, de rebatir, se agudizó en su pecho. En lugar de ello, se limitó a encogerse de hombros y a seguir obedientemente al imponente hombre hacia la larga fila que caminaba.

Achamian, el hablador, el que hacía preguntas, había muerto hace mucho tiempo.



Pero el episodio seguía ocupando los pensamientos del viejo Mago, no tanto la crueldad como el patetismo. Había estado ausente durante tanto tiempo que una parte de él había olvidado que los hombres podían morir de forma tan ignominiosa, como perros que se escabullen entre la maleza para jadear por última vez. La imagen del desgraciado se negaba a desvanecerse: los ojos enturbiados, los labios que se desprendían del aire, el cuerpo como palos en el saco de su piel. ¿Cómo no iba a sentirse como un tonto? Entre sus Sueños del Primer Apocalipsis y sus recuerdos de la Primera Guerra Santa, apenas podía imaginar a alguien que hubiera visto más muerte y degradación que él. Y, sin embargo, ahí estaba, el hecho de un extraño moribundo, como un peso añadido, una opresión que le robaba el viento.

¿Era una especie de premonición? ¿O simplemente se estaba ablandando? Lo había visto muchas veces, la forma en que la compasión hacía que los corazones de los ancianos se pudrieran. La vitalidad de sus viejos huesos le había sorprendido. Tal vez su espíritu era lo que iba a fallar…

Siempre le fallaba algo.

El sendero seguía y seguía a través de las profundidades del

bosque, una pista que había visto a innumerables escalpadores pavonearse o tambalearse. Aunque Somandutta le dio vueltas en varias ocasiones, tratando de atraerlo hacia algún tema de conversación inane, Achamian permaneció en silencio, caminando y meditando.

Aquella noche se empeñó en sentarse junto a Pokwas junto al fuego. El ambiente era de celebración. Xonghis había abatido una cierva, que la compañía repartió según su rango, incluido el feto no nacido. Achamian no dijo nada, sabiendo que el sacrilegio de consumir caza preñada no significaría nada para esos hombres.

"Tengo curiosidad", preguntó Achamian después de comer hasta hartarse, "sobre estas Reglas de la Trevesí...".

El negro no dijo nada al principio. Tenía un aspecto especialmente feroz, iluminado por la luz del fuego, con los labios contraídos mientras arrancaba la carne del hueso. Masticó en contemplación un momento, y luego dijo: "Yah".

"Si fuera, digamos, *Galian el* que yace al lado de..."

"Sería lo mismo", interrumpió el Zeümi entre un bocado de venado. Miró a Galian mientras decía esto, y se encogió de hombros en señal de disculpa.

"Pero es tu... tu *hermano*, ¿no?"

"Por supuesto que sí".

Galian hizo ruidos de besos desde el otro lado del fuego.

"Entonces", presionó Achamian, "¿qué pasa con las reglas de la hermandad?". Esta vez fue Galian quien respondió. "Las únicas reglas de la Travesía, Mago, son las reglas de la *Travesía*".

Achamian frunció el ceño, haciendo una pausa para ordenar una serie de preguntas diferentes, pero Galian lo interrumpió antes de que pudiera hablar. "La hermandad está muy bien", dijo el antiguo Columnario, "mientras no cueste. En cuanto se convierte en un lujo..." Se encogió de hombros y volvió a roer el hueso que aún sostenía en su mano derecha. "Los flacos", dijo con un aire de finalización distraída.

Los Sranc, decía. Los Sranc eran la única regla.

Achamian estudió sus rostros a la luz del fuego. "No hay pasivos, ¿es eso? Nada que pueda dar ventaja a tu oponente". Levantó un dedo para rascarse el costado de la nariz. "Eso suena como algo que diría nuestro glorioso Emperador-Aspecto".

Aparte de la vaga intuición de que discutir con el Emperador-Aspecto era generalmente imprudente, el viejo Mago no sabía realmente qué esperar.

"Yo ayudaría", soltó Soma. "Si *Galian* se estuviera muriendo, claro. Realmente lo haría…"

La comida se detuvo. Los rostros se volvieron hacia el joven nilnameshi, algunos con un gesto de indignación, otros con una sonrisa escéptica.

Con una sonrisa candorosa, Soma dijo: "¡Sus botas le quedan tan bien como las mías!".

Hubo un momento de silencio. Las bromas de Soma, según había aprendido Achamian, solían provocar una especie de juicio y condena comunitaria, especialmente cuando *intentaba* hacerse el gracioso. Se agitaron las cabezas. Los ojos se pusieron en blanco. Oxwora, el enorme Thunyerio con cabezas de Sranc reducidas enredadas en su melena desgreñada, levantó la vista de la reluciente costilla que había estado royendo, frunciendo el ceño como si se le hubiera arruinado el apetito. Sin mediar palabra, arrojó el hueso al Nilnameshi. Ya sea por casualidad o a fuerza de grasa, la cosa se deslizó en lugar de rebotar en su cabeza.

"¡Buey!" gritó Somandutta con verdadera rabia, pero a la manera inofensiva de los largamente abucheados. El gigante sonrió, con la barba y el bigote salpicados de motas de carne.

De repente, los demás se pusieron en pie y una oleada desordenada de huesos salpicó al desventurado Nilnameshi, que extendió los brazos, maldiciendo. Hizo ademán de lanzar varios a una u otra figura, pero acabó uniéndose a la risa general.

"Saquea a tu hermano", le dijo el Zeümi a Achamian en tono de *"ahí lo tienes*". El Bailarín de la Espada le dio una palmada en la espalda. "¡Bienvenido a la lucha, Mago!"

Achamian se rió y asintió, y miró más allá del círculo de rostros iluminados, hacia el mundo de la noche. No era algo sencillo ni mezquino, la compañía de los asesinos.



Dos días después de su introducción a los Mordidos, Achamian divisó a Xonghis trotando a lo largo del exterior de la línea de

marcha desde la retaguardia. Los demás no le prestaron atención: Vagaba continuamente mientras los demás marchaban. Más que nada por aburrimiento, Achamian le preguntó qué le pasaba, esperando una respuesta irónica y cortante. En lugar de eso, el Jekki redujo su paso para caminar a su lado. Su túnica de mangas cortas dejaba ver los brazos veteados de un arponero, de color marrón bajo el rojizo de las quemaduras del sol. Era un hombre delgado y de hombros anchos, con el aura de reserva enroscada que parecía propia de un antiguo Rastreador Imperial.

"Nos están siguiendo", dijo con su extraño acento.

"¿Siguiendo?"

"Sí..." Parecía sopesar sus propias opciones crípticas. "Por una mujer".

Achamian estuvo a punto de toser, tal era su alarma. "¿Quién más lo sabe?"

Los ojos almendrados del Rastreador se estrecharon. Su sangre Xiuhianni era siempre más pronunciada a la luz del día. "Moraubon y varios de la Manada".

"¿Moraubon?"

De repente, Achamian estaba resoplando y jadeando, corriendo de nuevo por el enmarañado borde del sendero. El desfile de escalpadores a pie le observó pasar con el ceño fruncido por la curiosidad. Luego se quedó solo en el sendero, corriendo por una pendiente de cantos rodados, alejándose del río y adentrándose en los silenciosos confines del bosque. Pasaron varios momentos antes de que oyera el primer ulular, una llamada de risa cruda, llena de malicia y del afán de los hombres empeñados en cazar. Oyó a Moraubon gritar unos instantes después: instrucciones a los demás que corrían por el suelo del bosque. Oyó un grito femenino; no, no un grito, un grito agudo de desafío y frustración.

Las palabras hechiceras ya retumbaban de sus labios, a través de la esencia del mundo circundante, y estaba subiendo, no por el aire, sino por los ecos del suelo a través del cielo, hasta los miembros entrelazados. Las ramas le azotaron al atravesar el dosel, y luego caminó sobre la corona del bosque, cada paso tragando una docena de codos, inclinándose por el vértigo de mirar hacia abajo a través de los altísimos árboles. Pudo ver el terreno de juego de los bosques circundantes hasta el horizonte, crestas como aletas errantes,

afluentes que enhebraban hendiduras oscuras con plata, montañas que se asomaban en un juicio blanco. Vio a los hombres que corrían, los Devoradores de Piel, como las sombras de los ratones bajo la paja del prado. Luego la vio a ella, a Mimara, pataleando y agitándose en las garras de tres hombres.

Se metió en medio de ellos.

La tenían arrastrada como una cuerda viva por el suelo del bosque. Moraubon estaba arrodillado entre sus piernas, desabrochándose la faja y los calzones. Parecía estar arrullando y gruñendo. Se giró al oír el murmullo hechicero de Achamian…

Sólo para salir volando, pateando los restos de las hojas. Un canto de conmoción de Odaini.

Los otros Devoradores de Piel gritaron y retrocedieron mientras tiraban de sus armas. A través de su rabia, Achamian podía sentir algo de exaltación ante este primer ejercicio violento. ¡Que *lo vean*! gritó una voz interior. *¡Que lo sepan!* Su voz estalló, empapó la materia circundante y se elevó hacia el cielo, sin fuentes, abarcando todo. Los Devoradores de Piel, incluido Moraubon, se retiraron a la seguridad de los grandes troncos.

La Brújula de Noshainrau, un resplandor existencial, una línea de blanco concentrado en el sol, que se extiende como un mayal desde el eje de su brazo levantado, trazando un círculo perfecto de destrucción. La madera se carbonizó y explotó. Las llamas se derramaron como el agua sobre los antiguos robles, olmos y arces. Los gemidos y crujidos de las montañas -un coro- y luego el estruendo de los poderosos árboles cayendo, un anillo de ellos chocando con sus primos pesados como piedras, persiguiendo a los Devoradores de Piel hacia las sombras más profundas del bosque.

Achamian estaba de pie junto a ella, brillante bajo la repentina luz del sol, bañado por el verde de innumerables hojas primaverales. Un mago envuelto en pieles de lobo. El grueso de los que fueron grandes árboles yacía amontonado a su alrededor. Los troncos y las ramas bifurcadas surcaban el suelo bajo los mechones de vegetación.

Mimara escupió sangre de sus labios y trató de llevarse los leggings rotos a las caderas. Hizo un ruido que podría haber sido un sollozo o una risa, o ambas cosas. Cayó de rodillas ante él, con el muslo izquierdo tan desnudo y pálido como un árbol joven

descortezado. Una mueca de risa. Un vistazo a los dientes empapados de sangre.

"Enséñame", dijo.



No se dirigieron la palabra mientras se apresuraban a regresar, Achamian echando humo en la delantera, Mimara tambaleándose con su ropa apretada para seguirles el paso. Encontraron a los Devoradores de Piel de pie, en grupos, en las laderas de la tierra, entre muelas de piedra del tamaño de una carreta. El río se arqueaba y rociaba de blanco más allá de ellos, golpeando sin cesar la ladera. Todas las miradas se volvieron hacia ellos cuando se acercaron, y se detuvieron por un momento en la delgada figura de Mimara. Instintivamente, Achamian extendió su brazo y la acercó a su pecho. Juntos, se colocaron a la cabeza de la multitud.

Vieron a Moraubon, evidentemente sin aliento, subir hasta Lord Kosoter, donde se encontraba, con los pulgares enganchados en su faja de guerra, sobre el dorso moteado de un peñasco. Detrás del Capitán se alzaba una confusión de caras verticales de piedra, coronadas por helechos y algún que otro árbol suicida. Una gran cola de gallo de agua brotaba a través del corazón del recinto, convertida en espuma por algún poderoso giro de la corriente. El no-hombre con capucha, Clérigo, no aparecía por ninguna parte.

Los dos hombres compartieron palabras inaudibles, y Moraubon miró a Mimara, como si dijera: "*Mírala…*" El capitán permaneció absolutamente inmóvil. Sarl miró a los Devoradores de Piel desde abajo.

"El del Chorae", susurró Mimara, refiriéndose a Lord Kosoter. "¿Quién es él?"

Achamian se encontró mirando la fila de rostros belicosos. "Silencio", fue todo lo que dijo.

Al principio pareció que el capitán simplemente había alargado la mano y agarrado la barbilla de Moraubon, tan casual era su movimiento. Achamian entrecerró los ojos, tratando de comprender lo erróneo de la imagen: Lord Kosoter sosteniendo al hombre a escasos centímetros de su cara, no tanto mirándole a los ojos como *observando*… Achamian sólo vislumbró el cuchillo clavado bajo la

mandíbula del escalpador cuando Lord Kosoter retiró la mano.

Moraubon se derrumbó como si el capitán le hubiera arrancado los huesos. La sangre cubrió el peñasco.

"¿Puede *alguien*", gritó Sarl por encima del trueno blanco del río, "decirme cuál es la regla de los melocotones en la Travesía?".

"El capitán siempre recibe el primer bocado", dijo Galian solemnemente.

"¿Y qué es lo que nos ha convertido en leyendas de los salvajes? ¿Qué nos *permite comer tanta piel*?"

"¡Las reglas de la Travesía!", gritaron varios de ellos contra el estruendo.

No con reticencia, se dio cuenta Achamian, sino con oscura afirmación. Incluso los Mordidos, incluso los que habían compartido el pan con el hombre muerto en la roca.

Están todos locos.

Sarl enrojeció sobre su sonrisa fingida. Sus ojos se convirtieron en dos arrugas más que arrugaban su rostro.

Sin mirar a su sargento, el capitán se agachó con sus andrajosas galas ainonias y limpió su espada en la manga de Moraubon. Luego fijó su mirada en Achamian y Mimara. Saltó de la roca, con un equilibrio y un porte sorprendentemente ágiles. Hasta ese momento, había parecido tallado en granito vivo.

Se acercó a los dos.

"¿Quién es ella?"

"Mi hija", se oyó decir a Achamian.

No había ninguna posibilidad de que los asesinos ojos marrones pudieran mirarle fijamente, no esta vez. Se sentía demasiado parecida a su madre apretada en el brazo de él, demasiado parecida a Esmenet. El capitán miró al suelo durante un momento de meditación, pareció asentir, aunque podría haber sido un truco de la brisa a través de su barba cuadrada. Tras una mirada encapuchada, se giró para volver a la cabeza del sendero.

"O lleva su peso como un hombre", gritó mientras se alejaba. "¡O lleva *nuestro peso como una mujer*!"

Gritos y silbidos de los Devoradores de Piel. Cada uno de ellos, al parecer, miró a Achamian y a Mimara mientras se alejaban para reanudar la marcha. Sus expresiones iban desde la acusación hasta la burla. Pero lo que más preocupaba a Achamian eran los rostros

inexpresivos, los ojos que parecían memorizar las polainas rotas de Mimara.

Nadie se preocupó por el cuerpo de Moraubon, que seguía escurriéndose sobre un telón de fondo de agua estruendosa y escombros elevados. Un cadáver blanco sobre una piedra pintada de rojo.

"¿Quién es él?" susurró Mimara. Mientras Achamian había mirado a los demás, ella había continuado contemplando la espalda del Capitán, que retrocedía.

"Un veterano", murmuró. "Lo mismo que yo".



Se quedaron atrás de los demás, pasando de la luz del sol quebrada a la sombra verde, discutiendo sobre el ajetreo y el silbido del río.

"¡No puedes quedarte! Esto es imposible".

"¿Dónde quieres que vaya?"

"¿Ir? ¿Irte? ¿A dónde crees? ¡Vuelve con tu madre! ¡Vuelve a las Cumbres Andiamine donde perteneces!"

"Nunca".

"Conozco a tu madre. Sé que te quiere".

"No tanto como para odiar lo que me hizo".

"¡Para salvar tu vida!"

"La vida… ¿Es así como la llamas? ¿Debo contarte la historia de mi vida?

"No."

"Todos estos *hombres*. Créeme, los he soportado antes. Puedo soportarlos de nuevo".

"*Estos hombres* no".

"Entonces supongo que tengo suerte de *tenerte*".

No se parecía en nada a Esmenet, se había dado cuenta. Ella inclinó la cabeza de la misma manera, como si literalmente tratara de mirar a su alrededor sin sentido, y su voz se endureció en el mismo haz de disgustos, pero aparte de estos ecos…

"Mira. Simplemente *no puedes quedarte*. Este es un viaje…" Hizo una pausa, su aliento se cortó por la pura realidad de lo que estaba a punto de decir. "Este es un viaje sin retorno".

Se burló y se rió. "Así es cada vida".



Decidió que había algo sarcástico y exasperante en ella, algo que pedía ser golpeado, o que *se atrevía a hacerlo*… No podía saber qué.

No. No se parecía en nada a Esmenet. Incluso la viciosa displicencia de sus resoplidos… era la suya.

"¿Es eso lo que has contado a estos escalpadores?"

"¿Qué quieres decir con "contado"?"

"Que este viaje los matará a todos".

"No."

"¿Qué les contaste?"

"Que puedo mostrarles las arcas".

"¿Las arcas?"

"El legendario tesoro de la Escuela de Sohonc, perdido cuando la Biblioteca de Sauglish fue destruida en el Primer Apocalipsis".

"¿Así que no saben nada de Ishuäl? ¿No tienen idea de que tú cazas los orígenes de su Santo Emperador-Aspecto? ¡El hombre que paga la recompensa por sus cabelleras!"

"No."

"Asesino. Eso te convierte en un *asesino*".

"Sí".

"Enséñame, entonces… ¡Enséñame, o les diré todo!"

"¿Extorsión, entonces?"

"El asesinato es más perverso con diferencia".

"¿Qué te hace estar segura de que no te mataría, si soy un asesino como dices?"

"Porque me parezco demasiado a mi madre".

"Hay una idea. Tal vez debería decirle al Capitán quién eres. Una Princesa-Imperial. ¡Piensa en el rescate que obtendrías!"

"Sí… Pero entonces, ¿por qué sangrar todo el camino a Sauglish en busca de las arcas?"



Impudente. ¡Un egoísmo casi lunático! ¿Nació así? No. Llevaba sus cicatrices como los ermitaños llevaban su hedor: como una

marca de todos los innumerables pecados que había superado.

"Esto no es un concurso que puedas ganar, Mago".

"¿Cómo es eso?"

"No soy tonta. Sé que has jurado por lo que sea que consideras sagrado no enseñar nunca a nadie…"

"*¡Estoy maldito!* El desastre sigue mis enseñanzas. La muerte y la traició…"

"Pero te equivocas al pensar que puedes usar amenazas o súplicas o incluso *razonar* conmigo. Este Don que tengo, esta capacidad de ver el mundo como *tú* lo ves, es *el único Don que he* recibido, la única esperanza que he conocido. Seré una bruja, o estaré muerta".

"¿No me has oído? ¡Mi enseñanza está maldita!"

"Somos una buena pareja entonces".

¡Imprudente! ¡Imprudente! ¿Hubo alguna vez una rendija tan despreciable?



Aquella noche levantaron su campamento a poca distancia del grupo de los demás. Ninguno de ellos habló una palabra. De hecho, un silencio había caído sobre todos los Devoradores de Piel, lo suficiente como para que el crepitar de sus fuegos fuera el discurso dominante. Sólo la voz de Sarl continuaba serruchando como antes.

"¡Kiampas! *¡Kiampas! ¡Esa no fue una noche bonita, te digo*! "

Achamian sólo tuvo que levantar la vista para ver varias caras anaranjadas levantadas en su dirección, incluso entre los Mordidos. Nunca en su vida, al parecer, se había sentido tan absurdamente llamativo. No oyó nada, pero igualmente los escuchó murmurar sobre ella: evaluando sus pechos y muslos, convirtiendo expresiones de anhelo en violentos alardes, catálogos de lo que harían, el vigor de sus penetraciones, y cómo gritaría y gemiría; especulando sobre los porqués de su presencia, cómo tenía que ser una puta para atreverse con gente como ellos, o cómo pronto lo sería…

Le bastaba con mirar a Mimara para saber que ella también escuchaba. Otra mujer, una esposa libre, o una Princesa-Imperial criada en un coqueto aislamiento, podría ser ajena, asumir simplemente que las almas de los hombres de aguas blancas se

deslizaban por los mismos afluentes inocentes que las suyas, que compartían una turbulencia común. Pero Mimara no. Sus oídos estaban aguzados -Achamian podía decirlo-. Pero donde él sentía aprensión, la estridente posesividad de un padre sobrepasado, ella parecía estar completamente a gusto.

Se había criado bajo la mirada codiciosa de los hombres y, aunque había sufrido bajo manos brutales, se había hecho fuerte. Achamian se dio cuenta de que se comportaba con una especie de arrogancia tímida, como si fuera la única humana en presencia de simios resentidos. Que gruñan. Que se maltraten a sí mismos. No le importaban todas las versiones de ella que bailaban o gemían o se ahogaban detrás de sus ojos primitivos, salvo que la hacían a ella, y a todas las posibilidades que su aliento y su cuerpo ofrecían, invaluables.

Ella era lo que se buscaba. Que así sea. Ella encontraría la manera de hacerles pagar.

Pero para Achamian era demasiado. Su parecido con Esmenet era simplemente demasiado extraño. Y aunque tenía poco o ningún afecto por la hija -la niña estaba demasiado dañada- sintió que se enamoraba de nuevo de la madre. Esmenet. Esmenet. A veces, cuando sus ensoñaciones eran demasiado profundas, se veía sorprendido por la imagen de ella en su periferia, y el mundo se tambaleaba mientras luchaba por separar los recuerdos de la Primera Guerra Santa de la fría oscuridad del presente. *Por volver*, se encontró pensando. *Haría cualquier cosa por volver…*

Así que, con el pecho hueco de hablar para olvidar, Achamian comenzó a explicarle la metafísica de la hechicería, aunque sólo fuera para matar el silencio prurito con el sonido de su propia voz. Ella lo miraba, con los ojos muy abiertos, el óvalo perfecto de su rostro posado sobre sus rodillas, iluminado y hermoso.

En contra de sus intenciones, comenzó a enseñarle la Gnosis.



La caminata hacia las montañas resultó ardua. El sendero se agitaba y caía en picado a medida que se alejaba más y más de las gargantas del río. Las mulas atravesaron con un chasquido extensiones de grava laminada y piedra desnuda. Las poderosas

hojas de la meseta se volvían cada vez más esbeltas. "Es como si volviéramos a entrar en el invierno", observó Mimara sin aliento después de recoger un brote púrpura de las ramitas que colgaban sobre su cabeza.

Tal vez por el aura acusadora que se cernía entre ellos, o tal vez sólo para alejar sus pensamientos del ardor en los muslos o de las puntadas en el costado, Achamian comenzó a enseñarle el gilcûnya, la antigua lengua de todos los magos gnósticos. Como estudiante de Atyersus, se había consternado al descubrir que tendría que aprender toda una lengua -por no hablar de una cuya gramática y entonación eran apenas humanas- antes de poder entonar su primer Canto primitivo. Sin embargo, Mimara se dedicó a la tarea con gran fervor.

No se atrevió a decirle la verdad: que la razón por la que las Escuelas de Hechicería se resistían a aceptar adultos como alumnos tenía que ver con la forma en que la edad parecía disminuir la capacidad de aprender idiomas. Lo que a él le había llevado un solo año de niño, a ella podría llevarle varios. Podría darse el caso de que *nunca* aprendiera a manipular los significados con la precisión y la pureza requeridas…

No sabe por qué esto le parece un crimen.

Los Devoradores de Piel los observaban siempre que se presentaba la oportunidad, algunos con más audacia que otros. Cuando la anchura del sendero lo permitía, una docena o más parecían reunirse en paquetes sueltos y fortuitos a su alrededor. Achamian se encontró erizado cada vez, y no simplemente por la interminable sucesión de miradas que se deslizaban por su forma. Eran amistosas, corteses hasta la saciedad, pero no había que confundir su proximidad intimidatoria, ni el retraso depredador cada vez que su mirada se cruzaba con la suya, ese momento demasiado largo, preñado de amenaza y destreza. Entendía muy bien el juego, la falsa galantería de ayudarla a cruzar los giros más traicioneros del sendero, el significado implícito de ofrecerle a él exactamente la misma ayuda. *Déjanosla a nosotros, viejo…*

Mimara, por supuesto, fingió para no darse cuenta.

Aquella tarde se produjo una parada en la base de una pendiente. Nadie en su extremo de la línea sabía la causa del retraso, y todos estaban lo suficientemente agotados como para

permanecer indiferentes. Achamian estaba haciendo ejercicios de vocabulario con Mimara cuando Sarl los sorprendió. "El capitán quiere verte", dijo el hombre, sonriendo como de costumbre, aunque más que un poco de disgusto parecía escrito en las arrugas que cubrían sus ojos. Hizo una mueca a Mimara mientras se detenía para recuperar el aliento, y luego miró a los otros Devoradores de Piel que se arremolinaban en la penumbra. Bajó la voz a un murmullo. "Noticias preocupantes".

Achamian hizo todo lo posible por seguir el ritmo del viejo degollador en la subida. Para cuando llegó a la cima de la línea de la cresta, respiraba con dificultad, presionando sus rodillas con las manos a cada paso. Una brisa fría le recibió, empapando su barba y su ropa. Las montañas de Osthwai se apilaban en el horizonte en toda su gloria, bridas titánicas de tierra y piedra que se alzaban en picos asfixiados por las nubes. El techo de lana parecía tan cercano como para tocarlo, y tan negro que sus pelos se alzaron a la espera de un trueno. Pero las distancias permanecían nítidas con el silencio.

Vio a Lord Kosoter de pie, con Clérigo asomando a su lado. Ambos observaban cómo Kiampas regateaba con un thunyerio casi tan alto como Oxwora, aunque mucho más viejo y de extremidades más gruesas. Los dos parecían hablar una lengua mestiza que combinaba elementos del sheyico y del thunyerio. Al menos varias docenas de compatriotas salvajes del hombre observaban en la distancia.

El alto, explicó Sarl en un murmullo bajo, se llamaba Pluma, aunque Achamian no podía ver nada aviar en su adorno. Varias cabezas de Sranc encogidas adornaban su enloquecido pelo rojo y gris. Su faja de guerra utilizaba huesos de nudillos en lugar de cuentas. Aparte de su cota de malla, el Circunfijo de hilo de oro que colgaba de su cuello parecía su única concesión a la civilización. Incluso a pasos de distancia, Achamian podía oler sus pieles, el hedor carnívoro de la sangre y el orín. Era, continuó Sarl en un murmullo bajo, el jefe de una de las llamadas compañías tribales, la mayoría de las cuales estaban formadas por Thunyerios, un pueblo que había guerreado tanto tiempo y tan duramente contra los Sranc que se había convertido en una vocación misionera.

Cuando Kiampas y Pluma concluyeron sus asuntos, el alto jefe

extendió la mano para estrechar los antebrazos de Lord Kosoter. A Achamian le pareció un momento formidable, dos Escalpoi con historia, cada uno con su propia aura de asesino, cada uno ataviado con parodias andrajosas del traje de batalla de su nación. Era la primera vez que presenciaba cómo el Capitán le mostraba algo tan valioso como el respeto. Con un gesto enigmático, el jefe volvió al camino, seguido por la larga fila de sus hombres. Sus maniáticos ojos azules recorrieron a Achamian a su paso.

"Planean acampar en las laderas bajas", le decía Kiampas a Lord Kosoter, "cazando, forrajeando..."

"¿Cuál es el problema?" preguntó Achamian.

Kiampas se volvió hacia él, con los ojos sonrientes en una expresión por lo demás reservada, la mirada triunfante de un hombre que lleva la cuenta fastidiosa de las victorias y las derrotas. "Una ventisca primaveral en las montañas", dijo. "Estamos atrapados aquí por lo menos dos semanas, probablemente más".

"¿Qué estás diciendo?" Achamian miró al Capitán que lo fulminaba.

Kiampas no tardó en responder. "Que tu gloriosa expedición ha llegado a su fin, Mago. Podemos esperar o podemos rodear el espolón sur de Osthwai. De cualquier manera no tenemos esperanza de llegar a Sauglish para el final del verano". No había duda del alivio en sus ojos.

"Los Salones Negros", dijo alguien en tono de contradicción.

Era el No-Hombre, Clérigo. Estaba de espaldas a ellos, con la capucha orientada hacia el este, hacia la más cercana de las montañas a su derecha. Su voz les erizó la piel, tanto por su importancia como por sus resonancias inhumanas. "*Hay* otro camino a través de las montañas", continuó, girando su rostro invisible hacia ellos. "Un camino que yo recuerdo".

Achamian contuvo la respiración, comprendiendo al instante lo que el no-hombre estaba sugiriendo, pero demasiado consternado para considerar realmente las implicaciones. Sarl resopló, como si escuchara una broma por debajo incluso de su vulgar desprecio.

Lord Kosoter estudió a su teniente No-Hombre, miró fijamente el óvalo negro con una intensidad críptica.

"¿Estás seguro?"

Un silencio prolongado, llenado por las bromas guturales de los

Thunyerios que caminan detrás de ellos.

"Viví allí", dijo Clérigo, "por el sufrimiento de mis primos, hace mucho tiempo… Antes de la Edad de los Hombres".

"¿Seguro que *te acuerdas*?"

La capucha se inclinó hacia la tierra..

"Fueron… días difíciles".

El Ainonio asintió con una sombría deliberación.

"¿Capitán?" exclamó Kiampas. "*Ya conoces* las historias… Todos los años algún tonto dirige su compa…"

Lord Kosoter no había mirado al sargento hasta que mencionó la palabra *tonto*. Sus ojos fueron suficiente interrupción.

"¡Los Salones Negros, entonces!" exclamó Sarl con una cacareada carcajada, la que siempre utilizaba para mitigar las inclinaciones más asesinas de su capitán. Parecía resoplar y reírse de cada hombre por turno. "¡Kiampas! ¿No lo ves, Kiampas? Somos Devoradores de Piel, hombre, *¡Devoradores de Pieles!* ¿Cuántas veces hemos hablado de los Salones Negros?"

"¿Y qué hay de los rumores?", espetó el oficial Nansur, aunque con la cautela de un perro golpeado.

"¿Rumores?" preguntó Achamian.

"¡Bah!" cacareó Sarl. "Los hombres no pueden tolerar el misterio. Si se comen a las compañías, tienen que inventarse un Gran Devorador, sea como sea". Se volvió hacia Achamian, con el rostro arrugado por la incredulidad. "Cree que un *dragón* se esconde en los Salones Negros. Un dragón". Volvió a mirar a Kiampas, con la cara roja hacia delante y los puños apretados a su lado. "¡Dragón, mis ojos! Son los delgaduchos los que los atrapan. Son los delgaduchos los que nos atrapan a todos al final".

"¿Sranc?" preguntó Achamian, a pesar de que las monstruosidades que escupen fuego pesaban en el ojo de su alma. ¿Cuántos Wracu habían rugido en sus antiguos sueños? "¿Cómo puedes estar seguro?"

"Porque sus clanes logran atravesar las montañas de alguna manera", respondió Sarl, "especialmente en invierno. ¿Por qué crees que tantos escalpadores se arriesgan a los Salones Negros en primer lugar?"

"Te lo dije", insistió Kiampas. "Conocí a esos dos de Attrempus, supervivientes de los Altos Escudos. No soy tonto cuando se trata

de…"

"¡Maricones!" escupió Sarl. "¡Mopas! ¡Tratando de empaparte para beber! Los Altos Escudos fueron masacrados en el lado largo de las montañas. Kiampas. *¡Kiampas!* ¡Todo el mundo lo sabe! ¡El *lado largo*!"

Los dos sargentos se miraron, Sarl suplicante, como el hijo que siempre aplaca a su padre por el bien de su hermano, y Kiampas incrédulo y resentido, como el único oficial cuerdo en una hueste de locos, lo cual, reflexionó Achamian, no estaba tan lejos del caso.

"Tomamos el camino bajo", dijo Lord Kosoter. "Entramos en los Salones Negros".

Su tono parecía condenar a toda la humanidad, por no hablar de la insignificante disputa que tenía ante sí. El No-Hombre siguió mirando hacia el este, alto y ancho bajo su capucha moteada. La montaña escalaba el terreno más allá de él, un centinela blanco que susurraba con la altitud y la distancia.

"Clérigo dice que se acuerda".



Achamian regresó y encontró a Mimara bastante rodeada de Devoradores de Piel, la mayoría de ellos Mordidos. Se mantuvo infantil ante la presencia de Oxwora y Pokwas, con una mirada de buen humor. Se cuidaba de mantener la cara y la postura dirigida hacia el sendero, como si esperara abandonar su compañía en cualquier momento, así como de no mirar a ninguno de ellos durante más de un latido. Podía notar que estaba asustada, pero no de una manera debilitante.

"¿Así que eres Ainonia, entonces?"

"No es de extrañar que el capitán esté enamorado…"

"¡Quizá deje de *desnudarnos* con sus ojos malditos!"

La risa era lo suficientemente genuina como para hacer sonreír a Mimara, pero totalmente distinta a la estridente alegría que era su norma. Los soldados, según había observado Achamian, solían tener la piel muy fina en presencia de mujeres a las que no podían comprar ni maltratar. Una manera ligera y descuidada, una suave preocupación por las cosas pequeñas, se extendía a través de una pena y una ira que ninguna mujer podía comprender. Y estos

hombres eran más que soldados, más que escalpadores, incluso. Eran Devoradores de Piel. Eran hombres que llevaban una vida de crueldad y salvajismo sin concesiones. Hombres que podían olvidar sin esfuerzo al violador muerto que había sido su amigo íntimo.

Y trataban de cortejar lo que no podían tomar.

"Es como pensaba", dijo Soma cuando Achamian se unió a ellos. Su mirada era bastante amable, pero con un filo que no aconsejaba contradicciones. "¡*Ella* también es una de los Mordidos!"

El olor a artificio flotaba en todas sus miradas. Achamian se dio cuenta de que habían planeado esto como una forma de atraer el premio a *su* fuego. La cuestión era saber hasta dónde llegaba el pacto.

"Los pasos de Ochain están cerrados", dijo. "Ventisca".

Observó cómo sus rostros luchaban por encontrar las expresiones adecuadas. Había comedia en todos los reveses repentinos, una especie de desnudez inmaterial, al encontrar sus diseños colgados, despojados de la lógica que había sido su fundamento. Sus tramas carnales dependían de la expedición, y la expedición dependía de los Pasos.

"La decisión está tomada", dijo, esforzándose por no parecer satisfecho.

"Enfrentamos los Salones Negros de Cil-Aujas".

CAPÍTULO NUEVE

Momemn

El error de un mendigo no perjudica a nadie más que al mendigo. El error de un rey, sin embargo, perjudica a todos menos al rey. Con demasiada frecuencia, la medida del poder no reside en el número de personas que obedecen tu voluntad, sino en el número de personas que sufren tu estupidez.

-TRIAMIS I, DIARIOS Y DIÁLOGOS

Comienzo de primavera, Año Nuevo Imperial 19 (Año del Colmillo 4132), Momemn

Su cara parecía adormecida por el hormigueo.

"¿Nos oye, mamá? ¿Lo sabe?"

Esmenet agarró la manita de Kelmomas con tanta fuerza que temió poder hacerle daño. "Sí", se oyó decir. La piedra del Depósito de Cenizas atrapó sus palabras, las mantuvo cerca y cálidas, como si hablara en el cuello de un amante. "Sí. Es el hijo de un dios terrenal".

Según la costumbre Nansur, la madre de un hijo varón muerto tenía que marcarse la cara con las cenizas de su hijo cada luna llena después de la cremación: dos líneas, una en cada mejilla. Se

llamaban *Thraxami*, lágrimas de la pira. Sólo cuando sus lágrimas ya no las oscurecían, el rito cesaba. Sólo cuando el llanto terminaba.

Incluso ahora, podía sentir su residuo en sus mejillas, ardiente, acusador, como si transmutado, Samarmas se hubiera convertido en antitético de su madre, una especie de veneno que su piel no podía soportar.

Como si se hubiera convertido en algo totalmente de su padre.

La tradición era demasiado antigua, demasiado venerada, para ser contradicha. Esmenet había visto grabados de mujeres marcadas con thraxami que se remontaban a los primeros días de la antigua Cenei, convoyes de ellas marchando como cautivas. Y en las representaciones rituales de los templos durante los festivales cúlticos, los mimos utilizaban líneas negras en un rostro pintado de blanco para representar a las mujeres desoladas, del mismo modo que utilizaban líneas horizontales rojas, *wurrami*, para representar a los hombres enloquecidos por la ira. Para los nansur, el thraxami era sinónimo de luto.

Pero donde otros guardaban los restos de sus hijos en el santuario de su casa, el pequeño Samarmas, como príncipe imperial, había sido enterrado en el Alto Depósito de Cenizas Real del Templo Xothei. Así que, una vez más, lo que era tierno y privado para otros se convirtió en un espectáculo de rango para ella. Miles de personas se habían agolpado a las puertas del Recinto Imperial, y miles más a los cimientos de la poderosa Xothei, un carnaval hirviente de luto y expectación, madres arrojando polvo hacia el cielo y rasgando sus cabellos, esclavos holgazaneando y embobados, niños saltando para echar un vistazo por encima de los hombros crecidos, y muchos más. Incluso aquí, en las profundas entrañas del templo, creyó oír su ansioso zumbido.

¿Qué dirían al ver que sus mejillas estaban secas? ¿Qué harían con una emperatriz que no podía llorar la pérdida de su hijo más querido?

Iluminadas únicamente por la rara lámpara, las paredes del Depósito de Cenizas parecían colgar en un negro mayor. Cada uno de los nichos respondía a la sensibilidad de diferentes épocas y familias. Algunos estaban llenos de dorados y adornos, mientras que otros, como los nichos adyacentes de Ikurei Xerius y su sobrino

Ikurei Conphas, estaban simplemente cincelados en la piedra bruta, sin el revestimiento de mármol que adornaba muchos de los otros. Intentó no reflexionar sobre la ironía de que su hijo descansara tan cerca de Conphas, que había sido el último emperador Nansurium antes de la ascensión de Kellhus. Asimismo, ignoró los exvotos destripados y el pequeño cuenco de grano que habían dejado en el alféizar de su nicho.

Algún día, pensó, *todos* sus hijos descansarán en esta penumbra inmóvil. Estática. Sin palabras. Algún día, *ella* residiría aquí, polvo frío envuelto en plata, oro o quizás jade Zeümi -algo frío, pues todas las sustancias que los Hombres codiciaban eran frías-. Algún día su calor se filtraría en el mundo, y sería como tierra para los cálidos dedos de los vivos.

Algún día estaría muerta.

El alivio que acompañó a este pensamiento fue tan repentino, tan violento, que casi jadeó. Una confusión se apoderó de ella, robándole la memoria y la voluntad. Se tambaleó y se llevó una mano a los ojos parpadeantes. Luego se encontró en el suelo, sentada de una forma que habría horrorizado a sus vestidores, era tan común, tan poco digna, no mejor que una puta colgando las piernas de una ventana. Vio que Kelmomas la observaba y trató de sonreír para tranquilizarlo. Apoyó la cabeza en el inflexible mármol, la imagen de él persistiendo en el ojo de su alma. Pequeño. Indefenso. La misma imagen de su gemelo muerto.

Ella escuchó su voz.

"¿Mamá? ¿Nos oye?"

Simplemente no podía dejar de verlo, a Samarmas, su sangre coagulando la hierba, su cuerpo tan pequeño como el de un perro, relajándose lentamente sobre la lanza que lo atravesaba, quedándose lentamente dormido. Cada vez que parpadeaba.

Cada vez que miraba a este otro hijo.

"Te dije…"

"No… me refiero a cuando *pensamos*". Ahora estaba llorando, un tipo de jadeo desesperado que le hacía desnudar los dientes. "¿Nos oye Sammy *cuando pensamos*?"

Abrió las rodillas y él cayó en sus brazos, quemándole el cuello con un gemido ahogado. Y vio -con dolorosa claridad, al parecer- que la muerte de Samarmas había partido su alma en dos, una parte

adormecida y maravillada, la otra aferrada a este niño, a esta réplica, como si tratara de absorber sus estremecimientos.

¿Cómo podría protegerlo? Y si no podía, ¿cómo podría amar?

Apoyó la cabeza en su cuero cabelludo y sopló los pelos que se pegaban al sello de sus labios. Sus mejillas estaban húmedas, pero no podía decir si las lágrimas eran suyas. No importaba. La muchedumbre se apaciguaría. Sus ministros de la realeza se sentirían aliviados, ya que el asunto de los yatwerianos se había convertido en algo más que una molestia del culto. ¿Quién levantaría la voz o la mano contra una madre afligida? Y Kellhus…

Estaba tan cansada. Tan cansada.

"Los muertos lo oyen todo, Kel".

Iothiah…

Una vida vivida, ahora olvidada.

Y en su lugar…

Una brisa tan seca como la ceniza caliente. Una habitación ventilada, limpia de azulejos y pintura, con el suelo inclinado para drenar las aguas de la tormenta. Una mujer vestida con una sencilla camisa de lino, con el pelo oscuro como un cuervo, amamantando a un niño, sonriendo, preguntando algo dulce y curioso. La cabeza inclinada, los ojos almendrados centelleantes, preparados para reírse de algo que pronto se dirá, un ingenio cálido y suave.

Paredes de color melocotón adornadas con verde enredadera.

Una vida olvidada…

La preocupación nubla sus ojos oscuros. Una rápida mirada al bebé contra su pecho, y luego otra vez la pregunta.

"¿Amor? ¿Estás bien?"

Parece que estás soñando…

Una puerta, abierta a una vista de color bronceado y azul pálido, suave y oceánico. Un azul que no se cierra detrás de las palmeras que cabecean, sino que se abre y se despeja a las costillas blancas del cielo. Un azul como el algodón ondulado.

El umbral cruzado. Luego un patio donde viejos esclavos nudosos persiguen gallinas. Una joven criada mirando, inmóvil salvo por su mirada rastreadora, su piel tan morena como el palo de la escoba.

La puerta. La calle.

El bebé grita ahora, balanceado en una cadera frenética, la mujer regaña, llora, grita: "¿Qué estás haciendo? ¿Qué ha pasado?"

¡Despierta, por favor! ¡Me estás asustando!

Un esbelto embrague apartado por un brazo fuerte y ancho. Pasos dados. Distancias enrolladas en el olvido. Un tirón desde espacios invisibles. La mujer gritando: "¡Amor mío! Mi amor, por favor".

¿Qué he hecho?

Doscientos cincuenta y siete años antes, un constructor Shigeki había ahorrado veintiocho talentos de plata comprando ladrillos quemados en la parte alta del río Sempis, donde la arcilla estaba llena de arena. Aparte del tono tostado, la vivienda que levantó no se distinguía de las demás. En el transcurso de los siglos siguientes, las aguas de la crecida habían subido dos veces lo suficiente como para lavar los pilones más al sur. Aunque los daños parecían mínimos, se habían desprendido láminas de material de la base del soporte más exterior, dándole un aspecto roído que, por alguna razón, parecía atraer a los perros que orinaban.

Se derrumbó exactamente cuando debía, arrastrando consigo todo un cuadrante, derrumbando cuatro pisos de apartamentos y aplastando a todos los desafortunados que había dentro. Hubo un estruendo, un tañido colectivo de gritos que se convirtió en silencio. Después, el polvo se extendió hacia fuera y hacia arriba. El ruido de la tierra y el tintineo de los ladrillos que llovían. Luego, calles repletas de transeúntes gritando.

La mujer y el bebé habían desaparecido.

Una vida olvidada…

Las calles. Números milagrosos. Movimientos milagrosos, como hilos de arena que caen unos en otros sin chocar ni redirigirse.

Los callejones. Los toldos arco iris, refrescando el polvo, protegiendo los expedientes de los caminantes, atenuando el sol a un resplandor enhebrado.

La gran ágora.

Un pavo real caminando santamente y sin ser molestado a través de una multitud que se separa, con sus ojos iridiscentes brillando en su plumaje, bendiciendo a todos los que se cuidan de no coincidir con ellos. Un hombre ladrando, con la cara inclinada hacia abajo y peligrosa, y luego abofeteando al niño que caminaba con él. El

chasquido de los dientes en la pasta. Dos ancianos rascándose la cabeza y riendo, con los labios dibujados sobre las encías, sobre los dientes como trozos de cerámica rota. Un perro destemplado subiendo cojeando los escalones del templo, cantando en voz baja a través de las mandíbulas entreabiertas.

Una vida…

Ella se sentó en el polvo con los demás desdichados, una fila desganada a la sombra de la pared de un templo, con las palmas de las manos levantadas para atrapar la lluvia, con las enfermedades plegadas bajo telas raídas o supurando en la bruma del polvo. Indecente por la edad, despojada de toda compasión, se sentaba a mendigar. No miraba el ir y venir de las miserables sombras.

Mil cuatrocientos veintidós años antes, un merodeador Scylvendio había violado a una mujer ceneiana que no tuvo el valor de quitarse la vida como era la tradición. Ella huyó de su familia, temiendo que la mataran para preservar su honor, y dio a luz a su hijo, un varón, a orillas del Gran Río Sempis. Ahora, un descendiente de ese hijo lanzó una moneda partida por la mitad exactamente cuando debía, pero con descuido, de modo que la punta mordida giró desde el borde exterior de su pulgar, haciendo que ella mirara hacia fuera y hacia arriba…

El parpadeo de papel de una mujer mayor.

Las rodillas dobladas. El suelo que se levanta mareado. Unas manos fuertes que le cogen la muñeca y se la levantan. Labios invisibles contra el calor de su palma. El olor a cobre y a piel.

Una mirada antigua, repentinamente infantil por el asombro.

"Mi nombre", susurró, "es Psatma Nannaferi".

El pulso y la bifurcación de la sangre. Una voz tan cercana que el hablante no podía ser visto. El pulso y la bifurcación de la sangre detrás de este lugar…

"Soy la Blanca Suerte… Camino. Respiro".

"Sí", jadeó ella, moviendo la cabeza enjuta en señal de afirmación. Un alma, forjada de hierro y crueldad, temblando como una doncella en la flor de su primer sangrado. "Somos hermanos, tú y yo".

Alabada sea nuestra Madre.

"Hermanos…"

Una mano temblorosa extendida hacia una mejilla invisible. Las

yemas de los dedos callosos, que no tocan nada, se extienden como si estuvieran sobre la grasa o la pintura. Lágrimas limpiando los ojos de una anciana.

Lágrimas por una vida olvidada.

"Tan hermoso".

Lágrimas por lo que se encontraba en su lugar.



Momemn…

Esmenet estaba frente a su gran espejo plateado cuando vislumbró por primera vez a Kelmomas que se paseaba por los rincones sombríos de su vestidor, casi lo suficientemente pequeño como para pasar desapercibido.

La luz de la mañana entraba por el balcón sin cerrar, tan brillante que parecía hacer que sus apartamentos parpadearan más allá del resplandor que proyectaba sobre el suelo. Evaluó su imagen con la negligente atención de quienes pasan demasiado tiempo ante los espejos, sus pensamientos estaban demasiado ocupados con puntos de estrategia como para preocuparse por su apariencia. Maithanet y Phinersa se habían retirado hacía unos instantes, dejándole innumerables "sugerencias" sobre la mejor manera de desarmar, sobrecoger o incluso intimidar a Hanamem Sharacinth. Tenía que reunirse con la matriarca yatweriana dentro de la guardia.

Vio su reflejo asomando entre los pliegues de seda de sus vestidos colgantes, uno carmesí, el otro azul cerúleo. Era una sombra tímida y furtiva, apenas más sustancial que la tela que colgaba a su alrededor. Ella supo al instante que no todo estaba bien, pero algo -el hábito, o tal vez el agotamiento- le impidió reconocerlo. Una punzada le atenazó la garganta. No hacía mucho tiempo que los dos Samarmas habían jugado a esconderse y buscar en su armario mientras ella se vestía. Y ahora…

"¿Cariño?", llamó. Vislumbró su sonrisa en el espejo: Era tan lúgubre que se sonrojó de sorpresa. ¿Era así como se veía cada vez que sonreía, como si simplemente doblara los labios?

Kelmomas se miró los dedos de los pies en lugar de responder.

Despidió a sus esclavos corporales con un vago movimiento de

los dedos y se volvió para mirarle directamente. El canto de los pájaros flotaba en las frescas corrientes de aire de la mañana.

"Cariño… ¿Dónde está Porsi?"

Se estremeció ante la pregunta, que había hecho por costumbre. Porsi había sido azotada y expulsada por su negligencia. Cuando Kelmomas no respondió, Esmenet volvió a mirarse en el espejo, fingiendo estar preocupada por los giros de la muselina en torno a su cintura. Sus manos se engancharon y alisaron automáticamente, se engancharon y alisaron.

"Pu-Pu-Puedo ser Sammy…"

Parecía que escuchaba estas palabras más con el pecho que con los oídos. Un rubor de frío sobre el corazón. Aun así, siguió mirando al espejo.

"¿Qué quieres decir? Kel, ¿qué estás diciendo?"

Nuestros hijos nos resultan tan familiares que a menudo los olvidamos, y por eso los detalles de su existencia nos golpean a veces con una fuerza desconcertante. Ya sea porque lo miraba a través del espejo o a pesar de ello, Esmenet vio de repente a su hijo como un pequeño extraño, el hijo de un vientre desconocido. Por un momento, le pareció demasiado hermoso para ser…

Se cree.

"Si no…" Kelmomas comenzó con voz entrecortada. Se retorcía la tela de la túnica contra la cadera derecha, haciendo que el dobladillo se le subiera por los muslos.

Por fin se volvió, suspirando como si estuviera irritada y sintiéndose al instante avergonzada por ello. "Cariño. ¿Si no *qué*?"

Sus pequeños hombros se sacudieron en un jadeo sin sonido. Miró hacia abajo con la feroz concentración que sólo los niños heridos parecían capaces de convocar, como si ver pudiera ahogar lo que se veía.

"Si no me quieres a mi… Si no quieres… Kelmomas, puedo ser Sam-Sammi".

La angustia se abatió sobre ella, la adormeció hasta las extremidades. En un momento dado, vio todo el alcance de su egoísmo. ¿Se había lamentado de verdad por Samarmas, se preguntaba una parte angustiada de ella, o simplemente lo había convertido en una prueba de sus propias dificultades? ¿Por quién había llorado?

Intentó hablar, pero no hubo voz en el sonido que emitió.

Kelmomas luchó con sus labios temblorosos. "Me veo… me veo como…" Cayó de rodillas, y luego se desplomó en un bulto de seda en el suelo. No sollozó, ni se lamentó; se quejó, un ruido tan pequeño como su estructura y, sin embargo, animal en su intensidad, en su honestidad.

Abandonando su reflejo, Esmenet atravesó la tela fría para arrodillarse sobre él. Ahora que podía ver su crimen, parecía que lo había sabido siempre. Atrapada en círculos de autocompasión, inmovilizada por el peso del deber y la obligación interminables, nunca se había detenido a considerar lo que sufría Kelmomas. Tan devastada y desolada como había estado los últimos días, poseía la misma vena de pedernal que templaba el corazón de todas las madres, el mismo conocimiento hereditario. Los niños morían. Morían todo el tiempo, tal era la crueldad del mundo.

Pero para Kelmomas. Había perdido mucho más que un hermano o un compañero de juegos. Había perdido sus días. Se había perdido *a sí mismo*. Y no podía comprenderlo.

Soy todo lo que le queda, pensó ella, acariciando su fino y dorado cabello.

Aun así, algo oscuro en ella retrocedió.

Los niños. Lloraron mucho.



Salvo por los largos estandartes dorados y blancos que representaban el Circunfijo, la Sala de Audiencias Imperial de las Cumbres Andiamine tenía un aspecto muy parecido al que tenía durante la Dinastía Ikurei. Todo estaba diseñado para sobrecoger a los peticionarios y concentrar la gloria y la dignidad de quienes se sentaban sobre el Manto. Los antiguos emperadores Nansur siempre habían aspirado a una opulencia arquitectónica y decorativa en desacuerdo con su poder real, quizá pensando que la ilusión, si se perseguía con suficiente paciencia y celo, podía hacerse patente.

Era como decía Kellhus: Los monumentos eran tanto oraciones como herramientas, detenidas en la piedra empequeñecedora. El hecho de que el mundo estuviera plagado de sus ruinas ilustraba más que unos cuantos hechos inquietantes en relación con el alma

humana. Los hombres siempre tienden a negociar desde una posición de fuerza, especialmente cuando se trata de los dioses.

Hoy, Esmenet no pudo evitar reflexionar, sería casi con toda seguridad un ejemplo de ello.

Se había acostumbrado a su asiento justo debajo del manto en el estrado, incluso le gustaba. A varios pasos de sus resbaladizos pies, unos escalones descendían en amplios arcos hemisféricos hasta el Auditorio, la planta principal donde se reunían los penitentes y los cortesanos. Una arcada de inmensos pilares se elevaba a ambos lados, disminuyendo tanto la perspectiva como la iluminación. Entre los troncos de mármol colgaban inmóviles tapices ornamentados, cada uno de ellos un regalo de alguna provincia del Nuevo Imperio, cada uno con el Circunfijo como motivo central. Tótems de animales de Thunyerus. Tigres y lotos retorcidos de Nilnamesh…

Todo, al parecer, se había fijado en su posición, como si la piedra y el espacio tuvieran rostros que pudieran girar, que pudieran bajar en señal de obediencia. Ella era el centro sin viento, el punto de equilibrio intangible.

Pero lo que más le gustaba era la pared trasera que faltaba, la sensación de que la luz natural caía sobre sus hombros, el saber que todos los que se reunían en el Auditorio la veían contra el firmamento celeste. Hacía que lo que podría ser la posición más vulnerable, el lugar de la efigie, se convirtiera en algo demasiado escurridizo para servir de blanco convincente de maldiciones. Nada le gustaba más que las audiencias nocturnas, en las que los peticionarios solían poner sus manos contra el sol para ver. Le permitía actuar y hablar con la impunidad de las siluetas.

Incluso le gustaba el hecho de que los pájaros se enredaran continuamente en la red casi invisible que se había colocado sobre la abertura para evitar que anidaran en las bóvedas. Había algo a la vez siniestro y tranquilizador en la sensación de revoloteo y batalla que se cernía sobre su periferia. La liberaban, al parecer, de la necesidad de lanzar amenazas. En un día cualquiera, sólo habría uno o dos atrapados, sus luchas con patas de fieltro eran demasiado pequeñas y sus gritos demasiado estridentes para provocar una verdadera compasión.

Hoy había cuatro.

A veces, después de la puesta de sol, había permitido que Samarmas ayudara a los esclavos a liberarlos. Ojos milagrosos de par en par. Manos temblorosas. Su sonrisa era como el miedo, era tan intensa.

El suave oleaje de las oraciones de las galerías superiores anunció la inminente entrada de la Matriarca, uno de los innumerables himnos al Emperador-Aspecto.

Nuestras almas surgen de la oscuridad,
a la vez cercana y lejana.
Nuestras almas caen en las tinieblas,
a través de puertas dejadas entreabiertas.

Él viene antes,
Una vela llevada a la eternidad después.
Él viene antes…

Al pensar en los gemelos, Esmenet apretó los dientes y luchó contra la punzada que amenazaba con resquebrajar su rostro pintado. Kelmomas había estado inconsolable, y ella se había visto obligada a dejarlo berreando, suplicando que lo abrazara, prometiendo convertirse en su hermano muerto por ella.

"*Te queremos, mamá… tanto…*"

Nosotros, había dicho, su voz pequeña y desolada. Ella apenas podía pensar en el episodio sin parpadear el calor de sus ojos. Exhaló lenta y profundamente, haciendo lo posible por parecer inmóvil. Las grandes puertas de bronce se abrieron sin ruido y vio a Hanamem Sharacinth, la gobernante nominal del Culto de Yatwer, entrar a grandes zancadas en el abandonado Auditorio. Se suponía que la Matriarca se vestía de arpillera para significar su pobreza, pero las bandas verticales brillaban en su vestido color tierra a cada paso. Maithanet la acompañaba, resplandeciente como siempre de blanco y oro.

Él viene antes,
Una vela llevada a la eternidad después.
Él viene antes…

El final del coro se desvaneció en el tono de la piedra que suena. La matriarca yatweriana se arrodilló rígidamente, y luego la otra.

"Vuestra Gloria", dijo, antes de apretar la cara contra su reflejo en el suelo de mármol.

Esmenet asintió para demostrar el favor imperial. "Levántate, Sharacinth. Todos somos hijos de la Ur-Madre".

La mujer mayor se levantó, aunque no sin cierto esfuerzo. "En efecto, su Gloria". Miró a Maithanet, como si esperara algún tipo de ayuda, y luego se recordó a sí misma. Esmenet se dio cuenta de que no estaba acostumbrada a la compañía de sus superiores. Esmenet había recibido a muchos peticionarios a lo largo de los años, lo suficiente como para adivinar con seguridad el tenor de una audiencia desde el primer intercambio de palabras. Sharacinth, según pudo comprobar, había convertido la autoridad en un duro hábito, hasta el punto de que no se podía confiar en que mostrara ni gracia ni deferencia. La actitud defensiva se cernía sobre la anciana como un olor.

Esmenet fue directamente al grano. "¿Qué sabes del Guerrero de la Blanca Suerte?"

"Ya me lo imaginaba", resopló la matriarca, con los ojos entrecerrados por la arrogancia. Su rostro era anguloso y curiosamente curvado, como si fuera una cosa de arcilla dejada demasiado tiempo en un lado.

"¿Y por qué sería eso?" Preguntó Esmenet con fingida gracilidad.

"¿Quién no ha oído los rumores?"

"La *traición*, quieres decir".

"La traición, entonces".

Por un momento, a Esmenet se le escapó lo escandaloso de su tono. Parecía que a menudo se olvidaba de su elevada posición y hablaba con los demás como si fueran sus iguales. Se encontró parpadeando de indignación. *Ni siquiera me ha dado el pésame por la pérdida de mi hijo*.

"¿Y qué has oído?"

Una pausa calculada. Los ojos de Sharacinth parecían criados en la insolencia bovina, sus labios en una línea agria. "Que la Blanca Suerte se ha vuelto contra el Emperador-Aspecto… contra ti".

Esmenet se esforzó por respirar en torno a su indignación. ¡Ingrata arrogante! ¡Vieja zorra traicionera!

¿Era esto lo que había imaginado hace tantos años, sentada en su alféizar en Sumna, seduciendo a los transeúntes con una visión

de las sombras que subían y bajaban por el interior de sus muslos? Al no saber nada del poder, Esmenet lo había confundido con sus adornos. La ignorancia, pocas cosas eran tan invisibles. Podía recordar haber mirado las monedas que tanto había codiciado, esas monedas que podían evitar el hambre o vestir la piel magullada, y preguntarse por el perfil del hombre que las portaba, el Emperador que parecía estar a horcajadas de todas sus recompensas y privaciones. No se le odiaba. No se le teme. Ni amado. Éstas eran pasiones mejor gastadas en sus agentes. El propio Emperador siempre había parecido… demasiado lejos.

En los interminables ensueños entre las sábanas, ella ordenaba todo lo que podía recordar, toda la sabiduría popular, incipiente y humilde, que un ciudadano le asigna al súbdito de su soberano. Y en el ojo de su alma lo vería a él, a Ikurei Xerius III, sentado *en este mismo lugar*.

¿Cómo es posible?

Una vez, por puro capricho, le había mostrado a Samarmas un kellic de plata. "¿Sabes", le había preguntado, señalando la aparición de su propio perfil en su cara, "quién es?". Él tenía una manera de abrir la boca cuando se asombraba, como si tratara de dar forma a sus labios sobre un clavo. Era a la vez cómico y desgarrador, ya que delataba claramente su idiotez.

¡*Mi hijo*! gritó en silencio. Recoger las heridas se había convertido en su camino de menor resistencia, lo único que le resultaba fácil. Pero no podía escapar del clamor de sus responsabilidades, de los movimientos que tenía que forzar a contracorriente de lo que debería ser un dolor abrumador. No le quedaba más remedio que tener fe en su cara pintada.

"Pero has oído *más*", preguntó con voz dura y firme, una voz propia de la Emperatriz de los Tres Mares. "¿No es así?"

"Más. Más", murmuró Sharacinth. "Por supuesto, he oído más. ¿Cuándo no se oye siempre más? Los rumores son como las langostas, los esclavos o las ratas. Se reproducen indiscriminadamente".

Sabían que era una mujer orgullosa. Esa fue la razón por la que convocaron a la perra aquí: Maithanet esperaba que las dimensiones y la reputación de su entorno fueran suficientes para suavizar su arrogancia y convertirla en algo más maleable, algo que pudieran

moldear para sus propios fines.

Parece que no.

"Matriarca, harías bien en recordar lo que está en juego en nuestra conversación".

Una mirada de desprecio, una mirada abierta. Y por primera vez, Esmenet la vislumbró, la mirada que es el terror de todos los que comandan posiciones de poder: la mirada que dice: *Eres temporal, no más una aflicción pasajera*. De repente, comprendió el cálculo escénico que había detrás de su trono y su posición sobre el suelo auditivo. Con una mirada, al parecer, la anciana lo había puesto todo en evidencia: la verdad detrás de la jerarquía de las almas dispares. *Reconocimiento*, comprendió Esmenet. El poder se reducía al reconocimiento.

Por lo demás, todo era fuerza desnuda.

"¡*Matriarca*!", retumbó Maithanet, imprimiendo a su voz y aspecto toda la autoridad magistral de los Mil Templos.

Sharacinth abrió la boca en señal de réplica; parecía que ni siquiera el Shriah podía acobardarla. Pero el aliento que poseía le fue succionado de los pulmones…

En lugar de eso, resolló y retrocedió a trompicones, levantando una mano contra la repentina e inmoladora luz que había surgido sobre el suelo ante ella. Danzaba y se proyectaba hacia el exterior, tan brillante que lo oscurecía todo. Sombras enloquecidas se balancearon desde sus tobillos por los rincones más alejados del Auditorio. El punto crecía y chispeaba, parloteaba con incandescencias que poseían intensidades más allá de la concepción de la mirada…

Esmenet bajó el antebrazo y parpadeó ante los ojos escaldados.

Allí estaba, alto, magnífico y de otro mundo, exactamente como ella lo recordaba. Una túnica de seda blanca caía suelta sobre su armadura, bordada con innumerables colmillos carmesí, cada uno del largo de una espina. Su barba estaba trenzada en oro, su melena era larga y fluida. Las dos cabezas de demonio colgaban atadas a su cadera derecha, murmurando maldiciones sin aliento… Había una loca densidad en su aspecto, un acaparamiento de la realidad que negaba al mundo la nitidez de sus bordes y la sustancia de su peso.

Parecía que la tierra debía gemir bajo sus pies. Su marido…

El Emperador-Aspecto.

Sharacinth estaba de pie como una superviviente de un naufragio, inclinada hacia el recuerdo de los mares agitados. A dos pasos detrás de ella y a la derecha, Maithanet yacía en posición supina sobre el brillante suelo. El Shriah de los Mil Templos estaba *arrodillado*.

Esmenet sabía lo suficiente como para no ver a Kellhus asumir el manto a su derecha. La confianza, que en todas las situaciones complicadas no es más que la pretensión de la premeditación, es siempre la marca exterior del poder. No podía haber apariencia de improvisación.

"Hanamem Sharacinth", dijo, su voz a la vez suave e impregnada de los tonos del asesinato inminente, "¿crees que mereces estar en mi presencia?"

La Matriarca estuvo a punto de caerse al intentar tirarse al suelo. "¡N-no!", sollozó aterrada como una anciana. "M-Más Glorioso… Pourf… por favor…"

"¿Vas a tomar medidas", interrumpió, "para asegurar que esta sedición contra mí, esta *blasfemia*, llegue a su fin?"

"¡Si!", se lamentó en el suelo. Incluso enganchó los dedos detrás de la cabeza.

"Porque, no te equivoques, *voy a hacer la guerra* contra ti y los tuyos". El salvajismo machacante de su voz se tragó toda la sala, golpeó el oído como los puños. "Tus actos los arrancaré de las piedras. Tus templos los convertiré en piras funerarias. Y a los que todavía se atrevan a tomar aliento o armas contra mí, los cazaré, hasta la muerte y más allá. Y mi hermana, a la que adoras, se lamentará en la oscuridad, su memoria no será más que un sueño de destrucción. ¡Los hombres escupirán para limpiar sus bocas de su nombre!"

La anciana se estremeció, arqueó la espalda como si tuviera arcadas de terror.

"¿Entiendes lo que digo, Sharacinth?"

"¡*Sííí*! "

"Entonces esto es lo que debes hacer. Deberás hacer caso a tu Emperatriz y a tu Shriah. Pondrás fin a la innoble farsa que es tu cargo. Deberás reclamar la *verdad* de tu puesto. Harás la guerra a la maldad dentro de tu propio templo, ¡limpiarás la suciedad de tu propio altar!"

En algún lugar más allá del techo abovedado, una nube engulló el sol, y todo se oscureció excepto la anciana que se retorcía en su reflejo. Kellhus se inclinó hacia delante, y pareció que todo el mundo se inclinaba con él, que los propios pilares se inclinaban, colgando por encima de la Matriarca, temblando en una indignación catastrófica.

"¡Y cazarás a esa bruja que llamas tu ama, Psatma Nannaferi! ¡Tendrás que poner fin al sacrilegio que es tu Madre-Suprema!"

Con la cara desencajada y los codos en el suelo, sacudió las dos manos de palma blanca en señal de advertencia.

"*¡No-noooo! Pourf… Pourf… por favoooor…*"

"¡SHARACINTH!" El nombre se estrelló en el Salón, retumbó en sus recovecos arqueados. "¿QUIERES OFENDERME EN MI PROPIA CASA?"

La matriarca gritó algo inarticulado. Un charco de orina se extendió sobre sus rodillas.

Entonces, como si exhalara un aliento reprimido, el mundo retomó sus líneas y proporciones naturales. La nube invisible pasó del sol invisible, y la luz indirecta volvió a bañar de azul el estrado.

"Saborea tu aliento", dijo Kellhus mientras se ponía en pie. Salió para asomarse paciente y paternalmente sobre la mujer que le parpadeaba desde la base de los escalones. "*Pruébalo*, Sharacinth, porque es la marca de mi misericordia. Lucha contra la inclinación de tu corazón, vence tu debilidad por el orgullo, por el rencor. No hagas de la verdad una humillación. Sé que puedes sentirla, la promesa de liberación, la liberación que estremece los huesos. Apártate del veneno estridente de tu engreimiento, de los puños enganchados y de los dientes nudosos, de la vara de hierro frío que te mantiene rígida cuando deberías dormir. Apártate de estas cosas y abraza la verdad de la vida -¡la *vida*! -que yo te ofrezco".

Esmenet había escuchado estas palabras tantas veces que debían parecer más un recitado que algo *significado*, un conjuro que nunca dejaba de deshacer los nudos de orgullo que tanto ataban a los hombres. Y, sin embargo, cada vez se encontraba hundida en la superficie, flotando completamente sumergida. Cada vez, los oía *por primera vez*, y se sentía asustada y renovada.

Con los años, su marido había dejado de ser muchas cosas para Esmenet. Pero seguía siendo un milagro.

La matriarca del culto de Yatwer lloró como lo haría un niño, resoplando y murmurando: "*P-perdón… P-perdón…*". Una y otra vez.

"Consuélala", dijo Kellhus a su hermanastro. Asintiendo en señal de obediencia, Maithanet se puso de pie y se agachó al lado de la mujer que se lamentaba.

Sonriendo, el Emperador-Aspecto se volvió hacia Esmenet y le tendió la mano. Pronunció las palabras de fuego del sol. Ella se aferró a dos de sus dedos extendidos y cayó en su palpitante abrazo. Sintió que los espacios abiertos que los rodeaban se derrumbaban, que caían en láminas de tejido etéreo, que se desprendían.

Su luz la consumía…



… y estaban solos, en la fresca penumbra de sus apartamentos privados. Las piernas de él se derrumbaron, y se inclinó y se tambaleó contra ella. Gruñendo, Esmenet le ayudó a tambalearse hasta su cama.

"Esposa…" fue todo lo que dijo, rodando sobre su espalda a pesar de que todavía llevaba su espada, Certeza, enfundada sobre sus omóplatos. Se llevó una mano pesada a la frente.

Desde los balcones hacia el mar se filtraba más aire que luz. Las habitaciones eran amplias y sorprendentemente de techo bajo, articuladas por una serie de escalones que dividían el dormitorio propiamente dicho de las regiones inferiores. El mobiliario era elegante y, a excepción de la cama con cojines de color carmesí, escaso. A menudo se preguntaba si su antipatía por el ornamento era más bien el resultado de las enloquecedoras complejidades de su nueva vida o un anhelo por la sencilla escualidez de la anterior.

"¿Cuántos?", preguntó ella, sabiendo que él sólo podía translocar el espacio de un horizonte, y sólo entonces a lugares que había estudiado durante mucho tiempo desde la distancia o a lugares en los que había estado realmente. Había viajado literalmente desde las llanuras Istyuli horizonte a horizonte.

"Muchos".

Se encontró mirando hacia otro lado, parpadeando. Los perfiles de varias ciudades estaban pintados al fresco en las paredes,

creando la pálida ilusión de que la habitación ocupaba un espacio imposible sobre Invishi, Nenciphon, Carythusal, Aöknyssus y Oswenta. Esmenet las había encargado varios años antes, como recordatorio físico de su posición en el espacio político. Fue una decisión de la que se arrepintió hace tiempo.

Simple, susurró su alma. *Debo hacer las cosas simples*.

"Viniste...", comenzó, sorprendida al ver que ya estaba llorando. "¿Viniste tan pronto como te enteraste?" Ella sabía que esto no podía ser cierto. Todas y cada una de las noches los Llamadores lejanos del Mandato hablaban con él en sus sueños, le informaban de todo lo que ocurría en las Cumbres Andiamine y en otros lugares. Había venido por la situación con los Yatwerianos, por Sharacinth. No por el idiota de su hijo.

No hubo accidentes con Anasûrimbor Kellhus.

Él se sentó en el borde de la cama y, de alguna manera, ella se encontró en sus brazos, inmersa en su olor a marido de todo el mundo, atormentada por los sollozos.

"¡Hemos sido maldecidos!", jadeó. "¡Maldecidos!"

Kellhus la presionó suavemente hacia su mirada y, de alguna manera, por encima de la superficie de su dolor inmediato. Se encontró con un aire fresco y relajante.

"Desgracia", dijo. "Nada más, Esmi".

¿Cuándo se convirtió su voz en una droga?

"¿Pero no es eso lo que significa la Blanca Suerte? ¡Mimara ha huido y nadie puede encontrarla, Kellhus! Tengo esta... esta terrible sensación... ¡tan terrible sensación! ¡Y ahora Samarmas! ¡Dulce-dulce Samarmas! ¿Sabes lo que dicen en las calles? ¡¿Sabes que algunos de ellos realmente celebran! Que..."

"No debes tomar ninguna medida contra ellos", dijo con severa compasión: el tono perfecto. Siempre hablaba en el tono perfecto, las palabras como un fresco yeso aplicado sobre las grietas del deseo y la confusión. "Los yatwerianos no. No son un pueblo que podamos masacrar o desarraigar como los Mongileanos Kianene. Están demasiado extendidos, demasiado difusos. La Gran Ordalía es lo único que importa, Esmi. Nos ha llevado demasiado tiempo tal y como está. Golgotterath debe ser superado antes de que el No-Dios sea resucitado. Lo inmediato siempre nubla lo lejano, y el deseo siempre retuerce la razón para sus propios fines. Sé que estas

preocupaciones parecen borrar todas las demás consideraciones..."

"¿Parece? *¿Parece?* ¡Kellhus! ¡Kellhus! ¡Nuestro *hijo está muerto*! "

Su voz resonó con crudeza en los huecos de la piedra pulida.

El silencio. Mientras que para otros la falta de respuesta auguraba heridas marcadas o verdades demasiado gravosas como para ignorarlas o descartarlas, para su marido significaba algo totalmente distinto. Su silencio era siempre uno con el mundo a su alrededor, monolítico en la forma de enmarcar las cosas. Sin excepción, decía: "*Escucha las palabras que has pronunciado*". A ti. Nunca, nunca, fue la marca del error o la incapacidad.

Por eso, tal vez, ella lo encontraba tan fácil de adorar y tan difícil de amar.

Entonces pronunció su nombre, "Esmi..."

"Esmi", dicho con una voz tan cálida, tan impregnada de compasión, que ella se encontró de nuevo llorando libremente. Le besó el cuero cabelludo y el pelo, un monstruo divino. "Shhhh... No te pido que te consueles con abstracciones, porque no hay ninguna. Aun así, la Gran Ordalía sigue siendo el fin que mapea todos los demás. No podemos permitir que nada, *nadie*, se anteponga a ella. Ni los disturbios. Ni el colapso del Nuevo Imperio..." Era como si se mirara a los ojos, su mirada era tan astuta que la conocía mucho mejor que ella misma.

"Ni siquiera la muerte de nuestro hijo".

Ella lo había entendido todo el tiempo. Su tono se lo había dicho.

Una brisa hizo que los visillos de color violeta se desvanecieran sobre la dura línea del mar de Meneanor. Un dedo de luz parpadeó sobre el mural de Carythusal.

"¿Cuántas desgracias tiene que haber?", se oyó llorar.

La Blanca Suerte nos caza... Nos caza...

"Todos los males que el mundo pueda ofrecer, si es necesario. Mientras superemos el único que es fatal".

El segundo Apocalipsis.

Ella le golpeaba el pecho suavemente, presionando su frente contra la seda jasminada. Podía sentir la huella reptiliana de la cota de malla que había debajo. Mirando hacia arriba a través de las lágrimas, él parecía un resplandor imponente y una sombra a la vez.

"¡Pero es *a ti a quien* cazan! ¿Qué? ¿Los dioses *quieren* un segundo Apocalipsis? ¿Quieren que el mundo se cierre contra ellos?"

Ella había elegido a Kellhus en lugar de Achamian. ¡Kellhus! Ella había elegido su vientre. Ella había elegido el poder y la facilidad suntuosa. Había elegido poner su mano sobre el brazo de un dios vivo… ¡Esto no! ¡No esto!

"Ven, Esmi. Sé que Maithanet te ha explicado esto".

"Pero parece… parece…"

"La mayoría vive al borde de los latidos, confiando en sus superiores y en los ojos ciegos de la costumbre para ver más allá. Unos pocos pueden comprender la duración de vidas enteras. Pero tú y yo no poseemos ninguno de estos lujos, Esmi. Debemos actuar según los dictados de las épocas, o no habrá épocas para que nadie viva. Y esto nos hace parecer fríos, despiadados, incluso monstruosos, no sólo ante los demás y ante nosotros mismos, sino también ante los Cien. *Recorremos el camino más corto*, el laberinto del Pensamiento de las Mil Caras. Esta es la carga que el Dios ha puesto sobre nosotros, y la carga que los Dioses envidian".

Se encontró en la superficie de su voz, por una vez oyéndola con el oído frío de un músico: los armónicas tunelizadas, la resonancia que la obligaba a una inmediatez inaudita, la raspa de papel que la elevaba fuera del círculo del mundo.

La voz que había conquistado la Primera Guerra Santa, y luego los Tres Mares. La voz del Rey de Reyes, el eco mortal del Dios de Dioses… La voz que había conquistado primero sus muslos y luego su corazón.

Pensó en aquella última tarde con Achamian, el día en que cayó la Santa Shimeh.

"¡No tengo fuerzas! No puedo soportar perder más…"

"*Tienes* la fuerza".

"¡Deja que Maithanet gobierne! Es tu hermano. Él comparte tus dones. Él debe gobernar…"

"Él es Shriah. No puede ser más".

"¿Pero por qué? ¿Por qué?"

"Esmi, tienes mi amor, mi confianza. Sé que tienes la fuerza para hacerlo".

Una ráfaga sobre el oscuro mar. Los visillos violetas se agitaron y ondularon, se abrieron como labios de gasa.

"La Blanca Suerte", susurró con una voz que era el cielo, la curva de todos los horizontes, "romperá contra ti".

Contempló su rostro entre el escozor y las lágrimas, y le pareció que en él podía ver *todos los* rostros, el semblante de todos los que se habían inclinado sobre ella en Sumna, cuando había guardado la cama de una puta.

"¿Cómo? ¿Cómo puedes saberlo?"

"Porque la angustia que hace barro de todos tus pensamientos, porque el miedo que mancha tus días, porque todo tu pesar y tu ira y tu soledad…" Una mano aureolada ahuecó su mejilla. Unos ojos azules la sondearon hasta las últimas brazas.

"Todo esto te hace pura".



Iothiah…

"¡Maldito!" gritó Nannaferi. "¡Maldito sea el que engaña al ciego en el camino!"

Todas las voces viejas fallan de alguna manera; se quiebran o trinan, o se apagan con la pérdida del viento que una vez les dio fuerza. Pero en el caso de Psatma Nannaferi, el quiebre de su voz, que alguna vez había hecho llorar a su familia por su pureza melódica, parecía revelar más de lo que estropeaba, como si no fuera más que una pintura, envejecida y muda, que cubría algo furioso y elemental. Golpeó por encima del clamor circundante, llegó a lo más profundo de los recovecos de las catacumbas.

Cientos de personas se habían reunido, llenando la Sala Charnal de sudor y esfuerzo, abarrotando los túneles adyacentes, estampando el detritus por los suelos. Las antorchas se balanceaban como boyas en el mar, arrojando óvalos de iluminación a través de los techos arqueados, revelando focos de expresión en las masas sombrías: sonrisas y aullidos, bocas fijas en torno al asombro -el asombro incrédulo-. El humo se acumulaba en los huecos oscuros entre los dinteles. Unos dedos de luz sondearon las paredes agujereadas por los nichos y las innumerables urnas que había en su interior, agrietadas e inclinadas, caladas por años de polvo.

"¡Maldito sea el ladrón!" gritó Nannaferi. "¡Porque el que se alimenta de la fortuna de los demás es portador del hambre!"

Estaba desnuda ante ellos, llevando su piel como los harapos de un mendigo. Sigilos pintados de blanco enfundaban sus brazos hasta la fosa y sus piernas hasta la entrepierna, pero su torso y sus genitales brillaban adornados sólo por el sudor. Se alzaba marchita y diminuta ante ellos y, sin embargo, se alzaba, de modo que parecía que su pelo empapado de sangre debía rozar los techos bajos.

Y se sentó ante ella, desnudo e inmóvil en una silla maltratada. Una silla de esclavo.

El guerrero de la Blanca Suerte.

"¡Maldito sea el homicida, el *asesino*, el que acecha para matar a su hermano!"

Separó sus piernas sin pelo, se detuvo para que todos pudieran ver las resbaladizas líneas de sangre que salían de sus brillantes pudendas. Y esbozó una sonrisa orgullosa y viciosa, como si dijera: "*¡Sí! ¡Sed testigos de la fuerza de mi vientre! ¡La Gran Dadora, la Portadora de Hijos, la glotona Comedora de Falos!*

¡Sí! ¡La sangre de mi fertilidad fluye todavía!

Los extáticos que la precedían lloraban ante el milagro, miraban con los ojos de los estrangulados, se arrancaban los cabellos y rechinaban los dientes. Y su éxtasis se convirtió en motivo de éxtasis para la cohorte que venía detrás, y así sucesivamente, a través de un túnel tras otro que se bifurcaba, hasta que un millar de voces rugieron a través de las profundidades cerradas.

"¡Maldita sea la *puta*!", gritó, sin necesidad de leer el texto, la *Sinyatwa*, en la piedra raspada a sus pies. "¡Maldita sea la que se acuesta con los hombres por el oro sobre la semilla, por el poder sobre la obediencia, por la lujuria sobre el amor!"

Se inclinó como si quisiera abusar de sí misma. Con la hoja de la palma de la mano derecha, raspó una línea de sangre, llevándola hasta los pliegues de su sexo hinchado. Resopló de placer y levantó la palma ensangrentada para que todos la vieran.

"¡Malditos sean los falsos-los engañadores de los hombres! ¡*Maldito sea el Emperador-Aspecto*! "

Hay tonos de pasión que son sagrados simplemente por la intensidad de su expresión. Hay adoración más allá del mundo enjaulado de las palabras. El odio de Psatma Nannaferi hacía tiempo que había quemado las impurezas, el patético desfile de

rencores y resentimientos que tan a menudo convierten en tontos a los grandes. El suyo era el odio demoledor, la indignación homicida del traicionado, la furia inquebrantable del degradado y del desposeído. El odio que afila los tendones, que limpia sólo de la manera en que el asesinato y el fuego pueden limpiar.

Y por fin había encontrado su cuchillo.

Pasó por encima de las escrituras, presionó las flojas bolsas de sus pechos contra el sudor del cuello y los hombros de él. Le rodeó con los brazos. Sosteniendo la palma de la mano derecha como si fuera una paleta, sumergió el tercer dedo de la mano izquierda en su tema, y luego lo marcó: una línea horizontal a lo largo de cada una de sus mejillas.

Brillaban con el carmesí de la menstruación. Wurrami, la antigua contraparte del thraxami, las líneas de ceniza utilizadas por las madres de luto.

"¡Siempre!", gritó ella. "Siempre hemos vivido a la sombra del Látigo y el Garrote. Siempre hemos sido despreciados: nosotros, *los dadores*. Nosotros, *los débiles*. Pero la Diosa lo sabe. Sabe por qué nos golpean, por qué nos atan, por qué nos matan de hambre y nos violan. Por qué hacen todo menos matar".

Ella lo rodeó, levantó las nalgas sobre sus caderas. Con un grito agudo, ella empujó hacia abajo, abarcándolo hasta sus gruñidos. Un coro roto de gritos pasó por la congregación, mientras la penetración se multiplicaba en el corazón y en los ojos.

"Porque sin Dadores", gritó con una voz ronca por la pasión-doblemente rota, "¡no hay nada que puedan tomar! Porque sin esclavos, no puede haber amos. Porque somos el vino que beben, el pan que comen, la tela que ensucian, los muros que defienden. ¡Porque somos la verdad de su poder! El premio que quieren conquistar".

Y ella podía sentirlo: él el centro de ella, y ella la circunferencia de él: un dolor rodeado de fuego. ¡Azada y Tierra! La azada y la tierra. Ella era una vieja arpía que se abrazaba a un niño, sus ojos eran rojos como la sangre, los de él eran blancos como la semilla. La multitud que les precedía se agitaba y se agitaba, un hervidero de rostros ávidos y miembros bañados en sudor.

"¡Fomentaremos!", gimió y rugió. "¡Fomentaremos! Enseñaremos a los que dan lo que significa tomar".

Y ella se deslizó, dibujando sus flojas nalgas sobre la placa de su abdomen. El suyo era el cuerpo de un hombre recién casado, padre de un solo hijo. Esbelto, dorado por la perfección de su piel. Todavía no se había sometido a la dureza del mundo, al trabajo que exige todo dar.

Todavía no es fuerte.

"Está el cuchillo que corta", graznó, "y está el mar que ahoga. Siempre hemos sido estos últimos. Pero ¡ahora! Ahora que la Blanca Suerte ha llegado a nosotras, ¡somos *ambas cosas*, hermanas mías! ¡En nuestros mares se hundirán! Y sobre nuestro cuchillo caerán".

Ella montó el gancho de él cada vez más fuerte, hasta que se convulsionó y gritó. La tierra se estremeció: los no nacidos pateaban el vientre de la madre. La grava brotó de los techos. Y ella pudo sentir el calor que lo inundaba, el empuje hacia afuera. Y luego, con su desplome, una especie de respiración hacia adentro, y fue el turno de ella de ponerse rígida y gritar. Podía sentir su fuerza llenándola, el tejido de los músculos a través de su estructura, las cicatrices, la *fuerza del envejecimiento* de un cuerpo atormentado por los años en el mundo. Las suaves manos que arañaban su pecho se volvieron cornudas con callos, gruesas con fuerza estranguladora, incluso cuando sus pechos escrotalizados se redondearon, levantados en el recuerdo de una juventud más tierna. La suave mejilla contra su cuello se volvió correosa por las estaciones no vividas, grava por el recuerdo de la viruela de otro.

Y mientras la juventud la bañaba, dibujando mil arrugas en suaves cúmulos de piel, los rostros enloquecidos que la rodeaban avanzaban, agarrándose al suelo empapado bajo sus pies…

Golpeada y maltratada, había sido inclinada en una libación. Y ahora la temible Diosa la levantó, un cuenco fundido en oro.

Un recipiente. Un grial. Una copa llena de las Aguas-Más-Santas. La sangre y la semilla.

"¡Maldita sea!", gritó con la voz desgarradora de una cantante, alta y pura, pero caldeada por el recuerdo de su ronco autoritarismo. Observó cómo la Sangre de su Fertilidad se repartía entre la multitud, un charco que nunca disminuía y que se pasaba de palma en palma. Vio a los hijos de la Ur-Madre marcar sus mejillas con la línea roja del odio…

"¡Maldito sea el que engaña al ciego en el camino!"

CAPÍTULO DIEZ

Condia

Mira a los demás y reflexiona sobre el pecado y la locura que encuentras en ellos. Porque su pecado es tu pecado, y su locura es tu locura. ¿Buscáis el verdadero estanque de reflexión? Mira al extraño que desprecias, no al amigo que amas.

-TRIBOS 6:42, LA CRÓNICA DEL COLMILLO

Principios de primavera, Año Nuevo Imperial 19 (Año del Colmillo 4132), Condia

Las llanuras de Istyuli dominaban el corazón de Eärwa, y se extendían desde el lomo septentrional de las Hethantas hasta las estribaciones meridionales del Yimaleti. Parecía difícil de creer que esta región hubiera dado a luz a dinastías y derribado imperios antes del Primer Apocalipsis y de la llegada de los Sranc, ya que no consistía más que en interminables gavillas de áridos pastizales.

En los días de la Lejana Antigüedad, se abrió un cisma entre las tribus norsirai occidentales, los altos norsirai, que bajo la tutela de los no-hombres levantaron la primera gran civilización alfabetizada de los hombres a lo largo de las riberas del río Aumris, y sus parientes orientales, los norsirai blancos, que se aferraron a las

costumbres nómadas de sus antiguos padres. Durante toda una época, los Istyuli formaron el interior bárbaro de las naciones de la Alta Norsirai que se alzaron y cayeron alrededor de las grandes ciudades fluviales del oeste: Trysë, Sauglish, Umerau y otras. Las tribus de norsirai blancos que vagaban y guerreaban por las llanuras a veces hacían incursiones, a veces hacían trueques, y continuamente despreciaban a sus primos agricultores del oeste. Cuanto menos caminos, más duros son los códigos, como decía el antiguo proverbio kûniürico. Y periódicamente, cuando se unían bajo la tiranía de alguna tribu o personalidad poderosa, invadían y conquistaban.

Al norte de Sakarpus, las llanuras de Istyuli aún llevaban el nombre de uno de esos pueblos conquistadores, los cond.

No queda nada que marque su paso: Los Cond, como la mayoría de los pueblos pastores, eran recordados principalmente por las obras destruidas más que por las obras levantadas. Para los Hombres de la Ordalía, sólo el nombre conectaba el terreno inclinado con las leyendas de su gloria muerta hace tiempo. Estaban acostumbrados al rumor de pueblos y naciones perdidos, pues sus propias tierras los habían apilado en lo más profundo. Pero había una melancolía ligada a sus pensamientos sobre los Cond. Donde los antiguos pueblos de los Tres Mares habían sido reemplazados por otros pueblos, el fin de los jinetes de pelo salvaje de los Cond había sido el fin de los Hombres en estas llanuras. Prueba de ello eran los indicios de habitación que encontraron los Inrithi: grandes montones de huesos chupados hasta el tuétano y franjas de césped volcadas no por arados, sino por garras hambrientas de larvas.

Señales de Sranc.

Una especie de reconocimiento comunitario llegó a la hueste, la comprensión de que las tierras abandonadas podían ser liberadas. Para demostrarlo, el rey Hoga Hogrim -sobrino de Hoga Gothyelk, el famoso mártir de Shimeh- ordenó a sus tydonnios que extrajeran piedra de un afloramiento cercano para crear un gran anillo, un inmenso Circunfijo implantado para siempre en la tierra de Condian. Los Barbaslargas trabajaron durante toda la noche, aumentando su número a medida que se les unían más y más vecinos acampados. Al amanecer, más que un anillo, se descubrió una fortaleza circular, tan ancha como cinco galeras de guerra

colocadas de extremo a extremo y con paredes de piedra arenisca sin forma de la altura de tres hombres.

Después, el propio Emperador-Aspecto se paseó entre los hombres agotados, remitiendo sus pecados y bendiciendo a sus parientes lejanos. "Los hombres hacen tales marcas", dijo, "como su voluntad les permite. Mirad. Que el Mundo vea por qué los Tydonnios son llamados los 'Hijos del Hierro'".

Y así continuó la marcha. Según la sabiduría militar convencional, una hueste tan numerosa como la de la Ordalía debía dividirse y marchar en columnas separadas. Esto no sólo mejoraría la capacidad de los soldados para recolectar forraje, ya sea caza salvaje o los pastos para los que sus resistentes ponis habían sido criados para sobrevivir, sino que aumentaría drásticamente su ritmo de avance. Pero por extraño que pareciera, la pereza de la Gran Ordalía era una necesidad, al menos en esta etapa de la larga marcha hacia Golgotterath. El plan consistía en estirar el ombligo de suministro entre la hueste y Sakarpus tanto como fuera humanamente posible, antes de dar lo que los generales del Emperador-Aspecto llamaban sombríamente el Salto, marchando más allá del punto de contacto significativo con el Nuevo Imperio.

Dado que la longitud de este ombligo dependía de la capacidad de los convoyes de suministros imperiales para superar la Gran Ordalía, dividir la hueste en columnas más rápidas simplemente aumentaría la longitud del Salto. Esto resultaría desastroso, dadas las necesidades de la hueste y la escasez de forraje significativo a lo largo del Istyuli. Aunque la Ordalía se dividiera en cien columnas y se extendiera a lo ancho de la llanura, no se podía confiar en que proporcionara suficiente caza para marcar una diferencia apreciable. La hueste debía cargar con los suministros necesarios para llegar a las tierras más abundantes de lo que antaño había sido el este de Kûniüri, donde, según los rastreadores imperiales, podría encontrar fácilmente suficiente forraje una vez que se dispersara.

Así que avanzó lentamente, como deben hacerlo todos los ejércitos pesados, recorriendo apenas entre diez y quince millas por marcha. Aparte de los números, los ríos eran la mayor fuente de retraso. De nuevo, gracias a los Rastreadores Imperiales, cada vía fluvial había sido meticulosamente cartografiada con años de antelación. Los planificadores de la Gran Ordalía no sólo

necesitaban saber dónde estaban los mejores puntos de cruce, sino que tenían que conocer el estado de esos vados en distintas épocas del año y durante distintos tipos de clima. Un solo río crecido podía significar la perdición si impedía que la Gran Ordalía llegara a Golgotterath antes de la llegada del invierno.

Pero incluso mapeados, los vados seguían representando cuellos de botella. En algunos casos, se necesitaban tres, incluso cuatro días simplemente para que la hueste cruzara orillas que no estaban más que a un tiro de piedra. Estos también estaban programados dentro de los márgenes cada vez más estrechos del sagrado anfitrión..

En los más altos consejos del Emperador-Aspecto, la posibilidad de que el Consulto encontrara alguna forma de envenenar estos ríos era motivo de continua preocupación, si no de absoluto temor. Sólo la posibilidad de que pudieran exterminar la caza a su paso les preocupaba más. Como veteranos de la Primera Guerra Santa, los dos generales de la Ordalía, el rey Saubon y el rey Proyas, conocían perfectamente las catastróficas consecuencias de quedarse sin agua. La sed, al igual que el hambre o la enfermedad, era una vulnerabilidad que aumentaba en proporción al tamaño de un ejército, por lo que podía desintegrar incluso a la mayor hueste en cuestión de días.

Pero entre los soldados rasos, la ausencia de Sranc era la única preocupación expresada acerca de los fuegos nocturnos, no porque sospecharan algo retorcido -¿qué truco podría pillar desprevenido a su Sagrado Emperador-Aspecto?- sino porque ansiaban poner a trabajar sus lanzas, espadas y hachas. Se rumoreaba acerca de las hazañas de Sibawul te Nurwal, cuyos lanceros cefalorianos habían atropellado, al parecer, a varios clanes sranc que huían. Se contaban historias similares sobre el general Halas Siroyon y sus Famiri, o sobre el general Inrilil ab Cinganjehoi y sus caballeros Eumarnanos vestidos de acero. Pero las historias sólo parecían alimentar su sed de sangre y alargar el tedio sin fin de la marcha. Se quejaban como se quejan los guerreros, de la comida, de la falta de mujeres, de la inclinación del suelo sobre el que dormían, pero nunca olvidaban su sagrada misión. Marchaban para *salvar el mundo*, lo que para la mayoría significaba salvar a sus esposas, sus hijos, sus padres y sus tierras. Marcharon para evitar el Segundo Apocalipsis.

Y *el propio Dios* marchaba con ellos, hablando por la boca,

mirando a través de los ojos de Anasûrimbor Kellhus I.

Eran hombres sencillos, guerreros. Comprendieron que la duda era la vacilación, y que la vacilación era la muerte, no sólo en el campo de la guerra, sino también en el campo de las almas. Sólo los creyentes perseveraban.

Sólo los creyentes conquistaron.



¿Qué era Sakarpus comparado con esto? ¿Y quién era él, sino el hijo de otro rey mendigo?

Estas eran las preguntas que Sorweel no podía dejar de hacerse cada vez que miraba la línea de escudos del horizonte. Hombres. Allá donde dirigía su mirada, veía más y más Hombres armados y acorazados.

La Gran Ordalía.

Para Sorweel, existía en una serie de círculos, cada uno de los cuales irradiaba hacia el exterior, desde su escuadrón en la Compañía de Vástagos hasta el mismo límite del mundo. En su vecindad inmediata, todo era el tedio cercano de los jinetes en la marcha, definido más por el sonido y el olor que por la vista: el mosto del estiércol fresco, los resoplidos y las quejas de los equinos, la percusión de los cascos interminables a través de la hierba, el traqueteo de los pequeños carruajes que arrastran los valientes caballitos. Un vistazo fue todo lo que se necesitó para superar este círculo mundano: Las piernas que caminaban se convertían en bosques que se estrechaban, los hombres que se mecían en sus sillas de montar de respaldo alto se convertían en campos de miles de personas que se deslizaban lentamente. Y más allá de esto, los individuos se desvanecían en masas multicolores, con sus armaduras guiñando el ojo al sol del cielo alto. Los gritos, las llamadas y las risas se disolvieron en un blanco rugido ambiental. Las multitudes se agruparon en pesadas columnas, con vastos convoyes de mulas y carretas de bueyes que se tambaleaban.

La hueste no cruzó tanto los verdes pastos como los *abarcó*, una lenta inundación de humanidad guerrera. Todo y todos se convirtieron en un eslabón de una articulación mucho mayor. Sólo los estandartes que sobresalían en lo alto conservaban su

singularidad: los signos de las tribus y las naciones, cada una casada de alguna manera con el Circunfijo. Y más allá, moviéndose bajo el silencio que era el cielo, incluso los estandartes se convirtieron en hilos abstractos y enganchados en la alfombra que se había convertido en una tierra más oscura. El *propio suelo parecía moverse*, hasta la línea de fuga de las llanuras.

La Gran Ordalía. Una cosa tan grande que ni siquiera el horizonte podía contenerla. Y para un niño en la cúspide de la virilidad, una cosa que humillaba mucho más de lo que escarmentaba.

¿Qué honor podría habitar en un alma tan pequeña?

Oficialmente, la Compañía de Vástagos se promocionaba como una de las unidades de élite Kidruhil, pero extraoficialmente se sabía que era en gran medida ceremonial. El poder del Emperador-Aspecto o, sobre todo, el *rumor* de su poder, era tal que muchos gobernantes más allá de su dominio le enviaban a sus propios hijos como medio para garantizar sus tratados con el Nuevo Imperio. Eran observadores, quizás incluso prisioneros, pero ciertamente no eran guerreros, y mucho menos Hombres de la Ordalía.

Para Sorweel, esto era una fuente de muchas pasiones contradictorias. Su sangre se calentaba ante la perspectiva de la batalla: ¿cuánto tiempo había insistido a su padre para que le diera la oportunidad de cabalgar a la guerra? Pero al mismo tiempo, el deshonor -si no la traición- de cabalgar bajo los estandartes de su enemigo le hacía sentir horror y le estrujaba el corazón de vergüenza. Incluso se sorprendió a sí mismo *enorgulleciéndose* de su uniforme de vez en cuando: el fino estampado de los faldones de cuero, el suave ricino de los guantes, los motivos entrelazados estampados en la coraza, incluso la capa blanca de su casta de nobleza.

Desde que podía recordar, Sorweel siempre había pensado que la traición era un tipo de *cosa*. Y como cosa, supuso, era lo que era, como cualquier otra cosa. O un hombre mantenía la fe en su sangre y su nación, o no lo hacía. Pero la traición, estaba aprendiendo, era demasiado complicada para ser una simple cosa. Era más bien una enfermedad… o un hombre.

Era demasiado insidioso para no tener alma.

Se *arrastraba*, para empezar, no como una serpiente o una

araña, sino como vino derramado, filtrándose en las fracturas, empapando todo de su propio color. Cada traición, por trivial que fuera, parecía engendrar más traiciones. Y también *engañaba*, posando como nada menos que *el* propio *sentido*, como la razón. "Síguele el juego", le dijo. "Finge ser uno de sus Kidruhil, sí, *finge*". Sabio consejo, o eso parecía. No le advirtió del peligro, de cómo cada día que jugaba le restaba resolución a su alma. No dijo nada del lento colapso de fingir en el *ser*.

Intentó mantenerse alerta, y en la profundidad de la noche, se aferró a sus recriminaciones. Pero era tan difícil, tan difícil recordar el sabor de la *certeza*.

Los Vástagos apenas contaban con un centenar de efectivos, siendo de lejos la más pequeña de las trescientas compañías Kidruhil. Cabalgaban con la extraña sensación de ser una astilla en un gran puño, una intrusión que inflamaba e irritaba. Los soldados Kidruhil eran seleccionados según su habilidad y su ardor. Si algo hacía que los Vástagos fueran un anatema para sus compañeros Kidruhil, era su *falta de fe*. Aunque los oficiales siempre se cuidaban de observar la apariencia de un decoro diplomático, sus hombres lo entendían, lo suficiente como para dejar traslucir un desprecio generalizado y, en algunos casos, incluso un odio declarado.

Pero si los Vástagos eran unos parias dentro de los Kidruhil, entonces Sorweel era aún más un paria dentro de los Vástagos. Por supuesto, todo el mundo sabía quién era. ¿Cómo podría un Hijo de Sakarpus no ser la comidilla de la Compañía, y mucho menos el hijo de su rey asesinado? Ya sea por lástima o por burla, Sorweel vio en sus miradas la verdadera medida de su vergüenza. Y por la noche, cuando yacía desolado en su tienda escuchando las bromas de los demás junto al fuego, estaba seguro de poder entender las preguntas que volvían a sus extrañas lenguas. ¿Quién era este muchacho que cabalgaba para los que asesinaron a su padre? Este pastor de mierda, ¿qué clase de tonto cobarde era?

Al final de su sexto día, mientras se ponía de pie para que Porsparian pudiera quitarse el equipo, un hombre de piel negra y palidez cenicienta introdujo su rostro a través de la solapa y pidió permiso para entrar.

"Su Gloria… Soy Obotegwa, Obligado Mayor de Zsoronga ut

Nganka'kull, Príncipe-Sucesor del Alto Sagrado Zeüm". Cayó de rodillas al decir esto, haciendo tres florituras con cada una de sus manos y bajando la barbilla al pecho. Iba vestido con las sedas más finas, con una chaqueta amarilla acolchada y estampada con finos motivos florales negros. Su piel de ébano, que sorprendió a Sorweel -hasta la llegada de la Gran Ordalía, nunca había visto a ningún Satyothi-, brillaba con la luz mortecina del día. Su cabello blanco en retroceso y su barba de gran altura se habían recortado cerca de los contornos redondeados del cráneo. Parecía haber una robusta honestidad tanto en su porte como en su voz, que poseía una rasposa terrenalidad a pesar de su tono alto.

Como hijo de una nación aislada, Sorweel tenía pocos conocimientos de etiqueta entre naciones. Incluso su propio padre parecía no saber cómo tratar a los primeros emisarios del Emperador-Aspecto. Sorweel se sintió desconcertado por el elaborado despliegue del hombre, así como por su dominio de la lengua Sakarpica. Así que hizo lo que todos los jóvenes hacen en tales circunstancias: soltar la lengua.

"¿Qué quieres?"

El Obligado levantó el rostro, mostrando una sabia sonrisa de abuelo. "Mi Señor Maestro solicita el placer de su compañía en su fuego, su Gloria".

El joven rey aceptó la invitación, con las mejillas encendidas.

Todo lo que Sorweel sabía de los hombres negros era que procedían de Zeüm, una antigua y gran nación en el lejano oeste. Y todo lo que sabía de Zeüm era que su gente era negra. Ya se había fijado en Zsoronga, tanto durante la asamblea como en los ejercicios. El hombre era difícil de pasar por alto, incluso entre el gran séquito de compañeros y sirvientes de piel negra que cabalgaban con él. Los hombres nacidos para la autoridad, había notado Sorweel, a menudo se distinguían de los demás, no sólo por su apariencia, sino también por su conducta y comportamiento. Algunos presumían de prominencia, o de prepotencia, según el caso. Aunque Zsoronga comunicaba su posición con una intensidad similar, lo hacía sin ningún tipo de gesto manifiesto. Simplemente mirabas a su grupo y *sabías que* era el primero entre ellos, como si la conciencia del rango poseyera una especie de olor visual.

Obotegwa esperó fuera mientras Porsparian terminaba de

atender al joven rey. El viejo esclavo Shigeki murmuraba en voz baja todo el tiempo, y lo miraba periódicamente con ojos amarillos. Con palabras o sin ellas, Sorweel le habría preguntado qué le pasaba, pero demasiadas preocupaciones asaltaban sus pensamientos. ¿Qué podía querer ese Zsoronga? ¿Diversión para su cohorte? ¿Una lección para sus compañeros, un ejemplo vivo de lo vil que puede ser la sangre de los nobles?

Observó cómo su enigmático esclavo fruncía el ceño sobre su uniforme y tragó contra un repentino y casi maníaco impulso de gritar. Nunca. Nunca en su vida había sufrido una incertidumbre tan constante. Le atormentaba, como una fiebre profunda del alma. Por todas partes se encontraba con lo desconocido, ya fuera maravilloso, blasfemo o simplemente novedoso. No sabía qué se esperaba de él, de los demás, del honor, de sus dioses…

Y, lo que es aún más debilitante, no sabía qué esperar de sí mismo.

Ciertamente, algo mejor que esto. ¿Cómo pudo nacer con un corazón tan despreciable, vacilante como un anciano cuya vida había superado la confianza en su corazón y en su estructura? ¿Cómo pudo Harweel, el fuerte Harweel, el *sabio* Harweel, haber dado a luz a un tonto tan cobarde como él? ¡A un niño que lloraría en los brazos de su asesino!

"*No soy un conquistador*".

La preocupación se acumuló sobre la recriminación. Y entonces, milagrosamente, se encontró atravesando las solapas de la lona hacia el bullicio del campamento. Se quedó parpadeando ante las hileras de transeúntes.

Obotegwa se volvió hacia él con una mirada de débil sorpresa. Después de inclinarse hacia atrás para apreciar el corte de su túnica acolchada Sakarpica, sonrió para tranquilizarlo. "A veces no es tan fácil", dijo con su notable acento, "ser un hijo".



Tantas vistas. Tantos tipos de hombres.

El campamento estaba alborotado mientras sus innumerables habitantes se apresuraban a aprovechar la luz del día que quedaba. El sol se inclinaba bajo a la izquierda de Sorweel y marcaba el cielo

con un brillo árido. La Gran Ordalía se agolpaba bajo él, un verdadero océano de tiendas, pabellones y calles abarrotadas, que se extendía por la cuenca del valle. El humo de innumerables fuegos para cocinar humeaba el aire. Las llamadas a la oración de los zaudunyanos se escuchaban por encima del estruendo, con altas voces femeninas, llenas de dolor y exaltación. El estandarte de los Vástagos -un caballo que se encabrita con una corona de punta sobre el rojo de Kidruhil- yacía muerto en el aire inmóvil, aunque de alguna manera los omnipresentes estandartes del Circunfijo parecían ondear como si se tratara de una brisa superior.

"Ciertamente", dijo Obotegwa desde su lado, "es una cosa maravillosa, su Gloria".

"¿Pero es *real*?"

El anciano rió, un breve y ronco resoplido. "A mi amo le gustarás, estoy seguro".

Sorweel continuó robando miradas a través del campamento mientras seguía la pista del Zeümi Obligado. Incluso contempló el horizonte sur durante varios latidos, a través de kilómetros de tierra pisoteada, aunque sabía que Sakarpus había desaparecido de toda visión. Habían pasado más allá del Pálido, hacia las Tierras Salvajes, donde sólo vagaban Sranc.

"Mi gente nunca se atrevió a cabalgar tan lejos de nuestra ciudad", dijo a la espalda de Obotegwa.

El anciano hizo una pausa para mirarle a la cara en tono de disculpa. "Debéis perdonar mi impertinencia, vuestra Gloria, pero me está prohibido hablaros con cualquier voz que no sea la de mi Maestro".

"Y sin embargo, usted habló antes".

Una suave sonrisa. "Porque sé lo que significa ser arrojado al borde del mundo".

Sorweel meditó estas palabras mientras reanudaban la marcha, dándose cuenta de que explicaban inadvertidamente lo que había dolido a sus ojos cuando miró hacia el sur. La Ciudad Solitaria se había *convertido en un borde*. Más que conquistada, su soledad se había consumido. Antes era una isla en mares malvados, ahora era un mero puesto de avanzada, el término de algo mucho más grande, una civilización… como en los tiempos de los Largos Muertos.

Se dio cuenta de que había muerto algo más que su padre. El

mundo de su padre había muerto con él.

Parpadeó ante el calor de sus ojos, vio al Emperador-Aspecto inclinado sobre él, rubio y luminoso, un hombre iluminado por el sol en el corazón de la noche. "*No soy un conquistador…*"

Estos pensamientos resultaron largos para el corto paseo hasta el pabellón del príncipe Zsoronga. Se encontró dentro del pequeño enclave de Zeümi antes de ser consciente de que se acercaba a él. El pabellón del Príncipe era una estructura muy elaborada, con techo y paredes de cuero negro y carmesí desgastado, y adornado con borlas deshilachadas que, si bien habían sido doradas, ahora eran tan pálidas como la orina. Una docena de tiendas más pequeñas se extendían a ambos lados, completando el recinto. Varios Zeümi se arremolinaban alrededor de las tres hogueras, mirando con una franqueza que no era ni grosera ni acogedora. Ansioso, Sorweel se encontró considerando el alto poste de madera levantado en el corazón del recinto. Los rostros de los satyothi, estilizados con narices anchas y labios sensuales, habían sido tallados uno encima de otro a lo largo de toda su longitud, y se apilaban mirando en varias direcciones. Se trataba de su Pilar de los Sires, aprendería más tarde, la reliquia a la que los Zeümi rezaban igual que los Sakarpi rezaban a los ídolos.

Obotegwa le condujo directamente a una antecámara situada en la parte delantera del pabellón, donde pidió a Sorweel que se quitara las botas. Esta fue la única ceremonia.

Encontraron al príncipe Zsoronga recostado en un sofá en las profundidades de la cámara central. La luz se filtraba a través de una serie de ranuras abiertas en el techo, rayos azules que agudizaban el contraste entre el centro iluminado de la cámara y los espacios turbios de más allá. Obotegwa se inclinó como antes, pronunciando lo que Sorweel imaginó que era algún tipo de anuncio. El apuesto joven se incorporó sonriendo y dejó un códice encuadernado en hilo de oro. Señaló un sofá vecino con un largo brazo.

"*Yus ghom*", comenzó, "*hurmbana thut omom…*"

La voz de Obotegwa entró en el hilo de la suya con practicada facilidad, tanto que casi parecía que Sorweel podía entender directamente al Príncipe.

"Aprecia estos lujos. ¡Los ancestros saben lo duro que tuve que

luchar por ellos! Nuestra gloriosa hueste no cree que las recompensas del rango tengan lugar en la marcha".

Tartamudeando su agradecimiento, consciente de sus pálidos pies blancos, Sorweel se sentó erguido en el borde del sofá.

El Príncipe Sucesor frunció el ceño ante su postura rígida e hizo un gesto con el dorso de la mano. "¡Uwal *mebal! ¡Uwal!* ", instó, echándose hacia atrás y retorciéndose en los mullidos cojines.

"Inclínate hacia atrás", tradujo Obotegwa.

"¡*Aaaaaaaah*!", jadeó el Príncipe en un simulacro de alegría.

Sonriendo, Sorweel hizo lo que le decían, sintió que la fría tela cedía sobre sus hombros y cuello.

"¡*Aaaaaaaah*!", repitió Zsoronga, con sus ojos brillantes riendo.

"¡*Aaaaaaaah*!", jadeó Sorweel a su vez, sorprendido por el alivio que empapaba su cuerpo simplemente por decirlo.

"¡*Aaaaaaaah*!"

"¡*Aaaaaaaah*!"

Retorciéndose, ambos rugieron de risa.



Después de servirles el vino, Obotegwa revoloteó con la discreción irreflexiva de un abuelo, interpretando sin esfuerzo de un lado a otro. Zsoronga llevaba una bata suelta de seda, de corte sencillo pero lujosa con motivos negros estarcidos: pájaros silueteados cuyo plumaje se convertía en ramas para pájaros idénticos. También llevaba una peluca calada de oro que lo hacía positivamente leonino con el pelo negro de seda -como descubriría Sorweel, los tipos de pelucas que los nobles de la casta Zeümi llevaban en su tiempo libre se regían estrictamente por normas de rango y logros, hasta el punto de formar casi un lenguaje.

A pesar de que sus risas compartidas habían hecho que Sorweel se sintiera a gusto, sabían tan poco el uno del otro -y Sorweel sabía tan poco, en definitiva- que pronto se les acabaron las bromas ociosas. El Príncipe Sucesor habló brevemente de sus caballos, que le parecieron brutos en extremo. Intentó cotillear sobre algunos de sus compañeros Vástagos, pero los cotilleos requerían conocidos comunes, y cada vez que mencionaba a alguien, Sorweel sólo podía encogerse de hombros. Así que llegaron rápidamente a la única cosa

que tenían en común: la razón por la que dos jóvenes de mundos tan dispares podían compartir cuencos de vino en primer lugar: el Emperador-Aspecto.

"Yo estaba *allí*", dijo Zsoronga, "cuando sus primeros emisarios llegaron a la corte de mi padre". Tenía la costumbre de hacer muecas mientras hablaba, como si contara historias a un niño. "Yo sólo tenía ocho o nueve años por aquel entonces, creo, ¡y estoy seguro de que mis ojos estaban abiertos como ostras!". Sus ojos se abrieron de par en par al decir esto, como para demostrarlo. "Durante años habían circulado rumores… rumores sobre *él*".

"En nuestra corte fue muy parecido", respondió Sorweel.

"Así que *ya sabes*, entonces". Levantando las rodillas, el Príncipe se acurrucó en sus cojines y equilibró su vino entre sus largos dedos. "Crecí escuchando historias de la Primera Guerra Santa. Durante mucho tiempo pensé que las Guerras de Unificación *eran* simplemente los Tres Mares. Entonces Invishi cayó en manos de los Zaudunyani y con ella todo Nilnamesh. Eso hizo que todos cacareasen y se rascasen como gallinas, créeme. Nilnamesh siempre había sido nuestra ventana a los Tres Mares. Y entonces, cuando llegó la noticia de que Auvangshei estaba siendo reconstruida…"

"¿Auvangshei?" soltó Sorweel, resistiendo el impulso de mirar al viejo Obligado, al que había interrumpido de hecho. Había sido testigo de suficientes intercambios interpretados en la corte de su padre para saber que el éxito de este tipo de conversaciones informales requería algo más que un poco de fingimiento por parte de los interlocutores. Una cierta artificialidad era ineludible.

"Sau. Rwassa muf molo kumbereti…"

"Sí. Una fortaleza, una fortaleza legendaria que custodiaba la frontera entre la Vieja Zeüm y el Imperio Cenieano, hace siglos y siglos…"

Todo lo que Sorweel sabía sobre el Imperio Cenieano era que gobernó todos los Tres Mares durante mil años y que el Nuevo Imperio de Anasûrimbor se había levantado sobre su esqueleto. Por poco que fuera, parecía conocimiento suficiente. Así como su risa anterior había sido la primera en semanas, ahora sentía el primer destello de comprensión. Las dimensiones de lo que había trastornado su vida se le habían escapado; había vacilado en su ignorancia. La Gran Ordalía. El Nuevo Imperio. El Segundo

Apocalipsis. Eran poco más que señales vacías para él, sonidos que de alguna manera habían provocado la muerte de su padre y la caída de su ciudad. Pero aquí, por fin, en la charla de otros lugares y otros tiempos, había un destello, como si la comprensión no fuera más que la acumulación de nombres vacíos.

"Aparte de las escaramuzas con Sranc", decía el Príncipe Sucesor, "Zeüm no ha tenido enemigos externos desde la Antigüedad Cercana… los días de los *antiguos* Aspectos-Emperadores. En nuestra tierra, adoramos los acontecimientos más que a los dioses. Sé que debe sonar extraño para ti, pero es verdad. No olvidamos, como ustedes, salchichas, a nuestros padres. ¡Al menos los Ketyai guardan listas! Pero ustedes los norsirai…"

Sacudió la cabeza y miró hacia el cielo, un gesto de burla que pretendía decirle a Sorweel que simplemente se burlaba. Las expresiones, al parecer, hablaban todas en el mismo idioma.

"En Zeüm", continuó el Príncipe, "cada uno de nosotros tiene un libro que trata sólo de nosotros, un libro que nunca se completa mientras nuestros hijos sean fuertes, nuestro *samwassa*, que detalla las hazañas de nuestros antepasados, y lo que ganaron en la otra vida. Acontecimientos poderosos, como las batallas, o incluso campañas como ésta, son los que anudan los hilos de nuestra ascendencia, lo que nos convierte en *un solo pueblo*. Como todo lo presente pende de estas grandes decisiones, las veneramos más de lo que puedes saber…"

Sorweel se dio cuenta de que aquí había maravillas y espacio para la fuerza. Tierras diferentes. Diferentes costumbres. Diferentes pieles. Y, sin embargo, todo era de alguna manera lo mismo.

No estaba solo. ¿Cómo pudo ser tan tonto como para pensar que estaba solo?

"Pero entonces me estoy olvidando, ¿no?" Dijo Zsoronga. "Dicen que tu ciudad lleva casi tres mil años sin ser conquistada. Lo mismo ocurre con Zeüm. Las únicas amenazas reales a las que nos hemos enfrentado se remontan a los días de los Aspectos-Emperadores cenicientos y a los ejércitos que enviaron contra nosotros. Los Tres Ejes los llamamos, Binyangwa, Amarah y Hutamassa, las batallas que consideramos como nuestros momentos más gloriosos, cuyos muertos imploramos para que nos atrapen cuando por fin caigamos de esta vida. Así que, como puedes imaginar, ese nombre,

"Emperador-Aspecto", está grabado en nuestras almas. Grabado".

Lo mismo, por supuesto, había sucedido en Sakarpus. Parecía inconcebible que *un hombre* pudiera incitar tanto miedo en los extremos opuestos del mundo, que pudiera arrancar reyes y príncipes distantes como si fueran malas hierbas, y luego replantarlos juntos…

Que un hombre pueda ser tan poderoso. ¡Un solo hombre!

Y de golpe, Sorweel se dio cuenta de lo que tenía que hacer, ¡por fin! Casi gritó en voz alta, de tan repentina obviedad. Tenía que *entender* al Emperador-Aspecto. No era la debilidad de su padre, ni su orgullo, ni su estupidez lo que había hecho caer a la Ciudad Solitaria…

Era su *ignorancia*.

Los ojos del Príncipe Sucesor se habían desviado hacia el interior con su relato, y su rostro se iluminaba con cada giro y digresión, como si se tratara de un descubrimiento menor pero crítico. "Así que, cuando llegó la noticia de que Auvangshei había sido reconstruida… Bueno, ya te puedes imaginar. A veces parecía que los Tres Mares y el Nuevo Imperio era *lo único de lo que* se hablaba. Algunos estaban ansiosos, cansados de vivir a la sombra de padres mayores, mientras que otros tenían miedo, pensando que la perdición llega a todas las cosas, así que ¿por qué no al Alto Zeüm? Yo siempre había contado a mi padre entre los primeros, entre los fuertes. Los emisarios del Emperador-Aspecto cambiarían todo eso".

"¿Qué sucedió?" preguntó Sorweel, sintiendo que un viejo timbre volvía a su voz. Decidió que Zsoronga no era diferente a él. Tal vez más fuerte, ciertamente más mundano, pero igual de desconcertado por las circunstancias que lo habían llevado hasta aquí, a esta conversación en esta tierra salvaje y desolada.

"Había tres de ellos en la embajada, dos Ketyai y una salchicha como tú. Uno de ellos parecía aterrorizado, y supusimos que simplemente se había visto abrumado por el terrible esplendor de nuestra Corte. Pasaron por debajo de mi padre, que los miró desde su trono; mi padre era muy bueno mirando.

"Dijeron: 'El Emperador-Aspecto te saluda, Gran Satakhan, y te pide que envíes tres emisarios a las Cumbres Andiamine *para responder de la misma manera*'".

Zsoronga se había inclinado hacia delante mientras recitaba

esto, enganchando sus brazos sobre las rodillas. "'¿En especie?' preguntó mi padre…"

El Príncipe sostuvo el momento con su aliento, como podría hacerlo un bardo. En el ojo de su alma, Sorweel podía verlo, la pompa y la gloria emplumadas de la corte del Gran Satakhan, el sol sudando entre grandes pilares, las galerías embelesadas con rostros negros.

"Con eso, los tres hombres sacaron navajas de sus lenguas y abrieron sus propias gargantas". Hizo un apretado y felino movimiento de barrido con su mano izquierda. "¡*Se suicidaron*… allí mismo ante nosotros! Los cirujanos de mi padre trataron de salvarlos, de contener la sangre, pero no había nada que hacer. Los hombres murieron *allí mismo*" -miró y señaló un punto a varios metros de distancia, como si observara sus fantasmas- "gimiendo una especie de himno enloquecido, hasta su último aliento, *cantando*…"

Tarareó una extraña melodía durante varios latidos, con los ojos perdidos en el recuerdo, y luego se volvió hacia el joven rey de Sakarpus con una especie de dolorosa incredulidad. "¡El Emperador-Aspecto nos había enviado tres *suicidas*! Ese *fue su mensaje a mi padre*. '¡Mira! ¡Mira lo que puedo hacer! Ahora dime, ¿*puedes hacer lo mismo*? '"

"¿Podría?" Preguntó Sorweel con insensibilidad.

Zoronga se pasó una larga mano por la cara. "*Ke amabo hetweru go*…"

"Soy demasiado duro con mi padre. Sé que lo soy. Sólo ahora puedo apreciar el desquiciado aprieto en el que le puso ese gesto. No importa *cómo* respondiera mi padre, perdería… Quizá podría encontrar tres fanáticos dispuestos a devolver el mensaje, pero ¿qué clase de barbaridad sería eso? ¿Qué malestar causaría eso a la *kjineta*? ¿Y si se desanimaran en el penúltimo momento? ¿A quién pediría cuentas el pueblo por su vergüenza? Y si se negara a responder de la misma manera, ¿no sería eso una admisión de debilidad? Equivaldría a decir: "No puedo gobernar como tú gobiernas…".

Sorweel se encogió de hombros. "Podría haber marchado a la guerra".

"¡Creo que eso es lo que quería el diablo! Creo que *esa* era su trampa. La provocación de reconstruir Auvangshei, seguida de esta loca obertura diplomática. Piensa en lo que habría pasado, en el desastre que habría sido, si hubiéramos salido al campo contra sus huestes zaudunyanas. *Mira tu ciudad*. Vuestros antiguos padres resistieron a Mog-Pharau y rechazaron al No-Dios. Y el Emperador-Aspecto os destrozó en el espacio de una mañana".

Estas palabras colgaban entre ellos como perdigones de plomo en una tela empapada. No había ninguna acusación en ellas, ninguna implicación de culpa o debilidad, sólo una declaración de lo que debería ser un hecho imposible. Y Sorweel se dio cuenta de que su pregunta -su descubrimiento- era la misma pregunta que se hacía *todo el mundo*, y que se había hecho durante años. Todos los que no eran creyentes.

¿Quién era el Emperador-Aspecto?

"¿Y qué hizo tu padre?"

Zsoronga resopló con sorna. "Lo que siempre hace. Hablar, hablar y negociar. Mi padre cree *en las palabras*, Rey Caballo. Le falta el valor que mostró tu padre".

Rey-Caballo. Este era el nombre que usaban para él, se dio cuenta Sorweel. De lo contrario, Zsoronga no habría hablado con tanta facilidad.

"¿Y entonces qué pasó?"

"Se hicieron tratos. Los tratados fueron firmados por ancianos flatulentos. Susurros de debilidad comenzaron a circular por las calles y salones de Alto Domyot. Y aquí estoy, un Príncipe-Sucesor, rehén de un demonio extranjero, fingiendo que cabalgo a la guerra, cuando todo lo que hago realmente es quejarme con salchichas como tú".

Sorweel asintió en señal de comprensión y sonrió con pesar. "¿Prefieres el destino de mi pueblo?"

La pregunta pareció pillar por sorpresa al Príncipe Sucesor. "¿Sakarpus? No… Aunque a veces, cuando mi ardor supera mi sabiduría, sí que… envidio… a los muertos entre vosotros".

Por alguna razón, los ganchos de esta referencia a su mundo derrocado atraparon a Sorweel donde todos los demás habían pasado de largo. El corazón en carne viva, los ojos gruesos, el pensamiento plomizo -todos los elementos básicos de su existencia

saqueada- volvieron de golpe y con tal violencia que no pudo hablar.

El príncipe Zsoronga le observó con una ausencia de expresión poco habitual. "*Ke nulam zo…*"

"Sospecho que tú sientes lo mismo".

El joven rey de Sakarpus miró el disco rojo de vino en su cuenco y se dio cuenta de que aún no había tomado ni un solo sorbo. Ni un solo sorbo: todo su dolor parecía condensado en este hecho idiota. Hace apenas unas semanas, el simple hecho de sostener el vino era motivo de celebración, otra patética muestra de la virilidad que tanto había anhelado. ¡Cómo había anhelado su primer Elking! Pero ahora…

Era una locura, pasar de un mundo tan ridículamente pequeño a uno tan trágicamente hinchado… Una locura.

"Más de lo que podrías saber", dijo.



Sorweel encontró muchas cosas en la compañía de Zsoronga, mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir ante sí mismo, y mucho menos ante cualquier otra persona. La amistad podía reconocerla, ya que se trataba de un don apreciado por hombres y dioses por igual, sobre todo con alguien tan decidido y honorable como el príncipe Zeümi. Su alivio era algo que *tenía* que admitir, aunque le avergonzaba. Por alguna perversa razón, todos los hombres encontraban el corazón al saber que otros compartían no sólo su propósito, sino también su dolor.

Lo que no podía reconocer era el alivio que encontraba en el *simple hecho de hablar*. Un verdadero Señor de los Caballos, un héroe como Niehirren Media Mano u Orsuleese el Veloz, veía el habla con el desprecio prepotente que reservaban para las funciones corporales, como algo que los hombres hacían sólo por necesidad. Sakarpus encontraba su fuerza en su soledad, en su falta de relaciones con otras naciones balbuceantes -no por nada se la llamaba la Ciudad Solitaria-, así que sus grandes hombres hacían lo mismo.

Pero Sorweel sólo había encontrado desolación. Desde que se unió a los Vástagos, su voz se había detenido en el frasco de su

cráneo. Su alma se había replegado sobre sí misma, enredándose cada vez más en los cabellos del pensamiento rebelde. Había vagado con estupor, como si sufriera la enfermedad de los círculos que a veces afligen a los caballos, obligándoles a dar vueltas y vueltas en espirales sin sentido hasta que se derrumban. Él también había estado al borde del colapso, presionado al borde de la locura por el remordimiento y la vergüenza y la autocompasión, sobre todo la autocompasión.

Las palabras le habían salvado, aunque sólo pudiera hablar en torno al hecho de su dolor. Su mayor temor al abandonar el pabellón de Zsoronga aquella primera noche era que el Príncipe Zeümi, a pesar de todas sus manifestaciones y declaraciones en sentido contrario, lo encontrara tan grosero y desagradable como su nombre para Norsirai, "salchichas", implicaba.

Que sería devuelto a la prisión de su lengua atrasada.

Al día siguiente, Zsoronga le invitó a cabalgar con su séquito, y gracias a la incansable voz de Obotegwa, Sorweel se encontró con que formaba parte de las bromas, a veces extrañas y a menudo escandalosas, de los Tirantes de Zsoronga, como los Zeümi llamaban a sus hombres de confianza. El día podría haber sido su primer buen día en semanas, si no fuera por la repentina aparición del comandante de los Vástagos, un capitán de campaña llamado Harnilias, o el Viejo Harni, como lo llamaban. El hombre de pelo plateado simplemente entró en medio de ellos, cargado de armadura y con aires de autoridad, buscando y descartando rostros con una sola mirada. Se dirigió a Obotegwa sin ni siquiera mirar a Sorweel. Aun así, el joven Rey no se sorprendió en absoluto cuando el viejo Obligado se volvió hacia él y le dijo: "El General quiere verte… Kayûtas en persona".

Sorweel había visto al Príncipe Imperial muchas veces desde su última citación, pero sólo de refilón a través de los matorrales de la caballería, con la cabeza desnuda y brillante bajo el sol de la pradera, y con su capa azul brillando en sus pliegues. Cada vez se sorprendía a sí mismo estirando el cuello y mirando como un gamberro Saglandi, cuando no debería haber hecho más que despreciar y mirar hacia otro lado. Sorweel siempre estaba discutiendo sobre pequeños puntos de dignidad, siempre perdiendo, pero esto era diferente. La vista del estandarte de batalla del

General, que era casi perpetua durante algunos tramos de la marcha de un día, atraía su mirada como una piedra de toque. Era como una compulsión antinatural. Cabalgaba y miraba, cabalgaba y miraba, y cuando las masas se separaban…

Allí. Un hombre que debería ser un hombre como cualquier otro.

Sólo que *no lo era*. Anasûrimbor Kayûtas era más que poderoso, incluso más que el hijo del hombre que había matado al rey Harweel. Era como si Sorweel lo viera contra un marco mayor, un fondo más profundo que la interminable extensión esmeralda de las llanuras de Istyuli.

Como si Kayûtas fuera más una *expresión* que un individuo. Una partícula del destino.

Al recorrer la corta distancia que lo separaba del complejo de carpas blancas que formaba el mando del General, Sorweel luchó contra una sensación de *exposición* que le erizaba la piel. Una especie de reticencia ansiosa se cerró como un puño en su pecho. Podía oír la declaración del Príncipe Imperial de su último encuentro: "Me *basta con mirarte a la cara para ver tu alma, no tan claramente como la de Padre, ciertamente, pero lo suficiente como para sondear la medida de ti o de cualquier otro ante mí. Puedo ver la profundidad de tu dolor, Sorweel…*"

No se trataba de una afirmación mezquina, del tipo que hacen los hombres cuando "miden las lenguas", como decían los sakarpi, intentando acobardar a los demás con fanfarronadas y golpes de pecho. Era -y Sorweel lo sabía sin reservas- un *hecho*. Anasûrimbor Kayûtas podía ver *a través de* su postura arrogante, de su débil máscara de orgullo, a través de *él*.

¿Cómo? ¿Cómo se puede luchar contra esos hombres?

Una especie de pánico se apoderó de sus pensamientos mientras se acercaba al estandarte del general de la caballería. No quería ser conocido…

Y menos *ahora*, y menos por *él*.

Una cohorte mixta de soldados se agolpaba en torno a la austera tienda, algunos con la armadura y el uniforme carmesí de la guardia Kidruhil del General y en posición de firmes, otros vestidos de seda verde bajo corsés de la más fina cadena y arremolinados a gusto: los Pilarianos, según sabría Sorweel más tarde, la guardia personal de

la Familia Imperial. Un oficial Kidruhil de pelo rubio le ladró palabras sin sentido mientras se acercaba, y luego asintió ante su evidente incomprensión, como si sólo pudiera haber un tonto así.

En un abrir y cerrar de ojos se encontró dentro de la tienda de mando. Al igual que antes, el interior era escaso, casi sin adornos, y el mobiliario era severo. El sol poniente brillaba a través de los paneles del oeste, iluminando todo con una luz blanca filtrada. El contraste con el pabellón del príncipe Zsoronga, con sus rincones sombríos y sus elaborados adornos, no podía ser más completo. "*Nuestra gloriosa hueste*", recordó Sorweel que dijo el Príncipe Zeümi, "*no cree que las recompensas de rango tengan cabida en la marcha*".

Sólo lo necesario. Sólo lo necesario.

Kayûtas estaba sentado como antes en la misma mesa cubierta de gavillas, sólo que esta vez miraba a Sorweel con leve expectación en lugar de leer. Una hermosa mujer, con el pelo de lino trenzado y atado a la cabeza, estaba sentada a su derecha, vestida con un vestido de oro y carbón: La hermana de Kayûtas, comprendió Sorweel, vislumbrando el parecido familiar en su rostro. El hermano de Kayûtas, Moënghus, con su melena oscura, se encontraba a varios pasos de distancia, bastante erizado de armas. Había una humedad tensa en el aire, del tipo que se encuentra tras las discusiones acaloradas.

La mujer lo miró fijamente con la divertida audacia de una tía que por fin pone los ojos en el cacareado hijo de una hermana. "*Muirs kil tierana jen hûl*", dijo. Aunque su mirada no vaciló, la forma en que inclinó la cabeza le dijo a Sorweel que había dirigido sus palabras a Moënghus, que estaba detrás de ella.

El oscuro Príncipe Imperial no dijo nada, simplemente miró con ojos como trozos de cielo. Su hermano Kayûtas resopló de risa.

Sorweel sintió que la sangre se le subía a la cara. Apenas eran mayores que él, se dio cuenta, y sin embargo, él era el niño aquí, sin duda. ¿Era lo mismo con Zsoronga? ¿Tenían ese impacto en todos los que les precedían?

"¿Cómo te trata Porsparian?", preguntó el General en Sakarpico.

"Tan bien como puede esperarse", respondió Sorweel, aunque las palabras le parecieron falsas en sus labios. El esclavo higeki había atendido sus modestas necesidades con diligencia, eso era cierto.

Pero el fanatismo religioso del anciano le inquietaba: Porsparian siempre estaba rezando sobre las pequeñas bocas que moldeaba en la tierra, alimentando continuamente con comida caliente a la fría suciedad, y siempre… bendiciendo al joven Rey.

Al menos, no hubo más episodios como el de la primera noche.

"Bien", dijo Kayûtas asintiendo, aunque por un mínimo latido de corazón, una sombra cruzó su rostro. "Mi padre ha elegido por fin a tu tutor -continuó en un tono de interrogación-, un escolástico del Mandato llamado Thanteus Eskeles. Me han dicho que es un buen hombre. Te acompañará durante el resto de la marcha, te enseñará sheyico mientras cabalgas… Confío en que te someterás a su sabiduría".

"Por supuesto", dijo Sorweel, sin saber qué pensar. Moënghus y la mujer sin nombre siguieron mirándolo, cada uno con su propia variedad de desprecio. Sorweel se encontró mirando a sus pies, echando humo. "¿Hay algo más?", preguntó con más calor del que pretendía.

¡Era un rey! ¡Un *rey*! ¿Qué diría su padre al verlo así?

El general Kayûtas se rió en voz alta y dijo algo en el mismo idioma que había hablado la mujer momentos antes. "Me temo que sí", continuó en Sakarpico sin esfuerzo. Dirigió una mirada divertida a su hermana, cuyo nombre Sorweel recordó de repente: Serwa. Anasûrimbor Serwa.

"Como puede imaginarse", continuó el general de pelo rubio, "la línea que separa la insolencia del sacrilegio es bastante difusa en una empresa como ésta. Pero hay quienes… vigilan estas cosas. Los que llevan la cuenta".

Algo en su tono hizo que Sorweel levantara la mirada. Kayûtas estaba ahora inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, de modo que la seda blanca de su túnica colgaba en una serie de arcos luminosos por debajo de su garganta. Detrás de él, su hermano se había apartado con aparente aburrimiento, royendo lo que parecía una sección de carne seca. Pero la mujer seguía observando con la misma atención que antes.

"*Eres un rey*, Sorweel, y cuando vuelvas a Sakarpus gobernarás como lo hizo tu padre, con todos tus privilegios intactos. Pero *aquí*, eres un soldado y un vasallo. Saludarás a los demás de acuerdo a su rango. En presencia mía o de mis hermanos, te arrodillarás y

bajarás la cara, de modo que cuando mires al frente, tus ojos se centren en un punto situado a una longitud delante de ti. Entonces podrás mirarnos directamente: Este es tu privilegio como rey. Cuando te encuentres con *mi padre, sea* cual sea la circunstancia, debes poner tu frente en el suelo. Y nunca lo mires a menos que te inviten. Todos los hombres son esclavos ante mi padre. ¿Entendéis?"

El tono era suave, las palabras no eran más que políticas, y sin embargo no se podía confundir el filo de la reprimenda. "Sí", se oyó decir Sorweel.

"Entonces muéstrame".

Una brisa recorría los paneles de lona hacia el este; las cuerdas crujían y los postes gemían. El aire estaba muy cargado, como el tintineo de las viejas brasas en un viejo fuego, lo que hacía que respirar no sólo fuera incómodo, sino peligroso. Ocurrió sin que él quisiera que ocurriera: Sus rodillas simplemente se doblaron, se doblaron como si fueran de cuero rígido y luego cayeron sobre la estera de tejido crudo que se había extendido por el suelo. Su barbilla cayó sobre el giro de su cuello, como si obedeciera a una irresistible acumulación de peso. Se encontró mirando los pies sandalias del Príncipe Imperial, la piel blanca y las uñas perladas, los callos amarillo-anaranjados que trepaban por las almohadillas de sus dedos.

Perdóname…

"Excelente". Una pausa sin aliento. "Sé que fue difícil".

Cada uno de sus tendones, al parecer, se tensó sobre su estructura, se acalambró sobre los huesos de su padre. Nunca había estado tan inmóvil, tan silencioso. Y de alguna manera, esto se convirtió en su acusación.

"Ven, Sorweel. Por favor, ponte de pie".

Hizo lo que le ordenaron, aunque siguió mirando los pies del General. Sólo levantó la vista cuando el silencio se hizo insoportable. Incluso en esto, eran inconquistables.

"Has hecho un amigo", dijo Kayûtas, mirándolo con el aire amable de un tío que busca una verdad a regañadientes. "¿Quién es? ¿Zsoronga? Sí. Es lógico. Ese intérprete suyo… Obotegwa".

La conmoción del joven Rey fue tal que no prestó atención a su expresión. ¡Espías! Por supuesto que lo estaban observando… ¿Porsparian?

"No necesito espías, Sorweel", dijo el Príncipe Imperial, apartando el pensamiento de su rostro. Se inclinó hacia atrás y con una suave carcajada añadió: "Mi padre es un dios".

CAPÍTULO ONCE

Montañas Osthwai

Puesto que todos los hombres se consideran justos, y puesto que ningún justo levanta la mano contra el inocente, basta que un hombre golpee a otro para convertirlo en malo.

-NULLA VOGNEAS, LA CYNICATA

Donde dos razones pueden entregar la verdad, mil conducen a un engaño seguro. Cuantos más pasos des, más probable es que te extravíes.

-AJENCIS, TEOFÍSICA

Principios de primavera, Año Nuevo Imperial 19 (Año del Colmillo 4132), montañas Osthwai

Los Escalpoi llamaban a la montaña el Ziggurat, aparentemente por su cima plana. Ninguno de los Devoradores de Piel conocía su verdadero nombre, tal vez incluso Clérigo lo había olvidado. Pero Achamian había soñado con él muchas, muchas veces.

Aenaratiol.

Cuando el No-Hombre mencionó por primera vez los Salones

Negras, Achamian sólo pensó en la expedición, en llegar a Sauglish a mediados del verano. Cuando acamparon esa noche, el alivio casi se había evaporado y las implicaciones de lo que estaban a punto de intentar -a falta de una palabra mejor- lo apuñalaban. El mundo era viejo, sembrado de peligros antiguos y olvidados, y salvo Golgotterath, pocos podían igualar el peligro que representaba Cil-Aujas.

Los Devoradores de Piel tenían su propia tradición. Dado que flanqueaba los accesos al sur de los pasos de Ochain, el Zigurat y la abandonada mansión No-Hombre que se encontraba en sus cimientos habían sido objeto de innumerables especulaciones junto al fuego. Los retazos de realidad que pudieran poseer se habían quemado hace tiempo como combustible para las más brillantes maravillas, y lo que quedaba era pura fantasía. La peste. Éxodo. Invasión. Parecía que habían inventado todas las historias para explicar el destino de los Salones Negros excepto la actual.

Refugio.

Cuando Achamian empezó a contar la historia real, se encontró con que era el centro de toda la atención, hasta el punto de que casi parecía cómico: los hombres duros y belicosos pendientes de sus palabras como niños, haciendo las mismas preguntas sin tapujos, observando con la misma tímida impaciencia. Xonghis, en particular, comenzaba a decir lo que creía que iba a suceder a continuación, sólo para sorprenderse a sí mismo y seguir murmurando. Achamian se habría reído, si no hubiera entendido lo que significaba estar varado como lo estaban estos hombres, si no hubiera conocido el poder de las palabras para criar a los huérfanos presentes.

El verdadero nombre de la montaña, les dijo, era Aenaratiol.

Cuerno Ahumado.

Más y más Devoradores de Piel se reunieron alrededor de su fuego mientras él hablaba, incluyendo a Sarl y Kiampas. Mimara estaba sentada con la cabeza apoyada en el hombro de Achamian, con los ojos elevados y escrutadores cada vez que él la miraba. Las llamas se agitaban y retorcían con el viento de la montaña, y él se deleitaba con su cálido resplandor. Desprendiéndose de las nubes, el sol se inclinó caliente y carmesí contra las montañas, antes de deslizarse tras los dientes desiguales de las montañas, arrastrando

una pátina menguante de oro, violeta y azul. La tierra se agitaba en el horizonte, en las laderas y en los desniveles, volviéndose cada vez más negra.

Les habló de los No-Hombres, los Cûnuroi, y de la gloria de su civilización en la Primera Edad, cuando los Hombres vivían como salvajes y el Colmillo aún no se había escrito. Les habló de Cu'jara Cinmoi, el más grande de los reyes no hombres, y de las guerras que libró contra los Inchoroi, que habían caído en el fuego del vacío, y de cómo esas guerras dejaron a los supervivientes sin madre e inmortales, sin voluntad de resistir a las Cinco Tribus de Hombres. Y luego les habló del Primer Apocalipsis.

"Si quieres ver la verdadera ruina", dijo, señalando con la cabeza el montículo estéril donde el Capitán estaba sentado a solas con su inhumano lugarteniente, "no busques más allá de Clérigo. Reducido. Decaído. Una vez fueron para nosotros lo que somos para Sranc. De hecho, para muchos de los no-hombres, éramos poco más".

Describió el Imperio Meori, la gran nación norsirai blanca que una vez había gobernado todas las tierras del Lado Largo de las montañas, como lo llamaban los Escalpoi, el desierto que era su coto de caza. Describió su destrucción a manos del No-Dios, y cómo el gran héroe, Nostol, huyó hacia el sur con los restos de su pueblo, y encontró refugio en las tierras de Gin'yursis, el Rey No-Hombre de Cil-Aujas. Describió cómo los dos, héroe y rey, derrotaron al No-Dios y al Consulto en el Paso de Kathol, y así compraron un año de respiro para el mundo entero.

"¿Pero qué significa -preguntó a los rostros en torno al fuego- que los ángeles caminen por el mismo suelo que nosotros pisamos? ¿Qué significa ser ensombrecido *mortalmente*, trabajar en el deslumbramiento de la gloria de otra raza? ¿Admiras? ¿Doblas la rodilla y reconoces? ¿O envidias y odias?

"Nostol y sus parientes de Meöri *odiaban*. Desposeídos, codiciaron, y codiciando, difamaron a los que pretendían robar. Hicieron lo que hacen todos los hombres, tú, yo, a lo largo de toda nuestra vida. Confundieron la necesidad de justicia, con la carencia de escritura. Recurrieron a los hilos enmarañados de sus escrituras y arrancaron los hilos que hablaban de sus fines caídos".

"Traición", murmuró Mimara a su lado.

"Refugio", dijo Achamian. A continuación, narró las tres

versiones de la historia tal y como él las conocía. En la primera, Nostol instruyó a sus jefes y thanes para que cortejaran a las concubinas emwama, las esclavas que los no-hombres utilizaban como sustitutas de sus esposas fallecidas hace tiempo. Nostol, explicó, esperaba incitar a los no-hombres a algún acto de violencia, algo que pudiera utilizar como pretexto para reunir a su pueblo en torno a sus atrocidades planeadas. Al parecer, los Meöri cumplieron con celo sus órdenes, impregnando nada menos que a sesenta y tres concubinas diferentes.

"¡Hablando de pedos en la alcoba de la reina!" exclamó Pokwas.

"Efectivamente", dijo Achamian, sumándose al coro de risas con la gravedad fingida de su tono. "Y no hay ventanas en las profundidades de Cil-Aujas..."

En la segunda, el propio Nostol sedujo a Weyukat, a quien el rey no-hombre apreciaba por encima de todas sus concubinas, ya que ella había llevado su semilla hasta el embarazo en dos ocasiones, si no hasta el final, siendo una de las pocas mujeres humanas que lo había conseguido. En esta versión, los no hombres de Cil-Aujas se alegraron pensando que el niño resultante, si era mujer, podría anunciar la resurrección de su raza moribunda, pero descubrieron que el niño era totalmente humano. El niño, llamado Swanostol en las leyendas, fue posteriormente pasado por la espada, proporcionando la indignación que Nostol necesitaba para incitar a sus parientes meöri.

En la tercera, Nostol ordenó a sus jefes y thanes que sedujeran no a los emwama, sino a los más altos de la nobleza no-hombre, los ishroi, sabiendo que las pasiones resultantes crearían con seguridad la fricción que él necesitaba. Achamian siempre había pensado que ésta era la historia más probable, ya que la mayoría de los cronistas contemporáneos situaban la Caída de Cil-Aujas un año después de la Batalla del Paso de Kathol, tiempo suficiente para que se desarrollaran tramas de seducción, embarazo y nacimiento. Y parecía coincidir con los retazos que recordaba de los Sueños de Seswatha.

Sin embargo, cada una de las versiones tenía sus propias virtudes poéticas, y todas llegaban a lo mismo: la guerra entre Hombres y No Hombres.

Describió el resplandor de la revuelta iluminando las

profundidades. Les habló de la furia que caza el dolor, de las espadas desnudas que se alzan a los techos bajos y de la piel desnuda que cae a los suelos cincelados. Habló de pasillos bloqueados por lanzas, de casas del inframundo empapadas en llamas. Describió a los Hombres salvajes y desesperados, con los Chorae atados a sus gargantas, aullando a través de las profundidades sin huellas. Explicó las tribunas ciegas de los Ishroi, sus hechicerías resquebrajándose a través de salones laberínticos. Les contó cómo Nostol, con la barba sucia y el pelo enmarañado de sangre, abatió al Rey No-Hombre mientras lloraba y reía en su trono. Cómo asesinó a Gin'yursis, antiguo y renombrado.

"Con valor y astucia", dijo Achamian, con el rostro caliente a la luz del fuego, "los hombres se hicieron dueños de Cil-Aujas. Algunos no hombres se escondieron, sólo para ser encontrados con el tiempo, por el hambre o el hierro, no importaba. Otros escaparon por conductos que ningún hombre mortal ha conocido. Tal vez incluso ahora vagan como Clérigo, abandonados, malditos con los únicos recuerdos que no se desvanecen, condenados a revivir la Caída de Cil-Aujas hasta el fin de los días".

Las sombras de la montaña habían ascendido hasta el arco del cielo, revelando un cielo tan lleno de estrellas que el mero hecho de contemplarlas le hacía sentir el corazón. Un escalofrío recorrió al viejo Mago.

"He oído esta historia", aventuró Galian mientras el silencio ventoso se volvía plomizo, con las palmas de las manos extendidas hacia las llamas. "Por eso los Galeoth están malditos por la división, ¿no es así? Los fugitivos que describes eran sus antepasados".

Varios de los escalpadores Galeoth aullaron en señal de queja.

Achamian frunció los labios, sacudió la cabeza de una manera que le hizo sentir la sabiduría de la hoguera y la tristeza de la montaña. "El Rey de Cil-Aujas no fue tan exigente en su muerte", dijo, mirando fijamente las brasas palpitantes. "Según las leyendas, todos los hombres llevan esta maldición.

"Todos somos Hijos de Nostol. Todos llevamos el sello de su fragilidad".



La mañana siguiente reveló cielos despejados, la claridad

medida en el espinazo cóncavo de las montañas se desvanecía hasta el púrpura cuando se adentraban en el horizonte, el frío medido en el blanco que coronaba sus desgarradas alturas. La luz del sol resplandecía naciente desde los campos de nieve colgantes, con destellos dorados y plateados. Agudizaba la respiración, simplemente mirando.

La compañía cargó sus mulas sin apenas conversar y partió hacia el Ziggurat. Lo que Lord Kosoter había llamado el Camino Bajo parecía cualquier cosa menos eso. No sólo era poco más que una pista, sino que ascendía mucho más que lo contrario, siguiendo el curso de varias crestas, antes de caer en algún intervalo de barrancos para escalar cursos más altos. Pero siempre, por muy tortuosa que fuera su ruta, acechaba la gran fisura que recorría la base de los nudillos del Ziggurat. Fuera cual fuera la enormidad de tierra y roca que el Camino Bajo pusiera ante ellos, la fisura volvía inevitablemente a la vista, más grande, más oscura, más siniestra por la concentración de detalles.

Los poderosos robles y olmos de días anteriores habían cedido por completo, dando paso a escuálidos álamos y retorcidos pinos piñoneros en los casos en que podían encontrarse árboles. La mayor parte del tiempo, la compañía caminaba a través de extensiones de piedra desnuda, rodeada por los restos de helechos del año anterior. Todo parecía temblar. Todo lo que había vivido alguna vez.

Ya había pasado el mediodía cuando descendieron al delta de las gargantas en la base de la gran fisura. El Ziggurat, para entonces, ocupaba todo el cielo ante ellos, acobardándolos en un silencio consensuado. Avanzaron con una especie de estupor. Se olvidaron de los Cofres, así como de la distracción de las caderas de Mimara. Tal vez fuera la humildad de ver los fundamentos derribados, el propio suelo sacudido y golpeado, arrastrado en escarpas y laderas, elevado a alturas que podrían derrotar al sol y a las nubes, por no hablar de las aspiraciones de los simples hombres. Tal vez fuera el peso de lo inexpresable, el duro hueso del mundo erigiéndose en cuernos que enganchaban las faldas del cielo. Los precipicios titánicos, los saltos pulverizantes, las distancias que se precipitan hacia las nubes. Los Devoradores de Piel, cada uno a su manera, parecían entender que esto era el prototipo, lo que los tiranos imitaban con sus obras que burlaban a Dios, las montañas en

monumento, las migraciones en desfile y en espectáculo. Esta era la regla más primordial -el mundo mismo-, demasiado vasta, demasiado elemental, para ser llamada sagrada o santa.

Y debilitó las rodillas, como debe hacer todo verdadero espectáculo.

El Ziggurat se había convertido tanto en un argumento como en una montaña, planteado no en afirmaciones o premisas, sino en inmensidades, en rasgos que abarcaban la experiencia, diciendo, murmurando, *Eres pequeño*… Muy pequeño.

Y caminaron, de buena gana, entre las grietas de sus vetustos dedos.

El cielo se pellizcó en una ranura brillante. El aire se volvió seco y quieto, como el hueco de la boca de un muerto.

El kianene, Sutadra, fue el primero en darse cuenta de que caminaban por las ruinas de un antiguo camino. Casi parecía un truco de los ojos, pues una vez que se percataron de los signos reveladores, parecía imposible que hubieran visto otra cosa. Algo, tal vez los deshielos, había aserrado un largo y sinuoso barranco a través y sobre su curso, destripando los amplios planos de lo que antaño debió ser una gran avenida procesional. El descubrimiento suscitó poco entusiasmo. Parecía molestar a los Devoradores de Piel de alguna manera, sabiendo que caminaban tras los pasos de reyes vestidos de oro y ejércitos brillantes, en lugar de los de caminantes como ellos. Achamian supuso que una simple pista era un consuelo, una garantía de que el mundo por el que caminaban no se reía de ellos.

Pasaron varias horas antes de que doblaran la última curva y la vieran ante ellos. La pared agrietada subía a lo alto, tensando el cuello con sus dimensiones escarpadas. Se alzaba como sólo pueden hacerlo las obras naturales. La línea aleatoria de la fractura y la erosión milenaria, de la roca esculpida en el misterio y el accidente. Afloramientos negros con vientres musgosos. Largas grietas en las que cuelgan hierbas anémicas. Y en su corazón, como un santuario del intelecto y la intención, la enorme Puerta de Obsidiana, que se cierne sobre las ruinas de una antigua fortaleza.

La compañía se reunió en la plataforma bajo ella, grupos sueltos de hombres que se detenían con la boca abierta. Los Devoradores de Piel esperaban muchas cosas, soñaban con un destino histórico,

pero no estaban preparados para lo que veían. Achamian podía verlo en la forma en que se inclinaban y miraban, como emisarios de un pueblo atrasado pero imperioso que intentaba ver más allá de su asombro. La entrada no tenía barrotes, era un ovoide de un negro impenetrable situado en un inmenso hueco arqueado, que estaba revestido de relieves que formaban una madeja sobre narraciones aún más profundas, de modo que las escenas representadas poseían una profundidad sorprendente. Figuras no humanas se enroscaban en todas las superficies, curtidas hasta el punto de que apenas se podía distinguir a los acorazados de los desnudos, congelados en antiguas posturas de triunfo o de tedio ceremonial. Pastores con corderos al hombro. Guerreros luchando contra leones y chacales. Cautivos desnudos ante las espadas de los príncipes. Una y otra vez, las vidas de los muertos en miniatura. Cuatro pilares flanqueaban el umbral, el par más exterior se alzaba alto como un pino Netia, pero hueco, grandes cilindros de figuras y rostros entrelazados; el más interior, sólido, tres serpientes entrelazadas, sus cabezas perdidas en la penumbra abovedada, sus colas traqueteantes formando bases de tres puntas.

Las maldiciones llenaban el silencio, algunas murmuradas, otras pronunciadas en voz alta. Era tal la delicadeza monumental, la profusión de figuras y detalles, que las formas parecían más reveladas que representadas, como si los acantilados cubiertos de láminas no fueran más que barro enjuagado de la piedra de las almas osificadas. Incluso medio arruinado, había demasiado, demasiada belleza, demasiado detalle, y ciertamente demasiado trabajo, una grandeza que se volvía perversa por las exigencias que imponía a las almas más simples. Era un lugar que pedía ser desafiado, derrocado.

Por primera vez, Achamian creyó entender el crudo bronce de la traición de Nostol.

"¿Qué estamos haciendo?" susurró Mimara desde su lado.

"Recordando a nosotros mismos… creo."

"Mira", dijo Xonghis con su acento inexpresivo. "Las otras compañías…" Señaló con la cabeza el pilar serpentino de la izquierda: Varios símbolos habían sido rayados en las espirales inferiores, tajos blancos infantiles sobre escamas desgastadas. "Sus signos".

Los Devoradores de Piel se reunieron en torno a ellos, con cuidado de respetar la línea invisible que marcaba el lado de la entrada del pilar. Xonghis se arrodilló entre dos de las colas de cascabel, que se alzaban como raíces, cada una más gruesa que un hombre. Pasó los dedos extendidos y la palma de la mano por cada marca, como si probara el calor de los fuegos apagados. Los distintos Devoradores de Piel gritaban los nombres de las compañías que reconocían mientras él lo hacía. Se detuvo en la marca de un ojo que lloraba. "Este", dijo, mirando significativamente hacia atrás, "fue marcado el más reciente".

"Los Púas Sangrientas", dijo Galian, frunciendo el ceño. "Se fueron, ¿cuándo?"

"Hace más de quince días", respondió Pokwas.

El silencio que siguió se prolongó más de lo debido. Había angustia en estas marcas furtivas, un infantilismo que hacía que las antiguas obras que se alzaban a su alrededor parecieran pesadas como el hierro, casi invencibles. Arañazos. Caricaturas con temas bufonescos. Eran evidentemente el residuo de una raza inferior, una cuyo triunfo no residía en la nobleza de las armas y el intelecto, sino en la traición y las perversidades de la fortuna.

"Ves", escuchó Achamian a Kiampas murmurar a Sarl. "Ahí..." Siguió la dirección del dedo del hombre, vio lo que parecía un escudo de cometa de Galeoth marcado con tiza a lo largo y ancho de las bobinas inferiores de las serpientes.

"Los Altos Escudos, como dije".

"No puede ser su signo", espetó Sarl, como si la sola afirmación pudiera hacer que las cosas fueran ciertas. "Sus huesos yacen en el Lado Largo". Mientras decía esto, se agachó para coger una piedra de sus pies. Todos le observaron mientras empezaba a rascar la marca de los Devoradores de Piel en uno de los lomos de la serpiente: una mandíbula con dientes sin encías.

"Lo que me gustaría saber", dijo Sarl, la grava de su tono se volvió fina y abrasiva por las elevadas obras de cristal y piedra, "es cómo hemos podido pasar tanto tiempo sin venir aquí".

Su significado era claro. Los Devoradores de Piel eran una leyenda, al igual que este lugar, y todas las leyendas se unían tarde o temprano: tal era la canción que decidía todas las cosas. Tal era la lógica.

Su cara se convirtió en una carcajada. "¡Esto *es* el más difícil de los problemas, chicos!"

Clérigo, por su parte, había avanzado, cruzando sin esfuerzo el límite incorpóreo que parecía retener a todos los demás, girando en un lento círculo mientras lo hacía.

"¿Dónde estás?", bramó con tanta violencia que hasta el más duro de los Devoradores de Piel se puso en marcha. "¿La Puerta no está vigilada? ¿Y con el mundo tan oscuro? ¡Esto es un ultraje! ¡Un ultraje!"

A pesar de su estatura, parecía una simple astilla, frágil y de sangre caliente, ante las grandes fauces del negro que lo rodeaba. Sólo la profundidad de su Marca hechicera revelaba su poder.

"¡Cûncari!", gritó, poniéndose frenético. "¡Jiss! ¡*Cûncari*! "

El capitán se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

"Están muertos, tonto. Antiguos muertos".

La oscuridad encapuchada que constituía su rostro se volvió hacia el Capitán, lo sostuvo en un escrutinio sin ojos, y luego levantó la vista hacia el cielo, como si estudiara la disposición de la iluminación en las laderas colgantes. Mientras la compañía reunida lo observaba, levantó las dos manos y retiró, por primera vez, su capucha de cuero. El gesto parecía obsceno, venal, una falta de modestia aborigen.

Se giró para mirar a sus compañeros escalpadores, sonriendo como si se sintiera animado por su asombro. Sus dientes fundidos brillaban por la saliva. Su piel era blanca y carecía totalmente de pelo, hasta el punto de que parecía un hongo, como algo sacado del abono del bosque. Sus rasgos eran juveniles, dibujados con las mismas líneas finas y proporciones impecables de toda su raza.

La cara de un Sranc.

"Sí", dijo, cerrando los párpados sin pestañas. Sus pupilas parecían grandes como monedas cuando las abrió, negras con ganchos de plata reflejada. "*Sí*", gritó, riendo ahora.

"*Están* muertos".



La noche no se elevó tanto sobre la gran fisura como el día fue arrebatado.

Tuvieron dificultades para conseguir combustible, por lo que toda la compañía acabó apiñada en torno a una única hoguera, oprimida por las obras que colgaban sobre ellos. Pequeñas conversaciones desordenadas matizaron el silencio, pero nadie subió al escenario y se dirigió a la compañía en su conjunto, aparte de Sarl, por supuesto, que tenía la costumbre de lanzar sus declaraciones en todas las direcciones. La mayoría se limitó a sentarse, con las rodillas enganchadas en el aro de los brazos, y a contemplar los mil rostros y figuras en forma de rombos que había sobre ellos, iluminados en negro con un blanco amarillento parpadeante. Con los relieves exteriores colocados como rejas sobre los interiores, la luz del fuego parecía animar los paneles, imbuirlos de la ilusión de tensión y movimiento. Varios Devoradores de Piel juraron que tal o cual escena *había* cambiado. Sin embargo, Sarl siempre se apresuraba a dejarlos en ridículo.

"¿Ves ese de ahí, con el pequeño agachado con la urna de agua ante la fila de altos? ¿Lo ves? Ahora, mira hacia otro lado. Ahora mira *hacia atrás*. ¿Lo ves? ¿Ves? Ese grande le metió la polla en el culo al pequeño, ¡lo juro!"

La risa, honesta, pero racionada de todos modos. El miedo los rodeaba, y Sarl vigilaba cuidadosamente, asegurándose de que no se apoderara de los hombres de su Capitán.

"Sucios bichos no humanos, ¿eh, Clérigo? ¿Clérigo?"

El no-hombre se limitó a sonreír, tan pálido como un demonio a la luz del fuego.

Una y otra vez, Achamian se encontró robando miradas en su dirección. Era casi imposible no ponderar la conexión de ambos, la mansión en ruinas, desgarrada en el Primer Apocalipsis, y el no hombre en ruinas, tan antiguo como las lenguas y los pueblos. Cil-Aujas e Incariol.

Mimara se apoyó en él, y en algún rincón distraído de su alma notó la diferencia, la forma en que se apoyaba en lugar de aferrarse a su mano como había hecho su madre. Hablaba con Soma, que estaba sentado con las piernas cruzadas a su lado, mirándose las palmas de las manos como un tímido poeta. Más por la ausencia de alternativas que por la preocupación, Achamian escuchaba, su mirada se desviaba de escena en escena grabada.

"Tienes el aspecto y los modales de una dama", dijo el

nilnameshi.

"Mi madre era una puta".

"Ah, pero ¿qué es la filiación, realmente? ¿Yo? Yo quemé mis listas de ancestros hace tiempo".

Una falsa pausa de desaprobación. "¿No te asusta eso?"

"¿Asustar?"

"Mira a tu alrededor. Me atrevería a decir que todos estos hombres, incluso los más viciosos, llevan algún registro de sus antepasados".

"¿Y por qué debería asustarme eso?"

"Porque", dijo Mimara, "significa que están ligados a la línea ininterrumpida de sus padres, hasta las brumas de antaño. Significa que cuando mueran, huestes enteras echarán redes por sus almas". Achamian sintió que sus hombros se contraían en un encogimiento de hombros de compasión por los condenados. "Pero *tú*... tú sólo vagas entre olvidos, desde la nada de tu nacimiento hasta la nada de tu muerte".

"¿Entre olvido y olvido?"

"Como los restos de un barco."

"¿Como los restos flotantes?"

"Sí. ¿No te asusta?"

Achamian se encontró frunciendo el ceño ante los sombríos desfiles cincelados arriba. Un número improbable de rostros miraban hacia fuera y hacia abajo desde los dramas esculpidos, con los ojos excavados en pozos vacíos y las narices desgastadas hasta convertirse en puntas sobre barbillas sin boca. El sacerdote a la derecha del ciervo descuartizado. El niño en las rodillas de la madre lactante. El guerrero con el escudo roto. Entre los miles de figuras que abovedaban la negrura por encima de su fuego, cientos observaban a quienes los miraban, como si los momentos que los enmarcaban no pudieran aislar su atención.

Prueba de almas.

Con la piel erizada, Achamian volvió a mirar hacia Clérigo, que miraba como antes al pozo de la entrada. Pasaron varios latidos antes de que el rostro inmaculado se volviera -inevitablemente, al parecer- para responder a su escrutinio. Una especie de intensidad vacía saltó entre ellos, nacida más del cansancio que de la afinidad, aplastando a la docena de Devoradores de Piel que se inclinaban y

se alejaban de su línea de visión.

Se observaron mutuamente, Mago y No-Hombre, durante un latido, dos, tres… Luego, sin rencor ni reconocimiento, apartaron la mirada.

"Supongo que sí", oyó Achamian que admitía Soma tras un largo silencio. El hombre se equivocaba invariablemente, había notado Achamian, cuando se trataba de la honestidad. Siempre revelaba demasiado.

"¿Asustarte?" Mimara respondió. "Por supuesto que sí".

Pronto la charla se apagó por completo, y los escalpadores desenrollaron sus esteras y camas sobre la piedra picada de la plataforma. Los hombres patearon piedras en la noche. La luna se cernió sobre la fisura durante un tiempo, revelando las escarpas y barrancos con una curiosa luz, que argumentaba quietud, inflexible, absoluta, como los ratones en los ojos de los búhos.

Pocos dormían bien. La negra boca de la Puerta de Obsidiana parecía inhalar sin cesar.



Las ruinas reveladas a la luz de la mañana eran más melancólicas que malévolas. Manos erosionadas en patas. Las cabezas se han convertido en huevos. Los paneles estratificados parecían más plagados de fracturas, más llenos de huecos. Por primera vez, al parecer, se fijaron en los pequeños apéndices esparcidos como grava por la plataforma. Los miedos nocturnos se habían convertido en fragmentos iluminados por el sol.

Aun así, la compañía comió en relativo silencio, salpicado por los comentarios en voz baja y las risas típicamente reservadas para los recuerdos de las borracheras. La normalidad forzada como remedio para los nervios inciertos. Su pequeño fuego consumió el poco combustible que quedaba antes de que Achamian tuviera la oportunidad de hervir el agua para su té, lo que le obligó a murmurar un Canto furtivo. Esto lo llenó de temor por alguna razón.

Se detuvieron para ver a Xonghis hablar en voz baja con Lord Kosoter. Luego entraron en los Salones Negros de Cil-Aujas sin una sola palabra conmemorativa, y mucho menos la fanfarria que los hombres suelen dedicar a los esfuerzos fatales. Se limitaron a

reunirse, conduciendo sus mulas, y luego siguieron a Clérigo y a su Capitán en una fila de unas treinta y cinco almas. Con Mimara a su lado, Achamian miró hacia el cielo una última vez antes de unirse a la cadena de figuras que desaparecían. En la ranura de un barranco colgante, el Clavo del Cielo centelleaba solo en el azul infinito, un faro de todas las cosas altas y abiertas…

Una última llamada a los que se atreven con los interiores de la tierra.

CAPÍTULO DOCE

Las Cumbres Andiamine

Pequeña serpiente, ¡qué veneno en tu mordida!
Pequeña serpiente, ¡qué miedo debes infundir!
Pero ellos no saben, pequeña serpiente, ¡oh no!
Ellos no pueden ver los pequeños lugares por los que pasas…

-CANCIÓN INFANTIL ZEÜMI

Comienzo de primavera, Año Nuevo Imperial 19 (Año del Colmillo 4132), Momemn

Kelmomas supo que su padre había regresado casi inmediatamente. Lo vio en una serie de señales sutiles que ni siquiera sabía que podía leer: una contracción imperceptible en la postura de los guardias, una postura y mirada alerta en los Apparati y una falta de aliento en los esclavos. Incluso el aire adquirió un sabor cuidadoso, como si las propias corrientes de aire se hubieran vuelto recelosas. Sin embargo, Kelmomas no se dio cuenta de que lo sabía hasta que escuchó a uno de los esclavos del coro cotillear sobre la matriarca yatweriana orinándose bajo el manto sagrado.

Ha venido a consolar a mamá, dijo la voz secreta.

Solo en la sala de juegos, Kelmomas siguió trabajando en su

maqueta de Momemn, tallando meticulosos pequeños obeliscos de balsa, mucho después de que la oscuridad cubriera el Recinto. Una especie de indecisión infantil le había invadido, una lánguida necesidad de seguir hurgando en lo que fuera que estuviera haciendo, de simplemente existir durante un tiempo petulante, pensando y actuando obstinadamente en contra de los hechos.

Siempre había sido así con su padre. No era miedo, sino una especie de reticencia astuta, sin raíces y de largo aliento.

Al final tuvo que ceder -eso también formaba parte del juego- y se dirigió a los apartamentos privados de su madre. Podía oír a su hermano mayor, Inrilatas, despotricar de los dioses en su habitación cerrada. Su hermano se había roto la voz a golpes con las paredes hacía años, pero seguía graznando, una y otra vez, como si inundara su habitación en alguna búsqueda lunática de fugas. Nunca dejaba de desvariar, y por eso siempre lo tenían encerrado en su habitación. Kelmomas no lo había visto desde hacía más de tres años.

Los apartamentos de su madre se encontraban al final del pasillo. Recorrió el suelo cubierto de alfombras tan silenciosamente como pudo, con los oídos atentos al sonido de las voces de sus padres que se filtraban a través de innumerables grietas y superficies sibilantes. Se detuvo frente a la puerta de hierro, con el aliento tan fino como el de un gato.

"*Sé que te duele*", decía el padre, "*pero debes tener a Theliopa contigo en todos tus tratos*".

"*¿Temes a los espías-piel*? ", respondió su madre.

Sus voces poseían el cansancio de una larga y apasionada conversación. Pero las raíces del cansancio de su padre no alcanzaban las entonaciones más profundas que entraban y salían de su discurso. Un zumbido burlón y una especie de gruñido ursino, demasiado bajo para ser escuchado conscientemente por Madre. Hablaban de algo tan poco inteligente como inescrutable, un alma ocluida, totalmente oculta a los oídos menores.

Él la maneja, dijo la voz. *Ve a través de su rostro como tú, sólo que con mucha más claridad, y da forma a su voz en consecuencia.*

¿Cómo lo sabes? preguntó Kelmomas con rabia, picado por la idea de que cualquiera, incluso el padre, pudiera ver más allá que

él. Más allá de ella.

"*Cuanto más se acerque la Gran Ordalía*", dijo el Padre, "*más desesperado se vuelve el Consulto, y más probable es que desaten a los agentes que quedan. Mantén a Theliopa contigo en todo momento. Aparte de mi hermano, ella es la única que puede ver con seguridad sus verdaderos rostros*".

Kelmomas sonrió al pensar en los espías-piel. Agentes del Apocalipsis. Le encantaba escuchar las historias sobre sus malvadas depredaciones durante la Primera Guerra Santa. Y había gorjeado de placer al ver cómo desollaban al negro -con cuidado, para que mamá no lo viera, por supuesto-. De alguna manera, sabía que sería uno de los pocos que podría ver más allá de sus rostros, al igual que podía ver más allá de la voz de su padre. Si encontraba uno, decidió, lo mantendría en secreto, simplemente lo observaría, lo *espiaría*; le gustaba tanto *espiar*. ¡Qué juego sería!

Se preguntaba quién era más rápido...

"¿*Temes que ataquen las Cumbres Andiamine*? " Un verdadero horror recorrió la voz de Madre al decir esto, el horror de los acontecimientos apenas sobrevivió.

Razón de más para atraparlo como un insecto, decidió Kelmomas. Diría cosas, cosas crípticas, que lo harían preguntarse. Necesitaba algo para burlarse ahora que Samarmas se había ido.

"¿*Qué mejor manera de distraerme que golpeando mi hogar*? "

"*Pero nada te distrae*", dijo Madre, con un tono tan desolador que sólo podía seguir el silencio. Kelmomas se encontró inclinado hacia la puerta, tal era el dolor que emanaba de la tranquilidad del más allá. Parecía que podía oírlos respirar, cada uno siguiendo su propia cadena de pensamientos. Parecía que podía oler la ausencia de contacto entre ellos. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Ella lo sabe, dijo la voz. *Alguien le ha dicho la verdad sobre papá.*

"¿*Cuándo debes irte*? ", preguntó mamá.

"*Esta noche*".

Kelmomas se preparó para empujar la puerta... ¡Madre estaba sufriendo! ¡Y era Padre-Padre! ¿Cómo se le pudo pasar esto antes?

Te verá, advirtió la voz.

¿Padre?

Ninguno sabe cuánto ve…

Esto desconcertó al joven Príncipe Imperial. Se quedó inmóvil ante la puerta fundida, con la mano detenida en el aire…

Pero me necesita, ¡mamá! Piensa en los abrazos cálidos, las cosquillas, los besos en la mejilla.

Él es la raíz, respondió la voz, *y tú no eres más que la rama. Recuerda que la Fuerza arde más en él.*

Por razones que Kelmomas fue totalmente incapaz de comprender, eso hizo que su mano cayera como el plomo.

La fuerza.

Se dio la vuelta y corrió como un atleta a la carrera -¡uno, dos, tres saltos! -por los pasillos, dejando atrás a los desconcertados Guardias Pilarianos. Como príncipe imperial, tenía el control de las Cumbres Andiamine, aunque tenía prohibido salir de sus salones y jardines sin el permiso expreso de la emperatriz. Y así lo hizo, recorriendo los pasillos tapizados, atravesando los barracones de los esclavos y entrando en las cocinas. Fue aquí donde paladeó un pincho de plata. Un par de esclavas más matronas se detuvieron para alborotarle el pelo y pellizcarle las mejillas. "Pobre chico", le dijeron. "Querías mucho a tu hermano, ¿verdad?". Les miró a la cara y las hizo sonrojarse con sus cumplidos. Se dirigió al Atrio, pero las grandes puertas del Salón Imperial de Audiencias hacía tiempo que estaban cerradas. No importaba, la entrada a una de las galerías del segundo piso seguía abierta. Decidió subir las escaleras de caracol al revés, caminando sobre las manos.

Volvió a ponerse en pie al llegar a la cima. Todo eran sombras. Sólo podía ver los huecos de la Sala mirando a través de la ranura entre los pilares y los inmensos tapices que colgaban entre ellos. Por alguna razón, parecía más vasto y más pequeño a la vez cuando se veía desde esta posición. Cuando llegó al último pilar, le inquietó ver que podía contemplar el manto y el asiento de su madre. Se dio cuenta de que, por muy grande que fuera, por muy pura y concentrada que fuera la Fuerza de uno, siempre era posible que alguien invisible mirara hacia abajo.

Aseguró sus manos y enganchó sus pies a lo largo del borde del tapiz inmediato, deslizándose como una pesa de bronce hasta la pulida extensión del suelo. Los grandes pilares le asombraron, o eso pretendió en nombre de su épica hazaña. Riendo, subió los

escalones hasta el Manto, el gran trono de marfil y oro desde el que su padre emitía un terrible juicio sobre el Mundo Conocido.

"¡*Espí-Espí-Espías-piel*!", susurró para sí mismo. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que se mostraran?

No podía esperar.

Se subió al duro asiento del trono, se sentó balanceando los pies durante varios momentos, esperando la llegada del poder absoluto, aburriéndose cuando no llegó. Un gorrión atrapado en la red de la parte superior gritaba *pío-pío-pío* con tristeza. Levantó el cuello y lo echó hacia atrás para contemplar su sombra. Periódicamente se agitaba, un crujido como el de la pata trasera de un perro rascando. Las estrellas de más allá titilaban sin ruido.

Deseó tener una piedra, pero todo lo que tenía era el pincho.

El mundo por el que caminaba era muy diferente del mundo por el que caminaban los demás. No necesitaba que la voz se lo dijera. Podía oír más, ver más, saber más… todo más que todos, excepto su padre y quizá su tío. Su sentido del olfato, en particular…

Se apartó del trono, del aura residual de su madre, y bajó trotando los escalones hasta el piso del Auditorio. El olor de su tío, el Shriah, lo reconocía con bastante facilidad, pero el olor del otro, el extraño, era acre por su falta de familiaridad. Se puso en cuclillas e inclinó la cara hacia la mancha de orina evaporada, una mancha borrosa de grasa en el resplandor de la luna.

Respiró profundamente el olor rancio de la Matriarca. Lo transportó, lo iluminó a la manera de las cosas insignificantes seguidas en lo profundo.

Luego se puso en pie y se giró, saltando la escalera hasta el estrado de un solo salto y sin esfuerzo. Salió al balcón que había detrás de los tronos y contempló las distancias cubiertas por la luna del mar de Meneanor.

Había algo siniestro en el mar de noche, el oleaje invisible, el negro rizo bajo el oleaje retumbante, el silbido sin sol. Sólo en la oscuridad, al parecer, podía percibirse el alcance sin huellas de su amenaza. Inmensa. Impenetrable. Todo lo abarca. Cada lucha envuelta en una bruma efervescente. Cada muerte una caída en lo insondable e invisible…

Alguna vez los hombres se ahogaron en la negrura, incluso en las aguas empalmadas por el sol.

El joven Príncipe Imperial saltó la balaustrada.

No tiene que preocuparse por los guardias hechiceros. Podía verlos fácilmente. Y a los Guardias Pilarianos, que merodeaban sin cesar por los pasillos de las Cumbres Andiamine, podía oírlos por las esquinas. Incluso si lo atrapaban, algo que seguía ocurriendo a pesar de los años que había pasado perfeccionando su juego, las consecuencias de ser descubierto consistirían en poco más que un sermón de Madre.

Los guardias Eöthicos, por otro lado, eran un asunto diferente. Una reliquia de la antigua dinastía Ikurei, patrullaban los terrenos más allá del Palacio Sagrado, los Recintos Imperiales. Kelmomas imaginó que lo reconocerían de cerca, con su rostro a la luz de las antorchas; el problema residía en la desmesurada habilidad y número de sus arqueros. Todos los veranos, Coithus Saubon, uno de los dos Exalto-Generales de su padre, patrocinaba concursos de tiro con arco en todo el Norte Medio, con premios para los subcampeones y una plaza de Guardia para los ganadores. Con la excepción de los Hombres de Agmundr de Galeoth, eran los arqueros más célebres de los Tres Mares. Y aunque el *riesgo* de quedar atrapado como una codorniz o una diana rellena de paja atraía a Kelmomas, la posibilidad ciertamente no lo hacía.

No fue una tarea fácil, separar los riesgos de las posibilidades.

Deslizándose de tejado en tejado, el Príncipe Imperial trepó por las caras del mar de las Cumbres Andiamine, cuidando siempre de abrirse paso a lo largo de las esquinas interiores y los estribos, allí donde la fortuna y la arquitectura amontonaban las sombras. Mantenía el vientre bajo como una serpiente. Evitaba las ventanas tumefactas de luz.

Se enfrentó al salvajismo de su mueca durante todo el camino.

¿Pero cómo no iba a exultar? Aquí y allá pasó junto a guardias solitarios, arrastrándose con los dedos de los pies y de las manos sin hacer ruido, deslizándose en una oscura bendición, con una gracia malévola e invisible. Los observó, a los hombres que eludió, estudió sus formas acorazadas a la luz de la luna, todo el tiempo desgarrado por un regocijo embaucador. ¡Aquí *estoy*! cacareó en sus pensamientos. *Aquí estoy, en la oscuridad, detrás de ti*.

Un centinela casi lo vio, un Pilariano inquieto que se paseaba de un lado a otro y lanzaba miradas rutinarias hacia las sombras.

Kelmomas se vio obligado a quedarse inmóvil no menos de cinco veces, a confiar plenamente en la línea oscura que seguía. Fue una fe curiosa y corporal, un torrente embriagador de terror y certeza, algo animal y original, tan vivo como puede serlo cualquier cosa. Después tembló de emoción, tuvo que morderse el labio para no aullar en voz alta.

Pero el resto de los guardias, Pilarianos o Eöthicos, miraban con total desconocimiento de su ignorancia, sus expresiones aplanadas por una desdichada indiferencia ante el olvido que los rodeaba. Era como si custodiaran un mundo en el que Kelmomas no existiera y, por tanto, pudieran actuar con imprudente abandono. Fue bueno, decidió el Príncipe Imperial, que los pusiera *a prueba de la* manera en que lo hizo. ¿Y si fuera un espía-piel? ¿Qué pasaría entonces? En un momento de furia piadosa, incluso se decidió por la lección que no habían aprendido. La oscuridad, quiso decirles, no estaba vacía.

Nunca estaba vacía.

Pasó un rato acurrucado en el recoveco que formaba la chimenea del tejado de las Caballerizas Menores, mirando a través del Campus Batrial la monumental fachada del Recinto de los Huéspedes. Ninguna flecha había salido silbando de la oscuridad, ninguna alarma se había disparado, y parecía que aquello era a la vez imposible e inevitable, como si hubiera partido el mundo en dos con su subterfugio. Uno caprichoso, el otro para disponer de él a su antojo.

Y en esta noche, sólo había que creer en esto último.

Inmediatamente debajo de él, a la luz de antorchas encendidas, varios esclavos enjaezaban un caballo a un carro cargado con lo que parecían ser barriles y cubos vacíos. Un grupo de jinetes borrachos, Kidruhil, les increpaba desde una mesa que había sido arrastrada al patio empedrado. "¿Oís los truenos?", gritó uno de ellos, levantando una tormenta de risas de sus compañeros.

Kelmomas bajó por el borde del tejado y se dejó caer tan suavemente como una cuerda de seda. Rodeó la cresta de heno recién amontonado que los esclavos, según los gritos del soldado, estaban despejando de los establos. Se escondió en la paja suelta en el extremo del montón, a varios pasos del carro, y esperó a que los esclavos abordaran. Respiró profundamente el olor a paja y el polvo de la vida seca.

Mirando a través de una madeja de paja, observó cómo uno de los esclavos, un hombre calvo con cara de pánico, se subía al banco e impulsaba al caballo enjaezado, un negro robusto, hacia adelante con un silbido bajo y un movimiento de las riendas. Los Kidruhil interrumpieron sus risas, como si estuvieran sorprendidos por este momento de dominio común. Con horquillas, los otros esclavos ya estaban lanzando grandes melenas de heno al aire. Las antorchas tosían y chisporroteaban.

Kelmomas se concentró en el caballo, acompasando el ritmo de sus patas, más cerca, más cerca, hasta que su cabeza oscilante borró la imagen del conductor. Cascos calzados cayendo como martillos. Piernas con nudillos trotando, doblándose rígidas y tensas como arcos sin tensar. Más cerca.

Kelmomas saltó hacia el estruendo, llegó…

Con las manos enganchadas a las redes del arnés, se apretó contra el vientre venoso y se dejó llevar por el calor tórrido del animal. El mundo entero retumbó. El gran cuerpo que flotaba sobre él, flexionándose de un lado a otro. Los adoquines que se precipitaban por debajo, cayendo en las ruedas que golpeaban. El joven Príncipe Imperial rió en voz alta, sabiendo que el estruendo se tragaría cada uno de sus sonidos.

Atravesaron el campus de Batrial y, al pasar por el recinto de los invitados en una tangente, Kelmomas se soltó y se retorció, cayendo boca abajo sobre las palmas de las manos y los dedos de los pies. Corrió en el instante en que la caja del vagón lo rebasó, una sombra que revoloteaba hacia la sucesión de arcos a lo largo del pórtico de la planta baja.

Entonces estaba en el recinto de invitados.

Su olor era claro ahora, una mancha de mujer vieja y amarga, como el rastro que podría dejar un gusano. Lo siguió hasta el tercer piso, se detuvo antes de girar por el pasillo que llevaba a sus suites. Oyó los latidos de otro guardia.

Miró y luego se escondió con un solo movimiento, con un ojo atreviéndose al borde de la pared. Un parpadeo fue todo lo que necesitó. Los detalles que podía considerar con seguridad a la luz de su ojo del alma: un pasillo iluminado con faroles, adornado con una columnata falsa y molduras de mármol. Una larga alfombra, adornada con enredaderas blancas, de un azul tan intenso que la

mayoría pensaría que es negra. Un solo centinela, ni Pilariano ni Eöthico, de pie, rígido, ante el olor de su puerta.

No hay ruido, salvo las linternas y su interminable exhalación brillante.

Kelmomas dobló la esquina y comenzó a caminar por el pasillo, con los labios torcidos, un gemido malhumorado y lleno de mocos, lágrimas y una mirada de ruinosa autocompasión. El centinela sonrió de una manera que confirmaba su paternidad, y por tanto su familiaridad con las rabietas de los niños pequeños. Se inclinó en conmiseración tsk-tsk, con la hoz de oro de Yatwer blasonada en su coraza de cuero negro.

Kelmomas entró en el abanico de sus múltiples sombras.

"Vamos, ahora, pequeño hombre..."

El movimiento fue singular, abrupto con elegancia. La punta del pincho entró en el lagrimal derecho del centinela y se deslizó hasta el centro de su cabeza. La facilidad de penetración fue casi alarmante, como clavar un clavo en la suave tierra del jardín. Utilizando el hueso a lo largo de la cuenca ocular interna para hacer palanca, Kelmomas arrancó la punta enterrada en un círculo preciso. No había necesidad, pensó, de mutilar también la geometría.

Se hizo a un lado, con el brazo en alto, mientras el hombre se desplomaba. La cara del centinela se inclinó hacia la izquierda y se puso casi en posición vertical cuando su peso le sacó el cráneo del reluciente pincho. Se agitó con los ojos abiertos en la alfombra y sus dedos manotearon la tela como un gatito borracho, pero sólo durante un par de latidos.

Kelmomas sacó el cuchillo del hombre de su vaina.

La puerta con cerradura de latón no estaba cerrada con llave.

Habían tapado las ventanas con telas, de modo que la luz que entraba por el pasillo era la única iluminación de la habitación. "¿Hola?", gritó uno de los esclavos que dormían en el suelo de la antecámara. Los demás se despertaron y se inclinaron hacia la barra de luz. Cuatro en total, parpadeando. Al principio, parecían poco más que rostros incorpóreos, luego, cuando él se puso entre ellos, aullidos levitantes. Les dio un hachazo, golpeando a lo largo de los intersticios entre los miembros de la sombra que se agitaban. Ningún juego, al parecer, había sido tan emocionante. No ser

marcado por la piel ni manchado por la sangre. Recorrer las grietas entre los latidos del corazón. Matar como si fuera un viento, sin rastro de paso.

Los rostros cayeron uno a uno, brotando como odres cortados.

La matriarca estaba bastante despierta cuando el pequeño se coló en su dormitorio. "¡*Pío*!", dijo él. "¡*Pío-pío*!" Su risa era incontrolable…

Casi tanto como sus chillidos.



Anasûrimbor Esmenet despidió con indiferencia a los cuatro Caballeros Shrial que encontraron de pie, rígidos, en el vestíbulo, y miró a su alrededor con amargura la ostentosa decoración… cualquier cosa menos el centinela yatweriano muerto y desplomado sobre la alfombra. En la época de los ikurei, los invitados se alojaban en las Cumbres Andiamine, algo que simplemente no era posible dadas las mayores exigencias administrativas del Nuevo Imperio. El Complejo de Huéspedes fue una de las primeras obras de la Dinastía Sagrada, levantada en los embriagadores días previos a la caída de Nilnamesh y el Alto Ainon, cuando Kellhus parecía tener las riendas del mundo entre sus aureolados puños. El mármol, con su característico color azul, había sido transportado desde las canteras de Ce Tydonn. Los altísimos paneles, cada uno de los cuales representaba en relieve escenas heroicas de las Guerras de Unificación, habían sido redactados por el propio Niminian y tallados por los más renombrados canteros de Nansur.

Todo para la gloria del Emperador-Aspecto.

No tenía ningún deseo de volver a ver la carnicería más allá del umbral. Esmenet había sido testigo de una buena cantidad de muertes, tal vez más que cualquier otra mujer de los Tres Mares, pero no tenía estómago para los rostros asesinados.

"Bueno, esperen aquí", dijo a los dos hombres que habían tomado posiciones a ambos lados de ella. Como siempre, la mirada de Phinersa parecía revolotear en las afueras de su forma. El capitán Imhailas, en cambio, era un estudio de contraste. Podía mirar con una constancia decisiva -demasiado decisiva, pensaba a veces Esmenet-. El hombre siempre parecía estar comunicando impulsos

que apenas sabía que poseía. A veces, una curiosidad arrogante se deslizaba en su mirada, y presionaba sus maneras hasta el borde mismo de la transgresión, situándose casi demasiado cerca, hablando de un modo casi demasiado familiar y sonriendo a pensamientos que sólo él conocía. Y como toda prostituta sabía, lo único más amenazante que unos ojos con demasiados reparos eran unos ojos con muy pocos. Lo que tenía la fuerza de agarrar también tenía la fuerza de ahogar.

Momentos después, Maithanet apareció en la puerta, pisando con cuidado para evitar los hilos coagulados y los botones de sangre. Iba vestido con sencillez: sin vestiduras de fieltro, sin dobladillos que se balancearan con el oro cosido, sólo una túnica que poseía el brillo satinado de un caballo en desfile. De color ocre, marcaba con detalle los contornos de sus extremidades y su torso, revelando el tipo de pecho y hombros que despertaban algún instinto femenino de trepar. Por primera vez, al parecer, Esmenet se dio cuenta de lo mucho que contribuía a su presencia, a veces sobrecogedora, la insinuación de la pura fuerza física.

El Shriah de los Mil Templos era un hombre que podía romper cuellos con facilidad.

Tanto Phinersa como Imhailas cayeron de rodillas, inclinándose tanto como el jnan les exigía.

"Vine en cuanto me enteré", dijo. Para cultivar mejor la distinción entre los órganos políticos y espirituales del Imperio, Maithanet siempre residía en el complejo del templo del Almirante, nunca en los Recintos Imperiales, cuando se quedaba en Momemn.

"Sabía que lo harías", respondió Esmenet.

"Mi hermano…"

"Se fue", dijo ella. "Poco antes de que llegara la noticia de… de *esto*… Ordené que se sellara la zona en cuanto me enteré. Sabía que querrías verlo por ti mismo".

Su mirada era larga y penetrante. Parecía conceder sus peores temores.

"¿Cómo, Maitha? ¿Cómo pudieron llegar tan profundo? Un *simple Culto*. ¡La Madre del Nacimiento, nada menos!"

El Shriah se rascó la barba y miró a los dos hombres que la flanqueaban. "Los Narindar, tal vez. Poseen las habilidades… quizás".

Los Narindar. Los famosos asesinos cultistas de antaño.

"Pero tú no lo crees tanto, ¿verdad?"

"No sé qué creer. Fue un movimiento astuto, eso es seguro. Testaferra o no, Sharacinth era nuestro camino real, nuestro medio para tomar el control de los Yatwerianos desde dentro, o al menos ponerlos en guerra desde dentro..."

Phinersa asintió con aprecio. "Ahora se ha convertido en su arma".

Esmenet había llegado a esa conclusión casi al instante de entrar en la antecámara salpicada de sangre esa misma noche. *La iban* a culpar por esto. Primero los rumores del Guerrero de la Blanca Suerte, luego la propia Matriarca Yatweriana asesinada mientras era invitada de la Emperatriz. Lo absurdo del asunto no importaba en absoluto. Para las masas, lo escandaloso del acto simplemente indicaría su miedo, y su miedo sugeriría que creía los rumores, lo que a su vez significaría que el Emperador-Aspecto *tenía que ser un demonio...*

Esto tenía todos los visos de ser un desastre.

"Debemos asegurarnos de que no se sepa nada de esto", se oyó decir.

Todos los hombres, excepto el Shriah, desviaron la mirada.

Asintió con la cabeza y trató de convertir su resoplido de disgusto en una larga exhalación. "Supongo que es demasiado tarde..."

"Los Recintos Imperiales", dijo Phinersa disculpándose, "son simplemente demasiado grandes, su Gloria".

"¡Entonces debemos pasar a la ofensiva!" exclamó Imhailas. Hasta ese momento, el apuesto Exalto-Capitán había hecho todo lo posible por escabullirse entre las grietas de su aviso imperial, con los ojos abiertos por la certeza de que tendría que rendir cuentas. La seguridad de los recintos imperiales era su única responsabilidad.

"Eso es cierto en cualquier caso", dijo Maithanet con gravedad. "Pero tenemos otra posibilidad que considerar..."

Esmenet se encontró estudiando al guardaespaldas gris ceniza de Sharacinth, bastante insensible a lo que estaba viendo. El olor a corrupción ya flotaba en la sala, como el sedimento que se levanta en el agua. ¿Qué tan absurdo era para ellos tener esta discusión -este consejo de guerra- aquí en presencia de los mismos escombros

circunstanciales que esperaban enterrar? Había gente muerta, vidas enteras se habían extinguido, y sin embargo, aquí estaban, conspirando…

Pero entonces, se dio cuenta de que los vivos tenían que mirar siempre más allá de los muertos, sobre el dolor de unirse a ellos.

"Debemos asegurarnos de que este crimen sea denunciado por lo que es", dijo. "Pocos nos creerán, pero aun así, es imperativo que se convoque una Investigación, y que alguien reconocido por su integridad sea nombrado Exalto-Inquisidor".

"Uno de los Patriarcas de los otros Cultos", dijo Maithanet, estudiando meditadamente las alfombras. "Tal vez Yagthrûta…" Levantó los ojos hacia los suyos. "El hombre es tan rabioso como su Dios Patrón cuando se trata de asuntos de legalidad ritual".

Esmenet se encontró asintiendo en señal de aprobación. Yagthrûta era el Patriarca Momian, famoso no sólo por ser el primer Thunyerio en alcanzar tan exaltado rango, sino por su reputada piedad y candor. Al parecer, había atravesado el Meneanor desde Tenryer hasta Sumna en nada más que un esquife, un gesto de fe supremo donde los haya. Lo mejor de todo es que sus orígenes bárbaros lo aislaban de la mancha de los Shrial o de los Apparati Imperiales.

"Excelente", dijo. "Mientras tanto, es absolutamente crucial que encontremos a esta Psatma Nannaferi…"

"En efecto, su Gloria", dijo Imhailas, asintiendo con una grandilocuencia casi cómica. "Como dicen los Khirgwi, la serpiente sin cabeza no tiene colmillos".

Esmenet frunció el ceño. El capitán tenía la costumbre de soltar adagios insulsos -de algún pergamino popular de aforismos, sin duda-. Por lo general, lo encontraba encantador -no le costaba perdonar a los hombres guapos sus rarezas, sobre todo cuando *ella* era su motivo-, pero no en un asunto tan grave como éste, y menos en presencia de una carnicería de alto nivel.

"Me temo que no tengo nada nuevo que añadir, su Gloria", dijo Phinersa, su mirada recorriendo las escenas de guerra y triunfo a lo largo de las paredes. "Seguimos pensando que está en algún lugar de Shigek. Creemos. Pero con los Fanim haciendo incursiones a lo largo del río Sempis…" Sus ojos volvieron a rodear el lugar sólo para estremecerse en el instante en que se encontraron con los de

ella.

Esmenet reconoció el dilema con una mueca. Después de pasar años huyendo, Fanayal ab Kascamandri se había vuelto repentinamente agresivo, extraordinariamente agresivo, cortando de forma efectiva las rutas terrestres hacia Eumarna y Nilnamesh y, según los últimos informes, asaltando ciudades fortificadas en el propio río… ¡usando *Cishaurim* nada menos! Todo Shigek estaba alborotado, precisamente el tipo de confusión que necesitaba la Madre-Suprema.

Debilidad, se dio cuenta. Todos los enemigos del Nuevo Imperio, sean paganos u ortodoxos, olían la debilidad.

"A menos que emitan órdenes de *arresto* contra las Sumas Sacerdotisas", continuó Phinersa, "simplemente no encontraremos a esta Nannaferi".

Por supuesto, por "arresto" se refería a la tortura. Esmenet se encontró mirando a Maithanet. "Tengo que considerar eso… Quizás si nuestro Exalto-Inquisidor está dispuesto a culpar del asesinato de Sharacinth a algún tipo de disputa *dentro* del Culto, podría proporcionar el pretexto que necesitamos".

El Shriah de los Mil Templos frunció los labios. "Debemos proceder con cautela. Quizás, Emperatriz, deberíamos consultar al Emperador-Aspecto".

Esmenet sintió que su mirada se endurecía hasta convertirse en un resplandor.

¿*Por qué*? se encontró pensando. *¿Por qué Kellhus no confía en ti?*

"Nuestra prioridad inmediata -declaró, fingiendo que no había hablado- es prepararnos para la eventualidad de disturbios. Phinersa, debes reclutar infiltrados. Imhailas, debes *asegurarte* de que los Recintos están protegidos, ¡no permitiré que esto ocurra una segunda vez! Dile a Ngarau que debemos estar aprovisionados para la posibilidad de un asedio. Y contacta con el General Anthirul. Haz que llame a una de las Columnas Arcong".

Por un momento, todos ellos permanecieron tan inmóviles como los muertos.

"¡Vayan! ¡Los dos! ¡Ahora!"

Sorprendidos, los dos hombres se apresuraron a volver por donde habían venido, uno alto y reluciente con su armadura

ceremonial, el otro oscuro y fluido con sus ropas de seda negra. Esmenet se encontró con la certeza de que Phinersa había mirado momentáneamente a Maithanet en busca de confirmación…

Tantas miradas. Tantos reparos. Siempre fueron las complejidades las que nos abrumaron. Siempre fue el laberinto de los demás lo que nos robó el camino.

Mi pequeño está muerto.

Pero aplastó sus recelos y miró fijamente al Shriah de los Mil Templos. "Espías-piel", dijo. De repente se sintió mareada por el cansancio, como un aguador que balancea un cuenco de más. "Crees que los espías-piel han hecho esto".

Anasûrimbor Maithanet respondió con una desgana poco habitual. "Encuentro este giro… incalculable".

Un recuerdo la golpeó entonces, no tanto de un acontecimiento como de un sentimiento, la turbia sensación de estar acosada y acorralada, la opresión de la respiración propia de los asediados. Un recuerdo de la Primera Guerra Santa.

Por un instante, pensó que podía oler los límites sépticos de Caraskand.

"Kellhus me dijo que vendrían", dijo Esmenet.

CAPÍTULO TRECE

Condia

La condenación no se deriva de la mera expresión de la brujería, pues nada es mero en este mundo. Ningún acto es tan perverso, ninguna abominación es tan obscena, como para estar más allá de la salvación de mi Nombre.

-ANASÛRIMBOR KELLHUS, NOVUM ARCANUM

Primavera, Año Nuevo Imperial 20 (Año del Colmillo 4132), Condia

En Sakarpus, los *leuneraal*, o encorvados (llamados así por su hábito de encorvarse sobre sus pergaminos), eran tan despreciados que era costumbre que los Señores de la Caballería y sus Jinetes se bañaran después de sus tratos con ellos. Los hombres de Sakarpus consideraban la debilidad una especie de enfermedad, algo que había que combatir con diversas reglas de interacción y limpiezas rituales. Y ningún hombre era tan débil como el leuneraal.

Pero el nuevo tutor de Sorweel, Thanteus Eskeles, era más que un hombre encorvado. Mucho más. Si fuera un simple erudito, Sorweel se habría permitido el lujo de estas reglas. Pero también era un *hechicero* -¡un Escolástico de los Tres Mares! - y esto hacía

las cosas… complicadas.

Sorweel nunca había dudado del Colmillo, nunca había dudado de que los brujos eran los malditos andantes. Pero, por mucho que lo intentara, nunca pudo cuadrar esta creencia con su fascinación. En todos sus innumerables sueños sobre los Tres Mares, nada le había cautivado tanto como las Escuelas. ¿Cómo sería, se preguntaba a menudo, poseer una voz que pudiera gritar la Canción Sagrada del Mundo? ¿Qué clase de hombre cambiaría su alma por esa clase de poder diabólico?

En consecuencia, Eskeles era a la vez un insulto y una especie de oportunidad ilícita, una contradicción, como todas las cosas de los Tres Mares.

El Escolar del Mandato se unía a él todas las mañanas, por lo general en una guardia antes de que la marcha se pusiera en camino, y pasaban el tiempo con un simulacro tras otro de lenguaje laborioso. Aunque Eskeles le animaba a creer lo contrario, la lengua de Sorweel se resistía al sonido y la estructura del sheyico. A menudo se quedaba bizco escuchando el zumbido de Eskeles. A veces, temía caer inconsciente de la silla de montar, las lecciones eran tan aburridas.

Una vez que reclutó a Zsoronga para que lo escondiera en medio de su séquito, llegó a temer tanto la aparición del hechicero. El Príncipe-Sucesor lo delató rápidamente, pero no sin antes reírse a carcajadas al ver al Escolástico montado en su cuadra estirando el cuello hacia un lado y otro. El viejo Obotegwa, explicó, se estaba cansando de hablar para dos hombres.

"Además", dijo, "¿cómo podemos estar seguros de que estamos hablando entre nosotros? Tal vez el viejo diablo se lo inventa todo para poder reírse hasta quedarse dormido".

Obotegwa se limitó a guiñar un ojo y sonreír con picardía.

Eskeles era un hombre extraño, obeso para los estándares de Sakarpi, pero no tan gordo como muchos que Sorweel había visto en la Ordalía. Nunca parecía tener frío, a pesar de llevar sólo una túnica de seda roja con sus polainas, una cortada para dejar al descubierto el pelaje negro que se arrastraba desde su vientre hasta su barba, que incluso aceitada y trenzada nunca parecía estar bajo control. Tenía un rostro afable, incluso alegre, con las mejillas altas bajo unos ojos de cerdo. Esto, combinado con una actitud vivaz e

incluso descuidada, hacía que fuera muy difícil caerle mal, a pesar de su vocación hechicera y el tinte marrón de su piel ketyai.

Al principio Sorweel apenas podía entender una palabra de lo que decía, su acento era muy marcado. Pero rápidamente aprendió a escuchar a través de las pronunciaciones, a menudo extrañas. Descubrió que el hombre había pasado varios años en Sakarpus como parte de una misión secreta del Mandato, haciéndose pasar por comerciantes de los Tres Mares.

"Un tiempo terrible, terrible para los que son como yo", dijo.

"Supongo que echabas de menos tus lujos sureños", se burló Sorweel.

El gordo se rió. "No-no. *Cielos,* no. Si supieras lo que yo y los de mi clase soñamos cada noche, tu Gloria, entenderías nuestra profunda capacidad para apreciar las cosas más simples. No. Era tu *tesoro de Chorae*... Bastante extraordinario realmente, habitando en la vecindad de tantas Baratijas..."

"¿Baratijas?"

"Sí, así es como nos gusta llamarlos a los escolásticos, es decir, a los Chorae. Por la misma razón que ustedes, los Sakarpi, llaman a los Sranc... ¿cómo es? Ah, sí, *ratas de hierba*".

Sorweel frunció el ceño. "¿Porque eso es lo que son?"

A pesar de su buen humor, Eskeles tenía esa forma astuta de evaluarlo a veces, como si fuera un mapa sacado del fuego. Algo que había que leer alrededor de las quemaduras.

"No-no. Porque eso es lo que *necesitas que sean*".

Sorweel entendía perfectamente lo que el gordo quería decir -los hombres suelen utilizar palabras ingeniosas para encoger cosas grandes y terribles-, pero la *verdadera lección*, se dio cuenta, era muy diferente. Decidió no olvidar nunca *que Eskeles era un espía*. Que era un agente del Emperador-Aspecto.

Sorweel no tardó en darse cuenta de que aprender una lengua no era como aprender cualquier otra cosa. Al principio, pensó que sería una cuestión de simple sustitución, de reemplazar un conjunto de sonidos por otro. No sabía nada de lo que Eskeles llamaba *gramática*, la noción de que una especie de mecanismo invisible unía todo lo que decía en patrones. Se burló de la insistencia del hechicero en que primero *aprendiera su propia lengua* antes de

aventurarse a aprender otra. Pero los patrones eran innegables, y por mucho que quisiera rebatir al gordo y su sonrisa de *"te lo digo"*, tenía que admitir que no podía hablar sin usar cosas como sujetos y predicados, sustantivos y verbos.

Aunque adoptó una actitud de distante desprecio -después de todo, estaba en presencia de un leuneraal-, Sorweel se sintió más que preocupado por ello. ¿Cómo podía saber estas cosas *sin conocerlas*? Y si algo tan profundo como la gramática podía escapar a su conciencia, hasta el punto de que simplemente no existía, ¿qué más se escondía en las redes de su alma?

Así que se dio cuenta de que aprender un idioma era quizá lo más profundo que podía hacer un hombre. No sólo requería envolver con diferentes sonidos el movimiento mismo de su alma, sino que implicaba aprender cosas de alguna manera ya conocidas, como si gran parte de lo que era existiera de alguna manera aparte de él. Una especie de iluminación acompañó a estas primeras lecciones, una comprensión más profunda de sí mismo.

Nada de eso hacía que las lecciones fueran menos aburridas. Pero, afortunadamente, incluso la pasión de Eskeles por el Sheyico empezaba a decaer a media tarde, y su disciplinada insistencia en los ejercicios desaparecía. Al menos durante unas cuantas guardias, dejaría que el joven rey diera rienda suelta a su curiosidad por cosas más variadas. Sorweel pasó gran parte de este tiempo evitando los temas que realmente le interesaban -la hechicería, porque la temía pecaminosa, y el Emperador-Aspecto, por razones que no podía comprender- y haciendo preguntas sobre los Tres Mares y la Gran Ordalía.

Así, conoció más detalles sobre el Norte Medio y sus pueblos: los Galeoth, los Tydonnios y los Thunyerios. Los Ketyai del Este: los Cengemi, los Conriyanos y los Ainonios. Y los Ketyai occidentales: principalmente los Nansur, los Shigeki, los Kianene y los Nilnameshi. Eskeles, que, según empezaba a darse cuenta Sorweel, era uno de esos hombres vanidosos que nunca parecían arrogantes, hablaba de todos estos pueblos con la confianza y el malvado cinismo de alguien que se había pasado la vida viajando. Cada nación tenía sus puntos fuertes y débiles: los ainonios, por ejemplo, eran astutos conspiradores, pero demasiado femeninos en su afecto y vestimenta; los thunyerios eran salvajes en la batalla, pero tan

afilados como la fruta podrida, como decía Eskeles. Sorweel lo encontró todo fascinante, aunque el hechicero era uno de esos hombres cuyo animado entusiasmo parecía más bien amortiguar que animar el tema.

Entonces, una tarde, varios días después de su instrucción, Sorweel reunió el valor suficiente para mencionar al Emperador-Aspecto. Relató -de forma abreviada por la vergüenza- la historia que Zsoronga le había contado sobre los emisarios que se degollaban ante el Zeümi Satakhan. "Sé que es tu maestro…", terminó torpemente.

"¿Qué pasa con él?" respondió Eskeles tras una pausa pensativa.

"Bueno… ¿*Qué es*?"

El brujo asintió a la manera de los que se confirman en sus preocupaciones. "Vamos -dijo crípticamente, espoleando a su mula al trote-.

Los Kidruhil normalmente cabalgaban cerca del corazón delantero de la Gran Ordalía, donde podían ser enviados en cualquier dirección en el improbable caso de un ataque. Pero las noticias sobre la actividad de los Sranc en el oeste habían hecho que se reubicaran en el flanco izquierdo. Esto significaba que el hechicero y su pupilo no necesitaban presionar ni mucho ni poco para alejarse de las lentas columnas de cordada. Con un aspecto absurdo sobre su mula -las piernas rectas en lugar de dobladas, su cintura casi igual a la de su montura- Skeles presionó a lo largo de los hombros de una larga loma baja. Sorweel lo siguió, sonriendo alternativamente al ver al hombre y frunciendo el ceño ante sus intenciones. Más allá de la cresta de la loma, las llanuras más lejanas se inclinaban hacia el horizonte, de color hueso en su mayor parte, pero con espirales de gris y negro ceniza. El verde de las tierras más frondosas del sur se había convertido en poco más que una bruma.

Con la mirada perdida en la distancia, el hechicero se detuvo en la cima, donde Sorweel se unió a él. El aire era fresco y frío.

"Tan seco", dijo Eskeles sin mirarlo.

"A menudo es así. Algunos años las hierbas se mueren todas y se vuelan… O eso dicen".

"Y eso", continuó Eskeles, señalando hacia el noroeste. "¿Qué es eso?"

Había una patrulla Kidruhil en la distancia, una fila de pequeños caballos, pero Sorweel sabía que Eskeles señalaba más allá de ellos. El cielo era un tazón de turquesa interminable. Debajo de él, la tierra ascendía en una serie de rampas, y luego se extendía azulada en una serie de planos y pliegues, como una tienda de campaña después de que se le hubieran caído los postes. Una inmensa franja que atravesaba el horizonte, moteada de negro y gris en su centro y que se desvanecía en el grano natural de las praderas circundantes a lo largo de sus bordes.

"Las grandes manadas", dijo Sorweel, habiendo visto esas huellas muchas veces. "Alces. Un número interminable de ellos".

El hechicero se giró en su silla de montar, señalando con la cabeza el camino por el que habían venido. La brisa le arrancó un peine de pelos de la barba.

"¿Y qué dirías *que* es?"

Perplejo, Sorweel hizo girar su caballo y siguió la mirada perpleja de Eskeles. Desde Sakarpus no había visto la Gran Ordalía desde su borde, y se encontró sorprendido por la diferencia de observar algo que lo había abarcado desde lejos. Donde antes el mundo había parecido rodar hacia las masas inmóviles, ahora las masas rodaban sobre un mundo inmóvil. Miles y miles de figuras, dispersas como el grano, lanzadas como hilos, tejidas en lentas alfombras ondulantes, que se arrastraban poco a poco por el dorso de la tierra. Los brazos titilaban hasta el horizonte.

"La Gran Ordalía", se oyó decir.

"No."

Sorweel buscó los ojos sonrientes de su tutor.

"Esto", explicó Eskeles, "*esto*… es el Aspecto-Emperador".

Desconcertado, Sorweel sólo pudo volverse hacia el espectáculo. Aunque no podía estar seguro, le pareció ver el propio estandarte del Emperador-Aspecto alzándose entre la multitud lejana: un estandarte de seda blanca del tamaño de una vela, blasonado con un sencillo Circunfijo rojo sangre. Golpeado por sacerdotes invisibles, el Intervalo zumbaba a través del arco del cielo, profundo y resonante, desvaneciéndose como siempre en incrementos demasiado finos para detectarlos, de modo que nunca estaba seguro de cuándo dejaba de sonar.

"No entiendo…"

"Hay muchas, muchas formas de esculpir el mundo, tu Gloria. Piensa en la forma en que identificamos a los distintos hombres con sus cuerpos, con la posición que ocupan en el lugar y en el tiempo. Como heredamos esta manera de pensar, asumimos que es *natural*, que es la única manera. Pero si identificamos a un hombre con *sus pensamientos, ¿qué ocurre* entonces? ¿Cómo se trazarían sus límites? ¿Dónde empezaría y dónde acabaría?".

Sorweel se limitó a mirar al hombre. Maldito leuneraal.

"Todavía no lo entiendo".

Resopló y maldijo en alguna lengua exótica mientras rebuscaba entre sus pertenencias; el esfuerzo de retorcerse hacia atrás y hacia los lados evidentemente lo agotaba. Sin previo aviso, se desmontó con un fuerte "¡*Oooof*!" y empezó a rebuscar en la mochila contraria de la misma manera. No fue hasta que buscó en la mochila de la grupa -de cuero curtido como las otras- cuando encontró lo que buscaba: un pequeño jarrón no más grande que el antebrazo de un niño e igual de blanco. Con expresión triunfal, lo sostuvo brillando al sol: porcelana, otro lujo de los Tres Mares.

"Ven, ven", llamó a Sorweel, estampando su bota izquierda en la hierba para limpiar la mierda de mula de su talón.

Asegurando las riendas de su poni al pomo de la silla de montar de la mula, Sorweel se apresuró a seguir al hechicero, que caminaba pateando entre las hierbas aplastadas por el invierno, para limpiar más estiércol, supuso el joven rey, hasta que, eso sí, Eskeles gritó: "¡Ajá!" al ver una piedra redondeada que surgía del césped.

"Esto se llama *filauta*", dijo el hechicero, levantando el ligero jarrón y agitándolo. De su interior salió un traqueteo cortado. La luz del sol reveló docenas de pequeños colmillos levantados a lo largo de su longitud. "Se utiliza para libaciones sacramentales…"

Lo golpeó contra la parte posterior de la piedra. Para su disgusto, Sorweel se estremeció.

"Ahora mira", dijo Eskeles, poniéndose en cuclillas sobre los restos para que su vientre colgara entre las rodillas. Una pequeña réplica del jarrón -lo que había hecho el sonido de traqueteo, se dio cuenta Sorweel- yacía bajo el bulto del hechicero, no más larga que un pulgar. Por lo demás, había fragmentos esparcidos por la piedra y entre los hilos retorcidos de la hierba del año pasado, algunos tan pequeños como garras de gato, otros del tamaño de dientes y otros

tan grandes como monedas. El hechicero ahuyentó a una araña con sus dedos rechonchos y luego levantó uno de los trozos más pequeños, poco más que una astilla, a la luz brillante.

"Las almas tienen *formas*, Sorweel. Piensa en cómo me diferencio de ti" -levantó otra astilla para ilustrar el contraste- "o en cómo te diferencias de Zsoronga", dijo, levantando otra más. "O" -sacó un fragmento mucho más grande- "piensa en todos los Cien Dioses, y en cómo se diferencian entre sí, Yatwer y Gilgaöl. O Momas y Ajokli". Con cada nombre levantó otro fragmento del tamaño de una moneda.

"Nuestro Dios… *el* Dios, está roto en innumerables pedazos. Y esto es lo que nos da vida, lo que hace que tú, yo, incluso el más humilde esclavo, seamos sagrados". Acarició varios trozos en una carnosa palma. "No somos iguales, seguro que no, pero seguimos siendo *fragmentos de Dios*, no obstante".

Colocó con cuidado cada una de las piezas en la parte superior de la piedra y luego miró fijamente a Sorweel. "¿Entiendes lo que digo?"

Sorweel sí entendía, tanto que se le había erizado la piel al escuchar hablar al hechicero. Entendía más de lo que *quería*. Los Sacerdotes Kiünnaticos sólo tenían reglas e historias, nada como esto. No tenían respuestas que dieran… sentido a las cosas.

"Pero…"

El joven rey se quedó atrás, derrotado por la debilidad de su propia voz.

Eskeles asintió y sonrió, tan abiertamente satisfecho de sí mismo que parecía cualquier cosa menos arrogante o altivo. "¿Pero qué es el Emperador-Aspecto?", preguntó, completando la pregunta de Sorweel.

Con los dedos, peinó la réplica astillada del jarrón de la hierba bajo su rodilla izquierda. La sostuvo entre el pulgar y el índice, donde brillaba tan suave como el cristal, idéntica a la filauta original en todos los aspectos, salvo en su tamaño.

"¿Eh?" El Escolástico se rió. "¿Eh? ¿Lo ves? El alma del Emperador-Aspecto no sólo es más grande que las almas de los hombres, sino que posee la *forma misma* de la Ur-Alma".

"Quieres decir… tu Dios de los Dioses".

"¿*Nuestro* Dios de Dioses?", repitió el hechicero, sacudiendo la

cabeza. "¡Sigo olvidando que eres un pagano! Supongo que también crees que *Inri Sejenus* es una especie de demonio".

"Lo intento", respondió Sorweel, con el rostro repentinamente caliente. "¡Intento comprender!"

"Ya sé, ya sé", dijo el Escolástico, esta vez sonriendo ante su propia estupidez. "Hablaremos del Último Profeta, er… más tarde…" Cerró los ojos y sacudió la cabeza. "Mientras tanto, reflexiona sobre esto… Si el alma del Emperador-Aspecto está fundida en la misma forma del Dios, entonces…" Asintió con la cabeza. "¿Eh? Si…"

"Entonces… Él es el Dios en pequeño…" Una especie de terror sobrenatural acompañó estas palabras.

El hechicero sonrió, con sus dientes sorprendentemente blancos y rectos en comparación con la oscura barba. "¿Te preguntas cómo es que tantos marchan hasta el fin del mundo por él? Te preguntas qué puede mover *a* los hombres *a cortarse el cuello* en su nombre. Pues bien, ahí tienes la respuesta…" Se inclinó hacia delante, con una postura rígida, a la manera de los hombres que se creen poseedores de verdades que juzgan el mundo. "Anasûrimbor Kellhus *es el Dios de los Dioses,* Sorweel, viene a caminar entre nosotros".

De alguna manera, Sorweel había caído de cuclillas a las rodillas. Se quedó sin aliento, mirando fijamente a Eskeles. Mover las manos o incluso parpadear los ojos, parecía, sería temblar y derramarse, revelarse como una cosa de arena.

"Antes de su llegada, yo y los míos estábamos condenados", continuó el hechicero, aunque parecía hablar más en su propio beneficio que en el de Sorweel. "Los escolásticos cambiamos una vida de poder por una eternidad de tormento… ¿Pero ahora?"

La condenación. Sorweel sintió que el frío de la tierra muerta le empapaba las perneras. Un dolor le subió a las rodillas. Su padre había muerto en el fuego hechicero; ¿cuántas veces se había atormentado Sorweel con ese pensamiento, imaginando el chillido y el grito, los mil cuchillos abrasadores? Pero lo que Eskeles decía…

¿Significa *que aún arde*?

El Escolástico del Mandato le miraba, con los ojos muy abiertos y brillantes, con una especie de alegría sin concesiones, como un hombre en el arrebato del enamoramiento, o un jugador liberado de la esclavitud por un lanzamiento imposible de los Palos-numerados.

Cuando habló, algo más que admiración -o incluso adoración- retumbó en su voz.

"Ahora estoy *salvado*".

Amor. Habló con amor.



En lugar de ir al pabellón de Zsoronga esa noche, Sorweel compartió un tranquilo banquete con Porsparian en el aire blanqueado de su propia tienda. Se sentó en el extremo de su catre, con la cabeza inclinada hacia sus humeantes gachas, sabiendo, aunque sin importarle, que el esclavo Shigeki lo miraba sin palabras. Una especie de confusión incipiente lo llenaba, una que había deslizado la copa de su alma y se derramaba por su cuerpo, un cosquilleo de plomo. Los sonidos de la Gran Ordalía se propagaban por la tela sin esfuerzo, retumbando y resonando en todas las direcciones.

Salva al cielo. El cielo estaba en silencio.

Y la tierra.

"*Anasûrimbor Kellhus es el Dios de los Dioses encarnado, Sorweel, viene a caminar entre nosotros…*"

Los hombres suelen tomar decisiones a raíz de acontecimientos importantes, aunque sólo sea para fingir que tienen cierto control sobre sus propias transformaciones. La primera decisión de Sorweel fue ignorar lo sucedido, dar la espalda a lo que Eskeles había dicho, como si la grosería pudiera alejar sus palabras. Su segunda decisión fue reírse, ya que la risa era la gran protección contra todas las tonterías. Pero no pudo reunir el aliento necesario para hacerlo.

Entonces, finalmente, decidió pensar en los pensamientos de Eskeles, aunque sólo fuera para fingir que no le habían poseído ya. ¿Qué tiene de malo pensar?

De pequeño, pasaba la mayor parte de sus juegos en solitario en las secciones en ruinas del palacio de su padre, en particular en lo que se llamaba el Jardín de la maleza. Una vez, mientras buscaba una flecha perdida, observó que un joven álamo brotaba de alguna semilla lejana bajo un matorral de arándanos. Preguntándose si viviría o moriría, se fijó en él de vez en cuando y lo observó trabajar lentamente en la sombra. Varias veces incluso se arrastró

hacia el interior del matorral, retorciéndose sobre su espalda, y acercando su mejilla al tallo del recién nacido para poder ver cómo se inclinaba, extendiéndose hacia la promesa de luz que brillaba a través de las hojas de la morera. A lo largo de días y semanas se extendió, delgado con un esfuerzo inanimado, esforzándose por alcanzar una banda de calor dorado que descendía como una mano del cielo. Y entonces, finalmente, tocó…

La última vez que había mirado, apenas unas semanas antes de la caída de la ciudad, el árbol se alzaba orgulloso, salvo por el recuerdo de aquel primer corte en su tronco, y la morera hacía tiempo que había muerto.

Pensar no es bueno. No sólo lo sabía, sino que podía *sentirlo*.

Lo que Eskeles le había mostrado tenía el poder del… del *sentido*. Lo que Eskeles le había mostrado había explicado, no sólo al Emperador-Aspecto… sino a él mismo también.

"*… seguimos siendo fragmentos del Dios, sin embargo*".

¿Era por eso que los Sacerdotes Kiünnaticos habían exigido que se quemara a todos los misioneros de los Tres Mares? ¿Era por eso que la saliva había salpicado sus labios cuando vinieron a su padre con sus demandas?

¿Habían sido un arbusto, temeroso del árbol en medio de ellos?

"*¡Sigo olvidando que eres un pagano*!"

Después de que cayera la oscuridad y la respiración de Porsparian se convirtiera en un ronquido áspero, Sorweel se quedó despierto, desgarrado por un pensamiento tras otro, que no se podía frustrar. Cuando se acurrucó bajo las mantas, le pareció que podía *verlo* tal y como era aquel día de guerra, lluvia y truenos, el Emperador-Aspecto, con sus rizos cayendo sobre su largo rostro, su barba cortada y trenzada a la manera de los reyes sudaneses, y sus ojos tan azules que parecían vislumbrar otro mundo. Una figura deslumbrante y dorada, caminando a la luz de un tiempo diferente, de un sol más brillante.

Un ceño amigable, seguido de una suave risa. "*Rara vez soy lo que mis enemigos esperan, lo sé*".

Y Sorweel se dijo a sí mismo, se ordenó a sí mismo, con la boca entre los dientes apretados: *¡Soy el hijo de mi padre! ¡Un verdadero hijo de Sakarpus!*

Pero qué pasa si…

Las manos lo levantan de sus rodillas. "*Eres un Rey, ¿no es así?*"

¿Y si llegara a creer?

"*No soy un conquistador…*"



Se despertó, como ya era costumbre, varios momentos antes de que sonara el Intervalo. Por alguna razón, sintió una especie de alivio prolongado en lugar de la habitual sensación de miedo. El aire de la llanura, el aliento de su pueblo, suspiró a través de su tienda, hizo crujir las sujeciones donde Porsparian las había atado. El silencio era tan completo que casi podía creer que estaba solo, que toda la pradera que rodeaba su tienda estaba vacía hasta el horizonte, abandonada al Rey Caballo.

Entonces sonó el Intervalo. Las primeras llamadas a la oración subieron a los cielos.

Se unió a la Compañía de Vástagos en el lugar en el que se había plantado su Estandarte la noche anterior, y siguió adormilado las instrucciones ladradas por el Capitán Harnilias. Al parecer, su poni, al que Sorweel llamaba Terco, también había hecho un examen de conciencia la noche anterior, porque por primera vez respondió maravillosamente a las exigencias de Sorweel. Sabía que la bestia era inteligente, quizá de forma poco común, y que sólo se negaba a aprender sus combinaciones Sakarpicas de rodillas y espuelas por despecho. La terquedad se había vuelto tan agradable, de hecho, que Sorweel pasó sin problemas los primeros ejercicios de la marcha. Incluso oyó a varios Vástagos gritar "¡*Ramt-anqual*! ", la palabra que Obotegwa siempre traducía como "Rey-Caballo".

Cuando la ocasión lo permitió, se inclinó hacia delante para susurrar la Tercera Oración a Husyelt en el oído del poni, que se movía. "Uno y uno son uno", le explicó después a la bestia. "Estás aprendiendo, Terco. Un caballo y un hombre son *un solo guerrero*".

Un rayo de vergüenza le atravesó al pensar en "un hombre", porque de hecho no era un hombre. Nunca lo sería, se dio cuenta, dado que su Elking probablemente nunca se produciría. Un niño para siempre, sin las sombras de los muertos para ayudarle. Esto le hizo mirar, una vez más, a las masas que marchaban a su alrededor.

Escudos y espadas. Manadas que se pasean. Innumerables almas detrás de innumerables rostros, todos trabajando hacia la línea oscura del norte.

¿Cómo puede la maravilla hacer un corazón tan pequeño?

Cuando Sorweel se acomodó finalmente junto a Zsoronga y Obotegwa en la columna, el Príncipe Sucesor comentó su expresión demacrada.

Sorweel no prestó atención y se limitó a decir: "La Ordalía. ¿Qué te parece?"

La expresión de Zsoronga pasó del desconcierto a la preocupación concentrada mientras escuchaba la traducción de Obotegwa con el ceño fruncido. "*Ke yusu emeba*-"

"Creo que puede ser nuestro fin".

"¿Pero crees que es *real*?"

El Príncipe se detuvo y contempló el paisaje mareado por las distancias. Llevaba lo que él llamaba su *kemtush* sobre su túnica de Kidruhil, una faja blanca llena de caracteres negros pintados a mano que enumeraban las "batallas de su sangre", las guerras libradas por sus antepasados.

"Bueno, creo que *ellos* creen que es real. Sólo puedo imaginar lo que debe parecerte a ti, Rey Caballo. Tú y tu ciudad varada. ¿Yo? Vengo de una gran y antigua nación, más poderosa de lejos que cualquiera de las naciones individuales reunidas bajo el Circunfijo. Y aún así, nunca he visto algo parecido. ¡Concentrar tanta gloria, tanto poder, para una marcha hasta los confines de Eärwa! Esto es algo que ningún Satakhan en la historia, ¡ni siquiera Mbotetulu! podría haber logrado, y mucho menos mi pobre padre. Sea lo que sea, y venga lo que venga, puedes estar seguro de que será *recordado*... Recordado hasta el final de todos los tiempos".

Cabalgaron en silencio durante algún tiempo, perdidos en sus pensamientos.

"¿Y qué piensas de *ellos*?" preguntó finalmente Sorweel.

"¿Ellos?"

"Sí. Los Anasûrimbor".

El Príncipe Sucesor se encogió de hombros, pero no sin, según notó Sorweel, echar una rápida mirada a su alrededor. "Todo el mundo los medita. Son como los mimos de los que los ketyai son tan famosos, de pie ante el anfiteatro del mundo".

"¿Qué dice "todo el mundo"?"

"Que es un Profeta, o incluso un Dios".

"¿Y qué dices tú?"

"Lo que dicen las líneas del tratado de mi padre: que es un Benefactor del Alto Zeüm Sagrado, Guardián del Hijo del Cielo".

"No… ¿Qué dices *tú*?"

Por primera vez, Sorweel vio que la ira marcaba el apuesto perfil del joven. Zsoronga miró momentáneamente a Obotegwa, como si lo responsabilizara del implacable interrogatorio de Sorweel, antes de volverse hacia el joven Rey con ojos suaves e insinuantes. "¿Qué opinas tú?"

"Es tantas cosas para tanta gente", se encontró Sorweel soltando. "No sé qué pensar. Todo lo que sé es que los que pasan algún tiempo con él, *cualquier tiempo con él,* lo consideran una especie de Dios".

El Príncipe Sucesor volvió a dirigirse a su Obligado Mayor, esta vez con ojos interrogantes. Aunque el ritmo de sus caballos paralelos hacía que Sorweel sólo pudiera ver el rostro de Obotegwa de soslayo, estaba seguro de haber visto al viejo traductor asentir.

Mientras los dos intercambiaban palabras en Zeümi, Sorweel se debatía con la consternadora comprensión de que Zsoronga tenía secretos, poderosos secretos, y que comparado con las intrigas que probablemente le rodeaban, su amistad con un rey de las tierras lejanas, con una salchicha, podía ser poco más que una diversión. El Hijo de Nganka'kull era más que un rehén, era también un *espía*, una ficha en un juego mayor de lo que Sorweel podía imaginar. El destino de los imperios lo ataba.

Cuando Zsoronga le devolvió la mirada, la pizca de alegría que caracterizaba gran parte de su discurso se había desvanecido por completo, dejando en su lugar una curiosa e interrogativa intensidad. Era casi como si sus ojos marrones estuvieran rogando a Sorweel, de alguna manera…

Suplicándole que sea alguien en quien pueda confiar el Santo Zeüm.

"*Petatu surub*-"

"¿Has oído la historia de Shimeh, de la Primera Guerra Santa?"

Sorweel se encogió de hombros. Se sintió a la vez honrado y gratificado. Un príncipe de una gran nación confiaba en él. "No

mucho", admitió, cuidando de entonar su voz en el mismo tenor bajo que su amigo.

"Está este libro", dijo Zsoronga, el estrabismo en sus ojos complementando la reticencia en su voz. "Este libro *prohibido*, escrito por un hechicero… Drusas Achamian. ¿Has oído hablar de él?"

"No."

El labio inferior de Zsoronga presionó la línea de su boca en una media luna invertida. Asintió con la cabeza, no tanto como afirmación o aprobación, sino como para reconocer su sucinta honestidad. "*Bpo Mandatu mbal*-"

"Era un escolástico del Mandato, como tu propio tutor".

Sorweel se encontró mirando a su alrededor, temiendo que Eskeles llegara en cualquier momento. Los hombres tenían una forma de oír sus nombres, incluso cuando se hablaba a través del arco del mundo. "¿Y?"

"Bueno, él estaba presente cuando el Anasûrimbor se unió a la Primera Guerra Santa. Al parecer, fue su primer y más querido amigo, su *maestro*, tanto antes como después de la Circunficción".

"¿Y?"

"Bueno, por un lado, la Emperatriz -ya sabes, la mujer de los kellics de plata, la madre de nuestro querido y amado General Kayûtas- Achamian fue su *primer* marido. Al parecer, el Anasûrimbor *se la robó*. Así que al final de la Primera Guerra Santa, cuando el Shriah de sus Mil Templos corona al Emperador-Aspecto Anasûrimbor, este Achamian *lo repudia* ante todos los reunidos, afirma que es un fraude y un embustero".

Algo del viejo Zsoronga había regresado, como si se calentara con los chismes de la historia.

"Sí…" dijo Sorweel. "Estoy seguro de haber escuchado esto… o una versión de ello, al menos".

"Así que deja la Guerra Santa, se exilia y se convierte, dicen, en el único Mago de los Tres Mares. Sólo el amor y la vergüenza de la Emperatriz impiden su ejecución".

"¿Mago?"

Otro giro grave en su expresión de ébano. "Sí. Un hechicero sin escuela".

La Compañía de Vástagos no era más que un coágulo en una

columna mucho más grande de compañías Kidruhil, y una columna llamativa, dado que sus miembros tenían permiso para llevar adornos nativos sobre sus uniformes carmesí. Habían seguido a la columna por la cresta de una elevación llena de matorrales, y luego se apoyaron en sus barandillas mientras descendían a una amplia depresión. La pista negra se volvió viscosa por el agua y la suciedad. El susurro de innumerables cascos pisando el suelo pantanoso se elevó a su alrededor: el silbido de los suelos que se hunden. Lo que había parecido niebla desde las alturas inclinadas se convirtió en nubes de mosquitos.

"¿Y es aquí donde escribe este libro?" Preguntó Sorweel, elevando su voz por encima del clamor irregular. "¿En el exilio?"

"Nuestros espías le trajeron a mi padre una copia hace unos seis años, diciendo que se había convertido en una especie de escritura para los que aún resisten a los Anasûrimbor en los Tres Mares. Se titula *Compendio de la Primera Guerra Santa*".

"¿Así que es una historia?"

"Sólo aparentemente. Hay... *insinuaciones*, dispersas, y descripciones del Anasûrimbor tal y como era, antes de obtener la Gnosis y convertirse en casi todopoderoso".

"¿Estás diciendo que este Escolástico del Mandato *sabía*... que él sabía lo que era el Emperador-Aspecto?"

Zsoronga hizo una pausa antes de responder, lo miró como si ensayara juicios anteriores. Entre los que iban a disputar el poder del Emperador-Aspecto, comprendió Sorweel, no había asuntos más esenciales.

"Sí", respondió finalmente Zsoronga.

"Entonces, ¿qué dice?"

"Todo lo que se puede esperar que diga un cornudo. Ese es el problema..."

Un ambiente de *ansiedad* floreció en las extremidades de Sorweel. El conocimiento que necesitaba estaba *aquí*, podía sentirlo. El conocimiento que podría sacar la certeza de las circunstancias destrozadas, que vería su honor redimido. Apretó las riendas lo suficiente como para blanquear sus nudillos. "¿Lo llama demonio?", preguntó casi sin aliento. "¿Lo *hace*?"

"No."

Un momento de vértigo, de estupefacción, como si se hubiera

inclinado hacia delante esperando una respuesta que lo sostuviera. "¿Qué, entonces? ¡No juegues conmigo en esos asuntos, Zsoronga! Vengo a ti como amigo".

El Príncipe Sucesor sonrió y frunció el ceño a la vez. "Debes *aprender*, Rey-Caballo. Demasiados lobos merodean por estas columnas. Aprecio tu honestidad, tu propuesta, de verdad, pero cuando hablas así… yo… temo por ti".

Obotegwa había suavizado el tono de su soberano, por supuesto. Por mucho que el Obligado tratara de recrear el tenor del discurso de su Príncipe, su voz siempre llevaba la impronta de una vida larga y muy examinada.

Sorweel se encontró mirando los contornos pulidos de su fuste, tan diferentes del gancho de hierro en bruto de las monturas Sakarpi. "¿Qué dice este… Achamian?"

"Dice que el Anasûrimbor es un *hombre*, ni diabólico ni divino. Un hombre de intelecto inaudito. Nos pide que imaginemos la diferencia entre nosotros y los niños…" El negro se quedó en silencio, con las cejas fruncidas por la concentración. Tenía la costumbre de mirar hacia abajo y hacia la izquierda cuando reflexionaba, como si juzgara puntos enterrados en la tierra.

"¿Y?"

"Lo importante, dice, no es tanto lo que es el Anasûrimbor, *como lo que somos para él*".

Sorweel lo miró con exasperación. "¡Hablas en clave!"

"¡*Yusum pyeb*-!"

"¡Piensa en tu infancia! Piensa en las esperanzas y los miedos. Piensa en los cuentos que te contaban las niñeras. Piensa en la forma en que tu rostro te traicionaba continuamente. Piensa en todas las formas en que fuiste dominado, en todas las formas en que fuiste moldeado".

"¡Sí! ¿Y?"

"Eso es lo que eres para el Emperador-Aspecto. Eso es lo que somos *todos*".

"¿Niños?"

Zsoronga soltó las riendas y agitó los brazos en un gran gesto de indicación. "Todo esto. Esta divinidad. Este apocalipsis. Esta… *religión* que ha creado. Son el tipo de mentiras que les decimos a los niños para asegurarnos de que actúan de acuerdo con nuestros

deseos. Para hacernos amar, para incitarnos al sacrificio… Esto es lo que *parece decir* Drusas Achamian".

Estas palabras, pronunciadas a través del lente de la sabia y cansada confianza que era Obotegwa, helaron a Sorweel hasta la médula. ¡Los demonios eran mucho más fáciles! Esto… esto…

¿Cómo es que un niño hace la guerra a un padre? ¿Cómo es que un niño no… ama?

Sorweel pudo notar la consternación en su rostro, el desconcierto, pero su vergüenza se silenció al darse cuenta de que Zsoronga no sentía nada diferente. "Entonces, ¿cuáles *son* sus deseos? El Emperador-Aspecto. Si todo esto es… es un fraude, entonces ¿cuáles son sus verdaderos fines?"

Habían salido del pantano poco profundo y ahora coronaban una loma baja. Zsoronga señaló con la cabeza más allá del hombro de Sorweel, hacia donde, en la congestión de la distancia cercana, el joven Rey podía ver la absurda forma de Eskeles inclinándose con justicia sobre el lomo de su burro resoplante. Más lecciones…

"El Mago no lo dice", continuó el Príncipe Sucesor cuando miró hacia atrás. "Pero me temo que tú y yo lo sabremos antes de que acabe esta locura".



Esa noche soñó que los Reyes discutían por un suelo antiguo.

"Está la rendición que *lleva a la esclavitud*", dijo el Exalto-General. "*Y está la rendición que libera. Pronto, muy pronto, tu pueblo conocerá esa diferencia*".

"¡*Eso dice el esclavo*!", gritó Harweel, de pie en una flor de llamas que se extendía.

Lo brillante que ardía su padre. Líneas de fuego que subían por las venas que envolvían sus brazos. Su pelo y su barba eran una llamarada humeante. Su piel ampollada como la brea, brillando en carne viva, arrastrando líneas de grasa ardiente…

Qué hermosa fue su condena.



Al principio luchó contra el esclavo, gritando. Porsparian era

poco más que manos en la oscuridad, defendiéndose, presionando y luego, cuando Sorweel acabó por calmarse, apaciguándose.

"Ek birim sefnarati", murmuró el viejo esclavo, aunque sonó más como un bisbiseo con su voz rota de pipa de madera. "Ek birim sefnarati …*Shhh*… *Shhh*…" Una y otra vez, poco más que una sombra arrodillada al lado del catre de Sorweel.

La iluminación tiñe lentamente la gran oscuridad más allá de los planos de lona de su tienda, una lenta inhalación de luz.

"He visto arder a mi padre", graznó al esclavo incomprensible.

Por alguna razón, no envidió la nudosa mano que descansaba sobre su hombro. Y parecía un milagro la forma en que los rasgos de cuero agrietado del esclavo cobraban realidad en la penumbra que se desvanecía. El propio abuelo de Sorweel había muerto en el Pálido cuando él era muy joven, por lo que nunca había conocido el calor indulgente de la adoración de un padre. Nunca había aprendido el modo en que los años abren los corazones de los ancianos a la milagrosidad de los jóvenes. Pero creyó verlo en los extraños ojos amarillo-sonrientes de Porsparian, en el traqueteo de su voz, y se encontró confiando plenamente en él.

"¿Significa eso que está *condenado*?", preguntó con voz gruesa. Un abuelo, al parecer, lo sabría. "¿Sueña con quemarse?"

La sombra de un recuerdo severo cruzó el rostro del viejo Shigeki y se puso en pie. Sorweel se sentó en su catre y se rascó distraídamente el cuero cabelludo mientras observaba el sombrío trabajo de su esclavo. Porsparian se inclinó para sacar la estera del suelo de césped, y luego se arrodilló a la manera de una anciana que adora. Como Sorweel le había visto hacer tantas veces, arrancó el césped y luego presionó la forma de un rostro en el suelo, un rostro que parecía inconfundiblemente femenino a pesar de la penumbra.

Yatwer.

El esclavo se llevó tierra a los ojos, y luego comenzó a mecerse lentamente al ritmo de una oración murmurada. Hacia adelante y hacia atrás, sin ningún ritmo discernible, como un hombre que lucha contra las cuerdas que lo atan. Murmuraba una y otra vez, mientras la luz del amanecer sacaba cada vez más detalles de la oscuridad: las toscas costuras negras del dobladillo de su túnica, los mechones de enjuto pelo blanco que trepaban por sus antebrazos, el

rayado de las hierbas pateadas y prensadas. Una especie de violencia se deslizaba en sus movimientos, lo suficiente como para atraer a Sorweel con ansiedad. El Shigeki se sacudía de un lado a otro, como si fuera arrastrado por una cadena interior. Los intervalos entre los espasmos se redujeron, hasta que pareció que se estremecía ante una nube de picaduras de abeja. Una serie de convulsiones…

Sorweel se levantó de un salto y se adelantó con las manos extendidas. "¡Porsparian!", gritó.

Pero algo, alguna regla de testimonio religioso tal vez, lo retuvo. Recordó el incidente de la lágrima, cuando Porsparian le había quemado la palma de la mano, y una ansiedad que lo ahogaba se apoderó de él. Se sintió como una cosa de papel, arrugada y enrollada y doblada en forma de hombre. Parecía que cualquier ráfaga podía convertirlo en una cometa y lanzarlo a los arcos del cielo. ¿Qué nueva locura era ésta?

Con los dedos sucios todavía en los ojos, el anciano se retorcía y se agitaba como si lo hubieran pateado y golpeado desde dentro. El aliento salía silbando de los agudos orificios nasales. Su voz se había convertido en un gorjeo desgarrado…

Luego, como la hierba que vuelve a formarse tras las botas, se puso de pie y se quedó quieto. Porsparian apartó las manos, miró a la tierra con ojos como gelatina roja…

Miró la cara de tierra.

Sorweel recuperó el aliento, parpadeó como si quisiera apartar la locura. No sólo los ojos del esclavo se habían vuelto rojos (¡un truco, algún tipo de truco!), sino que, de alguna manera, la boca apretada en la cara del suelo se había *abierto*.

¿Abierto?

Formando un plato con las palmas de las manos, Porsparian bajó los dedos hasta el labio inferior y recibió las aguas que allí se acumulaban. Viejo, encorvado y sonriente, se volvió hacia su maestro y se puso de pie. Sus ojos habían vuelto a la normalidad, aunque el conocimiento que poseían parecía cualquier cosa menos eso. Dio un paso adelante y extendió la mano. La suciedad brotó como sangre de las yemas de sus dedos. Sorweel se encogió hacia atrás y casi cayó sobre su catre.

De pie, al otro lado del lienzo resplandeciente de la mañana,

Porsparian parecía realmente una criatura hecha de tierra sombría, como algo moldeado a partir del barro de un antiguo río que observaba con la mirada eterna de unos ojos amarillos. "Escupir", dijo el viejo esclavo, aturdiéndolo con la claridad de su pronunciación Sakarpica. "Para mantener… la cara… limpia".

Durante varios latidos, Sorweel se limitó a mirar, atónito. ¿De dónde? ¿De dónde había salido el agua?

¿Qué clase de truco de los Tres Mares…

"Te *escondes*", jadeó el viejo esclavo. "¡Escóndete en la mirada!"

Pero un núcleo de comprensión ancló su pánico, y algo dentro de él lloró, gritó de angustia y alivio. ¡Los Antiguos Dioses no se habían olvidado! Sorweel cerró los ojos, sabiendo que ése era todo el permiso que necesitaba. Sintió que los dedos le manchaban la mejilla, que presionaban con la firmeza de los ancianos que hacen todas las cosas al límite de sus fuerzas, no para enfadarse, sino para superar la irreflexiva vitalidad de los jóvenes. Sintió *que su* saliva ensuciaba y limpiaba a la vez.

Una madre limpiando la cara de su querido hijo.

Mírate…

En algún lugar de la llanura, los sacerdotes hacían sonar el Intervalo: una sola nota que repicaba pura y profundamente sobre paisajes de confusión en tiendas de campaña. El sol estaba saliendo.

CAPÍTULO CATORCE

Cil-Aujas

> El mundo es tan profundo como podemos ver. Por eso los tontos se creen profundos. Por eso el terror es la pasión de la revelación.
>
> -AJENCIS, LA TERCERA ANALÍTICA DE LOS HOMBRES

Primavera, Año Nuevo Imperial 20 (Año del Colmillo 4132), al sur del Monte Aenaratiol

La edad. La edad y la oscuridad.

Para los pueblos de los Tres Mares, *La Crónica del Colmillo* era la última medida de las edades. Nada era más antiguo. Nada *podía serlo*. Sin embargo, los Devoradores de Piel se encontraban caminando por pasillos más antiguos incluso que el *lenguaje del Colmillo,* por no hablar del marfil en el que había sido cortado. Nadie tenía que decírselo, aunque a veces miraban a Achamian como si rogaran que se les dijera lo contrario. Podían verlo garabatear a través de la luz que los rodeaba. Podían olerlo colgado en el polvo. Podían sentirlo arrastrándose a través de los mansos huesos y los corazones escarmentados.

Se trataba de una gloria que ningún ser humano, tribu o nación, podía esperar igualar, y sus corazones se resistieron a la admisión.

Achamian lo vio flotando en sus rostros: los labios dibujados en líneas, los dientes colocados en mandíbulas flojas, los ojos vagando sin foco, la mirada vacía de los fanáticos que se enfrentan a su locura. Incluso estos hombres, tan prestos a celebrar el pecado y el libertinaje, habían pensado que la sangre de los dioses corría por sus venas.

Cil-Aujas, a pesar de su silencio, retumbó de otra manera.

Lo que Achamian había pensado que era una amplia galería de entrada resultó ser un camino subterráneo. La fila de caminantes se unió rápidamente en dos grupos, uno que seguía a Clérigo y su punto colgante de luz hechicera a la cabeza, y el otro que se agolpaba junto a Achamian y su Canto de Iluminación Surrilliano. Durante un tiempo parecieron arrastrar los pies más que dar zancadas, un grupo que miraba boquiabierto hacia arriba y alrededor, dolorosamente consciente de su intrusión. Todos se encogieron al oír las voces. Los fragmentos de lo que podría haber sido un hueso gravaban sus pasos. El polvo les empañaba los tobillos.

Imágenes. Las imágenes cubrían todas las superficies, vírgenes como tumbas exhumadas, impregnadas de la penumbra de épocas no presenciadas. El estilo reflejaba el de la Puerta de Obsidiana: las paredes estaban cubiertas de relieves pictóricos en capas, el exterior colocado como una reja imposiblemente elaborada sobre el interior, con una bóveda de unos cuarenta pies. Las vetas sedimentarias, de color negro carbón con vetas grises, evidenciaban que habían sido talladas en roca viva. Secciones enteras brillaban como cristal marrón y negro. Clavadas entre los puntos de luz que pasaban, las paredes bullían literalmente de movimiento falso.

Era la ausencia de desgaste lo que distinguía la sala de la Puerta. Los detalles desconcertaban a la vista, desde la cota de malla de los guerreros no hombres hasta el pelo de los esclavos humanos. Las cicatrices que marcan los nudillos. Lágrimas en las mejillas de los suplicantes. Todo había sido representado con una complejidad maníaca. El efecto era demasiado realista, decidió Achamian, la concentración demasiado obsesiva. Las escenas no parecían celebrar o retratar, sino más bien *revelar*, hasta el punto de que dolía ver el paso de las imágenes, desfile tras desfile, huestes enteras esculpidas hombre por hombre, víctima por víctima, guerreando sin aliento ni

clamor.

Pir-Pahal, se dio cuenta Achamian. Toda la sala estaba dedicada a ello, a una gran y antigua batalla librada entre los No-Hombres y los Inchoroi. Incluso pudo reconocer a los protagonistas: el traidor, Nin'janjin, y su soberano, Cu'jara Cinmoi, el Emperador No-Hombre. El poderoso héroe, Gin'gûrima, con brazos como los muslos de un hombre. Y el rey Inchoroi, Sil, acorazado en cadáveres, flanqueado por sus parientes inhumanos, monstruosidades aladas con miembros perversos, falos colgantes y cráneos injertados en cráneos.

Achamian casi tropezó cuando vio la Lanza de la Garza levantada en lo alto de los brazos articulados de Sil.

"Esas cosas…" Mimara susurró a su lado.

"Inchoroi", murmuró Achamian. Con una especie de asombro, pensó en Kellhus y su Gran Ordalía, en su alocada marcha a través del Norte desolado hacia Golgotterath. Se dio cuenta de que la guerra representada en estas paredes nunca había terminado, no realmente.

Diez mil años de desdicha.

"Estos son sus recuerdos", se encontró Achamian diciendo en voz alta. "Los no hombres grabaron su pasado en las paredes… como una forma de hacerlo tan inmortal como sus cuerpos".

Los rostros de varios escalpadores se volvieron hacia él, algunos con expectación, otros con fastidio. Hablar parecía una especie de sacrilegio, como un cotilleo malintencionado a la luz de una pira funeraria.

Siguieron caminando, adentrándose en las entrañas de la montaña. Pasaron kilómetros sin un final ni una bifurcación, sólo paredes beligerantes, estampadas tan profundamente como brazos extendidos. El camino ante ellos se resolvió en la oscuridad. Detrás, la luz de la entrada se reducía a una estrella, solitaria en un campo de negro absoluto.

Entonces, con una rapidez espeluznante, una segunda puerta surgió de la oscuridad. Varios jadeos resonaron en el aire viciado. La compañía se detuvo a trompicones.

Dos lobos se alzaban ante ellos, de pie como hombres a ambos lados de un portal sin barrera, con los ojos saltones y la lengua suelta. El contraste era dramático. Había desaparecido la complejidad del camino del inframundo, sustituida por una

sensibilidad más antigua, más totémica. Cada lobo era tres lobos, o el mismo lobo en tres momentos diferentes, las cabezas esculpidas se deformaban en tres posturas distintas, sus expresiones estilizadas iban desde el dolor hasta el salvajismo, como si los antiguos artesanos hubieran plasmado toda una existencia animal en un solo momento de piedra. La escritura rodeaba las carcasas de cada una de ellas, densamente agrupadas en columnas verticales, pictogramas como barras numéricas, a la vez elegantes y primitivas. Auja-Gilcûnni, comprendió Achamian, la llamada Primera Lengua, tan antigua que incluso los no hombres habían olvidado cómo leerla o hablarla, lo que significaba que esta puerta debía ser tan antigua para los no hombres como el Colmillo lo era para los hombres. Todo en ella hablaba de almas rudas que despertaban a las sutilezas de la maravilla artística…

Pero la fascinación se desvaneció con la misma rapidez con la que había surgido. Achamian se encontró tambaleándose sobre sus pies, mareado, como si hubiera saltado demasiado rápido de un sueño. Mimara también se tambaleó, se llevó las dos manos a la frente y se las puso como una tienda de campaña sobre las cejas. Varias mulas se asustaron, pisotearon y se sacudieron contra sus cuerdas. Había algo más que el dolor de los años en el aire. Había… algo más, una *carencia* de algún tipo, que corría perpendicular a la geometría de lo real, inclinando sus líneas con su succión cavernosa. Algo que susurraba desde la negrura entre las bestias grabadas.

Algo abisal.

La puerta nadaba en los ojos del Mago, no tanto un portal como un *agujero*.

Sin previo aviso, la luz de Clérigo se encerró, blanqueando las alturas de la piedra. Las sombras se arrastraron desde los grandes hocicos de lobo que colgaban en lo alto. El no-hombre se volvió ante la entrada, nublado de iluminación. Varios levantaron las manos contra el resplandor.

Su voz parecía retumbar en la oscuridad circundante.

"Arrodíllense…"

Los Devoradores de Piel lo miraron estupefactos, observaron cómo caía de rodillas. Durante un instante, sus ojos brillaron sin foco, y luego miró a los hombres que estaban a su alrededor, con

una expresión que se endurecía lentamente. Unas líneas de dolor trepaban por su cuero cabelludo.

"¡*Arrodíllense*!", gritó.

Sarl carcajeó, aunque la sonrisa que rompía su barbita parecía lejos de ser divertida. "Clérigo. Vamos…"

"¡Esta fue la guerra que nos rompió la espalda!", tronó el No-Hombre. "¡Esto… *esto*! Todos los Últimos Nacidos, padres e hijos, reunidos bajo los estandartes de cobre de Siol y su Rey de corazón de piedra. ¡Dientes de Plata! Nuestro Tirano-Salvador…" Echó la cabeza hacia atrás y se rió. Dos líneas blancas marcaron las lágrimas que marcaron sus mejillas. "Este es nuestro…" El destello de los dientes fundidos. "Nuestro *triunfo*".

Se encogió, pareció acurrucarse en las palmas de sus manos. Grandes y silenciosos sollozos lo sacudieron.

Se intercambiaron miradas, breves de vergüenza. Había algo inquietante en la luz, aparte de la forma en que colgaba sin fuente sobre ellos, algo que hacía que cada uno de ellos tuviera un tono de brillo distinto. Tal vez fueran las paredes negras, o los rizos de blanco refractados en el esmalte de innumerables figuras, pero ninguna de las sombras parecía coincidir. Era como si todos estuvieran bajo la luz única de alguna mañana, mediodía o crepúsculo diferente. Tal vez fuera su raza, o tal vez fuera su pose, pero sólo Clérigo parecía pertenecer a ella.

Lord Kosoter se agachó a su lado, puso una mano en su ancha espalda y empezó a murmurar algo inaudible. Kiampas miró al suelo. Sarl miró a su alrededor, con los ojos desviados, aparentemente más desconcertado por este acto de intimidad que por la sustancia de las palabras de Clérigo.

"¡*Sííííí*!", siseó el no-hombre, como si captara algo esencial y lo pasara por alto.

"Esto es sólo un puto lugar", gruñó Sarl. "Sólo un puto lugar más…"

Todos ellos podían sentirlo, se dio cuenta Achamian, mirando de rostro en rostro afectado. Algún tipo de dolencia, como el humo de un fuego oculto y aterrador, que los pellizcaba, atrayendo sus pensamientos… Pero no había ningún glamour que pudiera sentir. Incluso los mejores hechizos llevaban algún residuo de su artificio, la mancha de la Marca. Pero aquí no había nada, salvo el olor de

antiguos hechizos, muertos desde hace tiempo.

Entonces, con un rayo de horror, comprendió: La tragedia que había arruinado estos salones los acechaba todavía. Cil-Aujas era un *topos*. Un lugar donde el infierno se inclinaba sobre el mundo.

Se volvió hacia Mimara, sorprendido de encontrarse agarrando su mano. "Embrujado", murmuró en respuesta a sus ojos maravillados. "Este lugar..."

"Escuchen", llamó Kiampas, aparentemente en las garras de alguna resolución abrupta. "¡Contengan sus lenguas, todos ustedes! Habéis visto las marcas en la puerta, todas las compañías que han desaparecido en este lugar. Es cierto que no tenían a Clérigo, no tenían guía, pero el hecho es *que se desvanecieron*. Tal vez perdieron su camino, o tal vez los flacos los atraparon. De cualquier manera, esto es un *trabajo*, chicos, tan mortal como cualquier otro. A partir de aquí, marchamos *preparados*, ¿entendido?"

"Tiene razón", dijo Xonghis desde la penumbra de la retaguardia. Estaba agachado cerca de la pared, con su mochila Jekki sobre los hombros y sus antebrazos cargados apoyados en las rodillas. Alcanzó el suelo ante él y levantó un hueso largo del polvo, algo que podría haber pertenecido a un perro. "Muerto y flaco", dijo. Lo sostuvo a la luz, y luego miró a través de él como si fuera un tubo: Las protuberancias de los extremos se habían roto. Se volvió hacia el resto de la compañía y se encogió de hombros. "Algo tenía hambre".

Los escalpadores miraron a su alrededor, maldiciendo la visión de los huesos esparcidos por todas partes, como los restos de alguna inundación olvidada, palos bajo el limo. Lord Kosoter siguió murmurando al oído de Clérigo, un discurso machacón, lleno de odio. Las palabras «miserable desgraciado» subieron a la claridad. Achamian se encontró mirando el negro portal entre los imponentes lobos, esperando, en cualquier momento, algo...

Cuando parpadeó, vio las figuras quejumbrosas de sus Sueños.

"¿Sranc?", gritó uno de los escalpadores Galeothi. "¿Qué *come* Sranc?" Debía ser el más joven de los Devoradores de Piel, con el cuerpo aún enganchado por una rangosidad adolescente.

Cada uno de ellos, se dio cuenta Achamian, cada compañía que se había atrevido con estos pasillos. Todos ellos se habían detenido ante esta puerta rota y habían sufrido la misma premonición. Y aún

así siguieron adelante, llevando su guerra, cualquiera que fuera, más, más profundo…

Para no ser visto nunca más.

"¿Dónde están las puertas?" soltó Galian. Miró a su alrededor de la manera pendenciera que algunos utilizan para disimular su miedo. "¿Qué significa eso? ¿Puertas sin puertas?"

Pero las preguntas siempre llegaban demasiado tarde. Los acontecimientos tenían que ser empujados más allá del punto de negación; sólo entonces podía comenzar el dolor de preguntar.



Pasaron su primera noche en la gran cámara más allá de la Puerta del Lobo. Achamian colgó su luz hechicera en el aire, un punto abstracto de brillo que iluminaba el techo y los capiteles con aleteados de los pilares que ascendían a su alrededor. La luz parecía descender, lo suficientemente tenue como para ser apagada por los ojos cerrados, lo suficientemente expansiva como para proporcionar la ilusión de seguridad. Las imágenes alienígenas brillaban desde lo alto, con sus huecos entintados en negro absoluto.

Fiel a su palabra, Kiampas organizó turnos y colocó centinelas a lo largo de su perímetro de luz. Clérigo se sentó solo sobre el polvo y la piedra, contemplando el pasillo que tomarían al despertar. Lord Kosoter se estiró sobre su estera y pareció quedarse dormido al instante, aunque Sarl se sentó con las piernas cruzadas a su lado, murmurando inanidad tras inanidad, deteniéndose sólo para cacarear los giros de su propio ingenio. El resto de la compañía formaba grupos hoscos en el suelo, revolcándose en sus esteras o sentándose y hablando en voz baja. Su grupo de mulas se encontraba en las sombras cercanas, con un aspecto absurdo frente a la grandeza circundante.

El aire seguía siendo lo suficientemente frío como para empañar las exhalaciones profundas.

Achamian se sentó junto a Mimara con la espalda apoyada en una de las columnas. Durante mucho tiempo pareció quedarse paralizada por la luz, mirando sin cesar su destello plateado.

"Las escritura", dijo, con la voz gruesa por el desuso. "¿Puedes leerla?"

"No."

Un resoplido inaudible. "El mago omnisciente…"

"Nadie puede leerla".

"Ah… me preocupaba haberte juzgado mal".

La miró preparado para fruncir el ceño, pero la picardía de sus ojos le exigió reírse. Un gran peso pareció caer sobre él.

"Recuerda esto, Mimara".

"¿Recordar qué?"

"Este lugar".

"¿Por qué?"

"Porque es viejo. Más que viejo".

"¿Mayor que él?", preguntó, señalando con la cabeza la figura de Clérigo sentada en la penumbra de los pilares.

Su momentánea sensación de generosidad se agotó. "Mucho mayor".

Pasó un momento, impregnado por el escaso cosquilleo del reposo en circunstancias peligrosas, una sensación de fatalidad. Mimara siguió examinando furtivamente a Clérigo.

"¿Qué le pasa?", acabó susurrando.

Achamian se dio cuenta de que no quería pensar en el No-Hombre, y mucho menos hablar de él. Viajar con un Errático era tan peligroso como viajar por estos pasillos, si no más. Un hecho que suscitaba la pregunta prohibida: ¿Cuánto arriesgaría Achamian para llevar a cabo su obsesión? ¿A cuántas almas condenaría?

Su humor se ennegreció.

"Calla", dijo, frunciendo el ceño con su habitual irritación. ¿Qué hacía ella aquí? ¿Por qué *lo* acosaba? Todo. ¡Veinte años de trabajo! Tal vez incluso el mundo. Lo arriesgó todo por un hambre que nunca podría saciar. "Ellos pueden oír mucho mejor que nosotros".

"Dímelo en una lengua que no pueda entender, entonces", respondió ella, hablando en un impecable ainonio.

Una mirada larga, demasiado agria para sorprenderse. "Ainon", dijo. "¿Es allí donde te llevaron?"

La curiosidad desapareció de sus ojos. Se encorvó en su estera y se volvió sin decir nada, como él sabía que haría. El silencio se extendió profundo y montañoso a través de los huecos de la tumba. Él se sentó rígido.

Cuando levantó la vista, estuvo seguro de que vio el rostro de Clérigo apartarse de ellos…

De vuelta al negro impenetrable de Cil-Aujas.



La Biblioteca de Sauglish ardía bajo él en su Sueño, con sus torres agachadas y monumentales entre guirnaldas de llamas. Los dragones se agolpaban en torno a poderosas columnas de humo. El brillo de la hechicería brillaba en las alturas: la caligrafía cegadora de la Gnosis.

Con sus alas trillando el aire, Skafra enseñó los dientes corroídos, chilló hacia el horizonte, hacia el torbellino que recorre en negro las llanuras lejanas. Un estruendo más profundo que un último latido.

Y Achamian colgaba sin ser visto, un testigo insustancial… Solo.

¿Dónde? ¿Dónde estaba Seswatha?



Encontraron el cadáver momificado de un niño a no más de cien pasos por el pasillo que Clérigo había elegido para ellos. Estaba acurrucado como si fuera un gatito, de espaldas a la pared. Había tenido como mucho trece o catorce veranos, calculó Xonghis. El Rastreador Imperial no tenía ni idea de cuánto tiempo había permanecido allí, pero señaló las monedas propiciatorias que le habían colocado en la cadera y el muslo: tres cobres enteros, dos grises por el polvo, uno aún brillante. regalos para la Ur-Madre, no las monedas, sino los actos de entrega. Al parecer, otros también habían pasado por aquí. Con el resto de la compañía agrupada a su alrededor, Soma se arrodilló y añadió una cuarta, susurrando una oración en su lengua materna. Sus ojos buscaron después a Mimara, como si buscaran la confirmación de su galantería.

"Tienes que vigilar a ese", le murmuró Achamian mientras seguían por el pasillo. No habían hablado desde que se despertaron, y se encontró lamentando la forma en que había cortado su conversación la noche anterior. Parecía absurdo, ofrecer palabras como monedas en las entrañas de una montaña, pero las cosas pequeñas nunca desaparecían, por muy tremenda que fuera la circunstancia. No para él, al menos.

"En realidad no", dijo con un cansancio que Achamian encontró

vagamente alarmante. El agotamiento femenino era peligroso, los hombres lo entendían instintivamente. "Por lo general, hay que vigilar a los callados. Los que esperan que la puerta se cierre detrás de ellos…"

El sonido de otras voces se coló en su silencio. Se había desatado un debate sobre el destino y la procedencia del niño muerto. Extrañamente, el niño y el misterio de su final habían inspirado una especie de vuelta a la normalidad.

"Ainon me enseñó eso", añadió con una amargura tranquilizadora. "Ya sabes… dónde me llevaron".

La expedición avanzó, una colección de rostros pálidos en la larga oscuridad. La conversación, inexplicablemente, giró en torno a qué oficios eran los más duros para las manos. Galian insistió en que los pescadores eran los que peor lo pasaban, con todos los nudos y redes. Xonghis describió los campos de caña del Alto Ainon, interminables kilómetros de ellos a lo largo de las altas llanuras de Secharib, y cómo los esclavos del campo siempre tenían los dedos sangrando. Todo el mundo estaba de acuerdo en que, si se incluían los pies, los bataneros eran los más apestados.

"¡Imagínate marchar en orina día tras día y sin moverte ni un codo!"

Luego empezaron a hablar de mendigos, intercambiando historias de tal o cual desgraciado. La afirmación de Soma de haber visto a un mendigo sin brazos ni piernas fue recibida con la burla general. Soma siempre estaba afirmando cosas. "¿Y cómo recogía las monedas?", preguntó uno de los más jóvenes. "¿Con su pene?" Con espíritu de burla, Galian fue más allá y dijo que había visto a un mendigo *sin cabeza* cuando estaba en el Ejército Imperial. "Durante mucho tiempo pensamos que era un saco de nabos maduros, hasta que empezó a mendigar, es decir…"

"¿Y qué pidió?" preguntó Oxwora. La voz del gigante siempre parecía retumbar, por muy grave que fuera su tono.

"Que lo voltearan del lado derecho, ¿qué más?"

Las risas se estrellaron en los pasillos abandonados. Sólo Soma no se dejó impresionar.

"¿Cómo podría hablar sin cabeza?"

"¡Parece que se las arreglaba bastante bien!"

Una marejada cacareada. La compañía siempre disfrutaba de

una buena broma a costa de Soma.

"En Zeüm…", comenzó Pokwas.

"Los mendigos *te dan* dinero", interrumpió Galian. "Lo sabemos".

"En absoluto". El Bailarín de la Espada se rió. "Se adentran en los Yermos para desollar a los flacuchos…"

Un grito general de indignación y risas.

"Lo que explica toda la plata que me debes", exclamó Oxwora.

Y así sucesivamente.

A juzgar por sus expresiones, Mimara encontraba las bromas muy divertidas, hecho que no pasó desapercibido para los escalpadores -Somandutta en particular-. A Achamian, sin embargo, le resultaba difícil conceder más que una sonrisa aquí y allá, normalmente en giros que se les escapaban a los demás. No podía dejar de pensar en la negrura que les rodeaba, en lo chillones y expuestos que debían sonar para los que escuchaban en las profundidades. Una pandilla de niños.

Alguien escuchaba. De eso estaba seguro.

Alguien o algo.



Con Lord Kosoter a su lado, Clérigo los condujo a través de un verdadero laberinto. Pasillos. Salones. Galerías. Algunos eran tan rectos como una regla, otros se enroscaban en la postura aleatoria de los gusanos suspendidos en el agua, o como la escritura de los gorgojos bajo la corteza de los árboles muertos. Todas ellas zumbaban con la enormidad de la montaña que abarcaban: las paredes parecían inclinarse, los suelos se doblaban, los techos hormigueaban con un peso aplastante. En algún momento, su sepulcro se hizo palpable. Cil-Aujas se convirtió en un mundo de cosas encajadas, de grandes derrumbes, de inmensas torsiones, todo ello contenido por la piedra y la antigua astucia. Más de una vez, Achamian se encontró jadeando, como si respirara contra un agarre irresistible. El aire sabía a tumba -viguetas de piedra e inmovilidad milenaria-, pero era bastante abundante. Aun así, algo animal en su interior gritaba asfixia.

Fue la falta de cielo, decidió. Intentó no pensar en sus anteriores premoniciones.

Las bromas se fueron apagando, dejando a su paso la percusión arrítmica de las pisadas y las quejas sonoras de tal o cual mula.

El sonido del agua surgió tan gradualmente del silencio que pareció repentino cuando finalmente lo notaron. Las paredes y el techo del pasadizo que seguían se ensancharon hacia fuera, como la boca de un cuerno intrincadamente tallado, volviéndose cada vez más tenues en los puntos gemelos de luz hechicera. Al cabo de varios pasos, las paredes desaparecieron por completo y entraron en un espacio en auge. A través de las membranas de niebla, las luces se extendían, palideciendo, revelando escarpas colgantes y espacios cavernosos: una gran sima de algún tipo. El suelo se convirtió en una especie de pasarela de piedra, cubierta de moho. El agua caía por debajo, un torrente de diamantes, sólo interrumpido por la sombra de la pasarela, saltando y girando en el vacío. Achamian se encontró mirando hacia otro lado, mareado por cómo su caída en picado le hacía perder el equilibrio. Oyó a las mulas patalear y gritar en el convoy inmediatamente detrás de él. Cerca de la cabeza de su larga fila, pudo ver cómo la luz de Clérigo se acumulaba en las alturas lejanas de la caverna, para luego plegarse en los huecos tubulares de otro corredor.

Excepto que no era otro pasillo, sino la entrada a una especie de santuario. La sala no era ni grande ni pequeña -del tamaño de la planta de oración de un templo-, con un techo bajo y circular con forma de rueda. Las paredes estaban revestidas de frisos -eran animales con múltiples cabezas y extremidades-, pero no con la profundidad enrevesada de otros lugares. Los escalpadores, podía decir Achamian, pensaban que eran representaciones de demonios: más de uno susurraba encantos caseros. Pero él sabía que no era así, pues reconocía en las figuras una sensibilidad afín a la de la Puerta del Lobo. No eran monstruos los que resplandecían en las paredes, lo sabía, sino las múltiples poses de bestias naturales comprimidas en una sola imagen. Antes de empezar a olvidar, los No-Hombres habían estado obsesionados con los misterios del tiempo, especialmente con la forma en que el presente parecía llevar el pasado y el futuro dentro de él.

Durante mucho tiempo, habían adorado el devenir… la perdición de los hombres.

Mientras la compañía se afanaba bajo los techos bajos, Sarl y

Kiampas organizaron la reposición de su suministro de agua. Desempaquetaron los cubos de cuero que normalmente utilizaban para sacar agua de los barrancos. Se preparó un relevo y pronto los hombres armados se pusieron en cuclillas por toda la cámara para llenar las pieles. Mientras tanto, Achamian se paseaba por las paredes, estudiando las imágenes grabadas con Mimara a cuestas. Le mostró los lugares donde innumerables penitentes antiguos habían hecho hendiduras en las paredes, con sus frentes, le explicó.

Cuando ella le preguntó a quién rezaban, buscó a Clérigo, una vez más reacio a decir algo que el Errático pudiera oír. Lo encontró de pie en el extremo de la cámara, con la cabeza calva inclinada y brillante. Ante él se alzaba una gran estatua, un No-Hombre magistral tallado en las paredes, a la vez colgado con los brazos y las piernas estiradas -una pose que recordaba curiosamente al Circunfijo- y sentado rígidamente en un trono, con las rodillas juntas bajo las manos abierta. El moho había manchado la piedra de negro y carmesí, pero por lo demás la figura parecía intacta, con los ojos en blanco mirando fijamente. En lugar de responder a la pregunta de Mimara, Achamian se limitó a indicarle que la siguiera, pasando por delante de los abarrotados escalpadores hacia Clérigo.

"*Tir hoila ishrahoi*", decía el Errático, con los ojos y la frente cubiertos por una mano de dedos largos, el gesto no humano de homenaje. No cabía duda de que se dirigía *a* la estatua, en lugar de rezar a algo más allá.

"*Coi ri pirith mutoi'on…*"

Achamian hizo una pausa y, por razones que no entendía, empezó a traducir, hablando en un murmullo bajo. En comparación con las resonancias armónicas de Clérigo, su voz sonaba tan tosca como el estambre.

"'Tú, alma de esplendor, cuyo brazo ha matado a miles…"

"*Tir miyil oitossi, kun ri mursal arilil hi… Tir…*"

"Tú, ojo de la ira, cuyas palabras han agrietado montañas… Tú…"

"¿*Tirsa hir'gingall vo'is*? "

"¿Dónde está tu juicio ahora?"

El No-Hombre comenzó a reírse a su manera loca, de barbilla a pecho. Miró a Achamian y esbozó su inescrutable sonrisa de labios blancos. Inclinó la cabeza como si se apoyara en algún peso

oscilante. "¿Dónde está, eh, Mago?", dijo en la forma burlona en que solía responder a las bromas de Sarl. Sus rasgos brillaban como la piedra de jabón gastada a mano.

"¿A dónde va todo el juicio?"

Entonces, sin previo aviso, Clérigo se giró para adentrarse solo en la oscuridad, dibujando su luz espectral como si fuera una bata para cepillar la pared. Achamian le siguió con la mirada, más asombrado que desconcertado. Por primera vez, al parecer, había visto a Clérigo como lo que era… No simplemente un superviviente de esta ruina, sino una pieza con ella.

Un segundo laberinto.

Mimara se puso en el lugar del No-Hombre, aparentemente para ver mejor la estatua. Con sus odres llenos, los escalpadores habían empezado a pasar junto a ellos, con miradas ilegibles. Mimara parecía tan pequeña y hermosa a la sombra de su estatua bélica que Achamian se encontró de pie como para protegerla.

"¿Quién es?", preguntó.

La catarata del inframundo ascendió atronadoramente a través de la piedra circundante.

"El más grande de los Reyes No-Hombres", respondió Achamian, extendiendo dos dedos para tocar el frío rostro de piedra. Era extraño el modo en que las estatuas miraban y miraban, con sus ojos ligados a la panoplia de las edades muertas. "Cu'jara Cinmoi… el Señor de Siöl, que lideró las Nueve Mansiones contra los Inchoroi".

"¿Cómo lo sabes?", preguntó ella, ladeando la cabeza igual que su madre. "Todos parecen iguales… *Exactamente* iguales".

"No el uno al otro…" Trazó una línea a través del molde en la pulida mejilla del Rey No-Hombre.

"¿Pero cómo *se puede* saber?"

"Porque está escrito, tallado en el borde del trono…"

Retiró los dedos, pellizcó el residuo de sedoso entre ellos.

"Vamos", dijo el Mago, cortando deliberadamente su siguiente pregunta. Cuando ella insistió, le espetó: "¡Deja a un anciano pensar!".

Habían palmeado sus vidas, como les gustaba decir a los conriyanos. Las habían palmeado y se las habían entregado a un no-hombre, a un *errático*… A alguien que no sólo estaba loco, sino que

era literalmente adicto al trauma y al sufrimiento. Incariol… ¿Quién era? Y lo que es más importante, *¿qué haría* para recordar?

Kuss voti lura gaial, decían los altos norsirai de sus aliados no-hombres durante el Primer Apocalipsis. "Confía sólo en los ladrones entre ellos". Cuanto más honorable era el no-hombre, más probable era que traicionara; tal era la perversidad de su maldición. Achamian había leído relatos de no-hombres que asesinaban a sus hermanos, a sus hijos, no por despecho, sino porque su amor era muy grande. En un mundo de humo, donde los años caen en el olvido, los actos de traición eran como anclas; sólo la angustia podía devolverles la vida.

El presente, el ahora que los hombres entendían, el que estaba firmemente fijado en la vanguardia de lo recordado, ya no existía para los no-hombres. Sólo podían encontrar su apariencia en la sangre y los gritos de sus seres queridos.



Más allá del Santuario de Cujaran descendieron a un laberinto de viviendas desoladas. La oscuridad se volvió líquida, parecía tan profunda, y su luz se convirtió en el único aire. Las paredes se alzaban hacia la visibilidad como si estuvieran exprimidas de tinta. Una puerta tras otra se abría a ambos lados, revelando carriles de suelo interior, sin rasgos para el polvo, que se balanceaban en contraposición a sus luces hechiceras. Las escaleras subían hacia los escombros. Los rostros de piedra observaban con insensible inmovilidad.

Finalmente, llegaron a una vía subterránea, una de las varias que serpenteaban a lo largo de las oclusiones naturales del corazón de Aenaratiol. Seswatha había caminado por ellas, dos mil años antes, y Achamian se encontró lamentando los destrozos y la ruina. Aquí era donde los ishroi habían apilado sus palacios, calle tras calle, trepando por los lados de cada fisura. En los espacios abiertos habían ardido enormes faroles de brea, suspendidos en redes de cadenas. Las láminas de oro y plata habían revestido las paredes estriadas. Las fuentes habían fluido, sus aguas como cuerdas de fuego refractado.

Ahora todo era polvo y oscuridad. Por primera vez, le pareció a

Achamian, la compañía comprendió la terrible escala de su empresa. Una cosa era amontonarse en los pasillos encorvados contra la montaña por encima de ellos, y otra muy distinta era avanzar a través de huecos tan vastos como éste, un hilo de luz y movimiento furtivo. Donde antes la oscuridad los había encerrado, ahora dejaba al descubierto… Parecía que cualquier cosa podía descender sobre ellos.

Acamparon junto a los restos de una rueda de linterna derrumbada. Las barras de bronce se curvaban como costillas, llegando a la altura de pequeños árboles. Una enorme cabeza de tres caras se había estrellado desde alguna percha invisible en lo alto, formando una especie de barricada no muy lejana. Los más atrevidos exploraron los portales y pasadizos a lo largo de la corta sección de la calle, pero sólo hasta donde la luz blanca les permitía llegar. El resto se dividió en grupos cansados, haciendo asientos en los escombros o simplemente sentándose en el suelo empolvado. Algunos no pudieron hacer más que contemplar sus sombras.

Achamian se encontró con Galian y Pokwas. Todos los Devoradores de Piel dormían ya con sus armaduras. Galian llevaba una cota de malla de Galeoth con anillos gruesos, como muchos otros, sólo que con cinturón y cintura a la manera imperial. Pokwas llevaba una camisa de fino acero Zeümi, que había sido remendada en el brazo derecho y el abdomen izquierdo con secciones de eslabones Galeoth más toscos. Sobre ella, a lo largo del cuello y los hombros, llevaba el tradicional cabestro de el Bailarín de la Espada, pero las placas eran demasiado cerosas para reflejar algo más que líneas blancas y oscuras. El plateado se había borrado hacía tiempo.

Por el carácter ensayado de sus preguntas, Achamian pudo saber que habían decidido acorralarlo en algún momento anterior. Querían saber sobre los dragones, en particular sobre la posibilidad de que uno residiera en las vastas galerías bajo sus pies. El viejo mago no se sorprendió: Desde el arrebato de Kiampas en la Puerta de Obsidiana, había escuchado la palabra "dragón" o su cognado en Galeoth, "huörka", al menos una docena de veces.

"Los hombres tienen poco que temer de los dragones", explicó. "Sin la voluntad del No-Dios, son criaturas perezosas y egoístas. Nosotros, los hombres, somos demasiado problema para ellos. Mata a uno de nosotros hoy, y mañana tendrás a mil acosándote".

"¿Así que *hay* dragones ahí fuera?" preguntó Galian. El antiguo columnista imperial era del tipo ágil, como Sarl, tal vez, sólo que templado con la sensibilidad de Nansur. Mientras que el sargento entornaba los ojos continuamente, los de Galian eran claros, aunque prometían helarse a la menor provocación. Pokwas, en cambio, poseía esa confianza cálida que parecía pertenecer exclusivamente a los hombres de ingenio rápido y manos grandes. A diferencia de Galian, era alguien de quien sólo había que hacerse amigo una vez.

"Ciertamente", respondió Achamian. "Muchos Wracu sobrevivieron al Primer Apocalipsis, y son tan inmortales como los No-Hombres… Pero como dije, evitan a los Hombres".

"Y si", presionó Galian, "nos metiéramos en la guarida de uno…"

El Mago se encogió de hombros. "Simplemente esperaría a que nos fuéramos, si es que percibiera alguna fuerza en nosotros".

"¿Incluso si…?"

"Está diciendo que no son como los animales salvajes", interrumpió Pokwas. "Los osos o los lobos atacarían porque no saben lo que hacen. Pero los dragones *saben*… ¿No es así?"

"Sí. Los dragones lo saben".

Achamian se encontró hablando contra una extraña reticencia, que al principio confundió con timidez. Pasó algún tiempo antes de que se diera cuenta de que en realidad era *vergüenza*. No quería ser como esos hombres revoltosos, y mucho menos respetarlos. Más aún, no quería su confianza ni su admiración, cosas que ambos hombres obviamente le habían concedido días atrás, dada la forma en que habían arriesgado sus vidas por su mentira.

"Dime", dijo Pokwas, mirando con un interés que parecía casi amenazante por su intensidad. "¿Qué pasó con los No-Hombres?" Ya sea por la forma en que dirigió su voz o por la cautela en sus ojos, Achamian sabía que el bailarín de la espada estaba tan preocupado por Clérigo como él.

"Pensé que ya había contado esa historia".

"Se refiere a lo que ha pasado con su *raza*", dijo Galian. "¿Por qué han disminuido tanto?"

Un destello momentáneo de crueldad pasó por el viejo Mago, no por ellos como hombres, sino por sus creencias. "Podéis buscar en vuestro Colmillo ese relato", dijo, deleitándose con la palabra «vuestro». "Son los *Falsos Hombres*, ¿recuerdas? Malditos de los

Dioses. Nuestros antiguos padres destruyeron muchas Mansiones tan grandes como ésta". En los ojos de su alma podía verlos, a los Profetas del Colmillo, tan severos y tan parcos como las palabras que grababan en marfil, guiando a los salvajes vestidos con pieles a través de profundos salones de gloria, gritando en lenguas guturales, asesinando a los que habían sido sus esclavistas.

"Pero yo creía que ya se les había roto la espalda", dijo Pokwas. "Que las Cinco Tribus se les vinieron encima en su ocaso".

"Cierto".

"¿Y qué pasó?"

"Los Inchoroi vinieron…"

"¿Te refieres a el Consulto?" preguntó Galian.

Achamian se quedó mirando al hombre, no del todo atónito, pero sí sin palabras. Que un simple escalpador pudiera mencionar al Consulto con la misma familiaridad con la que mencionaría a cualquier nación grande y evidente le parecía increíble. Era una señal, se dio cuenta, de lo profundamente que había cambiado el mundo durante su exilio. Antes, cuando aún vestía la túnica de Escolástico del Mandato, todos los Tres Mares se habían reído de él y de sus funestas advertencias sobre el Segundo Apocalipsis. Golgotterath. El Consulto. Los Inchoroi. Estos habían sido los nombres de su desgracia, expresiones que aseguraban la burla y la condescendencia de cualquiera que pudiera escuchar. Pero ahora…

Ahora eran la *religión*… El santo evangelio del Emperador-Aspecto.

Kellhus.

"No", dijo, sintiendo esa peculiar cautela cuando uno cruza líneas inciertas de conocimiento. "Esto fue antes de el Consulto…"

Y así les habló de las guerras milenarias entre los No-Hombres y los Inchoroi. Los dos escalpadores escucharon con honesta fascinación, con los ojos perdidos en el punto medio entre el relato y el glorioso alboroto de lo contado. El primer Wracu descendiendo. Las primeras hordas desnudas de Sranc. Los No-Hombres Ishroi azotando sus carros en los horizontes de los gritos…

Incluso Achamian se encontró curiosamente sobrecogido. Hablar de tierras y pueblos lejanos era una cosa, pero sentarse aquí, en los salones abandonados de Cil-Aujas, para hablar de los antiguos No-Hombres…

Las voces podían despertar del sueño a más de los vivos.

Así que, en lugar de demorarse en sus explicaciones, como podría haber hecho, Achamian fue al grano, relatando sólo lo esencial: la traición de Nin'janjin, la Plaga-Utero y la muerte de Hanalinqû, la fatalidad que dormita en los huesos de la inmortalidad de los supervivientes. Resultó que los dos escalpadores ya conocían muchos de los detalles: Al parecer, Galian había estudiado para el Ministrado antes de que, como él decía, la bebida, el hachís y las putas le salvaran el alma.

Achamian se rió con fuerza ante eso.

De vez en cuando miraba a Mimara para asegurarse de que todo iba bien. Estaba sentada como un jarrón con las piernas cruzadas con Somandutta, complaciendo la vanidad del joven noble de casta con preguntas sobre Nilnamesh. El hombre le caía bastante bien, supuso Achamian. Somandutta parecía ser uno de esos peculiares nobles de casta que se las arreglaban para llevar su educación protegida a la edad adulta: sociable hasta la saciedad, casi absurdamente confiado en que los demás tenían buenas intenciones. Si se tratara de Momemn, Invishi o cualquier otra gran ciudad, Achamian no dudaba de que sería uno de esos cortesanos ávidos de perros, al que todo el mundo rechazaría con sonrisas en lugar de con desprecio.

"*¿Sabes*", decía la casta-noble, "*lo que mi pueblo dice de las mujeres como tú*? "

Aun así, el viejo Mago seguía siendo cauteloso. Conocía lo suficiente a los escalpadores como para saber que no eran fáciles de conocer. Sus vidas les exigían demasiado.

"Dime", preguntó Achamian directamente a Galian. "¿Por qué haces esto? Cazar Sranc. No puede ser por la recompensa, ¿verdad? Quiero decir, por lo que puedo decir, todos dejáis lugares como Tuétano tan pobres como llegáis ricos..."

El ex columnista hizo una pausa para reflexionar. "Para algunos, es el dinero. Xonghis, por ejemplo, deja la mayor parte de su parte en la Aduana..."

"Nunca lo gastará", interrumpió Pokwas.

"¿Por qué lo dice...?" Achamian presionó.

Pero Galian negaba con la cabeza. "Tu pregunta, hechicero, no es tan sabia. Los escalpadores arrancan el cuero cabelludo. Las

putas putean. Nunca nos preguntamos por qué. Nunca".

—Incluso tenemos un dicho, —añadió Pokwas con su voz resonante y acentuada—. «“Dejadlo en manos de las Travesías”».

Achamian sonrió. "Todo se reduce al trabajo, ¿verdad?"

"Incluso los reyes", respondió Galian con un guiño, "se calzan los pies".

Después de esto, la conversación pasó a ser más mundana. Durante un tiempo, Achamian escuchó a los escalpadores discutir sobre quién era el verdadero heredero de la grandeza del Antiguo Norte, los Tres Mares o Zeüm. Era un viejo juego, hombres enorgulleciéndose de cosas sin importancia, pasando el tiempo en una rivalidad bondadosa. Pensó en lo extraño que debía ser para Cil-Aujas, muerta hace mucho tiempo, escuchar la gloria de palabras pequeñas y mezquinas después de tantas edades sepultadas, y mucho menos sentir el toque pulido de la luz. Tal vez por eso toda la compañía pareció quedarse muda antes de lo que su cansancio merecía. Había un esfuerzo mayor al pronunciar las palabras escuchadas, un esfuerzo que, aunque infinitesimal, se acumulaba rápidamente. Y este oscuro lugar, ya sea desde el borde somnoliento de los sueños o con los oídos aguzados por la malicia, escuchaba.

La decepción en el rostro de Somandutta fue casi sensiblera cuando Mimara le abandonó para reunirse con su «padre».

Habían dormido uno al lado del otro desde que ella se había unido a la compañía, pero de alguna manera, esta noche, terminaron acostados cara a cara también, una posición que Achamian pensó que era incómodamente íntima, pero que no parecía molestar a Mimara en absoluto. Le recordaba a su madre, Esmenet, cómo los hábitos de la prostitución habían teñido gran parte de lo que decía y hacía. Llevando su desnudez de la misma manera que un herrero podría llevar un delantal de cuero. Hablando de pollas y de congresos como los albañiles hablan de cucharas y arcos.

Tantos callos donde sólo tenía la piel tierna.

"Todo…", dijo en un tono melancólico. Sus ojos parecían seguir el paso de los fantasmas.

"¿Todo qué?"

"Las paredes… Los techos. Por *todas partes*, miembros y

personas recortadas en piedra, imágenes sobre imágenes… ¡Piensa en el trabajo!"

"No siempre fue así. La Puerta del Lobo es un ejemplo de cómo adornaban antes sus ciudades. Sólo cuando empezaron a olvidar se volvieron a este… este… exceso. Estos son sus anales, el recuento de sus actos, grandes y pequeños".

"Entonces, ¿por qué no pintar simplemente murales como lo hacemos nosotros?"

Achamian se encontró con que aprobaba esta pregunta, otro hábito muerto hace tiempo que vuelve a la vida. "Los que no son hombres no pueden ver cuadros", dijo con un encogimiento de hombros de anciano.

Una sonrisa fruncida. A pesar de la rabia que siempre parecía rodar por las nalgas de su expresión, su mirada escéptica siempre lograba prometer una contabilidad justa.

"Es cierto", dijo Achamian. "Las pinturas no son más que un galimatías a sus ojos. Los no hombres pueden parecerse a nosotros, Mimara, pero son mucho más diferentes de lo que puedes imaginar".

"Haces que suenen aterradores".

Un viejo calor le tocó entonces, uno que casi había olvidado: la sensación de llevar a otro, no con brazos o amor o incluso esperanza, sino con *conocimiento*. Conocimiento que hacía sabio y mantenía a salvo.

"Por fin", dijo, cerrando los ojos que sonreían. "Ella escucha".

Sintió que los dedos de ella le presionaban el hombro, como si quisieran hurgar en él para reprenderlo amistosamente, pero en realidad sólo para confirmarlo. Entonces, algo le invadió, algo que le exigía mantener los ojos cerrados para fingir que dormía.

Se dio cuenta de que había estado solo. Solitario.

Estos últimos veinte años…



"Un lugar donde mi línea puede sobrevivirme", dijo el Alto Rey.

Seswatha frunció el ceño en señal de rechazo. "No tienes que temer…" Achamian se echó hacia atrás en su silla, forzando sus pensamientos del enigma que se le presentaba en el plato de

benjuka entre ellos. La mayoría de las habitaciones privadas de los Anexos del Templo del Rey eran poco más que ranuras entre paredes de ladrillo ciclópeo, y el estudio de Celmomas no era una excepción. Los altísimos estantes de pergaminos no hacían más que aumentar el aire de clausura. "Nuestro enemigo no tiene ninguna esperanza contra la Ordalía que has reunido. Piensa. Nimeric... Hasta Nil'giccas marcha".

Los nombres parecieron relajar a su viejo amigo.

"Ishuäl", dijo Celmomas, sonriendo ante su propio ingenio -o la falta de él-. Cogió su cáliz de hidromiel de manzana. "Así lo llamo yo".

Seswatha negó con la cabeza. "¿Está lleno de cerveza o de concubinas?"

"Semillas", respondió Celmomas, con los ojos sonrientes sobre el borde de su taza. La cabeza de lobo dorada trenzada en el centro de su barba parecía brillar desde debajo de su muñeca.

"¿Semillas?"

El comportamiento del Alto Rey vaciló. Siempre había un aura de cuidado en él, al menos cuando se trataba de las pequeñas cosas, como asegurarse de que reemplazaba su taza en el mismo anillo de condensación.

Podría ser tan imprudente de otra manera.

"Durante mucho tiempo", dijo, "me negué a creer en ti. Y ahora que creo..."

"¿Sí?"

Celmomas tenía un rostro alargado, uno que se ajustaba a la gloria dinástica de su nombre. Solemne. Ágil y a la vez de mandíbula fuerte. Pero era demasiado dado a las expresiones de melancolía, sobre todo en las habitaciones en las que la penumbra era pesada. Seswatha suponía que se reía tanto como cualquier otro hombre, pero las miradas que inevitablemente le seguían -ojos hundidos por la tristeza silenciosa, labios contraídos en una línea- siempre parecían más primitivas, más cercanas al tenor nativo de su corazón.

"Nada...", dijo el Alto Rey con una descarga de aire viejo y cansado. "Sólo premoniciones".

Seswatha lo estudió con nueva preocupación. "Las premoniciones de los reyes nunca deben tomarse a la ligera. Ya lo

sabes, viejo amigo".

"Por eso he construido un ref..."

El crujido de las bisagras de bronce. Ambos dirigieron sus miradas hacia las sombras que ocultaban la entrada. Los fuegos se movían y giraban en los trípodes colocados a ambos lados de la mesa de juego. Achamian oyó el roce de unos pies pequeños y, de repente, Nau-Cayûti se lanzó a los brazos y al regazo de su padre.

"¡Whoopa!" gritó Celmomas. "¿Qué guerrero salta ciegamente a los brazos de su enemigo?"

El niño se rió a la manera de los niños que se defienden de los dedos que hacen cosquillas. "¡No eres mi *enemigo*, papá!"

"¡Espera a hacerte mayor!"

Nau-Cayûti sonrió con los dientes apretados, luchó contra la mano anillada de su padre, gruñendo tanto como riendo. El niño lo sorprendió sacudiéndose y retorciéndose como una pica de verano, se aferró a su túnica de lana blanca en un esfuerzo por apoyar los pies en los muslos de su padre. Celmomas se echó hacia atrás y casi se desplomó en su silla.

Achamian rugió de risa. "¡Un *lobo*, mi Rey! ¡El chico es un lobo! Más vale que nunca sea tu enemigo".

"¡Cayû-Cayû!", gritó el Alto Rey, extendiendo sus manos en señal de rendición.

"¿Qué es esto?", preguntó el joven Príncipe, rebuscando en los bolsillos interiores de la túnica de su padre. Con un pequeño gruñido, sacó un tubo dorado a la luz que se tambaleaba. Un estuche de pergaminos, moldeado en forma de enredaderas.

"¿Para mí?", jadeó ante su sonriente padre.

"No", respondió Celmomas con fingida gravedad. "Es un gran y poderoso secreto". La mirada del Alto Rey encontró a Seswatha más allá de los rizos de lino del muchacho. Nau-Cayûti se giró también, de modo que ambos rostros -uno inocente, el otro ajado- quedaron inmóviles en la pálida luz.

"Es para tu tío Seswa", dijo el Alto Rey.

Nau-Cayûti aferró el tubo de oro a su pecho, más con alegría que con codicia. "¿Puedo dárselo, papá?", gritó. "¿*Por favor*?"

Celmomas asintió con una risita, pero un brillo de seriedad permanecía en su mirada. El Príncipe rebotó del regazo de su padre, hizo que ambos hombres se sobresaltaran cuando casi se estrelló

contra uno de los trípodes, y luego se apoyó en las rodillas de Seswatha, radiante de orgullo. Extendió el estuche de pergaminos con manos demasiado pequeñas para no ser torpes, diciendo: "Dime, tío Seswa. Dime… dime… ¿Quién es *Mimara*?"

Achamian se desprendió de su manta con un grito ahogado…

… sólo para encontrar a Incariol arrodillado sobre él en la profunda sombra. Una línea de luz bordeaba su cuero cabelludo y la curva de su mejilla y sien; por lo demás, su rostro era impenetrable.

El Mago trató de retroceder, pero el No-Hombre le sujetó el hombro con una mano poderosa. La cabeza calva bajó en señal de disculpa, pero el rostro permaneció totalmente oculto en la sombra. "Te estabas riendo", susurró antes de darse la vuelta.

Achamian sólo pudo entrecerrar los ojos, con la boca floja.

Por muy oscuro que fuera, estaba seguro de que Clérigo había sollozado mientras se alejaba.



Achamian se despertó mucho más viejo, al parecer, que cuando se había dormido. Le dolían los oídos y los dientes, así como todas las articulaciones que tenía palabras para describir. Mientras los Devoradores de Piel se preparaban para partir, él se sentó con las piernas cruzadas en su tosca estera, con los antebrazos apoyados en las rodillas, mirando más que observando. Las luces gemelas colgaban por encima de ellos como antes, las diferencias en su proyección son tan sutiles y profundas como las diferencias en sus fundadores. Sus ojos rastrearon el borde de su iluminación, desde el bronce colgante de la rueda de la linterna caída, a lo largo de las paredes con ventanas de ranura, hasta los grandes fragmentos de rostro apoyados en los escombros de la cabeza en ruinas. Una parte de él se sintió horrorizada, incluso afrentada, al descubrir que el día anterior no había sido un sueño, que Cil-Aujas *era real*. Respiró profundamente el indescriptible mosto que flotaba en el aire, luchó contra el impulso de escupir. Le parecía que podía sentir los kilómetros negros que colgaban sobre ellos.

Cuando Mimara le preguntó por tercera vez qué le pasaba, decidió que odiaba a los jóvenes. Rostros suaves y miembros fuertes y ágiles. Por no hablar de la certeza de la ignorancia. En el ojo de su

alma los veía haciendo jigas por los malditos pasillos, mientras todo lo que él podía hacer era cojear tras ellos. Desgraciados pomposos, pensó, con sus cabellos oscuros y sus vocabularios de cien palabras. Cabrones.

"¡*Huppa*!", le llamó Somandutta en un momento dado, gritando la palabra que utilizaban para azuzar a sus mulas. "¡Huppa-huppa! No hay huesos tan pesados!"

"¡Y no hay tontos tan tontos!", le espetó. No lamentó tanto las palabras como la risa general que las recibió. Miró fijamente la mirada de reproche de Mimara, sintió la mezquina satisfacción de ganar pequeños concursos de voluntad. Una puñalada de miedo acompañó la idea de que podría estar enfermando.

Con los demás mirando, no tuvo más remedio que recoger rápidamente sus cosas. Se recordó a sí mismo que los malos humores son los más perezosos de todos, y que, tal y como insistían los viejos esclavistas ceneos, basta con caminar para escapar de ellos. Se maldijo a sí mismo por gemir en voz alta mientras izaba su mochila.

Sin duda, su estado de ánimo se suavizó a medida que sus miembros se calentaban al ritmo motivado de la compañía. Durante un tiempo, hizo todo lo posible por recordar lo que Seswatha había sabido de Cil-Aujas, para construir una especie de mapa en el ojo de su alma. Pero lo mejor que pudo conjurar fue una nebulosa sensación de una miríada de niveles, con las minas nimil que enredaban las raíces de la montaña y los barrios y viviendas que alcanzaban la cima de Aenaratiol. Le parecía sentir que las hondonadas de la Mansión se extendían como raíces a través de las distancias enterradas: todos los espacios cerrados que se podrían encontrar en una gran ciudad masculina, desde los graneros hasta los cuarteles, pasando por los templos y los humildes hogares, apilados unos sobre otros, colgados en el corazón comprimido de una montaña. Pero no pudo sacar nada definitivo de estas imaginaciones, ciertamente nada que fuera útil para su viaje. Incluso en la época de Seswatha, Cil-Aujas había sido abandonada en gran medida, y pocos eran los no-hombres que podían encontrar el camino a través de las afueras de la Mansión. Lo máximo que podía decir el viejo Mago era que Clérigo *parecía* guiarlos con seguridad. Mientras continuaran siguiendo las vías que atravesaban

estas grandes fisuras, sabía que se acercaban a las puertas del norte de la Mansión. Había suficiente consuelo en eso…

Por ahora.

Sin embargo, no pasó ni una guardia cuando la última fisura llegó a su fin, cerrándose por encima de ellos como las palmas de las manos. Tras atravesar otro pasillo con frisos históricos colocados como rejas sobre frisos más profundos, llegaron a una cámara tan vasta que las paredes se abrían por encima y más allá del alcance de su luz o de la de Clérigo, de modo que parecía que cruzaban un suelo suspendido en el vacío. Al rehuir de la oscuridad abisal, los escalpadores se apretujaron, hasta el punto de chocar continuamente unos con otros. Incluso Mimara caminaba con la mejilla apretada contra el brazo de Achamian. No pasaba un momento sin que alguien maldijera suavemente a esta mula o a aquel hombre. Por lo demás, se intercambiaban pocas palabras. Los que gritaban eran silenciados por el sonido de sus propios ecos, que volvían tan transformados que parecían otra voz.

Aunque la negrura le inquietaba, Achamian se sintió más aliviado que de otra manera. Por primera vez desde que pasó por la Puerta del Lobo, creyó saber dónde se encontraban en las laberínticas entrañas de Aenaratiol. Estaba seguro de que se trataba del Repositorio, donde los no hombres habían guardado a sus muertos como si fueran pergaminos. Y eso significaba no sólo que habían recorrido casi la mitad del camino, sino, lo que es más importante, que Clérigo recordaba realmente el camino a través de la Mansión en ruinas.

Durante mucho tiempo, no hubo nada que sobresaliera de la oscuridad circundante. Con el polvo que cubría el aire de sus tobillos y rodillas, casi parecía que cruzaban un desierto en algún mundo sin sol. Una vez que clérigo los llamó para que se detuvieran, y toda la compañía pasó varias docenas de latidos de corazón simplemente de pie, con los oídos aguzados, escuchando el silencio férreo… El sonido de su sepultura.

La aparición de huesos a sus pies causó más curiosidad que alarma, al principio. Los cráneos eran tan antiguos que se arrugaban como colmenas bajo sus suelas, y los huesos se aplastaban como el papel. Aparecieron aquí y allá, como los restos que dejan los remolinos de las aguas secas, pero al cabo de un rato el suelo se

llenó de ellos. El sonido sordo del caminar de los Devoradores de Piel se convirtió en el batir y el golpear de los hombres que patean las hojas de arena. Aquí se había librado una batalla hace mucho, mucho tiempo, y el peaje había sido alto. Pronto se oyó el murmullo de las oraciones entre los hombres, y los ojos abiertos buscaron la confirmación de su miedo. Sarl se rió como siempre lo hacía cuando percibía que la aprensión sacaba lo mejor de sus «muchachos», pero los ecos que se desprendían de la negrura sonaban tan siniestros que se puso tan rígido y pálido como cualquiera de ellos.

Entonces, de la nada, una gran pendiente de escombros se levantó ante ellos, obligando a una parada general. La compañía se arremolinó con cara de confusión mientras Lord Kosoter y Clérigo consultaban. Debido a la oscuridad, era imposible determinar la magnitud de la obstrucción. Uno de los jóvenes Galeothi, Asward, comenzó a balbucear con voz de pánico, algo sobre dedos que surgían del polvo. Tanto Galian como Xonghis trataron de hacer entrar en razón al joven, lanzando miradas cautelosas a su capitán mientras lo hacían. Sarl lo observaba con una expresión de repelente satisfacción, como si estuviera ansioso por ejercer alguna regla sanguinaria de la Travesía.

Cansado y molesto, Achamian simplemente se adentró en la negrura, dejando su luz hechicera colgando detrás de él. Cuando Mimara lo llamó, se limitó a agitar una vaga mano. El residuo de la muerte no le provocaba ningún horror: era a los vivos a quienes temía. La negrura lo envolvió, y cuando se giró, le asaltó una sensación de impunidad casi gozosa. Los Devoradores de Piel se aferraban a su pequeño banco de luz y miraban como huérfanos en los océanos de oscuridad. Donde habían parecido tan seguros y peligrosos en el camino, ahora parecían desamparados e indefensos, un grupo de refugiados desesperados por escapar de las calamidades que los perseguían.

Esto, pensó Achamian, *es como Kellhus nos ve…*

Sabía que el sonido de su voz arcana los sobresaltaría, que señalarían y gritarían al ver su boca y sus ojos ardiendo en la oscuridad. Pero había que recordarles -a todos ellos- quién era él…

Habló la Barra del Cielo.

Una línea apareció entre sus brazos extendidos, de un blanco

resplandeciente, lo suficientemente brillante como para que la sangre brillara a través de sus manos. Entonces, el rayo se desvaneció en las alturas, brillante e instantáneo como un relámpago. En un abrir y cerrar de ojos, el Repositorio se reveló hasta sus rincones más lejanos...

El cementerio en ruinas de Cil-Aujas.

Grandes costillas y zócalos de piedra viva surcaban el techo. Colgando de sus contornos, cientos de antiguas cadenas abarrotaban los tramos abiertos, algunas rotas a mitad de camino hacia el suelo, otras todavía con las ruedas de bronce de las linternas que en su día sirvieron de iluminación. El suelo se extendía a lo largo de lo que parecía una milla, blanco por la iluminación y el polvo, fruncido y surcado por las largas filas errantes de los antiguos muertos. A lo lejos, detrás y a ambos lados de la compañía, se habían levantado muros en la confusión de las cicatrices, que alcanzaban alturas tan grandes como cualquiera de las famosas torres de Carythusal. Las tumbas las salpicaban, hilera tras hilera de agujeros negros enmarcados con escrituras e imágenes grabadas, lo que les confería una malignidad de nido de avispas. Sin embargo, ante la compañía, las enormes gavillas de escombros seguían subiendo y subiendo, inclinándose hasta el mismo techo… Una especie de colapso catastrófico.

La implicación era tan obvia como inmediata: El camino estaba cerrado.

Todos -salvo Lord Kosoter y Clérigo- se quedaron mirando y parpadeando ante el espectáculo. Achamian podía sentir la mirada hueca del Capitán mientras caminaba hacia los demás. La barra se desvaneció como el carbón de un horno, permitiendo que la oscuridad reclamara su dominio. En cuestión de latidos, la compañía estaba igual de desamparada que antes.

Kiampas, respondiendo a alguna señal invisible, declaró repentinamente que la marcha del día había terminado, aunque nadie tenía forma de saber si en realidad había pasado un día. Tan asombrados como consternados, los Devoradores de Piel comenzaron a dar tumbos, preparando el campamento. Mimara se aferró al brazo de Achamian, con los ojos encendidos por una especie de codicia embelesada…

"¡Puedes enseñarme eso!", gritó en voz baja.

La conocía lo suficientemente bien como para ver que estaba repleta de preguntas, que probablemente le atormentaría durante horas si pudiera. Y para su sorpresa, se encontró desarmado por su interés, que por primera vez parecía *honesto* en lugar de estar cargado de ira y cálculo como antes. Ser estudiante requería un tipo peculiar de capitulación, una voluntad no sólo de hacer lo que se le decía, sino de entregar los movimientos de su alma a las complejidades desconocidas de la de otro. Una voluntad, no simplemente de ser movido, sino de ser *rehecho*.

¿Cómo no iba a responder? A pesar de todas sus violentas resoluciones en contra, la suya era un alma de maestro.

Pero no era el momento adecuado. "Sí-sí", dijo, hablando con suave impaciencia. La agarró por el hombro para evitar su protesta, y buscó a Clérigo entre la conmoción. Necesitaba saber cuánto recordaba el no-hombre. Su paso por el Repositorio estaba bloqueado, gracias a la antigua calamidad acumulada ante ellos. Si Clérigo no conocía ninguna otra forma de atravesar el peligro que suponía Cil-Aujas, se verían obligados a retroceder, a iniciar el largo camino de vuelta a la Puerta de Obsidiana. Si fingía o recordaba en falso, bien podrían estar muertos.

Estaba a punto de explicárselo a Mimara cuando Lord Kosoter apareció de repente junto a ellos, apestando con su vieja armadura y vestido Ainonio. Su barba trenzada estaba poblada de cabellos grises como el acero. Bajo su pecho acorazado, su Chorae zumbaba con una amenaza invisible.

"No más", dijo, su voz tan plana como el agua congelada. "No más" -su lengua probó el borde de sus dientes- "payasadas".

Era imposible no verse afectado por la mirada muerta del hombre, pero Achamian se encontró devolviendo la mirada con suficiente autoestima como para preguntarse por el enfado del hombre. ¿Era simple envidia? ¿O el afamado capitán temía que el temor a otro pudiera socavar su autoridad?

"¿Qué?" Dijo Mimara enfadada. "¿Deberíamos haber tropezado en la oscuridad?"

Achamian observó los ojos encorvados hacia ella, vislumbró el caos detrás de su frígida calma. A pesar de todo su feroz orgullo, su mirada la desangró.

"Como quieras", dijo rápidamente Achamian, como un hombre

que intenta llamar la atención de los lobos. "Capitán. Como *quiera*".

Lord Kosoter siguió mirando a Mimara durante varios latidos. Cuando volvió a mirar a Achamian, sus ojos parecían llevar algún trozo mortal de ella. Asintió, no tanto por la concesión de Achamian, al parecer, como por el miedo que tartamudeaba en el corazón del Mago.

Tus pecados, susurraban los ojos muertos. *Su condena*.



Se sentaron alrededor de un fuego de huesos. Sin el más mínimo viento, el humo salía directamente hacia arriba, una columna negra que flotaba adentrándose en la negrura. El hedor que desprendía era extraño, como algo empapado y ya quemado.

Los Devoradores de Piel se habían congregado en los bordes de los escombros, donde las corrientes de ruina habían creado un cuenco con rocas lo suficientemente grandes como para que los hombres se sentaran y se inclinaran. Lord Kosoter estaba sentado entre sus dos sargentos, Sarl y Kiampas, absorto en la brillante longitud de su espada Ainonia. Una y otra vez, dibujaba su piedra de afilar a lo largo de su longitud, y luego la levantaba, como para estudiar la forma en que el filo cortaba el juego de las llamas reflejadas. Todo en sus maneras hablaba de indiferencia, total y absoluta, como si estuviera sentado con los odiados hijos de un pariente. Achamian había tomado asiento casi frente a él, con Mimara a su lado. Galian, Oxwora y los otros Mordidos formaban la primera fila, los que estaban lo suficientemente cerca como para sentir el calor acre del fuego. Los demás se sentaban dispersos entre las sombras. Clérigo estaba en cuclillas aparte de todos ellos, en lo alto de la espalda de una piedra monolítica. La sombra de su percha se alzaba sobre su pecho, de modo que sólo su brazo derecho y su cabeza caían a la luz del fuego. Cada vez que Achamian apartaba la vista de él, parecía perder sustancia, convertirse en una especie de realidad desmembrada... Un rostro sin cabeza y una mano sin palma, venidos a hablar y a agarrar.

Durante mucho tiempo la charla fue escasa, con palabras intercambiadas sólo entre los que estaban sentados uno al lado del otro, o casi. Muchos se limitaban a roer sus raciones saladas,

mirando fijamente a la luz del fuego. Cuando los hombres se reían, lo hacían en silencio, con la circunspección de los servicios del templo y las piras funerarias. Nadie se atrevía a mencionar la precariedad de su situación, al menos nadie que Achamian escuchara. El miedo al miedo era siempre el mayor censor.

Finalmente, la charla se apagó y un silencio de mirada se apoderó de la compañía. La ceniza brillaba de color rubí y naranja a través de las cuencas oculares ennegrecidas. Los dientes fundidos del No-Hombre brillaban como joyas húmedas.

Entonces, sin previo aviso, Clérigo se dirigió a ellos desde lo alto.

"Me acuerdo", comenzó. "Sí..."

Achamian levantó la vista con exasperado alivio, pensando que el No-Hombre quería decir que recordaba otro camino a través de Cil-Aujas. Pero algo en la mirada de los demás le dijo al Mago lo contrario. Miró a los que estaban más cerca del fuego y notó que Sarl lo miraba a él, y no al no-hombre, con una intensidad maníaca. ¡*Mirad*! su expresión parecía gritar. *¡Ahora nos entenderéis!*

"Os preguntáis", continuó Clérigo, con los hombros caídos y sus grandes pupilas clavadas en las llamas. "Os preguntáis: '¿Qué es lo que hago? ¿Por qué he seguido a hombres desconocidos, despiadados, hacia las profundidades? No os preguntáis *qué significa*. Pero *sientes* la pregunta: ¡ah, sí! Se te corta la respiración, se te pone la piel húmeda. Tus ojos arden por mirar en el negro, por mirar hasta el límite de tu débil visión..."

Su voz era cavernosa, engrasada con resonancias inhumanas. Hablaba como alguien cansado de su propia sabiduría.

"Miedo". Así es como se hace la pregunta. Porque sois hombres, y el miedo es siempre la forma en que vuestra raza se cuestiona las grandes cosas".

Bajó el rostro hacia las sombras, siguió hablando con las palmas de las manos y sus milenarios callos.

"*Recuerdo*... recuerdo haberle preguntado a un hombre sabio, una vez... aunque no puedo decir si fue el año pasado o hace mil años. Le pregunté: '¿Por qué los hombres temen a la oscuridad? Me di cuenta de que la pregunta le parecía sabia, aunque yo no sentía ninguna sabiduría al hacerla. Porque la oscuridad", me dijo, "es la ignorancia hecha visible". ¿Y los hombres desprecian la ignorancia?

pregunté. No", dijo, "la aprecian por encima de todas las cosas, de todas las cosas, pero sólo mientras permanezca invisible".

Las palabras implicaban una acusación, pero el tono del No-Hombre era tranquilizador, como si atendiera a los desdichados y a los perdidos. Achamian se dio cuenta de que hablaba fielmente a su nombre de la Travesía, como el sacerdote inhumano de los hombres con el corazón cicatrizado.

Clérigo.

"Nosotros, los no-hombres…", continuó diciéndole a sus manos, "pensamos que la oscuridad *es sagrada*, o al menos lo hacíamos antes de que el tiempo y la traición lixiviaran todas las antiguas preocupaciones de nuestras almas…"

"¿La oscuridad?" dijo Galian, y su voz cálida y humana, y como tal, muy frágil. "¿La oscuridad?"

El No-Hombre levantó su rostro blanco e impecable a la luz, y sonrió ante la mirada interrogante del escalpador de Nansur.

"Por supuesto… Piénsalo, mi amigo mortal. La oscuridad es el olvido *manifestado*. Y el olvido nos rodea siempre. Es el océano, y nosotros no somos más que burbujas plateadas. Se inclina a nuestro alrededor. Lo ves cada vez que vislumbras el horizonte, aunque no lo sepas. En la luz, *nuestros ojos* son los que nos ciegan. Pero en la oscuridad -¡en la *oscuridad*! -la línea del horizonte se abre… se abre como una boca… y el olvido se abre".

Aunque la expresión del No-Hombre parecía desconcertada e irónica, Achamian, con su segunda alma más antigua, la reconoció como distintivamente Cûnuroi: lo que ellos llamaban *noi'ra*, felicidad en el dolor.

"Debes entender", dijo Clérigo. "Para los míos, la santidad comienza donde termina la comprensión. La ignorancia nos delimita, marca nuestros límites, traza la línea entre nosotros y lo que *trasciende*. Para nosotros, el verdadero Dios es el Dios desconocido, el Dios que supera nuestras palabras febriles, nuestros pensamientos aduladores…"

Estas palabras se mezclaron con el murmullo sibilante de su fuego. Pocos de los escalpadores, observó Achamian, se atrevieron a mirar al No-Hombre a los ojos mientras hablaba, sino que observaron cómo las llamas se convertían en un humo nocivo.

"¿Ves ahora por qué esta caminata es sagrada?", continuó la

profunda voz. "¿Ves la oración en nuestro descenso?"

Nadie se atrevió a respirar, y mucho menos a responder. El rostro colgante se volvió para observar a cada uno de ellos.

"¿Alguno de vosotros *se ha arrodillado* alguna vez *tan profundamente*?"

Pasaron cinco latidos.

"Este Dios tuyo…" Pokwas dijo inesperadamente. "¿Cómo puedes rezar a algo que no puedes comprender? ¿Cómo puedes adorar?"

"¿Rezar?" Un resoplido que podría haber indicado diversión en un hombre. "No hay oración, Bailarín de la Espada. Pero sí hay *adoración*. Adoramos lo que nos trasciende haciendo ídolos de nuestra finitud, de nuestra fragilidad…" Giró la cara como si estuviera trabajando en una antigua torcedura, y luego repitió: "Nosotros… nosotros…"

Se desplomó sobre sí mismo, con la cabeza inclinada como un esclavo de galera encadenado por el cuello. El fuego de los huesos brillaba sobre el blanco de su cuero cabelludo desnudo.

Achamian luchó contra el ceño fruncido de su rostro. Una cosa era abrazar el misterio y otra muy distinta era convertirlo en algo divino. Lo que decía el no-hombre sonaba demasiado a *Kellhus*, y muy poco a lo que Achamian conocía de los cultos de misterio no-hombres. Nuevamente se encontró contemplando la maldita complexión de la Marca Errática: quienquiera que fuese, era tan poderoso como viejo… Con los escasos miles de no-hombres que quedaban, ¿cómo podía Achamian no haber oído hablar de él?

Incariol.

"Si la oscuridad es realmente el Dios", murmuró Sarl entre la grava. Entrecerró los ojos en los espacios negros con el cuero de su cara. "Diría que estamos en *su* vientre todopoderoso ahora mismo…"

Durante todo el sermón de Clérigo, Lord Kosoter había seguido afilando su espada, como si fuera la parca que cosecharía el sentido final del No-Hombre. Por fin, se detuvo y se levantó para envainar su espada de plata de pescado. El fuego le confería un aspecto infernal, empapando de carmesí su andrajosa vestimenta de combate, brillando en las trenzas de su cuadrada barba y llenando sus ojos con la misma seguridad con que llenaba los cráneos a sus pies.

Un aire de expectación: el capitán hablaba tan poco que siempre parecía que se oía su voz por primera vez.

Pero otro sonido habló en su lugar. Fino, como llevado en un hilo, agotado por los ecos…

La cáscara de un sonido humano. Un hombre lamentándose, donde ningún hombre debería estar.



Parpadeando bajo la brillante luz de otra Barra del Cielo, la compañía se abrió en abanico sobre la vasta extensión del Repositorio, sus sombras se extendían tan largas como los árboles que caminan por el suelo ceniciento que tenían delante.

El grito se desvaneció casi tan pronto como apareció, dejando a la compañía luchando por sus armas y sus pies. Todos se volvieron instintivamente hacia Clérigo, sentado en su alto dolmen de piedra. El no-hombre se limitó a señalar hacia la oscuridad, perpendicularmente al camino por el que habían venido.

Los siete más jóvenes de los Devoradores de Piel se quedaron con las mulas, mientras que los veintitantos restantes salieron en la dirección indicada por Clérigo, con las espadas desenvainadas y los escudos levantados. Tan nerviosos como cualquiera de ellos, Achamian y Mimara ocuparon su lugar en la amplia línea de marcha, con las espaldas bañadas en luz y los rostros en sombra. Galian y Pokwas se situaron a su derecha, mientras que Sarl y el Capitán avanzaban a su izquierda. Nadie pronunciaba una palabra, sino que caminaban, como Achamian, con oídos tan agudos que el silencio parecía rugir. Arrastrados como tendones ante ellos, sus sombras eran tan negras que sus botas se desvanecían en ellas a cada paso.

Durante casi toda una guardia, atravesaron un mundo de luz y oscuridad, con un paisaje agrietado como techo y tumbas de boca negra como paredes. Las antiguas cadenas de linternas, aunque uniformemente espaciadas y escasamente colocadas, desollaban los espacios abiertos, formando cortinas a través de las sombrías distancias. Y Achamian no podía dejar de pensar que allí había una imagen del Apocalipsis que los amenazaba a todos.

A pesar del brillo de la luz que había detrás de ellos, la oscuridad era cada vez más audaz. Pronto parecieron una peculiar

hilera de medio hombres, espaldas sin cuerpo, moviéndose tan delgados como ramas agitadas por el viento. El polvo que empañaba sus pasos formaba sombras etéreas a través de los carriles de luz entre ellos, como el vapor en el sol bajo de la mañana. Sin embargo, nadie hablaba. Todos mantenían el escudo y la espada preparados.

Y el poderoso Repositorio se abrió de par en par.

Cuando encontraron al hombre, estaba arrodillado en una llanura desértica de polvo, con el rostro levantado hacia la visión resplandeciente que era la ya lejana Barra del Cielo. Los Devoradores de Piel formaban un círculo delgado y cauteloso a su alrededor, mirando contra los trucos de la penumbra. Aunque sus ojos estaban claramente abiertos, no parecía ver a ninguno de ellos. Era otro escalpador: los collares de dientes que llevaba encima de su camisote lo dejaban claro. Su piel era oscura como la de los Ketyai, y su barba estaba toscamente trenzada a la manera de los Conriyanos, aunque nada de su equipo parecía provenir de esa nación. Al principio parecía engrasado en brea, tan pálida era la luz lejana. Ninguno de los Devoradores de Piel vio el brillo carmesí hasta que estuvieron a varios pasos de distancia.

"Sangre". Xonghis fue el primero en murmurar. "Este hombre ha luchado..."

"¡Posiciones del perímetro!" Sarl gritó a la asombrada compañía. "¡Muévanse, muévanse!"

Los Devoradores de Piel se dispersaron, con el tintineo de sus equipos mientras corrían para formar una delgada fila en la oscuridad más allá del desconocido. Achamian se acercó con el Capitán y los demás, sosteniendo a Mimara a un paso detrás de él con un brazo extendido. Se colocaron a ambos lados del hombre, de pie para no ocultar la luz. Respondiendo a alguna mirada o gesto de Lord Kosoter, Xonghis arrojó su escudo al suelo y se arrodilló ante el desconocido escalpador. Achamian se acercó al escudo, vislumbrando las tres cabezas de Sranc encogidas, unidas por la barbilla, que adornaban su centro. Si antes había hecho retroceder a Mimara, ahora podía sentirla tirando de la parte trasera de su capa de piel, instándole en silencio a mantener la distancia. Cuando le devolvió la mirada, ella asintió hacia el desconocido, dirigiendo su mirada hacia el regazo del hombre.

El escalpador se aferró a *una* mano, sus dedos ahuecados como el oro ganado entre sus palmas…

La mano cortada de una mujer.

"Lo he visto antes", dijo Kiampas. "Es uno de los Púas. Los malditos Púas".

El rostro embadurnado se estremeció ante esas palabras. Por primera vez, los ojos oscuros se apartaron de la Barra del Cielo, que se alzaba incandescente en el horizonte encarnado. Parecía buscar en los huecos entre sus rostros inclinados.

"*Luz…*", susurró el Púa. Se llevó la mano cortada a la mejilla, cerró los ojos y se balanceó como un niño. "¿No *te prometí luz*?"

Se encogió ante los dedos que Xonghis le puso en el hombro. "¿Qué ha pasado?", preguntó el Rastreador Imperial, la severidad de su tono de alguna manera suavizada por las cadencias de su acento jekki. "¿Dónde está tu compañía?"

El hombre le miró como si fuera una trágica intrusión. "Mi compañía…", repitió.

"Sí", dijo el Rastreador. "Los Púas Sangrientas". ¿Qué les pasó? ¿Qué pasó con…?"

Xonghis miró a Kiampas, pero fue Lord Kosoter quien dijo: "Capitán Mittades".

"Capitán Mittades", repitió el Rastreador. "¿Qué *le ha pasado*?"

El hombre empezó a temblar. "M-m-m-mi…", empezó, parpadeando con cada tartamudeo. "¿M-m-m-mi c-o-c-o-c-ompanía?" La mano cortada se había hundido de nuevo en su regazo.

—Sí. ¿Qué pasó?

Una mirada de incredulidad se extendió sobre el rígido terror.

—¿Mi c-compañía? Estaba demasiado… demasiado… demasiado oscuro… demasiado oscuro para ver la sangre… ¡Sólo podías *escucharla*! —Su expresión se apretó al oír esto, sus labios se metieron hacia adentro, como si de repente se quedara sin dientes —. Escu-Escu-Escu-charla succionando sus pies mientras corrían, golpeando las paredes como las manos de niño. Escurriendo como orina… ¡*Estaba demasiado oscuroooo*!

—¿Los pies de quién? —La voz de dientes de sierra de Sarl irrumpió—. ¿Las manos de quién?"

—No hay luz en el interior, —sollozó el hombre—. Nuestra piel.

Nuestra piel es demasiado *gruesa*. Nos envuelve, como un sudario, y mantiene la negrura dentro. Y mi corazón ¡mi *corazón*! mira y mira y no puede ver. —Una lluvia de saliva—. ¡*No hay nada que ver*!

Algo salvaje y violento se agitó en el hombre, como si fuera un saco lleno de alimañas rabiosas. Y a la luz, todo parecía demasiado crudo, demasiado obvio a simple vista, la sacudida y la fractura de un hombre que se rompe. Sus ojos rodando bajo una película inmóvil de blanco reflejado. Su rostro cubierto de negro, las líneas de su angustia sangrando tinta de un lado a otro. Incluso Xonghis se inclinó hacia atrás.

El desconocido comenzó a balancearse de lado a lado. Una especie de sonrisa dolorosa de diente a diente rompió su barba. "En la oscuridad siempre hay *tacto*… ¿ves?" Agitó la mano amputada de forma berreante y suelta. Un hilo de sangre salpicó la túnica de Mimara. "Me aguanté. No la solté. Aguanté. Aguanté. Aguanté. Aguanté… aguanté". Sus ojos dejaron de ver algo iluminado, se volvieron tan enloquecidos que parecían pintados. "¡Gamarrah! ¡Gamarrah! ¡Te tengo! No te sueltes. No-no, ¡no lo hagas! *¡No lo hagas!* No te sueltes".

Lord Kosoter se adelantó, se puso de pie de manera que su sombra borró por completo al Púa. Presionó a Xonghis hacia un lado con su mano izquierda.

"¡Me resistí!", gritó el Púa.

Como si rompiera el suelo con una pala, el capitán hundió su espada en el corselete del hombre, rompiendo uno de los collares de dientes de Sranc. Clavó la punta profundamente, desde la clavícula del hombre hasta su vientre. El Púa se sacudió y tuvo espasmos, se agitó como una tela empapada en el palo seco de un esclavo. El capitán sacó su espada; el cuerpo cayó hacia atrás, con los brazos desenrollados y los pies inmovilizados bajo él. La mano cortada rodó sin ruido por el polvo. Por su propia voluntad, la mano del hombre pareció moverse y tantear. La punta del dedo sin sentido se tocó con la punta del dedo sin sentido.

Lord Kosoter escupió. En un siseo que era casi un susurro, dijo: "*Sollozo*".

La cara de Sarl se convirtió en una risa sibilante. "¡Sin sollozos!", gritó, doblando la voz hacia los demás. "Esa es la regla. Nada de sollozos en la Travesía!"

Achamian miró de Xonghis a Kiampas, vio la misma máscara inexpresiva que esperaba fingir. El no-hombre, Clérigo, estaba con la boca abierta, como si tratara de captar alguna muestra de lo que todos olían. Achamian parpadeó y dejó escapar un estremecedor aliento. Todo había sucedido tan rápido, demasiado rápido para que su corazón lo sintiera, y mucho menos para que su alma lo comprendiera. Todo lo que sabía era que algo andaba mal… Algo en el galimatías del hombre había llevado la profunda contusión de la verdad.

¡Mira y mira y no puede ver!

"Córtalo", se oyó decir a Xonghis, que ahora estaba a su lado.

"¿Qué?"

"Ábrelo… necesito ver su corazón".

Nuestra piel es demasiado gruesa…

El Rastreador Imperial miró de su Capitán a Sarl, quien dijo: "Haz lo que dice", entre una carcajada apenas contenida. A pesar de todo, el sargento de piernas largas parecía un hombre que lo había apostado todo a los giros locos de este encuentro; nada podía estropear su carrera. Xonghis se arrodilló en medio de ellos, sacando un cuchillo de sierra Jekki de su bota. El Púa muerto yacía en su propia sombra inerte, su sangre haciendo lana negra del polvo circundante. Su pecho retumbó como un tambor roto cuando Xonghis le rompió la caja torácica. El Rastreador trabajaba con la concentración irreflexiva de un cazador de larga data: ciervo, lobo u hombre, todo era lo mismo para él, al parecer.

Sacó el corazón de la copa desbordada que era el pecho del Púa, y sostuvo la masa sangrienta para que Achamian la inspeccionara. La sombra de su brazo se extendió por el suelo.

"Enjuágalo".

Con una especie de ceño fruncido, el Rastreador Imperial se encogió de hombros y se echó hacia atrás con la mano libre. Levantó el odre de agua hasta los dientes para desatascarlo, sonriendo como si se tratara de un whisky. Sus uñas brillaban frescas y rosadas mientras enjuagaba con cautela la sangre de los lóbulos. El agua escurrida surgió de la parte posterior de sus nudillos. Amasó el corazón, volviendo la carne transparente a su palma. El clúster tubular de la parte superior estaba empapado de blanco.

De repente se detuvo. Todos se inclinaron hacia delante, sin aliento, impresionados por la visión de una cicatriz o sutura a lo largo de una de las cámaras enfundadas en grasa del corazón. Con el pulgar, Xonghis presionó para abrir la tapa superior…

Un ojo humano los miraba fijamente.

"¡*Dulce Seju*! ", siseó Sarl, retrocediendo a trompicones.

El Rastreador Imperial colocó el corazón sobre el estómago empapado de sangre del Púa, pero con cuidado, como si temiera despertar algo dormido.

"¿Qué significa?" gritó Kiampas.

Pero Achamian miraba directamente a Clérigo. "¿Conoces el camino a seguir?", preguntó. "¿*Lo recuerdas*?"

El rostro sin edad le miró durante un momento inescrutable. "Sí."

"¿Qué significa?" gritó Kiampas, reclamando la atención del Mago. "¿Cómo lo has sabido?"

Achamian lo miró. "Este lugar está maldito".

"Todavía no es hora de seguir la mierda de burro a casa", gruñó el capitán.

"¿Maldito?" presionó Kiampas. "¿Qué quieres decir? ¿Hechizado?"

Achamian correspondió a la mirada del sargento, agradeciendo en silencio a los Cien sus ojos sobrios. Los dos tenían mucho que discutir.

"Lo que pasó aquí…"

"*No* significa *nada*", gruñó Lord Kosoter, con una voz y unos modales tan amenazantes como el ojo muerto que lo observaba. "Aquí no hay nada más que *flacuchos*. Y vienen a calzarnos el cráneo".



La palabra del capitán significó el fin del asunto. No se dijo nada a los demás, pero todos sabían que había ocurrido algo. Durante el largo camino de vuelta, Sarl les arengó con la historia del Capitán. Los flacuchos habían sacado lo mejor de los Púas Sangrientas, cierto, pero entonces eran los *Púas*, y no los Devoradores de Piel. No tenían a su Capitán, ni tampoco a *segundo* "escupidores de luz", como los escalpadores solían llamar a los hechiceros.

"¡Este es el trabajo más duro de todos los trabajos, muchachos!", gritó con un peculiar salvajismo de cara roja que era todo suyo. "¡Corremos hacia los Cofres, y nada, *nada*, nos detendrá!".

Ciertamente, no los delgaduchos.

Los que habían visto el ojo en el corazón del Pico sólo podían intercambiar miradas de preocupación. La grandeza de la mansión del inframundo se había convertido en una amenaza. El largo dolor del vacío y la incertidumbre había sido sustituido por la punzada de las cosas que se agolpan. Mimara incluso se aferró a la mano de Achamian, pero cada vez que él la miraba, ella estaba observando los huecos cavernosos que se abrían sobre ellos, mirando a través de las cadenas, como si siguiera las etapas de la luz brillante. Parecía más joven, de alguna manera, más frágil de belleza. La curva de sus mejillas, como el borde exterior de una concha de ostra abierta. Sus labios compactos. Sus ojos anchos, azotados con trazos de pluma. Por primera vez, al parecer, se dio cuenta de que su piel era mucho más clara que la suya o la de su madre. Por primera vez se preguntó por su verdadero padre, por el giro del capricho que la había visto nacer, en lugar de ser abortada por la concha de la puta de Esmenet.

Sobrevivirán a esto, se dijo a sí mismo. Tenían que sobrevivir a esto.

La gran gavilla de escombros que los había detenido en un principio se alzaba blanca a la luz de la Barra cegadora, de modo que parecía la periferia descompuesta de un glaciar. Los que habían quedado atrás para custodiar las mulas y las provisiones vinieron corriendo hacia ellos como perros de granja: Evidentemente, se habían pasado todo el tiempo revolviéndose en su terror. Sarl y Kiampas empezaron a gritar de inmediato, ordenando a todos que guardaran sus pertrechos y prepararan las mulas, a pesar del evidente agotamiento de todos.

No habría más sueño en los Salones Negros de Cil-Aujas.

El Exterior se estaba filtrando. El infierno.

La Barra del Cielo había ardido durante bastante tiempo; Achamian podía sentir el peaje que suponía mantener su significado en las entrañas de su alma, como si se tratara de mantener una suma en pensamiento durante un lapso de horas. Aun así, dudó antes de disiparlo, impresionado por la imagen de los Devoradores

de Piel agachándose y bullendo en su elevado resplandor. Sarl observando, más sacerdote que esclavista, con un escrutinio que sólo podría calificarse de voraz. Kiampas deambulando entre los reclutas más recientes de la compañía, o la Manada como los llamaban los originales, dando palmadas en los hombros y apretando las correas, ofreciendo las pequeñas sabidurías y garantías que podía. Galian trabajaba más cerca de Xonghis de lo necesario, lanzando miradas apremiantes al Rastreador de ojos almendrados cada vez que se presentaba la oportunidad. El antiguo Columnario era demasiado inteligente como para no darse cuenta de que algo iba mal. Achamian se imaginaba que era sólo cuestión de tiempo que todos supieran que Sarl estaba "escurriendo el bulto", como les gustaba decir. Pokwas reprendía a un acosado Somandutta, que por su negativa a abandonar su atuendo nilnameshi retrasaba perpetuamente a los demás. De vez en cuando, el negro alto miraba a los demás y les mostraba la amplia sonrisa que escondía tras su expresión indignada. Glum Sutadra, el kianene que todos insistían en que era un hereje fanim, preparaba su equipo con la intensidad lenta de un ritual mortal. El monstruoso Oxwora sobresaliendo por encima del resto, riéndose de algo pensado u oído, con las cabezas de Sranc con cara pellizcada balanceándose en su salvaje melena Thunyeria. Uno de los chicos más jóvenes de Galeoth, Rainon, rascando la mejilla veteada de su mula favorita, susurrando ánimos que obviamente no creía…

Y Clérigo, de pie junto al capitán mientras éste se ajustaba los cordones de sus botas Ainonias, mirando con insípida fijeza a Achamian, sus ojos mucho más viejos que el rostro de cerámica que los sostenía, como si fueran agujeros.

"¿Qué es?" preguntó Mimara desde su periferia.

"Nada", dijo Achamian, apartando la mirada del no-hombre, soltando el estrecho significado que tenía la Barra del Cielo. La línea se atenuó, como si se tratara de una costura en una puerta que se cierra lentamente, y luego se recortó en la nada. Hubo un momento de gritos burlones y negrura, tan absoluta que parecía poseer su propio sonido, seguido de un murmullo hechicero y la reaparición de los puntos de luz gemelos, como los ojos de dos razas diferentes que se abren en un mismo rostro invisible.

Los Devoradores de Piel reanudaron su trabajo, aunque ahora

muchos lanzaron miradas ansiosas a la oscuridad que se cernía sobre ellos.

El plan, anunció Sarl tras consultar con Lord Kosoter, era simplemente continuar con toda la prisa posible. Lo más probable, les dijo, es que no encontraran nada en absoluto, dada la gran extensión de Cil-Aujas. Lo más probable era que, cualquiera que fuera la destrucción de los Púas Sangrientas, se hubiera retirado a las profundidades para lamerse las heridas y contar su botín. Sin embargo, debían marchar "a paso ligero", como él decía, lo que significaba sin excesivo ruido y con los ojos, los corazones y las armas preparados. "De aquí en adelante", dijo, "seremos los únicos fantasmas en estos salones".

Estas palabras, Achamian estaba bastante seguro, habían sido dirigidas a él.

Reanudaron su marcha, bordeando los flancos del enorme derrumbe, caminando en su mayor parte más allá de las colas arrojadas por la catástrofe. Las luces gemelas cartografiaban sin ruido la maraña de escombros, pintando este o aquel embrague de piedra monolítica, arrojando dobles sombras que aquí y allá parecían alas. La antigua matanza, o lo que fuera que había esparcido tantos muertos por estos parajes, seguía ahogando el suelo, pero los huesos eran tan frágiles como la caña que los escalpadores pateaban como si fueran jorobas de hierba. A cada paso, Achamian veía pomos y fragmentos de hueso enmohecido que se desprendían del polvo. Se preguntó si éste era el lugar…

El lugar donde el dolor había quemado la corteza de las cosas mundanas.

"¿Cómo?" susurró Mimara en Ainonio por debajo de su hombro, con un tono que le hizo saber de inmediato que se refería al escalpador muerto. "Yo no vi ninguna brujería, y tú tampoco, lo pude ver en tu cara. Entonces, ¿cómo podría un corazón tener *un ojo en él*?"

Se encontró mirando a ambos lados, contando con los que podrían escuchar. "¿Alguien te ha contado lo que pasó cuando la Primera Guerra Santa acampó en las Llanuras de Mengedda?"

"Por supuesto. La llanura de la batalla. La tierra comenzó a vomitar a los muertos dentro de ella. Mi madre me dijo que los huesos ahogaban las hierbas".

Tragó saliva en lugar de responder inmediatamente. Había muchas cosas que quería decir, pero un coro de recuerdos no deseados lo atravesó, de cómo él y su madre habían huido de las llanuras de Mengedda hacia las montañas, de cómo habían amado entre árboles iluminados por el sol…

Y se declararon marido y mujer.

"Esto es así".

Casi podía saborear la amargura de su pausa. "Ya me siento iluminado".

Ella tenía un don para arrancarle la generosidad a golpes, eso se lo concedería él.

"Mira", dijo. "Los límites entre el Mundo y el Exterior son como los de la vigilia y el sueño, la razón y la locura. Cuando el Mundo duerme o se vuelve loco, los límites se rompen y el Exterior *se filtra…*" Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie le escuchaba. "Este lugar es un *topos*, como ya he dicho. Caminamos literalmente al borde del infierno".

Cuando ella no respondió inmediatamente, Achamian se felicitó por haberla hecho callar.

"Te refieres a la Dialéctica", dijo ella después de varios pasos pensativos. "La Dialéctica de la Sustancia y el Deseo…"

Aunque Achamian conocía la frase -la conocía muy bien- le pareció incomprensible.

"Has leído a Ajencis", dijo con más sarcasmo del que pretendía. La Dialéctica de la Sustancia y el Deseo era la piedra angular de la metafísica del gran filósofo Kyraneano, la noción de que las diferencias entre el Mundo y el Exterior eran más una cuestión de grado que de tipo. Cuando la sustancia en el Mundo negaba el deseo -salvo cuando éste tomaba la forma de brujería-, se volvía cada vez más flexible a medida que se pasaba por las esferas del Exterior, donde las realidades acaparadoras de muertos se ajustaban a la voluntad de los Dioses y Demonios.

Mimara miraba sus pies calzados surcando el polvo. "Kellhus", dijo. "¿Ya sabes, el hombre que esperas matar? Me animó a explorar su biblioteca…" Ella lo miró fijamente, con una expresión empañada por pasiones encontradas. "Una vez pensé que podría ser como mi padre".

La acusación en su voz llamaba a la compasión y, sin embargo,

no encontró más que palabras amargas para responder. "¿Padre? ¿Y quién podría ser?"

Caminaron sin hablar durante lo que pareció un largo rato. Era extraña la forma en que la ira podía encoger el gran marco del silencio en una cosa, desagradable y pequeña, compartida entre dos personas. Achamian podía sentirla, palpable, uniéndolos labio fruncido con labio fruncido, la necesidad de castigar las infidelidades de la lengua.

¿Por qué dejó que ella sacara lo mejor de él?

Los Devoradores de Piel se afanaban en las luces circunscritas, inclinándose bajo el bulto de sus mochilas como los miembros de la casta bajo la leña. Los más jóvenes conducían las mulas en cortas filas de dos o tres, mientras que los demás caminaban por los márgenes del grupo, con las espadas o las lanzas desenvainadas contra la negrura. Aunque el recuerdo del Repositorio ardía en los ojos de su alma, Achamian no podía evitar la sensación de que marchaban hacia el vacío. Si Cil-Aujas realmente había llevado el Mundo hasta su límite, como le había dicho a Mimara, ¿no podrían simplemente adentrarse en los recintos del Infierno?

Se ocupó de este pensamiento durante un tiempo, reflexionando sobre sus diversas lecturas de aquellos que supuestamente habían pasado vivos al Más Allá. La leyenda de Mimomitta de la antigua tradición kyraneana. La parábola de Juraleal de la *Crónica del Colmillo*. Y, por supuesto, los rumores que su esclavo, Geraus, le había contado sobre Kellhus…

Mimara caminaba a su lado como antes, pero su húmeda presencia se había convertido en algo punzante. *¿Es cierto*, quiso preguntar, *que Kellhus lleva las cabezas cortadas de los demonios en su faja?* Estas palabras, estaba seguro, sanarían su momentánea disputa. Por más que se resistiera a animarla, se había acostumbrado a evitar sus opiniones.

El simple hecho de preguntar diría mucho.

En cambio, se frotó la cara, murmurando maldiciones. ¿Qué clase de estupidez era ésta? ¡Preferir palabras duras a una mujer agrietada y deformada!

"Te he observado", dijo bruscamente Mimara, mirando la procesión de cadenas a través de la parte superior de su luz. Por un momento, él supuso que se trataba de un nuevo acoso, pero

entonces ella dijo: "No confías en el no-hombre. Puedo verlo en tus ojos".

Achamian escudriñó la distancia para asegurarse de que Clérigo estaba lo suficientemente lejos como para no oírla, y luego la miró con la mezcla de fastidio y desconcierto que se estaba convirtiendo rápidamente en su "cara de Mimara", aun cuando una parte de él reconocía que se trataba de *su* ofrenda de paz.

"Ahora no es el momento, chica", dijo con brusquedad. Que ella pudiera preocuparse por algo así, teniendo en cuenta lo que acababan de escuchar -por no hablar de lo que podrían encontrar-, era algo que superaba a Achamian. Si algo la hacía parecer loca, se dijo, no era tanto su intelecto como el desorden de sus preocupaciones.

"¿Es su Marca?", insistió ella, de nuevo hablando en ainonio. "¿Es por eso que le temes?"

Como si quisiera igualar su absurdo con el suyo propio, Achamian comenzó a murmurar la canción que los hijos de su esclava habían cantado y cantado hasta que él les había pedido a gritos que pararan. Parecía que incluso podía oírlos, gorjeando en los bordes de su ronco barítono, voces que habían flotado con inocencia y deleite de canto. Voces que echaba mucho de menos.

"*Pies apestosos, esconde mi dulce, camina por el río fresco…*"

"A veces", insistió Mimara, "cuando lo veo con el rabillo del ojo…"

"*Culo apestoso, huele tu pulgar, nada en la piscina de agua…*"

"… parece algo monstruoso, una ruina que se tambalea, negra y podrida y… y…"

De repente, la canción y el malestar que la había provocado se olvidaron. Achamian se encontró escuchando con una atención arqueada, una concentración espantosa.

Trabajó un momento con la boca, con los labios permeados por alguna pastilla inexplicable, y luego la miró con impotencia.

"Y es como si pudieras *saborear* su maldad", se oyó decir. "No tanto en tu lengua como en tus encías. Te duelen los dientes".

Una peculiar vulnerabilidad afligió su mirada, como si hubiera admitido algo más allá de su valor. "No siempre", dijo.

"Y es algo más que el No-Hombre, ¿no?" Algo peculiar recorrió su voz, algo así como una punzada, pero demasiado cargada de

miedo. "A veces… A veces *yo también me veo así*, ¿no?".

"¿Así que ves lo mismo?", soltó.

Sacudió la cabeza de una manera que esperaba que pareciera displicente. "No. Lo que veo es lo que tú ves típicamente, la sombra de la ruina y la decadencia, la fealdad de lo deficiente e incompleto. Estás describiendo algo diferente. Algo *moral en* contraposición a lo meramente estético…" Hizo una pausa para recuperar el aliento. ¿Qué nueva locura era ésta? "Lo que los eruditos del Antiguo Mandato llamaban el Ojo que Juzga".

La había observado atentamente mientras hablaba, esperando ver el brillo de la emoción en sus ojos. Pero no había más que preocupación. Se dio cuenta de que esto la había estado atormentando durante bastante tiempo.

"El ojo que juzga", repitió en impecable ainonio. "¿Y qué es eso?"

El corazón se le metió en la garganta. Lo soltó al toser y lo volvió a tragar en su pecho. "Significa que no sólo aprecias la Marca de la hechicería, sino que *también ves el pecado…*" Se interrumpió, y luego se rió, a pesar del horror que lo recorría.

"¿Y eso es *divertido*?", preguntó ella, con la voz cargada de indignación.

"No, chica… Es que…"

"¿Que *qué*?"

"Tu padrastro… Kellhus".

Lo había improvisado, sin querer alejarse demasiado de la verdad. Pero, una vez pronunciada, le pareció igual de cierta y mucho más terrible por su significado. Tal era la perversidad de las cosas que los hombres a menudo reconocían sus propios argumentos sólo después de haberlos pronunciado. "Kellhus…", repitió entumecido.

"¿Qué pasa con él?"

"Dice que la Antigua Ley ha sido revocada, que los Hombres están por fin preparados para la Nueva…" Las palabras del Catecismo del Mandato volvieron a él sin proponérselo, y con el calor de las verdades extraídas intactas del crisol del engaño. *Aunque pierdas tu alma, ganarás el mundo…*

"Piensa", continuó. "Si la hechicería ya no es una abominación, entonces…" Déjala pensar que es esto, se dijo a sí mismo. Quizás incluso sirva para… desanimarla. "Entonces, ¿por qué lo ves como

tal?"

Se sorprendió al descubrir que había dejado de caminar, que estaba de pie, desgarrado, mirando a la mujer cuya filiación había despertado tantos ecos de desamor y cuya obstinación sin escrúpulos lo amenazaba todo. El último de los Devoradores de Piel había pasado junto a ellos, lanzando dudosas miradas hacia atrás mientras marchaban con el convoy de mulas más allá de los límites de su luz. Al cabo de unos instantes, sólo estaban ellos dos, flanqueados por montículos de basalto amontonado, llanuras de polvo y huesos blanqueados como el carbón por el paso del tiempo. La luz de Clérigo se había reducido a un punto, y la compañía se había reducido a una procesión flotante de yelmos brillantes y sombras que se arrastran.

El silencio los selló tan completamente como la negrura.

"Siempre supe que algo estaba… mal", dijo suavemente. "Quiero decir, leí y leí, todo lo que pude encontrar sobre la brujería y la Marca. Y en ninguna parte, ni una sola vez, se mencionaba lo que veo. Pensé que era porque era tan… impredecible, ya sabes, cuando vería el… el bien del mal. Pero cuando lo veo, arde tan… tan… quiero decir, me golpea mucho más profundamente que en cualquier otro momento. Era demasiado profundo para no decirlo, para dejarlo fuera de los registros… Simplemente sabía que algo tenía que ser diferente. Que algo tenía que estar mal".

Primero su llegada, y ahora esto. Ella tenía el Ojo que Juzga, podía ver no sólo la hechicería, sino la *condenación* que presagiaba… ¡Y pensar que él se había convencido de que la Puta del Destino lo dejaría en paz!

"¿Y ahora dices", comenzó vacilante, "que soy una especie de… prueba?" Parpadeó con el tartamudeo de la gente que encuentra su camino a través de revelaciones no buscadas. "¿Prueba de la… *falsedad* de mi padrastro?"

Ella tenía razón… ¿y qué más pruebas necesitaba él, Drusas Achamian? Aquella noche de hace veinte años, en la víspera del triunfo final de la Primera Guerra Sagrada, el Caudillo Scylvendio se lo había contado todo, le había dado todas las pruebas que necesitaría, suficientes para alimentar décadas de odio amargo, suficientes para llevar a esos escalpadores a su perdición. Anasûrimbor Kellhus era Dûnyaino, y a los Dûnyainos sólo les

importaba el dominio. Por supuesto que era falso.

Fue por *ella* que el Mago tembló. ¡Ella poseía el Ojo que Juzga!

Pensó en su acoplamiento y en las sórdidas pasiones que lo habían impulsado. Un sudor frío comprimió la piel y la lana bajo su mochila. Podía sentir la compasión que colgaba como una cuerda húmeda en su expresión, la forma en que su mirada veía más allá de lo que ella era ahora -la pálida imagen de su madre de pie, pequeña, en la luz blanca- hacia el tormento que le esperaba.

"Tenemos preocupaciones más inmediatas en este momento", dijo con voz de reclamo.

"Querrás decir Clérigo", respondió ella, con las manitas cerradas en puños flojos. Lo miraba con el tipo de atención intencionada que habla de intereses contrapuestos. Sabía que pronto le haría preguntas, preguntas implacables, y que debía considerar cuidadosamente el tipo de respuestas que podía y no podía dar.

"Sí", dijo, atrayéndola por el codo tras los demás. "Incariol". Pensó en cómo los hombres siempre hacían esto, manejaban los pensamientos de los demás, y se preguntó por qué le exigía tanto. "Su Marca significa que es viejo… más viejo de lo que podrías imaginar. Y eso significa que no sólo es un mago Quya, sino que es Ishroi, un noble no-hombre…"

Podía sentir la nota de falsedad, como una moneda fría en la resbaladiza palma de su voz. Se maldijo a sí mismo por tonto, incluso mientras buscaba su mirada, esperando que una mirada sincera pudiera transmitir lo que sus palabras no podían. El Errático y su capacidad para guiarlos a través de esta madriguera desierta era su preocupación inmediata. El hecho de que Achamian los utilizara para otro propósito… ¿No eran todas las palabras simples herramientas al final?

"Así que él es Ishroi, entonces…" Dijo Mimara. El tono de su voz le decía que sabía que algo no iba bien. ¿Cuándo la había instado él a entrar en las tinieblas de sus cavilaciones?

"Tales figuras no se deslizan fácilmente por las grietas de la historia, Mimara. Y la historia que no he vivido Seswatha, la he *leído* muchas veces. Moithural, Hosûtil, Shimbor… todos los traductores y cronistas masculinos de los No-Hombres. Te aseguro que no se menciona a ningún Incariol, en ninguna parte, ni siquiera en su propio *Pozo de los Años…*" A pesar de él mismo, su voz daba

más, y no menos, pequeñas notas de insinceridad.

Su mirada se dirigía ahora hacia adelante, aparentemente siguiendo la luz de Clérigo y el pequeño grupo de hombres y animales de carga que trabajaban bajo ella. Desde su posición ventajosa, los Devoradores de Piel parecían abrirse paso a través de la vasta espalda de la nada. Aquí y allá se abrían pequeños claros en el suelo, que se veían incoloros y planos en la iluminación, para luego ser oscurecidos por el polvo que se levantaba y el movimiento de las piernas sombrías.

Habían viajado más allá del punto de los terrenos robustos.

"Este Ojo que Juzga", dijo con fría resignación. "Es una *maldición*, ¿no? Una aflicción…"

Habían pasado muchos años desde la última vez que había sufrido esta sensación, no simplemente de que ocurrieran demasiadas cosas con demasiada rapidez, sino de que había una terrible intención en movimiento, como si todas estas cosas, el No-Hombre, el Capitán, el escalpador muerto de ahí fuera, y ahora Mimara, fueran como los brazos chupados de los pulpos que él y su padre habían sacado a veces del Mar de Meneanor: extremidades entrelazadas por los nervios de un singular Destino.

Las circunstancias siempre abarcan, pero a veces también rodean, con tantas cámaras como esta montaña y tan oscuras. Su corazón parecía latir contra las vendas caídas.

"Sólo leyendas", dijo. "Nada más".

"Pero tú las has leído todas", dijo con una voz alta y mordaz.

Levantó una mano nudosa para silenciarla, señaló con la cabeza el intervalo de oscuridad que los separaba de la compañía. Una figura había surgido del perímetro de avance de su luz, se convirtió en lo que pareció, por un momento de locura, un simio enjuto blindado con harapos humanos…

Era Sarl. Los esperaba, solo en la oscuridad, sonriendo, con los labios más largos que el arco de sus encías y dientes. "Bueno, bueno, bueno", dijo en los tonos de una flauta rota. Incluso en la oscuridad, el hombre entrecerró los ojos.

"Hablaremos de esto más tarde", dijo Achamian a Mimara, deteniéndola con una suave mano en el codo. Ella frunció el ceño y en un momento de descuido miró al sargento con desnuda furia. Aunque el hombre permanecía a varios pasos de distancia, era

imposible que no viera su ira.

"Toma la luz", dijo rápidamente Achamian.

"¿Yo?"

"Tienes el Don de los Pocos. Puedes captarla con tu alma, incluso sin ningún entrenamiento hechicero real... Si piensas en ello, deberías ser capaz de *sentir* la posibilidad".

Durante la mayor parte de su vida, Achamian había compartido el desprecio de su vocación por las brujas. No había ninguna razón para este odio, lo sabía, fuera de las caprichosas costumbres de los Tres Mares. Kellhus se lo había enseñado, una de las muchas verdades que había utilizado para engañar mejor. Los hombres condenaban a los demás para celebrarse mejor a sí mismos. ¿Y qué podría ser más fácil de condenar que las mujeres?

Pero mientras observaba cómo sus ojos indagaban en su interior, le llamó la atención la practicidad de su asombro, la forma en que su expresión hacía que esta novedad pareciera más bien un recuerdo. Era casi como si las mujeres poseyeran un tipo de cordura que los hombres sólo podían encontrar en el lado opuesto de la tribulación. Las brujas, se encontró pensando, no sólo eran algo bueno, sino que bien podían ser una necesidad. Especialmente la futura bruja que tenía delante.

"Sí", dijo ella. "*Puedo* sentirlo. Es como... Es..." Se quedó en una sonriente indecisión.

"Es un pequeño Canto", dijo, agradecido de que Sarl, por la razón que fuera, les hubiera concedido este momento juntos. Con un dedo, redirigió la luz para que se posara varios metros por encima de su cabeza. "Algo que se llama el Punto Surílico..."

"Punto Surillico", repitió, con la voz caliente por el aliento.

"Entonces", continuó, "imagínate en el ojo de tu alma". Hizo una pausa. "Ahora imagina la luz, no como la ves, sino como *ves su Marca*".

Ella asintió, mirándole fijamente con una concentración bifurcada. La luz extendía el contorno de su rostro por el pecho y el hombro.

"Ahora imagínate a ti y al Punto *caminando juntos*. Mantén esa imagen. Será difícil al principio, pero con la práctica se volverá irreflexiva, como cualquier otro reflejo".

Su mirada se posó en blanco en su pecho cubierto de lana. Sin

que nadie se lo pidiera, dio dos pasos y sus ojos subieron con asombro para ver cómo la luz deslumbrante la seguía movimiento a movimiento. Miró hacia atrás a punto de reírse, pero se tropezó con un dedo del pie contra un detritus cubierto de polvo. Sonrió mientras recuperaba el equilibrio. Su sombra floreció y se comprimió bajo ella.

"Apúrate", dijo. "Atrapa a las otras".

No ocultó su disgusto al pasar junto al sargento, caminando como una esclava con un ánfora sobre la cabeza. Luego comenzó a trotar por el camino que los demás habían desbrozado a través del polvo.

Y ella brilló, pensó el viejo Mago, no sólo contra el negro acechante, sino contra tantos recuerdos de daño.

Achamian la siguió hasta Sarl. El hombre estaba ligeramente encorvado bajo el peso de su mochila, cuyas correas habían agrupado pliegues de malla en la parte delantera de su camisote. Estar tan cerca de él le recordaba a Achamian el Púa muerto, el corazón y el conocimiento de que no estaban solos en estas profundidades de la cuenca negra. La luz de Mimara se alejaba rápidamente, y vio los ojos de Sarl revolotear hacia la oscuridad que se acercaba. Sin mediar palabra, ambos comenzaron a seguir a la mujer.

"¿Qué quiere, sargento?" El paso de la compañía había dejado un aura de polvo en el aire, y Achamian podía sentirlo furioso en el interior de su boca. Su pecho quería toser las palabras.

"El capitán me pidió que hablara con usted". Sarl parecía aún más arrugado en la penumbra. Su rostro era gris y estaba marcado con una mueca, como un cadáver exhumado de la turba negra. El Mago respiró contra el erizamiento de la alarma corporal, luchó contra el impulso de cerrar las manos en puños. Casi siempre lo sentía cuando Sarl se acercaba demasiado, desde que el hombre había roto su copa de vino en la Pata de Gallo.

"Lo hizo".

"Sí", dijo Sarl con una ronca respiración, sonriendo como un tío que busca el amor de un sobrino. Eso era lo que ocurría con las incesantes posturas del hombre: Incluso cuando las pasiones eran apropiadas, las intensidades subyacentes eran todas erróneas. "Verás, él piensa que eres… demasiado *honesto*, digamos".

"Honesto".

"Y arrogante".

"Arrogante", repitió Achamian. El discurso de los tontos tenía algo de mortífero. Era como si su paciencia fuera un estanque de poca profundidad, y cada palabra de Sarl fuera una roca...

"Mira", dijo Sarl. "Somos hombres cultos, tú y yo..."

"Le aseguro, sargento, que es *muy* poco lo que usted y yo compartimos".

"¡Oh! La pena que recibe el viejo Sarl por su diplomacia!"

"Diplomacia".

"¡Sí, *diplomacia*!", gritó con súbito salvajismo. "¡Malditas palabras dichas a malditos tontos!"

Mimara se había adelantado mucho a ellos, de modo que caminaban con un mínimo resplandor de luz, más como los bordes de los hombres que como la sustancia humana, pisando por el recuerdo de los terrenos vislumbrados más adelante. Sarl era una amenaza, tanto para él como para su búsqueda; si Achamian lo había sospechado antes, ahora lo sabía. Todo lo que tenía que hacer era hablarle al loco con su *verdadera voz*, aquí y ahora, y esa amenaza se desvanecería, convirtiéndose en más ceniza para empolvar el suelo de esta mansión muerta.

"¿Qué?", continuó el tonto. "¿No creías que el Capitán *sabía* que atravesábamos una gran tumba? ¿No creías que habría ordenado a Clérigo que la iluminara? ¿Y qué haces tú? ¡Decides mostrar los huesos a todos! Para que los simples hombres sepan que caminaron bajo tumbas inhumanas. ¡La oscuridad protege tanto como amenaza, Escolástico! ¡Y debes recordar la primera regla!"

Había razón en lo que decía. Pero ese era el problema de la razón: era tan puta como el destino. Como la cuerda, podías usarla para atar o atrapar cualquier atrocidad...

Otra lección aprendida en las rodillas de Kellhus.

"Otra regla de la Travesía, ¿verdad?"

"Oh, sí... Las reglas que han hecho de esta compañía una leyenda en las Tierras Salvajes. ¿Me oyes? Una *leyenda*".

"¿Cuál es la primera regla, sargento?"

"El capitán *siempre lo sabe*. ¿Me oyes? El Capitán siempre sabe".

De repente, la complejidad del sargento, que agitaba las manos y sonreía ampliamente, pareció concentrarse en una simple verdad:

Sarl no sólo veneraba a su capitán, sino que *lo adoraba*. Achamian estuvo a punto de escupir, tan agrio era el asco que le brotaba. Pensar que, después de todos estos años, volvía a marchar en compañía de fanáticos.

"¿Crees que puedes acobardarme?", se oyó gritar. "¿Un Santo Veterano, como su Capitán? Lo que mis ojos han visto, Sargento. ¡He escupido a los pies del mismísimo Emperador-Aspecto! Poseo una fuerza, un poder, que puede marcar montañas, derrotar ejércitos enteros, convertir tus huesos en aceite hirviendo. ¿Y tú te atreves, te atreves, a *amenazarme*?

Sarl se rió, pero con un aliento entrecortado por la cautela. "Has salido del círculo de tu habilidad, Escolástico. Esto es la *travesía*, no la Guerra Santa, y ciertamente no una Escuela infernal. Aquí, nuestras vidas dependen de la determinación de nuestros hermanos. La rodilla que se quiebra arrastra a diez hombres. Recuérdalo. *No habrá una segunda advertencia*".

Achamian sabía que debía ser político, conciliador, pero estaba demasiado cansado y habían pasado demasiadas cosas. La ira había inundado todas las cámaras ciegas de su corazón.

"¡No soy uno de vosotros! No soy un Escolástico, y ciertamente no soy un Devorador de Piel. Y esto, amigo mío, no es tu…"

Su cólera chisporroteó, se desvaneció y salió al exterior como el humo. El horror se sumergió.

Sarl continuó varios pasos más antes de darse cuenta de que estaba solo. "¿Qué?", llamó con inquietud desde la oscuridad casi total. Las luces que había delante de ellos parecían colgar en la negrura absoluta, una visión de pequeños hombres trabajando en el vacío.

En el transcurso de su larga vida, a Achamian le habían preguntado muchas veces cómo era ver el mundo con los sentidos arcanos de los Pocos. Por lo general, respondía que era tan múltiple y variado como el mundo revelado por los sentidos mundanos, y tan difícil de describir. A veces decía que era como un tipo diferente de oído.

Olvidando a Sarl, se encontró mirando hacia abajo, aunque no podía ver ni el suelo ni sus pies. Le pareció oír la llamada: los Devoradores de Piel gritando sus nombres.

Había galerías inmediatamente por debajo de ellos, que se

extendían muchos kilómetros en el fondo sepultado. Antes, había conocido esto como una abstracción, como algo sacado de la incierta paleta de la memoria. Pero ahora podía *sentir* esos espacios sinuosos, no directamente, sino a través de la constelación de ausencias, los pozos en la puntada de la existencia, que se movían a través de ellos.

Chorae…

Lágrimas de Dios, por lo menos una docena de ellas, llevadas por algo que merodeaba los pasillos bajo sus pies.

El desenfreno del pensamiento y la pasión que tan a menudo anunciaba el desastre. La aprehensión del sentido que hay que tener donde no se puede encontrar ningún sentido, no porque sea demasiado simple, sino porque es demasiado pequeño y las conspiraciones son demasiado grandes.

Sarl era poco más que una dirección en la viscosa oscuridad. "¡Corre!", gritó el Mago. "*¡Corre!*"

CAPÍTULO QUINCE

Condia

Si lo inmutable aparece rehecho, entonces tú mismo te has transformado.

-MEMGOWA, AFORISMOS CELESTIALES

Primavera, Año Nuevo Imperial 20 (Año del Colmillo 4132), Condia

El Intervalo sonó largo y tendido sobre el paisaje de tiendas de campaña.

Soplando en sus manos contra el frío de la mañana, Sorweel se sentó fuera de la entrada de su tienda, observando sombríamente cómo Porsparian preparaba su fuego matutino. El anciano estaba agachado como un mendigo ante una pequeña pirámide humeante de matorrales y hierbas atadas, con los pies desnudos a pesar del frío. Parecía más antiguo de alguna manera, más sabio y penetrante por su piel morena y curtida.

El esclavo Shigeki había sido una vergüenza al principio. Pero el hombre se había convertido rápidamente en un enigma, tan profundo y aterrador como el Anasûrimbor. Algo se congelaba dentro de Sorweel cada vez que los ojos rosados y amarillos lo miraban. Y aunque sonreía ante sus fruncimientos amistosos, sus sonrisas interrogativas, el joven Rey retrocedía también, como si

esperara un golpe procedente de fuentes invisibles. Porsparian no era ni manso ni inocente ni impotente. Las sombras colgaban de él, sombras aterradoras.

El viejo esclavo cacareó satisfecho cuando las primeras llamas empaparon sus pastos. Sorweel fingió una sonrisa. Una mano involuntaria se dirigió a su mejilla y tocó el recuerdo de la tierra que el hombre le había untado en la cara días antes.

De alguna manera, el simple hecho de pensar en su nombre, *Yatwer, se* había convertido en una especie de premonición. Y eso le avergonzaba. Era la diosa de los débiles, de los esclavizados, y ahora era suya.

Eskeles fue el primero en llegar, por supuesto. El rotundo escolástico gimió y resopló mientras bajaba su volumen junto a Sorweel en la colchoneta. "La Biblioteca de Sauglish", murmuró mientras intentaba recuperar la comodidad de su postura. "Una *vez más*". El hechicero no dejaba de quejarse de sus Sueños, lo suficiente como para que Sorweel empezara a perder interés en ellos.

Zsoronga llegó poco después, rígido en su *basahlet*, el traje tradicional de la casta noble de Zeümi. Su fajín de batalla parecía aún más blanco y nítido ahora que las tiendas Kidruhil que los rodeaban se habían vuelto grises y moteadas por el viaje.

En ausencia de Obotegwa, Eskeles se vio obligado a traducir su conversación, algo que a Sorweel le resultaba cada vez más molesto. Durante las semanas anteriores, los tonos suaves y guturales de Obotegwa se habían *convertido* simplemente en la voz de su amigo. Escuchar al Príncipe Sucesor hablar a través de Eskeles sólo le recordaba a Sorweel el abismo de lenguas que había entre ellos. Por su parte, Zsoronga desconfiaba obviamente del Escolástico del Mandato, por lo que mantenía sus comentarios al mínimo formal. Y Eskeles, por supuesto, no podía abstenerse de añadir sus propios comentarios, de modo que Sorweel nunca estaba seguro de dónde empezaba Zsoronga y dónde terminaba el hechicero. Le recordaba a cuando se había unido por primera vez a la Gran Ordalía, los días oscuros en los que lo único que podía entender eran las recriminaciones de su propia voz.

Después de beber el té preparado por Porsparian, los tres recorrieron las avenidas y los caminos del campamento,

dirigiéndose al Umbilicus, el pabellón palaciego perteneciente al Emperador-Aspecto. El aire de carnaval impregnaba la Gran Ordalía incluso en los momentos más sobrios. Pero hoy, cuando Sorweel había esperado que todo fuera desenfreno y celebración, sólo encontraron un campamento tras otro sometido. Algunos Hombres del Circunfijo se agrupaban aquí y allá compartiendo una charla silenciosa alrededor de humeantes fuegos para el desayuno, mientras que otros simplemente se tumbaban a la luz del sol dormitando.

"No tienen nada que hacer", comentó Zsoronga.

Sorweel se encontró mirando a un joven guerrero de Galeoth tumbado entre cuerdas con los ojos cerrados, con la cabeza apoyada en el escudo en forma de lágrima que había apoyado contra su mochila. Estaba desnudo hasta la cintura, y su piel brillaba tan blanca como los dientes de un niño. Una punzada de envidia golpeó al joven Rey tan profundamente como una puñalada. Después de semanas de miedo e indecisión, ahora sabía que él, Varalt Sorweel III, era simplemente un tonto común y corriente, no más sabio ni más fuerte que cualquier otro hombre. Había nacido con los dones de los mediocres, y sin embargo aquí estaba, varado en el papel de un rey cautivo. Estaba maldito, maldecido con el trabajo de fingir, de fingir infinitamente ser más.

Maldito para la guerra, no a través de las llanuras como hacen los héroes, sino dentro de los pozos de su alma, para la guerra como hacen los cobardes.

Hoy ha sido un ejemplo más.

Por razones desconocidas, el Emperador-Aspecto había declarado un día de descanso y consulta. Sorweel y Zsoronga, los únicos de la Compañía de Vástagos, habían sido convocados al Consejo de Potentados, una reunión de los principales planificadores y participantes más poderosos de la Gran Ordalía. Como Sorweel aún no dominaba los rudimentos del sheyico, se le había asignado a Eskeles como intérprete.

Algo en su corazón saltó ante la idea de *verlo* una vez más, aunque la mayor parte de él se estremeció. Todo parecía un cúmulo de voces, regañando, advirtiendo, acusando, un coro de contradicciones. Porsparian y la Diosa. Zsoronga y su libro blasfemo. Su padre. Kayûtas y su escrutinio preternatural. Eskeles y

su entusiasmo fanático. En los corazones de los héroes, las palabras anulaban las palabras, de modo que sólo quedaba la verdad y la certeza. No para él. En su corazón, las palabras simplemente se acumulaban, apiladas unas sobre otras. Cumplía con sus obligaciones cotidianas, con sus míseros deberes, pero todo parecía un accidente, como andar por los caminos en la oscuridad de la noche.

¡Y estaba a punto de enfrentarse al Emperador-Aspecto-Anasûrimbor Kellhus!

Estaba a punto de ser descubierto.

El Umbilicus se alzaba sobre el cercano horizonte de tiendas, negro, pero con dibujos como las escamas de la piel de un lagarto. Con sus numerosos postes, parecía una cordillera en miniatura, con caras cónicas curvadas que se calentaban bajo el sol rosado de la mañana. El intervalo volvió a sonar mientras se alejaban de las últimas tiendas que les ocultaban, lo suficientemente cerca como para que su resonancia les oprimiera los oídos y el pecho, pero todavía en algún lugar invisible. Los paneles exteriores del Umbilicus habían sido cosidos con elaboradas representaciones de la Circunficción bordadas en oro a través de los grandes faldones de color negro: un hombre desnudo colgado boca abajo, con las muñecas y los tobillos atados a un anillo de hierro. Por primera vez, Sorweel se dio cuenta de lo inocuo y común que parecía ahora el símbolo. Había retumbado con maldad y repulsión antes de la caída de Sakarpus…

Cientos de figuras brillantes poblaban el pasto intermedio, multitudes de ellas, enhebradas en filas de movimiento lento que convergían en una entrada del barrio sur del Umbilicus: la casta-nobleza superior del Nuevo Imperio, llenando el aire con el sonido de risas bajas y discusiones concentradas. El instinto de Sorweel fue dudar, reflexionar y enumerar a los extraños que estaban a punto de abarcarlos, pero Eskeles se adelantó sin una segunda mirada. En una docena de pasos parecía que Sorweel había recorrido los Tres Mares de punta a punta. Los atisbos se convirtieron en naciones. Un sátrapa nilnameshi pintado comparando espadas con un conde tydonnio de barba larga. Un mago envejecido apoyado en el hombro de un esclavo. Guardias de los Cien Pilares vestidos de verde y oro, de pie, hombro con hombro, en tríos triangulares. Dos

Thunyerios de extremidades largas mirando a lo lejos mientras hablan. Un palatino conriyano con sus galas marciales.

Sorweel se encontró pasando las nerviosas palmas de las manos por la tela acolchada de su parma real, temiendo parecer tan atrasado y tan extravagante como se sentía. Envidiaba a Zsoronga y la confianza irreflexiva de su paso. El Príncipe Sucesor caminaba como debe hacerlo un hombre, como si lo que lo diferenciaba también lo pusiera *por encima*. Pero era algo más que su porte: La gloria de su herencia de Zeümi se reflejaba en su vestimenta y en sus accesorios, hasta en la falda de piel de jaguar que llevaba sobre las perneras. La parma manchada de Sorweel comunicaba hechos mucho más humillantes: la ignorancia, la pobreza, los modales burdos y las presunciones necias.

La multitud intimidaba a Sorweel con su proximidad arrastrada. Estaba acostumbrado a la compañía de hombres físicamente poderosos: los Hombres Beatos de su padre lo habían criado tanto como a él. Pero la extrañeza de las tierras y costumbres lejanas empapaba de amenaza a los Señores de la Ordalía. Vio cuchilladas en las rarezas de sus modales afectados, condenación en la complejidad de los hilos de oro de sus vestidos. Oyó el insulto y la afrenta en sus incomprensibles lenguas.

Intentó, como hacen a menudo los hombres, reponer su orgullo con una especie de desprecio defensivo. ¿Por qué, se dijo, debería temer a esos hombres cuando ni siquiera podían *hablar*? No eran mejores que los animales, los Galeoth ladrando como perros, los Nansur retumbando como golondrinas y los Nilnameshi cacareando como gansos.

Pero él sabía que estos pensamientos eran lo que eran: las posturas superficiales de un niño. Podía sentirlo en la forma en que sus ojos se estremecían ante la mirada de los demás, en las burbujas vacías que se colaban en sus huesos.

La entrada estaba flanqueada por Guardias Pilarianos con cara de piedra, cargados con mallas entablilladas y diversas armas. Entre los apretujones, Sorweel casi tropezó con uno de ellos. Unas manos poderosas le sujetaron los hombros, un rostro oscuro se burló a la distancia de un pulgar del suyo, y un recuerdo de Narsheidel arrastrándolo por Sakarpas el día de su caída lo estremeció. Pasó un momento de empuje y se encontró en los sombríos confines del

Umbilicus.

Por un momento se quedó boquiabierto, con los hombros tirados hacia un lado y hacia otro mientras los hombres de. Cincunfijo le empujaban. Oyó varias maldiciones murmuradas, entre ellas la frase sheyica para referirse a un pastor de mierda.

Era un hombre de la llanura, acostumbrado a los campamentos en el Pálido, y sin embargo nunca había estado en una tienda tan colosal. Era más grande que el Salón Vogga, y mucho más lujosa, a pesar de ser una estructura temporal de madera, cáñamo y cuero. El interior era fresco, y el rumor de las voces poseía un aire de exterior. Los estandartes de seda brillantes se extendían por los espacios abiertos, balanceándose en corrientes de aire invisibles, cada uno de los cuales incorporaba el Colmillo, el Circunfijo y los diseños de innumerables naciones y facciones. Se había levantado un anfiteatro de madera en torno a los muros exteriores, una herradura de gradas ascendentes que ya se llenaba de varios Señores de la Ordalía. Una larga mesa formada por muchas pequeñas mesas de campamento ocupaba el amplio espacio intermedio, repleto de personajes evidentemente importantes, algunos con sus sillas arrimadas, otros con sus sillas echadas hacia atrás o giradas para seguir alguna conversación. Dos enormes alfombras cubrían las extensiones intermedias a ambos lados, cada una con paneles brocados que representaban diversos acontecimientos: marchas por el desierto, murallas asaltadas y defendidas, alturas de ciudades en llamas. Sólo cuando vio al hombre desnudo atado a una Circunfijo en medio de masas de guerreros hambrientos, Sorweel se dio cuenta de que los paneles contaban la historia de la Primera Guerra Santa, la gran sangría de los Tres Mares que había hecho posible el Nuevo Imperio y la Gran Ordalía. Para entonces, Eskeles ya había retrocedido para buscarlo, así que el joven Rey se vio obligado a escudriñar el resto de la narración pictórica mientras estaba a remolque del Escolástico.

Un estruendo los rodeó cuando Sorweel tomó asiento entre Zsoronga y Eskeles. "Siempre he querido esto", dijo el rotundo hechicero. "Vemos tales vistas en nuestros Sueños, cosas que apenas se pueden imaginar. ¡Pero presenciar tal gloria con *ojos vivos*, mi Rey! Espero que llegue el día en que puedas comprender tu fortuna. A pesar de todo el dolor, toda la pérdida desgarradora, no hay

mayor gloria que una vida complicada".

Sorweel fingió distracción, una vez más preocupado por la forma en que partes de su alma siempre se levantaban en sedicioso acuerdo con las palabras del hechicero, las palabras del leuneraal. Miró a Zsoronga, buscando aliento en su imperturbable orgullo, pero el príncipe de Zeümi se limitó a mirar hacia afuera, con una expresión tan vacía y tan vigilante como la del propio Sorweel. La mirada de un niño que se esfuerza por pasar desapercibido en compañía de los hombres.

Zsoronga también podía sentirlo, se dio cuenta Sorweel. Había algo en el aire… algo más allá de los signos visibles de la nobleza bélica, algo que colgaba como un nimbo sobre las observancias externas. Una especie de *conocimiento*.

Sorweel se estremeció por la fuerza de la comprensión cuando le llegó, como si le hubieran arrancado algún tendón interior. A pesar de las diferencias en el atuendo y el armamento, a pesar de las diferencias en la lengua, las costumbres y la piel, algo singular e implacable englobaba a estos hombres, los definía hasta su núcleo indiscutible.

La creencia.

Aquí estaba la creencia, convertida en algo sensual por su intensidad, hecha palpable en voces cadenciosas y ojos brillantes.

Sorweel había sabido que marchaba en compañía de fanáticos, pero hasta ahora nunca lo había… tocado. La fiebre del júbilo. La locura de los ojos que presencian sin ver. El olor del compromiso, absoluto y envolvente. Los Hombres del Circunfijo eran capaces de *todo*, se dio cuenta. Se cansarían, pero no se detendrían. Temerían, pero no huirían. Cualquier atrocidad, cualquier sacrificio… nada quedaba fuera del alcance de sus posibilidades. Podían quemar ciudades, ahogar a sus hijos, masacrar a inocentes; podían incluso, como demostró la historia de Zsoronga sobre los suicidas, *cortarse el cuello*. A través de su fe, habían superado todos sus escrúpulos, animales o de otro tipo, y se gloriaban en el olor de ello, en el olor adormecedor de perderse en el dominio de otro.

El Emperador-Aspecto.

¿Pero cómo? ¿Cómo podía un hombre ordenar tales extremos de locura en los hombres? Zsoronga había dicho que era una cuestión de intelecto, que los hombres eran poco más que niños en presencia

del Anasûrimbor; así lo había afirmado Drusas Achamian, el Mago-Exiliado.

¿Pero quién puede ser tan tonto? Y sin el cielo, ¿cómo podría ser un intelecto así? Eskeles había afirmado que su alma era el alma de Dios en pequeño, que la divinidad era la cifra. Si un hombre pensara *los pensamientos de un dios*, ¿no serían los hombres como niños ante él?

¿Y si el mundo estuviera realmente a punto de acabarse?

En el transcurso de sus cavilaciones, la mirada de Sorweel había vagado por el caótico interior del pabellón, insensible a las vistas que se encontraban. Se encontró mirando el gran tapiz negro y dorado que dominaba la pared del fondo y que llegaba hasta lo más alto del pabellón. Al principio, sus ojos se rebelaron: algo en los patrones brocados derrotó su capacidad de concentración. Si no lo miraba con detenimiento, le parecía que se trataba de diseños geométricos abstractos, no muy diferentes de las alfombras de Kianene que su padre había colgado en sus aposentos. Pero ahora, cada forma que vislumbraba, o que creía vislumbrar, se veía deshecha por el juego natural de los ojos que discernían las figuras. A cada paso, las líneas, ya fueran rectas o enroscadas, traicionaban las representaciones que parecían constituir. Todo estaba alejado del sentido, detenido en una especie de intermedio desconcertante. Y cuando desviaba la mirada, miraba a través de la lente lateral de su periferia, las casi figuras parecían resolverse en cuerdas con dibujos, como si fueran sigilos ilegibles de algún tipo…

Hechicero, se dio cuenta con un escalofrío de miedo. El tapiz era hechicero.

Los dos generales de la Gran Ordalía, sentados en un estrado bajo, se encontraban a ambos lados de las imponentes arras, con sus asientos girados hacia la larga mesa y la creciente multitud de nobles de casta. De los dos, el rey Proyas parecía el más refinado, no por la delicadeza de su atuendo o sus adornos, sino por la austeridad de su comportamiento. Mientras que él miraba a las bulliciosas gradas con severa curiosidad, asintiendo y sonriendo a los que captaban su mirada, el rey de Eumarna se mostraba bastante molesto. Había piedad y confianza en la mirada del rey Saubon, sin duda, pero también había un aire avaro y amargado, como si hubiera ganado su estatura a un precio demasiado alto y se

encontrara continuamente volviendo a la balanza, tratando de sopesar lo que había perdido.

Varios miembros de la Escuela estaban sentados en la mesa debajo de ellos: un viejo barbudo que llevaba una túnica similar a la de Eskeles, sólo que adornada con oro; un nilnameshi con las fosas nasales anilladas y las mejillas tatuadas; un señor de pelo plateado vestido de negro voluminoso; y un anciano ciego, cuya piel parecía tan translúcida como la corteza de una salchicha. "Los Grandes Maestros de las Escuelas Mayores", explicó Eskeles, obviamente observando su mirada errante. Sorweel lo había adivinado; lo que le sorprendió fue ver a Anasûrimbor Serwa en medio de ellos, con un sencillo vestido blanco que parecía aún más atractivo por su modestia de cuello alto. Joven, de forma inverosímil. Pelo lino recogido en una trenza que empezaba en la parte baja de la espalda. La incongruencia de su presencia habría parecido absurda si no fuera porque llevaba el sello sobrenatural de la sangre de su padre.

"Sorprendente, ¿no?", continuó el Escolástico del Mandato en voz baja. "La hija del Emperador-Aspecto, y la Gran Maestra del Pacto de Swayal. Serwa, la mismísima Dama Bruja".

"Una bruja…" murmuró Sorweel. En Sakarpico, la palabra bruja era sinónimo de muchas cosas, todas ellas perversas. Que pudiera aplicarse a alguien tan exquisito en forma y rasgos le pareció otra obscenidad de los Tres Mares. Sin embargo, descubrió que su mirada se detenía por razones equivocadas. La palabra parecía abrirla de alguna manera, hacer que su imagen fuera deseada con la promesa de un tirón.

"Cuídala, mi Rey", dijo Eskeles con una suave risa. "Ella camina con los Dioses".

Era un viejo dicho de la leyenda de Suberd, el legendario rey que trató de seducir a Aelswë, la hija mortal de Gilgaöl, condenando así a su linaje para siempre. El hecho de que el Escolástico pudiera citar el antiguo cuento de Sakarpi simplemente le recordó a Sorweel que había sido un espía, y que seguía siéndolo.

Los hermanos mayores de Serwa, Kayûtas y Moënghus, estaban sentados en el lado opuesto de la larga mesa, con una docena de otros generales sureños que Sorweel no reconoció. Como antes, le llamó la atención la diferencia entre los dos hermanos, el uno

delgado y rubio, el otro ancho y moreno. Zsoronga le había contado el rumor: que Moënghus no era un verdadero Anasûrimbor, sino más bien el hijo de la primera esposa del Emperador-Aspecto -la homónima de Serwa, la que había sido colgada con el Anasûrimbor en el Circunfijo- y un viajero Scylvendio.

Al principio, esto le pareció a Sorweel casi ridículamente obvio. Cuando la semilla era fuerte, las mujeres no eran más que recipientes; sólo daban a luz lo que los hombres sembraban en ellas. Si un niño nacía de piel blanca, entonces su padre era de piel blanca, y así sucesivamente, hasta todas las particularidades de forma y pigmento. El Anasûrimbor simplemente no podía ser el verdadero padre de Moënghus, y eso era todo. Había sido una especie de revelación darse cuenta de que los Hombres del Circunfijo, sin excepción, pasaban por alto este hecho evidente. Eskeles incluso se refirió a Moënghus como "Verdadero Hijo del Anasûrimbor" de forma contundente, como si la aplicación intencionada de una palabra pudiera deshacer lo que el mundo había hecho.

Pero otro vistazo a la locura que se había apoderado de estos hombres.

El Intervalo tocó, su sonido resonante era espeluznante por la forma en que atravesaba el pabellón. Los últimos rezagados entraron, tres Galeoth de pelo largo, un solitario Conriyano y un contingente de Khirgwi o Kianene con barba -Sorweel aún tenía dificultades para distinguirlos-. Decenas de hombres seguían arrastrando los pies por las distintas gradas en busca de huecos o amigos, entre ellos dos Nansur que pasaban por encima de sus rodillas con sonrisas feroces y a la vez apologéticas. El pabellón se convirtió en un estruendo abierto de hombres que intentaban presionar con sus últimos comentarios y observaciones, un amontonamiento de voces que se fue convirtiendo en murmullos.

A Sorweel le habría recordado al Temple, si no fuera por la sensación de fatalidad que le invade.

"Dime, tu Gloria", murmuró Eskeles cerca de su oído. Su aliento olía a leche agria. "Cuando miras estos rostros, ¿qué ves?"

A Sorweel le pareció tan extraña la pregunta que miró al hechicero, sospechando algún tipo de broma a su costa. Pero la expresión amistosa del hombre gordo decía lo contrario. Sentía

verdadera curiosidad. El joven Rey encontró esto alarmante de una manera vaga, como un dolor espontáneo e inexplicable. "Gaviotas", se oyó decir. "¡Gaviotas y tontos!"

El maestro del mandato se rió, sacudió la cabeza como alguien demasiado familiarizado con las formas de la presunción para no divertirse.

El segundo sonido del Intervalo se mantuvo en el aire ávido, empapando todos los demás ruidos. Sorweel vio cómo los rostros se volvían curiosos a través de las gradas, primero unos a otros, y luego, como si se hubieran plegado a una voluntad singular, al suelo del pabellón…

Al principio no vio el pinchazo de luz, tal vez porque su mirada se apartó de los planos de los tapices que hacían girar los ojos. Una veintena de Caballeros Shrial, resplandecientes en blanco, plata y oro, habían tomado posiciones en la parte delantera de la tarima, acompañados por tres de los Nascenti supervivientes, los primeros discípulos del Emperador-Aspecto, vestidos completamente de negro sedoso. Fueron las sombras que proyectaban los hombros de estos recién llegados las que atrajeron sus ojos hacia el punto brillante que había detrás de ellos.

Al principio parpadeó, como una estrella observada con ojos cansados. Pero *se resolvió*, se hizo más denso con una incandescencia vacía. El Intervalo volvió a sonar, esta vez más profundo, como el estruendo de un trueno lejano dibujado en una cuerda. Los braseros resollaron en hilos de humo. Las faldas de la oscuridad cayeron desde las alturas de las tiendas.

Un paisaje inclinado de rostros -barbudos, pintados, bien afeitados- observaba.

Siete latidos de truenos sin sonido.

El brillo parpadeante… y *allí estaba*.

Estaba sentado con las piernas cruzadas, pero no sobre ninguna superficie que Sorweel pudiera ver, con la frente inclinada hacia la punta de las manos, que habían sido apretadas, con los codos hacia fuera, en oración. Un halo brillaba alrededor de su cabeza sin corona, como una placa dorada y etérea, colocada en ángulo detrás de su cuero cabelludo. Su imagen parecía escaldar los ojos sin pestañear.

Una ola de murmullos recorrió a los Señores de la Ordalía:

exclamaciones furtivas de alegría y asombro. Sorweel se maldijo a sí mismo por apretarse el pecho, por respirar rápidamente a través de una garganta como una caña ardiente.

¡*Demonio*! gritó para sí mismo, tratando de convocar el rostro de su padre en el ojo de su alma. *¡Ciphrang!*

Pero el Emperador-Aspecto estaba hablando, con una voz tan amplia, tan simple y obvia, que *la gratitud* brotó en el joven Rey de Sakarpas. Era una voz amada, casi olvidada pero no del todo, aquí por fin para calmar los ansiosos ojos, para curar el corazón destrozado. Sorweel no entendió ninguna de las palabras, y Eskeles se sentó flojo y aturdido, aparentemente demasiado sobrecogido para traducir. Pero la voz, ¡la *voz*! De alguna manera se dirigía a muchos y, sin embargo, sólo estaba destinada a uno, a él, sólo a Sorweel, de entre todos los cientos, los miles. *Tú,* susurró. *Sólo a ti…* Una regañina de la madre convertida en risa por el amor. La persuasión de un padre se convirtió en lágrimas por el orgullo.

Y entonces, justo cuando esta música lo había cautivado por completo, los Señores de la Ordalía reunidos chocaron con ella con un estruendoso coro. Y Sorweel se encontró *entendiendo* las palabras, pues pertenecían a lo primero que Eskeles le había enseñado en sheyico, la Plegaria del Templo…

Dulce Dios de Dioses,
que caminas entre nosotros,
innumerables son tus nombres sagrados…

Y, de alguna manera, a lo largo de toda la recitación, la voz del Anasûrimbor se mantuvo nítida, como un hilo de leche en aguas de lento cuajado. Sorweel apretó los labios en una línea, se armó de valor contra el tono de las voces colectivas, contra el impulso de *rezar*. En ese momento, comprendió lo que significaba mirar hacia fuera mientras otros inclinaban el rostro en señal de adoración. El tanteo de las expectativas sin respuesta, húmedo e intangible. La sucia sensación de desafío, como el pecado de arrastrarse despierto por una casa de durmientes. Intercambió una mirada con Zsoronga y vio en sus ojos una versión más cáustica de su propia disidencia desconcertada.

Ellos eran los tontos aquí, no porque se atrevieran a estar en

compañía de los arrodillados, sino porque ser un tonto no consistía más que en ser considerado así por los demás.

El coro se convirtió en un silencio sonoro.

Con la cabeza inclinada bajo un nimbo de oro, el Emperador-Aspecto colgaba en un brillo de miel.

"¡Ishma tha *serara*!", gritó uno de los Nascenti, poco más que una silueta negra ante la imagen de su amo, a los bolsillos más oscuros de la tela. "Ishma *tha*-"

"Levantad vuestros rostros", siseó Eskeles de forma casi inaudible, aparentemente recordando sus funciones interpretativas. "Levantad vuestros rostros ante la mirada de nuestro Santo Emperador-Aspecto".

"¿Qué es lo que me...?" comenzó a preguntar Sorweel al hechicero, pero el destello de advertencia en los ojos del hombre lo silenció. Con el ceño fruncido, Eskeles asintió hacia el Emperador-Aspecto. *Allí*... su expresión decía.

Mira sólo allí.

Una intensidad sin aliento se deslizó por el cuello de los procedimientos, una mezcla de esperanza y ansiedad que Sorweel sólo sintió como miedo. Sin excepción, la asamblea se volvió hacia el Anasûrimbor, de modo que todos los ojos reflejaron los puntos blancos de su luz de otro mundo. Sólo las cabezas gemelas de los demonios, unidas por sus cabellos al cinturón del Anasûrimbor, miraban en direcciones opuestas.

El Emperador-Aspecto flotó sobre la Mesa de Potentados, con las piernas aún cruzadas, y su sencilla sotana blanca era lo único que brillaba a una luz fija. Se movía con tanta lentitud que al principio Sorweel parpadeó ante su irrealidad. Los Señores de la Ordalía siguieron su paso, inclinando sus rostros con casi perfección, de modo que ninguna sombra estropeaba sus rasgos. Una luz suave recorría sus barbas y bigotes, y hacía brillar sus galas. Algo, un estruendo sub-audible, acompañó su movimiento, un ruido como el nubes tempestuosas que navegan lentamente.

Sorweel casi tosió de alivio cuando la figura imposible se desvió hacia el lado opuesto del pabellón. Pronto el Anasûrimbor colgó luminoso ante los hombres de las sombras, a no más de dos cuerpos de distancia, escudriñándolos mientras seguía la línea de la grada a paso de escarabajo. Sorweel vio que los rostros se entrecerraban

como si esperaran un golpe repentino. Pero la mayoría le devolvió la mirada con un aplomo lunático: algunos se regocijaban, otros proclamaban y otros *confesaban, confesaban* por encima de todo.

Las mejillas marcadas por las lágrimas brillaban a la luz del día. Hombres maduros, hombres de guerra, lloraban tras el paso divino de su soberano…

El Emperador-Aspecto hizo una pausa.

El hombre que estaba bajo su mirada era un ainonio, o eso supuso Sorweel por el estilo de su barba de corte cuadrado, con rizos sobre trenzas aplastadas. Estaba sentado en una de las gradas inferiores, y en lugar de descender, el Emperador-Aspecto se limitó a inclinarse en su postura flotante para estudiarlo. Los anillos de luz que rodeaban su cabeza y sus manos bañaron el rostro y los hombros del hombre con una pátina de oro. Los ojos oscuros del noble de la casta brillaban con lágrimas.

"*Ezsiru*", comenzó el Emperador-Aspecto con una voz que parecía enroscarse en los oídos de Sorweel, "*ghusari histum mar-*".

Inclinándose hasta que su barba rozó el hombro de Sorweel, Eskeles susurró: "Ezsiru, desde que tu padre, Chinjosa, besó mi rodilla durante la Primera Guerra Santa, la Casa Musammu ha sido siempre un bastión de los zaudunyanos. Pero la enemistad entre tu padre y tú se ha enconado durante demasiado tiempo. Eres demasiado duro. No entiendes la diferencia entre los achaques de la juventud y los de la edad. Así que juegas a ser el padre de tu padre, castigas sus debilidades como él castigó las tuyas una vez…"

Una de las cabezas demoníacas comenzó a abrir y cerrar su blanca boca como la de un pez. Horrorizado, Sorweel vio el brillo de unos dientes de aguja.

"Ezsiru, dime, ¿es correcto que el padre lleve la vara al niño?"

Una respuesta gutural. "Sí".

"¿Es correcto que el niño lleve la vara al padre?"

Una pausa que arrancó una punzada del fondo de la garganta de Sorweel. "No", dijo Ezsiru, con la voz aguda entre flemas y sollozos.

"Ámalo, Ezsiru. Hónralo. Y recuerda siempre que la vejez es vara suficiente".

El Emperador-Aspecto avanzó, flotando no más de un tramo antes de detenerse ante otro Señor de la Ordalía, éste Nilnameshi. "*Avarartu… hetu kah turum pah-*"

Continuó y continuó, cada intercambio a la vez momentáneo e interminable, como si la intemporalidad de las consecuencias se hubiera empapado de alguna manera en el acto. Y en cada caso, no se invocaba más que alguna *verdad* humana, como si el Anasûrimbor sólo necesitara mirar a la cara de alguien que tropezaba para poner a todos los hombres presentes sobre una base segura. Cómo la pérdida de una esposa te eximía de las leyes de la hombría. Cómo la vergüenza de ser considerado un tonto nos hizo tontos a todos al final. Cómo las naturalezas crueles corrompieron la piedad en excusas para complacer su maldad.

La verdad. Nada más que la verdad.

Y su claridad desconcertó a Sorweel, lo sacudió tan profundamente como cualquier otra cosa desde la muerte de su padre y la humillación de su pueblo. ¡La verdad! El Anasûrimbor sólo decía la verdad. ¿Cómo? ¿Cómo podría un *demonio* hacer algo así? ¿Qué demonio lo haría?

¿Y cómo? ¿Cómo podría tal cosa…?

¿Ser milagrosa?

El corazón de Sorweel comenzó a recorrer el tránsito arcano del Emperador-Aspecto una vez que llegó al vértice de la herradura y comenzó a avanzar hacia ellos. El temor le atenazó el pecho y observó las expresiones de los creyentes, volteadas y extasiadas, que se iluminaban a medida que él pasaba sin ruido, para luego caer en la sombra. La figura flotante se acercaba cada vez más, inexorable como una ecuación, brillante como la ventana de una prisión, hasta que el corazón de Sorweel pareció latir *contra* él. Finalmente, el Emperador-Aspecto disminuyó su velocidad y se detuvo sibilantemente a no más de dos metros de distancia. Se inclinó hacia atrás sobre un eje invisible para mirar a alguien de la grada más alta.

"*Impalpotas, habaru-*"

"Impalpotas", dijo Eskeles con un temblor, "dime, ¿cuánto tiempo hace que estás muerto?".

Una inhalación colectiva. El hombre llamado Impalpotas estaba sentado cuatro personas a la altura de Sorweel -tres de Eskeles- y dos filas más arriba. El joven Rey de Sakarpus se encontró mirando contra la brillante proximidad del Anasûrimbor: El Inrithi tenía el aspecto bien afeitado de un Nansur, pero parecía diferente en

cuanto a la vestimenta y el cabello. Un Shigeki, adivinó Sorweel. Como Porsparian.

"*Impalpotas*...", repitió el Emperador-Aspecto.

El hombre sonreía como un tunante al que han sorprendido cortejando a la hija de un amigo, una expresión tan contraria a las circunstancias que el estómago de Sorweel se revolvió como si se hubiera lanzado desde un acantilado.

Impalpotas saltó -no, *explotó- de* las gradas, con la espada en alto y brillando con luz divina. Un chasquido de voz le saludó en el intervalo, una palabra gritada bajo la piel de todos los presentes. La luz calva y abrasadora inundó el pabellón hasta las costuras. Sorweel parpadeó contra el resplandor, vio al Shigeki colgado ante el Anasûrimbor, clavado en la nada, encerrado en una caligrafía de líneas cegadoras. La espada de Impalpotas se había desprendido de unos dedos sin nervio y ahora yacía erguida entre los pies de un conriyano en la grada inferior, con la punta enterrada en la alfombra y el césped a la profundidad de la palma de la mano.

La asamblea estalló en un rugido de conmoción. Como el fuego en el desierto, la indignación saltó de un rostro a otro, una ira demasiado feroz para ser llamada masculina. Las barbas se abrieron en torno a los aullidos. Las espadas se blandieron a través de las filas, como dientes temblorosos.

La voz del Anasûrimbor, más que cortar el estruendo, lo *cosechó*: el alboroto se derrumbó como el trigo sobre la guadaña de su declaración. "*Irishi hum makar*", dijo, sin dejar de escudriñar a los que estaban sentados ante él. Salvo su lengua y sus labios, no se había movido.

La voz aturdida y balbuceante de Eskele tardó varios latidos en traducirse. "Detengan a nuestro enemigo".

El asesino Shigeki había navegado alrededor del Emperador-Aspecto y ahora flotaba detrás de su cabeza aureolada, un faro más brillante. La luz que tatuaba su piel y sus ropas se encendió, y sus extremidades se alejaron de su cuerpo. Colgaba, una prueba diferente, girando como una moneda en el espacio abierto. Jadeaba como un animal envuelto en alambre, pero sus ojos no traicionaban el pánico, nada más que el odio y la risa. Sorweel vislumbró la curva de su falo erecto a través de sus calzones de seda, desvió la mirada hacia su rostro envuelto en un sigilo, sólo para horrorizarse

más…

Porque se flexionó sobre fallas invisibles, y luego se abrió, separándose como dedos entrelazados. Las articulaciones se abrieron hacia atrás y hacia fuera, revelando unos ojos que no reían ni odiaban, que simplemente *miraban*, por encima de unas laderas brillantes de carne sin hueso.

"*Rishra mei…*" dijo el Emperador-Aspecto con una voz que sonaba como seda envuelta en un trueno. "Ya veo…" La de Eskele murmuró en tono carrasposo: "Veo que las madres crían a los niños nacidos muertos a los dioses cegados. La *muerte del nacimiento*, ¡lo veo! con ojos antiguos y predichos. Veo las altas torres arder, los inocentes rotos, los Sranc descender innumerables, ¡inumerables! ¡Veo un mundo *cerrado contra el Cielo*! "

La asamblea gritó, una cacofonía de voces y gestos de agitación, lastimeros por el terror, espantosos por la furia. Con miradas salvajes, Sorweel los vio, a los Hombres de la Ordalía, de pie o agarrados a sus rodillas, con los rostros crispados como si escucharan las noticias de una catástrofe reciente. Esposas muertas. Clanes dispersos. ¡*No*! gritaban sus expresiones. ¡*¡No!*

"*Rishra mei*-"

"Veo a los reyes con un ojo arrancado, desnudos salvo por los collares de los que penden sus manos cortadas. Veo el sagrado Colmillo cortado, los fragmentos arrojados a las llamas. Momemn, Meigeiri, Carythusal e Invishi, veo sus calles cubiertas de huesos, sus cunetas negras de sangre vieja. Veo los templos cubiertos de maleza, los muros rotos se pudren sobre edades vacías y salvajes.

¡"Veo al Torbellino caminar, Mog-Pharau! ¡Tsurumah! Veo al *No-Dios…*!

Dicho como un gemido, como el aire sacado de los pulmones muertos.

"***¡Contemplad!***", bramó el Emperador-Aspecto en tonos que arrancaban los nervios de la piel y los arrastraban hasta los rincones más recónditos. "***¡Vean!***"

La cosa -la cosa sin rostro- colgaba despellejada en la luz arcana. Una rotación pasó como testigo sin aliento. Otra. Entonces, como el humo inhalado, el brillante entramado implosionó, contra la bestia, *en* la bestia. El sonido de las escisiones, múltiples e inmediatas,

surcó el aire. La luz hechicera se apagó. Lo que quedaba simplemente cayó, una cortina de babas que llovió al suelo.

Silencio sin aliento. Una vuelta a la santa penumbra. Había pasado, y no había pasado.

"*Rishra mei*", dijo el rostro imposible, recorriendo con su mirada las atónitas gradas. Y el silencio rugió a su alrededor. Sorweel sólo pudo mirar las cabezas de ciphrang cortadas que colgaban como sacos de su cadera, con sus bocas blancas riendo o aullando.

Con las palmas de las manos aureoladas, el Emperador-Aspecto continuó siguiendo la misma curva geométrica invisible. Estaba tan cerca que Sorweel podía ver los sinuosos Colmillos bordados blanco sobre blanco en el dobladillo de su sotana, las tres líneas rosas que arrugaban las esquinas exteriores de sus ojos, el raspón de tierra que marcaba la punta de su zapatilla izquierda de fieltro blanco. Estaba tan cerca que su imagen quemaba los espacios circundantes hasta hacerlos negros, de modo que la grada curvilínea de formas y rostros se hundía en el vacío.

El Anasûrimbor.

Un aroma le precedía, una corriente de aire que parecía alejar los empalagosos perfumes que llevaban los asistentes más efímeros. El olor de la tierra húmeda y la lluvia fresca. La verdad cansada.

Las cuencas fruncidas de los demonios parecían observarlo, reconocerlo.

Por favor. se encontró Sorweel pensando, suplicando. *¡Por favor, que sea Zsoronga!*

Pero la forma luminosa se detuvo directamente ante él, demasiado vívida para poseer profundidad, para ser enmarcada, para ser realmente vista. El corazón de Sorweel se agitó contra su pecho. Parecía que los animales se agolpaban en su interior, que cada uno de sus temores se había convertido en terrores farfullantes, criaturas con sus propios miembros y voliciones. ¿Qué iba a ver?

¿Cómo castigaría?

"Sorweel", dijo una voz más melodiosa que la música en la lengua de sus padres. "Niño triste. Rey orgulloso. No hay nada que merezca más compasión que un corazón arrepentido".

"Sí". Un ruido que salió más de sus pulmones que hablado.

¡Nunca!

Aunque no se había movido, aunque estaba sentado de forma apacible y meditabunda, el Emperador-Aspecto se alzaba de algún modo sobre todas las regiones de la vista y el oído. Ojos azules como el verano, que no veían más que un saco. Barba dorada trenzada. Labios en forma de pozo sin fondo. La intensidad de su presencia hervía contra los límites de los sentidos, se filtraba en las fallas, se humedecía en los recovecos invisibles…

"¿*Te arrepientes de la locura de tu padre*? "

"¡Sí!" Sorweel mintió, con la voz quebrada por la furia.

¡Demonio! ¡Ciphrang! ¡La Diosa te nombra! ¡Te nombra!

La sonrisa irónica de un viejo amigo, tan simple y sin tapujos como un chiste sobre una chica, tan repentina como una bofetada de una madre.

"Bienvenido, joven Sorweel. Bienvenido a la gloria que es la Salvación de Dios. Bienvenido a la compañía de los Reyes Creyentes".

Entonces la figura divina desapareció, flotando a su izquierda, buscando el rostro de otro penitente, de otra alma atribulada. Al parpadear, Sorweel vio a los Señores de la Ordalía observando y sonriendo. El interior del pabellón, bordado, pareció ensancharse hasta el cielo con un aire dulce y respirable.

"Gaviotas", oyó murmurar a Eskeles con sarcástica bondad a su lado. "Tontos…"

El día transcurría entre discursos, oraciones y debates. Después, el gordo de la escuela tosía para contener las lágrimas y lo abrazaba, lo abrazaba como una madre o un padre podría abrazar a su hijo.

Con un telón de fondo desolador, Zsoronga se limitó a observar, sin decir una palabra.



Sorweel insistió en volver a su tienda solo.

Durante un tiempo se abrió paso en una paz adormecida, simplemente disfrutó de la sensación de calma libre que suele seguir a los acontecimientos tumultuosos. A veces, el mero hecho de que el tiempo pase es suficiente para sellarnos de la experiencia dolorosa. Despojado de preocupaciones, calentado por el sol carmesí y el

viento que tanta consternación había suscitado en el Consejo de Potentados, se encontró mirando la interminable sucesión de campamentos improvisados con ferviente curiosidad. Un cuenco de té humeando sin compañía sobre la hierba pisoteada. Un Tydonnio solitario reparando una trenza en su pelo. Un juego olvidado de benjuka. Escudos que se enfrentan en parejas y tríos. Dos nansur murmurando y sonriendo mientras engrasan las correas de sus corazas.

El asombro no se hizo esperar. Había demasiados guerreros de demasiadas naciones como para no asombrarse de alguna manera. Y el campo de estandartes agitados por el viento era simplemente demasiado grande. Algunos de los Inrithi le devolvieron la mirada con hostilidad, otros con indiferencia, otros con abierta alegría, y Sorweel se dio cuenta de que eran *simplemente Hombres*. Gruñían por sus esposas, se preocupaban por sus hijos, rezaban contra los rumores de una temporada de hambre. Era lo que *compartían* lo que les hacía parecer notables, incluso inhumanos: el sello omnipresente del Circunfijo, ya fuera en oro, negro o carmesí. Un único propósito.

El Emperador-Aspecto.

Era a la vez glorioso y abominable. Que tantos pudieran plegarse a la intención de un *solo* hombre.

La calma se esfumó de su corazón y de sus miembros, y el loco rondo de preguntas comenzó a golpear su alma. ¿Qué había pasado en el Consejo? ¿Había visto? ¿No lo vio? ¿Vio y simplemente fingió no ver?

¿Cómo podía él, Sorweel, el hijo roto de un pueblo roto, gritar odio bajo los ojos que todo lo ven del Emperador-Aspecto, y no ser… no ser…?

Corregido.

Aceleró el paso y los detalles de su entorno se redujeron a generalidades medio visibles. Su mano izquierda se dirigió a su mejilla, al cálido recuerdo de la mugre que Porsparian había untado allí. A la saliva de tierra de la Diosa…

Yatwer.

Encontró a Porsparian ocupado en la preparación de la cena. Su pequeño campamento mostraba todos los signos de un día laborioso. La suma del escaso vestuario de Sorweel colgaba de los

tirantes de la tienda. El contenido de su mochila de montar yacía sobre una estera a la izquierda de la entrada de la tienda. La tienda, que estaba vacía de todo su contenido, había sido lavada, y sus paneles de color naranja sol se estaban secando a la luz que ya no era suficiente. El viejo Shigeki incluso había colocado su pequeño taburete de campamento junto al remolino de su humilde fuego.

Sorweel se detuvo en el perímetro invisible.

El Alto Tribunal del Rey Sakarpico.

Al verlo, Porsparian corrió a arrodillarse a sus pies, un manojo de viejas extremidades marrones.

"¿Qué has hecho?" Sorweel se oyó ladrar.

El esclavo lo miró, con su arrugada mirada tan resentida como alarmada. Sorweel nunca se había dirigido a él como sirviente, y mucho menos como esclavo.

Agarró el brazo del anciano y lo puso en pie con una facilidad que le resultó chocante. "¿Qué?", gritó. Hizo una pausa, apretó la cara con una expresión de frustración y arrepentimiento, trató de recordar las palabras sheyicas que Eskeles le había enseñado. Seguramente podía pedir esto, algo tan simple como esto.

"¿Qué haces?", gritó.

Una mirada salvaje de incomprensión.

Sorweel le devolvió el empujón y, manteniendo la mirada, hizo la pantomima de coger tierra y frotársela por las mejillas. "¿Qué? ¿Qué hiciste?"

Como un batir de alas, la confusión de Porsparian se convirtió en una especie de regocijo perverso. Sonrió y comenzó a asentir como un loco confirmado en sus delirios. "*Yemarte... ¡Yemarte'sus!* "

Y Sorweel comprendió. Por primera vez, al parecer, *escuchó* realmente la voz de su esclavo.

"Bendito... Bendito seas".

CAPÍTULO DIECISÉIS

Cil-Aujas

Un alma demasiado alejada del sol,
recorriendo caminos más profundos,
en regiones por debajo del mapa y de la nación,
respirando aire extraído para los muertos,
hablando de lamentos.

-PROTATHIS, EL CORAZÓN DE LA CABRA

Primavera, Año Nuevo Imperial 20 (Año del Colmillo 4132), Monte Aenaratiol

Estaba aterrorizada y viva.

Mimara corre por encima de los huesos enmohecidos, una pizca de brillo solar llevada a lo alto en el aire sobre ella. En su alma piensa en círculos, mientras que con sus ojos ve la luz oscilar y balancearse, y reflexiona sobre la imposibilidad de ello, cómo la luz derramada es la misma luz que cualquier otra, desnudando las superficies de las cosas, y sin embargo, al mismo tiempo, *no del todo completa*, como si se filtrara a través de un filtro-robado de

algún sedimento esencial.

Luz hechicera, extendida sobre la ruina como una piel mudada. ¡*Su luz*!

El miedo abarrota el momento, sin duda. Ella sabe por qué el Mago le ha dado este Don, quizás mejor que él. Se da cuenta de que una parte de ella no sobrevivirá a este laberinto del inframundo…

Al Gran Cil-Aujas.

Se inclina a ver la historia como una degeneración. Hace años, no mucho después de que su madre la trajera a las Cumbres Andiamine, un terremoto sacudió Momemn, no grave, pero lo suficientemente violento como para agrietar las paredes y hacer caer armas y adornos. Había un mural en particular, el *Osto-Didian*, como lo llamaban los eunucos, que representaba la Primera Guerra Santa luchando en torno a Shimeh, con todos los combatientes apretados escudo contra escudo, espada contra espada, como muñecos atados en gavillas. Mientras que los otros murales estaban llenos de fracturas, éste parecía haber sido golpeado con martillos. Secciones enteras se habían desprendido, dejando al descubierto imágenes más oscuras y profundas: hombres desnudos a lomos de toros. En algunos lugares, incluso esta capa había cedido, especialmente cerca del centro, donde su padrastro había colgado en el cielo de forma desproporcionada. Allí, después de quitar el polvo blanco con las yemas de los dedos, vio la cara de un joven en mosaico, con el pelo negro al viento y los ojos anchos como los de un niño mirando a un enemigo oscuro.

Eso, comprendió, era la historia: el apilamiento de las edades como el yeso y la pintura, cada imagen una mortaja sobre las otras, la luz de la presencia que se retira, desde los no-hombres a las Cinco Tribus al Nuevo Imperio, llegando por fin a una niña en el abrazo de los hombres de mano dura…

A la hija que cenaba con su madre emperatriz, escuchando el tictac del esmalte golpeando el oro, observando los ojos de la mujer mayor recorrer líneas de dolor, remordimientos lo suficientemente gruesos como para escupir.

A la mujer que se enfureció bajo la torre de un mago.

Hasta ahora.

Se inclina a ver la historia como una degeneración, y ¿qué mayor prueba necesitaba, ahora que caminaban bajo el mural de las

luchas de los hombres, ahora que tocaban el cristal de las primeras cosas?

Cil-Aujas. Grande y muerta, un mosaico expuesto. ¿Qué era la pintura humana comparada con esto?

Todo en todas partes tiene el olor de la edad, de un aire tan lixiviado de olores y acontecimientos que el polvo que levantan en el aire con sus botas en realidad lo hace parecer joven, lo lleva a una escala más humana. Aire sin edad, piensa. Aire muerto, del tipo que persiste en los pechos de los cadáveres.

Y todo, por todas partes, tiene el aspecto del peso y la asfixia. Le hace pensar en sus furias, en esos momentos en los que quiere derribar todos los techos, para que su perdición sea su venganza. ¿Cómo sería, se pregunta, ser abofeteada entre las palmas de las montañas? Todos los techos cayendo en picado, de modo que parezca que el suelo se agita. La luz apagada. El trueno del sonido aplastado a la nada. Todo capturado, incluso el polvo. Los miembros son poco más que briznas de hierba. La vida filtrándose a través de la falla y la fractura.

La oscuridad que habita dentro de las piedras.

Lleva la luz de la presencia -un Punto Surillico, lo había llamado- y recorre suelos más antiguos que las naciones más antiguas de los hombres. Se encuentra por debajo de todo imperio y ambición, e *ilumina*. Es tan simple, lo sabe, tan insignificante que resulta patético. Pero así es como comienza la grandeza.

Lleva una esfera de visión a su alrededor, hinchada e invisible, excepto cuando su toque escarcha el suelo y arruina el blanco. *Es una bruja… ¡por fin!* ¿Cómo no va a apretar diente con diente en un oscuro regocijo? ¿Cuántas veces ha soñado, con sus miembros clavados en las almohadas, con hablar de luz y fuego?

La compañía ha dejado de marchar, la recibe con asombro y consternación. Les dice que Sarl y Achamian les siguen de cerca. Ella ve la inclinación de sus miradas, la forma en que dan un paso atrás en sus ojos, como para recuperar alguna perspectiva perdida. La luz le hormiguea. Un pavoneo persigue sus miembros, y piensa en sus hermanas esclavas allá en Carythusal, en la forma en que posaban como cosas raras y preciosas cuando llevaban algo nuevo. Ella también había llorado por los vestidos.

Los Devoradores de Piel se vuelven hacia la oscuridad detrás de

ellos, buscando en la negrura plana. Cuando sus ojos les fallan, dirigen su escrutinio hacia ella. Parecen una muralla, aunque estén dispersos entre sus mulas. Su luz dora la textura de sus armaduras. Brilla a lo largo de los bordes de sus escudos, desnuda las abolladuras del metal martillado sobre los bordes de madera. Calienta el cuero viejo, las horquillas y las ramas a lo largo de las costuras de las tripas. Pone al descubierto sus rostros ansiosos, mueve la plata hacia arriba y hacia abajo en el filo de sus inquietas espadas. Pinta círculos blancos en la mirada negra de sus bestias.

Hombres feroces, con el orgullo salvaje de los desposeídos. Se comerían su piel, si no fuera por el Mago. Se vanagloriarían en su olor. La llevarían como llevan los trozos marchitos de Sranc, como un amuleto, un trofeo y un tótem. Como un sello y una señal.

Parece que siempre ha sabido que los hombres eran más animales que las mujeres. Fue vendida antes de que su madre pudiera decírselo, pero aun así lo sabía. El animal se inclina continuamente en el alma de los hombres, roe siempre la correa. Incluso aquí, en los Salones Negros de Cil-Aujas, esta verdad no es menos antigua.

Incluso aquí, tan trágicamente fuera de su alcance, se apoyan en la promesa de su vulnerabilidad.

"¿Dónde está el Mago?", pregunta alguien.

Retrocede un paso y su sombra cae detrás de ella. Ha perdido su luz en el espacio que hay entre ella y los Devoradores de Piel, un espacio que nunca ha poseído. Percibe que el Capitán está a su derecha, se gira para arriesgarse a su mirada dominante, pero en su lugar se encuentra mirando el polvo moteado. Parece que la han engañado para que adopte una postura de sumisión.

"Mimara", llama una voz. "¿Qué pasa, chica?" Es Somandutta, el único hombre aquí en el que ella confía, y sólo porque no es un hombre.

"No tienes que temernos..."

Un coro de gritos saluda la abrupta llegada de Sarl y Achamian. En un santiamén es olvidada por todos, salvo por Somandutta, que acude a su lado diciendo: "La *luz*... ¿Cómo lo has hecho?".

Se muerde el labio inferior y maldice las ganas de apoyar la cabeza en la armadura que escala su pecho. De Achamian no puede ver más que las espaldas congregadas de los escalpadores con sus

mochilas y sus escudos colgados. Pero oye su voz entre las figuras, hablando con el Capitán con una urgencia pendenciera, algo sobre Chorae moviéndose por los pasillos inmediatamente debajo de ellos. Alguien, Kiampas, sugiere inmediatamente a los Púas Sangrientas, pero el Mago se muestra dudoso, preguntando por qué alguien lo suficientemente rico como para poseer un Chorae sería tan tonto como para cazar a Sranc por dinero. Mimara se pregunta si su capitán portador de chorae se ofenderá.

Entonces Clérigo dice: "Tiene razón". La voz inhumana no llega tanto a lo lejos como a *lo más profundo*, llevada a través de la piedra del suelo hasta sus huesos. "Yo también los siento".

Los Devoradores de Piel se abren, retroceden, cada uno mirando a la compañía de sombras tendidas en el polvo que les rodea. Ella sabe que ellos también creen sentir a los Chorae…

Entonces, de repente, *los siente*. Sus miembros se sacuden, y ella se balancea, pues su cuerpo había creído que el suelo era sólido, y ahora siente el espacio abierto, respira y cae en picado entre leguas de piedra. Chorae, perforaciones sin fondo en el ser, los atraviesan, un collar de pequeños vacíos llevados por algo que corre en fila torpe… algo.

"Viajan en la dirección a la que nos conduzco", dice Clérigo, "hacia la Quinta Puerta Anterógrada…"

"¿Crees que quieren cortarnos el paso?" Pregunta Kiampas.

Nadie habla.

Ve a Sarl, mirando con sus ojos de estanque, su rostro maniático, rutinario y pálido. Pero cuando mira al otro anciano, Achamian, se da cuenta de que su *Ojo que Juzga se ha abierto*… Ha leído los escritos de su padrastro sobre brujería, su *Novum Arcanum*. Sabe que el Dios mira a través de todos los ojos, y que los Pocos -hechicero o bruja, no importaba- eran simplemente aquellos cuya vista recordaba algo de Su mirada que todo lo ve y por eso podían hablar con el temible timbre de Su voz que todo lo crea.

Ve a Achamian como los demás, encorvado en sus locas ropas de ermitaño, con la barba tiesa contra el pecho, la tez oscura de las pieles gastadas. Ve la Marca, ensuciando sus colores, ensuciando sus bordes.

Y aunque sus ojos parpadean y giran contra ella, ve el Juicio…

Él es la carroña. Es el horror. Su piel está quemada.

Drusas Achamian está condenado.

Se le corta la respiración. Casi sin pensarlo, se aferra a la mano libre de Somandutta: el frío resbaladizo de los anillos de hierro y la grasa del cuero estremecen su piel. Aprieta con fuerza, como si sus dedos necesitaran la confirmación de sus homólogos de sangre caliente. Los Chorae y sus inescrutables portadores se mueven bajo sus pies, cada uno de ellos un punto de frío absoluto.

Una parte de ella, se da cuenta, no sobrevivirá a este laberinto del inframundo.

Reza para que sea la parte menos importante.



"¡Malditas mulas! Cómo podéis correr con putas mulas!", grita el bailarín de espadas Zeümi después de que Sarl les haya gritado una vez más que se den prisa. Las ancas de las bestias ya están ensangrentadas por los pinchazos y las bofetadas de las armas de los escalpadores. El repiqueteo de sus pezuñas produce un curioso traqueteo sobre el polvo y la piedra, como la madera sin hueco, una avalancha de hachas cortando. Sus mochilas se tambalean borrachas: una ya ha perdido toda su carga. El paso por los escombros, las tiendas y los utensilios de cocina, añade material a la sensación de pánico de Mimara.

Achamian no ha dicho nada desde que abandonó la oscuridad del Repositorio. Se esfuerza junto a ella; el leve tic de su pierna se ha convertido en un cojeo. Su respiración es dura y ávida, como si necesitara alimentar todos los años que lleva dentro. Cuando tose, su pecho suena húmedo y desgarrado, más lana podrida que carne.

Los pasillos abovedados se desplazan por encima y alrededor de ellos, el basalto parece conmocionado por la repentina aparición de sus luces. Las imágenes se elevan, se arquean y se desvanecen, tan rápido como la vida. No hay tiempo para reflexionar sobre los ojos muertos que una vez las soñaron. La compañía corre para sobrevivir.

La esperanza y la urgencia se han convertido en una sola nota discordante.

Ya no puede sentir a los Chorae bajo ellos; sus perseguidores los han dejado atrás utilizando pasillos más profundos, y ahora nadie sabe dónde y cuándo atacarán. Los Devoradores de Piel envuelven

su horror por la confianza en su Capitán, no dicen nada salvo para bromear o quejarse. Las preguntas se han vuelto perversas, una indulgencia sólo apta para los obesos.

Clérigo los conduce a través de una galería de pasillos ramificados, algunos tan estrechos que la compañía se estira en una sola fila más larga que su iluminación hechicera. Los escalpadores atrapados en la retaguardia gritan contra la creciente oscuridad. Cuando Mimara mira hacia atrás, es como si mirara al fondo de una garganta o de un pozo: las paredes se estrechan hasta que la negrura las asfixia. Apenas puede ver el brillo de los cascos de los rezagados.

Un dolor le sube al pecho, y se imagina un ojo que bizquea desde su corazón.

No hay duda de que ahora se mueven por las profundidades. Sólo cuando las paredes son estrechas y los techos bajos se puede sentir su aura constrictiva, o eso parece. Sólo la amenaza de cierre hace que la enormidad sea evidente. Están cerrados a *todo*, no sólo al sol y al cielo. El propio mundo los encierra.

Mira hacia arriba y a su alrededor en un esfuerzo por librarse de la opresiva sensación de encogimiento. Los relieves de piedra parecen arder, tan cerca están de la luz encajada, tan descarnados e inmediatos. Cazadores luchando contra leones, pastores balanceando corderos sobre escudos, y así sucesivamente, todos ellos golpeados sin palabras en la piedra de las edades. La iluminación cruza un borde; las antiguas viñetas se alejan, como si se tratara de acantilados invertidos. Han llegado a otra gran cámara, no tan vasta como el Repositorio, pero suficientemente grande. El aire parece frío y elegante.

Salen del estrecho vestíbulo y se reúnen en grupos para contemplar esta última maravilla. Sus mulas rebuznan y tiemblan de cansancio. Una de ellos se desploma entre maldiciones que resuenan.

Las columnas son cuadradas, revestidas de múltiples animales, y aunque ella sólo puede ver los límites inferiores y exteriores de las mismas, sabe que forman grandes pasillos a través de la oscuridad, que la compañía se encuentra en algún foro o ágora del inframundo. Achamian está apoyado en sus rodillas junto a ella, mirando fijamente a su sombra, reuniendo la saliva para tragar. Con

los dientes desnudos por el cansancio, inclina la cabeza hacia atrás y mira hacia la galería acechante.

"Los Salones Altos", jadea. "Los Salones Altos de Mû…"

*¡Haroooo**oooooooom!***

Los hombres se retuercen y se arremolinan. El polvo tiembla. El sonido parece filtrarse, elevarse, como si sólo pudieran escuchar lo que sube a la superficie de sus oídos. Los cuernos Sranc.

Lo sienten en los dientes, no tanto un dolor como un sabor.

Nunca antes los había escuchado, y ahora comprende su antiguo poder, la locura que vio a las madres estrangular a sus propios hijos en las ciudades asediadas de antaño. Su profundidad es mareante en su compás, pero está plagada de notas finas y punzantes, como un chillido desenredado en hilos de dolor, cada uno remolcado a lo largo de lo innombrable. Un presagio cuelga de ellas, una promesa de lo que es otro e impenetrable, de cosas que se glorificarían en su lamento. Le recuerdan su humanidad del mismo modo que los bordes quemados hablan del fuego.

El silencio del templo se levanta a su paso. Hay un sonido lejano, como el de las hojas que patinan sobre las losas de mármol. Parece tensar su piel ante el pinchazo de los momentos que pasan.

Clérigo llama, y ellos lo siguen. Dejan a la mula caída donde yace gruñendo.

Corren, pero la lenta sucesión de pilares parece disminuir su ritmo. Sus luces arcanas arrojan sombras que se balancean y barren con una elegancia monumental. La mayor negrura cuelga de ellos, amortiguando los huecos más allá de los pasillos adyacentes.

Los cuernos tienen ahora una cercanía hinchada, un estruendo chirriante. Sólo el bosque de columnas de piedra los separa de sus perseguidores; ella lo sabe con la certeza de un animal de rebaño. Por primera vez, una parte de ella se atreve a creer que está a punto de morir. Sus intestinos se aflojan ante la sacudida de sus pasos. Su estómago se aprieta hasta convertirse en un ardor. Mira a su alrededor, desesperada por encontrar algo que no *reconoce*. Porque le parece que ha conocido este lugar desde siempre, que su alma, como un viejo nudo deshecho, lleva el pliegue y la impronta de su futuro… Los pilares arriostrados contra las cargas cataclísmicas. Los tótems bestiales, sus muchos miembros aplastados en la oscuridad. El hedor de sus esfuerzos. La sensación de pérdida y extravío

mortal. El crujir de dientes y el hierro en el laberinto arqueado de negro tras ella…

Ya vienen. Vienen del pozo. El aleteo de las reverberaciones en su pecho parece confirmarlo. Aquí es donde ella muere.

Los alcances exteriores de sus luces se aplastan contra una pared, hacen retroceder la oscuridad vertical con anillos gemelos de iluminación, el más amplio y brillante debido a la posición de Clérigo frente a Achamian. Mimara se detiene con los demás. El polvo rueda hacia delante, haciendo que los faldones rodeen su cintura. Inclina el cuello, frotando distraídamente una herida en el costado; a pesar de su terror, se siente aliviada al poder simplemente respirar. Los relieves narrativos se amontonan en la pared, apilándose en la oscuridad, pero las figuras esculpidas no son tan profundas ni tan realistas como las otras. Pasa un latido antes de que vea el pelo, las barbas y las cadenas que marcan las formas como hombres.

De repente, su anterior sensación de reconocimiento se desvanece. Sólo queda la premonición.

Ha leído lo suficiente como para saber que no son hombres cualquiera. Son los Hombres originales de Eärwa, los Emwama, los esclavos exterminados por sus antepasados en los primeros días del Colmillo. Incluso puede ver a una mujer atada a un convoy de cautivos desnudos, una mujer que podría ser ella. Y, por alguna razón, este punto de *conexión* provoca una nota nauseabunda en todo Cil-Aujas, lo vuelve extraño hasta el punto de la repulsión, como si todo se hubiera embadurnado de hedor y contagio…

Ya vienen. Y ella es sólo una niña, una niña. Todo parpadea con temor y amenaza. Los ángulos se convierten en cuchillos. La inacción se convierte en sangre. Una parte loca de ella patalea, se agita y grita. Su grito se agolpa como un puño en la base de su garganta. Tiene que salir. *Tiene que…*

¡Salir, salir, *salir*!

Pero el viejo Mago la sujeta por los hombros, diciéndole que no tema, que no se inquiete, que confíe en su corazón y en su poder. "¿Quieres que te enseñe?", grita. "¡Te daré una lección!" Su risa es casi genuina.

Nada de sollozos, le advierten sus ojos. *¡Recuerda!*

Su respiración se vuelve más fácil y más difícil a la vez, y se

encuentra recelosa del Capitán. El mero hecho de pensar en él le ha quitado el pánico; se da cuenta de que éste es su don bélico. A su alrededor, los Devoradores de Piel se reúnen, escudo a escudo, hombro a hombro, formando una sola fila alrededor de ella y de las mulas. Tienen un aspecto variopinto con sus diferentes alturas y sus armaduras desechadas… Variopinto y feroz.

"¡Ponte en la línea!" Sarl grita a través de la espalda estruendosa del cuerno. "¡Vamos, chicos, a la línea!"

De repente, todas las razones por las que temía a esos hombres bárbaros se convierten en razones para premiarlos. Esos viejos trofeos. Esos cuerpos de pecho profundo, ceñidos con cadenas, cuero, hedor y telas sucias. Ese andar intimidante. Esos brazos que se agitan, con manos que podrían romperle las muñecas. Y por alguna extraña razón, sus uñas, cada una tan ancha como dos de las suyas, bordeadas de medias lunas negras. Todo lo que había ridiculizado o despreciado, lo veía ahora con una fina comprensión. La crueldad simplista. Las posturas vulgares. Incluso las miradas que la mellaban cuando se descuidaba con la mirada.

Se trata de los Devoradores de Piel, y sus Travesías son materia de leyenda. Se la comerían si pudieran, pero sólo porque andan muy cerca de los dientes del mundo.

Oye a Achamian discutiendo con Kiampas al lado de dos mulas que coceaban. "Deberíamos habernos quedado en el Repositorio…"

"Pero aquí podemos obstruirlos en los pasillos".

"¿Y aquellos con Chorae?"

La sonrisa del Nansur es desordenada, como si estuviera enganchada por una cicatriz difícil de ver. Su mandíbula, normalmente bien afeitada, es de color gris. "Tonterías, Mago. Créeme, sabemos cómo apilar a los flacuchos…"

El hombre se queda atrás y ladea la cabeza ante el repentino silencio.

Los cuernos han dejado de sonar.

El silencio, lo sabe, es el silencio por el que han marchado desde que entraron en la Puerta de Obsidiana, el silencio de su encierro, el silencio de los cadáveres en sus tumbas. El rugido eterno de Cil-Aujas.

Sus extremidades parecen flotar por su grosor.

Durante todo este tiempo se ha quedado sin palabras entre las

mulas. Ahora Kiampas está ante ella, dando instrucciones -quédate con los animales, guarda las antorchas, restaura las heridas presionando *así*- y haciendo preguntas -¿Sabes hacer un torniquete? ¿Sabes usar esa bonita espada? La mira a los ojos con una seriedad tranquilizadora, hablando sólo de la cuestión. Es un padre guapo. Ella le responde con la mayor sinceridad posible. En su periferia ve a Achamian conferenciando con Clérigo y el Capitán. Sarl sigue ladrando en su línea, con su voz grave que recuerda a las travesías de antaño. "Oh, sí, chicos, esto va a ser una *carnicería*. Una carnicería clásico".

Despliega las antorchas y encaja cinco de ellas a intervalos a lo largo de la pared, aprovechando los huecos cincelados en los frisos. Enciende una sexta y ésta se enciende con una curiosa transparencia -el violeta se convierte en amarillo- a la luz arcana, pero arde y humea igualmente. Enciende las cinco y los Emwama grabadas parecen brillar con los colores de su vida perdida. Camina entre las inquietas mulas, pasándoles las manos por la cerda del cuello, rascándoles las mandíbulas y las orejas, y parece que las llora.

Su pequeño ejército cae inmóvil. Los Puntos Surillicos gemelos se apoyan blancos en los planos grabados de las columnas más cercanas, y se reducen en etapas grises cuanto más se alejan por los carriles. Aunque sin sonido, la luz parece sisear con suspense.

Los Devoradores de Piel han formado un caparazón erizado de unos treinta hombres, que se extiende desde la muralla, sobre sus bestias de carga, de vuelta a la muralla. Lord Kosoter se encuentra justo detrás de la cúspide, rígido de concentración solitaria. Con su barba trenzada y sus andrajosas galas, casi parece tan antiguo como Cil-Aujas. Su escudo redondo, que ella ha visto muchas veces colgado de la mochila de una mula, está abollado y rayado. Apenas se pueden leer en su centro los restos de esmalte de un pictograma ainonio: la palabra "umra", que en ainonio significa deber y disciplina. Sostiene su espada apuntando al costado. Ella ve que ha dibujado un cuarto de arco a través del polvo sobre la piedra. Como lleva su Chorae sobre el corazón, ella no puede evitar la sensación de que no está del todo vivo.

Achamian está de pie con Kiampas a su lado a varios pasos a la izquierda del Capitán. Clérigo se encuentra igualmente con Sarl a su derecha. Sus marcas le recuerdan su poder, y la esperanza de su

compañía.

Todavía con la antorcha en la mano, saca su espada: un regalo de su madre, forjada con el mejor acero Seleukarano. Las luces dispares se deslizan como un líquido sobre su brillo. Ardilla, la llama, por la forma en que siempre parecía temblar en su mano. Ahora tiembla. Intenta recordar todos los años que pasó entrenando con sus hermanastros, pero el brillo de las Cumbres Andiamine no puede penetrar en este lugar tan profundo… Nada puede.

"*Vienen*", dice el No-Hombre, con sus ojos negros tan inescrutables como la oscuridad en la que se sumergen.

Mimara espera sentir a los Chorae tejiendo en la oscuridad. En lugar de eso, oye algo, un arañazo de uñas contra piedras que se extiende como el agua de una inundación a través de los espacios invisibles, llegando cada vez más alto hasta que parece que la compañía se encuentra en el centro de un hueso roído…

Más fuerte. Más fuerte. Un hedor se extiende en el aire, como la podredumbre de bocas inhumanas.

Su mano arde por apretar el pomo de su espada.

"Tal y como dijo el capitán", raspa Sarl. "*Delgaduchos*". Dirige una mirada punzante a Kiampas, cada arruga sonriendo con sus labios grasientos.

"Recuérdame lo mucho que odio esto", dice Galian a nadie en particular.

"¿Como un cuchillo en el corcho?" Xonghis pregunta.

"No. Peor".

"Yo también pensé que era el cuchillo", dice Soma.

"No", responde Pokwas. "Estaba golpeando tu escroto con, ah… *cardos*, ¿verdad?"

"Exactamente", dice Galian, asintiendo sabiamente. "Como golpear mi bolsa con cardos. Mi pobre bolsa bonita".

"Sí, sí", resopla Xonghis. Se golpea el yelmo con la parte plana de su espada.

"Piensa en todo el oro", contesta Somandutta, siempre tan ingenuo. Pobre Soma.

"¡Pfah!" grita Pokwas, frunciendo el ceño. "Es difícil gastarlo cuando las putas están ocupadas riéndose de sus duros desolladores, ¿no es así?"

Siente un tic de sudor cada vez que pronuncian esa palabra.

Puta.

Galian asiente una vez más, esta vez como si se tratara de una trágica verdad humana. "Las putas ya se ríen bastante".

Se da cuenta de que hablan más a su terror que a los demás. Los hombres siempre juegan al mimo, se pavonean en el escenario de sí mismos para evitar los papeles que el mundo les ha asignado. Las mujeres hablan de su miedo.

"Me pica el culo", anuncia de repente el gigante Oxwora. "¿A alguien le pica el culo?"

"Apunta hacia el otro lado", dice Galian. "Estoy seguro de que los flacuchos te complacerán".

Una ola de resoplidos y carcajadas atraviesa la fila.

"Sí. ¡Pero entonces mi culo *apestaría*!"

Una carcajada casi enloquecida, que toma el miedo como combustible, borrando los sonidos del escabroso arrebato…

"¡Soma!", grita el gigante. "¡Perfeccionas tus uñas! Préstame tu bonito dedo, ¿quieres?"

Y las risas se duplican.

El viejo Sarl llama a lo largo de las mismas con una voz grave. "¡Puedo recordarles, muchachos, que nuestras vidas están en peligro de muerte!" Su sonrisa, sin embargo, oculta su aprobación.

Lord Kosoter permanece inmóvil.

Distraída, Mimara no ve que Achamian se adelanta a la fila. Cuando lo vislumbra, su corazón se abre en algo que se aferra, que araña. Abre la boca para llamarle, pero su aliento ha caído por el fondo de ella. Teme desmayarse, pues él parece tan frágil bajo la imponente negrura, tan expuesto.

Pero ya está hablando, y con una voz que arranca de un manotazo las risas que quedan en la boca de los escalpadores. Incluso el rugido que se aproxima parece flaquear. Una Guarda se adueña de los espacios que tiene delante, una lente de luz azulada. Un resplandor cerúleo cala su pelo blanco y su capa de piel de lobo; de repente parece el Mago Gnóstico que es.

Uno de los Puntos Surillicos se oscurece, y un incremento de lucidez lo ensombrece todo. Kiampas pide a gritos una antorcha. Adormecida hasta las puntas de los dedos, vadea entre las mulas, le entrega la que lleva y vuelve a buscar otra, que enciende tocando la antorcha más central de la pared. Se gira a tiempo para ver cómo el

sargento lanza la antorcha por el pasillo frente al Mago. Se embolsa a la oscuridad con un anillo de oro puro…

Ve que algo se agazapa en la oscuridad, algo blanco que gruñe y brilla. Rodea el cuello de la mula más cercana con el brazo de la espada y abraza a la bestia con fuerza. "Bastión", lo llama, sin saber el por qué ni el dónde del nombre. "Bastión…" No le importa quién piense que es una tonta.

La propia oscuridad parece chirriar, crujir, chocar y resollar. Ladridos inhumanos resuenan en los techos invisibles.

Ve a Clérigo atravesar la línea a la derecha de Achamian. Con su capa desechada, se presenta con una armadura plateada, con placas bordeadas de una cadena imposiblemente fina, y su gran espada colgando de la cadera izquierda. *Ishroi*, piensa ella, recordando la palabra de Achamian de antes. El no-hombre se une al mago más pequeño en su canto arcano. Palabras profundas surgen de la raíz de las cosas, tan indescifrables que parecen tirarle de los ojos.

Por encima de ella, el Punto restante se desvanece como un pensamiento errante, y la compañía se reduce al brillo de las antorchas. La eterna oscuridad de Cil-Aujas se cierra a su alrededor.

El brillo de la brujería pinta todos sus rostros.

Mimara ya está corriendo hacia Kiampas cuando éste la llama, con las antorchas restantes abrazadas a su pecho. Las enciende una a una, trata de alejar el temblor de sus labios mientras las agita con atlética violencia en la oscuridad. Son lo suficientemente altas como para rozar las bóvedas con una visibilidad que revolotea. Algunas caen y chispean por el suelo vacío. Dos ruedan hasta el borde de la horda amortajada, proporcionando la más mínima visión: espadas de hierro mellado sostenidas a baja altura, ojos húmedos que brillan, miembros blancos que se doblan en el negro. La última astilla un semblante esculpido, y luego gira en azul hacia el centro encorvado de ellos. Vislumbra un puñado de rostros blancos, rostros de no-hombres, sólo que pellizcados en grotescas parodias de expresión.

Las sombras caninas estampan la antorcha en el olvido.

Vuelve a tropezar con Bastión y atrae su cabeza hacia su pecho. La inmovilidad de la bestia la anima, por alguna razón, y alivia el temblor de sus miembros. Le susurra al oído, le felicita por su valentía idiota. Ante ella está Lord Kosoter, impasible, inmóvil, con

los nudos de su trenza de casta noble brillando en la hendidura de su espalda blindada. La línea de sus Devoradores de Piel se extiende a ambos lados, y por encima de sus escudos, ella vislumbra fragmentos de Clérigo y Achamian, poco más que siluetas contra los planos curvos de sus Guardas.

Siente los Chorae… puntitos de la nada que se abren paso en la oscuridad lejana.

Los cuernos graznan en la oscuridad. La horda del inframundo avanza, sobrepasa las antorchas y sus charcos de luz en barbecho. Ella vislumbra una marea de rostros aullantes y espadas sépticas y torsos acanalados como perros…

La luz viva sale a su encuentro.

Los dos magos gritan en el fragor del trueno, uno alto y humano, el otro bajo y retumbante. Líneas cegadoras rayan el aire, su precisión es demasiado hermosa para ser cierta. Los pasillos bajo las columnas están escritos con teoremas y axiomas, quyanos y gnósticos, y la frenética embestida se rompe bajo ellos, se derrumba en vertidos y cortes. Los planos de basalto estallan. La sangre brota. Las llamas deslumbran.

Los dos magos gritan en medio de los chillantes truenos… La columna más cercana se desmorona por el tobillo, implosiona y se derrumba de inmediato, y los escalpadores gritan de terror. La grava y los escombros hacen llover humo sobre los pabellones. Las líneas hechiceras sisean a través de penachos de polvo rodantes. Analizan y miden las extensiones abiertas, diseccionan la masa agitada, los Sranc apiñados como gusanos, sus rostros de No-Hombres chillando, agitándose como palmas de festival, agitándose como perros en las fauces de los leones.

Otra columna se derrumba, y Mimara cree oír a Achamian gritar "¡*Noooo*!" a través del estruendo de la montaña. La risa maníaca de Clérigo se une al clamor.

Un hedor los invade. Sangre de Sranc, se da cuenta. Ardiendo.

Sólo ve fracciones a través y por encima de los escalpadores, destellos de luz. Turbas que arremeten. Geometrías brillantes aserrando. Marañas amontonadas de muertos. Siente al primer portador de Chorae antes de verlo, la caída en picado de la ausencia y el anatema… Varios en la fila gritan.

"¡Ni una rodilla cruje!" Sarl grita en tono sanguíneo. "¿Me oyes?

¡*Ni una rodilla*!"

El viejo mago vuelve a la fila y se tropieza con Kiampas. Está chillando nuevos Cánticos y Guardas antes de haber recuperado el equilibrio... "***yioh mihiljoi cuhewa aijiru***..."

"¡*Bashrag*! ", grita un escalpador. "*¡Seju! ¡Dulce Seju*!"

Incluso cuando la palabra se registra, ella lo ve, una sombra estampada a través de los muertos humeantes, que se eleva sobre el bullicio, tan alta de cintura como los hombres lo son de hombros.

"¡Ni! ¡Una! ¡Rodilla!"

Los ojos tienen reglas. Están acostumbrados al orden de las cosas y se amotinan cuando se exponen a violaciones. Al principio sólo puede parpadear. Aunque ha leído innumerables descripciones de la obscenidad, su carne abruma sus facultades. Proporciones elefantinas. Piel cercenada. Miembros amalgamados, tres brazos soldados en un solo brazo, tres piernas en una sola pierna. Lunares como cánceres, ulcerados de pelo. Una espalda doblada en una joroba fetal. Manos que florecen con los dedos.

El Bashrag carga contra los escalpadores, su rapidez contradice el paso de su marcha. Los hombres lanzan gritos y armas. Una lanza choca contra la coraza de escamas de hierro que cubre su parte central. Su hacha cae con la fuerza de los motores de asedio, hendiendo el escudo, el brazo y el pecho antes de que el impulso del hierro se convierta en el impulso del hombre y ambos se golpeen contra el suelo. Derrota al escalpador hacia la derecha. Arroja al muerto en alto al levantar su hacha, como si fuera la tela empapada de un martillo, y salta rugiendo hacia el viejo Mago. Achamian se encoge detrás de sus inútiles guardas.

Mimara ya está cargando. Ardilla sale, un arco brillante que atrapa a la abominación por debajo del codo. El acero corta de verdad. Los huesos se rompen. El músculo cortado se anuda bajo la piel. Pero sólo uno de los tres radios de la extremidad se deshace.

El Bashrag agita su gran cabeza con un rugido de moco. Los rostros vestigiales de sus mejillas hacen muecas con su propia musculatura. Las calaveras atadas a su pelo hacen un ruido de madera. Se vuelve hacia ella, con los párpados inferiores de cada ojo dibujados al rosa por las cuencas llorosas de abajo. Muestran sus dientes malogrados. Hay un momento de reconocimiento animal. La verdad del depredador y la presa pende como una posibilidad en el

aire entre ellos. Levanta su hacha hasta el estallido de los huesos mal unidos, y parece que aquí, en el momento de su muerte, se revela toda la justicia…

El humo que sale de las hogueras de la dominación.

Ella grita… Algo más suplicante que una oración.

Pero Oxwora ha salido disparado de la nada, estrellando hombro contra escudo en las tripas de la criatura, haciéndola retroceder y caer. El Thunyerio gruñe con salvajismo humano, y se pone a trabajar con su hacha, cortando y picando. Pero un Sranc salta sobre su espalda y le clava la espada en el cuello. El gigantesco escalpador grita y se arquea, dejando caer el mango de su hacha. Atrapa a la cosa con su mano libre, la levanta chillando y ahogándose…

Sólo para dejarlo caer, atravesado en las tripas por otro Sranc. Se tambalea hasta caer de rodillas y luego se levanta milagrosamente. La sangre se derrama de sus labios como el vino de un cuenco y cubre su barba de lino. Sus ojos se nublan, pero su rostro sigue gruñendo de rabia. Agarra al portador de la lanza en un abrazo que le rompe la espalda, y se abalanza sobre él como si abrazara a un niño.

El ahogado se ha vuelto hacia Mimara. Hace una mueca ante su temblorosa espada, con el rostro fruncido en una mueca de locura, como si su piel estuviera simplemente envuelta, y no anclada, al resbaladizo hueso que hay debajo. Su taparrabos se ha retorcido en una cuerda y su falo se arquea contra su corselete, temblando. La violación flota en sus brillantes ojos negros.

Su cuerpo se espesa con la sangre que le duele derramar.

Luego desaparece, golpeado en la penumbra como si lo hubiera hecho un inmenso e invisible garrote. Por encima del cadáver jorobado del Bashrag, vislumbra a Achamian de rodillas, con la boca y los ojos incandescentes.

Mira a su alrededor, presintiendo la llegada de más Chorae. Todo son gritos de pánico entre las mulas y gritos de desorden entre los escalpadores. Ve a Pokwas bailando con su gran tulwar, cortando contra una marea de Sranc que chilla como un gato: Lord Kosoter preparado, apuñalando alrededor de su escudo, perforando cuellos y rostros y axilas. Ve a Clérigo cabalgando sobre los hombros de otro Bashrag, con su gran espada enterrada en el ojo de

la monstruosidad.

Y ella piensa, *Ishroi…*

"¡Aguanta!" Kiampas grita. "¡Aguanta!" La jabalina que lo alcanza en la boca no parece moverse tanto como *aparecer*, un pincho negro atravesando su cabeza. Cae hacia atrás, clavado en las otras sombras húmedas en la periferia de su atención presa del pánico.

Una de las mulas se ha incendiado… La luz dorada baña lo que era perverso y oscuro.

"¡*Mimara*!"

Achamian la tiene cogida del brazo. La empuja hacia atrás, hierro insospechado en su agarre de anciano.. Ve a uno de los jóvenes Galeoth agazapado, con los dientes apretados mientras intenta arrancarse una jabalina del muslo. Ve a otro Bashrag pisoteando a los escalpadores, apartándolos a martillazos como efigies de paja. Comienza a cortar a las mulas, con latigazos de sangre que se arquean. Las bestias vuelan en desorden, como si se dispersaran por la caída de algo en lo alto. Ve a Bastión, con las ancas desgarradas, patinando bajo la monstruosidad que se tambalea. El hacha le alcanza la joroba del cuello. Ve cómo su cabeza se repliega sobre un flanco brillante y se desvanece bajo el cuerpo mientras se desploma hacia delante.

"¡Hemos perdido esta batalla!", grita el viejo Mago. La sangre mancha su barba, pequeños rubíes atrapados entre las gruesas hebras. Sólo ahora se da cuenta de la Sala que los rodea, una curvatura sobrenatural.

"¡Ponte en la línea!" Sarl está gritando. ¿Queda alguna línea?

Los Sranc se lanzan contra las pantallas espectrales, se agitan, los escudos echan humo, la piel se llena de ampollas, las espadas echan chispas. Ella se aferra al viejo Mago, mira fijamente con algo demasiado entumecido para ser miedo o terror. Hambriento y sin pelo. Envuelto en pieles desolladas con anillos de hierro. Son el hambre. Son el horror. Son la rapidez que hace que el odio se ensañe con los hombres.

Ella oye la llamada hechicera del Mago a través de su pecho: el nacimiento de sus palabras. Líneas incandescentes brotan de sus palmas, golpean a lo largo del Muro Emwama y comienzan a hacer tijeras al ritmo de sus gestos.

La luz blanca esculpe la oscuridad en lo más profundo. Los Sranc se sacuden, gritan y arden.

Entonces, uno de ellos simplemente atraviesa la Guarda, blandiendo una espada de hierro podrido. Durante apenas unos latidos, los Chorae han flotado ahí fuera, pequeños agujeros abisales, el tiempo suficiente para que ella lo haya olvidado. Levanta a Ardilla a tiempo, aunque su brazo se entumece por la conmoción. La criatura rabiosa aúlla, golpea a Achamian con su mano libre, la que está agarrotada alrededor de la Baratija…

El Mago cae hacia atrás, rodando a lo largo de su brazo flojo. El Sranc gira su hoja hacia arriba y alrededor…

Su espada y su embestida son un solo ser. La punta atrapa la obscenidad en la tráquea. Se amordaza y se lleva los dedos con garras a la garganta. El Chorae cae al suelo.

No ve la caída del Sranc pateando a través de la desvanecida Guarda.

Chorae. Lágrima de Dios. Baratija…

Le hace daño a los ojos incluso mirarlo, ver tanto la simple bola de hierro tachonada de sangre Sranc como el pozo que grita en el olvido. Ella lo aferra, ella que aún no está maldita, lo aprieta contra su pecho y su corpiño. La náusea la retuerce como un odre. El vómito sorprende su boca, sus dientes.

Algo la golpea y parpadea, de repente sobre las manos y las rodillas, tosiendo, con arcadas. La oscuridad se arremolina, como si fuera un líquido que persigue grietas en la luz. Y comprende con graciosa finalidad… Nadie reconoce su propia muerte. Llega de forma inevitable y absoluta.

Llega como un extraño.



Achamian hizo una mueca, parpadeó ante el escozor que era lo único que podía sentir. Lágrimas o sangre o sudor, no importaba. Sabía que estaba tirado en el suelo, con la nuca atrapada en un recodo de los grabados del muro Emwama. Sabía que su vida había terminado. Sabía estas cosas, pero a la manera de caprichos o ensueños ociosos. Lo que era duro se había vuelto distante, fantasmal. El mundo había perdido su agudeza, y toda la sustancia había huido a las abstracciones.

Podía ver las regiones a su alrededor engrasadas por la luz de las antorchas: sus piernas tan inamovibles como la montaña, el desplome de la chica, los bordes del inhumano suelo de la matanza. Pero más allá…

Sus ojos subieron a la negrura.



"¡Seju! ¡Kellah! ¡Joder!"

Los ojos se estremecen con la sangre. La cabeza rodando. Su corazón revoloteando contra el umbral del olvido. Miradas de una existencia de pesadilla.

"¿Viste a Clérigo? ¿Lo has visto?"

"Dulce Kellah, ¿podrías agarrarla?"

"Venid, chicos. Rápido. Rápido".

"¿Qué le pasa en la cara?"

"Sólo sal. De las Lágrimas de Dio…"

"¡Ya basta con las malditas preguntas! Muévete, muévete".

Las sombras consultan. El dolor le clava el primero de sus muchos alfileres en el cráneo. Los brazos la levantan como una cesta contra un pecho blindado de escamas. Las lágrimas y la luz de las antorchas convierten en oro y agua el rostro de su portador. Pero ella reconoce el olor: mirra a través del hedor de las entrañas…

Soma.

Es un punto de referencia, y la situación en la que se encuentra vuelve a ser la misma. "¡Akka!", grazna. Corren con la prisa de los heridos, un escaso grupo de nueve o diez o quizás más. Soma le dice que se aferre a su cuello, le levanta la barbilla hacia su hombro. Entre respiraciones entrecortadas, le dice que el Mago vive, pero que no saben más. Ella puede sentir el Chorae entre sus dos corazones. Él le explica que tiene suerte de estar viva, que una jabalina Sranc la ha tocado. Comienza a nombrar a los caídos.

Pero ella ya no escucha. Un mechón de pelo ha pasado por su frente, enhebrando la sangre de sus ojos a su mejilla y labios. Están corriendo a lo largo del muro Emwama, y ella puede ver su posición perdida a la luz de una sola antorcha restante, los restos de Hombres y Sranc y mulas. Ve a uno de los suyos correr renqueante,

más lento y precario a cada paso. Lo ve tambalearse, caer de rodillas. Ve al capitán más atrás, corriendo solo, una silueta brillante a la luz de las antorchas. Lo ve levantar su espada para golpear al rezagado.

Y más allá, en la distancia, como si se asomara a un pozo sin paredes, *ve a Clérigo brillando*, encendido en luz hechicera. Las jabalinas estallan como pájaros contra la curva de sus guardas. Los Sranc se agolpan y se agitan ante él, cortados y desgarrados por la furia brillante de su canción. Tres Bashrag se acercan a él, obscenidades de pelo corto que se tambalean intactas a través de geometrías tejidas de incandescencia, cada una con ecos de la ausencia que se embolsa su pecho izquierdo. El No-Hombre salta fuera de su monstruoso alcance, navega en medio de más Sranc, su espada cayendo en un arco oblicuo. Las líneas hechiceras reflejan cada uno de sus golpes, y el humo escupe de todo lo que trazan. El aire parece chillar. La luz blanca marca los huecos de los pilares de la galería, las bóvedas esculpidas, las superficies con paneles, revelando un suelo repleto de huestes de Sranc, pasillo tras pasillo, tan densos como el trigo lanzado por el viento…

Y Clérigo ríe y canta y cobra su terrible peaje, el último heredero de Cil-Aujas.

El muro Emwama llega a su fin. Soma se vuelve con el grupo de fugitivos hacia la oscuridad. El trabajo en piedra se dibuja a través de la loca escena, borrando el horror y la gloria con los desesperados aspectos prácticos de la huida.

Y ella piensa, *Incariol*…



Huye.

Ella ha escuchado y leído la palabra muchas veces; incluso ha pretendido haberla vivido. ¿No huyó de su madre? ¿No huyó de la lucha encarnizada de las Cumbres Andiamine?

No.

Huir es cuando el terror te atraviesa como un millón de garrapatas. Huir es cuando corres con tanta fuerza que el propio aire empieza a estrangularte. Huir es cuando los aullidos de tus perseguidores te cortan los nervios de la piel. Huir es cuando

escuchas a los demás negarse a llevar al Mago, y pasa un lento latido de duda en el que te preguntas si el viejo podría entretener a tus cazadores, como si fueran kellics de plata arrojados a una turba de mendigos.

Huir es cuando todas las direcciones del mundo se estrellan en una…

Fuera de casa.

Las profundidades laberínticas de Cil-Aujas los complacen. Ninguna puerta les impide el paso. No hay derrumbes que les aprisionen en un callejón sin salida. Como un milagro, cada umbral negro se abre a otro pasillo.

¡Lejos! ¡Lejos!

Tienen dos antorchas entre ellos. Una de ellas se convierte rápidamente en negro. Cuando los pasillos se estrechan, ella es tan corta que lo único que ve de su luz es su descarnada caída por los techos. Todo lo demás son destellos e insinuaciones. Hombros manchados de sangre. Hojas con muescas. Torniquetes empapados. De vez en cuando vislumbra perfiles: Sarl mordiéndose los labios, con una especie de senilidad por el shock que le hace brillar los ojos. Achamian, inconsciente, con la mejilla y la sien cubiertas de un blanco cancerígeno. Pokwas secándose las lágrimas, con la mirada clavada en su periferia…

Sólo Lord Kosoter ha llevado intacta su inescrutabilidad. Él y Soma, que no le ha soltado la mano desde que empezó a correr sola. Una y otra vez sus miradas lo encuentran: Ella no le había considerado a la altura de esta enormidad. Hay una ira en su mirada, sombría e inconquistable. Sus ojos se han convertido en faros de su nobleza de casta.

Corren tan rápido con tan poca luz que sólo ven la patada del polvo y nada de la bruma colgante. Pero saben que el rastro que dejan es mortalmente obvio. No ven nada de sus perseguidores -apenas pueden verse a sí mismos-, pero pueden oírlos aullar por los pasillos: un coro infernal de gritos y chillidos estridentes, que se eleva detrás de ellos, superando su paso aterrador, filtrándose por los pasillos oscuros a su alrededor y delante de ellos, de modo que cada dos por tres los ecos los engañan para que giren o bajen en espiral por antiguas escaleras.

Una vez más los cuernos se hinchan a través de las

profundidades, una amenaza que se tambalea. El estruendo los llena, los adelgaza de terror, hasta que se convierten en trapos arrastrados por un viento espantoso. Los salones y las bóvedas y los paneles esculpidos resplandecen a la vista y caen en el olvido. Los hombres gimen y lloran.

Ahora son todos sollozantes. La fatalidad se desliza como el plomo en sus miembros, de modo que se tambalean contra su propio volumen. La perdición enciende el aire, de modo que cortan con pulmones de horno. La fatalidad destroza sus pensamientos, de modo que se convierten en fragmentos voladores, en almas que se rompen y desmoronan con cada sacudida y giro.

Ni siquiera se detienen cuando la puerta de bronce salta a la luz de las antorchas, sino que se lanzan contra ella, gimiendo y maldiciendo. La puerta les devuelve los golpes. Pokwas clava una lanza en la abertura y empieza a hacer palanca. Mimara mira sin aliento ni pensamiento los desnudos con grilletes estampados en ella: más esclavos Emwama. Galian, Xonghis y los demás se vuelven hacia las cortinas de oscuridad que hay detrás de ellos, hacia el clamor concentrado. Lord Kosoter la agarra por la nuca y la lanza contra el Mago inconsciente. Ella no necesita explicaciones. Se aferra a las mejillas de Achamian, solloza ante el roce de la sal contra su palma derecha. "¡Akka!", grita. "¡Akka! ¡Akka! *Te necesitamos*."

Sus ojos revolotean.

El mango de la lanza se rompe. Pokwas grita algo en su lengua materna y empieza a sacar sangre de sus puños. El polvo de sus esfuerzos nubla la luz de las antorchas, tiza sus bocas.

"¡Akka! ¡Akka, por favor!"

El estruendo es palpable, una punzada que sale de las paredes de grava. El Chorae se inclina como un dolor contra su corazón.

"¡*Aquí vienen*!", grita Galian.

"¡Akka! *¡Akka!* ¡Despierta! ¡Maldito Seju! ¡*Despierta*! "

Entonces, como una visión, una figura sale trotando de la negrura…

Clérigo.

Los escalpadores retroceden a trompicones, desconcertados y horrorizados. Empapado en sangre de Sranc, su piel y su armadura están empapadas de polvo. Oscuro como el basalto, parece una

aparición. Cil-Aujas convertido en un ser animado.

Se ríe de los asombrados Hombres y saluda a Pokwas desde la puerta. Su murmullo hechicero hace que los oídos de Mimara se llenen de agua. Sus ojos y su boca se vuelven blancos, y algo, una onda de fuerza parpadeante, brilla en el aire. Se oye un chasquido ensordecedor; las puertas de bronce se abren de par en par.

"Es hora de correr", dice el No-Hombre, su voz es milagrosamente audible a través del rugido chirriante.

Con un temor demasiado frágil para ser esperanza, los supervivientes se adentran en la negrura más allá del borde de bronce.



Abajo. Abajo. Abajo, a la piedra más gutural.

Atrás quedan las paredes picadas por la imagen, los suelos nivelados y los techos en forma de barril. Corren a través de túneles desbastados, tan profundos, tan cerca de la raíz de la montaña, que hasta el aire parece comprimido. La roca agrietada se calienta al tacto, como la piedra recién extraída del perímetro de un incendio. Y el aire se *mueve*, siempre caliente, siempre contra ellos, como si persiguieran la fuente de alguna exhalación interminable. Una tintura sulfurosa les amarga la lengua.

Se han adentrado en las *minas*, se da cuenta, el trabajo de mil generaciones humanas, esclavos engendrando esclavos, dragando nimil sagrado para sus amos no humanos. Y la hueste de Sranc se abalanza tras ellos, bajando a toda prisa por las rectas, saliendo de los cuellos de botella, viendo de algún modo por los ladridos y los gritos. Se están acercando, tanto que los escalpadores pueden oír el batir de sus garras, el golpe y el raspado de sus armas, el esputo que hierve a través de sus gritos. La compañía es un esquife que gira y se desliza en el borde de una ola que rompe. Y, sin embargo, la furia y el número de sus perseguidores parecen frenarles, arrastrarles a una cuerda salvaje. Clérigo se detiene varias veces para enfrentarse a ellos, dejando a los escalpadores con la penumbra de su única antorcha. Oyen su risa retumbando detrás de ellos, el susurro de su hechicería zumbando a través de sus huesos, el chasquido y el estruendo de pesos inimaginables. Pero temen que

los Sranc se adelanten a través de los túneles paralelos. Así que el Capitán se desvía hacia la izquierda y hacia abajo en cada bifurcación, con la esperanza de dispersarlos en las profundidades laberínticas.

Y el mundo se apila cada vez más alto sobre ellos.

Su garganta se viste de gala para jadear. El calor droga su agotamiento, la hace caer tanto como correr, persiguiendo zancada tras zancada borracha con sus botas. Se ha quedado atrás. Una sensación la empapa, tan cálida, tan consoladora que parece sagrada, una especie de horror revelador, sin cuerpo y flotante y tan desgarradoramente claro. Se ha lanzado a los extremos del terror y la voluntad, y no le queda más que hacer piruetas y caer en picado…

Ha corrido hasta el mismo borde de la Lejanía.

Perdóname…

Las cosas duras se han convertido en agua; sólo el suelo puede romperla. Se cae, más saco que humano. Le faltan incluso las fuerzas para levantar las manos. La arena le golpea la cara. El polvo le quema las encías.

Los Sranc la tendrán, y ella morirá, atravesada por sus brutalidades.

Perdóname, madre.

Oye gritos, rabia convertida en llanto. Huele a mirra…

Es arrojada sobre un amplio pecho, colgada como una tela que se escurre de los brazos.

"¡*No perecerás por mí*!" Ella oye su voz rasposa. "*¡Te llevaré a través de las puertas del infierno! ¿Me oyes? ¡Mimara!* ¿Me oyes?"

Ella se acerca a su mejilla, pero su mano es una piedra que pende de una cuerda.

Deja que su cabeza lleve sus ojos a donde quiera. Se sacude y rueda al ritmo de sus esfuerzos; sólo el encorvamiento de su brazo, al parecer, impide que se libere. Las fisuras de las paredes y el techo se dibujan, se arquean, se cruzan y estallan en fosas y peñascos. Los escalpadores corren y se afanan, con sus figuras curvadas por las lágrimas y los ángulos, y con el paso de una palma de luz que se desliza. El Mago se desploma entre dos de ellos, con los dedos de los pies arañando surcos en la arena, pateando contra las colas de las piedras.

El pasaje se sumerge y se retuerce en una curva de cola de perro, que termina, milagrosamente, en unas fauces de color naranja calabaza, tan brillantes como un sol abrasador del horizonte. Su visión le pone el cuello rígido, y durante un tiempo se limita a mirar fijamente, observando cómo las sombras de la compañía vagan por su luminosa extensión.

"*Luz*", murmura. "¿Qué?"

"Luz", grazna Soma como afirmación. "No lo sabemos".

"¿Clérigo?"

"Perdido. Detrás de nosotros".

De repente, siente que el calor afea el aire, convirtiendo el vacío en ceniza. Parece que siempre lo ha sentido, sólo como una sombra a través del frío de la inconsciencia.

El mundo pone sus anzuelos en lo más profundo, atrayendo siempre a las almas a través de sus infinitos contornos. Las circunstancias renacen y los corazones se renuevan. Una chispa palpita a través de sus músculos destripados, devuelve las extremidades flojas a su voluntad. Mira al hombre que la lleva -Soma, despojado de su seria tontería- y le parece que es un niño en un columpio.

Ella sabe que él la ama.



Luz, exuberante y humeante. El túnel se abre como la boca de un cuerno maltratado. Un silbido que había escapado a sus oídos se convierte en un rugido jadeante. Un hedor abrasador flota en el aire como un aguijón en la piel. Bajan a trompicones por laderas de grava ardiente -el cuenco de un anfiteatro en ruinas, se da cuenta- mirando atónitos los barrancos que cuelgan en las distancias por encima de ellos, acantilados apilados sobre acantilados, sus vientres cocidos en carmesí humeante. Debajo de ellos, en la base de las gradas en ruinas del anfiteatro, una semiesfera de pilares, lisiados y sin techo, encierra una terraza cubierta de heces. La luz bordea el abismo, ennegrece los cimientos amontonados. El azufre se agolpa en el dorso de las gargantas. El aire ondula con el calor.

Nadie habla mientras se tambalean hacia el borde. A la vista, el hecho de sus pérdidas parece condenarlos. Heridos, sin amigos y sin

provisiones, los Devoradores de Piel son poco más que un remanente de lo que fueron.

Entrecierran los ojos. Aprietan los labios contra las sonrisas de cansancio. El calor les pincha los dientes. Muchos caen de rodillas entre los pilares y contemplan el panorama con consternación y horror. Un lago de fuego, que chispea como el hierro bajo el martillo del herrero. Una inmensa sábana, tan moteada como la piel de una vieja arpía, sólo con el fuego que resbala y la luz beligerante.

Soma deja a Mimara en el suelo y se pone a cuatro patas, mirando a la arena, con la espalda agitada. Se arrastra hasta el lugar en el que Pokwas ha dejado a Achamian en un agotamiento sin precedentes. Él respira. Parece intacto. Lo hace rodar sobre su espalda y atrae su cabeza floja hacia su regazo. Sus hombros se estiran con su respiración, y se pregunta si llora.

"*Mimara*", susurra el Mago. Ella se muerde el labio inferior de alegría, parpadea las lágrimas.

Pero él la empuja hacia atrás, patea débilmente un talón entre los escombros. "Chorae", ronca, con la cabeza echada hacia atrás con angustia.

De alguna manera lo ha olvidado, aunque tira como una caída fatal contra su pecho. Como si la atención se hiciera real, la súbita nada de ella succiona la voz de su garganta.

"¡El Infierno!" Pokwas grita con un pánico estridente, como un hombre que decide que de hecho está despierto. Sobre una rodilla, se apoya en su tulwar. Baja la frente hasta el pomo. "¡Hemos huido demasiado lejos, demasiado *profundo*!"

Sarl levanta los puños a ambos lados de su cráneo, se araña el pelo grisáceo. Hay un niño en su cara, berreando a través de una piel tan arrugada que parece hecha de cuerda y cordel. Cacarea a través de los dientes llenos de encías, llora

"¡Es verdad!" Grita Xonghis, con los ojos redondos y desorbitados. Sólo él y Lord Kosoter permanecen de pie. El aire vacilante desprende la sustancia de sus figuras, las hace más delgadas. Están escritas con suciedad y sangre Sranc.

"Esto no es el infierno", dice el capitán.

"¡*Pero lo es*!" Sarl cacarea y grita, meciéndose como una viuda bajo la pira de su marido. "¡Mira! ¡*Mira*!" Levanta los dedos torcidos

hacia el espectáculo que tienen delante.

De alguna manera, la espada del capitán ha saltado brillando de su funda. Su punta acaricia el hueco del pubis bajo la barbilla del sargento, tantea el vello enjuto. Por un momento, Sarl sigue meciéndose, arrastrando la brillante hoja de un lado a otro con su garganta. Luego se queda muy quieto.

"Esto", rezonga el capitán, "no es el infierno".

"¿Cómo lo sabes?" Grita Galian.

"Porque", dice el Santo Veterano, su voz es tan fría que parece que el sonido debería ser de niebla o escarcha. "*Me acordaría*".

Con un movimiento reptiliano, marca la mejilla de su sargento y se aparta de su compañía. Atraviesa la ruina hasta la esquina más alejada de la terraza y comienza a descender por una escalera cortada en las elevadas paredes de la grieta.

Durante varios latidos, los escalpadores se quedan mirando a su capitán. Nadie habla ni se mueve. Entonces, un ladrido atraviesa el rugido del ambiente y todos los ojos se dirigen al túnel de arriba.

Chillando y aullando, los Sranc se acercan, como piojos saliendo de la oreja de un muerto. Clérigo ha caído, se da cuenta con un horror desplomado.

Cil-Aujas ha matado al último hijo que le quedaba.



Mimara se encuentra corriendo sobre piernas tejidas de terror, siguiendo de cerca a Galian y Soma, que sostienen al Mago semiconsciente entre ellos. Corren como los perdidos, como aquellos cuyos corazones se enfrentan más al destino que a los enemigos. Su peligro es fatal e inmediato, pero ella tropieza y jadea, afectada por un vértigo estremecedor. La caída rueda a su izquierda, haciendo señas, tambaleándose…

El lago de fuego brilla en las distancias, una placa brillante en el fondo de una vasta caverna, surcada como el hueco de un árbol muerto hace tiempo. Las elevadas caras de basalto se empinan en el calor, con un borde negro de color carmesí. Donde la piedra se inclina cerca de la superficie resplandeciente, a través de las grutas que albergan los alcances más lejanos, el fuego cae en cortinas y arroyos. Los gases ardientes soplan en faldas a través de las

extensiones vacilantes. Las erupciones arrojan un resplandor de la altura de las mayores torres de Momemn.

Han huido demasiado lejos, demasiado profundo. Han pasado más allá de la corteza del Mundo a los recintos exteriores del Infierno. No puede haber otra explicación…

No perdidos. *Condenados*.

Lord Kosoter les espera en el primer rellano, con su espada aún desenvainada. Ella sigue su mirada hacia el recodo de la escalera que hay sobre ellos. Masas de Sranc fluyen a través de la terraza que habían ocupado hace unos momentos, literalmente cortándose unos a otros para desembocar en los escalones. Alrededor de los imponentes abdominales de piedra, puede ver a cientos más saliendo de la boca del túnel, con sus rostros blancos rosados por el resplandor infernal. Los primeros Bashrag se abren paso entre ellos. El rugido de la caverna parece fundirse con sus gritos, para añadir un trueno a su cacofonía.

La pose de su capitán lo dice todo. La distancia está perdida para ellos. Sólo queda la muerte y la amarga venganza.

Aquí están los Devoradores de Piel.

"¡Todos sabíamos que llegaríamos a esto!" Sarl grita y cacarea. El corte en su mejilla sangra y sonríe. "¡Infierno y Sranc, chicos! ¡Infierno y *Sranc*!"

Achamian es arrojado a través de los escalones inmediatamente debajo del rellano. Los que no se han desprendido de sus escudos forman una nueva fila, cinco al hilo, desde la pared de la caverna hasta el borde podrido del rellano. Los Sranc se lanzan de cabeza hacia ellos, con sus rostros retorcidos por la furia y el hambre licenciosa. Ve cómo varios caen por el borde de la escalera, cayendo a patadas en las planchas de fuego de abajo.

Lord Kosoter le agarra el hombro con la mano libre. "¡Despiértalo, muchacha!", grita, con los ojos fijos en el diluvio de extremidades salvajes que está a punto de descender sobre ellos. No necesita pronunciar la suma de sus intenciones: *Despierta al Mago o estamos muertos*.

Se pone en cuclillas junto a Achamian. Una costra de sal se ha desprendido, y la sangre brota de su mejilla desollada, pero él ha vuelto a caer en la inconsciencia. El calor la golpea y, por un momento, casi se cae, y habría resbalado de no ser por el repentino

agarre de *Achamian*.

Ella le mira fijamente. Una alegría aferrada la atraviesa, pero su mirada enloquecida la hace caer en el olvido.

Sus labios se mueven en torsiones paralizadas. "¿*Esmi*?", grita.

"¡Akka! Sranc, ven… ¡Sólo tú puedes salvarnos!"

"¿No lo ves, mujer? ¡Es *Dûnyaino*! ¡Él nos despierta para llevarnos a un sueño más profundo! ¡*Él nos hace amar*!"

"¡Akka! ¡Por favor!"

"¡Orígenes! Los orígenes son la verdad de nosotros". Una furia atornilla su rostro, tan venenosa que ella siente la vergüenza incluso a través de su pánico. "¡Te *lo demostraré*!", gruñe.

Un entumecimiento la atraviesa, un reconocimiento…

"Akka".

Un aullido inhumano. Su cuerpo gira la cara por sí mismo.

"¡*Muévanse*!", dice Pokwas, presionando entre sus hermanos para situarse al frente de la fila. La escalera ascendente se ha convertido en una cuerda de cuchillas que se menean y rostros que gruñen. Las criaturas bajan los escalones como simios hambrientos. Los que van en cabeza se lanzan literalmente desde varios peldaños hacia arriba y se abalanzan sobre el escalpador de piel negra. El gran tulwar se lanza en picado y comienza la sombría danza, con el cuerpo y la espada balanceándose en un impecable contrapeso. Las hojas picadas se rompen. Los burdos escudos son hendidos. Los miembros se golpean girando. El bailarín de espadas no mata, sino que cosecha, gimiendo en su extraña lengua zeümi. La sangre abofetea las paredes agrietadas, engrasa la escalera, navega en harapos y cuerdas sobre la caída.

Mimara se sitúa por encima del Mago, con un pie plantado en el rellano, y los otros dos pasos hacia abajo. Saca a Ardilla de su funda, sostiene el acero de Seleukarano en alto, de modo que parece hervir con la luz infernal.

Ella es Anasûrimbor Mimara, niña-puta y Princesa-Imperial. Morirá escupiendo y peleando, ya sea en Cil-Aujas o en las Puertas del Infierno.

"¡Mis sueños me muestran el camino!", brama el Mago desquiciado desde sus pies. Tantea intentando arrancarse de la piedra. "¡Lo *seguiré*, Esmi! Lo perseguiré hasta el mismísimo vientre".

Durante once milagrosos latidos, Pokwas frena la marea descendente. Los primeros Sranc entran en pánico, intentan retroceder aterrorizados, pero la turba de arriba los hace derrapar por los escalones corneados, hacia el arco de la hoja Zeümi. Los cadáveres se amontonan ante el Bailarín de la Espada, saliendo como peces apilados.

Entonces las jabalinas negras comienzan a caer…

Uno de los escalpadores de Galeoth que sobreviven muere en el acto, atrapado por encima de la clavícula y golpeado hacia atrás. Tropieza con el Mago y cae, dando vueltas por una docena de escalones antes de caer por el borde de la escalera. Mimara se queda boquiabierta mientras dos jabalinas atraviesan los espacios abiertos a ambos lados de ella, rasgando el aire como una gasa. Pokwas golpea literalmente una con su espada y la lanza por el borde. Pero una segunda hace sonar su cofia de combate. Se estrella en una maraña a los pies de sus compañeros Devoradores de Piel.

Los Sranc caen sobre ellos.

Rugiendo, los escalpadores se apoyan en sus escudos y cortan y martillean. Se cobran un peaje cortante y punzante. De alguna manera, Pokwas se libra. Lord Kosoter ensarta al flaco frenético que le acompaña, y le da una patada en la cara hasta convertirlo en aguanieve. Con sus botas patinando, Mimara se lanza a la presión, e incluso consigue atravesar a dos con Ardilla entre la espesura de miembros tensos y armas trabadas. Pero al levantar la vista, ve las multitudes salvajes que se abaten sobre ellos. El aplastamiento lanza a un Sranc tras otro por el borde exterior de la escalera. Algunos incluso se arrastran por la superficie erizada de sus hermanos. Los primeros Bashrag se acercan, uno de ellos con un Chorae que ahueca su grotesco pecho. Y la columna enloquecida se amontona cada vez más alto, serpenteando por el contorno de la pared de la caverna, hasta la cima de la escalera, hasta la terraza…

Ve a *Clérigo*, que se *asoma* al anfiteatro en ruinas, colgado, iluminado con luz blanca contra las murallas negras y rojizas. El No-Hombre se vuelve hacia ellos, dando zancadas en el aire vacío. Su canto hechicero se eleva de algún modo a través del ruido y el clamor, como la sangre exprimida de la propia médula del mundo. Parábolas brillantes se enganchan a través de los espacios abiertos, caen a intervalos a lo largo de la escalera repleta. Y los arcos

engendran arcos, saltando de Sranc a Sranc chillón, multiplicándose al ritmo de la fuerza y el tenor de la llamada arcana de Clérigo. Se detiene, se queda inmóvil sobre el lago ardiente, con los ojos y la boca brillando como estrellas, las manos extendidas. Escisiones incandescentes. Telares de luz. Los Devoradores de Piel dejan de patinar hacia atrás y comienzan a avanzar. Por encima de ellos, sus enemigos se agitan y arden, atrapados en redes cegadoras, geometrías deslumbrantes.

Sus gritos inhumanos se clavan como agujas en los oídos.

Y ella piensa, *Ishroi…*

Lord Kosoter brama, ordenándoles que corran, pero Mimara se encuentra tropezando hasta detenerse en el segundo rellano. Arriba, las escaleras están llenas de cadáveres humeantes de Sranc. Pero dos Bashrag permanecen intactos, portadores de Chorae. Les observa arrojar los cadáveres ampollados a través de la larga caída entre ellos y Clérigo. Tres se quedan cortos, girando como hachas lanzadas al caldero de abajo. Un cuarto golpea la Guarda Quyan del No-Hombre, que había sido casi invisible por el resplandor. El cadáver echa humo, dibujando una mancha ardiente mientras se desliza hacia abajo y se aleja, hacia el brillo incinerador de abajo.

Riendo, Clérigo grita otro Cántico, y unas líneas como el brillo de una navaja de afeitar surcan el aire. Cortan la base de la precaria escalera, y los peldaños se desprenden, inmolados en serpentinas de polvo negro. El Bashrag inferior se desliza sobre unos tacones malformados y cae en picado, chillando con unos pulmones elefantiásicos. El otro huye de nuevo por la escalera, estampándose entre los relucientes muertos.

Pero Soma la coge del brazo y la arrastra tras los demás. Por primera vez percibe el olor del aire fresco que se cuela entre las convecciones que la cubren. La fuerza de este aire crece y crece, hasta que le adormece la cara y le suelta el pelo, deslizando los dedos doloridos por su cuero cabelludo enjabonado de sudor. Lóbulos de piedra negra sumergen la base de la escalera, estriados y arrugados como la piel. Ella y Soma los atraviesan a zancadas pelirrojas, apresurándose a alcanzar a los demás. Los ve desaparecer en la boca de un corredor parcialmente enterrado, el origen de la gélida ráfaga.

El pelo y la ropa se agitan detrás de ellos. Un aullido de vacío se

sobrepone a cualquier otro sonido. Ella se inclina contra la ráfaga, que parece arrastrarla sobre los dedos de los pies. Su coraza se aplana contra ella, tan fría como la piel muerta. Vuelve a mirar hacia el lago de fuego y el anfiteatro destruido, pero sus ojos están demasiado entumecidos por el frío para ver mucho más que manchas de brea y explosiones peludas de carmesí y oro.

El corredor desciende con poca pendiente, de modo que el flujo petrificado les aprieta más bajo las bóvedas del techo. Pronto están agachados. Soma le grita algo, pero sus palabras se las lleva el viento como si fueran pelusas. El viento es tan frío que les escama la piel enrojecida y les clava las uñas hasta los huesos. El techo se inclina cada vez más hacia abajo, y parece que todo el peso montañoso de Aenaratiol se cierra sobre ellos. Están de manos y rodillas, escalando literalmente contra un vendaval de tempestades. El escozor y la negrura les ciegan.

El viento disminuye. Se inclinan hacia delante, como si fueran arrojados por las corrientes de aguas bravas. Unas manos los aferran desde la oscuridad.



Bocas chillando en la luz. Sombras que revolotean a través de ángulos tortuosos.

¡*Corre*! algo gritó dentro de él. *¡Dulce, dulce Sejenus! ¡Debes correr!*

Y sin embargo, Achamian estaba sentado a sus anchas, preocupación más influida por la curiosidad que por el pánico. Llevaba la ropa fina de un cortesano, y el aroma del incienso suavizaba el aire. Jazmín. almizcle de Canela.

Los bajos techos de los Anexos colgaban a su alrededor, la gimiente arquitectura de postes y dinteles de una época anterior a los arcos. Sonrió ante la imagen de su Alto Rey a través del plato de benjuka, y luego miró al niño que se apoyaba en su regazo, Nau-Cayûti, que llevaba un estuche cilíndrico de pergaminos dorados demasiado pesado para sus tiernos brazos. Padre e hijo rieron mientras él levantaba el tubo dorado.

Los gritos de los moribundos raspaban la piedra… pero en otro lugar.

"¿Qué pasa, papá?", llamó el joven príncipe a su padre.

"Un *mapa*, Cayû. A un lugar fuerte. Un lugar oculto".

"Ishuäl", dijo Seswatha, despeinando el cabello del niño con su mano libre.

"¡*Me encantan* los mapas, papá! ¿Puedo verlo? ¿Por favor? ¿Qué es Ishuäl?"

"Ven…" Celmomas dijo, con su sonrisa a la vez oscura e indulgente, la sonrisa de un padre empeñado en endurecer a su hijo a un mundo vicioso. El niño se dirigió obedientemente al lado de su padre. Achamian estudió las enredaderas doradas que se enroscaban a lo largo del estuche, con la escritura Umeri estampada en anillos concéntricos en cada extremo. Parecía inverosímilmente pesado, tanto como para hacer tambalear las muñecas.

"Un rey", decía Celmomas, "está delante de su pueblo en todo, Cayû. Un rey cabalga al frente. Por eso debe estar siempre listo, siempre preparado. Porque su enemigo es siempre el futuro. Merodeadores Condicos en nuestra frontera oriental. Asesinos en una embajada de Shir. Sranc. La peste… La calamidad *nos espera a todos*, incluso a ti, hijo mío.

"Algunos piden astrólogos, adivinos, falsos profetas en todas sus formas. Hombres bajos, mezquinos, que cambian palabras de consuelo por oro. Yo pongo mi fe en la piedra, en el hierro, en la sangre y en el secreto -¡secreto por encima de todo!- porque estas cosas sirven en todos los tiempos. ¡Todos los tiempos! El día en que las palabras conquistan el futuro es el día en que los muertos comienzan a hablar".

Se volvió hacia Seswatha. La cabeza de lobo trenzada en su barba brillaba bajo la luz resplandeciente.

"Esto, amigo mío, es por lo que construí Ishuäl. Para Kûniüri. Para la Casa Anasûrimbor. Es nuestro último baluarte contra la catástrofe… Contra el futuro más oscuro".

Achamian colocó el estuche cilíndrico de pergaminos en la mesa ante él, de modo que parecía el premio de las piezas dispuestas en el plato de benjuka que había más allá. Levantó la vista para encontrarse con la mirada pensativa de su jefe, y se encontró reflexionando sobre la arcaica escritura. "*Perdición*", rezaba, "*si me encuentras roto*".

"La inscripción… ¿Qué significa?"

"Guárdalo, viejo amigo. Hazlo tu más profundo secreto".

"Estos sueños que has estado teniendo… ¡Debes contarme más!"

Las épocas parecían extenderse como una montaña sobre ellos, los siglos comprimidos en piedra, la esperanza sofocada bajo el amontonamiento de generaciones. Los extraños guerreaban y gritaban… En algún lugar, en las catacumbas con ellos.

¡De pie! ¡Alineados!

"Guárdalo", dijo Anasûrimbor Celmomas. "Entiérralo en las arcas".



Hay música en el viento. Un silbido que se convierte en una llamada discordante, una canción interpretada al ritmo de los harapos agitados y los muertos que flotan.

Incluso después de que sus ojos se ajusten, apenas puede dar crédito a lo que ha sucedido. Simplemente está tumbada, con la espalda y las extremidades apretadas contra el calor que irradia la piedra amontonada, con la piel encogida por el frío que la recorre. Respira. Su ropa se agarra como el musgo. Los calambres roen el vasto entumecimiento que la recorre. Está arraigada, inmóvil, apenas viva.

La entrada es poco más que una ranura horizontal, la piedra petrificada corre tan alto. Brilla un naranja torvo, su única fuente de luz.

La compañía yace dispersa a su alrededor en la penumbra. Galian se ha desplomado sobre su escudo, respirando con espasmos. Pokwas está boca abajo en el lugar en el que se dejó caer, con la mejilla presionada en un charco de sangre que reluce. Su espalda sube y baja al ritmo de la vida lenta. Achamian también yace inconsciente, o casi inconsciente. Su cabeza se sacude periódicamente al ritmo de algún tendón invisible. Soma está sentado en la postura de un místico, con la cabeza apoyada en la pared. Sarl está acurrucado de lado, soltando saliva. Los demás, Xonghis, Sutadra, Conger y tres cuyos nombres no recuerda, están igualmente desparramados sobre la piedra.

El último de los Devoradores de Piel.

Sólo Lord Kosoter se mantiene en pie. Su cabeza cuelga como

una piedra de sus hombros. Perdido el yelmo, sus cabellos grises y negros se enroscan hacia abajo, se enroscan hacia afuera en el viento, oscureciendo su rostro y su terrible mirada. De alguna manera, su sombra, arrojada por la pálida luz de la entrada, parece caer sobre todos ellos.

Yacen en una especie de cámara, cuyas dimensiones escapan a la débil luz, reunidos en un rincón donde las ráfagas cíclicas son interrumpidas por la confluencia de las paredes. El aire es demasiado veloz y demasiado frío para poseer el olfato. La primera vez que se fija en los grafitis es mientras observa a Soma. Las líneas son tan densas en los puntos en los que el flujo endurecido se une a la pared que parecen casi una decoración, pero se diluyen en garabatos solitarios sobre los hombros y el cuello, de acuerdo con el suelo original y el alcance limitado de sus antiguos autores.

El viento flaquea en la oscuridad, inquietante y desarmónico.

Reflexiona sobre los arañazos con la claridad de la concentración que sólo se consigue con el agotamiento absoluto. Su alma, que tantas veces parecía tener pétalos como una flor, una cosa de frágil confusión, se ha vuelto tan simple como una piedra, una lámpara que puede brillar sobre una cosa y sólo una cosa. Los signos en sí mismos no significan nada para ella, ni, imagina, para nadie en vida. Pero el carácter de sus arañazos casi grita demasiado. Son signos humanos, se da cuenta, raspados en la agonía de la angustia humana. Nombres. Maldiciones. Súplicas.

Y de alguna manera ella sabe: Este fue una vez un lugar de gran sufrimiento.

Una sombra borra el resplandor de la entrada, y la alarma golpea la sangre caliente en la arcilla de su cuerpo. Se incorpora, al igual que otros. Ve una silueta que se arrastra por las esbeltas fauces anaranjadas y luego se levanta.

Clérigo entra en medio de ellos, con la sangre en su cara y su armadura nimil que el viento ha convertido en patrones enloquecidos. Ve las mismas grietas blancas en la frente y el cuero cabelludo que Achamian, aunque no son tan graves: Se da cuenta de que la piel está salada por los Choric cercanos que fallaron. Desenvuelto, mira con curiosidad gastada a los Hombres gastados, intercambia una larga mirada con el Capitán antes de volverse para escudriñar los espacios cubiertos. En sus ojos oscuros hay una

claridad y un dominio que ella nunca había visto antes, algo que la anima y la asusta a la vez. Parece reflexionar sobre algo que sólo sus ojos pueden descifrar.

"Estamos a salvo", le dice finalmente a Lord Kosoter. "Por un tiempo".

Por fin puede moverse y se arrastra por la piedra irregular -lenguas puestas sobre lenguas- hasta Achamian. El pánico desaparece y por fin tiene espacio para preocuparse, incluso para llorar.

"El viento", grazna Xonghis. "Hace *frío*. Frío de alta montaña..."

El No-Hombre baja la barbilla en señal de asentimiento. "El Gran Tornillo Medial pasa cerca de aquí... Una inmensa escalera que recorre toda la altura de Aenaratiol".

"¿Podemos usarla para escapar?" suelta Galian. Se abraza a sus rodillas, balanceándose lentamente. Ella vislumbra un temblor agitando uno de sus pulgares colgantes.

"Creo que sí... Si sigue siendo como yo... recuerdo".

El alivio es silencioso y palpable. Durante todo este tiempo, los escalpadores han tenido suficiente aliento -corazón- para lo que era esencial. La seguridad. Escapar. Con la posibilidad de que esto esté asegurado, sus almas se aflojan una vez más, sus pensamientos se bifurcan por caminos menos urgentes. Miran a su alrededor y se preguntan.

"¿Qué es este lugar?" Xonghis pregunta.

Los ojos negros de Clérigo observan a Mimara durante un instante. "Una especie de cuartel... creo. Para antiguos cautivos".

"Un pozo de esclavos", grazna Mimara, en voz tan baja que varios de los demás se vuelven hacia ella frunciendo el ceño. Pero sabe que el no-hombre la ha oído.

Un parpadeo serpenteante. Su sonrisa revela el arco de sus dientes fusionados, los mismos que los de los Sranc, sólo que sin colmillos ni sierras. Habla, y durante un latido, su rostro se convierte en una máscara ante el sol...

Un Punto Surillico cobra vida en el aire por encima de él; una luz blanca se desprende y atraviesa la oscuridad.

La cámara es enorme. Las terrazas trepan por su solitario rincón. Nadie puede decir a qué altura o a qué distancia, ya que la altura y la anchura superan rápidamente a la luz. Pero pueden ver

claramente las jaulas de bronce que llenan cada una de las paredes de las terrazas, confinamientos crueles no más grandes que un solo hombre, suficientes para cientos, incluso miles, que permanecen vacías salvo por las sombras, ya que sus desdichados prisioneros se han podrido hace mucho, mucho tiempo.

Aunque Mimara puede imaginar el aspecto que tuvo la habitación, las hileras de rostros lastimeros y manos agarradas, lo que más le aflige es el grafiti que está rayado a lo largo de la pared más baja, hasta donde alcanza la luz. Los Emwama y su prueba de miseria, se da cuenta. Casi puede ver sus sombras, amontonadas en grupos sin esperanza, con las miradas desviadas de los horrores que cuelgan en lo alto, con los oídos doloridos…

Un escalofrío la atraviesa, tan profundo que sus ojos y sus miembros parecen traquetear en sus cuencas.

Y ella piensa, *Cil-Aujas…*

Pasan algunos momentos antes de que se dé cuenta de que nadie, ni siquiera Soma, comparte su temor. En cambio, todos miran en la penumbra hacia la esquina de enfrente. Incluso Lord Kosoter.

"¡Dulce Sejenus!" Galian sisea, poniéndose lentamente en pie. El viento agita sus faldas de cuero, agita los cabos sueltos del torniquete atado a su pantorrilla izquierda. Xonghis ya está caminando hacia el punto de sus miradas convergentes. Las ráfagas de viento lo sacan de su paso.

"¿Podría ser?" Xonghis grita, su voz se agita en el aullido del viento.

Pasan varios latidos antes de que sus ojos la distingan, sobresaliendo de la superficie del suelo laval. Allí, una jaula de otro tipo, lo suficientemente grande como para envolver una galera marinera. Unas grandes costillas surgen de la piedra como una reja, y se curvan para encontrarse con sus homólogas en un beso de lanzas arqueadas. Ve un caparazón con mandíbulas a unos metros de distancia, como si fuera transportado por una corriente diferente, sumergido e inclinado, pero de pie tan alto como un hombre, con una cuenca ocular vacía que apenas deja ver la piedra petrificada.

"Te compadezco", dice Clérigo. "Llevar tales miras durante tan poco tiempo".

Sarl tropieza con sus rodillas, con el pelo recogido en un halo de

trapo enloquecido. "¡Le he llamado tonto!", grita a sus compañeros, sonriendo por algún reflejo maníaco.

"¡Un *tonto*!"

Los Devoradores de Piel se reúnen, golpeados por la ráfaga y el destino por igual, contemplando con asombro los huesos de hierro de un dragón.

Wracu.

La fuente del frío himno del viento.



Con la luz llega la razón.

Los Devoradores de Piel desperdician pocas palabras sobre el dragón, aunque todas las miradas ociosas parecen dirigirse inevitablemente hacia los huesos oxidados. No hablan de sus amigos caídos. Después de todo, son escalpadores, hombres violentos que llevan la más violenta de las vidas. Llevan mucho tiempo acostumbrados a los huecos entre ellos -Kiampas, Oxwora y muchos otros-. La pira es su único amigo constante.

En cambio, se preparan y hacen planes.

De alguna manera, Galian y Xonghis se han convertido en las personalidades que los guían. La necesidad ha reordenado los rangos entre ellos, como suele ocurrir después de una catástrofe. Sentado en una joroba de piedra, el capitán se limita a observar y escuchar, y a dar su visto bueno con un gesto seco de la cabeza. Sarl se apoya en una pared con grafitis, no dice nada y no hace nada más que palparse el corte de la mejilla con los dedos.

La marca de un sollozo.

Mimara atiende a Achamian mientras Clérigo atiende a Pokwas y a los demás con su desordenada sabiduría curativa. El No-Hombre les da a todos una pequeña pizca de polvo negro, esporas medicinales, que saca de su mochila de cuero. "Qirri", lo llama. Afirma que les rejuvenecerá, además de ayudarles a sobrellevar la falta de comida o agua. Incluso les dice que espolvoreen un poco en la boca de los dos hombres inconscientes.

Sabe a tierra y a miel.

Una peculiar timidez se inclina hacia sus ojos cada vez que mira al No-Hombre. Su reciente ejercicio de poder se aferra a él como un

aura, una insinuación de alguna temible desproporción. Parece más pesado, más duro, que los hombres que le rodean. Le recuerda a la observación de Kellhus en las Cumbres Andiamine: la sensación de contemplar una presencia que de algún modo eclipsa la vista, que se extiende, arqueándose más allá de los límites de tu visión, para enlazar las manos detrás de ti…

Debajo de ti.

Se encuentra ensayando las preocupaciones anteriores de Achamian. ¿Qué pensaría él de lo que ella había visto? No puede haber dudas, decide. Al igual que el Emperador-Aspecto, este Incariol, o como se llame, es uno de los poderes del mundo. Un Ishroi de antaño.

Todavía puede verlo, saltando solo hacia masas aullantes de Sranc, colgando brillantemente sobre lagos de fuego humeantes. Estos recuerdos, combinados con las glorias de las Salas Superiores y las atrocidades impregnadas en la piedra de esta sala, parecen confirmar su sospecha de que los Hombres son poco más que animales para los No-Hombres, una variedad de Sranc, una corrupción de su propia forma angelical.

Con la saliva que puede reunir, empieza a limpiar cuidadosamente las costras de sal que hay a lo largo de la cara del Mago. Las manchas blancas no cubren la piel, sino que *son* la piel, hasta los lunares y poros individuales, sólo levantados y fruncidos por la carne inflamada que hay debajo. El daño es literalmente cutáneo y, desde luego, no pone en peligro la vida. Después del incidente en la escalera, lo que más le preocupa es su ingenio, aunque Clérigo le asegura que se recuperará rápidamente, sobre todo una vez que el qirri penetre en sus venas.

"Pero no deberías acercarte tanto", dice, señalando el Chorae que sigue metido debajo de su coraza.

Asegurándose de que Achamian está lo más cómodo posible, se sienta a cierta distancia de él y, por fin, saca el Chorae del bolsillo sudoroso que ha apretado en su pecho. Aunque se ha acostumbrado a su presencia invertida, el acto de tomarlo en la mano tiene algo de surrealista, una sensación de que no es la baratija lo que se mueve, sino toda la creación que la rodea. No tiene ni idea de por qué debería obligarla. Todo lo que tiene que ver con ella grita anatema. Es la perdición del único deseo de su corazón, lo que debe temer

por encima de todo una vez que comienza a pronunciar la hechicería. Lo que casi mató a Achamian.

La luz del Punto Surillico no la toca, por lo que incluso su aspecto mundano parece un insulto para sus ojos. Es una bola de sombra en la palma de su mano, su curva de hierro, su madeja de escritura antigua, iluminada sólo por el bajo resplandor carmesí que se filtra por la entrada. Parece que se está gestando e hirviendo. Las dimensiones abisales de su Marca son un insulto aún mayor. Apenas puede enfocar cuando mira con los ojos de los Pocos. Es como si rodara de su vista y pensamiento cada vez que centra su atención en ella.

Y, sin embargo, se queda mirando y mirando, como un niño que contempla un bicho extraordinario. Las voces bajas escalpadores martilleando los dientes del dragón: incluso en el desastre, sus instintos mercenarios no les han abandonado. El Mago yace tendido en su periferia.

Los escalofríos se desplazan como arañas desde la palma de la mano hasta el corazón y la garganta, y le salpican toda la piel. Lo mira fijamente, concentra su aliento y su ser en su horror ingrávido, como si lo utilizara para mortificar su alma del mismo modo que los agitadores utilizan látigos y clavos para mortificar su carne. Flota en el pinchazo de su propio sudor.

El sufrimiento comienza. El dolor…

Al principio, es como palpar un profundo hematoma, y casi se deleita con su extraña dulzura, casi melosa. Pero la sensación se desenreda, se abre en un dolor que se hincha sobre dentelladas de dolor, como si los dientes estuvieran masticando su propia boca a través del músculo y la piel sellados. La violencia se extiende. Los palos comienzan a caer, y su cuerpo se rebela hasta sus entrañas arraigadas, atragantándose con los recuerdos de la sal. El *vacío mismo*… Yace ahuecado en su palma, un vacío abrasador, lanzando anzuelos a su alrededor, un millón de aguijones lacerantes.

Ella gruñe saliva entre los dientes apretados, sonríe como un mono moribundo. La angustia la sacude, tan profunda como profunda, pero el más pequeño nudo de ella permanece, un sorbo intacto, todavía consciente del Mago que yace en su periferia, y ve que es el mismo pero transfigurado, un viejo enfermo, y un cadáver hervido en los fuegos de la condenación…

El Ojo que juzga se ha abierto.

Lo siente inclinarse a través de sus ojos mundanos, presionando hacia adelante, arrojando la agonía como ropa podrida, apagando el hecho de la vista, sacando la santidad y el pecado. Con terrible fijación contempla el olvido que se derrama de su palma…

Y de alguna manera, imposible, *pasa a través*.

Parpadea en el lado más lejano de la contradicción, con el rostro y los hombros tirados hacia atrás por un viento cálido, un soplo, una premonición de lluvia de verano. Y lo ve, un punto de blanco luminoso, una *certeza*, que brilla desde el pozo que ennegrece su alcance. Una voz se eleva, una voz sin palabra ni tono, adormecida por la compasión, y la luz crece y crece, reduciendo el abismo a una corteza, a la falsa lámina que es, quemándose hasta el polvo, y la gloria, la magnificencia, brilla, radiante, cegadora…

Y ella lo tiene *todo*… ¡En su mano lo sostiene!

Una lágrima de Dios.



A través del frío del canto preternatural del viento, oye: "*¿Mimara?*"

Se sienta encorvada sobre su premio, totalmente desconcertada.

"*¿Estás bien*?"

Tiene una luz en la mano, una luz diferente, que brilla pero no ilumina, una estrella que brilla tanto como el Clavo del Cielo.

"¿De dónde has sacado eso?" pregunta Soma. Está agachado ante ella, señalando con la cabeza el Chorae que tiene en la palma de la mano -o lo que solía ser un Chorae…

"¿Lo ves?", pregunta, tosiendo ante el titubeo de su voz.

Se encoge de hombros. "Una Lágrima de Dios", dice con cansancio. "Aquí estamos, tratando de martillar dientes de dragón sueltos, y tú ya has encontrado tu fortuna".

"No he venido por las riquezas". Ella estudia su rostro oscuro y apuesto a través de los hilos de blanco brillante que irradian de su palma. "¿Así que no ves la luz?"

Mira hacia el Punto Surillico, frunciendo el ceño. "La veo claramente…" Vuelve a mirar hacia ella, con las cejas alzadas. "Es *a ti* a quien me cuesta ver, con esa cosa apretada contra tu piel.

Pareces una… sombra que respira…"

"Me refiero a *esto*", dice, levantando la palma de la mano. "¿Qué ves cuando miras esto?"

Pone la cara que siempre pone cuando sospecha que los demás están bromeando a su costa: una mezcla de dolor, resentimiento y ganas de agradar. "Una bola de sombra", dice lentamente.

Saca su monedero vacío de debajo del cinturón y deja caer apresuradamente el Chorae en él. Escucha vagamente a Soma decir: "Ah, mucho mejor", pero no le presta atención. Se gira para buscar a Lord Kosoter. Puede sentir su Chorae de la misma manera que puede sentir el suyo, pero también se siente diferente, como un brillo exterior en lugar de un pinchazo de negro inhalado. Lo ve dormitando contra la pared con varios otros, con su barba cuadrada aplastada contra la férula pintada de sangre de su camisote. Pero como su Chorae está embolsado, no tiene forma de saber si también brilla a su vista natural.

El miedo la atraviesa, parece arrastrar la antigua cámara de los esclavos en un lento giro sobre el eje de su corazón. *Algo me está pasando…*

Es entonces cuando se fija en el desconocido.



Allí, en *medio* de ellos. Al principio cree que es Clérigo -su cara es casi idéntica-, pero Clérigo está sentado varios pasos más allá, con las piernas cruzadas y la cabeza inclinada en señal de oración o agotamiento.

¿*Otro* no-hombre?

Se sienta como los demás, con la espalda encorvada contra el viento, los ojos cerrados, como si hiciera un inventario de los dolores internos. Un arcaico tocado cae sobre su espalda y sus hombros, una corona de espinas plateadas perseguida por una falda de diminutas varillas negras. Su atuendo es violeta y voluminoso, pero está envuelto de manera que deja ver segmentos de su corselete, una especie de cota de malla forjada con innumerables figurillas doradas. Debajo se ve la piel blanca, tan suave como el marfil.

Por un momento no puede respirar ni hablar. Luego, por fin,

dice: "¿Soma?"

"¿Mim-Mimara?", responde él, tratando de sonar burlón. Siempre está tratando de mofarse.

"¿Quién", pregunta ella sin mirar al noble de casta Nilnameshi, "es *ese*?". Por un momento, ella se asusta de que él no vea esto también…

Que se ha vuelto loca.

La siguiente pausa tranquiliza y aterroriza a la vez. "¿Qué…?"

Le oye desenvainar su espada, un sonido que, aunque apenas se oye en el viento, despierta al instante a los demás.

Todos se levantan y gritan, levantando escudos maltrechos y espadas dentadas. Soma se adelanta a Mimara, se pone en posición, con su cimitarra levantada por encima de la cabeza. Al otro lado de la figura, Clérigo levanta los ojos, parpadea con curiosidad felina.

Girando la cabeza lentamente, el desconocido mira a su alrededor, pero nunca a ninguno de ellos. A continuación, vuelve a bajar el rostro hacia sus pies con sandalias. Mimara se da cuenta de que el viento no toca la lujosa tela que lleva sobre los hombros, aunque sí azota y clava la ropa de todos los que están a su alrededor.

"¡Dulce Seju!" sisea Galian. "Él… ¡*no tiene sombra*!"

"Silencio", rezonga Lord Kosoter, invocando un instinto que Mimara siente con demasiada intensidad. Una sensación de peligro mortal parece recorrer el viento, un cosquilleo de certeza de que el no-hombre que tienen delante es menos carne o sangre que una puerta temible, un umbral catastrófico.

Está perfectamente inmóvil. Posee la vigilancia de un depredador para el sonido y el movimiento.

Aun así, Clérigo se acerca con cautela a la figura, con su armadura nimil que brilla a través de la red de sangre. Su expresión es de asombro, tan aturdida que casi parece humana. Se arrodilla bajo la figura y, mirando hacia arriba, llama suavemente: "¿Primo?".

El rostro se levanta. Las pequeñas barras de su tocado se balancean sobre su mandíbula. Brillan como la obsidiana.

Ningún sonido sale de los labios abriéndose. En su lugar, toda la compañía se pone en marcha cuando oye a Pokwas y Achamian raspar: "***Tú**-tú…*" al unísono.

Sarl cacarea como un borracho que ha hecho llorar a sus nietos.

"Sí, primo… he vuelto".

De nuevo los labios se mueven, y las voces de los dos hombres inconscientes se elevan en el vacío del sonido, la primera estriada por la edad, la otra profunda y melodiosa.

"**Ellos**-*ellos* **nos llamaron**-*nos llamaron* **falsos**-*falsos*".

"Son niños que nunca pueden crecer", responde Clérigo. "No podrían hacer otra cosa".

"**Yo**-*yo* **los amé**-*los amé*. **Yo**-*yo* **los amé**-*los amé* **tanto**-*tanto*".

"Así lo hicimos todos, en algún momento".

"**Ellos**-*ellos* **traicionaron**-*traicionaron*".

"Fueron nuestro castigo. Nuestro orgullo era demasiado grande".

"**Ellos**-*ellos* **traicionaron**-*naron*. **Tú**-*tú* **traicionaste**-*naste*…"

"Has vivido aquí demasiado tiempo, primo".

"**Yo**-*yo* **estoy**-*estoy* **perdido**-*perdido*. **Todas**-*todas* **las**-*las* **puertas**-*puertas* **son**-*son* **diferentes**-*rentes*, **y**-*y* **los**-*los* **umbrales**-*les* **ya**-*ya* **no**-*no* **son**-*son* **santos**-*tos*."

"Sí. Nuestra época ha pasado. Cil-Aujas ha caído. Caído en la oscuridad".

"**No**-*no*. **No**-*no* **la oscuridad**-*ridadd*…"

Con una floritura, el Rey No-Hombre se pone en pie, con las manos extendidas y hacia atrás, de modo que su columna vertebral se arquea, y Mimara puede ver que su túnica no es en realidad una túnica, sino un rayo oscuro de material de seda que le envuelve las axilas y los hombros. Las brillantes colas caen al suelo. Su corselete no tiene mangas, pero cuelga hasta sus pies calzados con sandalias, revelando tanto su desnudez grabada como la que oculta. Su falo cuelga como una serpiente a la sombra de sus muslos.

"**Infierno**-*Infierno*".

Todavía arrodillado, Clérigo contempla la figura imposible, con angustia e indecisión cruzando su expresión.

"**Condenación**-*ción*, **Primo**-*imo*. **¿Cómo**-*cómo*? **¿Cómo**-*cómo* **pudimos**-*pudimos* **olvidar**-*vidar*?"

Una pena aplana los brillantes ojos negros. "Yo no. Nunca he olvidado…"

Las puntas de sus espadas se hunden, los Devoradores de Piel miran con desprecio a los dos No-Hombres, el vivo y el muerto,

pues comprenden que el que lleva la corona no respira. Mimara quiere huir. Parece que siente que toda su piel, desde los cortes de los nudillos hasta los pliegues de su sexo, está viva ante un abismo que no puede ver ni comprender. Pero permanece tan inmóvil como los demás.

Clérigo lo conoce.

El viento la empuja en direcciones contrarias, pulgares sin sustancia. Los huesos de hierro que sobresalen zumban y aúllan, una endecha a los huecos de los dragones. Las paredes enjauladas se elevan hacia el negro. Al otro lado de las gradas ascendentes, el bronce antiguo empieza a crujir, a traquetear...

Los labios de la aparición se mueven sin sonido.

Mimara se revuelve, ve a Pokwas gemir y maldecir bajo la mirada atónita de sus compañeros. Y también a Achamian. El viejo mago se ha puesto de rodillas. Ella vuela hacia él y se agarra a sus hombros. Parpadea ante la piedra arrugada bajo sus dedos, frunce el ceño como si se tratara de un idioma que debería poder leer. Él escupe... por el sabor del qirri, se da cuenta ella.

"¿Mimara?" Tose en el suelo.

Se traga un sollozo de alivio. "¡Alabada sea la Diosa!", sisea. "¡Oh, dulce, *dulce* Yatwer!"

"¿Dónde estamos?" Se ahoga en su propia garganta. "¿Qué está pasando?"

Se encuentra casi susurrando en su oído. "Akka. Escúchame con atención. ¿Recuerdas lo que dijiste? ¿Sobre este lugar... que se desdibuja... en el Exterior?"

"Sí. La perfidia... La traición que llevó a su caída..."

"No. No es eso. Es *este* lugar. ¡Esta misma habitación! Es lo que *hicieron* los no-hombres de Cil-Aujas... ¡Es lo que hicieron a sus esclavos humanos!"

Generaciones criadas para las minas sin sol. Agotadas. Desechadas como basura quejumbrosa. Diez mil años de tormento sin vista.

Ella lo sabe... ¿Pero cómo?

"¿Qué? ¿Qué quieres decir?" Hace una mueca de dolor e irritación.

En lugar de hablar, se vuelve a un lado para que pueda ver a Clérigo todavía arrodillado, escuchando los labios sin sonido del rey

no-hombre… "¡No!" Clérigo llama. "¡Primo, por favor!"

La leche en los ojos del Mago se aclara. "¿Qué?" Utiliza su cuerpo como una escalera y se tambalea hasta ponerse de pie. Durante varios latidos se queda boquiabierto ante la aparición del inframundo.

"*¡Corran!*", grita a los demás. "¡Sigan el viento! El valor será su muerte aquí".

"¡*Manténganse firmes*!", ruge el capitán.



El Punto Surillico cuelga inmune al viento, bañando de blanco pálido las paredes agrietadas y el suelo irregular. A pesar del grito de su temible capitán, los escalpadores se alejan de los dos No-Hombres. La negrura ha comenzado a sangrar por el rollo de tela que envuelve la espalda y los hombros del espectro, rodando hacia arriba y hacia afuera como el vino oscuro en el agua, tan impermeable al soplo como la luz de arriba.

Lord Kosoter se mantiene rígido, con la punta de su espada clavada en el suelo a su lado, con el pelo ondeando en cintas de color gris acero. "Lo tiene", gruñe, con los ojos fijos en Clérigo donde se arrodilla bajo la loca aparición.

"Capitán", dice Achamian, con los dedos bloqueados para que cuelgue del hombro de Mimara. Ya la está presionando hacia atrás con pasos tambaleantes. "Escucha…"

El Santo Veterano gira su perfil barbudo hacia ellos, nada más. "¡Lo *tiene*!"

Pero Clérigo ha bajado la cabeza. Unas líneas blancas reflejadas se enganchan en los contornos de su cráneo. Arrastrando zarcillos de humo-oscuridad, el Rey No-Hombre le rodea, da zancadas con sandalias que no llegan a tocar el suelo, y luego se gira para situarse por encima de la espalda acorazada de Clérigo.

"*Capitán*", grita el Mago. Ahora es Mimara quien le hace retroceder, hacia el canto de los huesos de dragón. Soma agarra el otro brazo del mago enfermo.

Donde Clérigo mantiene la cabeza inclinada, el espectro levanta su rostro muerto hacia el techo, como si viera el cielo en lugar de los kilómetros aplastantes de la tierra. La boca trabaja en una

bendición inaudita. Los brazos rígidos se levantan y giran hacia delante. Los codos se doblan. Las manos, con los dedos y los pulgares apretados como en una pose ritual, se cierran sobre los hombros de Clérigo. Los escalpadores observan a su compañero levantado, una figura plateada enmarcada por una corona de negro…

Incluso el capitán está retrocediendo ahora.

Sosteniendo a Pokwas entre ellos, Xonghis y Galian se retiran con Mimara y el Mago. Sarl se ríe como un niño en un espectáculo de marionetas, con sus dientes amarillos brillando. Conger lo arrastra a pasos agigantados.

El Rey No-Hombre sostiene a Clérigo como una muñeca ante él, como una taza que puede derramar. Da un paso adelante, hacia…

Un espasmo violento, como la primera respiración. Las extremidades se abren hacia afuera, se rompen rígidas, como cuerdas cargadas de plomo. Todo el cuerpo de Clérigo se arquea hacia atrás, como si estuviera atado a las curvas de los arcos tensados. Y los dos No-Hombres se ven, como si cada uno fuera sólido y los otros de cristal, miembros desnudos dentro de una armadura, placas de nimil bajo un vestido de oro encadenado. El rostro del Rey No-Hombre se inclina hacia delante, se retuerce en un delirio desconcertante. Ira.

Por un instante, la compañía vislumbra un sello flotante, un salvaje emblema del infierno…

El Punto Surillico se apaga.

"***Sueño***", la voz de Clerigo retumba a través del negro aullido del viento, "***que soy un Dios***".



Los Devoradores de Piel están gritando. Mimara se oye sollozar.

Achamian murmura con pánico arcano. La luz que desprenden sus ojos y su boca pinta el rostro inexpresivo de Soma contra la gran oscuridad.



Una nueva luz. Parpadea como una estrella durante un largo latido colgante, y luego se enciende con una brillantez que atrae la

atención. Una *nueva cámara*. Las paredes escalonadas se elevan en la sombra a su alrededor, las jaulas de barras de bronce alineadas como pupas a través de ellas, como antes. Pero cada una de ellas encierra una locura de golpes, brazos que se extienden, manos que se agarran, bocas que chillan, mil momentos de angustia, mil almas, condensadas en una mancha loca y humeante. Ojos apilados sobre ojos, dibujados a través de los ojos. Los arcos de los dientes, una multitud brillante. Franjas de piel ribeteadas.

Los Emwama gritan, miles y miles de ellos, enterrados para siempre, sellados para siempre de su sol natal. Una era de tormento comprimida en un solo lamento…

Mimara grita con ellos.



Clérigo va a la deriva hacia los abyectos escalpadores, flotando en un charco vertical de negro, como el alquitrán derramado sobre aguas invisibles, su rostro sumergido, sus miembros ahogados, bajo el aspecto vetusto del Rey No-Hombre.

Pero un hambre, una voz gime a través de los cimientos de la montaña. ***Un hambre me atraviesa… me parte como una piedra podrida***.



Achamian grita con tanta fuerza que la saliva mancha su barba enmarañada. A pesar de que Mimara está a su lado, no puede oír nada más que el gemido de un millón de gargantas.

A pesar de su estado de debilidad, el Mago la empuja hacia atrás, alejándose del amenazante rostro.

¿Cómo, la voz cruje a través de las raíces del mundo, ***podría un Dios tener hambre?***



Plumas de piedra fundida surgen del suelo a su alrededor, escupiendo chorros de color naranja, dorado y carmesí. Uno de los escalpadores simplemente se desvanece. Un miembro cae junto a Mimara, una mano sin ampollas unida a un antebrazo quemado

hasta el punto de convertirse en carbón. Lord Kosoter, que se había mantenido firme ante la infernal aproximación, se vuelve por fin para correr.

Toda la compañía, o lo que queda de ella, está en marcha.



La risa de los no-hombres. Ya la ha escuchado lo suficiente como para reconocer sus peculiaridades, el profundo murmullo en su médula, la forma en que sus entonaciones se enganchan en crueldades más allá del alcance de la comprensión humana.

Risas de no-hombre, que retumban con los pulmones de una montaña.



Corren, a través de los huesos del dragón, hacia el viento concentrado, y parece un milagro que puedan luchar a través de él, que no sean arrastrados como trapos hacia el horror que se levanta detrás de ellos.

Se arrastran hacia el pasillo opuesto, y el frío los atraviesa, les duele en los huesos de punta a punta. Suben contra el viento, cuyo aullido no pueden oír.

Los condenados les llaman, gimiendo con el hambre que anuda y estrangula y sostiene toda la miseria…

Anhelando verse a sí mismos en otros.



Ha entrado en el pasillo detrás de ellos. Ha entrado…

La Criatura-en-la-Montaña. El rey no-hombre.

Ella es una jarra de barro, y sus entrañas chapotean como la leche cuajada. Un solo chasquido y se abrirá con estrépito, se derramará por el suelo. Está fallando. Lo siente en sus vacilantes intentos de arrastrar al Mago con ella. Los otros se han adelantado, casi más allá de la luz del Punto Surillico.

Incluso Soma.

Su alma busca a tientas la fuerza, una especie de plegaria interior, Mimara suplicando a Mimara, y de repente, lo siente, el

qirri que Clérigo les había dado, como piedras bajo los pies que chapotean.

"*¡Vamos! ¡Vamos!*", le grita al Mago.

Pero el viento hace que las palabras salgan de su boca como hojas de otoño.

El lamento infernal los estampa de cenizas.



Atraviesan el umbral, desde la roca lobulada, el suelo ahogado de la cámara de los esclavos, los cimientos desbordados, hasta el suelo labrado. Pero no importa. El viento casi ha vencido a Achamian. Lo está arrastrando con justicia. Y ella puede *verlo*, hirviendo a través de la negrura hacia ellos, el pozo infernal.

El anciano está gritando. Ella no puede oírlo, pero sabe lo que grita…

Dejame.

Dejame. Hija, por favor…

Pero ella se niega. Este viejo desconocido… ¿Qué es?

¿Por qué ella debería desafiar al infierno?



Ella jadea, berreando en su brazo. Achamian está ahora de espaldas, y ella lo araña hacia delante, jadeo tras jadeo, sabiendo que no importa.

No oye el grito hechicero hasta después, sólo el estruendoso chasquido, la conmoción que hace retroceder el viento y la hace caer de rodillas. Lo oye a través del aplauso y el estruendo que todo lo abarca…

Un colapso. La tierra martilleando el suelo. Una montaña que se encoge y baja.



El viento se ha ido.



Una luz cuelga en la niebla.



Un zumbido como de sangre en los oídos. Un sonido que aflora…

Tosiendo. Un anciano que tose. Ella ve su silueta resolviéndose a través del polvo, una vieja sombra hecha jirones.

"Tenemos que seguir moviéndonos", dice una voz diminuta. "No estoy seguro de que esto lo detenga".

Sus ojos arden y parpadean. Le falla la voz.

"Tenemos que seguir moviéndonos", continúa el Mago, con un tono apenado y alentador. "Si acaso puede seguir el kilométrico reguero de mierda que arrastré por el suelo".

De alguna manera, ella lo sostenía, riendo, sollozando "¡*Akka*… *Akka*!"

"Hasta aquí todo bien", dice con suavidad. Una mano le acaricia el pelo, y al instante, es una niña aferrado. "Mimara…"

"Pensé… pensé… tú…"

"Silencio. Tenemos que seguir avanzando".



Cogidos del brazo, atraviesan una red de pasillos en ruinas, siguiendo el rastro que han dejado los demás en el suelo cubierto de polvo. Después de tantos terrores, parece ridículo tener más miedo y, sin embargo, Mimara se encuentra respirando contra otra premonición húmeda. "¿Cómo?", pregunta finalmente. "Teníamos la luz… ¿Cómo pudieron huir tan lejos sin nosotros?".

"Porque *lo han* visto", responde Achamian, señalando con la cabeza la oscuridad que tiene delante.

Lo ve: el contorno de un arco de entrada bañado en un azul pálido. Incluso desde esta distancia, una profunda sensación de reconocimiento la invade, una ola de exultación agotada. Ella conoce esta luz, en formas que son más profundas que su alma despierta. Es la luz con la que nacieron sus padres, desde el principio…

La luz del cielo.

Unas sombras delgadas se mueven por la entrada. Oye una voz

que la llama por su nombre: Soma. Una furia repentina arde contra su agotamiento, a la manera de la madera empapada en barro.

Como si leyera sus pensamientos, el Mago dice: "Todos los hombres son traidores en un lugar como éste…" Cuando ella le mira, añade: "Ahora no es el momento de juzgar".

Su rostro está más que demacrado bajo el resplandor arcano. Su red de surcos y arrugas está entintada de negro por el polvo, al igual que su mejilla y su sien, toda la carne viva por la salazón. Aun así, el intelecto y la resolución brillan en sus ojos, con el más mínimo indicio de humor de patíbulo. El viejo Achamian ha vuelto, se da cuenta, aunque esté apuntalado por el qirri como ella. Ha regresado de los caminos de los muertos.

Los Devoradores de Piel supervivientes también están animados, hasta el punto de que, por un momento absurdo, Mimara tiene la sensación de estar junto a una tropa de jugadores vestidos y pintados para interpretar a una compañía de escalpadores destrozada. Pero es tanto el giro en sus fortunas como los remedios de Clérigo lo que les ha animado.

Han encontrado la forma de salir de Cil-Aujas.

"Conozco este lugar", dice el Mago. "Incluso entre los no-hombres, era una maravilla".

"Clérigo lo llamaba el Tornillo", dice Galian con voz ronca, levantando la mirada como todos los demás. Tiene un aspecto diferente, con días de crecimiento en la mandíbula y la barbilla, menos parecido al ingenio cínico y más a sus hermanos. "El Gran Tornillo Medial".

El mosto de la mampostería empapada. El sonido de las voces a través de la piedra y el agua. Están de pie en una terraza enclavada en paredes curvas que se extienden a través de los caprichos de la luz de Achamian para formar un cilindro perfecto, uno que se eleva hasta donde cualquiera de ellos puede ver, terminando en un punto de blanco brillante. Glifos alargados bordean la superficie, algunos tan altos como un hombre, otros grabados en paneles no más grandes que una mano. Una escalera asciende desde la terraza, tan ancha como una carreta Galeoth, serpenteando en bucles helicoidales hacia la oscuridad de arriba. El agua resplandeciente enhebra el aire libre, cayendo desde alturas insospechadas en el estanque que forma una placa negra como un espejo tres o cuatro

tramos por debajo de la terraza. Por un momento vertiginoso, Mimara tiene la impresión de estar mirando desde el fondo de un pozo inconcebible, como si no fuera más que un ácaro, esperando que los dioses saquen agua. Parece imposible que este pozo recorra toda la altura de la montaña, que una sola obra pueda unir los cielos con el infierno a sus pies.

"Llevará días", murmura.

"Al menos tenemos agua", dice Pokwas. Se inclina, todavía precariamente sobre sus pies, de modo que Xonghis y Soma se acercan para agarrar su faja de acero. Con los ojos cerrados, el bailarín de espadas se inclina en el más cercano de los hilos de plata y, haciendo una mueca de dolor, comienza a sacarse la mugre y la sangre de la cara. Bebe un largo trago antes de retirarse del borde sin barandilla. Advierte a los demás de que tengan cuidado con la mordedura del agua - "¡Cae lo suficientemente rápido como para romper los dientes!"-, pero jura que es limpia y buena. Bendición.

Empiezan a turnarse, el hombre de atrás sujetando el cinturón o camisote del hombre de delante.

Agitado, Achamian no deja de mirar hacia las negras profundidades del pasillo del que acababan de huir. "No tenemos tiempo para esto", advierte a Lord Kosoter.

Una mirada sin palabras es su única respuesta, y Mimara se siente aliviada.

De repente, el agua es lo único en lo que puede pensar. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde su último trago? Nunca en su vida, ni siquiera en el barco de esclavos que aún persigue sus pesadillas, ha sufrido tales privaciones. El qirri está ahí, una especie de mano interior que la mantiene erguida, ayudando a los miembros acalambrados, pero el cuerpo que sostiene se tambalea al borde del colapso. Cuando el qirri se desgasta…

Debe tener agua.

Tal vez al ver la sed en sus ojos, Soma le cede su lugar entre la pequeña multitud. Ella se lo agradece a regañadientes, incapaz de perdonar la imagen de su espalda huyendo mientras arrastraba a Achamian solo por el pasillo momentos antes. ¿Qué tenían esas circunstancias, escondidas tan lejos del sol, que podían incitar al valor un momento y despojarlo al siguiente? ¿Era ella tan diferente de Somandutta?

Él le sujeta el cinturón y ella se asoma al borde, levanta la cara hacia el chorro de plata. Duele, tal y como ha advertido Pokwas, un mordisco tan frío que entumece. Se lo enjuaga en la cara, una especie de crueldad exquisita, siente que se desliza como dagas por su cuero cabelludo. Entonces abre los labios a la plomada cristalina, y la vida fría se cuela en ella. Le duelen los dientes hasta romperse, pero el *sabor* es limpio como el amor de un niño. Ella bebe. Hay leche en el agua, cuando el cuerpo está en extrema necesidad. A través de sus ojos llorosos vislumbra la estrella azul en lo alto, y su corazón salta con la certeza del cielo. Han pasado por Cil-Aujas, han sobrevivido a sus dientes del inframundo. Han caminado por las afueras del infierno. Ahora están en el largo umbral de la libertad… ¡Cielo!

Cielo y agua.

Se aparta, con el rostro entumecido hasta convertirse en una máscara, y observa cómo los riachuelos caen de ella, añadiendo sus ondas concéntricas a las que se baten sin sonido por el negro estanque de abajo. Ve su propio reflejo, una sombra con bordes claros.

Oye a Achamian discutir detrás de ella, explicando que los hechiceros no pueden volar, sólo pueden caminar por los ecos del suelo en el cielo. "Si hay un pozo en la tierra de abajo", grazna, "¡también hay un pozo en el cielo!".

Entonces lo siente… ¿Lo siente?

Soma la ha llevado de vuelta a la seguridad de la terraza, pero ella se queda en el borde, todavía mirando las aguas negras de abajo.

Siente que se eleva.

Ve un parpadeo en las profundidades, como un relámpago a través de nubes oscuras y distantes. "¿Akka?", murmura, pero es demasiado tarde. Se da cuenta de que es demasiado tarde. En el ojo de su alma ve a Xonghis arrodillado ante la Puerta de Obsidiana, hace toda una vida, al parecer, rascando el signo de los Devoradores de Piel junto a los símbolos de todas las demás compañías perdidas.

Siempre era demasiado tarde. Nadie sale de los Salones Negros.

A través del agua oscura, *el Infierno se eleva* bajo la forma de un gran sello esculpido, como un escudo estampado con cráneos repletos y rostros vivos, que se enrosca en anillos fractales alrededor

del Rey No-Hombre, muerto hace tiempo. Se detiene bajo la superficie, con sus miembros lánguidos y sumergidos. Unas venas de negrura surcan las paredes. Mira fijamente a través de la cuenca, reflexionando sobre lo indecible, luego levanta los labios para besar la superficie invertida y exhala el grito y el tormento que es su aire.

Los demás sólo lo oyen como un horror, innato y sin fuente, tan enterrado en ellos como ellos en Cil-Aujas. Mimara se vuelve hacia su repentino silencio. En un momento de locura le parece que puede ver sus corazones a través de sus pechos enjaulados, que puede ver los ojos abiertos…

Achamian cae de rodillas, agarrándose el pecho. La mira con horror suplicante. Lord Kosoter retrocede a trompicones hacia el pasillo. Algunos se agarran la cara; otros empiezan a chillar y a gritar. Soma se queda desgarrado. Sarl cacarea y berrea, con los ojos entornados en líneas entre arrugas rojas.

"¡No puedo *veeeeer*!", farfulla el sargento de cara arrugada. "Yo-ver-Yo-ver-Yo-ver…"

El Sello Impío se levanta brillando desde el agua, llorando hilos de fuego. Se eleva sobre ellos en una acusación inclinada. Ruge, el sonido está tan cerca, tan encarnado que parece que están en la garganta de un Dios-Demonio. Una voz les atraviesa el alma, tan fuerte que hace brotar la sangre por los poros de su piel.

Las Puertas ya no están vigiladas.

Mimara también está de rodillas, chillando igual, pero sus dedos encuentran de alguna manera su bolso, empiezan a tantear, a pellizcar el Chorae que casi mata al Mago. Se encoge bajo el aspecto amenazante, como una niña bajo el muro de una ciudad que se derrumba. Aprieta sus extremidades contra las punzantes súplicas de las bocas pequeñas, las masas gimientes de los condenados…

Y de alguna manera levanta su Lágrima de Dios.

No sabe lo que hace. Sólo sabe lo que vislumbró en la cámara de los esclavos, ese único y lento latido de luz y revelación. Sabe lo que vio con el Ojo que Juzga.

El Chorae arde como un sol en sus dedos, haciendo vino tinto de su mano y antebrazo, revelando la sombra de sus huesos, y sin embargo atrayendo la mirada en lugar de reprenderla, una luz que no ciega.

"¡*Yo los guardo*! ", llora, de pie, frágil, bajo el sello blanqueado.

"¡Yo guardo las *Puertas*!"



De todas sus pruebas, ninguna sería tan grande como subir el Gran Tornillo Medial. Mientras que los Sranc se habían cobrado su precio en sangre y vidas, y ña Criatura-en-la-Montaña, o lo que fuera que habían encontrado en las profundidades cerradas, se había cobrado su precio en terror y espíritu, las interminables escaleras del Tornillo se cobraron todo lo que les quedaba: valor, fuerza y resistencia, resistencia por encima de todo. Escalar. Escalar. Trepando. Aferrándose a las costuras mientras se abrían paso por las secciones derrumbadas. Pasando a toda prisa los cientos de portales negros abiertos. Inclinando sus rostros para recordar el cielo que buscaban, para maravillarse con la forma en que crecía y crecía.

La primera vez que el alto punto azul hacia el que subieron comenzó a oscurecerse se habían desesperado, temiendo que se hubieran encerrado, hasta que se dieron cuenta de que simplemente era de noche. Llevaban tanto tiempo enterrados que habían olvidado el ciclo de los días.

A veces, con los inescrutables ideogramas grabados en la curvatura de los interminables muros ascendentes, parecía que se arrastraban por el interior rizado de un pergamino. A veces, dada la forma en que el Tornillo cruzaba el curso de algún pozo natural, aquí enladrillado, aquí excavado, Achamian recordaba los canales de Momemn, donde las vías de agua cortadas unían estuarios naturales. Pero siempre le llamó la atención la *ambición*, la unión de paciencia y arrogancia que había hecho posible semejante obra. Una escalera tan alta como una montaña. Había una especie de locura en el hecho del Tornillo, que empequeñecía incluso los afamados Ziggurats de Shigek.

Mimara no había dicho nada en dos días. Cuando él intentaba sonsacarle palabras, ella se limitaba a mirarle. Sus labios se movían, a veces incluso se separaban, pero no salían palabras, y una especie de remordimiento impotente oscurecía sus ojos. Pasó bastante tiempo intentando descifrar lo que había sucedido, para dar sentido a la imagen enloquecida de ella, sosteniendo nada más que un

Chorae, el mismo pozo existencial que llevaba ahora bajo su cinturón, temblando bajo un horror que debería haberla devorado entera, desde la carne de sus dedos hasta la última chispa de su alma.

Sabía algo de los demonios, Ciphrang, sabía que cuando era invocado, un Chorae podía destruir su forma corpórea. Pero lo que se enfrentaba a ellos había surgido en una marea de irrealidad. El infierno había venido con él, la sombra de Gin'yursis, el último rey no hombre de Cil-Aujas, y debería haberlos tomado a todos, con o sin Chorae.

Pero algo había pasado. *Ella* había pasado.

Anasûrimbor Mimara, maldito con el Ojo que Juzga.

A pesar de la lástima que le invadía, había un alivio en su desgracia. No podía ser una coincidencia que ella hubiera acudido a él cuando lo hizo. Las artimañas de la Puta estaban actuando aquí, la traición del Destino. Cuanto más lo meditaba, más parecía que le había tocado a ella. Su destino era buscar los orígenes del Emperador-Aspecto, arrojar luz sobre la oscuridad que le precedía. Cil-Aujas había resuelto esa cuestión.

Hubo un periodo malo en el que lo último del qirri se agotó en ellos, en el que lo máximo que pudieron hacer fue quedarse jadeando. De alguna manera se durmieron, y de alguna manera se encontraron ilesos cuando se despertaron. Después de eso, la subida fue pura miseria. Mareos y náuseas. Miembros acalambrados. Varios se desmayaron por el esfuerzo y sólo los salvó el ingenio de sus compañeros. Achamian se detuvo varias veces para vomitar saliva.

El viento descendente crecía a medida que subían, tan frío que Achamian añadió un Anillo Huiritico de calentamiento del aire al Punto Surillico que necesitaban para estar seguros de sus pies, una carga más para su alma sobrecargada. Lo que había sido un vasto pozo por encima de ellos se convirtió en un pozo interminable por debajo. Pronto pudieron divisar la fuente del agua perpetua que enhebraba los espacios abiertos más allá del borde: hielo y nieve. Coagulaba los últimos tramos del Tornillo, elevándose en jorobas brillantes contra la placa sin nubes del cielo.

Después de trepar por los primeros peldaños recubiertos de hielo y de mirar hacia arriba a través de las pendientes angulares amontonadas en la escalera, se dieron cuenta de que sus miembros

no podían llevarlos más lejos. Había una mirada de sombría confirmación en la consternación que amortiguaba sus ojos, como si hubieran sabido todo el tiempo que Cil-Aujas nunca los abandonaría. Sin explicación, Achamian les ordenó que se retiraran detrás de él. Desde detrás de las relucientes Guardas, les mostró lo que un Mago Gnóstico podía hacer a la luz del día. El hielo y la nieve se resquebrajaron y se estrellaron, se desprendieron en láminas montañosas y tronaron con tanta fuerza contra sus guardas que la piedra de la escalera llegó a fracturarse bajo sus pies. Pero continuó cantando Abstracciones, puras dispensaciones de fuerza y luz, y las geometrías bailaron y giraron, golpeando y quemando. Y cuando terminó, pudieron verse barras de luz solar que atravesaban la niebla, calentando la piedra negra y desnuda de Aenaratiol.

Esto fue una especie de golpe final para los Devoradores de Piel, un punto de inflexión de comprensión. Por fin comprendieron la brecha abismal que siempre había existido entre ellos, los escalpadores y el Mago. Achamian podía verlo en sus miradas de reojo. Con la excepción de su capitán, comenzaron a mirarlo con un temor y una reverencia que antes habían reservado para Clérigo.

Y sintió un picor, algo pequeño y agudo contra el zumbido de su agotamiento absoluto… Pasó algún tiempo antes de que lo reconociera: el retorno sigiloso de su culpa. Esos hombres, esos extraños a los que iba a matar, parecían ahora sus hermanos.

No era poca cosa salir del abismo, elevarse desde el infierno hasta el mismo techo del mundo. Aunque sus ojos hacía tiempo que se habían adaptado, aún permanecían parpadeando, dispersos sobre los escombros incrustados de nieve que rodeaban la abertura del Gran Tornillo. Esto hizo que Achamian, que permanecía del brazo de Mimara, pensara en los primeros Hombres, salvajes de las llanuras, frotándose los ojos ante lo que sólo podían comprender como una bendición.

Con la luz viene la vida. Con el cielo llega la libertad.

Los Salones de Cil-Aujas, los temibles Salones Negros, los habían abandonado por fin.

Achamian miró a los restos de su compañía, sabiendo que habían llegado a un momento de decisión. Aparte de Lord Kosoter, sólo Soma, bendecido con la suerte de los locos, parecía indemne. Sarl parecía intacto de cuerpo, pero seguía delatando un alma

desordenada; incluso ahora sonreía y se balanceaba de talón a talón. Pokwas había ganado fuerza en el ascenso, a pesar de que sangraba continuamente por el cuero cabelludo. Los otros veteranos Devoradores de Piel, Xonghis, Sutadra y Galian, llevaban vendajes sépticos en los brazos y los muslos, pero parecían lo suficientemente capaces. De los que los Mordidos habían llamado la Manada, los tres supervivientes eran Galeothi -Conger, Wonard y Hameron - hombres a los que Achamian no había conocido hasta la ardua subida del Tornillo. Wonard ya mostraba signos de infección, y Conger parecía saltar más que caminar. Hameron lloraba siempre que la distracción de Lord Kosoter se lo permitía.

Con los cabellos alborotados por el viento, desprovistos de todo, excepto de sus cascos y sus espadas, la compañía se quedó en blanco ante el panorama que se extendía a su alrededor. Sus pruebas los habían manchado y estampado: la mancha violácea de la sangre de Sranc, las manchas oxidadas de la suya propia, los innumerables pequeños cortes en las espinillas y los nudillos, el moteado de la piel empapada de sudor y polvo. Aunque sus miradas estaban muertas por la fatiga, había una locura en los rápidos movimientos con los que las lanzaban a través del panorama.

Se encontraban en el corazón del extinto cráter de Aenaratiol, en una isla amontonada de columnas rotas y paredes destripadas. Les rodeaba un lago helado, negro y brillante donde no estaba cubierto por dunas de nieve. Más ruinas trepaban por las paredes del cráter, una verdadera ciudad de ellas, muros apilados sobre muros. Las ventanas vacías se asomaban a ellas, tan negras como el laberinto de abajo, melancólicas. Por encima, más allá del borde del cráter, los picos más altos se alzaban brillantes y blancos contra el azul, arrastrando serpentinas de nieve.

El sol brillaba frío y blanco.

Xonghis levantó una mano ensangrentada contra el resplandor. "Por ahí…", dijo sin emoción. Señaló por encima del abismo sin fondo del Tornillo hacia la pared del cráter detrás de ellos, hacia donde la línea del borde se elevaba como un diente de tiburón o de Sranc. "Lo reconozco de cuando nos acercamos por primera vez a la montaña… Ese camino es al *hogar*". Se volvió hacia la dirección a la que habían mirado cuando ascendieron por primera vez. "Ese es el Lado Largo".

Achamian recuperó el aliento.

No había olvidado su sueño en las entrañas de la montaña, el sueño que había buscado en vano durante tantos años. Pero tampoco lo había recordado. Las circunstancias pueden borrar el significado de nuestras revelaciones con la misma facilidad. ¿Qué importaba la realización de ardientes deseos, cuando todo era muerte y condenación?

"*Guárdalo, viejo amigo. Haz que sea tu más profundo secreto…*"

Pero las circunstancias habían cambiado. Habían escapado de Cil-Aujas, y los recuerdos reveladores brillaban ahora a través de la niebla de sus privaciones. Lo había soñado. En el mismísimo umbral del infierno había soñado su tan ansiada respuesta. Un mapa, de dos mil años de antigüedad, que dormía bajo la ruina y el desierto. Un mapa hacia Ishuäl, y hacia la verdad del Emperador-Aspecto.

"*Entiérralo*", había dicho el antiguo Alto Rey. "Entiérralo *en las Cofres…*"

En Tuétano, Achamian había mencionado los Cofres de la misma manera que un trampero pone un cebo a su trampa, como un burdo aguijón destinado a conducir a los hombres burdos. Pero ahora…

Su mentira. El destino estaba haciendo realidad su mentira.

Los Devoradores de Piel supervivientes miraron a Xonghis, y luego examinaron las distancias en competencia. Pero Achamian sabía que ese momento ya estaba decidido: No había bifurcaciones en el camino ante ellos. La Puta los conducía como esclavos golpeados hacia la capital de un captor.

"Sí…" Sarl tosió y se rió. "*¡Sííí!* ¡Los *Cofres*, chicos! ¡Sí, los Cofres!"

Y ahí estaba. De algún modo, se contentaron con dejar que un loco sonara y resolviera la cuestión. Mirando a través de los mechones de pelo gris acerado, Lord Kosoter dio el primer paso hacia abajo.

Amontonados bajo el calor que irradiaba el resplandor carmesí del Anillo Huiritico, la compañía le siguió, bajando a trompicones por una pendiente de ruinas nevadas, hasta la extensión plana del lago helado. Una fina alfombra de nieve cubría sus tramos más cercanos, por lo que no vieron a los antiguos muertos congelados bajo su superficie hasta que hubieron recorrido una buena parte de

su longitud. Algunos eran poco más que sombras, ya sea porque el hielo estaba nublado o porque yacían a gran profundidad. Otros colgaban a escasos centímetros de la superficie, extrañamente agrietados y marchitos, como avispas muertas en capullos. Los ojos parecían las yemas de los dedos cortados. Las bocas estaban todas abiertas, como si, después de tantos años, siguieran intentando tomar aire del cielo. Los miembros estaban congelados en innumerables poses de caída. Todos eran mujeres y niños.

Nadie hablaba mientras cojeaban y caminaban por ellos. La curiosidad que poseían les había sido arrebatada, y el temor se había convertido en un compañero constante.

Subieron las escaleras que pudieron encontrar, a través de los restos de antiguos palacios de recreo. Vieron los mismos motivos y florituras arquitectónicas, la misma densidad de imágenes enloquecidas que tanto les habían asombrado en las galerías de abajo. Pero, por alguna razón, les pareció trágico, incluso patético, expuesto como estaba por las paredes agrietadas y los techos desvanecidos. La obra de una raza que se había vuelto loca por mirar hacia dentro.

Cuando llegaron a la cima del borde del cráter, la inversión era tan grande, el contraste con las profundidades enterradas era tan severo, que varios de ellos se aferraron a cualquier cosa que les permitiera el hielo o la piedra. La desaliñada enormidad de las montañas Osthwai se desplegó ante ellos, brillando en la nítida luz del cielo, con grandes cuernos cubiertos de nieve que se alejaban en el horizonte. El vertiginoso barrido y la caída de interminables espacios abiertos los rodeaban, revoloteaban en sus vientres. Al menos durante un tiempo, fue demasiado para los hombres recién nacidos.

Pero no era cuestión de parar mucho tiempo. Por mucho que succionaran, no podían extraer suficiente aire. A pesar del calor que desprendía el Anillo Huiritico, su piel se puso morada y sus labios se volvieron azules.

Y estaban hambrientos.

Pero cuando estaban a punto de descender, uno de ellos gritó, Soma, señalando el camino que habían tomado, hacia las ruinas amontonadas en el borde del Gran Tornillo Medial. Achamian se amontonó con los demás, echando un vistazo, pero sus viejos ojos

no pudieron distinguir más que una mancha que cruzaba el hierro barrido por la nieve del lago helado. Una figura solitaria caminando a su paso…

Y por fin Mimara rompió su silencio.

—Clérigo, —dijo.

Interludio: Momemn

El sonido de la discordia llevado por la brisa. Un disturbio en las calles lejanas.

Kelmomas estaba de pie con la barbilla apoyada en la barandilla del balcón, contemplando el majestuoso paso de las nubes que cruzaban la luz de una luna demasiado baja en el horizonte para ser vista. El azul lanudo ondulaba en el firmamento estrellado, condensándose en vientres de negro.

El Clavo del Cielo se encendió en blanco desde una cumbre marítima. Un coro distante de gritos y bramidos señaló otra brutal incursión con antorchas.

No tenía nombre para su arrebato. Respiración tranquila y lenta. Inmóvil. Inmóvil en medio del choque de todas las cosas. El reposo de un alma que mira desde el centro del mundo. El movimiento impasible.

El gobernante inadvertido.

Al otro lado del cielo oyó un canto de desafío de muchos gorjeos que se convertía en gritos de indignación, gritos de miedo y consternación. El empuje de cientos de personas rompiéndose. El choque de armas.

Tú, murmuró la voz. *Tú hiciste esto*.

"¿Qué haces ahí fuera?", gritó su madre desde la oscura entrada de su habitación. Apartó los visillos para verlo mejor.

"Tengo miedo, mamá".

Su sonrisa estaba demasiado cargada para ser tranquilizadora.

"Silencio". Estás a salvo. No son tantos".

Ella le tendió un brazo y él cayó en él, abrazándola por la cintura. Era una de las innumerables costumbres que unen a los niños con sus madres. Caminaron juntos hacia su cama, a la luz de una solitaria lámpara colgante. Su nueva cuidadora, Emansi, había apagado todas las demás.

La llama del farol era un punto que eclipsaba al mirarlo, que no se podía tocar, que arrojaba todas las sombras hacia afuera, lejos del anillo bruñido de las cosas iluminadas. El bordado carmesí -patos con alas entrelazadas- brillaba a lo largo de los pliegues de sus fundas a medio estirar. El mosaico de osos danzantes se extendía florecido en la oscuridad del techo.

Apartó las sábanas y lo guió hacia los pliegues con una mano suave, una cosa más que él apreciaba con la ferocidad de las lágrimas. Luego se arrastró detrás de él, y acurrucó su pequeño cuerpo en la cálida palma de la mano. Se dijo a sí misma, él lo sabía, que había venido por su bien, que la pérdida de un hermano ya era suficientemente traumática, por no hablar de la pérdida de un gemelo. Piensa en lo intenso que había sido su vínculo en la infancia.

Esto era lo que se decía a sí misma, él lo sabía.

Cerró los ojos, siguió la deriva interior hacia las brumosas afueras del sueño. El amor de ella parecía envolverlo, mantenerlo caliente y seco y seguro. Había una nada en sus brazos, un olvido indistinguible de la felicidad. Todas las preocupaciones se desvanecieron y, con ellas, el frío mundo empaquetado que era su soporte. Sólo había el aquí. Sólo existía el ahora. Otro punto de luz de la linterna, aunque ya no era abrasador, porque él era la iluminación.

Que otros se quemen los dedos. Que desvíen sus ojos.

Él se revolvió y se acurrucó para poder estar frente a ella en la almohada. Se miraron a los ojos, madre e hijo, durante unos largos momentos. La inmediatez de ella era tan vívida, tan cercana, que nada más podría ser tan real. Ella era lo único.

Pasó la yema de un dedo por el labio bordado de la manta superior, una pequeña prueba de textura. Inclinó el rostro en una apariencia de concentración petulante.

"Echo de menos a Sammi…" mintió.

Ella tragó y parpadeó. "Yo también, cariño. Yo también".

Una parte de él, la parte de la serpiente resbaladiza, se rió. Pobre Samarmas. Pobre Samarmas.

"No pude ver a papá".

Sus ojos se endurecieron bajo una película de lágrimas.

"Lo siento, Kel. Estamos en guerra. Tu padre, él… tiene que

hacer sacrificios. Todos tenemos que hacer sacrificios. Incluso los pequeños y queridos niños como tú..."

Ella se quedó en silencio y distante, pero él pudo ver sus pensamientos con suficiente claridad. *No lo llora. Mi marido no llora a nuestro hijo*.

"Tío Maithanet", comenzó el pequeño Príncipe, "él..."

Una especie de cautela apareció en su expresión. Sus ojos parpadearon para alejar la niebla de la autocompasión y de repente se pusieron alerta. "¿Qué pasa con tu tío?"

"Nada".

"Kel. ¿Qué pasa con tu tío?"

"Él... te mira de forma divertida".

"¿Qué quieres decir con *mira*? ¿Cómo?"

"¿Está enfadado contigo, mamá?"

"No. Es tu tío".

Una mirada hacia el interior de los pensamientos y preocupaciones cíclicos.

"Lo que significa que es mi hermano", añadió, pero más para su propio beneficio, él lo sabía, que para el de él. Alargó la mano para acariciar la mejilla de él con la izquierda, la que estaba magullada por lo que ella llamaba su "antiguo tatuaje".

El Príncipe Imperial agitó los párpados como si le dominara el calor y el cansancio. "Pero tiene más poder...", susurró, fingiendo quedarse dormido. Abriría los ojos más tarde, cuando su respiración se deslizara en el largo valle de los sueños.

Los gobernantes inadvertidos nunca han dormido, no de verdad.

Glosario de personajes y facciones

Casa Anasûrimbor

Kellhus, el Emperador-Aspecto.
Maithanet, Shriah de los Mil Templos, medio hermano de Kellhus.
Esmenet, Emperatriz de los Tres Mares.
Mimara, la hija de Esmenet, separada de sus días como prostituta.
Moënghus, hijo de Kellhus y su primera esposa, Serwë, el mayor de los Príncipes Imperiales.
Kayûtas, hijo mayor de Kellhus y Esmenet, general de los Kidruhil.
Theliopa, hija mayor de Kellhus y Esmenet.
Serwa, segunda hija de Kellhus y Esmenet, Gran Maestra de la Hermandad Swayal.
Inrilatas, segundo hijo de Kellhus y Esmenet, loco y encarcelado en las Cumbres Andiamine.
Kelmomas, tercer hijo de Kellhus y Esmenet, gemelo de Samarmas.
Samarmas, cuarto hijo de Kellhus y Esmenet, el gemelo idiota de Kelmomas.

El culto de Yatwer

El culto tradicional de las castas de esclavos y sirvientes, que toma como escrituras principales *La Crónica del Colmillo*, la *Higarata* y la *Sinyatwa*. Yatwer es la diosa de la tierra y la fertilidad.

Psatma Nannaferi, Madre-Suprema del Culto, un cargo largamente proscrito por los Mil Templos.
Hanamem Sharacinth, Matriarca del Culto.

Sharhild, Suma sacerdotisa del culto.
Vethenestra, Oráculo de Chalfantic.
Eleva, Suma sacerdotisa del culto.
Maharta, Suma sacerdotisa del culto.
Phoracia, Suma sacerdotisa del culto.
Aethiola, Suma sacerdotisa del culto.

Los Precintos Imperiales

Biaxi Sankas, Patridomos de la Casa Biaxi y miembro importante del Nuevo Congregado.
Imhailas, Capitán-Exalto de la Guardia Eöthica.
Ngarau, eunuco Gran Senescal de los días de la Dinastía Ikurei.
Phinersa, Sagrado Maestro de Espías.
Porsi, casta-esclava, niñera de Kelmomas y Samarmas.
Thopsis, eunuco Maestro del Protocolo Imperial.
Vem-Mithriti, Gran Maestro del Saik Imperial y Visir-en-Proyecto.
Werjau, Primer-Nascenti y Juez-Absoluto del Ministrado.

La Gran Ordalía

Varalt Sorweel, hijo único de Harweel.
Varalt Harweel, Rey de Sakarpus.
Capitán Harnilias, oficial al mando de los Vástagos.
Zsoronga ut Nganka'kull, Sucesor-Príncipe de Zeüm y rehén del Emperador-Aspecto.
Obetegwa, Obligado superior de Zsoronga.
Porsparian, esclavo Shigeki entregado a Sorweel.
Thanteus Eskeles, Escolástico del Mandato y tutor de Varalt Sorweel.
Nersei Proyas, Rey de Conriya y Exalto-General de la Gran Ordalía.
Coithus Saubon, Rey de Caraskand y Exalto-General de la Gran Ordalía.

Los Escalpoi

Drusus Achamian, antiguo Escolástico del Mandato, amante de la Emperatriz, maestro del Emperador-Aspecto, ahora el único Mago de los Tres Mares.
Idrusus Geraus, esclavo Galeothi de Achamian.
Lord Kosoter, Capitán de los Devoradores de Piel, noble de casta Ainonia, veterano de la Primera Guerra Santa.
Incariol, misterioso No-Hombre Errático.
Sarl, Sargento de los Devoradores de Piel, antiguo compañero de Lord Kosoter.
Kiampas, Sargento de los Devoradores de Piel, antiguo oficial Nansur.
Galian, Devorador de Piel, antiguo columnario Nansur.
Pokwas (Pox), Devorador de Piel, Bailarín Espada Zeümi en desgracia.
Oxwora (Ox), Devorador de Piel, Thunyerio hijo de Yalgrota.
Somandutta (Soma), Devorador de Piel, aventurero de casta noble Nilnameshi.
Moraubon, Devorador de Piel, antiguo Sacerdote Shrial.
Sutadra (Soot), Devorador de Piel, rumoreado como un hereje Fanim.
Xonghis, Devorador de Piel, antiguo Rastreador Imperial.

Antiguo Kûniüri

Anasûrimbor Celmomas II (2089–2146), Gran rey de Kûniüri y principal tragedia del Primer Apocalipsis.
Anasûrimbor Nau-Cayûti (2119–2140), hijo menor de Celmomas y héroe trágico del Primer Apocalipsis.
Seswatha (2089–2168), Gran maestro de Sohonc, amigo de toda la vida de Celmomas, fundador del Mandato y decidido enemigo del No-Dios.

Los Dûnyainos

Secta monástica cuyos miembros han repudiado la historia y los apetitos animales con la esperanza de encontrar una explicación absoluta a través del control de todos los deseos y circunstancias.

Durante dos mil años se han escondido en la antigua fortaleza de Ishuäl, educando a sus miembros para los reflejos motores y la agudeza intelectual.

El Consulto

Conciliábulo de magos y generales que sobrevivieron a la muerte del No Dios en 2155 y han luchado desde entonces para propiciar su retorno en el llamado Segundo Apocalipsis.

Los Mil Templos

Institución que provee el marco eclesiástico del Inrithismo Zaudunyani.

El Ministrado

La institución que supervisa a los Jueces, la policía secreta religiosa del Nuevo Imperio.

Las Escuelas

Nombre colectivo dado a las distintas academias de hechiceros. Las primeras Escuelas, tanto en el Antiguo Norte como en los Tres Mares, surgieron en respuesta a la condena del Colmillo a la hechicería. Las llamadas Escuelas Mayores son: el Pacto de Swayal, los Chapiteles Escarlatas, los Mysunsai, el Saik Imperial, los Vokalati y el Mandato (ver más abajo).

El Mandato

Escuela gnóstica fundada por Seswatha en 2156 para proseguir la guerra contra el Consulto y para proteger a los Tres Mares del regreso del No Dios, Mog–Pharau. Incorporados al Nuevo Imperio en 4112. Todos los Escolásticos del Mandato reviven en sueños la experiencia de Seswatha en el Primer Apocalipsis.

Lo que vino antes…

Las guerras, por regla general, se inscriben en el ámbito de la historia. Marcan el paso de los poderes en competencia, el fin de algunos y el ascenso de otros, el flujo y reflujo de la dominación a través de los tiempos. Pero hay una guerra que los hombres han librado durante tanto tiempo que han olvidado los idiomas que utilizaron por primera vez para describirla. Una guerra que convierte en meras escaramuzas la destrucción de tribus y naciones.

No hay nombre para esta guerra; los hombres no pueden referirse a lo que trasciende el corto intervalo de su comprensión. Comenzó cuando eran poco más que salvajes vagando por las tierras salvajes, en una época anterior a la escritura o al bronce. Un Arca, vasta y dorada, se desplomó desde el vacío, abrasando el horizonte, arrojando un anillo de montañas con la violencia de su descenso. Y de ella se arrastraron los temibles y monstruosos Inchoroi, una raza que había venido a sellar el Mundo contra los Cielos, y así salvar las obscenidades que llamaban sus almas.

Los No-Hombres dominaban en aquellos antiguos días, un pueblo longevo que superaba a los Hombres no sólo en belleza e intelecto, sino también en ira y celos. Con sus héroes Ishroi y sus magos Quya, libraron batallas titánicas y permanecieron vigilantes durante las treguas de época. Soportaron las armas de luz Inchoroi. Sobrevivieron a la traición de los Aporéticos, que proporcionaron a sus enemigos miles de Chorae asesinos de brujería. Superaron los horrores que su enemigo creó para sus legiones: los Sranc, los Bashrag y, el más temible de todos, los Wracu. Pero su avaricia les traicionó finalmente. Tras siglos de guerra intermitente, hicieron la paz con los invasores a cambio del Don de la inmortalidad sin edad, un Don que era en realidad un arma destructiva, la Plaga-Útero.

Al final, los No-Hombres cazaron a los Inchoroi hasta el borde de la aniquilación. Agotados, sin fuerzas, se retiraron a sus

mansiones del inframundo para llorar la pérdida de sus esposas e hijas, y la inevitable extinción de su gloriosa raza. Sus magos supervivientes sellaron el Arca, a la que habían llegado a llamar Min-Uroikas, y la ocultaron del mundo con tortuosos hechizos. Y desde las montañas del este, las primeras tribus de hombres comenzaron a reclamar las tierras que habían abandonado: hombres que nunca habían conocido el yugo de la esclavitud. De los Reyes Ishroi supervivientes, algunos lucharon, sólo para ser arrastrados por la marea de números, mientras que otros simplemente dejaron sus grandes puertas sin vigilancia, desnudando sus cuellos a la furia licenciosa de una raza menor.

Y así nació la historia de la humanidad, y tal vez la Guerra sin Nombre hubiera terminado con el desvanecimiento de sus principales. Pero el Arca de Oro seguía existiendo, y el ansia de conocimiento ha sido siempre un cáncer en el corazón de los hombres.

Pasaron los siglos y el manto de la civilización humana se deslizó a lo largo de las grandes cuencas fluviales de Eärwa y hacia el exterior, trayendo bronce donde había habido pedernal, telas donde había habido pieles y escritura donde había habido recitación. Las grandes ciudades cobraron vida. Las tierras salvajes dieron paso a horizontes cultivados.

En ningún lugar fueron los hombres más audaces en sus obras, o más arrogantes en su orgullo, que en el Norte, donde el comercio con los no-hombres les permitió superar a sus primos más morenos del Sur. En la legendaria ciudad de Sauglish, aquellos que podían discernir las articulaciones de la existencia fundaron las primeras escuelas de hechicería. A medida que su aprendizaje y su poder crecían, unos pocos imprudentes recurrieron a los rumores que habían oído susurrar a sus maestros no-hombres: rumores sobre la gran Arca de Oro. Los sabios no tardaron en darse cuenta del peligro, y los escolásticos de Mangaecca, que codiciaban los secretos por encima de todos los demás, fueron censurados y finalmente proscritos.

Pero era demasiado tarde. Min-Uroikas fue encontrado ocupado.

Los tontos descubrieron y despertaron a los dos últimos Inchoroi supervivientes, Aurax y Aurang, que se habían ocultado en los recovecos laberínticos del Arca. Y ante sus viejas rodillas, los

escolásticos proscritos aprendieron que la condenación, la carga que todos los hechiceros llevaban, no tenía por qué ser inevitable. Aprendieron que el mundo podía cerrarse contra el juicio del Cielo. Así que forjaron un propósito común con las abominaciones gemelas, un Consulto, e inclinaron su astucia hacia los diseños abortados de los Inchoroi.

Reaprendieron los principios de la materia, la Tekne. Dominaron las manipulaciones de la carne. Y tras generaciones de estudio y búsqueda, después de llenar las fosas de Min-Uroikas con innumerables cadáveres, se dieron cuenta de la más catastrófica de las incalculables depravaciones de los Inchoroi: Mog-Pharau, el No-Dios.

Se hicieron a sí mismos esclavos para destruir mejor el mundo.

Y así, la Guerra sin Nombre se desencadenó de nuevo. Lo que ha llegado a llamarse el Primer Apocalipsis destruyó las grandes naciones Norsirai del Norte, arruinando las mayores glorias de los Hombres. De no ser por Seswatha, el Gran Maestro de la Escuela Gnóstica de Sohonc, el mundo entero se habría perdido. A instancias suyas, Anasûrimbor Celmomas, el Alto Rey de la nación más poderosa del Norte, Kûniüri, convocó a sus tributarios y aliados para que se unieran a él en una guerra santa contra Min-Uroikas, que los Hombres llamaban ahora Golgotterath. Pero su Ordalía fracasó, y el poderío de los Norsirai pereció. Seswatha huyó hacia el sur, a las naciones Ketyai de los Tres Mares, portando la más grande de las legendarias armas Inchoroi, la Lanza de la Garza. Con Anaxophus, el Alto Rey de Kyraneas, se encontró con el No-Dios en las Llanuras de Mengedda, y a fuerza de valor y providencia, venció al temible Torbellino.

El No-Dios estaba muerto, pero sus esclavos y su fortaleza permanecían. Golgotterath no había caído, y el Consulto, asolado por siglos de vida antinatural, seguía tramando su salvación.

Los años pasaron, y los hombres de los Tres Mares olvidaron, como inevitablemente hacen los hombres, los horrores soportados por sus padres. Los imperios surgieron y cayeron. El Último Profeta, Inri Sejenus, reinterpretó el Colmillo, la Primera Escritura, y en pocos siglos, la fe del Inrithismo, organizada y administrada por los Mil Templos y su líder espiritual, el Shriah, llegó a dominar la totalidad de los Tres Mares. Las grandes Escuelas Anagógicas

surgieron como respuesta a la persecución de la hechicería por parte de los Inrithi. Utilizando Chorae, los Inrithi les hicieron la guerra, intentando purificar los Tres Mares.

Entonces Fane, el autoproclamado Profeta del llamado Dios Solitario, unió a los Kianene, los pueblos del desierto del Gran Carathay, y declaró la guerra contra el Colmillo y los Mil Templos. Tras siglos y varias jihads, los Fanim y sus sacerdotes-hechiceros sin ojos, los Cishaurim, conquistaron casi todo el oeste de los Tres Mares, incluida la ciudad sagrada de Shimeh, lugar de nacimiento de Inri Sejenus. Sólo los moribundos restos del Imperio Nansur siguieron resistiendo.

La guerra y las luchas gobernaban el Sur. Los dos grandes credos del Inrithismo y la Fanimidad se enfrentaban, aunque se toleraba el comercio y la peregrinación cuando era comercialmente conveniente. Las grandes familias y naciones competían por el dominio militar y mercantil. Las Escuelas menores y mayores se peleaban y conspiraban. Y los Mil Templos perseguían ambiciones terrenales bajo el liderazgo de Shriahs corruptos e ineficaces.

El Primer Apocalipsis se había convertido en poco más que una leyenda. El Consulto y el No-Dios se habían convertido en un mito, algo que las viejas cuentan a los niños pequeños. Después de dos mil años, sólo los Escolásticos del Mandato, que revivían el Apocalipsis cada noche a través de los ojos de Seswatha, podían recordar el horror de Mog-Pharau. Aunque los poderosos y los eruditos los consideraban tontos, su posesión de la Gnosis, la hechicería del Antiguo Norte, inspiraba respeto y envidia mortal. Impulsados por las pesadillas, vagaban por los laberintos del poder, recorriendo los Tres Mares en busca de señales de su antiguo e implacable enemigo: el Consulto.

Y como siempre, no encontraron nada.

Algunos sostenían que el Consulto, que había sobrevivido al poderío armado de los imperios, había sucumbido finalmente al paso de los años. Otros, que se habían replegado sobre sí mismos, buscando medios menos arduos para evitar su condena. Pero como los Sranc se habían multiplicado por las tierras salvajes del norte, no se pudo enviar ninguna expedición a Golgotterath para resolver el asunto. Sólo el Mandato sabía de la Guerra sin Nombre. Sólo ellos montaban guardia, pero bajo un manto de ignorancia.

Los Mil Templos eligieron a un nuevo y enigmático Shriah, un hombre llamado Maithanet, que exigió a los Inrithi recuperar la ciudad sagrada del Último Profeta, Shimeh, de manos de los Fanim. La noticia de su llamada se extendió por los Tres Mares y más allá, y fieles de todas las grandes naciones Inrithi —Galeoth, Thunyerus, Ce Tydonn, Conriya, el Alto Ainon y sus tributarios— viajaron a la ciudad de Momemn, la capital del Nansurium, para jurar sus espadas y sus vidas a Inri Sejenus. Para convertirse en Hombres del Colmillo.

Así nació la Primera Guerra Santa. Las disputas internas plagaron la campaña desde el principio, ya que no faltaron quienes quisieron doblegar la guerra santa a sus fines egoístas. No fue hasta el Segundo Asedio de Caraskand y la Circunficción de uno de los suyos que se superó este fraccionamiento. No hasta que los Hombres del Colmillo encontraran un profeta *vivo* al que seguir, un hombre que pudiera ver en los corazones de los Hombres. Un hombre como un dios.

Anasûrimbor Kellhus.

Muy al norte, en la misma penumbra de Golgotterath, un grupo de ascetas llamados los Dûnyainos se había ocultado en Ishuäl, el reducto secreto de los Altos Reyes Kûniüricos. Durante dos mil años habían proseguido su estudio sagrado, criados para el reflejo y el intelecto, entrenados en los caminos de los miembros, el pensamiento y el rostro, todo por el bien de la razón, el Logos. En el esfuerzo por transformarse en la expresión perfecta del Logos, los Dûnyainos habían dedicado toda su existencia a dominar las irracionalidades de la historia, la costumbre y la pasión, todas aquellas cosas que determinan el pensamiento humano. De este modo, creían que acabarían por captar lo que llamaban el Absoluto, convirtiéndose así en verdaderas almas que se mueven por sí mismas.

Pero su glorioso aislamiento había sido interrumpido. Tras treinta años de exilio, uno de ellos, Anasûrimbor Moënghus, reapareció en sus sueños, exigiendo que le enviaran a su hijo, Kellhus. Sabiendo sólo que Moënghus vivía en una ciudad lejana llamada Shimeh, los Dûnyainos enviaron a Kellhus en un arduo viaje a través de tierras largamente abandonadas por los hombres, enviándolo a matar a su padre.

Pero Moënghus conocía el mundo de un modo que sus hermanos enclaustrados no podían. Conocía bien las revelaciones que le esperaban a su hijo, pues habían sido sus revelaciones treinta años antes. Sabía que Kellhus descubriría la hechicería, cuya existencia habían suprimido los antepasados de los Dûnyainos. Sabía que, dadas sus habilidades, los hombres serían poco más que niños para él, que Kellhus vería sus pensamientos en los matices de su expresión, y que con meras palabras sería capaz de exigir cualquier devoción, cualquier sacrificio. Sabía, además, que Kellhus se encontraría con el Consulto, que se escondía detrás de rostros que sólo los ojos Dûnyainos podían ver, y que llegaría a ver lo que los Hombres, con sus almas cegadas, no podían: la Guerra sin Nombre.

Durante siglos, el Consulto habían eludido a su antiguo enemigo, la Escuela del Mandato, creando doppelgangers, espías que podían adoptar cualquier rostro, cualquier voz, sin recurrir a la hechicería y a su Marca reveladora. Capturando y torturando a estas abominaciones, Moënghus se enteró de que el Consulto no habían abandonado su antiguo complot para cerrar el mundo contra el Cielo, que dentro de una veintena de años podrían resucitar al No-Dios y provocar un segundo Apocalipsis. Durante años recorrió los innumerables caminos del Trance de la Probabilidad, trazando un futuro tras otro, buscando el hilo de acción y consecuencia que salvaría al mundo. Durante años elaboró su Pensamiento de las Mil Caras.

Moënghus lo sabía, y así preparó el camino para Kellhus. Envió a su hijo nacido en el mundo, Maithanet, para que se apoderara de los Mil Templos desde el interior, para que pudiera elaborar la Primera Guerra Santa, el arma que Kellhus necesitaría para hacerse con el poder absoluto y así unir a los Tres Mares contra la perdición que era su futuro. Lo que no sabía, no podía saber, era que Kellhus vería *más allá* que él, que pensaría más allá de su Pensamiento de las Mil Caras…

Y enloquecería.

Poco más que un pobre caminante cuando se unió por primera vez a la Guerra Santa, Kellhus utilizó su porte, intelecto y perspicacia para convencer a cada vez más Hombres del Colmillo de que él era el Profeta Guerrero, venido a salvar a la humanidad del Segundo Apocalipsis. Comprendió que los hombres, que abrazan

creencias infundadas como los borrachos beben vino, le rendirían cualquier cosa con tal de creer que podía salvar sus almas. También se hizo amigo del Escolástico que el Mandato había enviado para vigilar la Guerra Santa, Drusas Achamian, sabiendo que la Gnosis, la hechicería del Antiguo Norte, le proporcionaría un poder inestimable. Y sedujo a la amante de Achamian, Esmenet, sabiendo que su intelecto la convertía en el recipiente ideal para su semilla, para tener hijos lo suficientemente fuertes como para soportar la onerosa carga de la sangre Dûnyaina.

Cuando los endurecidos remanentes de la campaña envistieron por fin la Santa Shimeh, él ya poseía a la hueste en cuerpo y alma. Los Hombres del Colmillo se habían convertido en sus Zaudunyani, su Tribu de la Verdad. Mientras la Guerra Santa asaltaba las murallas de la ciudad, se enfrentó a su padre, Moënghus, hiriéndolo mortalmente, explicándole que sólo con su muerte podría realizarse el Pensamiento de las Mil Caras. Días después Anasûrimbor Kellhus fue aclamado Emperador-Aspecto, el primero en un milenio, nada menos que por el Shriah de los Mil Templos, su hermanastro, Maithanet. Incluso la Escuela del Mandato, que veía su llegada como el cumplimiento de sus profecías más sagradas, se arrodilló y besó su rodilla.

Pero había cometido un error. Permitió que Cnaiür urs Skiötha, un caudillo Scylvendio que le acompañó en su viaje a los Tres Mares, conociera demasiado de su verdadera naturaleza. Antes de su muerte, el bárbaro reveló estas verdades a Drusas Achamian, que había albergado sus propias y desgarradoras sospechas.

Ante los ojos de toda la Guerra Santa, Achamian repudió a Kellhus, a quien había adorado; a Esmenet, a quien había amado; y a los maestros del Mandato a los que había servido. Luego huyó al desierto, convirtiéndose en el único hechicero del mundo sin escuela. Un Mago.

Ahora, tras veinte años de conversión y derramamiento de sangre, Anasûrimbor Kellhus planea la conclusión del Pensamiento de las Mil Caras de su padre. Su Nuevo Imperio abarca la totalidad de los Tres Mares, desde la legendaria fortaleza de Auvangshei, en las fronteras de Zeüm, hasta las sombrías cabeceras del río Sayut, desde las sofocantes costas de Kutnarmu hasta el salvaje borde de las Montañas Osthwai: todas las tierras que antes habían sido Fanim

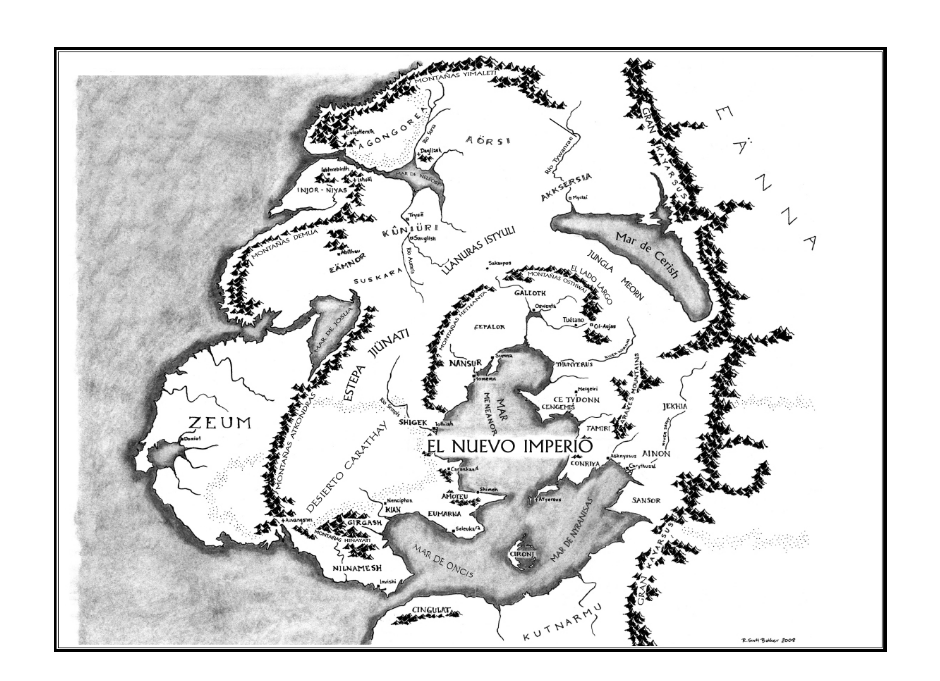
o Inrithi. Era fácilmente igual al antiguo Imperio Ceneiano en cuanto a extensión geográfica, y probablemente mucho mayor en cuanto a población Cien grandes ciudades, y casi tantas lenguas. Una docena de naciones orgullosas. Miles de años de historia desordenada.

La guerra sin nombre ya no lo era. Los hombres la llaman la Gran Ordalía.



El Imperio Kelliano en el Año del Colmillo 4132

Anasûrimbor Kellhus fue proclamado Emperador-Aspecto tras la derrota de Fanayal ab Kascamandri en Shimeh en 4112. Tanto el imperio de Kianene como el de Nansur se derrumbaron poco después, dejándole como dueño indiscutible de los Tres Mares Occidentales. Siguieron trece años de guerra interna y expansionista. Muchos factores fueron decisivos para su éxito, entre ellos su brillantez marcial y el fanatismo de sus Zaudunyani Inrithi. Pero sería su control de los Mil Templos (que le permitió consolidar tan rápidamente sus ganancias) y su alianza con la Escuela del Mandato (que le dio la ventaja hechicera en cada campo de batalla) lo que resultaría decisivo. Las llamadas Guerras de Unificación terminaron con la capitulación final de Nilnamesh en 4126, convirtiendo a Anasûrimbor Kellhus en el más grande conquistador desde la Alta Antigüedad. Ni siquiera el legendario Triamis el Grande (2456-2577) logró tanto en tan poco tiempo.


EL NUEVO IMPERIO
MONTAÑAS YIMALETI
AGONGOREA
Golgotterath
Rio Sursa
AÖRSI
Dagliash
MAR DE NELEOST
INJOR - NIJAS
Ishuäl
Trysë
KÛNIÜRI
Sauglish
MONTAÑAS DEMUA
Atrithau
EÄMNOR
SUSKARA
Rio Aumris
LLANURAS ISTYULI
Rio Tywanrae
AKKSERSIA
Myclai
Mar de Cerish
GRAN KAYARSUS
EÄNNA
JUNGLA MEORN
Sakarpus
MONTAÑAS OSTHWAI
EL LADO LARGO
GALEOTH
Oswenta
Tuétano
Cil-Aujas
CEPALOR
MONTAÑAS HETHANTA
MAR DE JOSUA
ESTEPA JIÜNATI
NANSUR
Sumna
Momemn
THUNYERUS
RIVER WERNMA
MAR MENEANOR
Meigeiri
CE TYDONN
CENGEMIS
ARAXES MOUNTAINS
JEKHIA
FAMIRI
ZEUM
Domiot
MONTAÑAS ATKONDRAS
Rio Sempis
SHIGEK
Iothiah
DESIERTO CARATHAY
Caraskand
AINON
Aöknyssus
CONRIYA
Carythusal
RIVER SAYUT
Shimeh
Nenciphon
AMOTEU
KIAN
EUMARNA
Atyersus
SANSOR
Auvangshei
GIRGASH
MONTAÑAS HINAYATI
Seleukara
NILNAMESH
MAR DE ONCIS
CIRONJ
MAR DE NYRANISAS
Invishi
CINGULAT
KUTNARMU
R. Scott Bakker 2008

Agradecimientos

Algunos libros apuntan a las preguntas a lo ancho y a lo fino, mientras que otros, he descubierto, las apuntan a lo estrecho y a lo profundo. En primer lugar, tengo que dar las gracias a mi encantadora esposa, Sharron, que se ha convertido en mi conciencia en todas las cosas. ¿Necesito enumerar a los demás sospechosos habituales?

Por supuesto que sí.

Mi hermano, Bryan Bakker; mi agente, Chris Lotts; mis editores de inglés, Barbara Berson, Laura Shin, David Shoemaker y Darren Nash; y mis queridos amigos Roger Eichorn y Gary Wassner. Con tantos ojos que juzgan, tanto sagaces como dotados, ningún escritor podría equivocarse.